El pasado en construcción

Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea

Carlos Forcadell
Ignacio Peiró
Mercedes Yusta
(eds.)



Carlos Forcadell Álvarez es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Comenzó sus investigaciones sobre la historia social de las organizaciones políticas y sindicales del movimiento obrero en la España contemporánea, atendiendo posteriormente a temas y métodos de historia cultural de la sociedad y de la política y de historia de la historiografía. Editó, junto con Juan José Carreras, el libro *Usos públicos de la Historia* (2003), que reflejó tempranamente la adaptación de esta perspectiva en la historiografía española. Ha codirigido el volumen III de la *Historia de las culturas políticas en España y América latina* sobre *La Restauración y la República, 1874-1936* (Madrid, Marcial Pons y Zaragoza, PUZ, 2015). Ha sido presidente de la Asociación de Historia Contemporánea (2006-2014) y director de la revista *Ayer* (2006-2010).

Ignacio Peiró Martín es profesor titular y catedrático acreditado de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Especializado en historia de la historiografía española durante los siglos XIX y XX, ha estudiado temas relacionados con la institucionalización de la disciplina y la profesión de historiador. Es miembro del Consejo de Redacción de la revista *Ayer* y de otras publicaciones y colecciones académicas. Entre sus principales publicaciones destacan *Los guardianes de la Historia* (2006), el *Diccionario de historiadores contemporáneos* (2002, *apud* G. Pasamar), o *Historiadores en España. Historia de la historia y memoria de la profesión* (2013).

Mercedes Yusta Rodrigo es catedrática de Historia Contemporánea de España en la Universidad Paris 8, miembro del Institut Universitaire de France y responsable del seminario ERESCEC (Sociétés et Cultures de l'Espagne Contemporaine). Especialista en la resistencia antifranquista y las organizaciones femeninas antifascistas, ha publicado varias monografías, así como numerosos artículos en revistas especializadas, y coordinado varias obras colectivas. Entre sus últimas publicaciones se cuentan: *Madres coraje contra Franco. La Unión de Mujeres Españolas en Francia, del antifascismo a la guerra fría* (Madrid, Cátedra, 2009); Mercedes Yusta e Ignacio Peiro (eds.), *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas. Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea* (Zaragoza, IFC, 2015), y Hugo García, Mercedes Yusta, Xavier Tabet y Cristina Climaco (eds.), *Rethinking Antifascism, 1922-1945. New topics, new debates* (Nueva York, Berghahn Books, 2015).


HISTORIA
GLOBAL

El pasado en construcción

Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea

Carlos Forcadell
Ignacio Peiró
Mercedes Yusta
(eds.)



Institución Fernando el Católico
Excma. Diputación de Zaragoza

Zaragoza, 2015

Publicación núm. 3390 de la
Institución Fernando el Católico
organismo autónomo de la
Excma. Diputación de Zaragoza
plaza de España, 2, 50071 Zaragoza (España)
tels. [34] 976 288 878 / 976 288 879
fax [34] 976 288 869
ifc@dpz.es
http://ifc.dpz.es



Diseño de la colección
Víctor Lahuerta

Impresión
Cometa, SA

Encuadernación
Manipulados Cuarte, SL

ISBN: 978-84-9911-336-4

D.L.: Z 645-2015

Impreso en España—Unión Europea
Printed in Spain—European Union

Índice

Articular el pasado históricamente no significa reconocerlo "tal y como propiamente ha sido". Significa apoderarse de un recuerdo que relampaguea en el instante de un peligro. Así, en cada época es preciso intentar arrancar de nuevo la tradición al conformismo que siempre se halla a punto de avasallarla.

Walter Benjamin, *Über den Bregiff der Geschichte*, 1940.

El mito popular, o mejor dicho, el mito fabricado a la medida de la masa, la fábula, el desvarío, la divagación como futuros vehículos de la acción política –tal era la brutal y revolucionaria profecía del libro de Sorel–. Fábulas, desvaríos, divagaciones que, para ser fructíferas y creadoras, no necesitaban tener nada con la verdad, la razón o la ciencia.

Thomas Mann, *Doktor Faustus*, 1947.

Epifanías y retornos: Revisionismos históricos en el presente de la historiografía contemporánea

Carlos Forcadell, Ignacio Peiró
y Mercedes Yusta

Coincidiendo con la reactualización del debate internacional sobre el uso público del centenario del genocidio armenio, que está impulsando la revisión del secular negacionismo de que ha sido objeto por la historia oficial turca, el diario *El País* se hacía eco de la rectificación a medias de la Real Academia de la Historia acerca de que, la "versión digital del *Diccionario biográfico español* enmendará el error [...]. Franco dejará de ser solo el líder de 'un régimen autoritario, pero no totalitario' ".[1] Mientras tanto, la historiadora australiana Marnie Hughes-Warrington situaba al dictador español en el número treinta ocho del ránking internacional de los mayores genocidas del siglo XX. Una clasificación integrada por cincuenta y dos personajes mundiales encabezados por Mao Ze-Dong y Adolfo Hitler, seguidos por Leopoldo II de Bélgica, Stalin, Hideki Tojo, Ismael Enver, Pol Pot y Kim Il Sung.[2] Ciertamente, *Revisionist Histories* no ha recibido las mejores críticas de la profesión;[3] empero, la llamada "metáfora de los balances" nos sirve para advertir, de entrada, que el recurso a la explicación dicotómica

1 T[ereixa]. C[ostenla], "La biografía de Franco cambiará en la versión digital del 'Diccionario' ", *El País*, 13.792 (miércoles 8 de abril de 2015), p. 33.

2 Marnie HUGHES-WARRINGTON, *Revisionist Histories*, Oxfordshire, Routledge, 2013, p. 82. Realizada la clasificación de acuerdo con el número aproximado de muertos que les atribuyen las estadísticas y cifras comparativas difundidas por varias plataformas digitales de historia mundial, junto a los citados en el texto, el nombre de Francisco Franco aparece al lado de los de Brezhnev, Tito, Suharto, Sadam Hussein, Mullah Omar-Taliban, Idi Amin, Mussolini, Charles Taylor, Nixon, Milosevic, Ríos Montt, Duvalier, Trujillo, Chiang Kai-shek, Lenin, Fidel Castro, Lyndon Johnson, Rafael Videla, Guy Mollet, Bashir Assad, Agusto Pinochet o el iraní Al-Zarqawi.

3 Véase Jamie MELROSE, "Revisionist Histoires", *Reviews in History. Covering books and digital resources across all fields of history* [en red: http://www.history.ac.uk/reviews/review/1545].

sigue siendo el principal argumento en la mayoría de las disputas por la historia. Y permite recordar, después, cómo la valoración internacional del exterminio político practicado por el franquismo durante la Guerra Civil y la inmediata posguerra se encuentra en las antípodas de las opiniones comprensivas y generosos juicios absolutorios proclamados por los actuales revisionismos históricos españoles.

En nombre de la verdad, las narrativas propias de estas "comunidades singulares" han redescubierto los aspectos más *felices* y *amables* del personaje histórico y de la dictadura, colocándolos en el centro de la polémica historiográfica que implosionó la corporación profesional en los años 2011 y 2012 (ampliada por delante con la tesis de la *inviabilidad* de la Segunda República española y la justificación de la responsabilidad del levantamiento militar contra la escasa *lealtad* y la *mala fe* revolucionaria de los gobiernos y partidos republicanos). Se trata de una literatura toda entretejida de fórmulas ideológicas que se presenta con el tinte de la *novedad* y la *epifanía* historiográfica cuya lectura provoca, sin embargo, la impresión de que la materia histórica, las argumentaciones, incluso los métodos, ya estaban creados. En ese sentido, cualquiera que sean sus primeras fuentes de inspiración, los discursos revisionistas remiten, de inmediato, a una genealogía remota que entronca, bien con la propaganda franquista de la década de 1940, o bien con las tesis divulgadas por la historiografía conservadora internacional de los años cincuenta y sesenta.

Esta sensación inicial se continúa al considerar otro de los aspectos fundamentales que definen la realidad paradójica de la historia reciente del revisionismo histórico español: el entronque profesional de sus representantes más genuinos. Al mismo tiempo, formando parte de las imágenes y representaciones creadas por sí mismos, sale a nuestro encuentro el fantasma de la narración objetiva y el rechazo de estos autores a que se identifiquen sus tesis con el villano argumentario esgrimido por los últimos legitimadores del régimen, *outsiders* de la historiografía universitaria franquista; y, de ninguna manera, quieren que se les vincule con los estallidos mediáticos, el sectarismo panfletario y la hipocresía ideológica del *negacionismo a la española*, desarrollado desde mediados de la década de 1990. En opinión de estos miembros de la academia universitaria que han utilizado los recursos del medio como cámara de resonancia de sus pretensiones revisionistas, tanto las reflexiones generales que plantean como el tratamiento de los detalles con que pretenden extraer conclusiones innovadoras y subversivas acerca

de la República, la Guerra Civil y el franquismo, poco o nada tienen que ver con los divulgados por los aficionados y oportunistas que, desde la más absoluta mediocridad historiográfica, representarían al peor y más *duro* de los revisionismos históricos.[4] Aunque, al final, la distinción de competencias universitarias y personalidades apenas separa a aquellos de estos al quedar unificadas sus teorías por el contenido "terapéutico" de los argumentos esgrimidos y la recurrente debilidad de las pruebas aportadas.

En España, en todo caso, las cosas del revisionismo histórico venían de largo y el fenómeno lejos de ser una moda pasajera, llegó para quedarse. Y es que, desde 2001 en adelante, ciertos grupos de historiadores profesionales salieron de los armarios académicos donde permanecían discretamente enquistados para asumir los juicios de valor de los revisionismos históricos internacionales.[5] Lo hicieron en el contexto de rearme ideológico del conservadurismo político neoliberal, en el ambiente creado por las políticas del pasado del Partido Popular y los debates públicos abiertos por la aprobación, a finales de 2007, de la ley de Memoria Histórica durante el primer mandato del socialista José Luis Rodríguez Zapatero (muchas veces la experiencia revisionista involucra a la memoria al punto de dar la impresión de depender de ella). Pero no solo eso. En el orden interno, aprovecharon la fragmentación corporativa y la ceremonia de la confusión conceptual en la que se halla inmersa la historiografía contemporánea española (infectada, además, por los virus del escepticismo disciplinar y el relativismo epistemológico que "convalida cualquier relato como relato posible"), para intentar romper el consenso profesional sobre la construcción del pasado español desde 1931 hasta la actualidad.[6] Y poner en tela de juicio, por extensión, los

4 La distinción entre un revisionismo *hard* y un revisionismo *soft*, "bien plus important que le premier, et qui balaie tout sur son passage", la estableció Régine ROBIN, *La mémoire saturée*, París, Stock, 2003, p. 197.

5 Ignacio PEIRÓ MARTÍN, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, pp. 270-274.

6 La cita entrecomillada pertenece a Juan José CARRERAS ARES, "Certidumbre y certidumbres. Un siglo de historia", en M.ª Cruz ROMEO e Ismael SAZ (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, Universitat de València, 2002, p. 81. Poco después, lanzó una temprana advertencia acerca de la confusión conceptual que estaba penetrando en la historiografía española en "¿Por qué decimos memoria cuando queremos decir historia", en Carlos FORCADELL ÁLVAREZ y Alberto SA-

principios éticos, valores científicos y criterios disciplinares construidos por la historiografía democrática en su largo proceso de transición iniciado en 1975.

Dentro de la comunidad profesional, se trata de un abanico singular de historiadores formado, entre otros, por un número cada vez más limitado de eméritos catedráticos franquistas ("pequeños dictadores" que encontraron su refugio en la Real Academia de la Historia), acompañados por unos cuantos hispanistas de reconocida militancia conservadora. En un goteo constante, a estos veteranos del revisionismo se les han unido unos pocos "neoliberales" y distintos "neofranquistas", varios *seniors* desencantados de la socialdemocracia y un puñado de jóvenes recién incorporados a la profesión deslumbrados por las modas.

De todos modos, dejando de lado otras astucias político-académicas y editoriales, resulta difícil dejar de incluir en esta relación de revisionismos de academia a las figuras emergentes del contemporaneísmo con carreras reconocidas por sus bandeos temáticos y brujuleos interpretativos. También, a los círculos de adanistas e intérpretes ansiosos que encienden y apagan continuamente las discusiones sobre la naturaleza y la historia del franquismo, el fascismo y el liberalismo de Falange o la transición hacia la democracia de la dictadura. En ocasiones, sus respuestas nos muestran las direcciones inesperadas de unos itinerarios historiográficos que buscan la corrección y el acuerdo con las corrientes de la actualidad. Y eso sin pensar demasiado en el significado de unas afirmaciones que, de manera análoga a lo ocurrido con el fascismo italiano comentado por Gustavo Corni, [7] permiten establecer la desaparición tanto de los franquistas como de los antifranquistas. Tampoco debemos olvidar, por supuesto, la recidiva de los llamados "historiadores de partido" enganchados, por encima de la profesión y el compromiso social, con sus militancias políticas y la creencia en la teoría de que el fin siempre justifica los medios. Como escribe con acierto Miquel À. Marín en la colaboración que cierra el presente volumen, la práctica de

BIO ALCUTÉN (coords.), *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón (Barbastro, 3-5 de julio de 2003)*, Huesca, Instituto de Estudios Altaragoneses; UNED Barbastro, 2005, pp. 15-24; y en "Bosques llenos de intérpretes ansiosos y H. G. Gadamer", en Elena HERNÁNDEZ SANDOICA y Alicia LANGA (eds.), *Sobre la Historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada Editores, 2005, pp. 205-227.

7 Gustavo CORNI, *Fascismo. Condanne e revisioni*, Roma, Salerno Editrice, 2011, p. 75.

una narración cada vez más alejada de la experiencia y la investigación empírica (construida sobre esa negación de la explicación que supone la acumulación "de teorías, sobre teorías y sobre teorías"), además de aportar vacuidad, escasa fiabilidad y tendencia a lo tópico, acercan "peligrosamente la historiografía profesional al revisionismo e incluso en ocasiones la confunde, porque de hecho acepta una parte de sus reglas". En su conjunto, estos grupos están constituyendo la versión española más actualizada del revisionismo *soft* que asola la historiografía internacional y define en el universo cultural de la globalización sus procesos de derechización neoconservadora.

Para terminar este balance cabe advertir que, en el intrincado laberinto de las revisiones, las relecturas y las reinterpretaciones que circulan por el espacio público de la historia y la periferia de la profesión española, se ha producido un pico revisionista impulsado por dos tipos peculiares de "revisionismos nefastos": el primero estaría representado por esa especie de profesionales paralelos en que se han convertido los "expertos del pasado". Creados en los años noventa y dedicados a gestionar más que la historia, las distintas "políticas de la memoria identitaria" inventadas por los políticos con derechos de profecía y los partidos en el poder del Gobierno central o cualquiera de los territorios autónomos del Estado español. En los últimos tiempos, la insuficiencia intrínseca a su función política ha favorecido la tendencia a ser sustituidos en el protagonismo histórico cortesano por los aficionados de ocasión y los periodistas. El segundo fenómeno es más problemático y está vinculado a las "circunstancias" políticas de la izquierda radical nacionalista. Su proyecto se caracteriza por la deslegitimación política de la historia y las guerras de memorias que equipara violencias y practica una lectura benévola y acomodaticia del pasado.[8] En el marco territorial en el que divulga sus reivindicaciones sobre el pasado, los profesionales de la historia se enfrentan a una concepción de la memoria puramente instrumental, que "presentada para remarcar la centralidad del 'conflicto político', se declara totalmente incompatible con la historia académica más convencional, cuyos métodos y procedimientos rechaza".[9]

8 Luis CASTELLS ARTECHE, "Las víctimas del terrorismo. La cuestión del relato", *Huarte de San Juan*. *Geografía e Historia*, 21 (2014), pp. 331-344.

9 José María ORTIZ DE ORRUÑO y José Antonio PÉREZ, "A modo de introducción", en el libro coordinado por ambos, *Construyendo memorias. Relatos históricos para Euskadi después del terrorismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013, pp. 8-9.

En verdad, pasados los momentos más calientes del combate por la Historia desarrollado en el entorno de 2012, no es la intención fundamental del presente libro ser una continuación de la batalla, ni menos aún el de trazar líneas fronterizas entre los historiadores ("superiores" e "inferiores", "buenos" y "malos", "honestos" o "falsarios"). Antes bien, nuestro propósito es más amplio y, al mismo tiempo, más concreto: tratamos de ofrecer a los lectores un instrumento para la reflexión de segundo grado sobre las prácticas histórica e historiográfica de la historiografía española contemporánea. De hecho, convertido el revisionismo en un fenómeno historiográfico mundial, nuestra propuesta pasa por utilizar la perspectiva comparada y presentar una selección de las discusiones sostenidas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX en las distintas historiografías europeas, principalmente. Y eso con la intención de transformar el concepto y sus prácticas en un objeto historiográfico que, al igual que se ha venido haciendo con los usos públicos y políticos de la historia, con las políticas de la historia o con el resurgir de la memoria, faciliten nuestros marcos de comprensión del mundo para definir un método profesionalmente exigible para explicar y comprender la investigación y la escritura del pasado y para actuar en el espacio público. Creemos, en último término, que el conjunto de materiales aquí reunidos pueden servir para la "autocomprensión" de historiador y la autocrítica sobre su responsabilidad profesional.

A partir de aquí, el compromiso de distanciamiento y el rigor que proporciona la lógica del conocimiento científico, nos impuso tratar el tema con honestidad. Siguiendo ese camino, en el verano de 2012, celebramos una primera reunión interdisciplinar para debatir la eruptiva irrupción de los llamados "revisionismos nefastos".[10] En el encuentro participaron ocho historiadores y contó con la presencia del prestigioso especialista internacional Enzo Traverso que había planteado la problemática del concepto en su percepción más equívoca y negativa (debido a su apropiación por la secta internacional de los negacionistas, propo-

10 *Batallas por la Historia: los caminos de los revisionismos, Jaca 5 y 6 de julio de 2012*, dirigido por Carlos Forcadell e Ignacio Peiró, organizado por el Vicerrectorado de Proyección Social y Cultural de la Universidad de Zaragoza y la Institución Fernando el Católico. Junto a los directores del curso y los profesores señalados en el texto, participaron en el encuentro Ricardo Robledo, José Luis Ledesma Vera, Miquel À Marín Gelabert, Ismael Saz Campos, Carlos Gil Andrés y Elena Hernández Sandoica.

niendo que el término *revisionismo* "se utilice solo para designar una controversia datada, provocada por Berstein hace más de un siglo")[11] y acababa de publicar *L´Histoire comme champ de bataille. Intrepréter les violences du XXe siècle*. Un libro donde desde la evocación de "la influencia subterránea pero omnipresente de Walter Benjamin" y el signo del malestar en el que se encuentra la historiografía crítica se ocupaba en varios capítulos de la controversia de la historización del nazismo a partir de la obra de Saul Friedländer y su correspondencia con Martin Broszat, de la comparación de los genocidios cuyo paradigma era la Shoah o de las relaciones entre la memoria y la historia.[12] En el programa del curso figuraba también el filósofo Manuel Cruz quien, desde la consideración final "de que el recurso de la historia ya no ilumina nuestro presente",[13] estaba alertando a los historiadores sobre los retos presentes y el futuro de la disciplina (acosada y seducida, a la vez, por la memoria, por los revisionismos históricos, por los simulacros posmodernos y, entre otros muchos, por las metamorfosis de la política). Para el catedrático de Filosofía contemporánea de la Universidad de Barcelona constituía:

> un grueso error, tanto teórico como práctico, manejar una imagen rígida del pasado, como si fuera un territorio por descubrir (o una propiedad por guardar). Cuando en realidad se ha convertido en el escenario en el que ha empezado a librarse una nueva batalla: la batalla por la política como tal y lo político como espacio de conflicto y pluralismo.[14]

En julio de 2013 se realizó en la universidad belga de Gante la conferencia de la International Network for Theory of History en cuyas sesiones dedicadas a reflexionar sobre el futuro de la teoría y la filosofía de la historia, las políticas de la historia o la historia de la historiografía, se discutió sobre la ética como componente fundamental de la condición histórica y del oficio de historiador. En este punto, se centraron

11 Enzo TRAVERSO, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria y política*, Madrid, Marcial Pons, 2007, pp. 93-101 (la cita entrecomillada p. 101).

12 Enzo TRAVERSO, *L´Histoire comme champ de bataille. Interpréter les violences du XXe siècle*, París, La Découverte, 2011, pp. 19 y 24-25 (versión española Buenos Aires, FCE, 2011).

13 Manuel CRUZ, *Adiós, historia, adiós. El abandono del pasado en el mundo actual*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2012, p. 10.

14 Manuel CRUZ, "El pasado en la época de su reproductibilidad técnica", en Manuel CRUZ (comp.), *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 17-19.

las intervenciones de alguno de los maestros del pensamiento histórico mundial que desde principios del siglo XXI habían comenzado a reclamar una conducta responsable por parte de los historiadores (De Baets, Rüsen, Lorenz, Megill o Ankersmit).[15] Por nuestra parte, este debate fue un referente teórico que tuvimos en cuenta durante la organización del congreso *Cultures politiques en Europe: mémoire, historiographie et révisionismes* que tuvo lugar en la Universidad Paris 8. Vincennes-Saint Denis en noviembre de ese mismo año.[16] El coloquio, que contó con el apoyo de la Rectora del centro francés, la historiadora social Danièle Tartakowski, tenía en principio el objetivo de interrogarse acerca de la historiografía y las implicaciones memoriales de las culturas políticas de la Europa de los siglos XX y XXI, con especial énfasis en las dos grandes culturas políticas que articularon los enfrentamientos de la mitad del siglo, el fascismo y el antifascismo. Sin embargo, a medida que avanzaban los trabajos del congreso la cuestión del revisionismo se fue imponiendo como un eje de reflexión ineludible, que no solo se prestaba a una problematización transnacional, sino que permitía enlazar e iluminar diferentes experiencias y perspectivas nacionales.[17] No en vano, en varias de las sesiones del coloquio se puso de manifiesto que, tanto en Francia como en Italia, las principales polémicas historiográficas que incluían una faceta revisionista tenían algo que ver con una reevaluación de las

15 Véase International Network for Theory of History, *The Future of the Theory and Philosophy of History, Ghent, Belgium, 10, 11, 12 and 13 July 2013* [en red: http://www.inth.ugent.be/conferences/conference-2/].

16 *Colloque international, Cultures politiques en Europe: mémoire, historiographie et révisionismes, 7-9 novembre 2013*, Université Paris 8. Vincennes-Saint Denis (Francia), dirigido por Enrique Fernández Domingo, Ignacio Peiró Martín y Mercedes Yusta Rodrigo, organizado por el Laboratoire d'Études Romanes de Paris 8, el Institut Universitaire de France, la Red Temática HAR2010-12369-E, *Historia de las Culturas Políticas y de las Identidades contemporáneas* y el Proyecto de Investigación HAR2012-31926, *Representaciones de la Historia en la España contemporánea: políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012)* del Ministerio de la Economía y de la Competitividad, y la colaboración del Colegio de España en París y la Asociacion de Historia Contemporánea.

17 Junto a la Rectora de Paris 8 y los directores del encuentro, el coloquio contó con la participación de las historiadoras e historiadores franceses Danièle Bussy, Christine Bard, Antonio Bechelloni, Xabier Tabet, Olivier Forlin, Gilles Vergnon, Miguel Rodríguez, los italianos Mauro Moretti y Massimo Mastrogregori, el portugués Sergio Campos Matos, y los españoles Carlos Forcadell Álvarez, Pedro Ruiz Torres, Santos Juliá, Ismael Saz, Nerea Aresti, Jordi Canal, Miguel Ángel Cabrera, Miquel À. Marín Gelabert, Alejandro Quiroga, y Ferrán Archilés.

categorías de fascismo y antifascismo, lo cual era un indicador del papel central de la herencia de los enfrentamientos de los años treinta y cuarenta del siglo XX en la configuración de las identidades y culturas políticas contemporáneas de ambos países. Y en ambos casos, estas polémicas desbordaban el ámbito estricto de la historiografía y estaban relacionadas con el surgimiento de movimientos o tendencias políticas que, de manera más o menos explícita, pretenden reivindicar en todo o en parte la herencia política del fascismo. Así, las disputas políticas del presente son leídas a la luz del pasado: en marzo de 2014 el periodista francés Alain Duhamel hablaba en el periódico *Libération* del "agrio perfume de los años 30" para describir el ambiente de antisemitismo y la creciente presencia pública del discurso y las movilizaciones de la extrema derecha más radical en Francia.[18]

Fue al finalizar la reunión de París cuando se planteó la posibilidad de reunir los materiales en un libro dedicado a estudiar en perspectiva comparada la historia reciente de los *revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*. Para ello, los editores pidieron la colaboración de los participantes en los dos coloquios que habían organizado, además de realizar una labor de selección de los numerosos textos existentes en la bibliografía internacional e invitar a algunos de los intérpretes más autorizados del fenómeno global del revisionismo histórico.[19] El resultado ha sido un volumen ciertamente misceláneo, pero que pretende reflejar las características compartidas de temas y problemas centrales tanto para las historiografías europeas como para la función y el sentido del conocimiento del pasado en el espacio público.

Dividido el libro en tres grandes partes, los cuatro capítulos que componen la primera se relacionan entre sí por estar centrados en la historia del concepto y la exploración de los lazos que vinculan el re-

18 Alain DUHAMEL, "Le parfum aigre des années 30", *Libération*, 20 de marzo de 2014.

19 Entre otros autores, se pensó en la oportunidad de solicitar la colaboración del filósofo de la historia italiano Domenico LOSURDO que había publicado una original investigación donde entroncaba los orígenes del revisionismo histórico con la cultura liberal y rastreaba su desarrollo en el seno de las democracias occidentales, *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, Roma-Bari, Laterza, 1996 (con varias ediciones, la última en 2015 y traducciones a otros idiomas); continuando su cruzada antirrevisionista en su polémico libro *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

visionismo histórico con determinados contextos políticos, sociales e historiográficos. El capítulo primero está firmado por el profesor de filosofía de Harvard Aviezer Tucker y aborda las diferencias entre la historiografía revisionista y la historiografía revisada, como paso previo para demostrar su tesis acerca de cómo frente a la historiografía de la evidencia la historiografía revisionista se caracteriza por su apuesta por los "valores terapéuticos" sobre los valores cognitivos. Una verdadera invención que prefiere la terapia a la verdad y concluye como el inmundo espectáculo teatral *Primavera para Hitler*. Queda claro, en este sentido, que distinguir la revisión historiográfica de un revisionismo histórico "aberrante", retomando la expresión de Christine Bard en el capítulo segundo del volumen, es una cuestión epistemológica central que atraviesa una gran parte de las reflexiones aquí reunidas. La contribución propuesta por la historiadora francesa, una de las más importantes especialistas de la historiografía del feminismo en Francia, ilumina esta cuestión a través de los usos y reapropiaciones de la historia de este movimiento, mostrando desde un ángulo poco habitual el intrincado enmarañamiento de cuestiones políticas, memoriales e historiográficas que se entrecruzan a la hora de valorar la trayectoria histórica y el peso en el presente de un determinado movimiento social (en este caso, a través de las propuestas de "panteonización" de figuras señeras del feminismo francés y de los intentos de reapropiacion del movimiento de liberacion de la mujer en Francia). Por su parte, Pedro Ruiz Torres dedica su capítulo a las tres cuestiones que con distinto carácter, pero intensamente conectadas entre sí, han planteado la controversia sobre la memoria histórica (la identidad profesional, la separación entre juicios analíticos y juicios de valor, y los propósitos de objetividad y neutralidad política de los historiadores). El catedrático de Historia Contemporánea de Valencia concluye su artículo reafirmando su apuesta personal por una "historia sin renuncias" (comprometida con el presente, con el oficio de historiador y con las demandas sociales de la memoria histórica). El capítulo cuarto –el más puro de historia de la historia– trata de analizar las complejas relaciones entre el historiador y la política. Massimo Mastrogregori, director de la revista *Storiografia* y especialista destacado de la vida y la personalidad de Marc Bloch,[20] pone sobre la mesa de la crítica historiográfica la toma de posición (el "engagement")

20 Entre sus publicaciones destaca *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, FCE, 1998.

del historiador francés ante los acontecimientos límite que le tocó vivir y deja abierta la cuestión de cómo estas experiencias pueden beneficiar las investigaciones y la formación en el oficio de historiador. Un tema de actualidad, sin duda, que nos remite a la imagen ética del historiador en su doble condición de protagonista social cargado de memoria y responsabilidad profesional (con sus patrones sociales de compromiso y distanciamiento) por oposición a las actuales derivas de los historiadores sumergidos en las luchas políticas del presente y obnubilados por las sacralizaciones de las memorias nacionales.

El revisionismo histórico en la historiografía internacional constituye la parte nuclear de la obra. Con el telón de fondo de la tradición historiográfica negacionista norteamericana y, al mismo tiempo, con la disposición de su mundo intelectual para hablar del Holocausto que aprovechando la fuerza de la "*Hitler-Welle*" arribaron a las costas occidentales del Atlántico a finales de los sesenta para fundirse con las tradiciones europeas, [21] este segundo bloque presenta una selección de ocho capítulos que tienen por objeto los debates historiográficos en torno a los movimientos del revisionismo histórico en Europa (con la extensión trasatlántica de los países del Cono Sur latinoamericano).

La historiadora vienesa Brigitte Bailer-Galanda se ocupa en el capítulo quinto de la evolución del "revisionismo" (término que adopta por considerarlo más amplio que el de "negacionismo") en Alemania y Austria. Se trata de un artículo de síntesis donde, tras rastrear las raíces doctrinales del movimiento, analiza el conjunto de temáticas, argumentos y métodos de la pseudohistoriografía revisionista para pasar, acto seguido, a descubrir las redes internacionales, sus relaciones con los grupos políticos de extrema derecha y la legislación en ambos países. Al final, la directora del Centro de Documentación de la Resistencia austríaca de Viena conecta los peligros del revisionismo con una advertencia acerca del renacimiento de la ideología nazi, del racismo y el antisemitismo.[22]

21 Enzo TRAVERSO, *La historia como campo de batalla, op. cit.*, pp. 203-226; John LUKACS, *El Hitler de la Historia*. *Juicio a los biógrafos de Hitler*, Madrid, Turner; México, FCE, 2003, p. 18 (1997[1] en inglés); Dan STONE (ed.), *The Holocaust & Historical Methodology*, Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 2012 (con prefacio de Jörn Rüsen, incluye en sus colaboraciones un debate entre Saul Friedländer y Hayden White).

22 La autora ha ampliado su análisis del negacionismo y sus relaciones con la extrema derecha austriaca en el capítulo "Holocaust-Leugnung in Österreich. Zur Geschi-

Pero claro está, la Europa de la Guerra Fría presentaba la otra cara de la moneda con los regímenes comunistas. En el capítulo sexto, Michal Kopeček, profesor de Historia Contemporánea de la Facultad de Artes de la Universidad Carolina de Praga, expone en perspectiva panorámica las tensiones entre las diversas memorias históricas discordantes con las narrativas históricas desde 1990 en la República Checa y otras naciones de la Europa central y oriental (donde Polonia se constituye en modelo). Una disputa por el pasado entre ese revisionismo peculiar del socialismo real tardío que es la "*Ostalgia* o nostalgia del Este" (fenómeno con marcado carácter sentimental cuyas raíces políticas se hunden en la visión edulcorada y comprensiva de la historia del régimen comunista) enfrentada al auge de las memorias nacionales dirigidas a legitimar los Estados-nación y la construcción democrática de los mismos.

En la Europa del Sur, los casos de Francia e Italia resultan paradigmáticos de cómo las disputas políticas influyen en las revisiones historiográficas: Gilles Vergnon, autor de la única monografía existente sobre el antifascismo en Francia,[23] señala en el capítulo séptimo la influencia de los posicionamientos políticos de los historiadores y, más allá, de las reminiscencias en la historiografía liberal francesa de un fuerte anticomunismo heredado de la Guerra Fría, plantea la situación paradójica de que han sido las mismas polémicas suscitadas por autores como Annie Kriegel o François Furet las que han posibilitado, *in fine*, que el antifascismo en Francia acceda al fin a la categoría de objeto historiográfico.

A continuación, Olivier Forlin, autor de un importante libro sobre la historia y la memoria del fascismo,[24] describe en el capítulo octavo un caso de revisionismo que podríamos denominar "a la inversa" – y que más que revisionismo, en el sentido político e ideológico que se le da en este libro, es un caso de revisión historiográfica con fuertes implicaciones políticas. Se trata de la polémica suscitada por la tesis "revisionista"

chte des Rechtsextremismus in Österreich", en el libro colectivo editado por Günter MORSCH y Bertrand PERZ, *Neue Studien zu nationalsozialistischen Massentötungen durch Giftgas. Historische Bedeutung, technische Entwicklung, revisionistische Leugnung*, Berlín, Metropol Verlag, 2011, pp. 355-365.

23 Gilles VERGNON, *L'antifascisme en France: de Mussolini à Le Pen*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2009.

24 Olivier FORLIN, *Le fascisme: historiographie et enjeux mémoriels*, París, La Découverte, 2013.

de Zeev Sternhell cuya aparición, en 1983, coincidió con la creciente visibilidad política del Front Nacional, un partido que en aquel momento reivindicaba de forma explícita un discurso de extrema derecha y una visión revisionista, o mejor dicho negacionista, del pasado. Por otro lado, el amplio rechazo, más allá del campo historiográfico, de las tesis de Sternhell se explica porque el antifascismo y la resistencia forman parte integrante del cimiento sobre el que se ha asentado la identidad de la Francia republicana desde 1945, aunque como también señala el autor estos elementos se conjugan con otros elementos como la laicidad o la herencia de 1789, mientras que en Italia el ataque revisionista es tanto más virulento cuanto que la identidad política de la República italiana se apoyaba, prácticamente de forma exclusiva, en la herencia del antifascismo.

Las polémicas revisionistas italianas, que se desarrollan de forma simultánea en diversos planos (historiográfico, político, mediático), centran las contribuciones del profesor de París 8 Xavier Tabet y su colega de la Universidad Charles de Gaulle de Lille 3 Antonio Bechelloni, especialistas en la historia de las ideas y de la memoria del antifascismo en Italia. En el capítulo noveno Tabet describe de forma minuciosa la particular *Historikerstreit* italiana, cuya particularidad más notable sería la estrecha imbricación entre la crisis de lo que los historiadores revisionistas italianos dieron en llamar la "vulgata antifascista" –una forma de decir que el antifascismo se había convertido, desde el punto de vista de estos historiadores, en un relato mitificado que convenía deconstruir– y las evoluciones del panorama político, con una presencia pública cada vez más desacomplejada de la reivindicación de la herencia del fascismo, hasta llegar a las declaraciones de Berlusconi rehabilitando la figura del *Duce*.[25] La puesta en perspectiva del revisionismo italiano con respecto al español no carece por otra parte de interés: el "Pío Moa italiano" seria así el periodista Giampaolo Pansa, cuyos libros, que se venden por decenas de miles, constituyen una empresa de recuperación de la memoria de los vencidos (solo que, en el caso italiano, los vencidos son los fascistas) y en particular de los *reppublicchini*, los partidarios de la República de Salò. Por su parte, Antonio Bechelloni se ocupa en el capítulo décimo de un caso particular en esta *Historikerstreit* italia-

25 "Mussolini non hai ammazzato nessuno", *Corriere della Sera*, 11 de septiembre de 2003.

na: las polémicas que enfrentaron a Roberto Vivarelli y Claudio Pavone durante más de veinte años, dos historiadores que tenían además en común el hecho de ser actores del periodo (Pavone como resistente y Vivarelli como joven voluntario de la República Social italiana). Finalmente, lo que los "casos" Pansa y Vivarelli ponen de relieve en Italia es la tentación de la "memoria equidistante", un supuesto ideal de historia pacificada reivindicado desde el revisionismo (un revisionismo que, contrariamente al caso español, se reclama como relato de los vencidos) y que, en realidad, sirve a proyectos políticos que distan mucho de su pretendida objetividad y equidistancia.

La perspectiva de historia de la historiografía reaparece en la contribución de Sergio Campos Matos. El profesor de la Universidad de Lisboa aborda la comparación de los ámbitos historiográficos portugués y español con la intención de desentrañar las implicaciones de los historiadores en los procesos de legitimación política de ambas naciones. Lo hace en dos momentos precisos de los siglos XIX y XX mediante una selección de los principales historiadores, el estudio de los procesos de elaboración de las culturas históricas y el análisis de los programas de revisión histórica puestos en marcha por los diferentes grupos políticos (los integralistas lusitanos y los tradicionalistas españoles, principalmente).

El capítulo doce que cierra la segunda parte del libro está dedicado al "neorrevisionismo" argentino y la "batalla por la memoria chilena". Redactado por el especialista en el Cono Sur americano de la Universidad París 8, Enrique Fernández Domingo, el texto conecta la situación paradójica compartida (el apasionado interés por el pasado nacional y el cuestionamiento del trabajo de los historiadores) con la descripción, por separado, de los fenómenos revisionistas surgidos en los dos países latinoamericanos. Entroncados con las controversias historiográficas derivadas del uso político de la historia y la formación de la identidad nacional, de un lado, se establecen los vínculos del revisionismo con el kirchnerismo (a través del Instituto Dorrego) y su enfrentamiento con los historiadores "científicos" argentinos. Y, de otro, presenta las disputas memoriales desarrolladas en Chile a raíz de la detención en Londres del dictador Pinochet en 1998 y que llegan hasta los momentos actuales.

Por último, el tercer apartado del libro reúne tres propuestas para abordar la cuestión del *revisionismo histórico en la historiografía españo-*

la. En el capítulo trece, el historiador de la economía Ricardo Robledo Hernández amplía sus argumentos en la polémica que, desde 2011, sostiene con los revisionistas históricos del pasado de la Segunda República española. En conexión directa con alguno de los planteamientos avanzados por Aviezer Tucker o Brigitte Bailer-Galanda, reexamina críticamente la metodología y denuncia los supuestos teóricos y temáticos de esta literatura, utilizando básicamente los libros publicados por los "revisionistas blandos" españoles. Una línea similar sigue el capítulo redactado por Alejandro Quiroga, quien mantiene en alto la polémica con las armas de la investigación de la historia política y social presentando un excelente estado de la cuestión sobre los autores y las tesis neoconservadoras divulgadas por el revisionismo histórico contemporáneo. La contribución de Miquel À. Marín Gelabert pone el broche final al libro con un capítulo de historia de la historia donde analiza los orígenes y el desarrollo del revisionismo de Estado que impregnó la historiografía oficial española. Con la perspectiva comparada que le permite el conocimiento de las principales historiografías europeas, el especialista mallorquín establece una topografía social del campo histórico creado por la hora cero de 1939 con la intención de explorar el papel desempeñado por el revisionismo histórico en la formación original de la comunidad profesional de historiadores en España.

Finalmente, al presentar este libro nos parece necesario agradecer la colaboración del numeroso grupo de historiadores que participaron en los encuentros y discusiones preliminares. No han podido estar todos en estas páginas, pero a todos agradecemos sus ideas y ayuda. De manera particular, hemos contraído una deuda de gratitud con los quince autores que han mandado sus originales o concedido los permisos para la traducción de trabajos previamente publicados en otros idiomas.[26]

26 Con cortesía académica Aviezer Tucker y Michal Kopeček concedieron sus permisos para publicar sus capítulos publicados en el libro editado por Michal KOPEČEK, *Past in the Making. Historical Revisionism in Central Europe after 1989*, Budapest–Nueva York, Central European University Press, 2008, pp. 1-15 y 75-95, respectivamente. Massimo Mastrogregori para su colaboración aparecida en el volumen editado por Peter SCHÖTTLER y Hans-Jörg RHEINBERGER, *Marc Bloch et les crises du savoir*, Berlín, Max-Plank-Institut für Wissenschaftsgeschichte, 2011, pp. 39-49; y Brigitte Bailer-Galanda autora del trabajo incluido en Hermann KURTHEN, Werner BERGMANN y Rainer ERB (eds.), *Antisemitism and Xenophobia in Germany after Unification*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1997, pp. 174-191. En este punto, nuestro agradecimiento se extiende a las editoriales e

Y consideramos una obligación evocar la influencia siempre presente de Juan José Carreras Ares. En sus lecciones aprendimos a valorar las reflexiones sobre el pensamiento histórico de Walter Benjamin.[27] Y sus enseñanzas nos ayudaron a entender, también, a quienes reproducen las citas de Thomas Mann contra Sorel en la continuación del capítulo XXXIV del *Doctor Fausto*, para oponer sus defensas "humanistas" a los resultados más nefastos de la manipulación política y criticar, en definitiva, el "inútil derroche de argumentos científicos que se hacía para demostrar que la patraña era una patraña, una afrenta escandalosa a la verdad".[28]

instituciones que tenían derechos sobre los mismos, y, especialmente, agradecemos la traducción de textos que ha realizado Virginia Tabuenca.

27 Juan José CARRERAS, "El Ángel de la historia", en *Seis lecciones sobre historia*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 2003, pp. 85-97.

28 Thomas MANN, *Doktor Faustus. Vida del compositor alemán Adrian Leverkühn narrada por un amigo*, Barcelona, Edhasa, 2004, pp. 503-514 (la cita, en p. 510).

I Conceptos

Revisión historiográfica y revisionismo

Divergencias en la consideración de la evidencia*

Aviezer Tucker

El debate entre historiadores y revisionistas –como puedan ser los negacionistas del Holocausto– se basa en varias cuestiones pertenecientes a la epistemología, la rama de la filosofía que se ocupa de la naturaleza del conocimiento y su adquisición. ¿Qué es el conocimiento histórico? ¿Cómo podemos saber si poseemos la verdad histórica? ¿Cuál es la diferencia entre una historiografía que se limita a simpatizar con estrafalarias tendencias políticas extremistas y una historiografía revisionista que fabrica representaciones falsas del pasado?

La historiografía, nuestras creencias sobre el pasado, la historia, están en continuo movimiento; nuestras convicciones son constantemente revisadas. En este sentido, todos los historiadores que desarrollan una investigación son "revisionistas". Si la historiografía no hubiese estado sometida a una revisión constante, los historiadores habrían tenido poco que hacer más allá de la transmisión del saber recibido a una nueva generación. La historiografía es una disciplina en proceso e innovadora, compuesta de diversos programas dinámicos de investigación, precisamente porque es capaz de revisarse, de mejorarse continuamente, expandiendo el conocimiento y adquiriendo relevancia en nuevos contextos históricos. Existen, a grandes rasgos, tres tipos de revisión historiográfica: la derivada de las evidencias, la derivada de la relevancia y la derivada de los valores.

La revisión derivada de las evidencias es consecuencia del hallazgo de pruebas nuevas. Las pruebas nuevas pueden reducir la probabilidad de algunas hipótesis sobre el pasado que en algún momento han sido lo suficientemente plausibles como para ser consideradas parte de nues-

* "Historiographic Revision and Revisionism. The evidential difference", en Michal KOPEČEK (dir.), *Past in the Making: Historical revisionism in Central Europe after 1989*, Budapest, Central European University Press, 2008. Traducido por Virginia Tabuenca.

tro conocimiento, o pueden incrementar la probabilidad de hipótesis que eran escasamente plausibles o ni siquiera eran tenidas en cuenta. Cuando una evidencia reciente otorga mayor probabilidad a una teoría nueva que a una teoría anterior, origina una revisión historiográfica. Las hipótesis que explican un abanico de pruebas más amplio y llevan al descubrimiento y explicación de nuevas pruebas prevalecen sobre hipótesis que explican un abanico de pruebas más limitado. Los avances en la historia de la historiografía suelen seguirse de innovaciones que permiten a los historiadores utilizar nuevos tipos de prueba, como el descubrimiento en la primera mitad del siglo XIX de ese tesoro probatorio que contienen los archivos, o hallazgos recientes que han llevado a un uso generalizado de pruebas no documentales como restos materiales o registros burocráticos que pueden utilizarse para generar una historiografía cuantitativa. La búsqueda de nuevas teorías y métodos que puedan generar nuevas evidencias y un mayor conocimiento del pasado viene a veces motivada por el interés en aspectos del pasado que antes no atraían mucha atención, tales como la historia de la infancia o la historia de las mujeres, y no habían sido considerados significativos para los historiadores en generaciones anteriores.

La revisión derivada de la relevancia es consecuencia de un cambio en lo que los historiadores consideran importante dentro de la historia. Los historiadores deben, como mínimo, escoger qué conclusión acerca del pasado merece ser mencionada de entre las muchas que deducen o pueden deducir de las evidencias. Algunos desean presentar su conocimiento del pasado de forma estructurada para crear una narración de los acontecimientos. La selección y la estructura requieren una idea del significado o la importancia del proceso histórico. La percepción de esa importancia se revisa con los cambios históricos. Por ejemplo, los cambios históricos han incitado a los historiadores a buscar precedentes para comprender mejor el presente. La aparición del totalitarismo en el siglo XX suscitó un mayor interés por el experimento totalitario anabaptista en el Münster del siglo XVI. El terrorismo contemporáneo ha impulsado estudios sobre el terrorismo anarquista de principios del siglo XX. Como los procesos históricos llevan su tiempo, puede suceder que la relevancia de algunos acontecimientos y sus efectos no se haga patente hasta mucho tiempo después de que ocurran. Los historiadores solo pueden presentar una explicación retrospectiva de los procesos una vez han concluido estos; nadie podría haber escrito sobre la Guerra de los Cien Años antes de que terminase, una comprensión más plena de la repercusión del apoyo de Estados Unidos a la resistencia antisoviética

en Afganistán durante la década de 1980 solo fue posible tras los ataques contra Estados Unidos en 2001. Los consecuencialistas éticos, que miden el valor moral de las acciones según sus consecuencias, también pueden sentirse inclinados a revisar sus evaluaciones morales sobre los hechos históricos y sobre los actores que los llevaron a cabo según los resultados de estos *a posteriori*.

La revisión derivada de los valores tiene lugar cuando los historiadores reevalúan los acontecimientos y los procesos históricos que describen y explican. Esto puede estar motivado por nuevas pruebas que llevan a una reevaluación de hechos pasados o por la revisión del sistema de valores que utilizan los historiadores para evaluar los acontecimientos, los hechos y los actores de la historia. Por ejemplo, la historiografía del arte, la literatura, la filosofía, la música o la arquitectura jamás han dejado de revisar sus evaluaciones de las obras artísticas, literarias o filosóficas. Tales reevaluaciones hacen que la historiografía mantenga su relevancia.

Quienes leen historiografía científica, especialmente aquellos que leen más de una interpretación basada en pruebas similares, pueden distinguir fácilmente las revisiones que obedecen a sistemas de valores diferentes o a consideraciones sobre la importancia otorgada a los hechos de aquellas revisiones que derivan de la existencia de pruebas nuevas. La historiografía revisionista y la historiografía revisada comparten las revisiones basadas en la importancia histórica y en el sistema de valores. Sin embargo, la historiografía revisionista se diferencia de la revisada por ser inmune a los efectos de la aparición de evidencias nuevas. Una de las estrategias fundamentales del revisionismo consiste en "emborronar" las cuestiones epistemológicas, hacer que la distinción entre la ficción y el conocimiento histórico fundamentado en la evidencia y en la probabilidad sea vaga y confusa. Difumina la frontera entre la verdad histórica y la falsedad afirmando que puede existir más de una narrativa histórica "verdadera". Así, acontecimientos históricos como el Holocausto pueden ser "verdaderos" para algunos y "no verdaderos" para otros. Si la historiografía puede reducirse a los valores, intereses y afiliaciones políticas, sociales o de otra naturaleza de las personas que la escriben, el Holocausto puede formar parte de la narrativa histórica de algunas comunidades, pero no de la de otras. En este artículo demuestro que la historiografía revisionista puede distinguirse fácilmente de las revisiones historiográficas. La historiografía revisionista se caracteriza por su predilección por los valores terapéuticos sobre los valores cognitivos. Los intentos revisionistas de confundir el conocimiento con la

ficción se basan en mala filosofía, en argumentos no válidos y en una comprensión equivocada de la epistemología y la filosofía de la ciencia contemporáneas. Tenemos muy buenas razones para creer en la verdad histórica del Holocausto y para confiar en los métodos que han usado los historiadores en su deducción.

La refutación del revisionismo necesita un enfoque netamente filosófico porque los argumentos históricos ordinarios no bastan para superar la segunda línea defensiva de los revisionistas. Cuando los historiadores prueban por medio de la evidencia y de los métodos historiográficos generalmente aceptados que el Holocausto existió, los revisionistas pueden replegarse, y de hecho lo hacen, en el cuestionamiento de los criterios epistemológicos de la historiografía convencional, afirmando, por ejemplo, que el sesgo político o étnico de la mayor parte de los historiadores, su "juicio de vencedores", les impide ver lo que los revisionistas consideran "su verdad". Cabe argumentar que la historiografía es escrita por los vencedores, y los nazis derrotados pueden tener su propia narrativa, que puede ser igual de legítima. Aunque quienes niegan el Holocausto sean neonazis y/o antisemitas de diversas orientaciones que no suelen pertenecer a medios académicos, los fundamentos filosóficos de su ataque a los cimientos epistémicos de nuestro conocimiento del Holocausto son compartidos por académicos que ni son políticos de extrema derecha ni son racistas. Filósofos relativistas y escépticos, como el liberal Richard Rorty o el marxista Hayden White, pertenecientes ambos a la Universidad de Stanford, sostienen que es imposible demostrar la probabilidad de la veracidad histórica del Holocausto, o de cualquier otro acontecimiento histórico, en realidad.

La aparente plausibilidad de esta segunda línea defensiva del revisionismo se basa en la falsa asunción de que solo hay dos opciones filosóficas frente a nuestro conocimiento del pasado: el positivismo obsoleto o el escepticismo posmoderno. Es cierto que las nociones positivistas del siglo XIX, "vistas desde ninguna parte",[1] sobre la objetividad y la verdad que emplean ocasionalmente los historiadores se han quedado obsoletas en la epistemología y la filosofía de la ciencia contemporáneas,

1 Referencia a la obra del filósofo Thomas NAGEL, *The View from Nowhere,* Oxford, Oxford University Press, 1986 (traducción española *Una visión de ningún lugar*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996), que trata sobre las interacciones entre subjetividad y objetividad. [N. de la T.]

y por buenas razones, ya que todo conocimiento, y el conocimiento científico no es excepción, está cargado de teorías y de valores. La mayoría de los filósofos contemporáneos piensan que la objetividad es más una forma de perspectiva intersubjetiva que una verdad independiente de cualquier punto de vista. Sin embargo, los avances en la concepción filosófica del conocimiento y la objetividad no equivalen a "todo sirve" ni a "la verdad está en el ojo del que mira", una actitud que algunos filósofos denominan "perspectivismo", introducido por Nietzsche y defendido por Rorty. La ciencia (incluida la historiografía) no espera que sus practicantes hallen la verdad absoluta sino la mejor explicación posible de las pruebas, la que otorgue mayor probabilidad a las evidencias y genere la hipótesis explicativa más plausible. Lo que los historiadores consideran conocimiento, en tanto que hipótesis científica, es solo muy probable; los historiadores proponen un conocimiento científico falible.[2] Toda ciencia, incluida la historiografía, lleva su carga de valores. No obstante, los valores pueden ser cognitivos (precisión en la descripción de las evidencias, sencillez en la estructura, alcance de la capacidad explicativa, coherencia interna y diligencia en la búsqueda de pruebas), que permiten elegir entre varias hipótesis o teorías concurrentes, o valores de otro tipo, que no incrementan la probabilidad de verdad de las proposiciones a las que van asociados (valores morales o políticos, por ejemplo). Frente a la historiografía revisionista ilegítima, las revisiones historiográficas se distinguen por su adhesión a valores científicos cognitivos tendentes a la verdad y en su aceptación de una jerarquía de valores según la cual los principios cognitivos prevalecen sobre otros juicios de valor.

He argumentado en otro lugar[3] que el consenso entre historiadores –en un grupo humano particularmente heterogéneo, amplio y no sometido a coerción– es un indicador fiable del conocimiento, porque el conocimiento compartido explica mejor ese consenso dentro de un grupo heterogéneo que cualquier compleja combinación de parcialidades (en grupos heterogéneos y competitivos es imposible generar un consenso en torno a creencias incoherentes). También he sostenido que este consenso tan peculiarmente heterogéneo dentro de la historiografía surgió de la introducción a principios del siglo XIX de un nuevo paradigma

2 Aviezer TUCKER, *Our Knowledge of the Past: A Philosophy of Historiography*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

3 Ibídem.

que acabó asociándose a Ranke. He argumentado que este paradigma se caracteriza, además de por unos valores cognitivos compartidos, por la inferencia de causas comunes (acontecimientos pasados) a partir de información conservada por sus efectos contemporáneos, las evidencias. Es posible demostrar la existencia de esa comunidad heterogénea de historiadores que comparten valores cognitivos, métodos con carga teórica y el consiguiente conocimiento probable del pasado por la vía negativa, examinando las creencias sobre el pasado y los valores cognitivos historiográficos que se encuentran fuera del consenso en la comunidad heterogénea de historiadores y se explican mejor mediante la parcialidad existente dentro de comunidades homogéneas.[4] Entre las historiografías disidentes se cuentan, por ejemplo, la historiografía "revisionista" sobre el Holocausto, las historiografías nacionalistas del siglo XIX que "descubrieron" antiguas sagas nacionales, la cambiante historiografía bolchevique acerca de su revolución y las teorías de la conspiración.

La mejor explicación para las creencias compartidas dentro de comunidades homogéneas y disidentes del consenso historiográfico heterogéneo se basa en sus parcialidades particulares. Una comunidad de historiadores especialmente heterogénea, judíos y gentiles, alemanes y británicos, de derechas y de izquierdas, está de acuerdo en que hubo un Holocausto. Los "historiadores revisionistas" que lo niegan pertenecen a una comunidad homogénea integrada exclusivamente por nazis o simpatizantes nazis. Hay un consenso amplio y marcadamente heterogéneo acerca de la historiografía de la Europa altomedieval en el que están de acuerdo historiadores de todas las identidades nacionales europeas, historiadores de fuera de Europa e historiadores sin identidad nacional alguna. Los "historiadores" que afirmaban la autenticidad de ciertas sagas nacionales ficticias, desde las del "sabio" escocés Ossian hasta las supuestas sagas heroicas medievales checas, tenían en común sus identidades nacionales, identidades entusiastas, por otra parte. Ha ido surgiendo un consenso peculiarmente heterogéneo sobre la historiografía de la Unión Soviética conforme las evidencias se han hecho accesibles a historiadores de todas las nacionalidades y de todas las tendencias políticas con la excepción de los comunistas ortodoxos orientados hacia Moscú. Los defensores de

4 Georg G. IGGERS, *New Directions in European Historiography,* Middletown, Wesleyan University Press, 1985, pp. 9, 11 y 26.

las sucesivas historiografías bolcheviques, incongruentes entre sí (puesto que eran revisadas purga tras purga), eran comunistas ortodoxos o bien ciudadanos soviéticos forzados a seguir la línea del partido.

La historiografía revisionista suele preferir valores terapéuticos frente a los valores cognitivos convencionales que generan consenso y en los que están de acuerdo los historiadores de antecedentes diversos. Los valores terapéuticos califican las proposiciones historiográficas según el efecto que producen en el bienestar psicológico del público al que se dirigen. Entre los valores terapéuticos más empleados en historiografía encontramos: la negación de la culpa histórica mediante la negación del Holocausto, por ejemplo; el fomento del amor propio mediante los mitos nacionales, por ejemplo; y la eliminación de un sentimiento de alienación y de absurdo mediante las teorías de la conspiración, por ejemplo.

> La visión conspirativa del mundo nos brinda el consuelo de saber que, aunque sucedan hechos trágicos, suceden por una razón, y cuanto mayor sea la tragedia, mayor y más importante será la razón. De acuerdo con nuestra visión actual del mundo, rechazada por los teóricos de la conspiración, nadie –ni Dios, ni nosotros, ni siquiera algunos de nosotros– lo controla. Es más, el mundo, incluidas las personas que viven en él, es incontrolable, irracional y absurdo como ilustran las obras teatrales de Eugene Ionesco y Samuel Beckett.[5]

En ocasiones, el conocimiento historiográfico probable puede tener efectos terapéuticos sobre algunos grupos. Por ejemplo, un miembro de una comunidad racial discriminada, como la afroamericana, puede mejorar su autoestima si conoce los logros de sus ancestros, como las antiguas culturas africanas o las contribuciones de los afroamericanos a la ciencia y la tecnología, que refutan claramente los estereotipos raciales dominantes, susceptibles de socavar su autoestima y su confianza. Sin embargo, los valores científicos cognitivos de la historiografía son distintos de sus valores terapéuticos. Por ejemplo, un miembro de una comunidad deprimida o retrasada tal vez desee creer que sus circunstancias son consecuencia de una conspiración global contra su gente, orquestada por algún grupo humano que, en su opinión, está en mejor situación que la suya propia. Esta fe en una teoría de la conspiración

5 Brian L. KEELEY, "Of Conspiracy Theories", *Journal of Philosophy*, 96, 3 (1999), p. 124.

tiene valor terapéutico, porque atribuye la responsabilidad por la miseria que uno experimenta a otra persona y libera al creyente de la reflexión sobre sí mismo, de la autocrítica que bien podría conducir a un reconocimiento de la necesidad de reformar y modificar su cultura. La historiografía científica, sin embargo, puede descubrir que no hay pruebas de un plan contra su gente, pero sí que hay pruebas abundantes de que tal plan no existe; nadie había reparado en el desdichado grupo, y mucho menos conspirado contra él. A menudo, la desgracia humana carece de segundos significados y nadie se beneficia de ella. Los valores cognitivos de la historiografía científica eliminan los residuos terapéuticos, como deben.

La distinción entre historiografía científica y terapéutica queda expuesta en las diferencias entre las comunidades que aceptan una u otra. La historiografía cimentada en valores cognitivos científicos es reconocida por una comunidad amplia, heterogénea y no sometida a coacciones. Las historiografías basadas en valores terapéuticos son reconocidas por comunidades particularmente homogéneas que son fácilmente identificables en virtud de sus problemas y agravios. La negación del Holocausto es popular entre los neonazis, a quienes disgusta la culpa que ha recaído sobre los nazis, y por extensión sobre sus admiradores y partidarios, y tienen interés político en disociar el nazismo del asesinato en masa. Algunos mitos nacionales son impulsados por nacionalistas de ciertas identidades nacionales que sufren por su escaso prestigio heroico; la fe en las conspiraciones es promovida por grupos humanos en particular que comparten una sensación de desamparo y absurdo al ver que el mundo cambia y los ignora. Siempre ha habido un público para la historiografía terapéutica porque las personas y sus instituciones siempre están dispuestas a pagar para promover, leer o escuchar relatos terapéuticos sobre su pasado colectivo o incluso personal. El equivalente psicológico de la historiografía revisionista sería una terapia que pretendiese convencer al paciente de que, sean cuales sean sus defectos personales o los enredos sociales que haya creado en torno a sí, la culpa es de otro y él solo es una víctima pasiva. Sin duda, una terapia semejante podría ser eficaz para mejorar la autoestima, aliviar la culpabilidad e inocular una sensación de superioridad moral. Sin embargo, los efectos terapéuticos positivos de esta narración no contribuyen en nada a su probabilidad. La conducta abusiva de algunos padres puede ser responsable, ciertamente, de las taras de personalidad de su progenie, de sus angustias, inhibiciones,

obsesiones y, lo que es más importante, de su conducta abusiva en relación con otros. Sin embargo, a pesar de los beneficios terapéuticos que puedan derivarse de convencer a algún adulto de que sus padres adoraban a Satanás y participaban en sacrificios de niños y en abusos sexuales, y a pesar de la recuperación terapéutica de supuestos "recuerdos suprimidos" de rituales satánicos y abusos sexuales, no hay muchas evidencias que puedan convertir tales narraciones de abusos en algo históricamente probable.

La contradicción entre los valores terapéuticos y los valores cognitivos científicos se hace manifiesta en los conflictos sociales entre las comunidades homogéneas aglutinadas en torno a valores terapéuticos y los miembros de la comunidad historiográfica peculiarmente heterogénea que comparten valores cognitivos. A lo largo del siglo XIX surgieron en Europa varios documentos falsamente "antiguos" que, pese a su valor terapéutico para las causas nacionalistas, fueron denunciados. A principios del siglo XIX se reveló que los poemas de Ossian, el "Homero escocés", habían sido escritos por James Macpherson en el siglo XVIII. En Bohemia, Tomas G. Masaryk ayudó a desvelar el carácter fraudulento de unos poemas checos "antiguos". La universalidad de los valores cognitivos de la historiografía científica queda demostrada por la doble condición de Masaryk, quien, por una parte, era el máximo dirigente del movimiento nacional checo y más adelante se convertiría en el primer presidente de Checoslovaquia, y, por otra, era un filósofo profesional y el principal detractor de las invenciones fraudulentas.

Los historiadores legítimos, como Masaryk, aceptan una jerarquía de valores en virtud de la cual los valores cognitivos científicos prevalecen sobre los valores terapéuticos y sobre las necesidades de su grupo político, nacional, étnico, racial, religioso, de clase, de género o de otro tipo. Tal vez deseemos creer que un grupo con el que nos identificamos ha sido siempre virtuoso e impecable, y que cualquier fallo que encontremos en nuestro grupo es producto de los males injustamente perpetrados contra nosotros por algún otro grupo político, nacional, étnico, racial, religioso, de clase, de género o de otro tipo. Pero si esto implica desoír los valores cognitivos críticos de la comunidad historiográfica, esto es precisamente lo que la comunidad historiográfica heterogénea no nos permite creer. La verdad, sin rodeos, es que:

> [...] la diferencia definitiva y verdaderamente importante no es la que distingue a los feministas de los no feministas, o a los marxistas de los no

> marxistas, sino la que distingue a los historiadores competentes de los incompetentes. Los que anteponen consignas y programas políticos a la labor mucho más difícil de analizar pacientemente las evidencias se encuentran entre los incompetentes; pueden estar de moda durante un tiempo, pueden provocar controversias útiles, pero es improbable que su trabajo tenga alguna importancia en la progresiva ampliación del conocimiento.[6]

La historiografía legítima se caracteriza por la preponderancia de los valores cognitivos críticos, no por la ausencia de otros valores, que generan diferentes interpretaciones historiográficas. De hecho, la presencia de valores en la interpretación historiográfica es inevitable.[7] Siempre que se respete la superioridad jerárquica de los valores cognitivos sobre los demás, la historiografía legítima puede acomodar una miríada de valores diversos y contradictorios y cualquier interpretación que se siga de ellos.

Las interpretaciones historiográficas se ven afectadas por valores morales y estéticos, por la afiliación, la tendencia política y la perspectiva de los historiadores que las escriben. Este es el motivo principal de las diferencias entre interpretaciones historiográficas de procesos o acontecimientos históricos similares. Con todo, un énfasis excesivo en las diferencias entre narrativas historiográficas puede oscurecer las coincidencias, amplias, entre interpretaciones historiográficas, logradas gracias a los valores cognitivos compartidos y a una jerarquía de valores que otorga precedencia a esos valores cognitivos sobre los demás. Una vez satisfecho el requisito de los valores cognitivos, queda un amplio margen para interpretaciones y perspectivas personales, para juicios de valor y explicaciones del significado e importancia de los procesos históricos. Por ejemplo, la historiografía marxista legítima comparte valores cognitivos con el resto de la comunidad historiográfica particularmente heterogénea y los hace prevalecer sobre los valores políticos del marxismo.[8] Cuando el historiador marxista David Abraham publicó un libro en el que defendía la tesis marxista de que el ascenso de los nazis fue avalado por el gran capital alemán y jugó con las evidencias demasiado a la ligera, contraviniendo así los valores cognitivos de la historiografía,

6 Arthur MARWICK, *The Nature of History*, 3.ª ed., Londres, Macmillan, 1993, pp. 329-330.

7 Isaiah BERLIN, "Historical Inevitability", en *Four Essays on Liberty,* Oxford, Oxford University Press, 1969, pp. 41-117.

8 Georg G. IGGERS, *New Directions in European…, op. cit.,* pp. 123-174.

otro historiador marxista, Henry Ashby Turner, que estaba de acuerdo con su tesis, excomulgó a Abraham y su libro por quebrantar los valores cognitivos de la comunidad historiográfica, por muy marxista que fuese.[9] Los filósofos de la historiografía han discutido sobre si la historiografía debería estar cargada de valores o no.[10] Una vez comprendemos la jerarquía que hace prevalecer los valores cognitivos generadores de consenso sobre otros valores que dividen a la comunidad historiográfica, queda claro que la interpretación histórica cargada de valores es inevitable, pero es inferior jerárquicamente a su núcleo científico.

La diferencia entre la historiografía científica y la terapéutica, entre la que hace revisiones siguiendo las evidencias y el revisionismo que ignora esas evidencias, puede ilustrarse mediante la comparación entre las invenciones del pasado que niegan el Holocausto y su "contextualización" en la teoría de Ernst Nolte. Los propósitos terapéuticos y políticos de ambos son parecidos: negar la culpabilidad nazi o alemana por los crímenes de los nazis, los alemanes y sus aliados durante la II Guerra Mundial; y disociar el nazismo, o el nacionalismo alemán, o el nacionalismo radical, de los crímenes contra la humanidad para facilitar su resurgimiento. Los revisionistas pisotean los valores cognitivos de la historiografía científica y fantasean sobre una conspiración occidental encaminada a fabricar pruebas del Holocausto, construir restos de campos de concentración, falsificar documentos generados por la burocracia alemana y por testigos presenciales, y buscar a personas que interpreten el papel de supervivientes para dar testimonio oral del Holocausto. Nolte, por el contrario, no negó las evidencias que llevaban a un consenso historiográfico sobre los hechos del Holocausto. Su interpretación del Holocausto, sin embargo, difiere de la de muchos otros historiadores, aproximándose a una versión erudita de *Primavera para Hitler,* ese musical ficticio de Broadway que canta las virtudes de Hitler producido por Max Bialystock y Leo Bloom en la comedia teatral de Mel Brooks (convertida en película) *Los productores*. Aunque resulte moralmente execrable, esta versión de la historia nazi no necesita violar los valores cognitivos básicos de la comunidad historiográfica. Nolte elaboró un modelo teórico comparado que encuadra el nazismo en un tipo

9 Richard J. EVANS, *In Defense of History,* Nueva York, Norton, 1999, pp. 100-110.

10 William H. DRAY, *Philosophy of History*, 2.ª ed., Upper Saddle River, Prentice Hall, 1993, pp. 46-54.

de totalitarismo generalizado en el siglo XX, con el efecto terapéutico de negar la particularidad moral del nazismo. Nolte subrayaba aspectos del III Reich que no habían sido perversos, igual que el espectáculo imaginario de Bialystock y Bloom destaca que el *Führer* era un bailarín excelente. Nolte consideraba que el bolchevismo fue uno de los motivos del nazismo. Así, veía el nazismo como una respuesta y como un baluarte frente a la expansión del comunismo. El efecto terapéutico de esta idea reside en el desplazamiento de la responsabilidad de los criminales nazis a sus desagradables vecinos del este.[11]

La interpretación de Nolte se asemeja al alegato de un abogado defensor que quisiera atenuar la responsabilidad de un cliente ya condenado por el tribunal. Sostiene que el acusado creció en un vecindario duro y lleno de delincuencia, que hizo cosas buenas por la comunidad pero fue provocado por los delitos de otros. Sin duda, el vínculo causal que establece Nolte entre el bolchevismo y el totalitarismo nazi es demasiado débil y el bolchevismo no fue causa suficiente ni necesaria para el nazismo, aunque el argumento no conculca frontalmente los valores cognitivos de la historiografía científica mediante la omisión o fabricación de pruebas. Como mucho, los detractores de Nolte pueden aducir que es un historiador inmundo, igual que era inmundo el espectáculo *Primavera para Hitler* de Bialystock y Bloom, pero no es un fabulador. Los argumentos de quienes refutan las tesis de Nolte, como Christian Meier y Jürgen Kocka, y sostienen la naturaleza única del Holocausto y las particularidades del nacionalsocialismo, se parecen a las del fiscal cuando señala la insólita crueldad del crimen y la ausencia de circunstancias atenuantes. Con todo, lo interesante de esta *Historikerstreit* no son los previsibles desacuerdos en la interpretación de la historia reciente, que tienen implicaciones evidentes en los debates políticos actuales, sino el hecho de que ambos bandos llegaran a un acuerdo tan amplio y permaneciesen dentro de los límites de una comunidad historiográfica unida.[12]

Para tomar otro ejemplo más cercano, los efectos de la caída del comunismo suscitaron un aluvión de interpretaciones conspirativas del colapso y las revoluciones. Por elegir un solo ejemplo representativo de

11 Stephen BROCKMANN, "The Politics of German History", *History and Theory*, 29, 2 (1990), pp. 179-189; Chris LORENZ, "Historical Knowledge and Historical Reality: A Plea for 'Internal Realism'", *History and Theory*, 33, 2 (1994), pp. 297-327.

12 Stephen BROCKMANN, "The Politics of German History", art. cit.

este género, el "análisis Dolejší", de 1991, es una teoría conspirativa sobre el movimiento disidente checoslovaco Carta 77 y la Revolución de Terciopelo de 1989. La hipótesis de Dolejší consistía en que el movimiento Carta 77 había sido creado y mantenido por el servicio secreto comunista, el StB. Según Dolejší, las consecuencias de la Revolución de Terciopelo reflejan un pacto entre los dirigentes de Carta 77 y sus antiguos manipuladores del servicio secreto que iba a permitir a ambas partes compartir impunemente los restos de poder y riqueza tras el comunismo. La prueba que aportaba Dolejší era la continuidad social e institucional en la composición de la mayor parte de las elites checas y eslovacas después de la Revolución de Terciopelo. Es cierto que en la política y en los medios de comunicación, donde hubo una clara sustitución de personajes, algunos antiguos disidentes de Carta 77 fueron los beneficiarios iniciales. Dolejší dio por sentado que la correlación entre los vencedores del proceso de transición de 1989 y las elites comunistas y disidentes en conflicto antes de 1989 tenía que obedecer a una explicación conspirativa. El valor terapéutico de esta teoría se halla en que absuelve a la mayoría de los checos de complicidad o de responsabilidad por los actos del comunismo y por las consecuencias de la Revolución de Terciopelo. Si Carta 77 siempre había sido una organización de comunistas encubiertos, lo prudente y lo correcto había sido no unirse a ellos antes de 1989, y la gente normal que no se involucró con la disidencia no tiene nada de lo que avergonzarse. Si la Revolución de Terciopelo es el resultado de un pacto entre las minorías rectoras, los ciudadanos normales no son responsables de sus efectos ni están obligados a esforzarse por mejorar las condiciones resultantes de la revolución y obtener mayor control sobre sus propias vidas en una democracia ajena a la elite y la burocracia poscomunista, ya que todo se ha pactado de antemano y obedece a oscuras maquinaciones subrepticias. Todo es culpa de otros y nada se puede hacer para cambiarlo. A pesar de la pasividad impotente de la gente normal, el mundo político todavía es comprensible, no es absurdo, porque la conspiración de los dirigentes comunistas sigue controlando todo desde las sombras. Los efectos terapéuticos de esta teoría de la conspiración no le restan probabilidad. Sin embargo, el principal problema de esta hipótesis, que sí reduce mucho su probabilidad, es su falta de corroboración. No existen evidencias documentales ni testimonios orales sobre la manipulación de Carta 77 por parte de los comunistas, ni sobre un pacto que ofreciese inmunidad a cambio de la sustitución de la clase política como los que de hecho hubo en las transiciones iberoamericanas o en el caso sudafricano. Sabemos de estos

pactos porque generaron pruebas documentales y de otro tipo, y porque los términos de la transición incorporaron varias garantías expresas que excluían la persecución de las antiguas elites y les permitían conservar su posición. Sin embargo, en el caso poscomunista, la *nomenklatura* estaba demasiado acostumbrada a recurrir a la ayuda soviética para ser capaz de amenazar con una guerra civil o un golpe de Estado a las elites alternativas una vez eliminado el apoyo soviético, y, por otra parte, la oposición política era demasiado reducida para intentar una verdadera revolución social y la sustitución de todas las elites institucionales. Una explicación más plausible, que hace más probable la evidencia de la continuidad de las elites, explica un abanico más amplio de pruebas y se basa en una búsqueda diligente de nuevas pruebas en otros regímenes salidos del totalitarismo como Alemania y los demás países poscomunistas (lo que suma tres valores cognitivos) es que el totalitarismo se caracteriza por la eliminación activa de las elites alternativas y por impedir que aparezcan nuevas elites posibles; por ello, cuando cae el sistema, son escasas las opciones disponibles para reemplazar a la clase dirigente y, por consiguiente, se produce una continuidad espontánea entre la sociedad totalitaria y su sucesora, con conspiración o sin ella. Los 2000 signatarios de Carta 77, que integraban prácticamente la única clase política alternativa en tierras checas, eran la única elite alternativa que podía y quería recibir el testigo en 1989. Pero el dominio político de este grupo fue breve, porque de entre las "grises" clases profesionales pronto surgió una nueva elite que antes de 1989 se había mostrado pasiva en política. La tolerancia relativa frente a Carta 77 a fines de los años setenta y durante los ochenta, comparada con la eliminación física de la oposición política durante el terror de la década de 1950, fue esgrimida por Dolejší como evidencia de que Carta 77 se encontraba bajo control del servicio secreto, aunque en realidad fue algo común a todos los regímenes totalitarios después del período de Kruschev y el acuerdo de limitar el uso de la violencia al que llegaron los miembros de las elites comunistas para su mutua protección.

Como han señalado muchos filósofos,[13] nada desacredita *a priori* todas las teorías de la conspiración, la atribución de un plan secreto a

13 Charles PIGDEN, "Popper Revisited, or What Is Wrong with Conspiracy Theories?", *Philosophy of the Social Sciences*, 25, 1 (1995), pp. 3-34; Brian L. KEELEY, "Of Conspiracy Theories", *Journal of Philosophy*, 96, 3 (1999), pp. 109-126; Brian L. KEELEY, "Nobody Expects the Spanish Inquisition! More Thoughts on Conspiracy Theory", *Journal of Social Philosophy*, 34, 1 (2003), pp. 104-110; Lee BASHAM, "Malevolent Global Conspiracy", *Journal of Social Philosophy,* 34, 1 (2003), pp. 91-103.

un grupo reducido de personas que pretenden influir a gran escala en el devenir histórico mediante acciones encubiertas. Las conspiraciones pueden darse en la historia, y de hecho se dan con frecuencia. La distinción entre las historiografías conspirativas legítimas e ilegítimas se halla en sus respectivas relaciones con las evidencias, y no en el contenido de sus teorías. Las evidencias de las teorías conspirativas revisionistas suelen consistir en la relación entre los intereses atribuidos a grupos reducidos y acontecimientos históricos de gran importancia, sin pruebas de los actos y procesos intermedios que deberían haber vinculado los intereses del grupo reducido con los acontecimientos históricos de gran importancia. Sin esos estadios intermedios, es fácil atribuir la muerte de todos los propietarios a las conspiraciones de sus herederos, a menudo hijos suyos. Como han señalado Keely y Basham,[14] las teorías de la conspiración tienden a unificar todas las evidencias, y en esto se parecen a las buenas teorías científicas, pero con la particularidad de que consideran la falta de evidencias que respalden sus tesis, o incluso la presencia de evidencias que parecen contradecirlas, como prueba de la existencia de la conspiración, de sus aptitudes para ocultar evidencias relevantes y para fabricar evidencias que aparentemente la refutan. Keely sugería que, en esto, las teorías conspirativas están emparentadas con el escepticismo cognoscitivo universal, introducido por Descartes con su hipótesis de un genio maligno que controla todas nuestras percepciones para engañarnos, explicando con ello nuestras sensaciones y creencias. Keely propone que se desdeñen e ignoren las teorías conspirativas con argumentos similares al escepticismo epistémico universal por tener menor plausibilidad de partida. Yo añadiría que el escepticismo universal, como las teorías conspirativas revisionistas, es estéril porque no lleva a nuevos descubrimientos ni puede predecir o explicar con precisión por qué la realidad es como es.

Keeley concluyó que las teorías de la conspiración prefieren "un grado de escepticismo casi nihilista" antes que el absurdo.[15] Basham replicó a Keeley que los cuatro argumentos habituales en contra de las teorías conspirativas, esto es, la imposibilidad de corroborarlas o refutarlas, la imposibilidad de que un pequeño grupo de conspiradores

14 Ibídem.

15 Brian L. KEELEY, "Of Conspiracy Theories", *Journal of Philosophy*, 96, 3 (1999), p. 125.

controle la conducta humana manteniendo en secreto sus maquinaciones, las evidencias tangibles de la fiabilidad de las instituciones y la información públicas, y la acusación *ad hominem* según la cual los teóricos de la conspiración son todos paranoicos, no bastan para excluir las teorías conspirativas en general. Las teorías que no admiten comprobación pueden ser ciertas; algunas instituciones pueden mantener en secreto las conspiraciones, y de hecho lo hacen; las instituciones públicas, especialmente en Estados no liberales, no son fiables; y los paranoicos pueden ser perseguidos realmente. Pienso que la formulación de la cuestión que hace Keeley tiene un problema en su opción bifronte entre el escepticismo universal o el absurdo. El absurdo es una reflexión sobre la condición teleológica del universo, concretamente es la ausencia de un *telos,* un sentido o un propósito del proceso histórico. Por cierta que sea esta visión del mundo, no es una "explicación" del mundo, sino una reflexión sobre su falta de sentido. Las teorías conspirativas, por su parte, son en primer lugar una explicación de cómo el mundo es movido por los intereses y motivos de un grupo reducido de personas. Este grupo impone clandestinamente sus intereses sobre el mundo y, por consiguiente, el fin último del proceso histórico coincide con sus intereses. Las verdaderas competidoras de las teorías conspirativas serían explicaciones alternativas de las evidencias históricas utilizadas por dichas teorías, especialmente de las correlaciones entre los acontecimientos o procesos históricos y los intereses y motivaciones de grupos pequeños. La evaluación comparada de estas explicaciones concurrentes requeriría evidencias adicionales para los estadios intermedios, ya fueran conspiraciones o consecuencias fortuitas de la compleja interacción entre los grupos sociales y las evidencias. Los teóricos de la conspiración tendrían que explicar la falta de esa evidencia recurriendo a la misma conspiración, mientras que otras explicaciones alternativas serían capaces, normalmente, de encontrar evidencias de los procesos fortuitos que llevan a la correlación entre acontecimientos e intereses. *Ceteris paribus* los valores cognitivos científicos establecerían que las teorías con un abanico más amplio de pruebas, que además fuesen fecundas y precisas por posibilitar el descubrimiento de nuevas pruebas y predecir con exactitud algunas de ellas, serían preferidas antes que sus alternativas de menor calidad.

La filosofía escéptica de la historiografía niega los valores cognitivos de la comunidad historiográfica particularmente heterogénea, amplia y no sometida a coerción, así como su superioridad jerárquica fren-

te a otros valores no cognitivos. En lugar de esto, respalda el pluralismo de valores y niega la superioridad de los valores cognitivos sobre los demás. Si los escépticos interpretan la historiografía como una narración, sostendrán que una narración es tan válida como cualquier otra, y, por lo tanto, no hay diferencias sustanciales entre la historiografía y la ficción. Para Hayden White, "las narrativas históricas [...] son ficciones verbales, cuyo contenido es tan inventado como averiguado y cuya forma tiene más relación con sus equivalentes literarios que con los científicos".[16] White concluye que la elección entre narrativas historiográficas concurrentes obedece a criterios estéticos, y sostiene que la existencia del Holocausto depende de una interpretación política.[17] Spitzer afirma que la culpabilidad o inocencia de Trotsky depende más de valores morales que de evidencias históricas.[18]

Como descripción o explicación de la historiografía, el escepticismo diverge claramente de la historia o de la sociología de la historiografía. La existencia de una comunidad de historiadores heterogénea y no sometida a coerción que ha generado consenso en torno a muchas creencias y valores cognitivos durante más de dos siglos debe de suponer un misterio irresoluble para los escépticos. Los historiadores se creen capaces de demostrar que hubo un Holocausto y que Stalin y sus secuaces sufrían de delirios paranoicos. Los escépticos deben de encontrar desconcertante este consenso. Si el escepticismo estuviera en lo cierto, la historiografía aparecería tan fragmentada sociológicamente como lo están la literatura o el arte.

La interpretación escéptica de la historiografía se basa, en gran medida, en la historiografía precientífica y en la filosofía de la historia previa a la aparición de un consenso historiográfico particularmente heterogéneo.[19] Los valores cognitivos científicos y las creencias historiográficas que se siguen de ellos no llegaron a dominar la historiografía de la noche a la mañana. Aparecieron primero en Alemania, a princi-

16 Hayden WHITE, *Tropics of Discourse,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978, p. 82.

17 Hayden WHITE, *The Content of the Form,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987.

18 Alan B. SPITZER, "John Dewey, The 'Trial' Of Leon Trotsky And The Search For Historical Truth", *History and Theory*, 29, 1 (1990), pp. 16-37.

19 Hayden WHITE, *Metahistory,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973.

pios del siglo XIX, operaron inicialmente en la hermenéutica bíblica, en la filología y en la crítica textual, y solo más adelante se aplicaron a la historiografía de la mano de Ranke, y a lo largo del siglo XIX viajaron hacia el oeste. La historiografía precientífica, la de Gibbon, Macaulay y Michelet, por ejemplo, solía estar bien escrita y disfrutó, por lo tanto, de un amplio público lector y un nicho de mercado en el siglo XIX, incluso cuando no se adaptaba a los nuevos criterios de Ranke. Pero los historiadores contemporáneos consideran tal historiografía como precientífica, o incluso "prehistórica" por emplear la expresión de Elton.[20] La fusión de la historiografía fundada en valores científicos y cognitivos con la historiografía precrítica se apoya en un error aún más grave acerca de la naturaleza de la investigación historiográfica, la confusión de la historiografía con los libros de texto sobre el pasado. Los críticos literarios pueden afirmar que fuera del texto no hay nada, que el texto es todo los que tenemos. Sin embargo, en la historiografía, incluyendo en ella la historiografía de la literatura, hallamos algo más que textos historiográficos autosuficientes. El texto se remite a la evidencia por medio de notas a pie de página. El historiador deriva la historiografía de la evidencia, y la documenta mediante sus notas a pie de página. La alternativa es una invención terapéutica de la historiografía que prefiera la terapia antes que la verdad y concluya con *Primavera para Hitler*.

20 Geoffrey R. ELTON, *The Practice of History,* Glasgow, Collins, 1969, p. 14.

Historiografía y memoria del feminismo: las tentaciones revisionistas*

Christine Bard

Tanto en el arte de escribir la historia erudita como en el de celebrar la memoria colectiva, la revisión es sana, necesaria y se hace inevitable si admitimos que los intereses actuales imponen esta operación intelectual que es simultáneamente consciente e inconsciente. El revisionismo, en cambio, entendido en su dimensión negativa, a través de distorsiones, visiones parciales y contrasentidos llega hasta la aberración, y en ocasiones hasta la negación de los hechos. El caso del feminismo permite ver en qué medida se han revisitado una historia y una memoria escritas en masculino. El propio feminismo está inmerso en los desafíos que añaden tensión a su pasado. Entre feministas, la tentación revisionista adquiere la forma de lucha por un poder simbólico que instrumentaliza el relato del pasado. Para el feminismo, el revisionismo es un problema interno y también un enemigo exterior. Puede operar en nombre de una crítica ideológica, pero además, y de forma más insidiosa, puede actuar al servicio de las "exigencias" de la comunicación en un momento de sensacionalismo político.

El revisionismo en la historiografía

La difícil gestación de una historia autónoma del feminismo

Intentaremos rastrear cronológicamente las grandes evoluciones del patrón utilizado para interpretar la historia del feminismo francés. Veremos que la escritura de la historia pasa por sucesivas revisiones, dependientes de la actualidad feminista y de los grandes temas de la época. Está muy vinculada a las cuestiones de memoria que los traba-

* "Historiographie et mémorialisation du féminisme: les tentations révisionnistes", en Luc CAPDEVILA y Patrick HARISMENDY (dirs.), *L'engagement et l'emancipation. Études offertes à Jacqueline Sainclivier*, Rennes, PUR, 2014. Traducción de Virginia Tabuenca.

jos históricos suelen reactivar periódicamente. En la década de 1970, el paradigma dominante era el marxista y quienes hacían historia del feminismo eran a menudo especialistas en el movimiento obrero. Se reflexionaba sobre el "feminismo burgués" y sobre sus desencuentros con el partido socialista y los sindicatos. Se destacaban figuras como las de Flora Tristan y Louise Michel, que conjugan ambos compromisos. El feminismo de la Tercera República era entonces muy desconocido. No obstante, en estos años se consolidó una visión heterodoxa surgida del Movimiento de Liberación de la Mujer y basada fundamentalmente en la obra de Françoise Picq,[1] que pretendía desligarse del paradigma del movimiento obrero.

La primera generación del feminismo comenzó a estudiarse en la universidad solo a partir de la década de 1980. Sus múltiples dimensiones salieron a la luz. Para quienes se incardinaban en el feminismo fue importante tener el relato de un movimiento autónomo, diverso, mucho más vigoroso de lo que se había pensado. En muchos casos, los archivos no se habían abierto jamás. Se destacaron dos figuras para reafirmar esta visión de un feminismo autónomo: Maria Deraismes y Hubertine Auclert.

En la década de 1990 llega el momento de la paridad. La conquista de los derechos políticos se convierte en el eje. El feminismo se convierte en historia del sufragismo, en detrimento de la cuestión obrera, por ejemplo, que desaparece del debate público. No insistiré en la oposición de los dos esquemas de interpretación, uno encaminado a valorar el feminismo en sí, el otro a vincularlo con la lucha de clases y el movimiento obrero, porque la cuestión ya ha sido suficientemente tratada.[2]

Las revisiones contemporáneas

No es ese el caso de los cuestionamientos actuales. Tienen en común que, de cierta manera, señalan las "lagunas" del feminismo antiguo, lo que puede conducir a juicios anacrónicos; también están vinculados a reivindicaciones recientes.

1. La curiosidad por la historia del lesbianismo y el desarrollo de una sensibilidad *queer* producen historia y memoria, aunque sea desde

1 Françoise PICQ, *Libération des femmes. Quarante ans de mouvement*, París, Éditions-dialogues.fr, 2011.

2 Sobre este aspecto y, en general, sobre historiografía, *Cf.* Françoise THÉBAUD, *Écrire l'histoire des femmes et du genre*, Lyon, ENS Éditions, 2007.

el margen. Se han realizado escasas investigaciones de naturaleza académica después de la tesis de inspiración feminista sobre la historia de la homosexualidad femenina de Marie-Jo Bonnet.[3] También cabe señalar el interés suscitado por figuras de la época de la primera generación del feminismo (fines del siglo XIX y principios del XX), que se mostraron críticas con el heterocentrismo, como Madeleine Pelletier y Arria Ly,[4] sin que el lugar marginal y marginado que ocuparon en el pasado se considere un problema de falta de representatividad. Mucho queda por hacer en la historia más reciente del feminismo lesbiano, y lo que se ha comenzado se encuadra, principalmente, en un contexto militante.[5] Hay una relectura *queer* en proceso. Citaremos, por ejemplo, la obra de Monique Wittig.[6]

2. El auge de estudios sobre el género y la masculinidad en círculos académicos y la aparición en el mundo de la militancia de nuevas reivindicaciones mixtas contra el sexismo estimulan el ansia por saber más acerca del papel desempeñado por los hombres en la historia del feminismo. Esta tendencia se aprecia desde fines de la década de 1990, que es testigo de cómo una generación recién llegada renueva el panorama asociativo feminista (con la asociación *Mix-cité,* por ejemplo) y también homosexual y *queer,* mientras que una parte de la extrema izquierda (anarquistas, alternativos) tiñe de antisexismo las luchas del momento (por ejemplo, los antifascistas, con Ras l'front y No pasarán). A comienzos del siglo XXI se abrió una nueva etapa, marcada por la conciencia sobre la deconstrucción del género. En la galaxia feminista se integran nuevos individuos, ni hombres ni mujeres, sino *trans, pédés, gouines,*[7] *queer* (por ejemplo, Les Panthères roses). Su neofeminismo dinamita la

3 Marie-Jo BONNET, *Un choix sans équivoque,* París, Denoël Gonthier, 1981.

4 Sería prolijo citar todos los trabajos sobre Madeleine Pelletier después del primer coloquio sobre su persona en 1991. Arria Ly, que no era una figura de primera fila, encontró a su propia historiadora en los Estados Unidos; véase la tesis de Andrea MANSKER, *Sex, Honor and Citizenship in Early Third Republic France*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011.

5 Natacha CHETCUTI y Claire MICHARD (dirs.), *Lesbianisme et féminisme: histoires politiques*, París, L'Harmattan, 2003.

6 Marie-Hélène BOURCIER y Suzette ROBICHON (dirs.), *Parce que les lesbiennes ne sont pas des femmes, autour de l'oeuvre politique, théorique et littéraire de Monique Wittig,* París, Éditions gaies et lesbiennes, 2001.

7 El neologismo *transpédégouines,* utilizado de forma militante por parte del movimiento LGBT, aglutina los términos *trans,* apócope de transexual; *pédé,* de *pédéraste,* denominación peyorativa de los hombres homosexuales; y *gouine,* lesbiana, también peyorativo. [N. de la T.]

visión binaria de los sexos y los géneros y reformula el interrogante tradicional sobre el carácter binario de los sexos, lo deja obsoleto, lo desborda y plantea con fuerza la cuestión central sobre cuáles deben ser los sujetos del feminismo. Ya no se trata, como en los años setenta, de "nosotras, las mujeres". Las reivindicaciones *trans,* por su parte, atacan también una especie de biologismo paradójico del feminismo y elaboran un "transfeminismo".[8] En consecuencia, se pone en tela de juicio la antigua delimitación del feminismo. Lo muestra elocuentemente la tesis de Alban Jacquemart sobre hombres feministas desde 1870 a la actualidad.[9]

3. La intensidad del despertar de la memoria judía en las décadas de 1970 y 1980, el interés por la historia de la Shoah y el compromiso en la lucha contra el negacionismo alumbraron en Francia un particular patrón de lectura bajo los auspicios de la germanista Rita Thalmann y de Liliane Kandel, que organizó en 1992 un importante coloquio sobre "Feminismo y nazismo".[10] A partir del estudio de los feminismos relacionados con la guerra, el nacionalismo o el nazismo, pasando por el pacifismo a ultranza, se trata de utilizar el concepto central de "responsabilidad histórica de las mujeres" y extraer todas las conclusiones necesarias de las orientaciones feministas en Alemania a partir de 1933, por ejemplo, y, de forma más general, del papel activo de las mujeres en el funcionamiento del régimen nazi, desde la economía de guerra hasta la cultura. Esta aproximación rompe con una visión tan victimista como falsa de la historia de las alemanas y es válida para todas las mujeres de todos los países. Al mismo tiempo, el estudio de la contribución de las mujeres judías al feminismo, en Francia y en otros lugares, se enriquece gracias, especialmente, a la historiadora israelí Nelly Las.[11]

8 *Cf.* "Féminisme(s)", Karine ESPINEIRA, Maud-Yeuse THOMAS y Arnaud ALESSANDRIN, *La trans-yclopédie*, Des ailes sur un tracteur, 2012, p. 175.

9 Alban JACQUEMART, *Les hommes dans les mouvements féministes français (1870-2010). Sociologie d'un engagement improbable,* Rennes, PUR (colección Archives du féminisme), 2014.

10 Liliane KANDEL (dir.), *Féminismes et nazisme*, París, Odile Jacob, 2004.

11 Nelly LAS, *Voix juives dans le féminisme. Résonances françaises et anglo-américaines,* París, Honoré Champion, 2011. Véase también Vincent VILMAIN, *Féministes et nationalistes? Les femmes juives dans le sionisme politique (1868-1921),* tesis doctoral en historia, EPHE, 2011.

4. Existe una relectura de la historia del feminismo dentro de la corriente feminista poscolonial, desarrollada a partir de 2003 o 2004 en torno a una cuestión que genera gran división en Francia: el velo.[12] Esta posición denuncia que, a lo largo de los últimos veinte años, la retórica reaccionaria ha incorporado el antisexismo. Esta corriente no se identifica con la historia del feminismo "hegemónico" y considera que la cuestión colonial y racial es un punto negro en la historia del feminismo. Desde esta perspectiva, Hubertine Auclert, pionera del sufragismo, debería ser considerada como "una de las primeras teóricas de un feminismo imperialista". Se pone en evidencia la condición "blanca" del feminismo francés. Igual que la corriente anterior, esta revisión lleva a insistir sobre el "femonacionalismo" y apunta a un "privilegio blanco" en el seno mismo de un movimiento que se percibe como emancipador. El desconocimiento de la función de las mujeres inmigrantes y de las organizaciones femeninas de ultramar es una realidad. ¿Deberíamos, por lo tanto, elogiar el modelo alternativo de emancipación de las mujeres bajo el régimen de Jomeini? El panfleto de Félix Boggie Ewanjé-Epée y de Stella Magliani-Belkacem declara sus opciones políticas, pero resulta muy revelador de una sensibilidad que tiene ya valor heurístico en las investigaciones académicas.[13] Cuando Elsa Dorlin publicó su antología sobre el *black feminism* americano en 2008, la historia de las feministas negras en Francia era casi totalmente desconocida. La primera década del siglo XXI presenció el nacimiento de un feminismo islámico y el incremento del interés por las cuestiones de la religión y la laicidad dentro del feminismo ¿Existe acaso un feminismo católico, uno judío, uno protestante, uno musulmán? Esta pregunta impulsará nuevas investigaciones.

5. Sorprende comprobar que los (escasos) debates historiográficos sobre feminismo tienen lugar entre historiadores e historiadoras que comparten una ideología de izquierdas. Podemos preguntarnos si cabe un revisionismo de derechas, y así es, pero no se asumiría como tal en el actual contexto epistemológico. En el campo que nos ocupa, el feminismo, este punto de vista intentaría quitar importancia al papel del movimiento social y las protestas para atribuir las razones de la evolución

12 Hoy hay asociaciones como *Mamans toutes égales,* el colectivo *Féministes partout, Une école pour toute.s…*

13 Félix BOGGIO EWANJÉ-EPÉE y Stella MAGLIANI-BELKACEM, *Les féministes blanches et l'empire,* París, La Fabrique, 2012.

de los derechos de las mujeres a otros factores. Se otorgaría a un "gran hombre", De Gaulle, por ejemplo, un papel feminista por haber concedido el derecho de voto a las francesas. Otra posible estrategia sería mantener la confusión entre movimiento feminista y movimiento femenino, o extender el calificativo a corrientes y figuras que no se autodefinan como feministas, lo que permitiría rehabilitar a movimientos moderados, o incluso reaccionarios, cuyo conservadurismo es innegable, de los que se destacaría que han permitido a muchas mujeres participar en la vida pública.

El revisionismo interno en el feminismo: el caso de Antoinette Fouque

La historia reciente es muy dependiente de sus actores y actrices, que controlan una buena parte de la documentación disponible (archivos, entrevistas, declaraciones en los medios de comunicación…). Esto es cierto en el caso de la segunda generación de feministas, que celebró sus cuarenta años en 2010. Se organizó un solo coloquio académico: "Les féministes de la 2e vague, actrices du changement social", en Angers.[14] El aniversario fue motivo para múltiples conmemoraciones de feministas de los años setenta, todavía en activo.

La inmensa mayoría de quienes militaban en aquella época coincide en la convención de fechar el nacimiento del Movimiento de Liberación de la Mujer el 28 de agosto de 1970. Ese día fueron detenidas diez mujeres que intentaban colocar en el Arco de Triunfo un ramo de flores en memoria de la mujer del soldado desconocido. La mañana siguiente, la prensa llevaba titulares sobre el nacimiento de un "Movimiento de Liberación de la Mujer". Las reuniones y las publicaciones que habían precedido a este acto no habían conseguido crear la sensación de que se estaba constituyendo un nuevo movimiento militante a imagen del *women's lib* americano.

La fecha es objeto de discrepancias que pueden calificarse de revisionistas. En 2008, con dos años de antelación, Antoinette Fouque, creadora y animadora del grupo *Psych et Po*,[15] festejó los cuarenta años

14 Christine BARD (dir.), *Les féministes de la deuxième vague,* Rennes, PUR (colección Archives du féminisme), 2012.

15 *Psychanalyse et Politique.* [N. de la T.]

del Movimiento de Liberación de la Mujer, cuyas siglas en francés, MLF, había registrado como marca comercial en 1979. Con este golpe de mano, un grupo reducido se apropió de una creación colectiva e informal, de un "movimiento". Esta vieja historia se sigue repitiendo en las conmemoraciones.

Antoinette Fouque afirmaba que el MLF se fundó durante una celebración que tuvo lugar en su domicilio el día de su cumpleaños, el 1 de octubre de 1968. Con la colaboración de sus amistades y camaradas, a quienes reunió en un libro de aniversario publicado en 2008,[16] construyó un verdadero "mito de los orígenes" del MLF. Este extremo ha sido desmentido en muchas ocasiones y han aparecido testimonios contradictorios que no niegan la existencia de la famosa velada, pero discuten su significado. Ya se habían manifestado signos que anunciaban la existencia de este revisionismo. El 8 de marzo de 1983, bajo el título "Mouvement de libération des femmes, 15 années de luttes, 1968-1983", una exposición reflejaba una visión del MLF tamizada por *Psych et Po*. Annette Lévy-Willard la comparó en *Libération* con "una breve estancia en la Corea del Norte de Kim Il Sung". No se mencionaba a Simone de Beauvoir, pero Antoinette Fouque, su editorial Des femmes, o su revista *Des femmes en mouvements* eran omnipresentes. Estaba ausente el Manifiesto de las 343, firmado por mujeres que habían abortado y publicado en *Le Nouvel Observateur* en 1971, texto famoso donde los haya.

Este revisionismo suscita varios interrogantes: ¿A quién beneficia la reescritura? ¿Cómo se hace? ¿Con qué medios? ¿Qué apoyos legitimadores puede hacer valer en círculos universitarios? ¿Qué discrepancias despierta? En pocas palabras, diremos que esta relectura no va únicamente en contra de las historiadoras especializadas en el feminismo, sino contra la inmensa mayoría de las feministas de los años setenta, actrices de esta historia. Son importantes los medios empleados porque Antoinette Fouque disponía de gran autonomía financiera y de su propia editorial; además, su actividad como animadora de un grupo feminista, como psicoanalista, como editora, como directora de un órgano de prensa y como diputada europea le proporcionó una influencia considerable y un cómodo acceso a los medios de comunicación. Dado que la historia de los feminismos de aquellos años es compleja, a un periodista ordinario no le resultaba fácil contrastar sus afirmaciones.

16 Antoinette FOUQUE, *Génération MLF 1968-2008*, París, Des femmes, 2008.

La distancia que separa la visión del pasado del MLF, que tenía Antoinette Fouque, y la visión historiográfica también se construye con palabras. La pretensión de fundar o crear un movimiento sociopolítico como el feminismo de segunda generación no es admisible para quienes trabajan sobre procesos complejos que, en un contexto dado, aúnan diversas fuerzas que han ido germinando discretamente antes de florecer. Lo subraya con acierto Sylvie Chaperon, historiadora que ha investigado a fondo la generación feminista de las décadas de 1950 y 1960.[17] La noción de *fundación* es fácil de refutar. El acto de fundación imaginaria sirve a la causa de una personalización del feminismo que, en este caso concreto, roza el culto a la personalidad. Cuando los textos antiguos se leen como fuentes (primer deber de quienes hacen historia) lo más problemático es darse cuenta de que esta apropiación va en detrimento de la palabra clave de toda esta historia: el feminismo. Lo constatamos en esta declaración de amor firmada por Jacqueline, Yvette, Michèle, Thérèse y Christine, publicada en *Des femmes en mouvements hebdo* el 2 de abril de 1982:

> Querida Antoinette.
>
> Creaste el Movimiento de Liberación de las Mujeres, liberándolo del feminismo. Hasta el día de hoy lo has conducido más allá de donde nadie podría haberlo llevado, sin negar la realidad ni refutar lo que tiene de razonado, lo positivo y la fuerza. ¿Sabremos defender, como tú lo has hecho, esta "tierra de libertad" que nos diste y preservaste frente a las invasiones que la amenazan? ¿Sabremos mantenerla, como tú lo has hecho, abierta y hospitalaria para cualquier mujer, venga de donde venga? ¿Sabremos conservar, como tú lo sigues haciendo, este vínculo de amor entre las mujeres que es su fundamento?[18]

Además de que la personalización es contraria al espíritu militante del MLF, suscita una desconfianza crítica entre los analistas de los movimientos sociopolíticos, que hacen hincapié en las dinámicas colectivas, las estructuras, el contexto…

17 Sylvie CHAPERON, *Les Années Beauvoir 1945-1970,* París, Fayard, 2000.

18 Republicado en "MLF. Le Mythe des origines", *ProChoix,* 46 (diciembre 2008), p. 43.

El revisionismo en la memoria oficial del feminismo

En un orden cronológico que resulta, sin duda, curioso, la historia ha precedido a la memoria entre feministas, cuya implicación en batallas por la memoria es reciente.[19]

La creciente exigencia de una memoria feminista

Las feministas conocieron buenos tiempos con la llegada al poder de la izquierda en 1981, al ser la ministra de Derechos de la Mujer, Yvette Roudy, especialmente sensible a la historia. Sin embargo, no se adoptaron medidas de gran importancia. El 8 de marzo de 1982 una exposición temporal en la estación de Saint-Lazare recorrió la larga trayectoria de las mujeres; se editaron cajas de cerillas que representaban a una feminista cada año; se realizaron algunos documentales históricos emitidos por televisión; el partido socialista propuso una lectura orientada de esta historia, pero con el paso del tiempo se hizo evidente su falta de criterio en la elección de las heroínas homenajeadas.[20]

Desde los años ochenta, entre los objetivos feministas que buscan un reconocimiento oficial de la lucha de las mujeres figura dar a las calles y los centros escolares el nombre de las heroínas del pasado y abrirles las puertas del Panteón. Hay que esperar al bicentenario de la Revolución francesa en 1989 para que se escuche la exigencia de presencia femenina en el Panteón. Esta fecha se inscribe en un contexto de compromiso de Francia y los franceses con infinidad de conmemoraciones, y sin embargo es tardía, lo que se explica por dos motivos. El MLF es un movimiento contestatario todavía reciente, nacido del Mayo del 68, y, como joven, no se vuelve espontáneamente hacia el pasado. También es antiinstitucional, bastante contrario a la participación electoral, por ejemplo; para el MLF el Panteón encarna una representación de la República masculina, como su frontón indica: "A los grandes hombres, la patria agradecida", carente de interés.

19 Véase la tesis doctoral en Ciencias Políticas de Marion Charpenel sobre *La parole en héritage. Sociologie des mémoires féministes en France* (en proceso); y, sobre la primera generación, Christine BARD, *Les Filles de Marianne,* París, Fayard, 1995.

20 Christine BARD, "Les usages politiques de l'histoire des femmes", en Claire ANDRIEU, Marie-Claire LAVABRE y Danielle TARTAKOWSKY (dirs.), *Politiques du passé. Usages politiques du passé dans la France contemporaine,* Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 2006, pp. 71-82.

En 1989 se propuso el nombre de Olympe de Gouges, lo que armonizaba la feminización y el feminismo,[21] pero la idea fracasó ante la oposición de François Mitterrand. La primera mujer en acceder al Panteón, un poco más tarde, en 1995, no se había significado como feminista –aunque lo fue en su vida–. Se trataba de Marie Curie, a la que acompañó su esposo. He aquí una decisión de consenso que superó las divisiones políticas. El tiempo ha atenuado lo que hubo de transgresor en la trayectoria vital de Marie Curie. Jamás fue admitida en la Academia de Ciencias, pero el Nobel, obtenido en dos ocasiones, corrigió de alguna manera la discriminación a la que se enfrentó en Francia.

En su exigencia de admisión de mujeres en el Panteón, el feminismo no ha abandonado a Olympe de Gouges. Desde 2007, a su nombre se une el de Solitude, una guadalupana que se levantó contra el restablecimiento de la esclavitud y fue ejecutada en 1802. Su presencia en el Panteón es reclamada también por iniciativa del Consejo de Representantes de las Asociaciones Negras (CRAN). Las feministas aprecian igualmente a Lucie Aubrac y Germaine Tillon, fallecidas en 2007 y 2008, respectivamente, dos integrantes de la resistencia cuyo compromiso perduró a lo largo de sus vidas. Frente a la corriente dominante encaminada a la conmemoración de la lucha feminista, ha dejado de oírse la crítica feminista al concepto del Panteón. Sin embargo, es evidente que parte de la militancia discrepa de un feminismo tan integracionista que olvida cuestionar la función del Panteón, sea mixto o no.

Actualidad de la admisión de mujeres en el Panteón

De repente, en 2013, todo se precipita. La exigencia se canaliza de forma eficaz y el dinámico ministerio de Derechos de la Mujer (con Najat Vallaud-Belkacem a la cabeza) ve la oportunidad de corregir una desigualdad simbólica. El presidente de la República encarga un informe a Philippe Belaval, presidente del Centro de Monumentos Nacionales, indicando que "tenga en cuenta con la mayor amplitud posible la paridad y la diversidad". Los términos y motivos de esta petición de François Hollande son interesantes: la exigencia de paridad y diversidad es ahora

21 Catherine MARAND-FOUQUET, "Olympe de Gouges au Panthéon", en Eliane VIENNOT (dir.), *La démocratie "à la française" ou les femmes indésirables,* París, Presses de l'Université de Paris 7, 1996.

ineludible. La cohabitación no es siempre armoniosa y en el frente feminista domina la irritación.[22] Por otra parte, el presidente desea "utilizar mejor el Panteón" y devolverle "su atractivo". No podemos evitar pensar en una visión utilitarista de la causa de las mujeres, que rara vez basta de por sí, pero se ve particularmente reforzada cuando es defendida en nombre de un beneficio para toda la sociedad. En el pasado, este tipo de argumento legitimó el derecho de las mujeres al voto (1944) o la paridad (1999).

El informe se hace público en octubre de 2013.[23] Su propuesta más comentada es la de favorecer a "mujeres del siglo XX" que hayan destacado por su "coraje", "tenacidad" y "compromiso republicano". La implicación en uno de los dos conflictos mundiales entra en el perfil de las candidatas al Panteón (con la perspectiva a corto plazo de las conmemoraciones del centenario de la Primera Guerra Mundial y del 70 aniversario del desembarco de Normandía). Philippe Belaval rehúsa dar nombres, lo que invadiría las prerrogativas presidenciales. Sin embargo, si atendemos a los criterios expuestos, se manejan los de Germaine Tillion, Geneviève Anthonioz-De Gaulle, Lucie Aubrac o Charlotte Delbo; y también nombres más inesperados, como la sindicalista comunista del norte Martha Desrumeaux y dos aviadoras: Adrienne Bolland y Marie Marvingt. Las preferencias de Philippe Belaval están claras: "evitar las figuras de víctimas". ("Me gusta la idea de que haya existido una vida después del acontecimiento. Estas mujeres salieron de la prueba reforzadas en sus convicciones republicanas para transformar el mundo mediante la acción política, social, educativa, humanitaria", *Le Huffington Post,* 10 de octubre de 2013). Podría comentarse largamente la dimensión antifeminista de este repudio de la victimización como rechazo a reconocer plenamente el daño, la injusticia, infligidos a las mujeres.

El perfil que excluye a las feministas anteriores al siglo XX se acompaña de la propuesta de instalar en la nave del Panteón un "monumento colectivo a todas las heroínas de la emancipación femenina", destacando la "Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana" de Olympe de Gouges (1791). El perfil de las candidatas al Panteón no es favorable a la causa feminista, que Philippe Belaval no considera suficientemente

22 Réjane SENAC, *L'invention de la diversité,* París, PUF, 2012.

23 La cobertura de los medios de comunicación es amplia. Cito aquí *Le Nouvel Observateur, Le Figaro, Le Monde* y *Le Huffington Post*.

universal: "Las mujeres a las que sugerimos homenajear encarnan todos los combates universales y no exclusivamente los feministas" (citado por Thomas Wieder en *Le Monde,* 10 de octubre de 2013). ¿Acaso se trata de reducir el feminismo, como otros combates por los derechos humanos, a una lucha sectorial no universal? Entre líneas podemos escuchar un persistente déficit de legitimidad. El autor adelanta que las mujeres susceptibles de entrar en el Panteón transmiten un "mensaje de resiliencia republicana" (título, p. 52): cuando la República está debilitada vuelve a levantarse, gracias especialmente a las mujeres. Las mujeres no demandan tanta devoción, que nada tiene que ver, por otra parte, con la República porque en Francia podemos remontarnos al fin de la Edad Media para identificar en Juana de Arco la primera entrega del folletín de las salvadoras de la patria. Quienes estudian la historia han trabajado mucho sobre la idealización con propósitos patrióticos, o incluso nacionalistas, de la función de las mujeres durante la primera contienda mundial y han deconstruido, también en femenino, el papel de la resistencia: las mujeres no se comportaron mejor que los hombres.[24] Un poco más adelante se afirma que la República, "por su esencia" es mixta, afirmación que pocos historiadores o historiadoras sostendrían, dado que no se sentirían en posesión de un conocimiento sobre cuál pueda ser la "esencia" de la República. Quienes han escrito sobre la historia del género han mostrado, más bien, que la República se edificó sin las mujeres, y contra ellas, y en todo caso excluyéndolas de los entresijos políticos de sus hermanos.

El informe propone un método basado en entrevistas que favorecen claramente los puntos de vista de hombres, incluyendo en el caso el mundo asociativo, y un sondeo. También contempla una consulta a través de Internet organizada por el Centro de Monumentos Nacionales entre el 2 y el 22 de septiembre de 2013 en la que participaron 30 000 internautas (de los que un 54% eran hombres). Podemos, por lo tanto, observar el establecimiento de un doble revisionismo que sacude los criterios implícitos del acceso al Panteón. Se mencionan 1200 personalidades, de las que algunas son, como poco, inesperadas. En cabeza de la lista van Olympe de Gouges, Germaine Tillion, Louise Michel y Simone de Beauvoir. Se nombra a sor Emmanuelle y también a Simone Veil, ¡que

24 Luc CAPDEVILA, François ROUQUET, Fabrice VIRGILI y Danièle VOLDMAN (dirs.), *Hommes et femmes dans la France en guerre (1914-1945)*, París, Payot, 2003.

ni siquiera ha fallecido! Los hombres que aparecen en la lista son menos numerosos que las mujeres, signo de una importante participación de feministas y de la adhesión al principio de feminización del Panteón. Entre los más repetidos, Coluche, el abate Pierre y el general De Gaulle, pero también el genetista Jérôme Lejeune y el antiguo oficial Hélie de Saint-Marc: la extrema derecha ha sabido promover al líder del combate histórico contra la interrupción voluntaria del embarazo y a un partidario de la Argelia francesa.[25] Las limitaciones de semejante sondeo son evidentes. En todo caso, las feministas destacadas por los resultados no se adaptan al perfil preconizado por el informe.

¿Una angevina en el Panteón? La deriva localista

El sentido del Panteón evoluciona, como hemos visto en el sondeo antes citado y en el título del informe de Belaval "Para que el pueblo entre en el Panteón". En el periódico *Le Courrier de l'Ouest,* de Angiers, se constata la desnaturalización de la demanda inicial de las feministas y la pérdida de cualquier sentido de la proporción en lo que respecta a la "grandeza" de las figuras homenajeadas. El 15 de septiembre de 2013, a toda página, leemos esta sorprendente pregunta: "¿Por qué no una angevina en el Panteón?". El giro localista resulta aquí muy interesante, acorde con una sensibilidad regionalista de derechas, marcada por la oposición a la República jacobina y a una memoria nacional oficial contraria a la memoria local de la Vendée. El periódico propone a Germaine Canonne (1909-2009), la primera mujer elegida para el concejo municipal de Angers, la primera consejera general, la primera (y única hasta la fecha) vicepresidenta del Consejo General del departamento de Maine y Loira. Ella abrió la primera guardería, el primer hogar para trabajadores ancianos e hizo cerrar las casas de tolerancia tras la liberación. Como se habrá deducido, se ocupó de asuntos sociales. No se subraya especialmente su condición de socialista. El artículo concluye con esta idea: "Germaine Canonne hizo avanzar la causa feminista sin haber militado nunca en el MLF". Cabe señalar lo absurdo de esta observación, que

25 La lista de las veinte primeras personalidades es, en orden decreciente: Olympe de Gouges, Germaine Tillion, Louise Michel, Simone de Beauvoir, Hélie de Saint-Marc, Lucie Aubrac, el abate Pierre, Charles de Gaulle, Simone Veil, Jérôme Lejeune, George Sand, Stéphane Hessel, sor Emmanuelle, Maria Deraismes, Jean Zay, Denis Diderot, Coluche, Fréderic Bastiat, Simone Weil, el abad de l'Épée.

ignora el aspecto generacional, pero en todo caso pretende descalificar, o al menos trivializar, al mencionado MLF. Germaine Canonne no tiene problemas con los hombres: se afilia al socialismo porque representa la ideología ponderada por su padre y acepta presentarse a las elecciones porque su marido la anima vivamente. Para terminar, una cita merece una pequeña reflexión: "Una mujer tiene un sentido práctico y un sentido de la realidad que los hombres no poseen, afirmaba ella para *Le Courrier de l'Ouest* en 1994, ellos a menudo se contentan con discursos y tardan en pasar a la acción". Tal vez no sea muy amable para con los hombres, pero lo que gusta de esta opinión es que continúa reafirmando la diferencia entre los sexos.

Sigamos con la selección. Cuatro mujeres con perfil muy diverso son identificadas como "otros ejemplos de mujeres coraje en Anjou". Matilde Alanic (1864-1948) obtuvo la Legión de Honor porque en sus novelas de éxito "defendió las ideas de justicia, de deber social y de corazón, el regreso a la tierra y a la vida sencilla". Louise-Aimée Cointreau (1855-1928), etiquetada como "militante social", fue una gran burguesa filántropa muy activa en los años de la Gran Guerra, lo que le valió la Legión de Honor.[26] Marie Talet (1884-1944) es "la resistente", directora del colegio de niñas de Angiers, deportada y muerta en Ravensbrück. Christine Brisset (1898-1993) es "el hada de los sin techo", "la madona de los ocupas", que organizó cientos de ocupaciones ilegales para defender el acceso a la vivienda. La Vendée tiene su sitio gracias a la elección de la directora de los Archivos Departamentales, que es sensible a la historia de Renée Bordereau (1766-1822), originaria de la Vendée y conocida como "El Angevino", quien, disfrazada de hombre, se convirtió en guerrera intrépida y feroz para vengar la masacre de varios miembros de su familia. En efecto, con una nativa de la Vendée en el Panteón se liquidarían doscientos años de conflictos de memoria en torno a aquella guerra entre franceses,[27] y sería gracias a una mujer, quien cumpliría así la función conciliadora y pacificadora que, según la tradición, corresponde a las mujeres.

Lo que choca es la dificultad a la hora de jerarquizar los méritos, una especie de *filoginia* indistinta, en la que está muy representada la

26 ¡Sí, Angers es la patria del cointreau!

27 Véanse las obras de Jean-Clément MARTIN, entre ellas *La Vendée de la Mémoire, 1800-1980,* París, Seuil, 1989.

preselección efectuada por la Legión de Honor o la Orden del Mérito. Se trata de un revisionismo al servicio de otro revisionismo, el de los criterios de acceso al Panteón.[28]

En todo caso, el arraigo en el terruño se opone al alcance universal de la reivindicación original, que el periódico silencia. El acceso al Panteón de Olympe de Gouges, comprometida en la lucha contra la esclavitud de los negros, y de Solitude, símbolo de la resistencia frente al esclavismo en las Antillas, tendría la ventaja de honrar la lucha contra la esclavitud de ayer y el antirracismo de hoy.

La visión feminista frente a la visión de derechas: las mujeres "por los suelos" en Toulouse

En 1999, la asociación lesbiana Bagdam Cafée y el Colectivo por los Derechos de las Mujeres de Toulouse enviaron a su Ayuntamiento un estudio que mostraba que, en la ciudad rosa, de las 3105 calles solo 74 llevaban nombre de mujer.[29] Sin las santas, el número de mujeres representadas era 54, es decir, un 3,4%. Según su argumentación, los nombres de las calles, que son instrumentos simbólicos al servicio de la memoria y la cultura de una ciudad o un país, deben reflejar fielmente el lugar real ocupado por las mujeres en la historia y la vida de la localidad. Para que la paridad fuera un hecho, las feministas proponían cuarenta nombres y pedían que el 8 de marzo de 2000 se inaugurase una placa de calle dedicada al 21 de abril de 1944 ("día en el que la ordenanza del gobierno provisional de la República que reconoció a las francesas el derecho de voto fue firmada por el general De Gaulle en Argel"). La argumentación añadía que "dedicar una placa a este acontecimiento supondría una primicia en Francia".

Las reacciones más positivas vinieron del grupo comunista, que apoyó la demanda de "una placa que conmemorase el derecho al voto de las francesas, derecho que ellas conquistaron mediante su lucha en la resistencia".[30] El partido socialista también estuvo a favor.

28 Mona OZOUF, "Le Panthéon", en Pierre NORA (dir.), *Les Lieux de mémoire. La République,* París, Gallimard, 1992.

29 Carta de Brigitte Boucheron, en nombre del Colectivo por los derechos de las mujeres de Toulouse, a Dominique Baudis, alcalde de Toulouse, del 20 de octubre de 1999.

30 Carta de Claudie Fontès, presidenta del grupo comunista, a Brigitte Boucheron, 29 de octubre de 1999.

El alcalde de Toulouse, Dominique Baudis, de UDF, respondió: "Querría precisar que a lo largo de los últimos diez años el porcentaje de nombres de calle dedicados a mujeres era el 5,1 % y que, durante los últimos cinco años, ha sido un 11,5 %". Es cierto que en la época París se muestra más sexista, con 44 nombres de mujer de un total de 5235.

En marzo de 2000, el Ayuntamiento anunció que se colocaría una estela en la plaza del general De Gaulle y que la comisión de denominaciones había decidido poner nombre de mujer a cinco calles.[31] Era un primer resultado para el Colectivo, aunque muy inferior a las cuarenta calles esperadas. El Ayuntamiento decepcionó aún más a las feministas cuando hizo público el texto de la placa dedicada al 21 de abril de 1944:

Texto del Ayuntamiento	Texto del Colectivo
El 21 de abril de 1944, una ordenanza del general De Gaulle *concede* el derecho de voto a las mujeres francesas.	Tras décadas de lucha por sus derechos elementales de ciudadanas y tras su participación en la Resistencia, las francesas *obtienen por fin* el derecho al voto el 21 de abril de 1944 por una ordenanza del gobierno provisional de la República ratificada por el general De Gaulle.

Es un texto, escribe Brigitte Boucheron, "que no respeta la verdad histórica, confisca la lucha de las mujeres y su participación en la resistencia y da en exclusiva al general De Gaulle el poder absoluto de otorgarles el derecho al voto".[32] Hubo protestas del partido socialista y del partido comunista.

Finalmente, el aniversario del 21 de abril, la placa se colocó en el suelo, a los pies de la estatua de Charles de Gaulle. Las manifestantes irrumpieron en la celebración, silbaron y los servicios del orden arremetieron contra ellas. Después, Dominique Baudis pronunció su discurso

31 Callejón Nadia Boulanger, compositora, 1887-1979; calle Marie-Louise Dissart, miembro de la resistencia, 1881-1957; calle Berthy Albrecht, miembro de la resistencia, 1893-1943; calle Alexandra David Néel, exploradora, 1868-1969; calle Marie-France Brive, historiadora, 1945-1993.

32 Carta de Brigitte Boucheron a Dominique Baudis, 6 de abril de 2000.

en la sede del Ayuntamiento, en la sala de los ilustres.[33] Hoy la placa está cubierta de tierra y perdida entre la vegetación, donde molesta a los jardineros.

Revisionismo normativo: selección de palabras e imágenes

El último tipo de revisionismo del que me gustaría tratar parece menos político y más inocente. Se realiza en nombre del respeto de la norma. Es una forma de revisionismo *light* muy presente en los medios de comunicación que periodistas y editorialistas ponen en práctica arguyendo su (supuesto) conocimiento de las expectativas del público. Conduce, por ejemplo, a evitar la palabra *feminismo* en un título porque asusta.[34] En lo que respecta al término *género*, no suele ser comprendido y está prohibido por los editores de medios para el gran público.

La norma también está en contra de la feminización. A menudo se ridiculizan las exigencias de feminización de la lengua. Una clara mejora se operó a partir de 1997, cuando las mujeres que formaban parte del Gobierno de Jospin exigieron ser denominadas "Mme la ministre".[35] Pero aún no se ha ganado la partida y en esta cuestión se mantienen las diferencias entre izquierda y derecha (salvo excepciones como Roselyne Bachelot). Este año he vivido una de las experiencias más irónicas en este campo, con la publicación de una antología sobre las feministas (el editor ha preferido la palabra *insumisas*, portadora de un imaginario más *sexy*). Entre los textos, figura un "cuento lesbiano" y feminista publicado en *Les Temps Modernes* en 1975: "Les belles histoires de Ghena Goudou". Su autora es Evelyne Rochedereux, militante de las Gouines rouges[36] a principios de la década de 1970. Una de las particularidades de este texto, que imaginaba un mundo sin hombres, era eliminar el masculino como género gramatical. Pero no contaba con el editor, quien rectificó concienzudamente los "errores" y publicó así un texto privado de parte de su gracia y de su sentido.

33 "Les femmes restent sans voix", *La Dépêche,* 22 avril 2000.

34 *Le féminisme au-delà des idées reçues,* París, Le Cavalier bleu (colección Idées reçues), 2012.

35 La forma normativa en francés sería *Mme le ministre, Mme le professeur, Mme le procureur*… [N. de la T.]

36 Véase nota 7. [N. de la T.]

El revisionismo afecta también a la iconografía. Un ejemplo reciente que podría ilustrarlo es la imagen colocada en la web del Colectivo por las Mujeres al Panteón (2013). La primera página va adornada con una fotografía antigua de seis muchachas en pantalones levantando el puño en la plaza de la Concordia.[37] La imagen es particularmente espuria, vendida por agencias fotográficas que pedían a modelos y actrices que interpretasen a una "mujer moderna en pantalones", supuesta feminista y algo equívoca en materia sexual. Ganaban un dinero por sonreír, sostener un cigarrillo con aire audaz, llevar el volante de un coche de lujo o levantar el puño. Por otra parte, se nota la falta de convicción, o tal vez la falta de costumbre, en el gesto del brazo y la mano. ¿Cuál era el mensaje subliminal de estas fotos? No era, ciertamente, la adhesión al modelo de la mujer emancipada. Es más probable que el mito fabricado con estas imágenes llevase a conclusiones reaccionarias sobre la necesidad de regresar al orden sexual. Así, la fotografía comercial sustituye a una imagen feminista auténtica. ¿No tiene suficiente *glamour* la iconografía feminista? ¿Nuestras antepasadas, las feministas de primera generación, no eran suficientemente jóvenes y sonrientes? Pensemos también en Solitude, a la que solo podemos imaginar porque no hay retratos suyos. Quizá el feminismo también deba incluir una crítica a esta insaciable sed contemporánea de imágenes tipificadas y normalizadas.

* * *

Los revisionismos identificados aquí pueden ser heurísticos o falsificadores, porque el revisionismo en sí no es bueno ni malo. La función intelectual, social y política de quien escribe la historia del feminismo es desmitificar la figura de la "feminista imaginaria" que ocupa el espacio público y sustituirla por la realidad, más compleja y proteica, reflejada en una copiosa documentación. Esto supone una alianza entre la universidad y la militancia, alianza que no excluirá la distancia crítica y respetará los dos puntos de vista. También implica reflexionar sobre las tensiones en esta relación que en ocasiones atraviesan a las personas que compaginan ambos mundos.

Lo que pone en evidencia este repaso de las distintas revisiones es la heteronomía del feminismo, un hecho que multitud de militantes no

37 De las que invadieron mi libro *Les Garçonnes. Modes et fantasmes des Années folles*, París, Flammarion, 1998.

quieren o no saben reconocer. El feminismo nunca se separa de otras luchas sociales y políticas, especialmente en el terreno de los derechos humanos. También está relacionado con otros combates y sensibilidades ideológicas más vastos e institucionalizados en mayor o menor medida: socialismo, sindicalismo, republicanismo, regionalismo, nacionalismo, patriotismo, pacifismo, resistencia… Esto obedece al funcionamiento interno del juego político, pero también a la realidad de las identidades y de las identificaciones de cada feminista (que es, casi siempre, una mujer, pero cuya conciencia de género coexiste con otras identidades sociales e ideológicas). En otras palabras, el feminismo nunca es la única brújula para sí mismo.

Interrogarse sobre el revisionismo es, en todo caso, una manera pertinente de hacer historiografía, y aquí no hemos explotado todas sus posibilidades. Sería deseable pasar a una escala internacional. ¿Existe sincronía entre los revisionismos en países comparables a Francia? También resultaría necesario subrayar mejor la enorme influencia ejercida por la producción teórica feminista y *queer* estadounidense (el impacto de Judith Butler ha superado al de Simone de Beauvoir). Finalmente, queda por explorar la relación entre lo académico y lo no académico, porque la frontera entre ambas producciones no es impermeable, y cada vez lo es menos. ¿Cómo han participado en la dinámica revisionista la literatura, el cine, la televisión, el teatro, el arte contemporáneo? ¿Cómo han contribuido los medios de comunicación? Para comprender mejor la posibilidad de esa increíble primera plana, revisionista a su manera, del 3 de enero de 2008: Simone de Beauvoir se desnuda en su cuarto de baño en portada de *Le Nouvel Observateur*.

La controversia de los historiadores sobre la memoria histórica en España[1]

Pedro Ruiz Torres

La reivindicación de la memoria en el espacio público

El movimiento por la recuperación de la memoria histórica en España forma parte de una tendencia más general que en las últimas décadas ha cambiado el modo de concebir las relaciones entre el presente y el pasado. Mercedes Yusta ha prestado atención a este fenómeno asociativo, portador en el espacio público de una reivindicación de memoria colectiva, heterogéneo en sus objetivos y en su ideología, cuyos inicios fecha en 1995 cuando surgieron las primeras asociaciones y el Gobierno socialista organizó un homenaje a los supervivientes de las Brigadas Internacionales y les concedió la nacionalidad española.[2] A comienzo de nuestro siglo el movimiento por la recuperación de la memoria histórica empezó a adquirir relieve social y a tener influencia en la opinión pública. Me parece importante decirlo porque algunos historiadores han afirmado, como veremos enseguida, que la reclamación de justicia a las víctimas de la dictadura desencadenó una agria disputa de signo partidista y condujo a las tesis maniqueas de una "historia militante" a derecha e izquierda. En mi opinión, el fenómeno reivindicativo de la memoria histórica remite en sus inicios, como señala Mercedes Yus-

1 El presente texto ha sido elaborado en el marco del proyecto MICINN HAR2011-27392.

2 Mercedes YUSTA, "¿'Memoria *versus* justicia'? La 'recuperación de la memoria histórica' en la España actual", *Amnis* [En ligne], 2 | 2011, mis en ligne le 24 octobre 2011, consulté le 30 octobre 2014, URL : http://amnis.revues.org/1482 ; DOI : 10.4000/amnis.1482; véase también: "El movimiento 'por la recuperación de la memoria histórica': una reescritura del pasado reciente de la sociedad civil", en Pedro RÚJULA e Ignacio PEIRÓ (coords.), *La historia en el presente*, V Congreso de Historia Local de Aragón, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 2007, pp. 81-102.

ta, al último Gobierno de Felipe González y a la primera legislatura de José María Aznar. Son dos periodos que estuvieron marcados, el del gobierno socialista por los primeros escándalos de corrupción en democracia y el del Partido Popular por varios intentos de involución en el terreno educativo y en el modo de concebir la identidad española. En aquellos años, en efecto, se hicieron públicas las primeras denuncias del "pacto de silencio y olvido". Sin embargo, el movimiento a favor de la memoria histórica no fue el causante del revisionismo histórico de derechas, ambos se dieron al mismo tiempo e incluso puede afirmarse que en el último lustro del siglo XX este último tuvo una mayor presencia en el espacio público debido a un importante apoyo político y mediático.

Los historiadores de profesión reaccionaron de muy distinta manera ante uno y otro fenómeno. En el caso del revisionismo de derechas, la mayoría hizo gala de una actitud displicente. Con pocas excepciones, no se quiso denunciar o rebatir una visión de la historia de España claramente orientada ideológicamente, cuando no dispuesta incluso a justificar el golpe militar de 1936.[3] Se consideró inútil la controversia con autores que recibieron el calificativo de "publicistas", en tono peyorativo, de los que poco o nada cabía esperar de cara a la mejora del conocimiento histórico. Así, durante algún tiempo, en España no se tomó demasiado en cuenta el problema que en 1986 había planteado Jürgen Habermas en su disputa con Ernest Nolte. La controversia en los medios de comunicación, según Habermas, no era un asunto académico, sino una cuestión de importancia para la buena salud de las sociedades democráticas. Se trataba del "uso público de la

3 Entre las pocas excepciones, el texto de Enrique MORADIELLOS, "Las razones de una crítica histórica: Pío Moa y la intervención extranjera en la Guerra Civil española", *El Catoblepas. Revista crítica del presente*, 15 (mayo 2003), p. 11 (punto 15), http://www.nodulo.org/ec/2003/n015.htm, así como el artículo de Justo SERNA, "Las iluminaciones de Pío Moa. El revisionismo antirrepublicano", *Pasajes de pensamiento contemporáneo,* 21/22 (otoño-invierno 2006-2007), pp. 99-108. Santos JULIÁ, en "Últimas noticias de la Guerra Civil", *Revista de Libros*, 81 (septiembre 2003), intervino con una crítica a la valoración positiva que Stanley Payne había hecho de la obra de Pío Moa poco antes, en *Revista de Libros*, 79-80 (julio-agosto de 2003) y, sin nombrar a Pío Moa, destacar el avance espectacular de la producción historiográfica sobre el siglo XX español desde la muerte de Franco, en especial la referida a la Guerra Civil. Enrique Moradiellos analiza con más detalle este fenómeno revisionista en "Revisión crítica y pseudorrevisionismo político presentista: el caso de la guerra civil española", capítulo 8 y último de su libro *La guerra de España (1936-1939)*, Barcelona, RBA, 2012, pp. 263-303.

historia".[4] Entre nosotros, por el contrario, durante los dos periodos de gobierno de José María Aznar, la inhibición de gran parte de los historiadores en pleno auge del revisionismo de derechas fue un hecho llamativo. Sin embargo, muy diferente resultó la actitud del medio académico cuando, a principios del siglo XXI, comenzó a ganar presencia en el espacio público otro tipo de revisionismo. El movimiento a favor de la memoria histórica denunciaba entonces el "relato oficial" de la Transición y consideraba la Ley de Amnistía de 1977 una "Ley de punto final". Desde su punto de vista, la Transición había traído el olvido del pasado reciente en España y de las víctimas de la represión de la Dictadura, motivo por el cual era preciso enmendar semejante injusticia y llevar a cabo acciones a favor de la memoria de las víctimas del franquismo, con el fin de hacer posible en la sociedad española una "verdadera memoria democrática".

En contra de semejante revisión del periodo que puso fin a la dictadura y trajo la democracia a España intervino Santos Juliá. Su artículo, publicado en 2003, "Echar al olvido: memoria y amnistía en la transición a la democracia", tuvo una gran repercusión dentro y fuera del mundo universitario. Santos Juliá estaba en desacuerdo con la denuncia genérica de la Transición y rechazaba la imagen de una sociedad amnésica, temerosa de enfrentarse al pasado y con una carencia de cultura democrática. Al viejo *topos* de la anomalía española, dispuesto a resurgir con fuerza cuando se comparaba lo ocurrido entre nosotros con el ajuste de cuentas de alemanes, franceses o italianos con su pasado reciente, Santos Juliá contraponía una valoración en buena medida positiva de la situación en España tras la muerte de Franco. En su opinión, la amnistía decretada en 1977, al igual que el hecho de no haber utilizado entonces el pasado con fines políticos y el deseo de mirar hacia el futuro, nada tenían que ver con la amnesia. El pasado de la Guerra Civil y de la Dictadura no cayó en el olvido, ni existió un silencio impuesto. Durante la Transición se habló mucho de ese pasado en libros académicos o de divulgación, memorias, documentales, películas, vídeos, exposiciones, ciclos de conferencias, coloquios, suplementos de periódicos y artículos de prensa, si bien de un modo prudente, con el fin de no alimentar el

4 Jürgen HABERMAS, "Vom öffentlichten Gebraucht der Historie", *Die Zeit*, 7-XI-1986, traducido al castellano, con el título "Del uso público de la historia", *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, 24 (otoño 2007), pp. 77-84.

conflicto ni utilizarlo como arma en la lucha política.[5] Para Santos Juliá es "falso que los años setenta fueran tiempos de silencio", una falsedad "que se repite una y otra vez por los profesionales de la recuperación de la memoria y por los críticos culturales aficionados al psicoanálisis de sujetos colectivos" que no suelen perder el tiempo investigando todo lo que se publicó entonces, mientras España mudaba de instituciones. Al decir que no se hizo justicia, la indagación en el pasado recupera su carga moralista, "inspirada en lo que Ginzburg ha denominado modelo judicial" y el historiador se convierte en "lo que Bloch consideraba como máxima perversión del oficio de historiador, esto es, convertirse en juez".[6]

A favor de la crítica de la política de desmemoria durante y después de la Transición se mueve un conjunto de escritos de Francisco Espinosa que han ido publicándose desde principios del siglo XXI. Francisco Espinosa está de acuerdo con la reivindicación de la memoria histórica. En su opinión, el pacto llevado a cabo durante la Transición y perpetuado en los años ochenta y noventa por los sucesivos Gobiernos del PSOE y del PP mantuvo el olvido y el silencio impuestos por la Dictadura. La "prohibición de la memoria" por la represión franquista, desde 1936 hasta 1977, fue seguida de la "política del olvido" durante la Transición y de la "suspensión de la memoria", a partir de la llegada al Gobierno de Felipe González en 1981, hasta la derrota del Gobierno socialista en las elecciones de 1996. Unos años estos, los de la Transición y la etapa socialista, de falta de sensibilidad hacia la memoria histórica, en una década y media de democracia, que trajeron el abandono del patrimonio documental y las trabas puestas a la consulta de las fuentes para el estudio de la represión. Semejante falta de memoria, nos dice Espinosa, ha contribuido en gran medida al reparto equitativo de responsabilidades por lo ocurrido, pese a que unos habían sido leales al Gobierno legítimo republicano y otros se adhirieron al golpe militar y al régimen que en sus orígenes se identificó con el fascismo. En definitiva, existió un desinterés y una equidistancia perjudicial para el asentamiento de la cul-

5 Santos JULIÁ, "Echar al olvido: memoria y amnistía en la transición a la democracia", *Claves de Razón Práctica*, 129 (enero/febrero 2003), pp. 14-24, reproducido en *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Madrid, RBA, 2010, pp. 303-333.

6 Santos JULIÁ, "Bajo el imperio de la memoria", *Revista de Occidente*, 302-303 (julio-agosto 2006), pp. 7-19.

tura democrática en España, algo que en 1996 enlazaría con la reacción propiciada por el Gobierno de José María Aznar. Durante el cambio de siglo, de 1996 a 2004, la derecha se apropió de la Transición y dio apoyo, desde altas instancias políticas y mediáticas, al "fenómeno revisionista" encabezado por Pío Moa. En cuanto a la amnistía de 1977, Francisco Espinosa considera que es una prueba evidente de que el proceso de transición fue controlado por una derecha que impidió cualquier posibilidad, no solo de juicio en el presente, sino también de conocimiento de las acciones pasadas. La derecha que se puso al frente de la Transición no contempló la compensación moral, económica y política de quienes habían sufrido la represión, un asunto pendiente. Espinosa atribuye a la historiografía académica un claro sesgo ideológico y un conformismo en cierto modo cómplice de semejante olvido. Con la excepción de un pequeño grupo de investigadores que con dificultades comenzó a estudiar la represión franquista antes del cambio de centuria, el medio académico fue durante mucho tiempo casi por completo ajeno a la lucha contra el olvido. En consecuencia, concluye Espinosa, no es extraño que de la sociedad civil hubiera de venir el movimiento por la recuperación de la memoria histórica, el impulso con vistas a conocer un pasado oculto e ignorado por la historia oficial y la reclamación de justicia a las víctimas del franquismo.[7]

En la introducción del libro colectivo *Palabras como puños*, publicado en 2011, el director de la obra, Fernando del Rey, manifiesta su compromiso con una historia que solo quiere comprender e interpretar los hechos. Los autores del libro, nos dice, "estamos convencidos de que una aproximación fría, distanciada y académica a los años treinta es factible sin necesidad de tomar partido en las polémicas ideológicas actuales, tan artificiosas como absurdas". Fernando del Rey identifica estas polémicas con "las trifulcas sectarias relacionadas con la *memoria histórica*", que han supuesto en su opinión "una auténtica involución

7 Las ideas de Francisco Espinosa, que acabo de resumir, se encuentran expuestas en distintos escritos. De entre ellos destacaré *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2006; "La represión franquista: un combate por la historia y la memoria", primera parte del libro colectivo, coordinado por dicho historiador, *Violencia roja y azul*. *España, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 17-78; "De saturaciones y olvidos. Reflexiones en torno a un pasado que no puede pasar", en Julio ARÓSTEGUI y Sergio GÁLVEZ (eds.), *Generaciones y memorias de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria*, Valencia, Universitat de València, 2010, pp. 323-353.

intelectual al dar alas, a diestra y siniestra, a polemistas de tres al cuarto que –con la implicación de más de un historiador– no se han privado de lanzar a los cuatro vientos sus tesis maniqueas, contribuyendo a fijar interpretaciones históricas muy discutibles, cuando no a todas luces aberrantes".[8] En fecha más reciente, Manuel Álvarez Tardío y Fernando del Rey, en calidad de editores de *El laberinto republicano*, una obra en la que también escriben numerosos historiadores, diferencian las aportaciones de este volumen, de las de aquellos "que se han embarcado en una ofensiva, en apariencia científica aunque con no pocas implicaciones ideológicas implícitas, para vincular la llamada 'memoria histórica' con la España inmediatamente anterior a 1936". Lejos del "simplismo" y del "voluntarismo ideológico" a que dan pie los historiadores partidarios de la memoria histórica, el "historiador honesto y riguroso", con el que Manuel Álvarez y Fernando del Rey se identifican, "no oculta la complejidad del pasado, sino todo lo contrario". Mientras la memoria de los individuos es "brutalmente selectiva y puede mezclar lo real con lo imaginario a su antojo, la Historia es el resultado de una labor profesional en la que no vale contar lo que las fuentes no confirman". En consecuencia, "la Historia" suele "desmentir a la memoria y plantea no pocos problemas con todos esos mitos que alimentan las identidades ideológicas en el presente". Frente al fenómeno de la llamada "memoria histórica", que "ha abierto la puerta al retorno de la historia militante de diverso signo" (de un lado la historia "neofranquista", de otro la historia "frentepopulista", en ambos casos un relato del pasado supeditado a unos intereses políticos), los editores de dicho volumen están convencidos de que es posible analizar y escribir la historia de la Segunda República "por encima de cualquier polémica política –pasada o presente– y desligados de mitos, condenas e instrumentalizaciones interesadas".[9]

Los historiadores como Fernando del Rey y Manuel Álvarez Tardío contraponen la historia a la memoria. La primera, según ellos, exige una aproximación "fría, distanciada y académica". El historiador

8 Fernando DEL REY (dir.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 35.

9 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936)*, Barcelona, RBA, 2012, pp. 11-29.

"honesto y riguroso" cuenta lo que las fuentes "confirman", no se involucra en la controversia ideológica, desmiente la memoria y plantea problemas a todos esos mitos que alimentan las "identidades ideológicas" en el presente. Por el contrario, la memoria de los individuos es "brutalmente selectiva", "puede mezclar lo real con lo imaginario a su antojo" y hay algo todavía peor: el "retorno de la historia militante", simplista, maniquea, politizada, debido al fenómeno de la llamada "memoria histórica", con las "trifulcas sectarias" y la "involución intelectual" que trae consigo. Semejante oposición tan drástica entre "historia" y "memoria" ha sido puesta de relieve con frecuencia en los últimos años. Muy distinto, sin embargo, es el enfoque de los historiadores partidarios de la memoria histórica, que defienden la estrecha unión de su trabajo con la recuperación de la memoria de las víctimas de la dictadura franquista. En dos libros recientes, *El árbol y la raíz. Memoria histórica familiar* y *España, 1978. La amnesia constituyente*, Bartolomé Clavero llama "memoria histórica" a la historia que no está al servicio de la impunidad, un tipo de historia "sin encubrimiento ni complicidad", que juega "en el campo ajeno de una historiografía académica en su mayor parte inconsciente e irresponsable" y debe interesar "a la justicia en la sociedad y a la conciencia en la ciudadanía". La historia sin memoria, nos dice, solo es un modo de vida profesional y del adoctrinamiento acorde con ello. Ante una historiografía "que suele situarse por encima de la melé de la memoria histórica, conviene recordar algo tan elemental como que esta no es más que historia pura y dura con conciencia personal y responsabilidad ciudadana". En su opinión, la "memoria histórica" es "historia que, por interesar a la impartición de justicia y a la construcción de la ciudadanía, confluye con el derecho".[10] Precisamente "por la reclamación y expectativa de la Justicia" es por lo que hoy se rechaza la memoria histórica, piensa Bartolomé Clavero. La descendencia de los que se alzaron con el botín de una larga guerra y una larguísima posguerra y quienes tras la muerte del dictador consideraron que era preciso sacrificar la justicia en aras de la convivencia, una ilusión consagrada por la narrativa de la Transición, no quieren "memoria democrática". Tampoco está a favor de ella un sector importante de la historiografía, añade Clavero, ni es casualidad que la impugnación de la memoria histórica proceda "de

10 Bartolomé CLAVERO, *El árbol y la raíz. Memoria histórica familiar*, Barcelona, Crítica, 2013, p. 18.

medios intelectuales de un nacionalismo solapado de Estado". Después de todo, la memoria histórica, concluye, "ha venido a identificarse con la reclamación de las deudas pendientes de la Dictadura".[11]

Varias cuestiones de distinto carácter, pero muy relacionadas entre sí, plantea la controversia de los historiadores sobre la memoria histórica en España. La primera es si la identidad profesional del historiador entra o no forzosamente en conflicto con la memoria colectiva, en nuestro caso con el movimiento a favor de la recuperación de la memoria histórica. La segunda nos lleva al problema de la separación entre los juicios analíticos y los juicios de valor en una cultura, como la nuestra, caracterizada por una creciente demanda de memoria y de reclamación de justicia a la memoria de las víctimas. El tercer problema surge a propósito del trabajo del historiador guiado por el "noble sueño de la objetividad" y su pretensión de echar la ideología por la puerta sin que entre por la ventana. En cuarto y último lugar, con el fin de poner de relieve lo difícil, por no decir imposible, del intento de hacer historia sin ideología, me referiré al discurso revisionista de los historiadores de profesión sobre el pasado reciente de España. Dicho discurso, que no debe confundirse con el de la continua revisión de los resultados de la investigación histórica, busca distinguirse, por un lado, del revisionismo meramente ideológico de derechas y, por otro, de la "ideología de la memoria" procedente de la izquierda, al tiempo que hace gala de un compromiso firme con la aproximación "fría, distanciada y académica" de los historiadores.

Memoria e identidad profesional

La contraposición entre historia y memoria es un aspecto central del debate de los historiadores sobre el reciente fenómeno de la "memoria histórica". Del enfoque clásico, probablemente mayoritario en el seno de la profesión, dio cuenta en 2006 Santos Juliá en la introducción del libro colectivo *Memorias de la guerra y del franquismo*. La historia, nos dice Santos Juliá, "busca conocer, comprender, interpretar o explicar y actúa bajo la exigencia de totalidad y de objetividad", mientras la

11 Bartolomé CLAVERO, *España, 1978. La amnesia constituyente*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2014, pp. 271-279.

memoria "pretende legitimar, rehabilitar, honrar o condenar y actúa siempre de manera selectiva y subjetiva". Conocer el pasado "es una cuestión de estudio, de documentación, de lectura y aspira a la universalidad en un doble sentido: no dejar nada fuera del foco y ser compartido por todos". Por el contrario, recordar "es una cuestión de política, de celebración, de voluntad y tiene que ver con la relación del sujeto con su propio pasado y con lo que, al traerlo al presente, quiere hacer con su futuro". De un lado, por tanto, "el conocimiento histórico tiende a la objetividad" y "el saber del pasado es acumulativo". De otro, las memorias múltiples y diversas, que cambian con las experiencias y el paso del tiempo. Como la memoria propiamente dicha, considera Santos Juliá, solo es individual, porque "nadie puede recordar aquello que no ha vivido, que no forma parte de su experiencia personal", la "memoria histórica" ni siquiera es verdadera memoria. En todo caso podemos considerarla más bien como "el resultado de las políticas, públicas o privadas, de la historia" o "de la pedagogía de sentido" que un poder determinado pretende dar al pasado "para legitimar una acción en el presente".[12]

Esta otra "memoria", según Santos Juliá, "como práctica política y como movimiento social", se ha construido desde finales del siglo XX en España sobre el modelo de la memoria del Holocausto y sigue sus pautas: exigencia de que el pasado no pase, primacía de la voz de los testigos, deber de duelo, construcción y mantenimiento de la memoria social por distintos medios (fijación de rituales, museos, exposiciones, rutas y lugares de memoria), denuncia de la Transición y tipificación de los crímenes del franquismo como desapariciones forzadas y, en consecuencia, como crímenes de la humanidad declarados imprescriptibles. Todo ello tiene una vertiente positiva y otra cuestionable, pero en conjunto supone la "transformación de la memoria histórica en una nueva ideología política", para "llenar el hueco dejado por las viejas ideologías decimonónicas, el socialismo, el comunismo, que han perdido su capacidad de movilización, su cuota mediática y su potencial de subversión del orden establecido". La novedad de esta ideología consiste en que su meta no está en la gestación de otro futuro, sino en el pasado como "instrumento de transformación del presente". El historiador de profesión hace otra

12 Santos JULIÁ, "Presentación", en Santos Juliá (dir.), *Memorias de la guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 16-19.

cosa, afirma Santos Juliá. Como el artesano en su taller, siente lo que le diferencia de cualquier otro oficio. La "marca de nuestra identidad" es "la pasión por el pasado", no "la pasión por el hecho que pueda sentir un policía, ni un juez, ni un político, ni un legislador, que orientan sus indagaciones sobre actos del pasado para encontrar el culpable de un crimen, emitir una sentencia o servirse de él para imponer una creencia o un relato de memoria con el propósito de legitimar su propia acción, de ejercer poder". Los historiadores no somos policías, tampoco jueces, ni políticos, ni legisladores: "no salimos en busca del pasado más que con el propósito de documentar, interpretar, comprender, explicar, desentrañar las tramas de significado, representar, conocer, en definitiva, lo que ocurrió y narrarlo en la plaza pública".[13]

En el fondo, el énfasis en una historia enfrentada a la memoria en buena medida es la respuesta a un hecho reciente, mencionado de diversas maneras dentro y fuera de España. "Le moment-mémoire", tal como escribió en 1992 Pierre Nora, es un fenómeno nuevo. Identidad, memoria, patrimonio son tres palabras clave de la conciencia contemporánea, "les trois faces du nouveau continent Culture". La novedad de nuestra época, destaca Pierre Nora, consiste en haber pasado del reino de la memoria restringida ("la memoria nacional") al de la memoria generalizada. Solo cuando "une autre manière de l'être ensemble se sera mise en place, quand aura fini de se fixer la figure de ce que l'on n'appellera même plus identité, le besoin aura disparu d'exhumer les repères et d'explorer les lieux. L'ère de la commémoration sera définitivement clos. La tyrannie de la mémoire n'aura duré qu'un temps –mais c'était le nôtre".[14] "Momento memoria", "tiranía de la memoria", "obsesión por la memoria", otros historiadores como Henry Rousso hablan de "tiempo de la memoria" y de cómo "la historia del tiempo presente", que se renueva y se expande en los años ochenta y noventa de la pasada centuria, ha hecho de la memoria su objeto predilecto.[15] Por su parte François

13 Santos JULIÁ, "Memoria histórica como ideología política", capítulo 11 de su libro *Elogio de Historia en tiempo de Memoria*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2011, pp. 179-203.

14 Pierre NORA, "L'ère de la commémoration", en P. Nora (dir.), *Les lieux de mémoires. Les France*, t. 3, París, Gallimard, 1992, cito por la edición de 1997 en colección "Quarto", 3, pp. 4715.

15 Henry ROUSSO, *La hantise du passé*, entretien avec Philippe Petit, Éd. Textuel, 1998, p. 12.

Hartog, después de mencionar el desplazamiento actual de la historia por la memoria como consecuencia de la emergencia a mediados de 1980 del fenómeno memorial en el espacio público –literatura, arte, museos, filosofía, ciencias sociales, discurso político–, destaca lo siguiente. Muchos perciben hoy la memoria como una alternativa a una historia que ha fallado, según piensan, porque en el fondo no ha dejado de ser la historia de los vencedores y no de las víctimas, de los olvidados, de los dominados, de las minorías, de los colonizados.[16] En el inicio del nuevo milenio Andreas Huyssen afirmaba que el fenómeno del "surgimiento de la memoria", una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales, es de los más sorprendentes de los últimos años. Se trata de un giro hacia el pasado que "contrasta de manera notable con la tendencia a privilegiar el futuro, tan característica de las primeras décadas de la modernidad del siglo XX".[17] Santos Juliá también pone en primer plano "el giro a la memoria", que "conquistó durante la última década del siglo XX una posición hegemónica en la relación con el pasado, una posición que no ha dejado de reforzarse durante la primera década del siglo XXI". Cita a Reyes Mate, "la memoria cotiza al alza", y menciona a Todorov y a Raphael Samuel por haber observado con lucidez, en el fin del pasado milenio, cómo los europeos estaban obsesionados por el nuevo culto a la memoria (museos, conmemoraciones) e invadidos por la "manía preservacionista". Este "giro a la memoria" es para Santos Juliá una de las principales derivaciones de la crisis de la historia y se vincula al interés por la construcción de las identidades colectivas.[18]

Con independencia de las diversas interpretaciones que puedan darse del reciente fenómeno cultural de la emergencia de la memoria o de la obsesión por la memoria, dicha novedad suele tener dos vertientes para la mayoría de los historiadores: una positiva, no en vano amplía la lista de objetos de estudio; la otra, por el contrario, muy negativa, cada vez que predomina la tendencia a borrar los límites entre historia y memoria y a confundir ambas. Si esto último sucede, entonces la nueva cultura de la memoria se convierte en una seria amenaza a la identidad

16 François HARTOG, *Croire en l'histoire*, París, Flammarion, 2013, pp. 51-54.

17 Andreas HUYSSEN, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 13.

18 Santos JULIÁ, *Elogio de Historia…*, *op. cit.*, p. 131.

profesional de los historiadores que durante siglos ha ido constituyéndose. A ello se le debe dar respuesta reafirmando la identidad de la historia. Como escribe Ignacio Peiró, una cosa es estudiar el problema de "la transmisión y la reinterpretación de los recuerdos históricos como construcciones culturales" y otra muy distinta "la ceremonia de confusión" a que conduce el "encaprichamiento" por la memoria. La responsabilidad de la historiografía, "ante una realidad que podía terminar devorada por el exceso de memoria", es reivindicar en el espacio público el modo de pensar de la profesión histórica, lo que presupone una "actitud de distancia ante la memoria" y de defensa de la perspectiva histórica al "mantener el pasado en el pasado".[19] Los excesos del susodicho fenómeno de la memoria, así como la confusión entre historia y memoria con fines poco o nada acordes con la búsqueda de conocimientos acerca del pasado, merecen desde luego la crítica. En un ambiente como el nuestro, invadido por una cultura que valora extraordinariamente el testimonio de las víctimas, conviene dejar claras las diferencias entre memoria e historia. A principios de este siglo Juan José Carreras puso por escrito unas ideas muy acertadas y oportunas sobre la moda de hablar de memoria cuando queremos decir historia y la confusión, tan frecuente en nuestros días, entre el proceso cognitivo y los usos sociales.[20] Sin embargo, dicho lo anterior y de acuerdo, por tanto, en que deben estar claras las diferencias, no comparto la postura de los historiadores que establecen una separación drástica y contraponen *la* historia a *las* memorias, por un lado, y *el* conocimiento a *los* usos (sociales, políticos) del pasado, por otro.

La identidad profesional del historiador le viene de su orientación hacia los fines propios del saber. En ese sentido estoy de acuerdo con Santos Juliá cuando afirma que el propósito principal del trabajo de historiador es conocer lo que ocurrió, siempre que esto se entienda como una norma establecida en el ejercicio de ese oficio. La historia se dis-

19 Ignacio PEIRÓ, "La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea", *Ayer. Revista de Historia Contemporánea,* 53, (2004, 1), pp. 179-205.

20 Juan José CARRERAS, "Introducción. ¿Por qué hablamos de memoria cuando queremos decir historia?", en Carlos Forcadell y Alberto Sabio (coords.), *Las escalas del pasado*, IV Congreso de Historia Local de Aragón (2003), Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses y UNED-Barbastro, 2005, pp. 15-24.

tingue de la mera opinión por el ejercicio continuo de la crítica, por el rigor en el análisis y en la interpretación de los datos empíricos (en nuestro caso, los restos materiales y los testimonios orales o escritos), por la preocupación por comprender y explicar los hechos. El conocimiento histórico, si bien puede tener aplicaciones de inmediato o en el futuro y dar pie a usos muy diferentes, no se orienta principalmente por fines pragmáticos o prácticos.[21] Su meta principal es proporcionar un saber acerca de la realidad investigada. Sin embargo, aun cuando la identidad del historiador de profesión se haya constituido a partir de estas premisas, sabemos que su trabajo recibe de manera constante la influencia del mundo que le rodea. No es nada fácil que el historiador haga solo ciencia, por mucho que lo pretenda, y hay demasiadas pruebas de que nunca ha sido así. El historiador, escribe Annette Wieviorka, no vive en una burbuja, se nutre de los mismos periódicos que cualquier otro ciudadano, de las mismas emisiones de televisión, está interpelado por las mismas polémicas en las que a menudo participa. Su memoria codifica las mismas imágenes. Se supone que es capaz de espíritu crítico, de poner distancias a sus emociones, sus simpatías y antipatías, pero su labor está continuamente afectada por los "fuegos de la actualidad", donde los problemas se embrollan y se mezclan, donde las apuestas se sobreponen a las opciones éticas y científica.[22] En especial la historia del pasado reciente despoja al historiador de la asepsia epistémica del "observador analítico", por decirlo a la manera de Jürgen Habermas en el *Historikerstreit*, y lo reubica en la inmediatez del tejido social histórico.

Nuestro mundo no es solo el de los intereses en pugna, las ideologías, los discursos y los lenguajes, los valores y los modos de hacer política, las sociedades, las culturas, las relaciones de poder y las identidades de diverso carácter. Hay algo a mi entender más profundo, en la base de todo lo anterior. El auge del fenómeno memorial, que se extiende e intensifica en nuestros días, ha llevado a tomar conciencia de lo mucho que influyen las distintas formas de memoria en las múltiples maneras de estar en el mundo. Los historiadores, como no podía ser menos, sienten esa influencia a la hora de plantear sus estudios, en las

21 Así lo pone de relieve Agnes HELLER en el capítulo II, "Teoría y método de la historiografía" de su *Teoría de la historia*, Barcelona, Fontamara, 1982, pp. 72-83.

22 Annette WIEVIORKA, *L'ère du témoin*, París, Plon, 1998, p. 14.

elecciones que configuran sus objetos de investigación y sirven para formular preguntas, buscar fuentes, seleccionar materiales, elegir métodos y técnicas, valorar la información obtenida. Aquello que engloba la palabra *memoria* no conduce solo a maneras arbitrarias y puramente inventivas de traer el pasado al presente con fines por completo ajenos al conocimiento. La memoria, por supuesto, no sigue las normas del saber científico, pero proporciona una base cognitiva para la acción. Sabemos que se trata de un sustento frágil, da pie a distintos tipos de imágenes, desde las más o menos relacionadas con la experiencia directa de la persona, hasta el amplio y variado conjunto de deformaciones o inventos. Sin embargo, la conciencia de la fragilidad de la memoria y de la necesidad de ejercer sobre ella la crítica no lleva a una descalificación de lo que nos proporciona. Los diferentes sistemas de memoria del ser humano forman parte indisociable de su persona y de su cultura y, en consecuencia, son un medio imprescindible para obtener información de ambas vertientes, la individual y la social, tanto cuando las imágenes o los relatos resultan fiables, como en el caso de los bulos, de los mitos o de las leyendas. Paul Ricoeur dejó escrito que no todo comienza en los archivos, sino con el testimonio y, cualquiera que sea la falta originaria de fiabilidad de este, en la mayoría de las ocasiones no tenemos nada mejor que el testimonio y, en definitiva, la memoria del testigo para asegurarnos de que algo ocurrió, por lo que la mayoría de las veces la confrontación de testimonios sigue siendo el principal, si no el único recurso.[23] La confrontación de testimonios, cabe añadir, puede tener un doble fin, como Marc Bloch puso de relieve,[24] no solo acercarse al conocimiento de lo acontecido, sino también ser capaces de entender el porqué de tantos errores de percepción y de memoria por parte de quienes vivieron de cerca los hechos. Por último, los documentos y los archivos, ha escrito recientemente Anaclet Pons, suministran diversos tipos de memoria colectiva, desde la que promueven los Estados y los imperios al clasificar y poner orden en el material del pasado, hasta la que va unida a los distintos grupos en el camino de ir construyendo y modificando sus identidades sociales. Los archivos digitales traen hoy en día "nuevas oportunidades para acceder, transferir y difundir el contenido de las

23 Paul RICOEUR, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003, p. 192.

24 Marc BLOCH, "Reflexiones de un historiador acerca de los bulos surgidos durante la guerra", en *Historia e historiadores*, Madrid, Akal, 1999, pp. 175-197.

memorias", en un mundo como el nuestro obsesionado por la memoria[25] o más bien, deberíamos decir, por la pérdida de una memoria viva.

En definitiva, del análisis crítico y contrastado de los testimonios y demás materiales del pasado surge algo muy diferente de lo que nos proporcionan las memorias. Sin embargo, con toda su diversidad, estas no solo constituyen el medio cultural de los historiadores, también el de la mayoría de los materiales procedentes del pasado y de los testigos sin los cuales no es posible ejercer de historiador. Si todo aquello que llamamos memoria fuera una mezcla caprichosa de realidad y ficción, a desmentir o rechazar, los historiadores apenas tendrían sustento para el ejercicio de su profesión. En consecuencia, cierto es que los historiadores analizan las memorias de manera crítica y contrastada, pero con objetivos que van mucho más allá de la intención de "desmentir" y desmontar los mitos que supuestamente, gracias a la memoria, alimentan las "identidades ideológicas" en el presente. La mayoría de los historiadores del tiempo presente saben que en no pocas ocasiones ocurre justo lo contrario. El trabajo de memoria a partir de testimonios orales o escritos de personas que fueron víctimas de la represión por motivos políticos y guardaron silencio, pone con frecuencia en entredicho ciertas imágenes del pasado aceptadas de manera acrítica por unas historiografías que también alimentan identidades ideológicas en conflicto. Deformaríamos las ideas de no pocos historiadores si dijéramos que estos se limitan a denunciar el exceso de memoria que nos invade, la saturación de referencias a la memoria, sobre todo de un pasado próximo, y la inmensa cacofonía del discurso actual sobre la memoria, lleno de ruido, furor, polémicas y controversias. Régine Robin destaca asimismo la emergencia en nuestros días de una memoria crítica que, a pesar de los numerosos obstáculos con que tropieza, puede transformar el carácter impuesto de un relato en un diálogo interactivo con los riesgos que ese relato implica y al mismo tiempo favorecer la conciencia de las aporías de lo memorial y de su fragilidad.[26] La aparición del fenómeno de la memoria, ha escrito Philippe Joutard, tiene diversas vertientes. Ni es solo un fenómeno de moda alimentado por los media, ni una especificidad francesa ligada a la pasión por la identidad de una "historia-memoria" a la que serían

25 Anaclet PONS, *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*, Madrid, Siglo XXI, 2013, p. 191, así como todo el capítulo V, "¿Dónde está el archivo?", pp. 163-207.

26 Régine ROBIN, *La mémoire saturée*, París, Éd. Stock, 2003, pp. 16-17 y 374-375.

ajenos otros pueblos. En todas partes la renovación de la historiografía, en respuesta a "cette poussée mémorielle", añade Joutard, resulta un fenómeno prometedor, porque nos acostumbra a considerar las relaciones entre historia y memoria de una manera menos simple de lo que le parecía al análisis historiográfico, y a no pasar por alto las fuertes tensiones que desde hace una veintena de años se manifiestan entre estas dos formas de relación con el pasado.[27]

Los juicios analíticos y los juicios de valor

Una de las posturas de los historiadores en la controversia sobre la memoria histórica en España, como acabamos de ver, contrapone la aproximación científica u objetiva a las maneras supuestamente inventivas, ideológicas, con intenciones políticas, de los defensores de la memoria histórica. En mi opinión, detrás de ello se encuentra el propósito de circunscribir el espacio del historiador al ámbito de una profesión idealizada, para lo cual viene bien establecer una frontera infranqueable entre historia y memoria. En sentido contrario, Dominick LaCapra nos dice que la historiografía tiene siempre un impacto directo sobre la esfera pública "y no es puramente profesional o técnica por naturaleza cuando trata de cuestiones de memoria, incluyendo por supuesto las cuestiones del olvido, la represión y la evitación". En el mejor de los casos, la historiografía aporta a la esfera pública "una memoria críticamente testeada y certera que los distintos grupos que conforman la sociedad pueden internalizar como pasado recordado". Como parte de la experiencia de un grupo, la memoria está ligada con la manera como ese grupo se relaciona con su pasado en tanto este influye sobre su presente y su futuro. "Desde una perspectiva individualista neoadánica", añade LaCapra, podemos negarle a la memoria compartida su estatus de modo de experiencia con relación al pasado, pero esta negación es mucho más cuestionable que aquello que se critica. Ciertas clases de experiencia, incluyendo la memoria colectiva o diferencialmente compartida, "pueden darnos acceso *prima facie* al conocimiento y la comprensión, incluyendo su rol en la academia". Dominick LaCapra escribe con razón que

27 Philippe JOUTARD, *Histoire et mémoires, conflits et alliance*, París, La Découverte, 2013, en especial el capítulo 12 y último " Une alliance nécessaire " y "Conclusion. Toutes les mémoires ", pp. 253-284.

"los historiadores suelen ignorar el rol de lo que podrían denominarse políticas de identidad disciplinarias". Estas deberían ser analizadas críticamente, no en vano memoria, identidad y políticas de identidad nunca están lejos. En cuanto a "las críticas a las políticas identitarias en la sociedad", casi siempre son "instancias de políticas de identidad disciplinarias que pretenden respaldar la identidad profesional de los historiadores, a menudo contrastando sus métodos esclarecidos, racionales u objetivos con las motivaciones políticas y la búsqueda de capital simbólico de aquellos que analizan críticamente".[28]

Por tanto, es posible hablar de un cierto estatus cognitivo en el caso de la memoria, diferente al de la historia, y añadir que ambos, no solo el de la memoria, han de ser objeto constante de crítica. La memoria y la historia están movidas por fines distintos, pero una y otra contienen juicios de valor e ideologías que trascienden la meta pragmática, en el caso de la primera, y el objetivo científico, en el de la segunda, para adquirir relieve en el espacio público y desempeñar funciones sociales de un modo conjunto. El hecho de afirmarlo ni mucho menos lleva a confundir la esfera pública con el medio académico, ni a dejar de reconocer que una cosa es la orientación de la memoria hacia la acción y otra muy diferente la constitución de la historia como disciplina. Solo aumenta la conciencia de la estrecha relación entre historia, memoria y uso público del pasado, lo que dificulta enormemente o hace imposible la pretensión de separar por completo esos tres ámbitos.

En la controversia sobre la memoria histórica en España hay historiadores, como hemos visto al principio, que vinculan el conocimiento histórico a la reclamación de justicia para la memoria de las víctimas. De este modo dejan de concebir la identidad profesional al modo clásico y se alejan de una historia académica en busca de distanciamiento e imparcialidad y entre cuyos objetivos no estaría el de hacer justicia. A dicho distanciamiento se le critica el hacer el juego al poder, conscientemente o no, y en el caso de España al interés de los sucesivos gobiernos desde la Transición por favorecer el olvido de los crímenes del franquismo y silenciar las conquistas sociales de la Segunda República. La "memoria histórica", según hemos visto que dice Bartolomé Clavero, sería algo así como historia pura y dura con conciencia personal, responsabilidad

28 Dominick LACAPRA, *Historia en tránsito*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006. pp. 96-98.

ciudadana y deseo de hacer justicia a las víctimas. La afortunada expresión "memoria histórica" indicaría la estrecha unión entre la práctica del historiador y la necesidad de justicia. En el contexto de la crítica del "historicismo positivista", con sus pretensiones de objetividad y de asepsia del historiador neutral o imparcial, esta otra postura une el saber histórico a la memoria colectiva y a su uso público, al tiempo que se pronuncia por una sola y única verdad. De semejante manera la pretensión de hacer justicia no se convierte en una perversión del oficio de historiador, como escribe Santos Juliá, sino en un deseo compatible con el estudio del pasado.

De las relaciones entre el juez y el historiador se ha hablado mucho en los últimos años[29] y no voy a insistir en ello. En mi opinión, la controversia remite a algo menos tratado y de mayor importancia desde el punto de vista epistemológico. Me refiero a la distinción, que tanto Max Weber como Marc Bloch establecieron en la primera mitad del siglo XX, cada uno a su manera, entre los llamados juicios analíticos y los juicios de valor. Las ciencias de base empírica, afirmaba en 1904 Max Weber, no pueden tener por tarea "el establecimiento de normas e ideales" con el fin de derivar "unas recetas para la *praxis*". De este enunciado en modo alguno se deduce, añade enseguida, que los juicios de valor deban sustraerse a toda discusión científica, sobre todo cuando tomamos conciencia, por un lado, de que sin ellos no es posible entender las acciones humanas, ni en el presente ni en el pasado, y, por otro, de que en nuestras ciencias las ideologías acostumbran a intervenir ininterrumpidamente en la argumentación. Los elementos más íntimos de la "personalidad", los juicios de valor "supremos y últimos", que determinan nuestra actuación y dan sentido a nuestra vida, nos parecen algo "objetivamente" valioso. En el fondo "es un asunto de fe", escribe Max Weber, y quizá "tarea de la reflexión y de la interpretación especulativas del sentido de la vida y del mundo", pero no de una ciencia basada en la experiencia. La ideología, por la que cada cual toma partido, en gran medida queda determinada por el grado de afinidad electiva con los intereses del individuo en tanto que perteneciente a un grupo social. De ahí que cuanto más "general" sea el problema y más trascendental su importancia cultural, "menos abordable se muestra a una respuesta

29 La referencia obligada es el libro de Carlo GINZBURG, *Il giudice e lo storico. Considerazioni in margine al proceso Sofri*, Turín, Einaudi, 1991, y más recientemente François HARTOG en *Croire en l'histoire*, *op. cit.*, pp. 62-67.

unívoca a partir del saber empírico, y más intervienen los axiomas últimos, eminentemente personales, de la fe y las ideas de valor". Una época como la nuestra, "que ha degustado el árbol del conocimiento", debe saber que es imposible "deducir el sentido de los acontecimientos en su conjunto", por muy completo que sea su estudio. El conocimiento científico-cultural, prosigue Max Weber, siempre "se halla ligado a unas premisas subjetivas en tanto que solo se ocupa de aquellos elementos de la realidad que muestran alguna relación, por muy indirecta que sea, con los procesos a los que les conferimos un significado cultural". A pesar de semejante punto de partida, la ciencia trasciende unos resultados meramente "subjetivos", en el sentido de que son válidos para unos, pero no para otros, gracias a los procedimientos intelectuales que llevan continuamente a poner en relación los conceptos con lo empírico. Los primeros están construidos a partir del planteamiento de unos problemas y son una variable en función del contenido de la cultura. Por tanto, son conceptos de carácter transitorio, que deben contrastarse con los datos obtenidos en la investigación de fenómenos particulares, observados y analizados de un modo que solo hace el saber empírico.[30]

Marc Bloch, a propósito de Ranke y de su idea de la historia como un saber sin otra finalidad que la de mostrar el pasado *wie es eigentlich gewesen*, tal como fue en realidad, señaló en 1940 que en ella hay dos problemas importantes, el de la imparcialidad histórica y el de la historia como tentativa de reproducción o como tentativa de análisis. En cuanto a lo primero, nos dice, existen dos maneras de ser imparcial, la del estudioso y la del juez. Ambas tienen en común la honrada sumisión a la verdad, pero llega un momento en que los caminos se separan. Una vez el científico ha observado y analizado, su tarea se termina. Al juez todavía le falta dictar su sentencia y no se puede condenar o absolver sin tomar partido por una tabla de valores que no pertenece a ninguna ciencia positiva. Cuando el historiador hace esto último corre el peligro de convertirse en una suerte de "juez de los Infiernos", cada vez que

30 Max WEBER, "La objetividad del conocimiento en las ciencias y la política sociales", publicado en 1904 cuando la revista *Archiv für Sozialwissenchaft und Sozialpolitk* pasó a manos de un comité de redacción constituido por Werner Sombart, Max Weber y Edgar Jaffé. Se incluye en el libro de Max WEBER, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1985, pp. 7-102. Véase también, del mismo autor, *La ciencia como profesión. La política como profesión*, Madrid, Espasa Calpe, 1992.

se dedica al elogio o a la condena de los dioses muertos. Así olvida que un juicio de valor solo tiene razón de ser como preparación de un acto y solo tiene sentido en relación con un sistema de referencias morales, deliberadamente aceptado. A fuerza de juzgar uno termina por perder el gusto por explicar. Las ciencias siempre han sido más fecundas y, por consiguiente, más útiles a la práctica, cuando de manera deliberada han abandonado el viejo antropocentrismo del bien y del mal. Sin embargo, añade Marc Bloch, una ciencia de los hombres siempre tiene rasgos particulares. El finalismo está excluido del mundo físico, pero pertenece al vocabulario normal de la historia, porque esta tiene que ver con seres, por naturaleza, capaces de perseguir fines conscientemente. De ahí que para Marc Bloch una palabra, cargada de dificultades, domine e ilumine nuestros estudios: *comprender*. Hasta en la acción, juzgamos demasiado, nunca comprendemos lo suficiente. "La historia es una vasta experiencia de variedades humanas, un largo encuentro entre los hombres. La vida, como la ciencia, lleva todas las de ganar si este encuentro es fraternal".[31]

Las ideas anteriores, expuestas en la primera mitad del siglo XX, ¿siguen siendo válidas en la actual coyuntura invadida por la demanda de memoria? Antes de nada es preciso dejar claro que Max Weber no excluye los juicios de valor en el trabajo científico. Su crítica se dirige a la pretensión de hacerlos pasar por analíticos, cuando son de otro tipo. Por su parte, Marc Bloch pide al historiador que explique y comprenda lo que hicieron los hombres de otros tiempos, en vez de juzgar de manera precipitada y llevado por las urgencias de la acción en el presente. Sin embargo, eso ni mucho menos significa para Marc Bloch que el horizonte del historiador se reduzca a la investigación del pasado y a las controversias académicas. Al contrario, tanto en su teoría sobre el saber histórico, como en su praxis de historiador y de ciudadano, Marc Bloch dejó claro dos cosas. En primer lugar, que el deseo de conocer y el gusto por la ciencia no son suficientes, también han de ayudarnos a vivir mejor.[32] En segundo lugar, que es preciso huir de estos dos extremos, del culto al pasado y de la devoción por lo inmediato, para ir hacia

31 Marc BLOCH, "¿Juzgar o comprender?", apartado primero del capítulo IV "El análisis histórico", en *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Edición crítica preparada por Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 233-237.

32 Ibídem, pp. 124-127.

una "ciencia de los hombres en el tiempo" que una sin cesar "el estudio de los muertos con el de los vivos".[33] Por tanto, cabe añadir, el interés social del trabajo de los historiadores, aun cuando esté preferentemente orientado al conocimiento científico, va mucho más allá del estricto campo del saber. Por razones diversas, en las que no es posible entrar ahora, nuestra cultura alimenta una constante y creciente demanda de memoria colectiva. Se trata de un fenómeno en gran medida nuevo, como hemos señalado antes, que en la época de Max Weber y en la de Marc Bloch solo empezaba a manifestarse y estaba muy lejos entonces de la dimensión adquirida en las últimas décadas. ¿Los historiadores han de quedarse al margen de este fenómeno y en particular de su vertiente política? En absoluto, afirma con razón Enzo Traverso, ni menos todavía ignorar la contaminación del lenguaje y la confusión considerable en torno al concepto de *revisionismo*.[34] La supuesta asepsia científica y el desinterés por el distinto uso público de la historia, de la memoria y del olvido van en ocasiones en compañía de una ideología revisionista en el discurso de los historiadores académicos y en sus intervenciones ante la opinión pública. Sobre ello volveré en el último apartado, después de haber tratado la tercera cuestión planteada al principio: el problema de la ideología en el trabajo del historiador guiado por el "noble sueño" de la objetividad.

A propósito de los juicios analíticos y los juicios de valor, en contraposición a los dos puntos de vista que hemos visto en la controversia de los historiadores sobre la memoria histórica en España, me gustaría concluir lo siguiente. Por un lado, no creo que el acto científico de conocer y el de juzgar se refuercen por necesidad, por cuanto es preciso hacer una distinción sustancial entre ambos y suele ocurrir que se manifiestan de manera independiente. El hecho de conocer no implica el de juzgar y, en sentido inverso, en no pocas ocasiones se juzga sin apenas conocer, como decía Marc Bloch. Por otra parte, los juicios de valor han de ser objeto de estudio en las ciencias sociales y en la historia, pero conviene no perder de vista que también los juicios de valor forman parte del proceso de hacer ciencia. La verdad y el conocimiento verdadero son distintos, nos dice Agnes Heller, y no deben confundirse. El conocimiento verdadero puede convertirse en verdad si se cumplen

33 Ibídem, pp. 147-158.

34 Enzo TRAVERSO, *Els usos del passat. Història, memòria, política*, Valencia, PLIV, 2006, pp. 11-21 y pp. 145-162.

ciertas condiciones, pero no lo hará nunca presentándose como verdadero, una falacia que Max Weber se encargó de denunciar. La ciencia, según este último, es una esfera cultural junto a otras muchas, cada una con sus reglas y normas propias, y las distinciones establecidas en este sentido también son de índole cultural. Por ello, añade Agnes Heller, la conciencia histórica y los valores no solo cambian según las culturas y las épocas. En cada una de ellas la conciencia histórica y los valores influyen en la separación o no de la historiografía y del interés pragmático o práctico, en la disposición hacia el mensaje y en la organización del material histórico, así como en los conceptos y en las teorías con el fin de entender el proceso histórico.[35]

Objetividad e ideología en el trabajo del historiador

No pocos historiadores consideran que las fuentes tienen la última palabra a la hora de confirmar o desmentir las construcciones subjetivas. Santos Juliá, por ejemplo, afirma que el oficio de historiador salió enriquecido de los distintos embates de las "sucesivas filosofías de la historia" porque antes, por debajo y por encima de todas ellas "permanece como marca distintiva de nuestro oficio lo que Yerushami denominaba la austera pasión por el hecho, la prueba, la evidencia". Consciente de que "el pasado se construye en el presente", el historiador va a su trabajo con la única intención de que "el pasado hable, de que nada del pasado se pierda, de interferir en la menor de las medidas posibles las voces que le llegan del pasado". Cuando su pasión es "austera" y "no pretende servir a ningún señor, sea el Estado, la Justicia, la Política, el Partido, la Clase, la Identidad Nacional, ni tampoco la Memoria", en ese momento "los hechos empiezan a imponer su ley". El historiador que "se inclina ante sus documentos", siente la austeridad de una pasión que le obliga "a abrir los oídos para no perder ni un matiz, ni un susurro de esas voces que le llegan del pasado". No lleva a su indagación ninguna teoría, ni trama perfectamente terminada del relato en que culmina su búsqueda, ni ideología clausurada, ni la última moda de tantos *cultural studies*. Antes de elaborar cualquier interpretación o construir cualquier repre-

35 Agnes HELLER, *Teoría de la historia…, op. cit.*, pp. 83-105, y "De la hermenéutica en las ciencias sociales a la hermenéutica de las ciencias sociales", en *Historia y futuro. ¿Sobrevivirá la modernidad?*, Barcelona, Península, 2000, pp. 19-54.

sentación, el historiador indaga y encuentra *hechos* y la "evidencia" de estos hechos reales se impone a la trama, al relato que luego inventa.[36]

Tal como ha puesto de relieve Peter Novick, los cimientos de la historiografía profesional descansan en la norma central de la objetividad, un legado heredado del siglo XIX en apariencia sólido, pero que entró en crisis en la pasada centuria.[37] Dicha norma distinguía y daba prestigio a una forma nueva y moderna de tomar en consideración el pasado, contrapuesta a la teología, la filosofía, las artes, la retórica o la memoria. La historia como *Wissenschaft*, "saber" o "disciplina", y de nuevo es preciso citar a Ranke, no debía subordinar su estudio a otra finalidad que la de mostrar el pasado como realmente fue, lo que presupone que el pasado tiene una "esencia" o un "significado" en sí mismo y que esto llega a ser conocido de manera "objetiva" a partir de los restos que permanecen en el presente (el material empírico) y de las técnicas de una historia concebida como disciplina. Al poner el acento en la realidad del pasado, cuyo conocimiento objetivo es posible de un modo análogo al de cualquier otra ciencia moderna, es decir, por medio de la observación empírica y a través del método crítico, los historiadores se propusieron la búsqueda de la verdad. Sin embargo, semejante confianza en la ciencia empírica entró en crisis a principios del siglo XX y llevó a un cambio radical de perspectiva. Casi nadie defiende hoy en día que la realidad tenga en sí misma una esencia, un significado intrínseco, ni cree en la neutralidad del material y de la observación en el terreno empírico o en la existencia de un método capaz de garantizar el conocimiento objetivo. Ser consciente de ello no implica confundir el mundo con la representación o imagen que nos hacemos de él, por cuanto hasta las corrientes de pensamiento que tratan de sacarse de encima las influencias de los dualismos peculiarmente metafísicos de la tradición occidental heredados de los griegos, nos dice Richard Rorty, admiten el valor de algunas distinciones sin las cuales el pensamiento no sería posible.[38]

36 Santos JULIÁ, *Elogio de Historia…, op. cit.*, cap. 14 y último "El historiador, artesano en su taller", pp. 229-238.

37 Peter NOVICK, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997, 2 vols.

38 Richard RORTY, *¿Esperanza o conocimiento? Una introducción al pragmatismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 43. *Vid*. W. R. DAROS, "Problemática de la 'objetividad-subjetividad' (R. Rorty - A. Rosmini)", *LOGOS. Revista de Filosofía*, 86 (2001), pp. 11-44.

Por lo demás, la objetividad pretendida por los historiadores académicos o profesionales en los siglos XIX y XX no solo responde a unas políticas de identidad disciplinaria, también a unas ideologías de distinto carácter. Ranke promovió una historiografía basada en el rechazo de la actitud de aquellos que creían remontarse a las alturas y solo ofrecían "fórmulas y soplos vacuos a título de verdad" o se refugiaban en la filosofía o en la teología para acoplar sus escritos históricos a estas doctrinas. No obstante, estaba convencido de que el curso de la historia, reconstruido de manera objetiva por parte de los historiadores universitarios con el método de la ciencia, revelaba la obra de Dios y permitía obtener el "trofeo celestial" de las leyes eternas y la fuente interior de la naturaleza humana.[39] Nunca como a principios del siglo XX la "ciencia objetiva" y el "hecho científico" tuvieron una consideración tan elevada en Francia o en los Estados Unidos y en gran parte de Occidente, justo antes de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, como es bien sabido, esa historia supuestamente imparcial, objetiva y con vocación de universalidad legitimó las causas particulares de los distintos Estados-nación, del nuevo colonialismo y del imperialismo. La "objetividad" tomó en la historiografía formas diversas a lo largo del siglo XX para justificar ideologías tan diferentes como la liberal del progreso, a partir del despliegue sin restricciones de las pasiones y los intereses del individuo y de la "economía de mercado", supuestamente en plena sintonía con la naturaleza humana; o la ideología comunista de la superación de la lucha de clases, en una sociedad en la que la propiedad y los medios de producción serían colectivos; o la ideología del racismo o del nacionalismo inclusivo y excluyente y en, su versión más extrema, la ideología del fascismo y del nazismo. No es extraño, por tanto, que la objetividad, entendida como la conquista de unos cuantos elegidos en posesión de la verdad o de algo que se acerca mucho a ella, haya caído en descrédito. A lo sumo nos limitamos a hablar de tendencia hacia la objetividad, de la objetividad como "noble sueño", una meta a la que podemos acercarnos de manera provisional y continuamente revisable. Al menos esta pretensión de objetividad continúa siendo una característica distintiva de la disciplina histórica, porque si los historiadores renunciaran a ello, según se nos dice, su oficio perdería la identidad que lo distingue de las demás formas de acercarse al pasado y dejaría

39 Leopold VON RANKE, "Historia y política" (1936), en *Pueblos y Estados en la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, pp. 510-511.

lugar a una multiplicidad de historias elaboradas por cada historiador de una manera extremadamente subjetiva. En definitiva, llegaríamos al denostado "relativismo posmoderno".

Debido a un prejuicio muy extendido entre los historiadores de profesión a la hora de mencionar el "giro lingüístico", que identifica sin más un abanico diverso de posturas con la negativa a reconocer una realidad más allá del discurso y la caída en el relativismo extremo, muchas veces se nos escapa la complejidad del problema. Con frecuencia el trabajo del buen historiador queda reducido a una cuestión de interiorización de un propósito, de capacidad personal y de rigor en el método. Santos Juliá pone, en primer lugar, la pasión austera por el pasado, sin seguir a ningún señor, la insatisfacción con las respuestas recibidas y una actitud abierta a los hallazgos, tras inclinarse ante los documentos y escuchar lo que le dicen. Más tarde vendría la capacidad de darse cuenta del control que ejercen "las voces del pasado" sobre el relato o la teoría inventada. A continuación, el acopio de materiales, la selección y tratamiento de los mismos en el taller del historiador, para que en su interior se encuentre el significado que nos transmiten los hechos, sobre el cual ha de construirse el nuevo significado que proporciona el relato del historiador. Sigue a ello la presentación y el debate en innumerables ocasiones ante otros historiadores y ante el público, para que la investigación sea discutida, impugnada, matizada. Por último, la narración histórica que resulta queda libre de adherencias impuras y es el destilado vivo, cambiante, de un proceso intersubjetivo, no "el producto cadavérico de un adoctrinamiento a cargo de comisarios políticos". El "diálogo abierto", al margen de "todo sectarismo" y "sin prejuicios de ningún tipo", está por encima "de cualquier polémica política" y "desligado de mitos, condenas e instrumentaciones interesadas".[40]

Sin embargo, los discursos y entre ellos el del historiador están ideológicamente cargados cuando dan cuenta de su oficio. La convicción no cuestionada de que el propio discurso tiene una transparencia y un grado de referencialidad del que carecen los demás no resulta un discurso exento de ideología. La postura ideológica de los primeros historiadores profesionales, que se consideraban a sí mismos "imparciales" y "objetivos",[41] "la ideología de la literalidad" que según Hayden White

40 Santos JULIÁ, *Elogio de Historia…, op. cit*. pp. 232-237.

41 Peter NOVICK, *Ese noble sueño…, op. cit.*, tomo I, pp. 80-108.

predominó en la historiografía tanto de izquierdas como de derechas para evaluar estilos alternativos de escritura histórica,[42] fue puesta en entredicho en gran parte de Occidente tras la Primera Guerra Mundial. Dejó paso a la conciencia de la naturaleza "construida" de la obra de los historiadores y de las "resonancias", como las llamó Marc Bloch,[43] del presente del historiador en la historia que construye. No solo las "resonancias" de tipo sentimental o las de la ideología política, conviene añadir, también aquellas otras que llevan a los conceptos y al lenguaje con que se "construye" el objeto o el tema de su estudio. Para colmo, el problema de la objetividad-subjetividad del historiador está lejos de reducirse a la cuestión de la menor o mayor influencia de unas u otras ideologías políticas. La escritura histórica "subjetiva" introduce aspectos del autor en el relato del pasado que conforman lo sucedido, no en vano en dicha escritura están presentes unas intenciones morales y políticas, pero también debido a las preferencias y los gustos, la afiliación académica o la afinidad por una escuela histórica o por una forma de historia, la elección de fuentes, de técnicas de investigación y de formas de exponer los resultados por escrito.

El discurso histórico ha utilizado tradicionalmente a la narración, y vuelve a hacerlo de nuevo en nuestros días, como un modo privilegiado de representación e incluso de explicación. Se entienda de esa manera o como un recurso decorativo con una función retórica, tiene razón Hayden White cuando considera que en ambas concepciones es erróneo presuponer algo que contradicen cuatro décadas de investigación acerca de la naturaleza de la retórica, en general, y del discurso narrativo, en particular. Lejos de ser un medio neutral por el cual los acontecimientos (imaginarios o reales) salen a relucir con perfecta transparencia, la narrativa es otra cosa: una forma discursiva que afecta de manera relevante a la representación y la explicación de los acontecimientos. La narrativa es la expresión en el discurso de una forma particular de experimentar y de pensar el mundo, sus estructuras y sus procesos. Hayden White nos dice que fue precisamente la milenaria vinculación del modo narrativo del discurso con el pensamiento mítico y religioso, por una parte, y con la ficción literaria, por la otra, lo que condujo a la condena de la historia

42 Hayden WHITE, "El discurso de la historia" (1979), en *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría, 1957-2007*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2011, pp. 355-356.

43 Marc BLOCH, *Apología para la historia…*, *op. cit.*, p. 149.

narrativa por la "historia científica". Esta última veía aquello como una manifestación del pensamiento mítico en la reflexión histórica. Hoy en día, cabe añadir, los historiadores rechazan semejante condena, valoran la narración y critican los abusos a que llevó la pretensión de hacer de la historia una ciencia pura y dura, pero no deberíamos caer en el extremo opuesto de atribuirle a la narrativa una neutralidad y una transparencia inexistentes.

Por más que la vertiente creativa o poética tenga un peso importante en la escritura histórica, como ha puesto de relieve Hayden White, en mi opinión son los valores morales y políticos aquello que de manera más intensa interfiere en la pretensión de objetividad de los historiadores. Para Frank Ankersmit eso ocurre no tanto porque estos valores sean ajenos al pasado, meras proyecciones de las preocupaciones del historiador sobre el pretérito, sino más bien por lo contrario. Tan pronto como entran en juego, los valores morales y políticos acercan las esferas del objeto (el pasado) y del sujeto hasta el punto de hacerlas indistinguibles y resulta desesperadamente difícil desvincular sujeto y objeto. Lo que para un historiador es "verdad objetiva" a otro puede parecerle un "valor subjetivo" y viceversa. Además, los valores morales y políticos llegan incluso a traspasar las fronteras que según creemos separan al pasado, por un lado, del historiador, por otro, y lo hacen en *ambas* direcciones, piensa Ankersmit. Los historiadores pueden verse tentados de proyectar sus propios valores morales y políticos sobre el pasado, pero también sucede que los valores morales y políticos activos en el pasado invaden el mundo de los historiadores y de los contemporáneos.[44] Ambas cosas pueden muy bien verse en la controversia de los historiadores sobre la memoria histórica en España. Las posturas en conflicto, también aquella que se presenta equidistante de los dos extremos, traspasan la frontera entre el pasado y el presente, y al hacerlo proyectan ideologías y valores morales y políticos de distinto carácter. Unos historiadores hacen suyos los valores de la democracia liberal, que en su opinión han predominado en la política española desde la Transición, y por semejante motivo aprecian en gran medida el proceso que tuvo lugar entonces, al que atribuyen la virtud de haber sustituido el tradicional enfrentamiento entre españoles por la reconci-

44 Frank ANKERSMIT, "La ética de la historia. De los dobles vínculos del significado (moral) a la experiencia", *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, 18 (otoño 2005), pp. 115-118.

liación de vencedores y vencidos. Otros historiadores, por el contrario, ponen en primer plano los valores y los ideales de la democracia social avanzada que a su parecer fue el objetivo de la Segunda República y estuvo presente en la resistencia al fascismo. Consideran que en gran medida esos valores e ideales han sido ignorados o silenciados en el actual régimen político.

Revisiones y revisionismo

Las revisiones son inherentes al propósito de conocer el pasado y se manifiestan tanto en el planteamiento de los problemas y la utilización de fuentes y de las técnicas de análisis, como a la hora de proporcionar interpretaciones y de construir relatos. El estudio histórico del pasado reciente en España, sea el del periodo de la transición a la democracia, el de la dictadura franquista, la Guerra Civil, la Segunda República o el que se remonta más atrás y llega incluso a los inicios de la época de la Restauración, ha llevado en las últimas décadas a no pocas revisiones de lo escrito por los historiadores. Por fortuna, conocemos cada vez mejor unos hechos y unos procesos históricos complejos, en los que intervinieron múltiples factores. Sin embargo, las revisiones no deben confundirse con los discursos revisionistas de las últimas décadas, por más que estos a veces se presenten solo como revisiones al servicio de una aproximación histórica objetiva. Al revisionismo de origen académico, no a las revisiones, está dedicado este último apartado, motivo por el cual no mencionaré las aportaciones de la más reciente investigación. Mi atención irá únicamente dirigida a la ideología revisionista de los historiadores que han hecho explícito su compromiso con la historia en busca de la verdad y han justificado de ese modo sus revisiones.

La reivindicación del "hecho histórico" y de la "evidencia empírica" procedente del pasado se manifiesta con contundencia en la introducción de Manuel Álvarez Tardío y Fernando del Rey a *El laberinto republicano*. Los colaboradores de este libro no pretenden ser esclavos "de un compromiso ideológico que solo puede viciar hasta extremos asfixiantes su tarea". Por ello "conectan, de un modo u otro y siempre apelando al diálogo sereno sin servidumbres ideológicas, con las corrientes de historia política empirista –muy distintas unas de otras– que se han ido labrando desde las décadas de 1960 y 1970 en torno al

pasado reciente".[45] Para los dos coeditores del citado libro, la historia política comporta el rechazo de otras formas de historia tan en boga en las últimas décadas (interpretaciones estructurales, marxismo, sociología histórica, antropología cultural, giro lingüístico) y va supuestamente de la mano de "una aproximación seria, científica y distanciada al conocimiento de aquella época" (la Segunda República), con el fin de "superar de una vez las distorsiones conceptuales generadas por la Guerra Civil de 1936-1939 y la dictadura que emergió de ella".[46] Uno de los dos editores de *El laberinto republicano*, Manuel Álvarez Tardío, en un artículo publicado en 2010, percibe de la siguiente manera el peso cada vez mayor del pasado de la Segunda República y de la Guerra Civil en la vida pública española. Mientras los historiadores solo tratan de "mejorar el conocimiento científico de nuestro pasado y contrastar investigaciones rigurosas sobre el mismo", la disputa en el espacio público viene dándose "en el ámbito de la pugna ideológica". No solo busca la reparación simbólica o material de las víctimas de la dictadura, escribe Álvarez Tardío, sino que en el fondo de esa lucha política hay un problema que los historiadores llevan décadas debatiendo, "por qué no fue posible la consolidación de una democracia en la España anterior al estallido de la guerra civil". En vez de "un debate puramente científico", está produciéndose otro en el ámbito ideológico y de partido que trae el pasado al presente "con los peores fines posibles: deslegitimar al adversario". Detrás de la disputa entre "memorias de partido" hay algo que permanece oculto, en palabras del

45 La lista es muy amplia y sorprende un poco, porque todos los que se citan a continuación supuestamente estarían dentro de las distintas corrientes de "historia política empirista": Raymon Carr, Hugh Thomas, Gabriel Jackson, Stanley G. Payne, Edward Malefakis, Shlomo Ben Ami, Paul Preston, entre los extranjeros, y Juan José Linz, Santiago Varela, Carlos Seco Serrano, Javier Tusell, Manuel Tuñón de Lara, José Álvarez Junco, Andrés de Blas, Octavio Ruiz Manjón, Juan Avilés, Enric Ucelay Da Cal, Mercedes Cabrera, Juan Pablo Fusi, entre los españoles. Según afirman Álvarez Tardío y Fernando del Rey, ello "testifica nuestro afán por dialogar, sin menospreciarlos, con los historiadores que nos han precedido, con independencia de su dispar adscripción ideológica". Sin embargo, añaden a continuación, mientras ese diálogo sigue siendo fructífero en algunos casos, de ahí la presencia de Stanley G. Payne y José Manuel Macarro en este volumen, los textos de aquellos "que gustaban de subordinar la política a la economía y nos hablan de 'bloque de poder' como argumento concluyente", no habrían resistido demasiado bien el paso del tiempo.

46 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano, op. cit.*, pp. 14 y 20-22.

citado historiador, una interpretación contrapuesta de los problemas que tuvo España para implantar la democracia en los años de la Segunda República y del porqué del largo periodo de dictadura. En el relato de los que reclaman justicia y reparación, y denuncian que el franquismo cometió crímenes contra la humanidad que deben ser considerados como genocidio, subyace "una interpretación basada sobre todo en la confrontación de identidades ideológicas o partidistas" y eso no es historia como ciencia, porque no se propone "analizar y comprender la complejidad del pasado".

Hoy sabemos, prosigue Álvarez Tardío, "gracias a la paciente y fructífera labor de muchos historiadores", que la realidad fue mucho más compleja. No cabe duda de que la Guerra Civil empezó a resultas de la acción de los militares golpistas, pero si la democracia no se consolidó en España fue por algo que intervino antes de que los militares entraran en escena. La victoria del Frente Popular dejó paso a una situación de exclusión del adversario por parte de los extremistas que "acabaría siendo algo más que simbólica", pero el asunto venía de atrás. El fracaso de la democratización en España durante la Segunda República tuvo mucho que ver con dos tipos de factores. En primer lugar, con una cultura política en la que desde el principio estuvo ausente "la regla de oro de una democracia pluralista: las elecciones arbitran una alternancia pacífica en el poder". Dicha regla no admite "ni la revolución ni la pura reacción a cualquier reforma". En España, como en otras regiones de la convulsa Europa de entreguerras, la imposibilidad de consensuar esos principios básicos hizo que rivalizaran varios "modelos de sociedad", distintos de la democrática y liberal. "En cuanto al segundo factor, las reglas del juego, el problema vino de una Constitución que no recogía adecuadamente las garantías para que los poderes públicos respetaran el pluralismo ideológico y de valores de la sociedad española". Por ello, "la victoria en las urnas de unos" se tradujo "en un *vía crucis* para los otros", y de este modo, sin actitudes moderadas que convergieran en un espacio común y dieran paso a un "núcleo indestructible sobre el que edificar una Constitución duradera y mantener a raya los extremos", fue imposible antes de la guerra la consolidación de la democracia en España. En la actualidad, las "memorias de partido" no lo toman en cuenta porque "es más rentable apelar al maniqueísmo y potenciar el victimismo", pero resulta fundamental ahora, del mismo modo que por fortuna sucedió en la Transición, que "esas memorias 'ideológicas' no se confundan con la Historia con mayúsculas". La historia nos enseña que

"un cúmulo de factores complicó sobremanera la convivencia democrática en la España de los años treinta".[47]

La exposición anterior, que acabo de resumir sin apartarme de lo escrito por Álvarez Tardío, es un buen ejemplo de la confusión entre dos ámbitos por lo demás muy diferentes, el de la revisión inherente al proceso de conocimiento en cualquier tipo de ciencia y el del revisionismo en historia tal y como hoy se manifiesta en el medio académico. También ilustra el problema de la pretensión de objetividad y de la presencia en cambio de la ideología en el discurso de los historiadores. Se puede estar de acuerdo con que las revisiones son imprescindibles para el avance del conocimiento histórico, máxime sobre unos hechos cuya complejidad nos obliga a renunciar a los juicios simples. Las revisiones, en efecto, llevan a tomar en consideración los numerosos y diversos factores que ayudan a entender mejor lo ocurrido, en este caso el porqué de la no consolidación de la Segunda República y del golpe militar de 1936. En semejante terreno, sin embargo, y a diferencia de lo que Álvarez Tardío afirma, no es "la Historia con mayúsculas" el tribunal que se constituye para decirnos lo que realmente ocurrió. La historiografía está lejos de ofrecer una sola interpretación consensuada para dar respuesta a esta doble pregunta. Álvarez Tardío mantiene su punto de vista y es una pretensión de objetividad injustificada identificar una interpretación como la suya con los resultados del conocimiento riguroso y científico del pasado, "la Historia con mayúsculas", máxime cuando él mismo reconoce que en este terreno "los historiadores llevan décadas debatiendo". Además, la pregunta "por qué no fue posible la consolidación de la democracia en la España anterior al estallido de la guerra civil", dirigida sobre todo al periodo de la Segunda República, no equivale a plantear el problema de la no consolidación y de la debilidad del régimen de 1931. La pregunta de Álvarez Tardío, "por qué no fue posible la consolidación de la democracia", contiene la respuesta que él mismo se ha dado antes de formularla, a partir de un determinado concepto de *democracia* impregnado de juicios de valor y de ideología. No es, por tanto, una "pregunta histórica" porque, lejos de llevar a la indagación de lo sucedido, al porqué de la no consolidación de la Segunda República, que sería propiamente la "pregunta histórica", plantea la

47 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, "Las 'memorias' en la política española y los problemas de la democracia en España", *Revista Hispano Cubana*, 37 (primavera-verano 2010), pp. 115- 124.

controversia en el terreno de los principios morales y políticos acerca de lo que cada cual entiende por "democracia". Aquello criticable, en mi opinión, no es la discusión sobre los principios o los valores subyacentes a los distintos conceptos de *democracia*, sino la pretensión de hacer pasar una creencia por un hecho histórico, unos juicios de valor y un concepto ideológico de *democracia* por una verdad histórica fuera de toda controversia.

Los editores de *El laberinto republicano* piensan que "la democracia representativa, pluralista y liberal tenía cabida en los discursos de entreguerras" y ponen de relieve la confianza en dicho régimen político a lo largo de la historia y en el momento presente. En la introducción del citado libro afirman que todos los autores "partimos de una consideración positiva de la democracia parlamentaria y conocemos los fundamentos liberales que coadyuvaron a que esta, finalmente, triunfara frente a los totalitarismos". Semejante consideración se sustenta en un juicio de valor que identifica la democracia con el liberalismo y el éxito de este con la derrota de los regímenes totalitarios. Semejante modo de ver las cosas no se plantea, por ejemplo, el hecho de que durante la Segunda República y en la Europa de entreguerras hubo muchos críticos de la democracia liberal, parlamentaria y de partidos *realmente existente en aquellos años*. Tampoco, según parece, toma en consideración que la palabra *democracia* tenía en esa época significados muy distintos, según las ideologías, como una infinidad de testimonios atestigua. El juicio de los editores de *El laberinto republicano*, en el sentido de que con muy pocas excepciones en el mundo occidental de entreguerras, "los Estados en los que la democracia sobrevivió fueron monarquías parlamentarias firmemente asentadas y legitimadas en un consenso social amplio",[48] vuelve a poner de relieve un criterio de valor a la hora de concebir la "verdadera democracia". Sin embargo, apenas se corresponde con el periodo posterior a la Gran Guerra en el que ni la monarquía ni el parlamentarismo del sistema bipartidista dieron estabilidad a los Estados y gozaron de un amplio consenso en gran parte del continente europeo y, sobre todo, en España, como en 1931 se puso de relieve. Asimismo, es otro juicio de valor afirmar, como hacen Manuel Álvarez y Fernando del Rey, que los historiadores dispuestos a "comprender" por qué al-

48 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano*..., *op. cit.*, pp. 27-28.

gunos españoles anteponían la revolución a la democracia en el fondo "toman partido" por un discurso ideológico concreto, el "antifascista", en buena medida sospechoso de no haber tenido una "consideración positiva de la democracia parlamentaria". De esa forma se atribuye al historiador dispuesto a comprender los motivos de las acciones en el pasado una cierta identificación con esas ideas y esos valores, como si no fuera posible y necesario hacerlo con independencia de sus creencias en el presente.

Como sabemos, hay historiadores que cuestionan la tesis de la exclusión a modo de "pecado original" de la Segunda República y formulan su crítica de un modo académico, como ha hecho Ricardo Robledo, con juicios de valor muy diferentes de los de Fernando del Rey y Manuel Álvarez Tardío. Ricardo Robledo cuestiona las extrapolaciones de una investigación que generaliza a partir de lo sucedido en una localidad y no tiene en cuenta, sin embargo, otras, así como la sorprendente abundancia de citas de cierto tipo de historiografía (Fernando del Rey Reguillo, Nigel Townson, Manuel Álvarez Tardío), en contraste con el poco o ningún interés que despiertan las investigaciones de otros historiadores (Julián Casanova, Francisco Espinosa, Ángel Viñas). Ricardo Robledo considera que la tesis del "pecado original" olvida otros problemas, como el de la reforma agraria y el de la influencia de la coyuntura internacional, y entra en el núcleo del argumento de la exclusión para formular la siguiente pregunta. ¿Cabe calificar de "revolucionarias", en 1931, las actitudes ministeriales de Álvaro de Albornoz al crear en España la Dirección General de Ganadería, las de Marcelino Domingo, cuando echó a andar las Misiones Pedagógicas o las de Largo Caballero al sacar adelante la Caja Nacional contra el paro forzoso, y sobre todo es posible considerar la reforma agraria como un propósito revolucionario? De manera unánime en 1931 la reforma agraria se consideraba una necesidad y en cuanto a la oportunidad o no del momento, lo cierto es que tardó cinco años en convertirse en realidad. También Ricardo Robledo menciona la controvertida política laicista, que galvanizó en efecto a las derechas y permitió una organización política de masas. Sin embargo, con independencia del mayor o menor desacierto de dicha política, buena parte de las derechas y en gran medida la Iglesia católica habían condenado la República antes de su instauración. Por eso no extraña la reacción inmediata contra una República en la que su presidente era el católico Alcalá Zamora. No debía ser muy excluyente la Segunda República, en opinión de Robledo, al elegir a Alcalá Zamora para un cargo en absoluto

honorífico, desde el que intervino para echar atrás el primer proyecto de reforma agraria, ni tampoco al nombrar ministro al católico Maura. En cuanto a las citas de autoridad, añade Ricardo Robledo, el argumento de la exclusión suele hacer referencia al artículo de Santos Juliá sobre la política en la Segunda República, publicado en 1995 en la revista *Ayer*, pero no toma en consideración lo que él mismo escribió en ese trabajo. Santos Juliá dice que se ha malinterpretado el propósito de los dirigentes de la izquierda republicana al afirmar que la República debía ser dirigida exclusivamente por republicanos. Con ello no se pretendía hacer creer que era un patrimonio únicamente de los republicanos, sino ampliar los límites del republicanismo, tal como quería Azaña, e invitar a la antigua derecha monárquica, liberal o conservadora, a aceptar la República y constituir partidos republicanos.[49]

En la controversia mantenida por Ricardo Robledo y Fernando del Rey en la revista *Historia Agraria*, durante el año 2011,[50] resulta muy claro que la distinta visión del fenómeno de la violencia política obedece en buena medida a planteamientos y a conceptos y supuestos teóricos diferentes. Después de todo la "pregunta histórica", ha escrito Antoine Prost, siempre va unida a unos conocimientos previos y a unos presupuestos teóricos.[51] A diferencia del papel principal que la historiografía profesional del siglo XIX asignaba a los documentos y a su análisis crítico, la primacía de la pregunta y del punto de vista teórico es algo que la historiografía ha puesto constantemente de relieve al menos desde Marc Bloch y Lucien Febvre. En consecuencia, el problema no está, a diferencia de lo que piensa Fernando del Rey, en el hecho de "sostener todas mis afirmaciones en datos, conceptos y

49 Ricardo ROBLEDO, "Historia *científica* vs. historia de combate en la antesala de la guerra civil", *Studia Histórica*. *Historia Contemporánea* (2014) [en prensa]. Según nos dice en este texto su autor, se avanzan ideas a desarrollar en el trabajo que forma parte del libro, coordinado por Carlos FORCADELL, Ignacio PEIRÓ y Mercedes YUSTA, *El pasado en construcción: revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, es decir, en esta misma obra que el lector tiene en sus manos. El referido escrito de Ricardo Robledo procede de la conferencia impartida el 10-IV-2014 en el ciclo de conferencias "Pasados incómodos: guerra, memoria e historia", organizado por el Grupo de Investigación HISTAGRA en la Facultad de Historia de la Universidad de Santiago de Compostela.

50 *Historia Agraria*, 53 (abril 2011), pp. 215-221, y 54 (agosto 2011), pp. 177-246.

51 Antoine PROST, *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra/Universitat de València, 2001, pp. 90-111.

razonamientos que buscan ir más allá de las meras opiniones, siempre en diálogo –que no en polémica– con los autores que me habían precedido".[52] La controversia, por lo demás absolutamente necesaria para el avance del conocimiento histórico, motivo por el cual deberíamos felicitarnos, se produce a la hora de seleccionar, ordenar e interpretar los datos con unos u otros conceptos y razonamientos y, asimismo, debido a las formas distintas que toman el diálogo o la disputa con otros historiadores. Fernando del Rey piensa que el trabajo del historiador está siempre mediatizado por los valores y las convicciones políticas, pero es capaz de acercarse a la verdad de lo ocurrido –a diferencia de lo que opinan los partidarios de "posiciones nihilistas" o "modas deconstructivistas"– si es consecuente con "la obligación moral e intelectual de aplicarnos continuamente el principio popperiano de la falsación, sometiendo a prueba hasta nuestras convicciones más profundas".[53] De semejante manera el citado autor se desmarca del empirismo y del inductivismo ingenuos del siglo XIX, pero con un planteamiento epistemológico que no parece tomar en consideración lo mucho que se ha escrito y debatido sobre la ciencia desde que en 1933 viera la luz *La lógica de la investigación científica* de Karl Popper.[54] Además, fue Popper quien negó a la historia el carácter de ciencia, dada su manifiesta incapacidad de formular teorías de una manera que pudiera ser sometida a la falsación por medios empíricos.[55] El problema, en cualquier caso, surge a propósito de lo que cada uno entiende por poner a prueba las convicciones y si es posible que todas sean valoradas de un modo científico, en vez de reconocer que las hay indemostrables. Los juicios de valor, como decía Max Weber, proceden del terreno de las creencias o de "la interpretación especulativa del sentido de la vida y del mundo", se hallan ligados a unas "premisas subjetivas" y no deben hacerse pasar por juicios analíticos con base empírica.

52 Fernando DEL REY, "Acotaciones a una crítica", *Historia Agraria*, 54 (agosto 2011), p. 241.

53 Ibídem, p. 242.

54 Véase, a modo de breve resumen de esta trayectoria, las dos ediciones en castellano del libro de Alan F. CHALMERS, *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid, Siglo XXI, 1984 y 2010. Asimismo, es muy recomendable el libro de Francisco FERNÁNDEZ BUEY, *La ilusión del método. Ideas para un racionalismo bien temperado*, Barcelona, Crítica, 1991.

55 Karl R. POPPER, *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza/Taurus, 1981.

De un modo que pone también énfasis en el análisis científico, Eduardo González Calleja ha pasado revista a lo escrito por los historiadores acerca de la violencia política en la Segunda República, "lastrado hasta la actualidad por un inevitable tono polémico". Distinguiéndolo del "revisionismo indocumentado" de la "Operación Moa", al que S. Payne dio en 2003 un "extravagante espaldarazo",[56] González Calleja cuestiona la tesis de la exclusión y de la "baja calidad" de la democracia de la Segunda República por los siguientes motivos. En primer lugar, por no tener en cuenta la época y el contexto, al establecer la comparación con una democracia intemporal, inmutable y que se corresponde "con la plural y consensuada de hoy". En segundo lugar, por estar más preocupada esta tesis de establecer responsabilidades que de ofrecer explicaciones "del carácter multifacético de la violencia en época republicana", olvidándose del descontento generalizado por la crisis económica de aquellos años y de la extrema desigualdad que venía de tiempo atrás. En tercer lugar, por haber llevado al extremo la "hipótesis del desorden" sin tener en cuenta que en otros periodos históricos la violencia políticosocial adquirió tanta o más virulencia y, sin embargo, no trajo un golpe militar, ni tomar en consideración que la suplantación de la autoridad gubernamental republicana tan solo se dio en algunas zonas del sur peninsular. En cualquier caso, nos dice González Calleja, la primavera de 1936 no fue una coyuntura revolucionaria sencillamente porque no había un proyecto político de este tipo "a escala nacional, o siquiera regional, provincial o comarcal". Por último, la "apuesta por el centro" de los revisionistas académicos, como la de François Furet por el *juste milieu* en el debate historiográfico sobre la Revolución francesa, lleva según González Calleja a una "pretendida equidistancia" que, a fuerza de privar de legitimidad democrática al experimento republicano, de anteponer el sectarismo y de dar apenas significación al proyecto reformista, no toma en consideración el carácter diferencial de los distintos tipos de violencia. La violencia ejercida por el Gobierno republicano, en defensa del orden constitucional, no era del mismo carácter que la de la protesta social. Tampoco tenía nada en común con la violencia de los que de un modo autoritario buscaban poner fin a la protesta popular y al régimen cons-

56 Stanley G. PAYNE, "Mitos y tópicos de la guerra civil", *Revista de Libros*, 79-80 (julio 2003), pp. 3-5.

titucional de 1931 hasta el punto de haber hecho posible el golpe militar y la Guerra Civil.[57]

En nuestro caso el llamado "paradigma de la normalidad" histórica, contrapuesto al "paradigma del fracaso", ha dado cobertura en la historiografía española a una revisión necesaria de los resultados de la investigación para corregir simplificaciones y maniqueísmos, pero de él procede, asimismo, un discurso revisionista. En su obra sobre el revisionismo en historia, Domenico Losurdo habla del "metarrelato" unido al neoliberalismo que, tras la caída del muro de Berlín, gozó de una posición preeminente a principios del siglo XXI.[58] El hilo conductor de semejante relectura del pasado, en opinión de Losurdo, es la exaltación de la democracia liberal y la liquidación de la tradición revolucionaria. Dicho revisionismo proporciona una narración protagonizada por la victoriosa lucha de la economía libre de mercado y la democracia liberal, su supuesto correlato político, frente a la corriente de radicalismo colectivista y estatista, surgida de la Ilustración, que habría ganado fuerza en la Revolución francesa y en el siglo XX enlazó con los socialismos revolucionarios y con el marxismo, para diversificarse más tarde y triunfar y fracasar en Europa en dos sentidos muy diferentes: el soviético (en el Este) y el socialdemócrata del "Estado providencia" (en el Oeste). De esa forma la narrativa neoliberal se opone a aquella otra que durante mucho tiempo fue hegemónica en la izquierda. En palabras de Pier Paolo Poggio, semejante revisionismo ha ido significativamente acompañado de un escaso o nulo interés en indagar la relación entre fascismo/nazismo y capitalismo/democracia liberal, tema clásico de la historiografía marxista "arrollada por el derrumbe del comunismo".[59] Sin embargo, aun cuando desde posiciones de izquierda se haya simplificado hasta el punto de establecer una continuidad entre liberalismo/capitalismo y fascismo/nazismo que no es de recibo, sabemos que

57 Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, "La historiografía sobre la violencia política en la Segunda República española: una reconsideración", en el *dossier* coordinado por Julio PRADA RODRÍGUEZ y Emilio F. GRANDÍO SEOANE, "La Segunda República: Nuevas miradas, nuevos enfoques", *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 11 (2013), http://hispanianova.rediris.es, en especial el apartado quinto "De negacionismos, revisionismos y algunos debates candentes más allá de la República".

58 Domenico LOSURDO, *Le révisionnisme en histoire. Problèmes et mythes*, sobre todo el capítulo primero, París, Albin Michel, 2006, pp. 7-42.

59 Pier Paolo POGGIO, *Nazismo y revisionismo histórico*, Madrid, Akal, 2006, p. 9.

a lo largo de la historia el capitalismo ha sido compatible con distintos regímenes políticos incluyendo las dictaduras. Como Jürgen Kocka ha puesto recientemente de relieve, "la afinidad entre capitalismo y democracia es menos marcada de lo que se ha esperado y supuesto durante mucho tiempo".[60] En consecuencia, la relación entre capitalismo y fascismo no solo continúa siendo un hecho histórico a investigar, sino que desmiente la idílica unión establecida por el relato revisionista entre la "economía de mercado" y la democracia liberal en la supuesta lucha de ambos contra los totalitarismos.

No se trata de confundir "revisiones" y "revisionismo". Santos Juliá ha dado cuenta de lo primero en su artículo "Anomalía, dolor y fracaso de España", al hablarnos de lo mucho que aporta una nueva historiografía inclinada desde los años ochenta a destacar los aspectos modernos del desarrollo económico, político, social y cultural de España y poco o nada proclive a hablar de atraso, como venía haciéndose desde finales del siglo XIX. En la España de la Restauración ahora sobresale una economía más dinámica y un régimen político que, lejos de la imagen negativa promovida por los intelectuales regeneracionistas y compartida por muchos historiadores hasta hace bien poco, eran similares en aquel entonces a los de un país occidental con libertades básicas reconocidas por una Constitución. Según Santos Juliá, a diferencia del "paradigma del fracaso", el "paradigma de la normalidad" nos libera de la carga de una secular frustración y del tópico de la excepcionalidad y subraya, por el contrario, la trayectoria "plenamente europea" de la normalidad española.[61] Sin embargo, el "nuevo paradigma" de la "normalidad española" también ha conducido en ocasiones a minusvalorar la crítica de los intelectuales del 98 o del 14 y a convertir el "problema de España" en un relato inventado con la intención de abrir un camino nuevo a la política, distinto del de los partidos tradicionales y supuestamente sin salida.[62] Hasta es posible atribuir a la postura antimonárquica de muchos intelectuales y a las políticas radicales de socialistas, anarquistas y republicanos de izquierda la responsabilidad principal del fra-

60 Jürgen KOCKA, *Historia del capitalismo*, Barcelona, Crítica, 2014, p. 177.

61 Santos JULIÁ, "Anomalía, dolor y fracaso de España", *Claves de Razón Práctica*, 66 (octubre 1996), pp. 49-51, reproducido en *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA, 2010, pp. 25-56.

62 Javier VARELA, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999.

caso colectivo, por haber entorpecido o hecho imposible el "desarrollo normal", es decir, capitalista, liberal y democrático, de España.[63] De ese modo, según se afirma, la Segunda República habría sido una época de politización extrema, radicalización y enfrentamiento, que preparó el estallido de la Guerra Civil.[64] En contraposición a aquel periodo turbulento, la España de la Transición supondría la "restauración liberal" en la monarquía de Juan Carlos, un régimen constitucional que reemprendió el camino de aquella otra monarquía liberal, la de finales del siglo XIX y principios del XX, incapaz de desarrollar la democracia en nuestro país por culpa de la revolución en ciernes y del movimiento reactivo de las dos dictaduras. Una narrativa de este tipo tiene un claro componente ideológico, por más que quiera presentarse como una revisión guiada por el empeño de imparcialidad, distanciamiento y voluntad de hacer de la historia un conocimiento objetivo.

El nuevo "paradigma de la normalidad", a diferencia del "paradigma del fracaso", ha predominado en la historiografía española en un contexto muy distinto del de principios del siglo XX, los años treinta y el final de la Dictadura, pero una vez más se percibe el cambio. El hecho de que dos grandes narrativas, de signo opuesto, de algún modo puedan aparecer en la controversia sobre la memoria histórica, no significa que el asunto se reduzca al enfrentamiento entre revisionismo neoliberal y ortodoxia antifascista. Dentro de un espectro amplio y diverso de ideologías, el conocimiento de la trayectoria española a lo largo del siglo XX remite a una investigación plural a la hora de concebir el trabajo del historiador y de hacer inteligible lo sucedido, que en no pocos casos rechaza los juicios de valor demasiado simples en relación con la Segunda República o con la Transición. La democracia actual en crisis o el pasado cuyo recuerdo sigue propiciando un conflicto de memorias se entienden menos a medida que crece la intensidad del elogio o de la descalificación en bloque. Por ello, la historia con la que me identifico está lejos de la imparcialidad y de la objetividad que supuestamente trae la disposición a cultivar el saber, pero también de la memoria de buenos y malos y de su uso en un espacio público entontecido por el trazo grueso de las batallas políticas y mediáticas sin atributos. La historia tiene para mí

63 José María MARCO, *La libertad traicionada*, Barcelona, Planeta, 1997.

64 Javier ZAMORA BONILLA, "Los intelectuales", en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano…*, *op. cit.*, pp. 389-417.

una doble vertiente. Por una parte, como quería Marc Bloch, no pierde el gusto de comprender y de explicar a fuerza de juzgar. Por otra, crea lazos con una memoria crítica en la sociedad y en la cultura de nuestra época. No renuncia, por tanto, a mantener de modo vivo el recuerdo de un pasado traumático, de un *pasado presente* y no solo meramente histórico, y toma en consideración la demanda social de memoria en nuestros días, pero se opone a sacralizar el testimonio de la víctima y a hacer que por dicho motivo se inhiba la crítica. En definitiva, es una historia diferente de la memoria y, sin embargo, a favor de una memoria dispuesta no solo a hacer justicia a los ignorados y a los perseguidos, sino también a convertirse –por la multiplicidad y diversidad de sus manifestaciones– en poderoso instrumento de conocimiento de la complejidad del hecho histórico. Algo distinto de esa otra memoria que con frecuencia trae simplificaciones, manipulaciones, engaños, y, asimismo, de la historiografía que reivindica una actitud distante, imparcial, respetuosa con la "evidencia empírica", mientras permanece ajena a todo aquello que constantemente interfiere en semejante propósito.

La experiencia política de Marc Bloch*

Massimo Mastrogregori

1. El tema de esta contribución ha sido tratado ya por numerosos autores y constituye una especie de idea recurrente de la literatura crítica: Fink, Müller, Schöttler, Dumoulin, y más recientemente Touati, Becker, Burguière y algunos más se han ocupado, de formas distintas, de la relación de Marc Bloch con la esfera de la acción política.[1] Sin embargo, no me parece que el tema esté agotado. Quizá aún no hayamos satisfecho el deseo de Carlo Ginzburg, por ejemplo, quien hace más de treinta años, en su ensayo sobre Dumézil, pedía un estudio de las ideas y acciones políticas de Marc Bloch. ¿Cómo explicar hoy su enigmática reseña del libro de Dumézil, *Mythes et dieux des Germains*?[2] Como este ejemplo demuestra, la cuestión tiene aspectos particulares que examinar, y cada uno de ellos exigiría un análisis meticuloso. Me limitaré aquí a sintetizar la cuestión y a someter a debate las ideas sin restringir mi discurso a los límites cronológicos del período de entreguerras.

* "L'expérience politique de Marc Bloch", en Peter SCHÖTTLER y Hans-Jörg RHEINBERGER (eds.), *Marc Bloch et les crisis du savoir*, Berlín, Max-Planck Institut für Wiaawnschaftgeschichte, 2011. Traducción de Virginia Tabuenca.

1 Carole FINK, *Marc Bloch. A Life in History,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 293-324; Bertrand MÜLLER, "Introduction", en Marc BLOCH y Lucien FEBVRE, *Correspondance* (vol. I, París, Fayard, 1994, pp. V-LX; vol. II, París, Fayard, 2003, pp. V-LXVII; vol. III, París, Fayard, 2003, pp. V-XLIX); Peter SCHÖTTLER, "Marc Bloch's Testament", en Marc BLOCH, *Apologie der Geschichtswissenschaft oder Der Beruf des Historikers,* Stuttgart, Klett-Cotta, 2002, pp. 215-280; Olivier DUMOULIN, *Marc Bloch,* París, Sciences Po, 2000, pp. 261-288; François-Olivier TOUATI, *Marc Bloch et l'Angleterre,* París, Boutique de l'Histoire, 2007, pp. 15-16, 207-234; Annette BECKER, "Préface", en Marc BLOCH, *L'Histoire, la guerre, la résistance,* París, Gallimard, 2006, pp. VII-LX; André BURGUIÈRE, *L'École des Annales. Une histoire intellectuelle,* París, O. Jacob, 2006, pp. 23-70.

2 Carlo GINZBURG, "Mythologie germanique et nazisme, sur un ancien livre de Georges Dumézil", *Annales. E. S. C.,* 40 (1985), pp. 695-715; véase también Georges DUMÉZIL, "Science et politique. Réponse à Carlo Ginzburg", ibídem, pp. 985-989.

Nos enfrentamos, en primer lugar, a un problema de fuentes. No tenemos acceso a la correspondencia privada que Marc Bloch mantuvo con su familia y sus amigos no historiadores; nos falta así, en el caso de Bloch, el diario íntimo que permitió a Annette Becker conocer mejor la evolución del sentir político de Maurice Halbwachs.[3] Por otra parte, me ocupé de la edición de sus cuadernos de notas personales de lecturas –su antología personal–, que están pendientes de publicación desde hace quince años.[4]

El problema rebasa el ámbito de las fuentes. Aun con nuestras miradas diferentes, estamos habituados a estudiar a Bloch de manera monográfica, analítica, como si su caso pudiese aclarar otros y constituir una especie de modelo del intelectual del siglo XX o del historiador contemporáneo. Yo mismo escribí una *Introducción a Bloch*[5] partiendo de esa presuposición. En ocasiones dudo de que el caso de Bloch sea, a fin de cuentas, verdaderamente único y que posea características totalmente originales. Sin duda, ambas perspectivas son compatibles. A esto se une la cuestión del contexto histórico. Si es verdad que es el conjunto el que define los elementos –igual que sucede con los puzles según Georges Perec– y que "considerada aisladamente, una pieza de un puzle no quiere decir nada", entonces el objetivo debe ser determinar el conjunto dentro del cual el elemento Marc Bloch adquiere sentido y "deja de existir en tanto que pieza".[6]

El tema es de actualidad, quizá incluso demasiado. La atención prestada a Bloch, el historiador innovador, se ha desplazado decididamente hacia el ciudadano soldado. Se ha podido leer una llamada que imploraba su regreso: *Marc Bloch, reviens!* Su memoria es reivindicada por promociones de jóvenes militares y se ha convertido en el héroe de una epopeya salvadora que lleva a Marcel Detienne a darle el sobrenombre de "San Marc Bloch".[7]

3 Annette BECKER, *Maurice Halbwachs, intellectuel en guerres mondiales 1914-1945,* París, A. Viénot, 2003.

4 Marc BLOCH, *Carnets 1917-1943,* (versión provisional) pp. XXI-104.

5 Publicado en una colección titulada Maestri del Novecento; Massimo MASTROGREGORI, *Introduzione a Bloch,* Roma-Bari, Laterza, 2001, p. 186.

6 Georges PEREC, *La Vie mode d'emploi. Roman,* París, Hachette, 1978, p. 15.

7 La llamada, escrita por Daniel Hémery, Claude Liauzu y Arnaud Nanta, llevaba por título: "Lois mémorielles, débat colonial, devoir d'histoire: Marc Bloch reviens!".

Numerosos son los historiadores que han postulado la unidad fundamental del personaje, sin embargo, tal vez sea útil preguntarse qué relación mantienen entre sí sus diversos rostros: el historiador, el ciudadano, el soldado, el miembro de la Resistencia.

2. Partamos de la unidad de las distintas facetas: Narbonne, Marc Fougères, Maurice Blanchard, Marc Bloch. Esta unidad está asegurada, en mi opinión, por los valores del patriotismo republicano, por la presencia de una fuerte referencia a la esfera pública, valores de una religión laica que cuentan mucho más que los rasgos del carácter del individuo Marc Bloch (los testimonios dicen también que era "egoísta" y ambicioso). En efecto, basta con pensar en el testamento que redactó en 1915 ("he muerto voluntariamente por una causa que amaba [...] Me habéis enseñado a poner ciertas cosas por encima de la vida misma")[8] o, treinta años después, en las palabras escritas el 27 de febrero de 1944 a Simone Bloch, su esposa, en una carta todavía inédita: "gracias por esforzarte en darme coraje. Decididamente, los contactos humanos son a menudo engañosos. Pero hay cosas más grandes que los hombres, e incluso en los hombres, hay cosas que los sobrepasan".

En un momento que se revelará crucial, Bloch expresa su decepción ante la actitud de ciertas personas, que tal vez, aunque no lo diga, eran compañeros en la lucha clandestina. La experiencia política de Bloch en la Resistencia no debió de ser sencilla. Pero en esta carta leemos también la confirmación *in extremis* (sería detenido nueve días después) de unos valores que trascienden la vida individual.

Al reflexionar sobre esta tendencia hacia lo público, el "fuego central" del objetivo de Bloch –es decir, el compromiso ciudadano, el patriotismo republicano– con los testimonios disponibles es posible trazar dos vínculos. El primero conduce desde la esfera pública a la política, y se relaciona con el ciudadano patriota que participa en dos guerras, que rechaza la derrota y sigue combatiendo en la Resistencia. El segundo une la esfera pública con la historia y cubre la acción del historiador crítico y renovador de la disciplina. Estos dos campos de acción parten de un mismo centro, pero toman direcciones divergentes: Narbonne,

Para la cita de Marcel DETIENNE, *Comparer l'incomparable,* París, Seuil, 2000, pp. 29-30.

8 Marc BLOCH, *Écrits de guerre,* París, A. Colin, 1997, p. 108.

que descifra un mensaje cifrado en Lyon, no desarrolla la misma actividad que Marc Fougères, quien redacta una reseña para los *Mélanges d'histoire sociale*, pero la finalidad de ambas acciones es idéntica, como sostendría Marc Bloch en su línea teórica. De una manera o de otra, las direcciones divergentes convergen en el centro, en el compromiso ciudadano.

A Bloch no se le escaparía, con casi total seguridad, que ambos compromisos conllevaban sus propias contradicciones internas y malentendidos. No ignoraba que ese centro, lo público, bajo la apariencia de un cuerpo pacífico (un tribunal influyente) podía ser conflictivo (una asamblea caótica de viejos zorros de la política, como Anatole de Monzie, por ejemplo, el protector de Lucien Febvre).

3. Una primera trayectoria conduce, como hemos visto, de lo público a la política. Recordemos que, hasta el final, Marc Bloch no entiende la política como lucha de partidos o como combate entre cabecillas por la conquista y el ejercicio del poder. Política es el título que él da a un apunte en su cuaderno *Mea,* donde cita los *Ensayos de persuasión* de Keynes: "Los estadistas modernos tienen por método decir tantas sandeces como reclame el público y no llevar a la práctica nada más allá de lo exigido por lo que han dicho".[9]

Decir y hacer sandeces. En resumen, Bloch aborrecía, tal vez incluso temía y despreciaba, las luchas por el poder, los partidos y los caudillos, tanto dentro de los regímenes parlamentarios como en las "religiones políticas" totalitarias, ¿acaso no escribió en 1934 que el comunismo y el nazismo eran, claramente, religiones?[10] Su sentido profético estaba suficientemente desarrollado para discernir adónde iban a conducir las sandeces de los distintos actores políticos incultos. ¿Es necesario recordar lo que Bloch y Febvre escribieron sobre Blum, Daladier, Neville Chamberlain, Hitler y Mussolini? A cambio, mostraba cierta estima por Churchill, como atestigua una anotación en el diario de Léon Werth.[11] Además, su sentimiento dominante, especialmente en la década de 1930, fue la frustración por no ejercer ninguna influencia sobre los acontecimientos.

9 Marc BLOCH, *Carnets 1917-1943,* f. 93v.

10 Marc BLOCH y Lucien FEBVRE*, Correspondance,* II, p. 168.

11 Léon WERTH, *Déposition. Journal 1940-1944,* París, V. Hamy, 1992, p. 560.

Por lo demás, no disponemos de pruebas de que participase en política antes del período de la Resistencia, si exceptuamos algunos artículos que, según Charles-Edmond Perrin, publicó en 1928, ante las elecciones legislativas, en una revista política efímera que aún no he localizado.[12]

Evidentemente, Bloch tenía ideas políticas. Fue socialista en su juventud (según el testimonio de Henry Bloch-Michel)[13] y, en una anotación del cuaderno de 1917, en la que formula su célebre opinión sobre las dos categorías de franceses que jamás comprenderán la historia de Francia, se declara no conservador.[14] Esta postura explica la mirada crítica y corrosiva que Bloch dirigía a las clases dirigentes, civiles y militares, a la prensa generalista que no informa, o a la burguesía (su propia clase social), y también su valoración recurrente y positiva de las clases populares francesas. Los apuntes en los cuadernos permiten componer una especie de retrato de sus ideas políticas,[15] que adquiere forma gracias a citas –frases de terceros, por lo tanto– y a escritos anónimos aparecidos en los "cahiers politiques" que se le atribuyen.

Dicho esto, lo cierto es que sus ideas políticas importan poco para la presente contribución, porque Bloch apenas se interesa por su propia persona. Así abrirá su *Témoignage* sobre la derrota de 1940 afirmando que no escribe "sus recuerdos". Lo que nos interesa aquí es que Bloch, cuyo pensamiento político se formó en el clima del caso Dreyfus, se mueve en un orden de reflexiones y asuntos menos polémicos, menos secundarios o efímeros. Se dirige a la nación y actúa como ciudadano del Estado francés, cuya autoridad reconoce plenamente (como una especie de tribunal de última instancia). En cuanto ciudadano, Bloch responde entusiasta a la llamada a las armas al principio de la Gran Guerra. Él mismo establece la distinción, calificada por algunos de "ética del paso a la reserva", entre esta actitud y la acción política en una carta de febrero de 1923 dirigida a Gustave Cohen:

12 Charles-Edmond PERRIN, "Préface", en Marc BLOCH, *Mélanges historiques,* I (1963), París, EHESS, p. IX.

13 Étienne BLOCH, "Marc Bloch, mio padre", *La Cultura,* 2 (1999), p. 326.

14 Marc BLOCH, *Carnets 1917-1943,* f. 23r; véase también Massimo MASTROGREGORI, "Due 'carnets' inediti di Marc Bloch (1917-1943): 'Quelques notes de lecture' e 'Mea'", *Rivista storica italiana,* 110 (1998), pp. 1016-1021.

15 Massimo MASTROGREGORI, "Due 'carnets' inediti…", art. cit., pp. 1005-1044.

> Quiero ser franco, y debo decir que yo, por mi parte, no estaría un solo día de más en una asociación de antiguos combatientes que se pusiese a hacer política –incluso política de la que yo aplaudiría a dos manos si la hicieran otras asociaciones cualificadas para ello– o que pretendiese resolver, aun en un sentido que yo encontrase correcto, problemas pedagógicos que no está capacitada para tratar. [...] somos [...] ciudadanos como los demás; nos reincorporamos a la multitud.[16]

A ojos de Bloch, la lucha por el poder deriva en preocupaciones secundarias. Él subraya su acción de ciudadano. En diciembre de 1938, durante su discusión con Febvre sobre el puesto de director de la Escuela Normal Superior, utiliza el argumento de su judaísmo respondiendo: "Somos [...] ciudadanos franceses –exactamente desde el momento en que hubo ciudadanos– y soldados franceses desde el sitio de Maguncia, que no fue ayer".[17]

Ciudadano, es decir, soldado. Dirigir la Escuela Normal, continúa, es actuar como en la guerra, en 1915 o 1916. En su testamento de 1941 afirma de nuevo que muere como "buen francés" y reivindica esta condición en las polémicas sobre la Unión General de los Israelitas en Francia (UGIF).[18] En varias ocasiones, quizá sin interrupción, reflexiona sobre lo que la nación francesa era y había sido en el contexto de la civilización europea y occidental.[19]

En la difícil coyuntura de los años treinta, en plena crisis de la República, apenas queda espacio para la acción política ciudadana, más allá de adherirse a los manifiestos de los intelectuales. Es bien conocido que estas circunstancias despiertan en Bloch un sentimiento de culpabilidad. En una carta a Lucien Febvre, firmada el 8 de octubre de 1939, sobre la "mala conciencia",[20] así como en las célebres páginas de *Témoignage de 1940* sobre la "gesta del náufrago",[21] Bloch acusa al ciudadano

16 Esta carta a Gustave Cohen de 23 de febrero de 1923 puede consultarse en www.marcbloch.fr (sección correspondencia).

17 Marc BLOCH y Lucien FEBVRE, *Correspondance,* III, p. 45.

18 Marc BLOCH, *L'Étrange défaite,* París, Gallimard, 1990, pp. 211-212 (para el testamento de 1941) y pp. 305-321 (para Marc Bloch y la UGIF).

19 Massimo MASTROGREGORI, "L'eclissi della nazione (1940-1945)", *Rivista storica italiana,* 119 (2007), pp. 1268-1269.

20 Marc BLOCH y Lucien FEBVRE, *Correspondance,* III, pp. 70-71.

21 Marc BLOCH, *L'Étrange défaite, op. cit.,* p. 205.

que no ha protestado ante “insensateces demasiado grandes” cuando estaba en situación de hacerlo. Fustiga igualmente al investigador que ha cedido un poco demasiado rápido a la presión de las “fuerzas históricas generales” y ha malinterpretado la “necesidad histórica”. El tema de la culpabilidad reaparece en las notas de la introducción a *Apologie*. En diversos grados, dentro de un juego de “variantes” textuales,[22] Bloch afirma en varias ocasiones que las prácticas de la erudición son criminales o culpables. Al final rebaja su condena y califica la erudición de “absurdo derroche de esfuerzo”. En otra ficha podemos leer: “envueltos en una tragedia espantosa, en la que nos han precipitado nuestras propias locuras, apenas llegamos a comprendernos a nosotros mismos”.

Con el comienzo de las hostilidades en agosto de 1939, el ciudadano Bloch puede finalmente pasar a la acción, aunque enseguida le asaltan dudas sobre la decisión que ha tomado. Tras la derrota, se convence progresivamente de que Francia ha sido víctima de un “vasto programa de traición”,[23] esto es, de un complot que ha favorecido la rendición militar y el “golpe de Estado”. Su leal compromiso ciudadano comienza a sufrir una transformación profunda e interesante que culmina después del 11 de noviembre de 1942. Reivindica su pertenencia a una nación que, en la realidad, se ha fragmentado. Bloch conserva el recuerdo vivo de una Francia ideal que ya no existe. Secretamente, redacta una declaración ante un tribunal futuro, ante la instancia suprema que representa para él el estado futuro, los “jueces justos” del opúsculo de Anatole de Monzie;[24] se trata de *Témoignage de 1940,* que esconde en sus archivos.

Marginado de la comunidad nacional por su condición de judío, continúa actuando como ciudadano al rechazar la desmovilización y entrar en la Resistencia para recuperar el honor perdido y abatir a los traidores. Las circunstancias que lo rodean cambian y, necesariamente, transforman su acción cívica en acción política. De hecho, más allá de su combate para liberar Francia, Bloch se descubre luchando por la conquista del poder después de la liberación. La acción del ciudadano

22 Archivos privados de Marc Bloch, Archivos nacionales, París, AB XIX 3824; en los primeros borradores, las prácticas de la erudición son “más que criminales / más que culpables / casi culpables / las más culpables”.

23 Marc BLOCH, *L’Étrange défaite, op. cit.,* p. 253; sobre el “golpe de Estado”, véase Marc BLOCH, *Apologie pour l’histoire ou Métier d’historien,* París, A. Colin, 1997, p. 144.

24 “La vraie saison des juges”, en Marc BLOCH, *L’Étrange défaite, op. cit.,* p. 239.

se confunde, por momentos, con la acción –aborrecida– del político, lo que constituye una novedad en relación con el período previo a la derrota de 1940. En todo caso, la acción del político no reemplaza por completo a la del ciudadano-soldado: Bloch, un general combatiente, muere bajo el nombre de Blanchard, el general que se había negado a combatir en la caída de Flandes.

4. La historia de los movimientos clandestinos es difícil de reconstruir por naturaleza, y la de la Resistencia francesa es muy controvertida. En todo caso, el punto de vista que acabo de proponer tal vez permita reexaminar algunos documentos que componen el escueto informe sobre el Marc Bloch de la Resistencia.

Sus tentativas reiteradas, aunque vanas, de encontrarse con Lucien Febvre (cartas del 19 de julio, del 8 y del 26 de septiembre),[25] que no acudió a la zona ocupada hasta otoño, reafirman la hipótesis de que se enroló tempranamente, a fines del verano de 1940, momento en que nacen algunas formas embrionarias de resistencia, en que se intenta disimular el material, en que toda la actividad se concentra principalmente en la creación de una red clandestina de contactos, antes que en tareas de estudio o programación. Este punto no ha pasado desapercibido a Carole Fink, pero es importante subrayarlo de nuevo. La continuación de su correspondencia con Febvre contiene otros indicios que abundan en esto mismo; mencionaremos la premura con la que Bloch hace publicar su reseña al libro de René Courtin sobre el Brasil (11 de abril de 1942).[26] Su vínculo con Courtin, del grupo "Liberté" de Montpellier, tenía que ser muy estrecho para que Simone Bloch le confiase a su hija más joven

25 Marc BLOCH y Lucien FEBVRE, *Correspondance,* III, p. 95 (19 de julio de 1940: "no solo tengo el deseo más vivo, sino también la máxima necesidad de hablar con usted"); p. 99 (8 de septiembre de 1940); p. 105 (26 de septiembre de 1940: "tengo tantas cosas que decirle que no se pueden escribir").

26 Ibídem, p. 177 (19 de noviembre de 1941: "estamos bien; vamos tirando. Poco a poco encontramos con quién hablar"); pp. 191-192 (11 de abril de 1942: "hablaba en otra carta de verdadero contacto. Hará falta que nos veamos este verano, en Creuse o en el Jura. Tendré muchas cosas que contarle, en particular sobre mi región, cosas que le interesarán y le gustarán. Comprende usted que no me refiero solo al medievalismo. [...] En el mismo lote, una reseña que se ocupa de un libro sobre el Brasil. No se sorprenda usted de su signatario. Ni de su relativa extensión [...] Por motivos personales que le explicaré más adelante, es para hacerla pasar tal cual, se lo ruego, sin demasiada tardanza"). Para la reseña publicada, véase *Mélanges d'histoire sociale,* 2 (1942), pp. 96-97 (para la fecha de publicación, antes de octubre de 1942, véase Marc BLOCH y Lucien FEBVRE, *Correspondance,* III, p. 225).

en la primavera de 1944, cuando ella partió hacia Lyon en busca de noticias de su marido encarcelado.

La llegada de Bloch a Lyon en marzo de 1943, manifiesta en la correspondencia inédita que mantenía con su esposa, coincide con las tentativas (finalmente exitosas) de unir los diversos movimientos de resistencia. La conjunción de ambas circunstancias podría no ser fortuita. Si esta hipótesis se confirmase, habría que volver a los relatos de Pessis y Altman sobre la presentación del novato Bloch. En efecto, Marcel Ruby, historiador de la Resistencia de Lyon, afirma que Bloch entra en el *comité de dirección* de "Franc-Tireur" en marzo de 1943. "Franc-Tireur", que era un grupo de tamaño menor dentro de la Resistencia, y que medió entre "Combat" y "Libération", contaba con un programa de planificación económica anticapitalista y antibolchevique, defendía una democracia efectiva y una Europa federal. Según Ruby, salvo el cabecilla de este grupo (Jean-Pierre Levy), todos los miembros del comité directivo estaban "muy politizados".[27]

La acción de Bloch como miembro de la Resistencia –fue responsable regional en funciones de los Movimientos Unidos de la Resistencia desde el 15 de enero de 1944 hasta una fecha desconocida antes de su detención– tuvo sin duda componentes políticos, y quizá profundos. Marc Bloch se mueve en un paisaje muy variado, donde se mezclan partidos y sindicatos que renacen; numerosos grupos resistentes unificados de forma todavía imperfecta, con sus propios medios de propaganda y difusión; los servicios secretos ingleses y americanos (SOE, OSS, polacos), que intentan influir sobre los diversos movimientos de la Resistencia; los comunistas, que atienden a su propia lógica, incluso en el plano militar; agentes dobles del Gobierno de Vichy; la Resistencia exterior; la de los militares; la de grupos confesionales de protestantes, judíos y católicos. Se mueve entre delaciones y traiciones en un momento en el que los Groupes Francs están muy activos –cincuenta ejecuciones al mes, apunta Ruby[28]– y los numerosos órganos de la contrarresistencia aplican una represión férrea.

5. La segunda conexión, más estudiada, vincula los valores ciudadanos, los del patriotismo republicano, a la ciencia histórica. A Febvre –

27 Marcel RUBY, *La Résistance à Lyon (19 juin 1940-3 septembre 1944)*, 2 vols., Lyon, L'Hermès, 1979, pp. 482 y 485.

28 Ibídem, p. 725.

que se había identificado como un "zahorí"[29]– Bloch le escribe en 1938: "yo soy un honrado erudito, creo […] Me esfuerzo por ser otra cosa […] Siento mayor necesidad de apoyarme en el laboratorio que usted";[30] en *Apologie* se define como artesano. Su capacidad para la subestimación apenas debería sorprendernos, ya que su objetivo, desde el cuaderno de 1906, es elaborar una historia científica "apoyándose en el laboratorio" (dejaremos aquí de lado los múltiples y fluctuantes significados de la palabra *ciencia*). Desde este elevado punto de vista, para Marc Bloch, la historia, verdadera disciplina científica, puede penetrar útilmente en la sociedad por la vía de la enseñanza en todos los niveles ("de cosas y no de palabras")[31] o de la organización de la investigación y de sus instrumentos; también por la vía de la revista dirigida con Febvre –aunque concebida inicialmente junto a Pirenne, en un panorama de colaboración internacional, tal y como ha demostrado John Harvey–;[32] por la vía, en fin, de esta "sociedad" de amigos de Pirenne, una especie de embrión de las instituciones de investigación nacidas tras la Segunda Guerra Mundial y vinculadas a *Annales*.

Todo el razonamiento de *Apologie* sobre la utilidad y el derecho a existir de la historia, sobre la necesidad que tiene el gremio de los historiadores de rendir cuentas de sus investigaciones, el conjunto de su discurso sobre el examen de conciencia –que une con un hilo invisible *Témoignage* y *Apologie*– suenan en el fondo como preguntas retóricas: Bloch está convencido de que es imposible prescindir de la historia. Por principio, o por el placer del debate intelectual, admite que la civilización occidental puede cambiar y "dar la espalda a la historia".[33] Si a mediados de ese siglo XX antihistórico (*antistoricismo* es la palabra italiana

29 "En lo nuestro, yo siempre he hecho de zahorí. He intentado sacar novedades refrescantes del suelo árido", Marc BLOCH y Lucien FEBVRE, *Correspondance,* III, p. 22.

30 Ibídem*,* III, p. 29.

31 "Notes pour une révolution de l'enseignement", en Marc BLOCH, *L'Étrange défaite, op. cit.,* pp. 254-268.

32 John L. HARVEY, "An American *Annales*? *The Revue internationale d'histoire économique* of Marc Bloch and Lucien Febvre", *Journal of Modern History,* 76 (2004), pp. 528-621; véase también, del mismo autor, "Le 'Annales' e la storia comparata. Corrispondenza inedita di Marc Bloch e Kan'ichi Asakawa, 1929-1935 ", *Passato e presente,* 71 (2007), pp. 69-102.

33 Marc BLOCH, *Apologie pour l'histoire…, op. cit.,* p. 38.

acuñada por Croce en 1930), Bloch expresa esta confianza inquebrantable, a contracorriente, es porque su experiencia le ha enseñado que la historia puede ser una práctica decisiva, digna de reconocimiento social y de prestigio colectivo. Ha constatado que la historia puede suscitar entusiasmo, que constituye un pilar sin el cual no fraguan los lazos sociales. Sin embargo, dicho pilar es todavía virtual.

Si se considera la inmensa y minuciosa producción de Bloch en "crítica de libros de otros", se tiene la sensación de que, en ocasiones, al juzgar positivamente los trabajos de sus colegas deja entender que, en el fondo, la ciencia histórica no existe todavía. Así, podría replicársele que su visión personal de la historia, visionaria y revolucionaria, contrasta de forma extraña con el carácter social, extendido, creador de contactos y vínculos, que debería poseer la historia. ¿Por qué no existe todavía la historia y por qué es Marc Bloch uno de los pocos que ha comprendido lo que debería ser? ¿Por qué no ostenta la historia el lugar que le corresponde en el mundo moderno? ¿Por qué querría la esfera pública prescindir de la historia? ¿Qué significa esta presión contra la historia en el centro mismo de la estructura social?

Bloch no elude por completo estas cuestiones, pero no les dedica gran atención. En *Apologie* responde construyendo un modelo (inacabado) de historia ideal a partir de su experiencia de laboratorio. Dicho modelo podría resumirse esquemáticamente como sigue: Bloch se atreve a pensar que en las cosas humanas existe un verdadero orden, más o menos invisible, compuesto de "afinidades naturales" y de "vínculos profundos", un orden que no es construido sino revelado por la ciencia histórica.[34] El historiador debe deshacerse de todo "sistema de valores" y casi "despojarse de su propio yo".[35] Tal actitud explica, por dar un ejemplo menor, ciertas observaciones sobre los estudios alemanes que plasma en los *Bulletins* críticos para la *Revue historique,* como el de 1930, en el que Bloch expone que es posible sacar "estímulos científicos" de "tendencias de pensamiento" racistas. En este caso, como en otros, Bloch se aleja audazmente de los valores ciudadanos para alcanzar

34 Ibídem, p. 128.

35 Ibídem, p. 125 (sobre el "sistema de valores") y p. 126 (sobre "despojarse de su yo").

un espacio ficticio todavía más elevado, desde el cual, aun después de la llegada de Hitler al poder, observa fríamente el efecto que los conceptos de *patria*, *nación* o *raza* tienen sobre los estudios alemanes.[36]

En el núcleo de esta visión se halla el concepto de *experiencia histórica*, figura clave del quinto capítulo, jamás redactado, de su *Apologie* –como he querido mostrar en dos trabajos recientes.[37] La historia es una recopilación de "experiencias" que son fenómenos reales, de los que conseguimos hacernos una imagen gracias al estudio de las fuentes que los evocan, y a la vez son experimentos realizados por el historiador sobre esas mismas fuentes. Este pensamiento sostiene la idea de que la historia no es una ciencia experimental en el sentido clásico del término, capaz de reproducir los hechos para controlar su génesis (como en un ensayo experimental). Sin embargo, puede llevar a cabo experimentos mediante técnicas de control de los datos que le brindan las *experiencias naturales* observadas, unas técnicas que deben elaborarse y discutirse. Las experiencias naturales que el historiador observa e interpreta son como los síntomas de la enfermedad que el médico detecta (quizá pudiésemos deducir de esto una idea subyacente de *curar* el cuerpo social con la historia). Estas experiencias naturales –noticias falsas sobre la guerra, por ejemplo– se producen de forma ajena al experimentador (el observador, más bien), que no tiene ninguna influencia sobre los factores de dichas experiencias. Según la teoría de Bloch, en ese momento se produce la comparación con otras experiencias naturales observadas, más o menos vinculadas genéticamente entre sí. En cierto sentido, una secuencia coherente de varias experiencias naturales observadas genera los mismos efectos que un experimento "provocado" como los de las ciencias naturales.

La "impregnación instintiva" dentro de las fuentes se ve sustituida por una "observación voluntaria y controlada" de estas.[38] Las palabras que leemos en los documentos despiden "efluvios emotivos" y son simples testimonios que interpretar: integrarlos tal cual, ingenuamente, en

36 Sobre esta cuestión, véase Massimo MASTROGREGORI, *Introduzione a Bloch, op. cit.*, pp. 98-102 *(Scienza e politica)*.

37 Massimo MASTROGREGORI, "Un capitolo non scritto del Mestiere di storico", *Contemporanea*, 5 (2002), pp. 178-184; y "The search for experimental history", *The European legacy*, 10 (2004), pp. 439-453.

38 Marc BLOCH, *Apologie pour l'histoire…, op. cit.*, p. 63.

el propio relato implicaría un análisis prefabricado.[39] En un apunte del cuaderno *Mea,* titulado precisamente "L'expérience contre les mots", Bloch cita a Turgot: "comenzaban a despreciar las palabras, y de ahí nació el gusto por la física experimental".[40]

6. ¿Cuál fue, entonces, la experiencia política de Marc Bloch? Eligió conscientemente un espacio político conforme a su tradición familiar. Y en su núcleo se hallaba el compromiso del ciudadano, los valores de la esfera pública y el patriotismo republicano, como acabamos de recordar.[41] Aparte de su último período en la Resistencia, me parece que sobre esta piedra angular podemos colocar tanto su participación en las dos guerras mundiales como la posición de fondo de su trabajo sobre la historia comparada de la sociedad europea, y en particular su estilo de intervención, su voluntad de organizar los estudios de historia, su búsqueda de interlocutores en el mundo entero, su análisis "molecular" de la producción histórica, la elección de temas tales como la libertad personal, etc.

Queda en suspenso un interrogante que afecta a los dos ámbitos ¿Cómo llevar a cabo una acción civil sin caer en la lucha permanente por el poder, cuyos términos reales escapan tanto a quienes participan en ella como a los observadores? En el cuaderno *Mea,* Bloch transcribe sin comentarios la nota de Maquiavelo sobre el desgaste de los profetas desarmados ("todos los profetas armados vencieron y los desarmados perdieron"). Por eso, también reflexionó –retomando los términos de Vico– acerca de la "chusma de Rómulo" (*la feccia di Romolo*), y no solo sobre la *República* de Platón (citada igualmente en el cuaderno).[42]

Dentro del espacio político escogido, Bloch intenta hacer algunas distinciones: entre la Francia verdadera y la Francia degenerada de los traidores; entre Francia y Europa, que comparten no obstante una civilización común; entre la Europa en decadencia y el resto del mundo,

39 Ibídem, p. 144 (sobre los "efluvios emotivos") y p. 142 (sobre los "análisis prefabricados").

40 Marc BLOCH, *Carnets 1917-1943,* f. 45r.

41 La decisión de abandonar Francia para ir a Estados Unidos, a la que renunció de inmediato, es totalmente insólita para semejante compromiso, y todavía no se ha explicado satisfactoriamente.

42 Marc BLOCH, *Carnets 1917-1943,* f. 64r.

simbolizado por un mar abierto difícil de navegar; en otro nivel, entre los judíos franceses y los judíos extranjeros; entre política e historia; entre la verdad, que es justicia, y la mentira, la "peor lepra del alma", como escribe en su testamento de 1941.[43]

Pero, en "la era de la mentira" en la que vivía, ya no estaba en boga trazar distinciones así de cortantes. Recordemos lo borrosas que están las fronteras entre conocimiento y acción en el pensamiento europeo de la década de 1930: un problema que alimenta la reflexión de Benda, de Croce o de Gramsci en prisión, por citar algunos ejemplos muy conocidos. Con sus variadas experiencias, Marc Bloch aprendió mucho, tanto de la política en sentido amplio como de las relaciones humanas. Así, a partir de observaciones sacadas de sus diversos escritos, es posible componer una especie de fenomenología irónica, aunque verídica, de la vida activa. Marc Bloch sabe, por ejemplo, que no debe confundirse la acción verdadera con la "falsa actividad", título de una nota en *Mea,* que contiene esta vez una cita de Bossuet:

> La propia naturaleza nos enseña que la vida está en la acción. Pero los mundanos, siempre disipados, no conocen la eficacia de esta acción apacible e interior que ocupa el alma en sí misma; ellos no creen ejercitarse si no se agitan, ni moverse si no hacen ruido, de forma que consagran la vida a este tipo de acción entusiasta y tumultuosa; se hunden en un eterno intercambio de intrigas y de visitas que no les deja un momento para ellos y este movimiento perpetuo, que los ocupa en un millar de obligaciones, no deja de satisfacerlos mediante el espejismo de una verdad errante.[44]

La auténtica acción es la de aquellos que "no recurren a la acción para liberarse de la inteligencia sino para servirla" (última anotación en el cuaderno, titulada "L'action nécessaire", una cita de Thierry Maulnier).[45] La verdadera acción debe tener en cuenta el enorme progreso que se ha operado en la conciencia colectiva del último siglo, la nueva conciencia que convierte a la realidad histórica en una "multitud de conciencias individuales que se influyen mutuamente de forma constante".[46] Obviamente, Bloch sabe que dicha influencia mutua y conti-

43 Sobre el testamento de 1941, véase n. 18; véase también Marc BLOCH, *Apologie pour l'histoire…, op. cit.,* p. 123 (sobre "verdadero y justo").

44 Marc BLOCH, *Carnets 1917-1943,* f. 90r. (La cita de Bossuet es de *Sermon du Mauvais Riche,* Urbain y Levesque [eds.], IV, p. 205).

45 Ibídem, f. 95v.

46 Marc BLOCH, *L'Étrange défaite, op. cit.,* p. 205.

nua de las conciencias no es lineal, la realidad es una "contaminación, confusión de conciencias humanas" que va más allá de la psicología de lo consciente.[47] Sabe que "nada resulta más difícil a un hombre que expresarse",[48] que "el acto fallido es uno de los elementos esenciales de la evolución humana",[49] que "nada escasea tanto como la determinación".[50] Sabe, igualmente, que "el hombre se pasa el tiempo montando mecanismos de los que después, de forma más o menos voluntaria, se convierte en prisionero".[51] Todas estas dificultades se exponen –por citar un ejemplo accesorio pero concreto– en su correspondencia con Febvre, la cual, desde este punto de vista, acaba siendo una especie de museo del malentendido.

De esto se desprende, a mi parecer, que Bloch percibe algo trágico en la experiencia política: el individuo evalúa lo que puede o debe hacer basándose en lo que sabe y ha experimentado, pero no ignora el desajuste entre lo que él puede saber y ver, por un lado, y, por el otro, la lógica de los demás actores y de las "fuerzas históricas generales" que ellos reflejan. Ni siquiera ese testigo de la batalla de Flandes, el derrotado que cuenta lo que ha presenciado (y, sobre todo, entendido), lo ha visto todo; nadie puede verlo todo. En suma, Bloch no ignora que, en parte, nos movemos a oscuras, y que siempre es posible quedar aplastados por la acción o por la inacción.

7. Así, Bloch ocupa a su pesar un espacio político dado, no un espacio político escogido, cuyas fronteras reales no puede conocer. Tal vez con esto señalemos el punto más espinoso en la reconstrucción de su experiencia política. Debo limitarme aquí a recordar brevemente ciertos aspectos de la cuestión y remitirme a las observaciones de Evelyne Patlagean y de Lucette Valensi acerca del eurocentrismo en la visión comparativa de Bloch[52] –que excluye el Oriente bizantino de su Edad

47 Marc BLOCH, *Apologie pour l'histoire…, op. cit.,* p. 131.

48 Ibídem, p. 141.

49 Ibídem, p. 127.

50 Ibídem, p. 157.

51 Ibídem, p. 61. Añade, en la p. 132, que todo individuo lleva muchas vidas: "¡Cuántos hombres llevan, en tres o cuatro planos distintos, varias vidas que ellos desean –y en ocasiones logran– diferenciar!".

52 Evelyn PATLAGEAN, "Europe, seigneurie, féodalité. Marc Bloch et les limites orientales d'un espace de comparaison", en Hartmut ATSMA y André BURGUIÈRE (eds.), *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales,* París, EHESS,

Media–; o a las de Annette Becker sobre la singular ausencia, en los recuerdos de Bloch de la Gran Guerra, de cualquier referencia a los seis meses que pasó en Argelia manteniendo el orden público, es decir, reprimiendo las revueltas contra el reclutamiento. Esta laguna apunta a una visión "occidental", y aun colonialista, de la cuestión colonial.[53] Pero el aspecto principal del problema vinculado a la existencia de un espacio político no escogido sino dado es que la referencia dominante de su experiencia, la nación, es inestable, efímera. La crisis de la nación republicana francesa de entreguerras, que suponía a la vez el motivo de su frustración patriótica y uno de los motores de su análisis histórico y político, presagiaba su próxima desaparición y su ulterior transformación radical en la posguerra. En el contexto internacional de la época, la dimensión nacional de los Estados quedaba anacrónica y cedía su lugar a la formación de grandes imperios.

Por tomar un ejemplo concreto de esta evolución, hablaremos del destino de otros dos intelectuales cercanos a Bloch: Raymond Aron, con quien Bloch conversó a lo largo de la primavera de 1939 en la Escuela Normal sobre la guerra inminente, y Georges Altman, a quien frecuentó dentro del grupo Franc-Tireur. Ambos ocuparían puestos importantes en la sección francesa del Congreso por la Libertad de la Cultura en 1950. Fueron algo similar a un general y un coronel dentro de aquel movimiento y se involucraron en la guerra fría cultural, llevada en secreto, que pretendía oponerse a las iniciativas de propaganda y de diplomacia cultural del comunismo internacional. Fue un proyecto ambicioso financiado por los servicios secretos americanos.[54] Sabemos que las categorías y las situaciones concretas de la política (incluida la política cultural) cambian rápidamente en pocos años. Los acontecimientos de la guerra, que trajeron regímenes como el de Vichy, y la posterior "restauración democrática" (por parafrasear a Nicola Chiaromonte), borraron hasta el último vestigio del horizonte político que podía haber tenido un patriota republicano en la década de 1930.

1990, pp. 279-298; Lucette VALENSI, "Retour d'Orient. De quelques usages du comparatisme", ibídem, pp. 307-316.

53 Annette BECKER, "Préface", *op. cit.*, pp. XVII-XVIII.

54 Pierre GRÉMION, *L'Intelligence de l'anticommunisme: le Congrès pour la liberté de la culture à Paris, 1950-1975,* París, Fayard, 1995.

Muchas personas se movían en el espacio político de Bloch y compartían sus premisas fundamentales. En él encontramos a investigadores como Halbwachs y Febvre (que paralelamente trabajaba con Monzie), pero también a Dumézil o Carcopino, hombres a quienes más adelante, tras la guerra, asignamos una posición totalmente diferente. Quizá con la derrota desapareció definitivamente una cierta nación republicana; la nación que renace tras 1945 pretende ser la misma, pero no llega a realizar su ambición. El eclipse de la nación en los últimos años de la guerra –he intentado mostrarlo en un ensayo reciente–[55] provocó un silencioso temblor de tierra que complica nuestra tarea como historiadores cuando intentamos discernir cuáles eran los límites dentro del espacio político de entreguerras.

Al afirmar que algunos intelectuales que después tomarían vías muy distintas –baste pensar en Bloch y Carcopino–[56] compartieron un mismo espacio político difícil de entender hoy, estoy lanzando una hipótesis de trabajo que de cierto modo "riza el rizo" y nos lleva a la cuestión inicial relacionada con la reseña de la obra de Dumézil que Bloch escribió en 1940 y que quizá podría arrojar algo de luz sobre este asunto. El conjunto de cuestiones abordadas en estas páginas, esmaltadas de conjeturas, apela, obviamente, a realizar nuevas investigaciones.

55 Massimo MASTROGREGORI, "L'eclissi della nazione (1940-1945)", *Rivista storica italiana,* 119 (2007), pp. 1249-1275.

56 Carole FINK, *Marc Bloch…, op. cit.*, pp. 253-254; Stéphanie CORCY-DEBRAY, *Jérôme Carcopino, un historien à Vichy,* París, L'Harmattan, 2001.

II El revisionismo histórico en la historiografía internacional

El "revisionismo"[1] en Alemania y Austria:

la evolución de una doctrina*

Brigitte Bailer-Galanda

El desarrollo del "revisionismo" desde 1945

La mayoría considera que "revisionismo" es solo una palabra más para referirse al movimiento de negación del Holocausto (Benz, 1994; Lipstadt, 1993; Shapiro, 1990). Por eso, recientemente se ha propuesto que, para hablar de tal movimiento, se emplee el término *negacionismo*. Sin embargo, en opinión de esta autora, el "revisionismo" abarca cuestiones más allá de la negación de los asesinatos en masa nacionalsocialistas. Especialmente en Alemania y Austria, hay otros aspectos de la política nacionalsocialista que algunos han tratado de minimizar o disculpar desde 1945, como, por ejemplo, la responsabilidad por la Segunda Guerra Mundial, el ataque a la Unión Soviética en 1941 (una cuestión bastante reciente), o la discusión sobre el número de víctimas del Holocausto. En la década de 1970, el historiador Martin Broszat, ya fallecido, dijo de este movimiento que "corría frenéticamente contra la realidad" (Broszat, 1976). Estos escritores de pseudohistoria, muchos de los cuales son sencillamente propagandistas de la extrema derecha o personas que pronto se convierten en militantes de extrema derecha, intentan probar que la historia no ha tenido lugar, como si negando los hechos pudiesen revertirlos.

Los conceptos de *negacionismo* (Auerbach, 1993*a*; Fromm y Kernbach, 1994, p. 9; Landesamt für Verfassungsschutz, 1994) o de *negación del Holocausto* (Lipstadt, 1993, p. 20) pasan por alto los componentes

* "'Revisionism' in Germany and Austria: The Evolution of a Doctrine", en Hermann KURTHEN, Werner BEGMANN y Erb REINER (eds.), *Antisemitism and Xenophobia in Germany after Unification*, Oxford, Oxford University Press, 1997. Traduccion de Virginia Tabuenca.

1 La palabra aparece entrecomillada para distinguirla de cualquier intento serio de revisar alguna tesis historiográfica por parte de verdaderos historiadores.

"revisionistas" adicionales, vinculados por lógica a la negación del Holocausto, que es la variante extrema. Como dice Auerbach, todos ellos son, en realidad, apología del nacionalsocialismo (Auerbach, 1993*a*, p. 36). Por lo tanto, en el presente artículo, cualquier empeño por reescribir la historia para disculpar o legitimar el nacionalsocialismo por motivos políticos o personales se denominará "revisionismo". En Austria y Alemania la palabra *revisionismo* posee unos antecedentes históricos bastante distintos de los que tiene en los Estados Unidos. En Norteamérica está vinculada a una tradición histórica de la década de 1920, cuando los historiadores reinterpretaron la entrada de los Estados Unidos en la guerra (se verá más adelante). En Austria y Alemania, el término se relaciona a veces con una corriente dentro del movimiento obrero a principios del siglo XX (Bailer, 1992; Landesamt für Verfassungsschutz, 1994).[2]

Pero el "revisionismo" se asocia principalmente con el extremismo de derechas o los neonazis; aun cuando los autores no se ven a sí mismos como de extrema derecha, sus publicaciones se usan e instrumentalizan por estos grupos políticos. Y como la ideología nacionalsocialista remite necesariamente a los crímenes inconcebibles cometidos por su régimen, todos los grupos que pretendan revivir esta ideología deberán luchar contra el recuerdo de sus crímenes. Para reclutar seguidores tienen que lavar la imagen de los dirigentes nacionalsocialistas y de sus políticas. Las raíces históricas del "revisionismo" se remontan a fines de la década de 1940 y principios de la de 1950, cuando aparecieron tendencias a minimizar los crímenes nacionalsocialistas, así como a disculpar que el régimen de Hitler desencadenara la Segunda Guerra Mundial.

Uno de los primeros "revisionistas" europeos, Maurice Bardèche, "un fascista francés", según Lipstadt (Lipstadt, 1993, p. 50), ya combinó los temas mencionados de forma que marcó el camino para muchos de los libros "revisionistas" que vinieron después. En 1948 publicó un libro, *Nuremberg ou la Terre promise,* en el que afirmaba que los docu-

2 Recientemente, los historiadores de izquierdas han utilizado la expresión *revisionismo histórico* para hablar de la tendencia de historiadores como Emil Nolte o Tainer Zitelmann (Kart Heinz Roth, 1994), que no son "revisionistas" aunque a veces preparan el terreno para los que sí lo son, como se verá en este artículo. Nos preguntamos si este uso paralelo de las palabras no contribuye en realidad a restar importancia al "revisionismo" de extrema derecha y produce así un efecto contrario al previsto.

mentos sobre el Holocausto habían sido falsificados y que la "solución final" consistió en el traslado de los judíos a guetos en Europa oriental. Bardèche sostenía que los judíos no fueron víctimas del nacionalsocialismo, sino que deberían ser considerados culpables del resultado de la Segunda Guerra Mundial. La Alemania nacionalsocialista debía defenderse del comunismo y de las ansias de Stalin de dominar Europa.

Paul Rassinier comenzó a publicar a fines de los años cuarenta, con sus libros *Cruzar la línea* (*Le Passage de la ligne*) y *La mentira de Ulises* (*Le Mensonge d'Ulysse*), en los que trataba de demostrar que las acusaciones vertidas contra los nacionalsocialistas eran falsas e injustas. Se puede decir que Rassinier más adelante se especializó en negar el genocidio nacionalsocialista de los judíos. Tanto Bardèche como Rassinier procedían en cierta manera de las filas de la colaboración con el poder ocupante alemán, aunque Rassinier comenzó sus contactos con ellos siendo prisionero en los campos de concentración de Buchenwald y Dora. Después escribiría que el trato directo con las SS había cambiado por completo su punto de vista (Baier, 1982, pp. 89 y ss.). Un familiar de Bardèche fue ejecutado por colaboracionismo (Fromm y Kernbach, 1994, p. 10). El propio Bardèche publicó en Francia los libros de Rassinier (Baier, 1982, p. 97).

En Alemania y Austria el "revisionismo" comenzó con la negación de la responsabilidad de Hitler en el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y a la vez con la glorificación de las virtudes de los soldados alemanes, en la que tuvieron un papel protagonista los antiguos nacionalsocialistas. Entre los primeros libros de esta corriente se encuentra el de Peter Kleist, *También tú participaste* (*Auch du warst dabei*), que se convirtió en modelo para autores posteriores (Graml, 1989). Kleist fue un asistente cercano al ministro de Asuntos Exteriores nacionalsocialista, Joachim von Ribbentrop, y al ministro de los Territorios Orientales Ocupados, Alfred Rosenberg. Kleist planteó tres líneas de argumentos que desde entonces pueden reconocerse en muchas publicaciones "revisionistas":

1. La crítica al Tratado de Versalles de 1919, que esgrime como excusa para casi todas las medidas brutales del nacionalsocialismo.

2. La afirmación de que los estadistas de Europa occidental, apoyados por el judaísmo mundial, pretendían demoler la próspera y poderosa Alemania.

3. Minimizar la realidad nacionalsocialista mediante el uso de vocabulario elíptico (Graml, 1989, p. 68).

Uno de los primeros apólogos austriacos fue Erich Kernmayr (Erich Kern), antiguo nazi, miembro de las SS y, después de 1945, activista destacado en varias organizaciones de extrema derecha. Comenzó ensalzando a los soldados alemanes de la Segunda Guerra Mundial y su lucha heroica contra los enemigos del Reich y subrayando los "crímenes" de los aliados contra el pueblo alemán (Lasek, 1994).

Desde el principio, los autores "revisionistas" europeos mostraron una tendencia clara a la apología de su propio pasado individual y el del pueblo alemán. En los Estados Unidos el "revisionismo" se muestra de forma algo diferente y reivindica una tradición propia. En la historiografía estadounidense, la palabra tiene otras connotaciones de las que pretende aprovecharse el "revisionismo" moderno cuando elige esa denominación. Tras la Primera Guerra Mundial, un grupo de historiadores americanos argumentó, a partir de material archivístico y contra la opinión dominante en su país, que Alemania no había pretendido provocar la guerra en 1914. Este movimiento historiográfico se conoció como revisionismo de la Primera Guerra Mundial. Uno de sus representantes fue el profesor Harry Elmer Barnes, quien "pronto superó [...] a cualquier otro revisionista en sus críticas vehementes a la política exterior americana" (Lipstadt, 1993, p. 32). Después de 1945, el mismo Barnes se convirtió en el "padre" americano de la negación del Holocausto. Usando métodos similares, escribió uno de los primeros ataques a la historiografía del Holocausto y promovió a David Hoggan, uno de los principales "revisionistas" contemporáneos. Simultáneamente, algunas de las obras de Barnes, especialmente las que tratan de la civilización occidental, eran textos obligatorios en universidades americanas prominentes (Lipstadt, 1993, p. 67). A la luz de estas circunstancias podemos afirmar que, por un lado, los "revisionistas" de extrema derecha usan el nombre tradicional que se remonta a la década de 1920 para camuflar sus antecedentes políticos y proclamar una seriedad historiográfica que no les corresponde; por otro, el "revisionismo" contemporáneo se incardina en una tradición personal y metodológica tendente a excusar, después de las dos guerras mundiales, la responsabilidad alemana en el inicio de las hostilidades. El "revisionismo" estadounidense posterior a 1945 se basa en una tradición antisemita semejante a la de Europa. En la década de 1960 ambas líneas de "revisionismo" se unieron, cuando el libro *La guerra forzada* (*The Forced War*), de David Leslie Hoggan

fue publicado en Alemania por Herbert Grabert en 1961. Este libro se deriva lejanamente de la tesis doctoral de Hoggan en Harvard, en la que había afirmado que Hitler no deseaba la guerra y que la responsabilidad por el estallido de la Segunda Guerra Mundial debía ser atribuida a Gran Bretaña. Lo que publicó más adelante fue bastante distinto: los alemanes se habían convertido entonces en víctimas inocentes de los intentos ingleses, americanos y polacos de comenzar la guerra y destruir a una Alemania próspera.

El libro de Hoggan marcó un cambio y un avance en el "revisionismo" frente a la literatura apologética publicada previamente. Sus afirmaciones critican duramente la política de los Estados Unidos y Gran Bretaña; el Hitler de Hoggan es un estadista impecable, lleno de virtudes, que busca la paz. Para empezar, Hoggan rompió la tradición "revisionista" de no utilizar material de archivos y dio a su libro apariencia científica al citar abundantes documentos y literatura que presentan un único problema: la mayor parte son falsos o son lecturas erróneas de documentos auténticos (Graml, 1989, pp. 70 y ss.). De este modo, Hoggan inauguró una tradición "revisionista" que dura hasta hoy.

En los años siguientes, se publicó en Alemania y Austria literatura exculpatoria con un cambio cualitativo. Los temas principales seguían siendo la disculpa de las políticas nacionalsocialistas, la atribución a los antiguos aliados de la responsabilidad por el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial y la pesadumbre por el sino de Alemania y los alemanes. Apareció Udo Walendy, quien publicó en 1962 *Verdad para Alemania. La responsabilidad por la Segunda Guerra Mundial* (*Wahrheit für Deutschland –Die Schuldfrage des Zweiten Weltkriegs*) que no era sino una reescritura de las posiciones de Hoggan. Walendy interpretó de forma desviada y falsificó literatura histórica y documentos archivísticos de forma verdaderamente desvergonzada, como demuestra el historiador Hermann Graml (Graml, 1989, p. 73).

En Austria, Franz Scheidl, hombre de formación académica y antisemita furibundo, publicó su obra *Historia de la difamación de los alemanes* (*Geschichte der Verfemung der Deutschen*), en la que sostenía, entre otras cosas, que la Segunda Guerra Mundial fue una contienda entre alemanes y judíos. El judaísmo internacional había declarado la guerra a Alemania y, por lo tanto, los judíos debían ser considerados culpables de las atrocidades que los alemanes perpetraron contra ellos, tales como la deportación, la obligación de llevar estrellas amarillas o

la segregación de judíos y alemanes. Scheidl ni siquiera menciona los asesinatos en masa, aunque sabe bien que esa es la acusación más grave que se formula contra la Alemania nacionalsocialista. En su libro *El drama de los judíos de Europa* (*Das Drama der Juden Europas*), publicado en Alemania en 1965, Paul Rassinier ya dudaba del número de judíos asesinados, anticipando así un tema "revisionista" que ha perdurado desde entonces.

Rassinier ha hallado una serie de seguidores en esa línea de argumentación que no se limita a señalar las divergencias entre las cifras de asesinados proporcionadas en distintos trabajos serios de investigación, sino que también confecciona pruebas al citar cartas del Comité Internacional de Cruz Roja que nunca existieron, al emplear falsas estadísticas sobre la población judía en el mundo o al malinterpretar deliberadamente las estadísticas de muertes en los campos de concentración (Benz, 1994; Neugebauer, 1992).

En la denominada "ola hitleriana" de los años setenta, se publicaron libros de carácter obviamente "revisionista", además de libros de historiadores bastante serios con tendencias, en ocasiones, dudosas (p. ej., Maser, 1971; Fest, 1973, 1977).

Así, el pseudohistoriador británico David Irving produjo su descripción de Hitler en la que afirmaba que Hitler no sabía nada de la llamada "solución final" ni del asesinato en masa de judíos, y que él no había deseado ni ordenado estos crímenes. Su libro *La guerra de Hitler* (*Hitler's War*) vino seguido de una larga sucesión de biografías de los nacionalsocialistas más prominentes como Rudolf Hess, Erwin Rommel etc. (Lasek, 1994, p. 543). Martin Broszat, el difunto historiador adscrito al Instituto para la Historia Contemporánea de Múnich, desenmascaró los métodos pseudocientíficos de Irving tomando como ejemplo su obra *Hitler's War* (Broszat, 1986).

La negación del Holocausto llegó a su apogeo en la década de 1970. Hasta entonces, ni los grupos neonazis más extremados negaban por completo que las cámaras de gas se hubiesen empleado para asesinar personas. Según Lipstadt, los "revisionistas" de primera generación "pretendían rehabilitar a los nazis justificando su antisemitismo" (Lipstadt, 1993, p. 52), argumentaban que los judíos, como enemigos de Alemania, habían merecido las atrocidades que sufrieron. Sin embargo, la segunda generación de "revisionistas" pasó a negar radicalmente el Holocausto y la existencia de cámaras de gas concebidas para el asesinato en masa en

los campos de concentración. Por lo tanto, los libros recién publicados en los setenta supusieron un cambio cualitativo en el "revisionismo".

Graml considera que esto es el resultado lógico del auge de apologías de Hitler en los años previos, ya que Hitler no podía aparecer como un gran político y estadista si estaba implicado en el mayor crimen del siglo (Graml, 1989, p. 80). Esta es la opinión de Graml, pero también hay otras explicaciones.

Mientras que los grupos de extrema derecha tuvieron bastante éxito en Alemania y Austria en la década de 1960, en los setenta el clima político favoreció al sector izquierdista del espectro político. En esta década encontramos una radicalización de extrema derecha, neonazi incluso, paralela a la radicalización de la izquierda (Bailer y Neugebauer, 1994; Benz, 1989). Para estas nuevas posiciones políticas resultaba muy necesario exculpar al nacionalsocialismo del Holocausto antes de retomar la propaganda nacionalsocialista. En la segunda mitad de la década de 1970, los historiadores, las ciencias sociales y los educadores comenzaron a reaccionar frente al problema de las publicaciones "revisionistas". Se celebraron conferencias (Internationale Konferenz, 1977) y se escribieron artículos que refutaban las mentiras de la historia neonazi (p. ej., Broszat, 1976).

No obstante, en esos años vieron la luz los clásicos de la literatura "revisionista". Cabe mencionar, por ejemplo:

• Thies Christophersen, *Die Auschwitz-Lüge* (1973).

• Austin App, *The Six Million Swindle. Blackmailing the German People for Hard Marks with Fabricated Corpses* (1973).

• Richard Harwood, *Did Six Million Really Die?* (1975), publicado en alemán ese mismo año por Volkstum Verlag (*Starben wirklich sechs Millionen?*).

• Arthur R. Butz, *Der Jahrhundert-Betrug* (1977), publicado en 1976 en los Estados Unidos bajo el título *The Hoax of the 20th Century*.

• Robert Faurisson, *Es gab keine Gaskammern* (1978).

• Wilhelm Stäglich, *Der Auschwitz-Mythos. Legende oder Wirklichkeit. Eine kritische Bestandaufnahme* (1979) (que podría traducirse como *El mito de Auschwitz ¿Leyenda o realidad? Un estudio crítico*).

Temas de la literatura "revisionista" contemporánea

Los temas de la literatura "revisionista" quedaron establecidos a fines de los años setenta. Desde entonces han cambiado los métodos, pero no se ha introducido prácticamente ningún tema nuevo. Las principales líneas argumentales pueden ser clasificadas a grandes rasgos como se hace a continuación, aunque dentro de las categorías hay distinciones que no pueden enumerarse en detalle aquí.

Los "revisionistas" escogieron las cuestiones que demuestran con mayor claridad el carácter criminal del régimen nacionalsocialista; de ahí que negar el Holocausto, el crimen más grave, se haya convertido en su tema central desde la década de 1970. En conjunto, se aprecian dos grandes áreas temáticas: la primera se refiere a la Segunda Guerra Mundial y a la responsabilidad nacionalsocialista en los crímenes de guerra; la segunda, a las atrocidades cometidas contra los judíos, especialmente la negación del asesinato de millones de personas, planificado y ejecutado a escala industrial (Bailer-Galanda, 1992*a*; Bailer, 1994).

Minimización y negación de la responsabilidad por la Segunda Guerra Mundial y durante esta

Como se ha visto antes, a fines de los cuarenta y principios de los cincuenta el "revisionismo" comenzó por refutar la responsabilidad nacionalsocialista en el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Utiliza dos argumentos principales:

1. Se sostiene que el "Weltjudentum", el judaísmo internacional, había declarado la guerra a Alemania ya en 1933 y que Alemania solo respondió (Auerbach, 1993*b*).

2. Los "revisionistas" mantienen que Alemania había adquirido demasiado poder en los años treinta. Por eso, los aliados de Occidente decidieron destruir a su rival y apoyaron a Polonia para que provocase la Segunda Guerra Mundial.

En los últimos años especialmente, se abordó la cuestión del carácter defensivo del ataque contra la Unión Soviética en junio de 1941. Se afirmaba que Stalin había planeado previamente una invasión de la Alemania nazi y Hitler se vio obligado a defender a Alemania y a los alemanes atacando a Rusia en una guerra preventiva (*Präventivkriegsthese*). Todas estas teorías deberían ser calificadas de pura propaganda

apologética aun cuando en años posteriores la tesis de la guerra preventiva ha hallado partidarios más allá de los círculos de extrema derecha y de las organizaciones de veteranos (Ueberschär, 1987).

Además de estos argumentos, encontramos el mito del soldado alemán heroico y valiente que jamás cometería crímenes contra la humanidad ni contra las leyes de la guerra.

En el contexto de la guerra alemana algunos "revisionistas", especialmente David Irving en sus primeros libros, intentan mostrar bajo una luz positiva a dirigentes y miembros prominentes del nacionalsocialismo. Principalmente a Rudolf Hess, que se muestra como un pacificador incomprendido (Emmerer, 1993), y a Walter Reder, responsable del asesinato en masa de civiles italianos (Dokumentationsarchiv, 1985). Estos personajes resultaban particularmente aptos para el culto como mártires de la causa alemana por parte de la extrema derecha porque ambos permanecieron en la cárcel mucho tiempo después de 1945. Es notable que Reder pasase a bambalinas después de ser liberado de su prisión italiana. Así se redujo su papel en la propaganda de extrema derecha.

Si los crímenes alemanes no se niegan por completo, al menos se compensan con atrocidades cometidas por los aliados, independientemente de que sean ciertas o ficticias, como si estos hechos pudiesen atenuar la responsabilidad alemana. Los temas principales son la expulsión de la población alemana de Europa oriental (Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia) y el bombardeo de ciudades alemanas durante la guerra, especialmente el ataque de Dresde. Con mucha frecuencia, el número de víctimas se exagera enormemente (Mayr, 1993).

Para desviar la atención del destino de los prisioneros de guerra aliados (particularmente el de los soviéticos) en los campos alemanes, vino muy bien un libro escrito por el periodista canadiense James Bacques. Bacques aseguraba que los Estados Unidos había dejado morir de hambre a casi un millón de prisioneros de guerra alemanes. Aunque este libro no ofrece ninguna prueba que respalde tal afirmación (Steininger, 1993), todavía se anuncia y se reseña encomiásticamente en muchas publicaciones de extrema derecha alemanas y austriacas.

Los crímenes nacionalsocialistas contra los judíos

Las acusaciones más graves contra el nacionalsocialismo hacen referencia a la exterminación de judíos europeos planificada y ejecutada industrialmente. Este crimen se ha convertido en el tema central de la literatura "revisionista" a lo largo de los últimos veinte años. Hay varios motivos para hacer hincapié en esta cuestión.

1. El asesinato de judíos europeos es la acusación más grave que se vierte contra el nacionalsocialismo y se trata de un crimen de dimensiones insólitas en la historia de la humanidad. La única forma de recuperar la ideología nacionalsocialista pasa por minimizar o negar estos actos.

2. Los "revisionistas" se aprovechan de las proporciones casi inconcebibles de la "solución final" con la esperanza de que la gente pueda convencerse fácilmente de que el Holocausto fue una invención de la propaganda aliada. Ciertamente, es más fácil imaginar que el asesinato de millones de personas no sucedió que verse obligado a constatar que Auschwitz-Birkenau y los demás campos de concentración (Treblinka, Sobibor, Chmelno, etc.) fueron solo mataderos de seres humanos.

3. La negación del Holocausto es una versión del antisemitismo, y el antisemitismo es un prejuicio aún muy extendido en Alemania, Austria y los Estados Unidos. La Liga antidifamatoria en Nueva York señala que el "revisionismo" es un método nuevo para la propagación del antisemitismo (Anti-Defamation League, 1989, 1993). Como veremos más adelante, la negación del Holocausto se sirve de los hábitos de pensamiento antisemita para "demostrar" que el Holocausto no existió.

4. La negación del Holocausto se utiliza para cuestionar la legitimidad del estado de Israel y el pago por parte de Alemania de reparaciones e indemnizaciones a los judíos.

La minimización o negación de las atrocidades cometidas contra los judíos sigue las siguientes líneas de argumentación (Spann, 1992; Shermer, 1994):

• Negar la intencionalidad del genocidio basado principalmente en la raza.

• Negar el uso de cámaras de gas y crematorios en el contexto de un programa de exterminio tecnificado y organizado.

• Poner en tela de juicio y reducir el número de entre cinco y seis millones de judíos asesinados (Benz, 1991).

• Disculpar los crímenes contra los judíos por ser una necesidad en el curso de la guerra: solo se mató a traidores, criminales, espías y enemigos del nacionalsocialismo.

• Afirmar que la persecución y asesinato de los judíos fue obra de oficiales subalternos exclusivamente. Ni Hitler ni otros dirigentes nazis ordenaron o quisieron aquellos asesinatos.

• Señalar a los propios judíos como responsables de su suerte porque habían declarado la guerra a la Alemania de Hitler. Interpretar la Segunda Guerra Mundial como un conflicto entre judíos y alemanes.

• Cuestionar la autenticidad del diario de Anna Frank. La descripción de la vida de la joven en su escondite de Ámsterdam conmovió a millones de lectores en todo el mundo y, por consiguiente, a los "revisionistas" les pareció necesario proclamar que el libro no era auténtico. Entre tanto, un gran proyecto de investigación del Instituto para la Documentación de la Guerra de los Países Bajos probó que el diario estaba escrito por la mano de la niña, aunque las versiones publicadas diferían ligeramente a causa de las pequeñas correcciones que introdujo el padre de Anna Frank, quienes transcribieron el texto y los editores (Rijksinstituut, 1988; Bailer-Galanda, 1992*b*).

Teorías de la conspiración

Todas las tesis revisionistas se fundan necesariamente sobre la creencia en una gran conspiración mundial que ha inducido e induce a miles de personas a contar la misma historia sobre la persecución de los judíos y el asesinato en masa con gas tóxico. Tal conspiración tendría que haber trabajado mucho para introducir en muchos archivos los miles de documentos que tratan de los crímenes nazis. Pero estas teorías conspirativas son un viejo componente de la propaganda antisemita que habla de una conjura internacional para alcanzar el dominio del mundo. Véanse, por ejemplo, los *Protocolos de los sabios de Sion,* creados por antisemitas rusos hace unos cien años y todavía citados en escritos de la extrema derecha.

Métodos del "revisionismo"

El primero en abordar los métodos de la escritura "revisionista" pseudohistoriográfica fue el difunto Martin Broszat, a la cabeza del Instituto de Historia Contemporánea de Múnich (Broszat, 1986). Con el tiempo, le siguieron otros historiadores (p. ej., Graml, 1989; Spann, 1992; Lipstadt, 1993; Benz, 1994).

Presentación como científicos serios

La mayoría de los "revisionistas" intentan denodadamente dar a sus publicaciones una apariencia seria y científica para llegar al público ajeno a los círculos de la extrema derecha. Quieren ocultar sus propósitos propagandísticos, algunos niegan tener contacto con grupos neonazis o ser extremistas de derechas ellos mismos. Como dice Lipstadt (Lipstadt, 1993, p. 217): "intentan proyectar la imagen de que están comprometidos con los valores que en realidad combaten obstinadamente: la razón, el tratamiento crítico de la evidencia y el discernimiento histórico". Sostienen que solo están interesados en hallar la verdad histórica, pero su utilización de los hechos históricos revela que sus afirmaciones son pura propaganda.

Uso de documentos

Mientras que los primeros "revisionistas" alemanes no empleaban documentos para sus escritos pseudohistóricos, sus sucesores acudieron a los archivos, o al menos fingieron utilizar material histórico para añadir peso a sus publicaciones. Uno de los primeros "revisionistas" que trabajó de esta manera fue David Irving, quien se unió a las filas de los negacionistas radicales hace unos años, aunque había empezado como mero apologista de los dirigentes nazis, incluyendo al mismo Führer. Él visitó realmente los archivos y encontró materiales históricos que no se habían usado hasta entonces. Por eso, sus obras llamaron a los historiadores a la palestra para analizar su modo de emplear esos documentos (Broszat, 1986). Irving, como Hoggan y otros, se sirve de las fuentes de forma ecléctica: cita los documentos que parecen apoyar sus tesis e ignora aquellos que las refutarían.

Los documentos se interpretan en el sentido deseado y a veces se tergiversan a propósito, como, por ejemplo, cuando Irving sostiene que

el verbo alemán *ausrotten* no significa 'exterminar' cuando lo utilizan los oficiales nacionalsocialistas. De esta forma, la intención claramente manifestada de asesinar se transforma en intención de expulsar a los judíos.

Construcción de una historia alternativa "Geschichtsklitterung"

El curso de los acontecimientos históricos se corta en pedazos y con ellos se monta una imagen totalmente diferente y falseada de los hechos. Los "revisionistas" utilizan solo los acontecimientos que prueban sus teorías y dejan los demás al margen, de forma similar al método descrito antes por el que los documentos se usan incorrectamente y se malinterpretan. Además, se confeccionan conexiones causales falsas entre hechos históricos como, por ejemplo, afirmar que las atrocidades cometidas contra los judíos son de alguna forma una venganza por el bombardeo de Dresde (Spann, 1992, pp. 17 y ss.).

Elaboración de material "histórico"

En ocasiones, utilizando las evidencias existentes, a los "revisionistas" les resulta bastante difícil probar que la historia no sucedió. Por eso, existe una tradición de producción de documentos y testimonios exculpatorios. Ya en 1977 la editorial de extrema derecha Druffel Verlag publicó las memorias del destacado arquitecto nacionalsocialista Hemann Giesler, y el historiador Hermann Graml (Graml, 1989, pp. 77 y ss.) pudo demostrar fácilmente que habían sido inventadas con escasa habilidad. En 1988, el neonazi austriaco Gerd Honsik publicó su libro *Absolución para Hitler. 36 testigos nunca oídos contra las cámaras de gas* (*Freispruch für Hitler. 36 ungehörte Zeugen wider die Gaskammern*) en el que presentaba entrevistas, o pseudoentrevistas, con nazis más o menos prominentes que negaban el Holocausto y la existencia de cámaras de gas.

En 1987, otro austriaco, Emil Lachout, exhibió un documento falso en el que mantenía que una comisión aliada había averiguado que no existían cámaras de gas en ciertos campos de concentración. Dicho documento fue publicado en varias revistas de extrema derecha austriacas y alemanas. Lachout llegó a declarar como testigo de la defensa en el juicio contra el "revisionista" canadiense Ernst Zündel. Desde entonces, no se ha vuelto a hablar de él.

Recurso a autoridades prominentes o presuntas

Muchas publicaciones "revisionistas" muestran un aparato amplio e impresionante de notas al pie y referencias, con las que los autores de esos panfletos quieren conseguir que todos confíen en la corrección de las citas de los trabajos historiográficos. Este camuflaje no se usa solo para mencionar documentos que no existen, sino también para citar libros de historiadores prominentes como Raul Hilberg y otros. Sin embargo, citan igual que utilizan los documentos: sacan las palabras de contexto y así manipulan lo dicho por grandes historiadores para que respalde sus posturas (Graml, 1989; Shermer, 1994).

En este contexto, un argumento clásico es señalar que el Comité Internacional de la Cruz Roja afirmó que solo habían muerto 300 000 judíos durante la persecución nacionalsocialista. Esta falsedad se ha repetido a lo largo de décadas, aunque la propia Cruz Roja haya negado formalmente muchas veces haber publicado esa cifra de víctimas. Esto no impide que los "revisionistas" sigan sirviéndose de la autoridad de la Cruz Roja en su propaganda (Benz, 1994).

Si no hay autoridades a las que recurrir, los "revisionistas" se citan entre sí, pretendiendo que son escritores, científicos o historiadores serios (véase lo dicho antes).

Explotación de errores y de diferencias en pequeños detalles

Los autores "revisionistas" deducen de las diferencias en pequeños detalles y de errores irrelevantes cometidos por los historiadores que en la investigación histórica acerca de los crímenes nazis todos los resultados son erróneos. Debates entre historiadores como el que se dio entre intencionalistas y funcionalistas (Kershaw, 1985) se consideran un debate sobre la veracidad de toda la cuestión.

Uso de la creencia general en la objetividad de las ciencias naturales

El episodio más reciente en el "revisionismo" internacional es la utilización de supuestas investigaciones científicas con objeto de "demostrar" que las cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau jamás podrían haber servido de instrumentos para el asesinato en masa mediante gas tóxico.

Este argumento fue esgrimido por primera vez en un juicio contra el neonazi canadiense Ernst Zündel, acusado de negar el Holocausto. El "revisionista" francés Robert Faurisson reclutó a Fred Leuchter, supuesto experto en construcción de cámaras de gas para las ejecuciones en cárceles americanas.

Por encargo de Zündel, Leuchter viajó a los campos de exterminio de Auschwitz y Majdanek en Polonia, donde tomó ilegalmente lo que pretendían ser muestras de las ruinas de las cámaras de gas y de otras instalaciones. Las hizo analizar en busca de residuos de Zyklon B, aunque desde un punto de vista químico era imposible encontrarlos (Bailer, 1992). De acuerdo con los resultados de estas pesquisas "técnicas" Leuchter afirmó que, en su "opinión de ingeniero", no pudo llevarse a cabo un asesinato en masa mediante Zyklon B. Durante el interrogatorio en el tribunal de Toronto, Leuchter tuvo que admitir que jamás había sido ingeniero, y que no tenía más conocimiento histórico del Holocausto que alguna información proporcionada por Faurisson y otras fuentes "revisionistas". El tribunal canadiense rechazó incorporar el testimonio de Leuchter al registro de la causa. Investigaciones posteriores mostraron que, contra sus afirmaciones, Leuchter tampoco era experto en fabricación de cámaras de gas (Shapiro, 1990; Lipstadt, 1993, pp. 169-179). No obstante, durante un tiempo Fred Leuchter se convirtió en la figura más importante del "revisionismo". Su informe se vendió por todo el mundo y las versiones en alemán fueron difundidas por el neonazi austriaco Walter Ochensberger y el "revisionista" alemán Udo Walendy. El propósito propagandístico se apreciaba fácilmente si se comparaban estas versiones, en las que se veían divergencias hasta en los números de los supuestos resultados de los cálculos de Leuchter (Bailer-Galanda, 1992*c*). Es algo notable para quienes sostienen que solo están interesados en hallar la verdad y acusan a otros por cualquier equivocación o error que pueden descubrir.

Entre tanto, la mayor parte de los historiadores refutó lo dicho por Leuchter (Wegner, 1990; Auerbach, 1993*c*). Jean-Claude Pressac, un farmacéutico francés que había investigado durante casi diez años la edificación de los crematorios y las cámaras de gas de Auschwitz (Pressac, 1989, 1993), escribe sobre el informe Leuchter: "Basado en información desviada que conduce a un falso razonamiento y a la mala interpretación de los datos, el 'informe Leuchter' es inaceptable. Se realizó ilegalmente, ignorando los datos históricos más simples, y cae en errores gruesos de medición y de cálculo. Lo que resulta inexcusable es que

Leuchter tome por idiotas a los historiadores. Los errores definitivos de Leuchter arrojan indiscutiblemente el 'informe Leuchter' al pozo de la necedad y la pretenciosidad humanas" (Pressac, 1990, p. 31).

Esta nueva táctica para negar el Holocausto mediante las ciencias naturales tuvo éxito, aparentemente, y fue capaz de impresionar a personas poco informadas. En consecuencia, no tardaron en aparecer sucesores de Leuchter. En 1991, en el curso de un juicio al antiguo nacionalsocialista y neonazi Otto Remer, el abogado defensor de Remer contrató a Germar Rudolph, un joven químico alemán que trabajaba en la Sociedad Max Planck, para repetir las indagaciones de Leuchter. Desde entonces, su informe se ha difundido en distintas versiones que, de acuerdo con los propósitos propagandísticos, lo citan con variaciones, igual que sucedió con el de Leuchter. Aunque el informe de Rudolph tiene una apariencia científica más seria que el de Leuchter, es tan incorrecto como el suyo desde un punto de vista científico (Bailer, 1992). Rudolph fue expulsado de la Sociedad Max Planck y, finalmente, ha encontrado su camino en los círculos de extrema derecha que publicaron su informe.

Algo distinto es el caso del ingeniero austriaco Walter Lüftl, quien presidió el Colegio Federal de Ingenieros austriacos y es experto en estructuras y edificación. Escribió artículos indefendibles desde un punto de vista técnico y químico (Bailer, 1995) sobre la imposibilidad –en su opinión– de asesinar a seres humanos con Zyklon B y monóxido de carbono, y envió estos trabajos a políticos y periodistas austriacos. El abogado de Remer le pidió que actuase como perito en el juicio a Remer, pero él rehusó. Sin embargo, fue obligado a retractarse cuando sus artículos llegaron a conocimiento público. La Fiscalía de Viena lo investigó, aunque sobreseyó el caso con el argumento de que Lüftl no era "revisionista" ni activista de extrema derecha. Desde entonces, se le celebra como al nuevo héroe del "revisionismo" internacional por ser el primer experto verdadero (aunque escribiese insensateces) en negar los asesinatos en las cámaras de gas y no ser acusado ante un tribunal austriaco, hecho que los "revisionistas" interpretan erróneamente como prueba de que Lüftl dice la verdad (*Deutschland in Geschichte und Gegenwart,* 3/1994).

La red internacional del "revisionismo"

El "revisionismo" y la negación del Holocausto se han convertido en los elementos nucleares de la propaganda neonazi y de extrema derecha en los últimos años. Eso significa que las publicaciones "revisionistas" son difundidas por estas organizaciones y también por la propia red "revisionista" internacional existente. Estos dos medios de difusión del "revisionismo" no pueden desligarse porque van de la mano.

Como se ha señalado antes, desde los años setenta hay vínculos entre el "revisionismo" europeo y el norteamericano que sobreviven y se han hecho aún más estrechos en estos últimos años.

El centro organizativo es el Institute for Historical Review (IHR), fundado en 1978 por Willis A. Carto, líder de Liberty, un *lobby* antisemita de extrema derecha. Su primer director fue William David McCalden, cofundador del neonazi National Party británico (Lipstadt, 1993, p. 137; Landesamt für Verfassungsschutz, 1994, p. 19). El IHR organiza conferencias habitualmente y publica el *Journal of Historical Review,* que se ofrece como plataforma para todos los apologistas y los negadores del Holocausto. Tradicionalmente mantienen contactos frecuentes con los "revisionistas" alemanes y austriacos y también con los canadienses, franceses, británicos y de otros países por todo el mundo. Los trabajos del austriaco Walter Lüftl antes mencionados, por ejemplo, fueron publicados tempranamente en el *Journal of Historical Review* del IHR. El IHR organiza conferencias periódicas sobre "revisionismo" a las que asisten autores y "revisionistas" procedentes de los Estados Unidos, Canadá, Alemania, Austria y otros países.

Hay asimismo relación entre el IHR, organizaciones europeas de parecida mentalidad y la organización estadounidense NSDAP-AO, de Gary Rex Lauck, que distribuye material neonazi por Alemania y Austria y apoya encuentros "revisionistas" en Europa (Schmidt, 1993).

Otro centro "revisionista" de ultramar tiene su sede en Toronto, Canadá, y está organizado por el germanocanadiense Ernst Zündel. Su editorial Samisdat produce periódicos, reimprime y distribuye "la colección habitual de material antisemita, racista y de negación del Holocausto" (Lipstadt, 1993, p. 158), además de enviar a todo el mundo éxitos musicales nacionalsocialistas, discursos de Hitler, filmaciones de la visita de Leuchter a Polonia, etc. Entre 1978 y 1980, desde Samisdat

Publications se expidieron a la República Federal de Alemania doscientos envíos de material neonazi y "revisionista".

En Europa la red "revisionista" tiene ramas en varios países. En España, Pedro Varela y su CEDADE (Círculo Español de Amigos de Europa) no solo publica y difunde materiales "revisionistas" y neonazis, sino que también brinda amparo a amigos perseguidos por la ley. Gerd Honsik, uno de los activistas austriacos más destacados y diligente autor de libros antisemitas, neonazis y de negación del Holocausto, huyó a España tras ser sentenciado por un tribunal austriaco a causa de sus actividades neonazis. Apoyado por la CEDADE aún publica su revista *Halt* y la envía a Austria. Hace poco, el alemán Otto Ernst Remer, antiguo nacionalsocialista, neonazi y negador del Holocausto, condenado por un tribunal alemán, se refugió también en España donde fue bien recibido por Honsik.

Gran Bretaña aporta al mencionado pseudohistoriador David Irving además de las estructuras del National Front. Desde Suecia se distribuyen las publicaciones antisemitas y "revisionistas" de Ditlieb Felderer, nacido en Austria. Felderer asiste habitualmente a las conferencias del IHR y apoyó a Ernst Zündel durante su juicio en Toronto (Landesamt für Verfassungsschutz, 1994). En Suiza, Max Wahl compone su revista "revisionista" *Eidgenoss* que distribuye por Austria y Alemania. Thies Christophersen, autor de *La mentira de Auschwitz* (*Die Auschwitz-Lüge*), difunde desde Dinamarca su revista *Die Bauernschaft,* que trata de temas "revisionistas" y otros contenidos neonazis.

Las redes alemana y austriaca cuentan con neonazis, con partidos y organizaciones de la extrema derecha tradicional y extienden su propaganda a sectores de la población que no son extremistas. Tradicionalmente, los grupos y las editoriales de extrema derecha de estos dos países han mantenido una estrecha colaboración.

En Alemania algunas editoriales se han especializado en cuestiones "revisionistas" desde los años cincuenta. Por ejemplo, Grabert Verlag, que fue la primera en publicar el libro de Hoggan, *Der erzwungene Krieg,* y el de Stäglich, *Der Auschwitz-Mithos* y todavía edita la revista "revisionista" *Deutschland in Geschichte und Gegenwart*. Druffel Verlag, que saca a la luz libros antisemitas y "revisionistas", sigue una línea similar. Se pueden encontrar anuncios de estas editoriales en muchos periódicos de extrema derecha alemanes y austriacos, algunos de los cuales suelen

ceder espacio a temas relacionados con la negación del Holocausto y a apologistas del nacionalsocialismo. Desde hace muchos años, el *Deutsche Nationalzeitung* lucha contra las "mentiras antialemanas" y aun pretende desenmascarar la reeducación y la propaganda aliada. La emprende contra todos los temas actuales: en 1978 fue la serie televisiva *Holocausto,* en años más recientes repetía constantemente que el número de víctimas de Auschwitz había sido manipulado, y también quiso denunciar *La lista de Schindler,* de Steven Spielberg, por ser históricamente falsa. El periódico se vende abiertamente en puestos de prensa austriacos y alemanes aunque fue procesado hace unos años en tribunales austriacos. El editor de *Deutsche Nationalzeitung,* el doctor Gerhard Frey, es un hombre bastante rico, líder del partido Deutsche Volksunion, que tuvo cierto éxito en elecciones regionales.

Revistas como la alemana *Code,* que hasta hace poco se vendía en las estaciones ferroviarias vienesas, se distribuye hoy solo por suscripción, igual que la mayor parte de las publicaciones extremistas, o que *Nation (and) Europa,* que suele abordar temas "revisionistas" y se edita en Europa oriental, aunque en ella escriban miembros de la extrema derecha alemana y austriaca. El mencionado Otto Ernst Remer editó el *Remer Depesche,* que se concentró en la negación de los asesinatos en masa de judíos dentro de los campos de exterminio nacionalsocialistas e intentó minimizar el número de víctimas judías de la persecución.

La estructura organizativa la proporcionan grupos neonazis como Amt für Volksaufklärung und Öffentlichkeitsarbeit, encabezado por el neonazi profesional alemán Ewald Bela Althans, uno de los sucesores del difunto Michael Kühnen, que fue un activista "revisionista". Otros sucesores de Kühnen que cabe mencionar aquí son Christian Worch y su Nationale Liste, y el Nationalistische Front encabezado por Meinolf Schönborn. El Nationaldemokratische Partei Deutschlands (NPD) está entre los partidos de extrema derecha más longevos de Alemania. Se fundó ya en la década de 1960 y ha sobrevivido a los buenos momentos (algún éxito electoral notable) y a los malos. En la actualidad, colabora con la Deutsche Liga für Volk und Heimat, un movimiento de derechas de escasa repercusión. Todos estos partidos y grupos políticos han organizado o apoyado encuentros "revisionistas" en Alemania a lo largo de los últimos años, a los que estaban invitados autores preeminentes como Irving, Faurisson o Leuchter.

La mayoría de estas actividades en Alemania alcanzan también a Austria. Las organizaciones y publicaciones neonazis austriacas han mantenido una relación fluida con amigos alemanes de mentalidad similar (para las siguientes personas y organizaciones, véase Dokumentationsarchiv, 1994). Walter Ochensberger, con su publicación mensual *Sieg*, actuó como centro para los contactos entre neonazis y "revisionistas" austriacos, alemanes e internacionales. Después estuvo en la cárcel por sus actividades neonazis y su revista ha dejado de publicarse. El ya mencionado Gerd Honsik se cuenta entre los autores "revisionistas" austriacos más importantes dentro de la escena neonazi, aunque tras su huida a España perdió casi toda su influencia. La Volkstreue außerparlamentarische Opposition (VAPO), liderada por el neonazi Gottfried Küssel, quien también ha sido sentenciado, tenía conexiones muy estrechas con Alemania, porque Küssel fue elegido como sucesor del difunto Michael Kühnen. Algunos miembros de este grupo neonazi militante participaron en las manifestaciones en Alemania en memoria del dirigente nazi Rudolf Hess y a lo largo de los últimos años han asistido a la mayor parte de las reuniones "revisionistas" internacionales. Además de estas organizaciones militantes, están los grupos tradicionales de extrema derecha, centrados en actividades culturales y en organizar encuentros a los que acuden simpatizantes de Austria, Alemania y otros países europeos. En estos eventos, los "revisionistas" exponen sus ideas. Las publicaciones de estas organizaciones suelen contener artículos de negación del Holocausto o temas de apología del nacionalsocialismo. Muy destacados son el Arbeitsgemeinschaft für demokratische Politik (AFP) y la Deutsche Kulturwerk Europäischen Geistes, hermana de un grupo alemán con idéntico nombre.

Una publicación mensual de apariencia más seria que cabe mencionar aquí es *Aula,* que representa a la llamada Nueva Derecha austriaca e intenta tender puentes hacia los conservadores de derechas. La revista pertenece al entorno político del Partido de la Libertad de Austria (Freiheitliche Partei Österreichs), formación que obtuvo más del 20% del voto en las elecciones federales de 1994. Su editorial, Aula Verlag, es propiedad de un grupo de titulados universitarios, pertenecientes en su mayoría a asociaciones estudiantiles (Burschenschaften) afines al nacionalismo germánico. *Aula* publica en ocasiones menciones positivas de "revisionistas" como los mencionados David Irving, Germar Rudolph o Walter Lüftl. El hecho de que no se acusase a Lüftl por sus trabajos fue particularmente celebrado en la revista (*Aula* 7 y 8, 1994).

Hay publicaciones pertenecientes al propio Partido de la Libertad que tampoco son totalmente ajenas a veleidades "revisionistas". Algunos miembros y representantes del partido provocaron protestas públicas al dudar del Holocausto o minimizar los crímenes nacionalsocialistas (Bailer y Neugebauer, 1994). El líder del partido en persona, Jörg Haider, tuvo que dimitir como presidente del gobierno federado de Carintia por elogiar la política nacionalsocialista de empleo en junio de 1991.[3]

También fuera de la extrema derecha organizada pueden encontrarse tendencias "revisionistas" o simpatía por los argumentos "revisionistas" tanto en Alemania como en Austria. Los historiadores alemanes combatieron la llamada *Historikerstreit* (la controversia de los historiadores) en 1986, en la que tomó parte destacada el historiador Ernst Nolte. Nolte abogaba entonces por historizar el nacionalsocialismo, cuyo ascenso interpretaba como una reacción alemana frente al comunismo de la Unión Soviética. Nolte no veía los crímenes nacionalsocialistas como un acontecimiento singular dentro del siglo, sino que pretendía compararlos y relacionarlos con los crímenes de la dictadura de Stalin. Sus afirmaciones fueron rebatidas vehementemente por historiadores y otros científicos, especialmente Jürgen Habermas (Diner, 1987; Historikerstreit, 1987). Desde entonces Ernst Nolte, que había sido un respetado historiador e investigador sobre el fascismo, se escoró aún más hacia la derecha. En su último libro, Nolte muestra simpatías por autores "revisionistas" (Nolte, 1993), a algunos de los cuales incluso les reconoce la categoría de científicos, aunque él personalmente no dude de la factualidad del Holocausto. Sin embargo, Nolte pone en duda la cifra de víctimas y muestra comprensión por la política nacionalsocialista contra la población judía de Europa. Lipstadt comenta la postura de Nolte y de otros historiadores alemanes: "aunque estos historiadores no son negacionistas, contribuyeron a crear una zona gris donde sus interpretaciones de la historia, muy cuestionables, se entretejen con la pseudohistoria de los negacionistas; y de hecho comparten algunos objetivos" (Lipstadt, 1993, p. 209). No sorprende que el *Journal of Historical Review* incluyera una reseña bastante laudatoria del último libro de Nolte y dedicase varias páginas a una larga entrevista concedida por el autor *(Journal of Historical Review,* 1/1994).

3 Haider habló de la "ordentlichen Beschäftigungspolitik des Dritten Reiches", es decir, de la adecuada política de empleo del Tercer Reich.

Historiadores como Ernst Nolte y personas como Herbert Fleissner, propietario de varias editoriales alemanas que publican libros de David Irving, entre otros, contribuyen al restablecimiento de los sentimientos nacionalistas alemanes al mitigar la culpa de Alemania (Diner, 1987). Ese es el punto en el que esos historiadores coinciden con los "revisionistas" de Alemania y Austria. Los "revisionistas" utilizan el hecho de que el pasado nacionalsocialista haya sido soslayado y el sentimiento de culpa y responsabilidad por los crímenes nacionalsocialistas se haya negado. Mucha gente en Austria y Alemania prefiere no recordar el nacionalsocialismo. El pasado se siente como un lastre. Por eso, hay personas ajenas a la extrema derecha dispuestas a aferrarse a cualquier disculpa al nacionalsocialismo para sentirse ellas mismas disculpadas (Benz en Diner, 1987). Las organizaciones de soldados veteranos ofrecen un buen ejemplo. El periódico más leído en Austria, *Neue Kronenzeitung,* cede espacio a argumentos "revisionistas" (Botz, 1994), que son, como se ha afirmado antes, una vía de expresión del antisemitismo. Una historización del nacionalsocialismo relativiza los crímenes de Auschwitz, pero no serían pocos los austriacos y alemanes que la aprobarían. En este punto, sin embargo, la situación alemana difiere de la austriaca. Alemania, después de la reunificación, muestra una tendencia a recuperar los sentimientos nacionalistas que no se da en Austria a causa de sus circunstancias políticas totalmente diferentes.

Pero no debe creerse que el "revisionismo" se limita al extremismo de derechas.

El aspecto legal

En 1985 el Parlamento Federal alemán aprobó una ley que hacía de la negación del Holocausto una conducta punible. En Alemania y en Austria muchos activistas de extrema derecha se opusieron a esta ley (*Gesetz gegen die Auschwitz-Lüge*). Pero la negación del Holocausto solo podía perseguirse si se asociaba a la difamación de los judíos. Este requisito condujo a sentencias divergentes y contradictorias por parte del Tribunal Federal (*Bundesgerichtshof*) y del Tribunal Constitucional (*Bundesverfassungsgerichtshof*). Mientras que el Tribunal Federal sostenía que la simple negación del Holocausto, sin intención difamatoria y sin intención de propagar la ideología nacionalsocialista, no era punible, el Tribunal Constitucional argumentaba que la negación en sí ya suponía

un ataque a la dignidad humana de los judíos que viven en la actualidad. Por lo tanto, se hizo necesaria una ley de enmienda, ya redactada en mayo de 1994. Sin embargo, la enmienda vino acompañada de otro proyecto de ley que los socialdemócratas rehusaron aprobar. Puesto que no existen diferencias entre la coalición gubernamental y los socialdemócratas en lo que respecta a la negación del Holocausto, es probable que la enmienda se apruebe pronto (Landesamt für Verfassungsschutz, 1994).

Las actividades neonazis en Austria son punibles de acuerdo con la Ley de Prohibición (*Verbotsgesetz*), que data originalmente de 1945. Esta norma se promulgó para ilegalizar el Partido Nacionalsocialista e impedir cualquier resurgimiento de dicha organización o de su ideología. Como resultado de los problemas experimentados en la década de 1940, se hizo cada vez más difícil aplicar esa ley a las actividades de carácter neonazi. Además, la ley no contenía un artículo donde se afirmase claramente que la negación del Holocausto equivalía a una actividad afín al nacionalsocialismo, aunque los tribunales y los jueces austriacos interpretasen en ese sentido el texto legal. Cuando el "revisionismo" se convirtió en el argumento central de la propaganda neonazi también en Austria, se necesitaron numerosos y prolongados debates para enmendar finalmente la ley en febrero de 1992. Además de otros cambios, se introdujo en el texto una sección que prohibía explícitamente la negación o la minimización grave del genocidio y de otros crímenes contra la humanidad cometidos por los nacionalsocialistas. Dicha enmienda facilita mucho a los tribunales la lucha contra la propaganda neonazi y el "revisionismo". Las sentencias contra dirigentes de la extrema derecha austriaca como Ochensberger, Honsik y Küssel demuestran que los debates sobre el pasado nacionalsocialista y la enmienda de la Verbotsgesetz han contribuido a un cambio de actitud pública ante las actividades neonazis y de extrema derecha.

Recapitulación

El "revisionismo" no es un fenómeno nuevo, en realidad. Comenzó en los años inmediatamente posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, pero desde entonces su naturaleza ha evolucionado. La creciente lejanía de la dictadura nacionalsocialista hizo más sencillo que los devotos de la ideología quitasen importancia a los crímenes y a la respon-

sabilidad hasta llegar a la negación absoluta de la atrocidad más grave, el Holocausto. La tendencia que pretende historizar el período entre 1944 y 1945 reúne a todos los que quieren poner fin definitivamente a cualquier debate acerca del pasado, al llamado "Vergangenheitsbewältigung". Pero es necesario que el recuerdo no quede enterrado, y no solo por motivos de ética política, sino también por el peligro que todavía hoy representan la ideología neonazi, el racismo y el antisemitismo. Tras los cambios fundamentales operados en Europa en 1989, han surgido nuevos problemas políticos y económicos. El extremismo de derechas y el "revisionismo" encuentran nuevos seguidores. Los estados y los políticos pueden hacer frente a estos problemas sirviéndose de la ley y la justicia. Esa es una respuesta necesaria, ciertamente, pero desarrollar una conciencia sensible contra el racismo resultará tan necesario como rechazar el extremismo de derechas en todas sus versiones. Este problema no pueden resolverlo los historiadores solos. La política cotidiana ha de sentar las bases de una vida segura y tranquila para tantas personas como sea posible, y debe dejar claro que la extrema derecha jamás será un posible socio en el gobierno ni en la vida pública.

Bibliografía

Anti-Defamation League of B'nai B'rith New York, (ed.) (1989), *Holocaust "Revisionism": Reinventing the Big Lie*. ADL Research Report, Nueva York, Anti-Defamation League.

— (1993*a*), *Hitler's Apologists: The Anti-Semitic Propaganda of Holocaust "Revisionism",* Nueva York, Anti-Defamation League.

— (1993*b*), *1992 Audit of Anti-Semitic Incidents,* Nueva York, Anti-Defamation League.

AUERBACH, Hellmuth (1993*a*), "Auschwitz-Lüge", en Wolfgang Benz (ed.), *Legenden, Lügen, Vorurteile: Ein Wörterbuch zur Zeitgeschichte,* Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, pp. 36-37.

— (1993*b*), "'Kriegserklärung' der Juden an Deutschland", en Wolfgang Benz (ed.), *Legenden, Lügen, Vorurteile: Ein Wörterbuch zur Zeitgeschichte,* Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, pp. 122-126.

— (1993*c*), "Leuchter-Report", en Wolfgang Benz (ed.), *Legenden, Lügen, Vorurteile: Ein Wörterbuch zur Zeitgeschichte,* Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, pp. 147-149.

Baier, Lothar (1982), *Französische Zustände: Berichte und Essays,* Fráncfort, Europaische Verlagsanstalt.

Bailer-Galanda, Brigitte (1992*a*), "Der Leuchter-Bericht", en *Amoklauf gegen die Wirklichkeit: NS-Verbrechen und "revisionistische" Geschichtsschreibung,* editado por Bundesministerium für Unterricht und Kunst und Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, pp. 41-46.

— (1992*b*), "Die Leugnung der Echtheit des Tagebuches der Anne Frank", en *Amoklauf gegen die Wirklichkeit: NS-Verbrechen und, "revisionistische" Geschichtsschreibung,* editado por Bundesministerium für Unterricht und Kunst und Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, pp. 89-92.

— (1992*c*), "Der 'Revisionismus': Pseudowissenschaftliche Propaganda", en *Amoklauf gegen die Wirklichkeit: NS-Verbrechen und "revisionistische" Geschichtsschreibung,* editado por Bundesministerium für Unterricht und Kunst und Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, pp. 11-14.

— (1994), "Der 'Revisionismus': Pseudowissenschaftliche Propaganda", en *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus,* editado por Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Deuticke, pp. 530-536.

Bailer, Brigitte, y Wolfgang Neugebauer (1994*a*), "Abriß der Entwicklung des Rechtsextremismus in Österreich", en *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus,* editado por Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Deuticke Verlag, pp. 97-102.

— (1994*b*), "Die FPO: Vom Liberalismus zum Rechtsextremismus", en *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus,* editado por Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Deuticke Verlag, pp. 357-494.

Bailer, Josef (1992), "Der Leuchter-Bericht aus der Sicht eines Chemikers", en *Amoklauf gegen die Wirklichkeit: NS-Verbrechen und "revisionistische" Geschichtsschreibung,* editado por Bundesministerium für Unterricht und Kunst und Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, pp. 47-52.

— (1995), "Die 'Revisionisten' und die Chemie", en Brigitte Bailer-Galanda, Wolfgang Benz, y Wolfgang Neugebauer (eds.), *Wahrheit und "Aus-*

chwitzlüge": Zur Bekampfung "revisionistischer" Propaganda, Viena, Deuticke, pp. 99-118.

BENZ, Wolfgang (1987), "Die Abwehr der Vergangenheit: Bin Problem nur für Historiker und Moralisten?", en Dan Diner (ed.), *Ist der Nationalsozialismus Geschichte?: Zu Historisierung und Historikerstreit,* Fráncfort, Fischer Taschenbuch Verlag, pp. 17-33.

— (1989), "Die Opfer und die Tater: Rechtsextremismus in der Bundesrepublik", en Wolfgang Benz (ed.), *Rechtsextremismus in der Bundesrepublik: Voraussetzungen, Zusammenhange, Wirkungen,* Fráncfort, Fischer Taschenbuch Verlag, pp. 9-37.

— (1991) (ed.), *Dimension des Volkermords: Die Zahl der judischen Opfer des Nationalsozialismus,* Múnich, Oldenburg.

— (1994), "Die 'Auschwitz-Lüge'", en Rolf Steininger (ed.), *Der Umgang mit dem Holocaust: Europa-USA-Israel,* Viena, Bohlau, pp. 103-115.

BOTZ, Gerhard (1994), "'Neonazismus ohne Neonazi?': Inszenierte NS-Apologetik in der 'Neuen Kronen-Zeitung'", en *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus,* editado por Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Deuticke Verlag, pp. 595-615.

BROSZAT, Martin (1976), "Zur Kritik der Publizistik des antisemitischen Rechtsextremismus", *Politik und Zeitgeschichte*, 19, pp. 3-7.

— (1986), "Hitler und die Genesis der 'Endlosung': Aus AnlaB der Thesen von David Irving", en Martin Broszat (ed.), *Nach Hitler: Der schwierige Umgang mil unserer Geschichte,* Múnich, Oldenburg, pp. 187-229.

DINER, Dan (ed.) (1987), *Ist der Nationalsozialismus Geschichte? Zu Historisierung und Historikerstreit,* Fráncfort, Fischer Taschenbuch Verlag.

Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes (ed.) (1985), *Am Beispiel Walter Reder: Die SS-Verbrechen in Marzabotto und ihre "Bewaltigung",* Viena, Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes.

EMMERER, Brigitte (1993), "Heß Englandflug", en Wolfgang Benz (ed.), *Legenden, Lugen, Vorurteile: Ein Worterbuch zur Zeitgeschichte,* Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, pp. 94-95.

FEST, Joachim C. (1973), *Hitler: Eine Biographic,* Fráncfort, Propylaen.

FEST, Joachim C., y Christian HERRENDORFER (1977), *Hitler: Eine Karriere,* Fráncfort, Ullstein.

FROMM, Rainer, y Barbara KERNBACH (1994), *Europas braune Saat: Die Internationale Verflechtung der rechtsradikalen Szene,* Bonn, Aktuell.

GRAML, Hermann (1989), "Alte und neue Apologeten Hitlers", en Wolfgang Benz (ed.), *Rechtsextremismus in der Bundesrepublik: Voraussetzungen, Zusammenhdnge, Wirkungen,* Fráncfort, Fischer Taschenbuch Verlag, pp. 63-92.

Historikerstreit (1987), *Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung,* Múnich, Piper.

"Internationale Konferenz gegen Neonazismus und zur Immunisierung der Jugend" (1977), Manuscrito inédito, Viena, abril 22-24.

KERSHAW, Ian (1985), *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation,* Londres, Edward Arnold.

Landesamt für Verfassungsschutz Berlin (1994), "Die internationale Revisionismus- Kampagne", *Durchblicke*, 1 (3).

LASEK, Wilhelm (1994), "Verzeichnis 'revisionistischer' Autoren und deren Publikationen", en *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus,* editado por Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Deuticke, pp. 537-551.

LIPSTADT, Deborah E. (1993), *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory,* Nueva York, Free Press.

MASER, Werner (1971), *Adolf Hitler: Legende, Mythos, Wirklichkeit,* Múnich, Bechtle.

MAYR, Monika (1993), "Dresden", en Wolfgang Benz (ed.), *Legenden, Lugen, Vorurteile: Ein Worterbuch zur Zeitgeschichte,* Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, pp. 61-62.

NEUGEBAUER, Wolfgang (1992), "'Revisionistische' Manipulation der Zahl der Holocauslopfer", en *Amoklauf gegen die Wirklichkeit: NS-Verbrechen und "revisionistische" Geschichtsschreibung,* editado por Bundesministerium für Unterricht und Kunst und Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, pp. 83-87.

NOLTE, Ernst (1993), *Streitpunkte: Heutige und kunftige Kontroversen um den Nationalsozialismus,* Fráncfort, Propylaen.

PRESSAC, Jean-Claude (1989), *Auschwitz: Technique and Operation of the Gas Chambers,* Nueva York, Beate Klarsfeld Foundation.

— (1990), "The Deficiencies and Inconsistencies of 'The Leuchter Report'", en Shelly Shapiro (ed.), *Truth Prevails-Demolishing Holocaust Denial: The End of "The Leuchter Report",* Nueva York, Beate Klarsfeld Foundation y Holocaust Survivors and Friends in Pursuit of Justice, pp. 31-60.

PRESSAC, Jean-Claude (1993), *Les crématoires d'Auschwitz: La Machinerie du Meurtre de Masse,* París, CNRS Éditions.

Protocols of the Learned Elders of Zion (1978), traducido del ruso por Victor E. Marsden, Hollywood, New Christian Crusade Church, Reprint, Nueva York, Gordon.

Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie / Niederlandisches Institut für Kriegsdokumentation (ed.) (1988), *Die Tagebucher der Anne Frank,* Fráncfort, Fischer.

SCHMIDT, Michael (1993), *Heute gehcirt mis die Strafle: Der Inside-Report cms der Neonazi- Szene,* Düsseldorf, Econ.

SHAPIRO, Shelly (ed.) (1990), *Truth Prevails-Demolishing Holocaust Denial: The End of "The Leuchter Report",* Nueva York, Beate Klarsfeld Foundation y Holocaust Survivors and Friends in Pursuit of Justice.

SHERMER, Michael (1994), "Proving the Holocaust: The Refutation of Revisionism and the Restoration of History", *Skeptic*, 2 (4), pp. 32-57.

SPANN, Gustav (1992), "Methoden rechtsextremer Tendenzgeschichtsschreibung und Propaganda", en *Amoklauf gegen die Wirklichkeit: NS-Verbrechen und "revisionistische" Geschichtsschreibung,* editado por Bundesministerium für Unterricht und Kunst und Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Viena, Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, pp. 15-28.

STEININGER, Rolf (1993), "Kriegsgefangenschaft", en Wolfgang Benz (ed.), *Legenden, Lügen, Vorurteile: Ein Worterbuch zur Zeitgeschichte,* Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, pp. 126-128.

UEBERSCHÄR, Gerd R. (1987), "'Historikerstreit' und 'Praventivkriegsthese'", *Tribune: Zeitschrift zum Verstandnis des Judentums*, 103, pp. 108-116.

WEGNER, Werner (1990), "Keine Massenvergasungen in Auschwitz? Zur Kritik des Leuchter- Gutachtens", en Uwe Backes, Eckhard Jesse y Rainer Zitelmann (eds.), *Die Schatten der Vergangenheit. Impulse zur Historisierung des Nationalsozialismus*, Fráncfort, Propylaen, pp. 450-476.

En busca de una memoria nacional

La política de la historia, la nostalgia y la historiografía del comunismo en la República Checa y en la Europa central y oriental*

MICHAL KOPEČEK

El complejo proceso de transición de las dictaduras comunistas hacia la democracia en la Europa central y oriental implicó la transformación de la historiografía, que, durante la dictadura comunista, había servido en gran medida para legitimar el poder de los partidos comunistas. Según las normas marxistas-leninistas más estrictas, se esperaba que los historiadores interpretasen la revolución socialista y el gobierno comunista como el estadio superior y más avanzado de la evolución social. Este tipo de historiografía debía experimentar cambios de gran calado, pasar de un discurso académico centralizado e ideológicamente dirigido a uno descentralizado y pluralista. ¿Han logrado este objetivo los historiadores y los responsables académicos en la República Checa y en otros países comunistas?

Solo hasta cierto punto, en mi opinión. Por lo general, los cambios políticos de 1989 significaron una expansión extraordinaria de los campos de investigación, especialmente en la historia contemporánea, de la cual desaparecieron numerosos tabúes. Sin embargo, la incorporación de nuevos temas de investigación no vino necesariamente acompañada de la introducción de interrogantes distintos ni de la elaboración de nuevos métodos. En la República Checa y en otros países de Europa central y oriental, el desarrollo de la historiografía quedó marcado por la rehabilitación política del Estado-nación, por el proceso de construcción democrática y por la correspondiente necesidad de legitimar la existencia de ambos.

* "In Search of 'National Memory'. The Politics of History, Nostalgia and the Historiographie of Communism in the Czech Republic and East Central Europe", en Michal KOPEČEK (dir.), *Past in the Making: Historical revisionism in Central Europe after 1989*, Budapest, Central European University Press, 2008. Traducido por Virginia Tabuenca.

Esta exposición comienza por examinar la función de la profesión de historiador y sus logros en las estrategias sociales y políticas que pretenden tratar con el legado de la dictadura comunista. Después explora cómo esto se vincula con una redefinición de la identidad nacional, y del concepto de *historia nacional* y cómo se relaciona con la reestructuración interna y el desarrollo de la historiografía del pasado reciente. Los párrafos finales se ocupan del debate en torno a los llamados institutos de memoria nacional y su posible establecimiento en Europa central y oriental. Centrándose principalmente en el caso checo, pretende trazar una visión más amplia y fundamentar su argumentación en la comparación con otros países de la región, especialmente Polonia.

La construcción democrática y el legado del comunismo

Todo sistema político nuevo debe administrar la herencia de su *ancien régime*, puesto que la legitimidad del nuevo orden depende en gran medida del rechazo del anterior y de la asunción de su legado.[1] Las nuevas democracias de Europa central y oriental no fueron una excepción. Por eso, uno de los principales dilemas de los nuevos sistemas políticos reside en la forma de afrontar su pasado comunista. Ciertamente, podemos ver que el pasado comunista y diversos recuerdos de este desempeñan un papel activo en todos los niveles de la vida política y social, desde el discurso político oficial más amplio hasta la memoria personal más subjetiva. Todo país poscomunista en Europa ha conocido sensacionales campañas políticas que se basaban en la colaboración real o supuesta de alguna figura pública destacada con los servicios secretos comunistas. Sin embargo, revestía mayor importancia una imagen generada por la política que representaba todo el período de posguerra en el blanco y negro de la teoría totalitaria y que prevaleció en los primeros años tras la caída del comunismo.

Uno de los aspectos más significativos de esta estrategia legitimadora fue la legislación, considerada frecuentemente como herramienta principal en las políticas de erradicación del comunismo. En la República Checa –que en cierto sentido lideró a los antiguos países comunistas

1 Sobre el pasado autoritario y violento como fenómeno universal véase, por ejemplo, A. KENKMANN y H. ZIMMER (eds.), *Nach Kriegen und Diktaturen. Umgang mit Vergangenheit als internationales Problem,* Essen, Klartext, 2005.

en su empeño por reconciliarse con el pasado mediante la ley– ha adoptado diversas formas, desde la rehabilitación absoluta de los prisioneros políticos en 1990; pasando por la ley de depuración (*lustrace*) de 1991, que impedía el acceso de antiguos funcionarios comunistas y agentes de la policía secreta a cualquier cargo público en el nuevo régimen; siguiendo por la ley que declaró ilegal el régimen comunista en 1993; la restitución de la propiedad privada confiscada tras el golpe de Estado comunista de 1948 y varias disposiciones legales relacionadas con la accesibilidad de los archivos del período comunista.[2] El caso checo, "ejemplar", se ve muy relativizado por la existencia legal y por la exitosa supervivencia política del Partido Comunista de Bohemia y Moravia, orgulloso sucesor del Partido Comunista de Checoslovaquia.

Un proceso simultáneo al que se desarrollaba en el ámbito político era el que tenía lugar en la organización simbólica del espacio público. Al margen de la atención con la que la gente siguiera los debates de políticos e historiadores sobre los procedimientos de depuración o sobre los crímenes del estalinismo, todos percibieron un cambio obvio de tradiciones en los nuevos nombres de innumerables calles, parques, plazas y edificios públicos, además de la reconstrucción de algunas estatuas y monumentos antiguos.[3]

Comprensiblemente, la legitimidad del nuevo orden democrático se había cimentado en el rechazo al pasado comunista como un todo. Esta postura –que solo unos pocos comparten enteramente– trata el período comunista como una unidad indivisible y, de manera burdamente simplificada, considera el comunismo como una distorsión histórica, un interludio, un desvío de la senda supuestamente natural de la historia de la nación, un "despotismo asiático" importado del este. La ventaja obvia de esta teoría del interludio reside en que concebir todo el perío-

2 Se puede encontrar un análisis del procedimiento legal para hacer frente al pasado comunista en la República Checa y de las relaciones de este con el sistema jurídico y la legitimidad de la democracia posmoderna en el brillante estudio de J. PŘIBÁŇ, *Dissidents of Law: On the 1989 Revolutions, Legitimations, Fictions of Legality and Contemporary Version of the Social Contract,* Aldershot, Ashgate Publishing, 2002. Véase, asimismo, J. RUPNIK, "Politika vyrovnávání s komunistickou minulostí. Česká zkušenost" ("La política para afrontar el pasado comunista. La experiencia checa"), *Soudobé dějiny*, 1 (2002), pp. 9-26.

3 Véase el trabajo de Andrzej Paczkowski, quien aborda esta cuestión en el contexto del trato dado en Polonia al pasado comunista. A. PACZKOWSKI, "Was tun mit der kommunistischen Vergangenheit? Polen", *Transit,* 22, 1 (2002), pp. 87-107.

do como resultado de la injerencia extranjera ayuda a exculpar de cualquier responsabilidad en la dictadura comunista tanto a los ciudadanos de a pie como a las elites culturales y políticas.[4]

Obviamente, los historiadores no suelen suscribir esta versión simplificada de la historia, pero si miramos de cerca la producción de la reciente investigación histórica en la República Checa veremos que, en realidad, han contribuido involuntariamente a elaborar esta imagen. Hasta ahora, la investigación histórica del período comunista se ha distinguido por una marcada preponderancia de la historia política, con énfasis en acontecimientos clave, como el golpe comunista de febrero de 1948, el movimiento reformista de 1968, la formación de Carta 77 y la disidencia democrática, o, finalmente, la Revolución de Terciopelo de 1989. Estas investigaciones incluyen el proceso de toma de decisiones del partido comunista y un análisis de los cambios políticos; el sistema represor y las actividades terroristas del Estado contra sus ciudadanos; estudios sobre los campos de trabajo, los juicios de carácter político, el funcionamiento de la policía secreta, la supresión del movimiento de resistencia, de la disidencia política y elementos similares.[5]

Ciertamente, estos son aspectos fundamentales para comprender la naturaleza de la dictadura comunista, y los historiadores acertaron al centrarse en estas cuestiones. Además, aún quedan muchas formas de represión política y social que se encuentran lejos de ser investigadas y descritas de forma satisfactoria por los historiadores, tales como, por ejemplo, el abuso de la psiquiatría sobre los opositores políticos y los disidentes menos conocidos durante las décadas de 1970 y 1980.[6] Pero, en conjunto, el énfasis que se hace en estos temas hace que la imagen general del período de posguerra resulte bastante parcial, ya que retrata la dictadura comunista como un tiempo de lucha constante, represión y acciones de terror por parte de la policía secreta y del poder arbitrario del partido comunista, lo que recuerda a los paradigmas totalitarios de

4 Véase R. JAWORSKI, "Geschichtsdenken im Umbruch. Osteuropäische Vergangenheitsdiskurse im Vergleich", en A. COBREA-HOSIE, R. JARKOWSKI y M. SOMMER (eds.), *Umbruch im östlichen Europa. Die nationale Wende und das kollektive Gedächtnis,* Innsbruck, Studienverlag, 2004, pp. 27-44.

5 Véase P. KOLÁŘ y M. KOPEČEK, "A Difficult Quest for New Paradigms: Czech Historiography after 1989" , en S. ANTOHI, P. APOR y B. TRENCSÉNYI (eds.), *Narratives Unbound: Historical Studies in Post-Communist Eastern Europe,* Budapest, CEU Press, 2007.

6 Véase J. TESAŘ, *Zamlčená diagnóza (Diagnóstico reservado),* Praga, Triada, 2003.

la imaginación orwelliana y deja poco espacio a las memorias colectivas o individuales que no coinciden con esta representación.

Sin embargo, ni siquiera en los años inmediatamente posteriores a 1989, la visión del pasado reciente fue tan lúgubre como cabría deducir de la descripción previa, y existen muchos motivos para ello. Antes de abordarlos, me gustaría llamar la atención del lector sobre la estructura interna de los estudios históricos dedicados a interpretar la Primavera de Praga de 1968, por un lado, y sobre la innovación metodológica, por otro. En segundo lugar, existe un fenómeno más generalizado que remite a una interacción –cuando no un choque– entre el conocimiento histórico emanado de la Universidad y apoyado políticamente, y la rica variedad de memorias históricas que reflejan la diversidad de identidades políticas, sociales y culturales en una sociedad que se democratiza.

La generación del 68: la resistencia de la memoria

Entre los historiadores checos hay una composición generacional particular, que se hace más evidente en el ámbito de la historia reciente. Para decirlo sencillamente, tras 1989, el trabajo académico en este campo de la investigación histórica fue llevado a cabo principalmente por la generación nacida en torno a 1930, mientras que muchos miembros de la siguiente generación, los que empezaron a trabajar en las décadas de 1970 y 1980, dejaron la Universidad después de 1989. Los historiadores de una generación más joven, los nacidos en torno a 1970, que terminaron sus estudios ya bajo el régimen democrático, han empezado a publicar sus primeros libros hace poco, lo que ha llevado a frecuentes diferencias de opinión entre ellos y los historiadores que integran hoy la generación más veterana. Esta última coincide en buena medida con "la generación de 1968" o "los sesentayochistas"; los que fueron testigos o parte activa de la Primavera de Praga y, tras su extinción, partieron hacia el exilio o colaboraron con el movimiento de oposición democrática. En la mayor parte de los trabajos de historia posteriores a 1989, es evidente que su memoria y su visión histórica han prevalecido sobre la memoria y la visión del movimiento de "tercera resistencia" (los anticomunistas activos) y las víctimas de las purgas estalinistas, por ejemplo.[7]

7 Véase F. MAYER, "La prison pour passé, la résistance por mémoire: La Confédération des anciens détenus politiques", en *Mémoires du communisme en Europe centrale,* Praga, Cahiers du CEFRES, 26 (2001), pp. 121-158.

La suya es una narración histórica específica, que sostiene que el comunismo checoslovaco fue establecido a finales de la década de 1940 con ayuda de los soviéticos, aunque contó con un apoyo interno significativo; que el sistema experimentó sus primeras convulsiones políticas tras la muerte de Stalin en 1953 y ensayó durante la Primavera de Praga una reforma peculiar en nombre del "socialismo con rostro humano", para quedar totalmente desacreditado con la intervención militar dirigida por los soviéticos en 1968 y el subsiguiente establecimiento de un régimen "normalizado" personificado por Gustáv Husák, afín a Brezhnev, entre 1969 y 1989. Obviamente, la manzana de la discordia es la interpretación de los acontecimientos de 1968. Estos autores siguieron defendiendo la Primavera de Praga frente a la interpretación oficial comunista de Husák, que veía las reformas como una contrarrevolución alentada por el Occidente imperialista, y frente a quienes eran críticos con el proyecto político del "socialismo de rostro humano" y denostaban la exclusividad, la deficiente democratización y las ambiciones poco realistas del régimen de Dubček. Los sesentayochistas suelen subrayar la naturaleza democrática del movimiento y su semejanza con las ideas de *perestroika* y *glasnost* esgrimidas por Gorbachov. Algunos defienden el concepto de una "tercera vía" entre el capitalismo y el socialismo. Al margen de las implicaciones políticas, estos historiadores, reformadores comunistas ellos mismos, elaboraron una visión bastante equilibrada del contexto político y social de la Primavera de Praga, que sugiere la compleja dinámica de los hechos de 1968.[8]

A pesar de sus propios intereses políticos, estos historiadores/testigos se esforzaron en conceptualizar los cambios políticos del comunismo y en marcar las diferencias entre los diversos períodos. Así, mientras la retórica política y la estrategia legitimadora del naciente sistema democrático tras 1989 hablaba el idioma binario de la democracia frente al totalitarismo, de la libertad frente a la represión, la historiografía elaboraba un análisis más detallado y matizado, desprovisto de vínculos

8 Véase C. KURAL y otros, *Československo roku 1968, I. Obrodný proces; II. Počátky normalizace (Checoslovaquia en 1968. Vol. I, El proceso de regeneración; vol. II, Los orígenes de la normalización),* Praga, Parta, 1993. Para una visión más comprometida desde un punto de vista subjetivo y político, véanse, por ejemplo, las voluminosas memorias de uno de los políticos dirigentes del movimiento reformista, recientemente publicadas: Č. CÍSAŘ, *Paměti: nejen o zákulisí Pražského jara (Memorias. No solo sobre la trastienda de la Primavera de Praga),* Praga, SinCon, 2005.

directos con la política del momento. Poco importa si fue una ética de la investigación histórica crítica o si fue su propia adscripción política lo que llevó a la generación de 1968 a mostrarse renuente a aceptar el vocabulario de la teoría totalitarista que dominó el discurso político de los años noventa.[9] Por eso, mientras la historiografía contemporánea contribuía a la deslegitimación del régimen comunista mediante su programa general de investigaciones, la postura retórica de los historiadores individuales se oponía a la estrategia de legitimación histórica del nuevo régimen político, lo que influyó mucho en el discurso cultural e histórico público.[10] No obstante, la narrativa histórica de los sesentayochistas apenas generó consenso en la sociedad checa y recientemente un buen número de historiadores jóvenes han puesto en tela de juicio su patrón hermenéutico.

La historia de la nación como norma

En los últimos años se ha dado cierto giro hacia aspectos más sutiles y menos centralizados del pasado reciente, porque los historiadores checos ofrecen un número creciente de trabajos dedicados a cuestiones distintas de la historia política. En historia social, aparte de enfoques más tradicionales centrados en grandes instituciones o estructuras sociales como, pongamos, las Iglesias, han aparecido nuevos trabajos que pretenden estudiar la vida cotidiana, la cultura del consumo, la movilidad social y la inmigración bajo el socialismo. De manera similar, ha crecido el interés por los acercamientos a la historia oral, la historia de género, o la historia del medio ambiente, llevados a cabo principalmente por historiadores jóvenes, sociólogos históricos, antropólogos culturales e historiadores de la literatura, a menudo educados en el extranjero e inspirados por las innovaciones metodológicas de las investigaciones francesas, alemanas o americanas. La contribución de estos enfoques al mundo

9 Aunque haya subrayado la peculiaridad de la situación checa en lo tocante a la reflexión y elaboración histórica de la Primavera de Praga, es obvio que se pueden encontrar fenómenos similares desde el punto de vista estructural en otros países que tuvieron sistema comunista. Quizá lo más parecido a la Primavera de Praga sea la revolución húngara de 1956 y su reñido legado.

10 Véase una versión más elaborada del argumento en J. CUHRA y M. KOPEČEK "L'historiographie tchèque du communisme depuis 1989", *La Nouvelle Alternative,* 60/61 (2004), pp. 199-214.

académico reside en que han ayudado a crear un nuevo espacio en el que puede producirse un diálogo prolífico entre diversas narraciones históricas, perspectivas y posiciones teóricas. La superación o la reconciliación con el pasado reciente (*Vergangenheitsbewältigung*) que prevaleció al principio del período de transición, sumada a la estabilización del sistema democrático, ha originado un espacio más holgado que permite la aparición de formas de abordar este pasado menos coercitivas y más similares a un diálogo (*Vergangenheitsaufarbeitung*).

Sin embargo, aunque la estabilidad del sistema democrático en los países antiguamente comunistas fuese cuestionable, hasta ahora las innovaciones metodológicas y teóricas han venido esencialmente de estudiosos individuales, y en lugar de un debate profundo e informado, estamos presenciando una tendencia renovada a politizar la historia reciente. La investigación cimentada en teorías e innovadora en lo metodológico es minoritaria en casi todas las áreas de la historiografía; en el ámbito de la historia contemporánea es claramente marginal. Por toda la región se aprecia una escasez evidente de instituciones autónomas de estudios que puedan apoyar metodologías nuevas al margen de los centros nacionales de investigación, lo que podría alentar un debate metodológico y alumbrar estudios históricos de cimiento teórico. La "historia transnacional" o la "historia de los conceptos" todavía suenan a oídos de la mayor parte de los historiadores checos como una pérdida de tiempo más que como una labor histórica seria. En general, la ampliación de los temas abordados por los estudios históricos en la República Checa después de 1989 no ha venido acompañada de innovaciones en el razonamiento metodológico. La fuerza directora fundamental ha sido la intención de cubrir lagunas, especialmente en el pasado reciente, y esto ha reforzado la historia política a expensas de otros campos. Por lo tanto, la "liberalización" de la historia tras 1989 ha supuesto la restitución de modelos conceptuales antiguos antes que la introducción de modelos nuevos.[11]

Es evidente que, más allá de alguna disputa agria *ad hominem,* falta una reflexión autocrítica sobre la función desempeñada por la historio-

11 Una de las escasas iniciativas que han intentado modificar la situación en la República Checa ha sido la publicación desde 2003 de una revista de teoría histórica, *Dějiny, teorie, kritika (Historía, teoría, crítica)* por parte del Instituto T. G. Masaryk y del Instituto de Historia Contemporánea.

grafía y su connivencia con el Estado comunista que abra el camino a un muy necesario examen de la disciplina desde el punto de vista teórico. El materialismo histórico marxista ha sido revisado en profundidad por los estudiosos de la historia medieval y moderna, áreas en las cuales la tradición marxista se consideraba parte fundamentada del debate. En la historia más reciente, por el contrario, la tradición marxista ha sido ignorada por completo o descartada unilateralmente como mera "ideología".[12] Como el legado del marxismo no ha sido suficientemente evaluado, los enfoque teóricos nuevos que proceden de la reciente historia cultural y social son sospechosos de representar un retorno del marxismo disfrazado y, en consecuencia, una "violación de la historia". A estos trabajos que, potencialmente, desafían la visión unilateral del pasado totalitario se les acusa frecuentemente de lavar la imagen de la dictadura comunista y, por lo tanto, se consideran "revisionistas" en el sentido negativo del término. La creencia en una investigación puramente objetiva y en la posibilidad de separar las "mentiras" de "la verdad" es característica de la mayor parte de la historiografía checa, y un fenómeno presente en muchos otros países poscomunistas. La consecuencia ha sido, particularmente en el caso de la historia contemporánea, una escritura descriptiva, orientada a los hechos, cuyos intentos de explicación derivan, muchas veces inconscientemente, de una forma simplificada de la teoría del totalitarismo.

La falta de reflexión acerca del pasado de la historiografía ha facilitado la supervivencia de ciertos modelos de explicación y algunos conceptos filosóficos. Adaptados a las condiciones posteriores a 1989, algunos patrones de interpretación más allá de lo explícitamente ideológico han demostrado ser sorprendentemente duraderos. En 1988, Eva Hahn encontró semejanzas entre la historiografía marxista-leninista oficial y la historiografía disidente no oficial. Ambas obedecían a una narrativa centrada en la nación, a una noción teleológica y monista de la historia, y partían de una representación extremadamente polarizada del pasado.[13] Con una tradición que se remonta a los movimientos nacionalistas del siglo XIX, favorecida por el regreso de una política centrada en el Estado-nación, para muchos compañeros historiadores el antiguo

12 Véase P. KOLÁŘ y M. KOPEČEK, "A Difficult Quest for New Paradigms", art. cit.

13 E. SCHMIDT-HARTMANN, "Forty Years of Historiography under Socialism in Czechoslovakia. Continuity and Change in Patterns of Thought", *Bohemia,* 29, 2 (1988), pp. 300-324.

paradigma de la historia nacional se convirtió, consciente o inconscientemente, en la única salida frente al abismo ideológico tras el colapso de la dictadura comunista.

La reconstrucción de la historia nacional y la rehabilitación de algunos de sus elementos y tradiciones, parcialmente suprimidos o distorsionados, fueron tareas apremiantes en todos los países de la Europa central y oriental después de 1989. Las dificultades del estudio académico de la historia se vieron incrementadas por la compleja reforma política y económica tras el comunismo, que en buena medida, subordinó la reconstrucción de las culturas históricas a los procesos de restablecimiento del Estado, y en ocasiones de la nación. La "reedificación de la soberanía nacional histórica", para utilizar las palabras de R. Jaworski, se convirtió en una prioridad evidente entre los historiadores en Europa central y oriental. Despojarse de la ceñida chaqueta marxista-leninista no llevó a un examen crítico de las persistentes narrativas históricas nacionales ni al reconocimiento de cierta diversidad bajo la superficie de las historias nacionales aparentemente unificadas.[14]

Esta tendencia adopta diversas manifestaciones entre los historiadores: desde un esfuerzo concertado para cultivar una "conciencia histórica nacional", para promover un "concepto positivo" de la historia nacional y solidificar la identidad nacional en el contexto de la ampliación europea; hasta el análisis histórico que, de manera inconsciente aunque no menos problemática, toma como punto de partida natural, indiscutido, el Estado-nación (cuando no es la comunidad nacional definida desde un punto de vista étnico o cultural).

Pocos historiadores de la historia reciente (que en el contexto checo suele coincidir con el período posterior a 1938) suscribirían una postura militante en defensa de la nación; sin embargo, el segundo caso, la aceptación sin objeciones del paradigma histórico que tiene por eje la nación, es muy común entre ellos. Un ejemplo de esta actitud se halla en la falta de perspectiva supranacional dentro del programa investigador. Casi no existen proyectos de estudios comparados al margen de

14 R. JAWORSKI, "Geschichtsdenken im Umbruch...", art. cit. Para un contexto más amplio de la redefinición de la identidad nacional al principio del período de transición, véase la obra del antropólogo cultural L. HOLÝ, *The Little Czech and the Great Czech Nation. National identity and Post-Communist social Transformation,* Cambridge, Press Syndicate of the University of Cambridge, 1996.

las numerosas conferencias bilaterales o multilaterales, en las cuales los representantes de varios países presentan sus "casos nacionales". Esto sorprende todavía más en el caso de Checoslovaquia, donde los historiadores checos omiten a menudo la porción eslovaca de su estudio argumentando que deberían ocuparse de ella sus colegas eslovacos. Paralelamente, los expertos eslovacos se concentran en la cuota eslovaca de la historia checoslovaca, y para lo que atañe al contexto "checoslovaco", se remiten a la producción histórica checa.

Nostalgias concurrentes

El dominio "absolutista" del paradigma histórico nacional es inequívoco. Coincide, además, con el "memorialismo", vital y creciente a fines del siglo XX y comienzos del XXI, el "auge de la memoria", como dijo Pierre Nora, a escala mundial, y la paralela democratización y progresiva autonomía de la memoria histórica en la sociedad moderna a lo largo de los últimos veinte años.[15]

Sin duda, el efecto democratizador de las numerosas iniciativas populares que pretenden dar voz a testigos antes silenciosos de los acontecimientos históricos es perceptible en la República Checa y también en países de su entorno; y se produce, sobre todo, en el ámbito de la historia reciente. El discurso público político y cultural refleja diversas memorias históricas que reflejan la relativa pluralidad de identidades políticas y sociales en el seno de la sociedad checa, aunque no todas estas memorias están representadas por igual. En cualquier caso, la inmensa variedad de memorias presente en la sociedad a menudo ha sido discordante con las narrativas históricas claramente delimitadas y de orientación política durante los años noventa.[16]

Esto constituye el fondo social del fenómeno conocido como *Ostalgia,* o nostalgia del Este,[17] la añoranza de la seguridad perdida y la aparente simplicidad de la vida bajo el régimen paternalista del socialismo

15 P. NORA, "Gedächtniskonjunktur", *Transit,* 22 (invierno 2001/2002), pp. 18-31.

16 Véase F. MAYER, *Les Tchéques et leur communisme: Mémoires et identités politiques,* París, Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales, 2004.

17 El neologismo *Ostalgia* funde las palabras "Este", en alemán "der Ost", y "nostalgia". [N. de la T.]

tardío. El recuerdo vivo de un modo de vida relativamente tranquilo y predecible contrasta con las condiciones del capitalismo, en ocasiones salvaje, que ha creado la transformación neoliberal del mercado libre desde 1989, y con la visión oscura del infierno estalinista totalitario que domina el discurso cultural público. El sentido común, la capacidad para un examen crítico y las fotos agradables en los álbumes familiares bastan para revelar que la vida bajo el antiguo socialismo estatal era más compleja y menos áspera que ese imaginario imperio del mal con agentes secretos escondidos en cada esquina.

La *Ostalgia* nació en la Alemania oriental, la antigua República Democrática Alemana, en parte como reacción a la crisis identitaria de la población germano-oriental tras su unificación con la República Federal de Alemania. Como vía para articular la diferencia entre alemanes y alemanes, se ha visto favorecida por los recientes avances en tecnología de la comunicación, especialmente Internet.[18] Ha sido un fenómeno del cambio de siglo que alcanzó su cima con el éxito de ventas de la novela *Zonenkinder,* de Jana Hensel, en 2002 y la película de 2003 *Good Bye, Lenin,* de Wolfgang Becker, la visión nostálgica con un toque irónico del reciente pasado socialista y halló muchos seguidores entusiastas en otros países excomunistas. Las raíces políticas de la *Ostalgia* son perceptibles en sus variadas representaciones; sin embargo, resulta difícil concebirla como "el último bastión en la RDA (o en Europa del Este, en realidad) de la resistencia frente a Occidente", o el anhelo por el retorno del socialismo como realmente fue.[19] Algunos analistas entienden la *Ostalgia,* especialmente fuera de su contexto específicamente alemán, como una manifestación de la impostura cultural posmoderna y como una provocación inofensiva de la contracultura, aunque sostienen que tanto los textos literarios, las películas y otras obras de arte como los sofisticados museos virtuales o las tiendas nostálgicas en Internet permanecerán ligados siempre al poder político y su lenguaje.[20]

18 Véase P. COOKE, "Surfing for Eastern Difference. *Ostalgie,* Identity and Cyberspace", *Seminar –A Journal for Germanic Studies,* 40, 3 (septiembre de 2004), pp. 207-220; M. BLUM, "Remaking the East Germany Past. *Ostalgie,* Identity and Material Culture", *The Journal of Popular Culture,* 34, 3 (invierno de 2000), pp. 229-253.

19 Véase P. BETTS, "The Twilights of the Idols. East German Memory and Material Culture", *The Journal of Modern History,* 72, 3 (septiembre de 2000), pp. 731-765.

20 Para la situación checa, véase M. FRANC, "Ostalgie v Čechách" ("*Ostalgia* en Bohemia") en A. GJURIČOVÁ y M. KOPEČEK (eds.), *Kapitoly z dějin české demokracie*

Desde esta perspectiva, la *Ostalgia* forma parte de la "nostalgia reflexiva", por utilizar la denominación de Svetlana Boym.[21] La nostalgia reflexiva, melancólica, irónica y juguetona por definición, no persigue fines políticos expresos, sino que habita en la ambigüedad de los anhelos y gregarismos humanos. Intenta mediar entre la historia y el transcurso del tiempo abriendo un sinfín de potenciales materias históricas. La nostalgia reflexiva, contrariamente a la "nostalgia reparadora", no rehúye las contradicciones de la modernidad, sostiene Boym, sino que proyecta dudas sobre las verdades absolutas de los programas políticos e ideológicos. Así, la *Ostalgia*, lejos de ser un programa político, carece de propósitos específicos y explora modos de habitar diversos espacios simultáneamente e imaginar diferentes tiempos; se aleja de los símbolos políticos definidos y se sumerge en los detalles y las huellas materiales del pasado. En su mejor versión, la nostalgia reflexiva propone un reto ético y creativo al discurso cultural y/o político mayoritario.

La visión esencialmente comprensiva y tolerante de la *Ostalgia* no es compartida, sin embargo, por muchos activistas políticos de la región. La exitosa gira internacional de la *Ostalgia* alemana por toda Europa central y oriental, alentada por la moda del *kitsch* socialista tardío en la cultura popular, ha generado un movimiento de rechazo que incluye a numerosos activistas anticomunistas y antiguos disidentes, pero también a muchos intelectuales y políticos jóvenes. Sienten la urgencia de oponerse a esta versión edulcorada de la historia del régimen comunista, que subraya el modo de vida mayoritario, aparentemente carente de problemas, en los últimos años del período socialista aunque, de hecho, en opinión de sus críticos, encubre la complicidad de parte significativa de la población con el régimen criminal. En el caso checo, este sentimiento se ve notablemente reforzado por la insólita supervivencia de un partido comunista no reformado, que durante más de quince años ha obtenido la mayoría de los votos de protesta en todas las elecciones generales. No son solo los anticomunistas más aguerridos quienes se sienten ofendidos por sus panegíricos revisionistas sobre los efectos beneficiosos del estado de bienestar paternalista del socialismo

po roce 1989 (Capítulos de la historia de la democracia checa tras 1989), Praga, Litomyšl, Paseka, 2007, pp. 189-212.

21 S. BOYM, *The Future of Nostagia,* Nueva York, Basic Books, 2001.

estatal, ignorando la represión política y social que lo acompañó, o por su apoyo directo y expreso a varios dictadores actuales.[22]

La frustración política causada por la subsistencia de entidades políticas con raíces más o menos declaradas en el Estado de partido único provoca una crítica áspera a la *Ostalgia*, que supuestamente difumina la línea divisoria entre el presente y el pasado e ignora los grandes defectos morales del antiguo sistema comunista. Desde este punto de vista, la *Ostalgia* constituye una banalización inaceptable de la realidad, poco importa si sus motivos son de naturaleza política o si se alimenta de una tendencia popular a la nostalgia y de incentivos contraculturales.[23]

En los últimos dos o tres años se ha iniciado una nueva y urgente ronda de debates sobre política de la historia en Europa central y oriental y no es casual que surja a la vez que los crecientes sentimientos políticos anticomunistas. El legado de las Revoluciones de Terciopelo de 1989 siempre ha sido motivo de conflicto entre diversas fuerzas políticas y las imágenes del pasado comunista extraídas de los archivos de la policía secreta han sido una cuestión muy controvertida desde el restablecimiento de la democracia en la región.[24] Tras la formación de un gobierno polaco de coalición en 2005 liderado por Ley y Justicia, la politización del pasado comunista alcanzó un nuevo clímax. La encendida polémica sobre la tercera *Rzeczpospolita* en Polonia,[25] y las críticas vehementes de la derecha al compromiso consensuado en 1989 entre las antiguas y las nuevas elites políticas simbolizan la escisión entre la memoria del período comunista y su potencial explosivo en política.

22 Una de las expresiones más recientes de esta línea de crítica en la República Checa se puede encontrar en A. DRDA y P. DUDEK, *Kdo ve stínu čeká na moc. Čeští komunisté po listopadu 1989 (Esperando el poder en la sombra. Los comunistas checos tras noviembre de 1989),* Praga, Paseka, 2006.

23 Ibídem, pp. 147-167. Los autores subrayan la dimensión política de esta recuperación cultural nostálgica, que en el caso checo viene de manos del actual partido comunista.

24 Véase el brillante estudio que se centra en la política simbólica en Hungría antes y después de 1989 de I. RÉV, *Retroactive Justice. Prehistory of Post-Communism*, Stanford, Stanford University Press, 2005.

25 *Rzeczpospolita* es uno de los términos empleados históricamente para designar al Estado polaco. *Rzecz* significa 'cosa', *res* en latín; y *pospolita* significa 'común', es, por lo tanto, el equivalente polaco de la *res publica*. La primera *Rzeczpospolita* polaca fue la monarquía electiva vigente de 1569 a 1795, la segunda fue la república de entreguerras, y la tercera comenzó en 1989. [N. de la T.]

La discusión sobre el pasado en Polonia es la más característica e ilustrativa de toda Europa central y oriental. A causa del amplio apoyo social del movimiento de Solidaridad y de la función desempeñada por la Iglesia católica, son varias las formaciones políticas que se proclaman herederas únicas del legado de la resistencia anticomunista. En diversos ámbitos culturales como la investigación histórica universitaria, la educación política, la legitimación del orden democrático, y en último lugar pero no por ello menos importante, la redefinición de la identidad nacional, se desarrollan disputas concurrentes que giran en torno a un solo dilema: hasta qué punto debe intervenir el Estado en la interpretación de la historia. Un bando, integrado principalmente por autores conservadores y de tendencias derechistas, argumenta que el Estado debe tomarse en serio una política de la historia (*polityka historyczna*) y debe esforzarse por promover una interpretación histórica positiva con una visión moral clara del pasado reciente en la sociedad. Proclaman que la falta de una política de esa naturaleza tras 1989 y el escepticismo de las clases dirigentes de la Tercera República frente a la memoria histórica colectiva y la identidad nacional pusieron en peligro el proyecto de una modernización liberal y la legitimidad del sistema democrático. El otro bando en el debate, compuesto mayoritariamente por historiadores y por intelectuales de izquierdas concentrados en torno al periódico *Gazeta Wyborcza,* previene contra lo que se percibe como un concepto instrumental del pasado, en el cual la historia se utiliza como herramienta para un proyecto de construcción de una identidad colectiva. Acusan a los partidarios de una política activa de la historia de recuperar las fantasías nacionalistas del siglo XIX y critican la correspondiente moralización del discurso histórico.[26]

Sin entrar en los detalles del debate polaco, analizado por Rafał Stobiecki, mi intención es atraer la atención sobre la retórica nostálgica empleada por los valedores de una política histórica activa por parte

26 Véanse R. STOBIECKI, "Historians Facing Politics of History. The Case of Poland", en M. KOPEČEK (ed.), *Past in the making. Historical revisionism in Central Europe after 1989,* Budapest/Nueva York, Central European University Press, 2008, pp. 179-196; y obras como la de D. GAWIN y P. KOWAL (eds.), *Polityka historyczna. Historycy-politycy-prasa* (*Política de la historia. Historiadores, políticos, prensa*), Varsovia, Muzeum Powstania Warszawskiego, 2005; R. KOSTRO y T. MERTA (eds.), *Pamięć i odpowiedzialność* (*Memoria y responsabilidad*)*,* Cracovia/Breslau, OPM, 2005; P. KOSIEWSKI (ed.), *Pamięć i polityka zagraniczna* (*Memoria y política exterior*)*,* Varsovia, Fundacja im. Stefana Batorego, 2006.

del Estado. Están convencidos de que tanto el concepto que los polacos tienen de sí mismos como la imagen que proyectan en el exterior están distorsionados por la propaganda política comunista y por la actual negligencia de las elites políticas y culturales de la Tercera República. En consecuencia, sostienen, el legado histórico de la nación debería ser reconstruido por completo sobre la base de "una comprensión verdadera y correcta de la historia", y debería limpiarse de las falacias comunistas. Sienten la necesidad de defender la tradición romántica polaca, de subrayar la tradicional lealtad nacional al catolicismo y la Iglesia, y promover la idea de los polacos como luchadores europeos por la libertad contra el despotismo y el totalitarismo de izquierdas y derechas, idea representada por la resistencia anticomunista del Ejército Interior, por los exiliados tras 1945, por la disidencia democrática y por Solidaridad.[27] Estos motivos y figuras retóricas, además de manifestar el deseo de cultivar activamente la memoria nacional, dan testimonio de una nostalgia poderosa de la supuesta época dorada de la nación que se identifica con una combinación de la Polonia previa a la partición y de la Segunda República en el período de entreguerras. Este tipo de política de la historia encaja claramente en la otra categoría nostálgica descrita por Svetlana Boym, la "nostalgia reparadora", que, en nombre de un retorno a los orígenes, pretende una reconstrucción del hogar perdido ajena al devenir histórico. Contrariamente a lo que sucede con la nostalgia reflexiva, la reparadora no se ve a sí misma como nostalgia sino como la verdad, y como la reparación de la tradición auténtica, una forma de tratar la historia que protege las verdades absolutas frente a supuestas interpretaciones desviadas. Tejiendo principalmente dos materiales, el regreso a los orígenes y la teoría de la conspiración, la nostalgia reparadora trata la historia como un relato de lucha entre el bien y el mal, una narración en la que se omiten la ambivalencia y complejidad

27 Véase una disputa típica en el Instituto de Memoria Nacional en abril de 2006, particularmente las intervenciones de los representantes de dicho Instituto, Janusz KURTYKA y Jan ŻARYN, y del historiador y editor de la revista *Arcana,* Andrzej NOWAK en "Czy Polsce potrzebna jest polityka historyczna?" ("¿Necesita Polonia una política de la historia?"), *Biuletyn IPN,* 5 (64) (mayo de 2006), pp. 3-33. Para una crítica, véase lo dicho por Arkadiusz Rybicki, ibídem; o por A. ROMANOWSKI, "Kłamstwo I banał polityki historycznej" ("Mentiras y banalidades de la política de la historia"), *Gazeta Wyborcza,* 15 de julio de 2006, descargado de la web wyborcza.pl el 8 de agosto de 2006.

de la historia y la especificidad de la situación moderna.[28] En Polonia, algunos de los partidarios actuales de una política de la historia activa por parte del Estado son valedores conscientes de la teoría del interludio, que concibe el período comunista como una distorsión extranjera e inorgánica de la historia nacional que debe ser rectificada.

Esta tendencia no solo se encuentra en Polonia, donde es muy evidente, sino en toda Europa central y oriental. Los fuertes sentimientos anticomunistas de raíz política y cultural se mezclan con el paradigma de la historia nacional irreflexiva y con el auge del memorialismo para alumbrar una noción vaga de la memoria nacional de cimientos claramente nacionalistas, que se está convirtiendo en parte esencial del discurso político en la región entera. Esto no significa que el concepto de *memoria nacional* sea de reciente aparición, ya que posee un pedigrí que se remonta a los movimientos de disidencia anticomunista, en los que una parte significativa de la oposición consideraba que cultivar la memoria nacional era una herramienta útil para hacer frente a la amnesia impuesta por la narrativa histórica oficial del comunismo y a la desvergonzada manipulación de la investigación histórica y de la educación.[29] Sin embargo, el concepto ha ganado una nueva dimensión con la existencia de los llamados institutos de memoria nacional en Polonia y Eslovaquia, y el establecimiento previsto de una institución parecida en la República Checa. Contrariamente a lo sucedido antes de 1989, cuando el concepto moralizante de *memoria nacional* con rasgos característicamente conservadores se agitaba como estandarte en la lucha contra el poder despótico de los disidentes oprimidos, hoy se ha convertido en parte de una política de la historia organizada y dirigida por el Estado.

28 S. BOYM, *The Future of Nostalgia, op. cit.;* véase también el clásico sobre el uso moderno de la tradición: E. HOBSBAWM y T. RANGER (eds.), *The Invention of Tradition,* Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

29 En el contexto checoslovaco, el ejemplo más célebre, que suscitó una discusión muy prolongada, fue el documento de Carta 77 "El derecho a la historia", de mayo de 1984, publicado en V. PREČAN, (ed.), *Charta 77. 1977-1989. Od morální k demokratické revoluci (Carta 77. 1977-1989. De la revolución moral a la democrática)*, Scheinfeld-Schwarzenberg, Bratislava, Archa, 1990, pp. 254–257. La crítica a la dictadura comunista y a los años de "normalización" checoslovaca como un "régimen del olvido" tiene una historia muy larga. Tal vez el ejemplo más conocido sea la famosa novela de Milan KUNDERA, *El libro de la risa y el olvido,* de 1979.

Memoria nacional de nuevo estilo

El propósito central de los institutos de memoria nacional es recopilar y procesar el volumen casi inmanejable de material archivístico producido por la policía secreta y por otras instituciones represivas durante el Estado totalitario, que en Polonia y Eslovaquia, igual que en la propuesta checa, abarca el período comunista y, tras enconados debates, también los años de la Segunda Guerra Mundial. Estas instituciones y sus defensores siguen el modelo del Gauck-Behörde en Alemania, que se creó en 1990 y debe su sobrenombre al primer comisionado federal para los registros del servicio de seguridad nacional (cuyas siglas alemanas son BStU) de la antigua RDA: el pastor y activista de los derechos humanos Joachim Gauck. Este organismo especializado sistematizó y procesó los archivos de la Stasi (*Staatssicherheitsdienst*), la policía secreta mejor documentada en el antiguo bloque del este. Sin embargo, a pesar de la referencia al caso alemán y pese a que los valedores de estos nuevos institutos afirmen que la mención de "memoria nacional" en sus denominaciones es solo un reclamo, sin significado real, el nombre en sí junto con el momento y el contexto político los diferencian mucho del modelo alemán.

El BStU se define a sí mismo como un órgano de documentación y archivo cuyo cometido principal es la elaboración de la historia de la Stasi, la antigua policía secreta comunista. En lo que se refiere a su actividad social y cívica, pretende participar activamente en la educación política general, porque mostrar "la estructura de las dictaduras, cómo viven las personas en una dictadura y también cómo pueden convertirse en sus cómplices tiene una importancia notable en la formación de convicciones y competencias democráticas".[30] El BStU es un organismo gubernamental con competencias definidas que no pretende adoptar la función de institución de investigación histórica, y aún menos plantearse cualquier proyecto de construcción identitaria. Este caso tiene poco que ver con los otros institutos de memoria nacional de Europa central y oriental. Concretamente, la declaración de intenciones del Instituto de Memoria Nacional (IMN) de Polonia, igual que el proyecto de ley para crear un instituto similar en la República Checa, define su misión como la de recordar –y en Polonia también perseguir– "crímenes contra la nación", crímenes comunistas y nazis, crímenes de guerra y crímenes

30 Véase su web oficial www.bstu.bund.de (consultada el 7 de diciembre de 2007).

contra la humanidad y preservar la "tradición patriótica de la lucha contra los invasores, el nazismo y el comunismo".[31] Envolver una investigación histórica específica –y necesaria desde cualquier punto de vista– en esta retórica nacionalista impregnada de emotividad y en el blanco y negro de una meta-narración histórica indica la diferencia entre estos institutos y el BStU.

Sin embargo, por fácil que resulte, sería erróneo desdeñar los institutos de memoria nacional en Europa central y oriental como la última ocurrencia de los nacionalismos. Es preciso distinguir varios aspectos de la cuestión para comprender mejor los propósitos y la repercusión de los institutos en el discurso político reciente y en las culturas históricas locales.

Desde un punto de vista práctico, el objetivo de los partidarios de un IMN es reunir, desclasificar, procesar electrónicamente y hacer accesibles al público los datos de los archivos del aparato represivo comunista o totalitario. Los valedores checos del IMN aciertan al argumentar que hasta ahora el acceso a muchos de estos materiales (generalmente controlados por los ministerios clave) ha sido muy difícil, restringido a unos pocos escogidos. Sostienen que el volumen y la complejidad de los materiales exigen una reorganización completa, y para ello debería crearse un organismo con una financiación sustancial por parte del Estado. Se puede añadir que el trabajo de los organismos ya existentes, con recursos humanos y financieros limitados, ha sido muy poco satisfactorio hasta la fecha, especialmente en los casos checo y eslovaco.[32]

Hay también una motivación política y moral que ha sido un principio rector para Joachim Gauck y para el fundador del IMN eslovaco, el antiguo disidente Ján Langoš. En concreto, la necesidad de revertir la lógica de los procedimientos empleados, que estigmatizaban a las víctimas de los crímenes contra los derechos humanos y civiles en lugar de señalar a los culpables: los oficiales de la policía secreta.[33] Esto solo sería

31 Véase www.ipn.gov.pl; el proyecto checo está en www.upn.cz/store/185.doc (ambos consultados el 7 de diciembre de 2006).

32 Las páginas web que ofrecen partes (muy incompletas) del debate público en la República Checa son www.aktualne.usd.cas.cz/index.php, y www.upn.cz/view.php?page=polemika.

33 Véase la última entrevista de Ján Langoš antes de su trágica muerte: "Chceme se zaměřit na pachatele" ("Inclinarse ante el culpable"), *A2,* 24 (2006), descargado de la web www.tydenika2.cz el 30 de agosto de 2006.

posible tras una sistematización electrónica de los archivos, que facilitaría la reconstrucción parcial del grueso de documentos destruidos durante los tiempos confusos de las revoluciones incruentas de 1989. En opinión de sus defensores, el IMN debería generar una afirmación inequívoca sobre la maquinaria criminal del Estado comunista y sobre los culpables individuales que sirviera de recordatorio de los tiempos dictatoriales para futuras generaciones. El manejo imparcial y la apertura de los archivos de la policía secreta se entiende así como parte indispensable del desarrollo democrático tras el totalitarismo, un proceso que recuerda a las comisiones sudafricanas de paz y reconciliación después del *apartheid*.[34] La idea de Gauck era que el esfuerzo por recordar se convirtiese en una empresa terapéutica que pudiese desembocar en una enseñanza colectiva esencial para la responsabilidad cívica democrática y la comprensión de la sociedad como una comunidad moral. Simultáneamente, hacía hincapié en que la apertura de los archivos no debía implicar nuevas cazas de brujas anticomunistas y en que la recuperación de historias de colaboración, de traición, de complicidad o resistencia y de coraje no establecería "la justicia y la verdad" sino solo un poco más de justicia y un poco más de verdad con respecto al pasado reciente.[35]

En toda esta situación hay, además, un aspecto social que no debe pasarse por alto. En los últimos años ha crecido una nueva generación de historiadores e investigadores que encaran dificultades para encontrar empleo en las instituciones existentes. Como demuestran claramente los cientos de plazas que ha creado el IMN polaco para la investigación de la historia reciente, hay muchos más jóvenes titulados universitarios que puestos de trabajo relacionados con la investigación y la enseñanza, lo que origina un lógico conflicto generacional que a veces adopta la forma simplificada de jóvenes conservadores contra los funcionarios de

34 Una comparación de las comisiones de la verdad y los institutos de memoria nacional supera el alcance de este trabajo. Sin idealizar la repercusión de las comisiones de la verdad, parece obvio que hay una diferencia de partida entre el intento de crear nuevas formas de solidaridad social y de sentimiento comunitario mediante la admisión organizada de la verdad y un proceso basado en los vestigios documentales del aparato represivo. Véase R. L. NYTAGODIEN y A. G. NEAL, "Collective Trauma, Apologies, and the Politcs of Memory", en *Journal of Human Rights,* 3, 4 (diciembre de 2004), pp. 465-475.

35 J. GAUCK, "Akten und Gerechtigkeit. Gedanken zum Umgang mit der Vergangenheit", en *Plädoyers für Gerechtigkeit,* Rostock, University of Rostock, 1994, p. 17.

más edad, comunistas (reformados) y supuestos cómplices que todavía ostentan cargos con amplio poder de decisión.

Y, finalmente, hay un elemento conceptual que constituye la preocupación central de este trabajo y que suscita críticas en los países interesados: ¿por qué la noción de *memoria nacional* tiene que ir vinculada a un organismo que es básicamente un archivo y que se ocupa de un material muy específico, extremadamente problemático y solo parcialmente relevante desde un punto de vista histórico general, es decir, los documentos producidos por los servicios de seguridad comunistas?

Desde una perspectiva más amplia, la idea de una institución centralizada y promovida por el Estado plantea muchas cuestiones. Los filósofos políticos liberales, empezando por John Locke e Immanuel Kant, eran escépticos frente al concepto de *memoria histórica*. La democracia liberal es un sistema político horizontal cuyo desarrollo y estabilidad dependen de cierta amnesia histórica en lo que se refiere a la polis.[36] La memoria histórica se relaciona con las identidades y, por lo tanto, con valores y normas básicas. En cuanto elemento claramente vertical, dentro de la democracia liberal la memoria histórica solo podría ser representada y sostenida por grupos, por partidos o movimientos políticos, por iniciativas cívicas, familias o por ciudadanos individuales, pero jamás por el Estado o la nación en conjunto. Así, un organismo estatal cuyo propósito principal sea cultivar una memoria nacional, cualquiera que sea su base, supone un paso evidente hacia una política cultural dirigida por el Estado que amenaza potencialmente con socavar la posición social y el acervo cultural de los grupos y estratos sociales o políticos que no ejerzan influencia directa en el Gobierno.

Esto nos lleva a otro aspecto del problema, el posible abuso de este organismo por parte de las autoridades. Pese a los argumentos de los partidarios de un IMN sobre los objetivos básicos de archivo e investigación y sobre su neutralidad política, la mera existencia de una entidad con recursos financieros y humanos tan notables (en Polonia el IMN cuenta con 1400 empleados a tiempo completo) genera forzosamente la tentación de elevarla a la categoría de verdadero árbitro de la memoria histórica de la nación y emplearla con fines políticos. En los debates tras

36 En el contexto centroeuropeo véase, por ejemplo, M. KROL, *Liberalizmus strachu a liberalizmus odvahy (Liberalismo del miedo y liberalismo del coraje),* Bratislava, Kalligram, 1999, especialmente pp. 158-177.

el acceso al Gobierno de la coalición Ley y Justicia en 2005, muchos intelectuales polacos liberales y de izquierdas afirmaron que precisamente ese era el caso que se daba en la Polonia actual. La institución, que inicialmente se ocupaba de la investigación y la educación, con numerosas credenciales académicas (como la causa de Jedwabne, por ejemplo) y una aportación considerable de investigación y producción erudita, ha sido utilizada recientemente en la lucha cultural al servicio del Gobierno conservador. Además, en virtud de una nueva ley elaborada por diputados conservadores jóvenes, el IMN se convirtió (para horror de sus muchos empleados) en una institución supervisora de la nueva ronda de depuraciones, inaudita por sus dimensiones y cuestionable por su dudosa legalidad.

La vulnerabilidad de la institución queda también probada en el caso del IMN eslovaco. Por un pacto dentro del Gobierno de coalición, la elección del director del IMN recayó en el Partido Nacional Eslovaco, nacionalista y antihúngaro. El escogido fue un historiador treintañero entre cuyos trabajos previos se contaba una rehabilitación parcial del Estado eslovaco pronazi en tiempos de guerra y de su presidente Jozef Tiso. Su primera decisión al frente del IMN, anunciada en su segundo día en el cargo, es un proyecto que pretende documentar la persecución y expulsión de población eslovaca por las autoridades húngaras después del llamado Primer arbitraje de Viena en noviembre de 1938.

Por contraste, cabe mencionar el caso de Hungría, donde la historia reciente forma parte de la lucha política e ideológica y de la retórica política en igual medida que en Polonia o la República Checa.[37] Además, cuando comenzaron los disturbios en las calles de Budapest durante el otoño de 2006, la rivalidad política por dominar el discurso histórico y adquirir credibilidad patriótica alcanzó en ocasiones una intensidad notable. No obstante, los Archivos Históricos de la Seguridad del Estado Húngaro, que carecen de objetivos políticos tanto en su nombre como en la definición de su cometido, funcionan como un organismo encargado de la inspección y manejo de los documentos del aparato de

37 Véase A. MINK, "The Revisions of the 1956 Hungarian Revolution", en M. KOPEČEK (ed.), *Past in the making. Historical revisionism in Central Europe after 1989, op. cit.*, pp. 169-178; véase también F. LACZÓ, "The Many Moralists and the Few Communists. Approaching Morality and Politics in Post-Communist Hungary", ibídem.

seguridad comunista. Hasta la fecha, los Archivos Históricos han servido a intereses principalmente profesionales y jurídicos y no se han visto involucrados directamente en controversias políticas.

Finalmente, hay una conexión –sumamente sospechosa desde un punto de vista académico– entre el anticomunismo político y cultural, el paradigma recuperado de la historia nacional y la vigorosa cultura de la memoria. El proyecto de ley checo para un IMN[38] se remite, naturalmente, a ley de 1993 que declaró ilegal el régimen comunista, la cual simbolizó la estrategia básica de legitimación de la naciente democracia checa frente al incómodo legado comunista en los primeros años de la transición. La propia redacción del proyecto de ley actual, igual que las declaraciones públicas de muchos de sus partidarios, guarda una relación muy estrecha con el discurso legitimador de principios de la década de 1990. El objetivo explícito es fundar una institución estatal "conocedora de la necesidad de asumir (*vyrovnat se*) el régimen comunista" para proporcionar a la sociedad una narrativa histórica ejemplar que guarde "memoria del inmenso número de víctimas, pérdidas y daños que la nación checa y otras naciones dentro del territorio de la República Checa sufrieron durante el período de falta de libertad (*nesvobody*)".[39]

El documento que promulga el proyecto de ley y las declaraciones de algunos partidarios del IMN beben del lenguaje binario típico de la teoría simplificada del totalitarismo y de la imagen mítica de una nación integrada, unificada, el lenguaje del deber moral para con la comunidad nacional. Suyos son los conceptos político-morales de *crimen*,

38 Este artículo se presentó para su primera publicación en marzo de 2007. Más adelante, ese mismo año, el Parlamento checo aprobó la ley que preveía la creación del instituto en enero de 2008. Hubo varias enmiendas a la ley como resultado del debate público y político. Muchas de esas enmiendas estaban relacionadas con detalles técnicos que en ocasiones revestían gran importancia, como el procedimiento de elección de la junta directiva del instituto. Otra enmienda incluyó un cambio de nombre: el Instituto de Memoria Nacional se llamaría Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios. El nombre final, algo menos problemático que el anterior, fue una concesión parcial a las críticas que el proyecto de IMN había suscitado en medios académicos y políticos. Sin embargo, al margen de la denominación, los argumentos principales, la terminología fundamental y la exposición de motivos en el preámbulo de la ley permanecieron intactos. Así, a pesar de los cambios ya mencionados, los argumentos del presente estudio relativos al desarrollo general del discurso histórico y a su contexto cultural y político siguen siendo válidos.

39 Véase el preámbulo del proyecto de ley en http://www.upn.cz/store/185.doc (consultado el 7 de diciembre de 2007).

culpabilidad o *sufrimiento*, y también la convicción que los acompaña, según la cual es posible establecer una auténtica "verdad histórica". También resulta significativo que se haya modificado la expresión de la necesidad de "asumir" el pasado comunista, sustituyendo la forma imperfectiva *vyrovnávání se* por la perfectiva *vyrovnání se,* lo que sugiere que es posible llevar el proceso hasta un estadio final, por ejemplo, una purga posrevolucionaria de cualquier vestigio del pasado comunista en el discurso histórico y, en consecuencia, también en el discurso político público.[40] Todo esto prueba que la creación del IMN checo es un proyecto de memoria colectiva específica cuyas motivaciones son sobre todo políticas. Contrariamente a lo que afirman sus valedores en el ámbito académico, estos proyectos están lejos de impulsar un análisis histórico imparcial, distanciado y objetivo que busque reconstruir y comprender, aunque no justificar, los acontecimientos del pasado, por perturbadores que resulten. La política de la memoria intenta reemplazar los estudios científicos serios e imponer una interpretación unificada incluso sobre argumentos sólidos.

Tales iniciativas no deben ser desdeñadas como meros empeños políticos nacionalistas. Está claro que la memoria del sufrimiento padecido por muchos ciudadanos y por grupos políticos, grupos religiosos y otros, debe formar parte del retrato histórico del período comunista y convertirse, así, en parte integrante de la educación política. Sin embargo, esto no puede realizarse mediante la construcción de una memoria nacional oficial, promovida por el Estado. "Solo una interpretación plural de la historia puede lograr una verdad compartida en el mejor de los casos, o, en el peor, reforzar las memorias por separado. La historia como debate permanente es preferible a la elaboración de mitos por parte de una memoria colectiva oficial".[41] Desafortunadamente, del análisis de la redacción y el poso conceptual del plan checo para crear un IMN se deduce que, igual que su equivalente polaco, se encamina precisamente en esa dirección. En cierto modo se incardina en un fe-

40 En todos estos aspectos los partidarios de los institutos de memoria nacional se encuentran bastante alejados del lenguaje de Joachim Gauck, que, a pesar de partir de un fundamento moral y religioso, es sofisticado y deliberadamente no moralizante, lo que da cabida a la ambigüedad y la complejidad de la realidad histórica y su narración

41 H. ADAM, "Divided Memories: Reckoning with a Criminal Regime", *Justice and the Politics of Memory. Religion & Public Life,* 33 (2003), p. 8.

nómeno más amplio de renacionalización y legalización de la historia que se extiende por toda Europa y otras regiones. Como tal, supone un paso pequeño pero notable hacia una sociedad en la que la cultura histórica plural, liberal y abierta de mente formada dentro del discurso académico dialogado y la diversidad de memorias históricas presentes en la sociedad pueden ser reemplazadas por un concepto normativo, estricto, moralizante y sostenido por una mayoría de tal o cual versión de la llamada memoria nacional.

Revisar la historia de un objeto inexistente:
el debate sobre el antifascismo en la década de 1990 en Francia*

Gilles Vergnon

El título de este artículo, aparentemente sibilino, intenta dar cuenta de la paradoja que se produce en el debate sobre el antifascismo en Francia. En la controversia de los años 1970 y 1980 acerca del fascismo italiano y el francés, tanto Renzo de Felice como Zeev Sternhell, con objetivos y métodos muy distintos, pretendieron cuestionar una historiografía ya asentada.[1] Pero la discusión sobre el antifascismo, que es a la vez historiográfica y política, se instala en Francia durante los años 1990, en ausencia de cualquier consideración previa sobre el antifascismo como objeto historiográfico.

Si se consultan los clásicos de la historiografía o de la ciencia política francesas tras la Segunda Guerra Mundial el concepto *antifascismo* es ignorado, apenas rozado o a lo sumo señalado como algo digno de interés sin que sea por ello objeto de un verdadero estudio. Así, François Goguel, profesor de Ciencia Política en París durante casi treinta años, de 1948 a 1974, y autor en 1946 de *La politique et les partis sous la IIIe République,* un breviario para varias generaciones de estudiantes, convierte el antifascismo en una versión de la secular oposición entre el "partido del orden establecido" y el "partido del movimiento", que en este caso enfrenta dos miedos antagónicos, el miedo al fascismo y el miedo al comunismo. La revuelta del 6 de febrero de 1934, escribe, "da al antifascismo un impulso decisivo".[2] Este se convierte entonces en el pedestal de "la unidad recuperada del partido del movimiento",[3]

* "Réviser l'histoire d'un objet inexistant: le débat sur l'antifascisme dans les années 1990 en France". Traduccion de Virginia Tabuenca.

1 Para un estudio sintético de estos debates, véase Olivier FORLIN, *Le Fascisme. Historiographie et enjeux mémoriels,* París, La Découverte, 2013.

2 François GOGUEL, *La politique et les partis sous la IIIe République. II. 1933-1939,* París, Le Seuil, 1948, p. 248.

3 Ibídem, p. 268.

es decir, la coalición de la izquierda y la extrema izquierda, pero no se le define como tal. En 1966, el coloquio fundacional, "Léon Blum chef de gouvernement", organizado por iniciativa de Pierre de Renouvin y René Rémond no trata de la cuestión.[4] Jean Touchard, otro profesor de Ciencias Políticas en París de 1947 a 1971, responsable de un curso célebre sobre la historia de "La Gauche en France depuis 1900", impartido en 1967 y 1968, es más prolijo y claramente más tópico.[5] Dedica varias páginas al "antifascismo" que desde su punto de vista es uno de los motivos de división más profunda entre derecha e izquierda:

> Nos falta un libro de conjunto sobre el antifascismo, y sería un libro bonito de escribir –afirma– habría que distinguir el antifascismo de las formaciones políticas –primer nivel–, el antifascismo de los intelectuales –segundo nivel–, y el antifascismo de la opinión pública –tercer nivel–. También creo que sería importante distinguir claramente dos formas de antifascismo: primero el de uso externo, contra Mussolini, Hitler y Franco; después el de uso interno, contra las Ligas y, más concretamente, contra el coronel de la Rocque, que es el objetivo de todos los antifascistas entre 1934 y 1936.[6]

Jean Touchard añade más adelante que el antifascismo "incontestablemente generó una corriente de opinión de base, una corriente de opinión amplia y profunda: un gran número de franceses creyó realmente que el fascismo estaba a punto de anegar Francia".[7] Trazaba así un buen programa para futuras investigaciones que apenas tendría consecuencias hasta el umbral del siglo siguiente.

Sin embargo, en 1985, el historiador Jacques Droz publicó una *Histoire de l'antifascisme en Europe*. Se trata de una minuciosa reseña de las corrientes, las revistas y las fuerzas políticas comprometidas con el antifascismo, pero se limita a describir los dos primeros niveles establecidos por Jean Touchard (la acción de las fuerzas políticas y la de los intelectuales), y no propone definición alguna de antifascismo, aunque

4 Pierre RENOUVIN y René RÉMOND (dirs.), *Léon Blum chef de gouvernement 1936-1937*, París, Presses de la Fondation nationale des Sciences politiques, 1967; reedición, colección Références, 1981.

5 El curso se publicó bajo el título *La gauche en France depuis 1900,* París, Seuil (colección Points-histoire), 1977, numerosas reediciones.

6 Ibídem, p. 217.

7 Ibídem, p. 218.

constata que es un concepto difícil de definir y problemático.[8] Significativamente, la obra no suscitó grandes discusiones, a la altura de la notoriedad de su autor, arquitecto de la monumental *Histoire générale du socialisme,* publicada a partir de 1972 y traducida al alemán y al español.[9] El historiador americano Gilbert Allardyce apunta en su reseña del libro que la historia del antifascismo es la de una "causa perdida" y que la obra no ha explorado el "antifascismo silencioso" entre la población, ni lo que él denomina "afascismo", que obstaculiza su penetración en la sociedad.[10] El periodista Yves Florenne constata en *Le Monde diplomatique* que "desde hace sesenta años, la historia del fascismo ha producido bibliotecas enteras. En cambio, la del antifascismo es escasa":

> Se dirá que una está presente en la otra. Ciertamente, pero solo en segundo plano y como eco. Era necesario que esta asimetría cambiase de sentido y de campo. Eso es lo que hace Jacques Droz. Su libro cubre el espacio –Europa únicamente– y el período –breve– contenido entre dos fechas: 1929 y 1939.[11]

Yves Florenne da la bienvenida a una "síntesis clara y precisa de un especialista eminente", sin entretenerse en rebatirla. Lo mismo hace el historiador Serge Berstein, quien dedica una breve reseña al libro de Jacques Droz en las columnas de *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*.[12] Aunque reconozca que el trabajo de Jacques Droz "llena un vacío en la historiografía francesa", Serge Berstein considera que el antifascismo es "una práctica concreta, no una ideología", y que "sigue a los propios antifascistas". Estos están divididos según las opciones ideológicas preexistentes: elección de la sociedad futura, actitud frente al riesgo de guerra, o naturaleza del régimen "que sucederá al fascismo o le impedirá tomar el poder".

Por lo tanto, en 1985 y 1986 no se produjo un debate: el antifascismo se daba por supuesto y no se sometía al cuestionamiento de los

8 Jacques DROZ, *Histoire de l'antifascisme en Europe 1923-1939,* París, La Découverte, 1985, p. 7.

9 Jacques DROZ (dir.), *Histoire générale du socialisme,* 4 vols., París, Presses universitaires de France, 1972-1978. En español: Jaques Droz (dir.), *Historia general del socialismo,* Barcelona, Destino, 1976-1983.

10 Gilbert ALLARDYCE, *American Historical Review,* 91, 2, p. 388.

11 Yves FLORENNE, *Le Monde Diplomatique,* agosto de 1985.

12 Serge BERSTEIN, "Librairie", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 9 (enero-marzo 1986), p. 146.

historiadores. La síntesis de Jacques Kergoat, *La France du Front populaire,* publicada en 1986 no decía ni una palabra sobre la cuestión.[13] ¿Es un problema de la historiografía? Ciertamente, el estudio de las culturas y los rituales políticos todavía no estaba a la orden del día en la historiografía política francesa. Sin embargo, se habían comenzado a desbrozar aspectos relacionados con el antifascismo: los intelectuales y el Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas, con el trabajo de Nicole Racine; las manifestaciones de febrero de 1934, con el de Antoine Prost; y, evidentemente, el "fascismo francés".[14] El libro de Jacques Droz se publicó dos años después de *Ni Droite ni Gauche,* de Zeev Sternhell, que polarizó la atención en pleno "síndrome de Vichy" y en el momento de surgimiento del Frente Nacional.[15] La ausencia de historiografía sobre el antifascismo se explica, sin duda, por el peso de las representaciones que lo acompañan. El antifascismo se asocia con una izquierda que conserva la hegemonía cultural y, en particular, con el Partido Comunista francés, que aún cuenta con medios para defender su propia historiografía.[16]

Problemas en torno al antifascismo: la década de 1990

El antifascismo no se impone como objeto de investigación y debate por derecho propio hasta los años 1990. Un estudio detallado de la cronología de las distintas publicaciones e intervenciones muestra que entre 1990 y 1996 se encadenan tres secuencias sucesivas.

La primera secuencia se abre en 1990 con la publicación en la revista *Commentaire* de un artículo de la historiadora Annie Kriegel, "Sur l'antifascisme", seguida del libro del periodista Thierry Wolton, *Le*

13 Jacques KERGOAT, *La France du Front populaire,* París, La Découverte, 1986.

14 Nicole RACINE, "Pacifistes et antifascistes. Le comité de vigilance des intellectuels antifascistes", en Anne ROCHE y Christian KARTING (eds.), *Des années 30. Groupes et ruptures*, París, Éditions du CNRS, 1985, pp. 59-68; Antoine PROST, "Les manifestations du 12 février 1934 en province", *Le Mouvement social*, 54 (enero-marzo 1966), retomado en *Autour du Front populaire. Aspects du mouvement social au XXe siècle*, París, Le Seuil, 2006, pp. 43-70.

15 Zeev STERNHELL, *Ni Droite ni Gauche. L'idéologie fasciste en France*, París, Le Seuil, 1983; Henry ROUSSO, *Le Syndrome de Vichy 1944-198…*, París, Le Seuil, 1987.

16 Véase *Le PCF étapes et problèmes 1920-1972,* Éditions sociales, 1981 (por un grupo de historiadores comunistas).

Grand recrutement, aparecido en febrero de 1993.[17] Ambos suscitan la reacción de los historiadores Pierre Vidal-Naquet, en su libro *Le Trait empoisonné,* de 1993, y Maurice Agulhon, en un artículo publicado por *Le Monde Diplomatique* en agosto de 1994.[18] La segunda secuencia viene marcada por la aparición, en enero de 1995, de la obra de François Furet, *Le passé d'une illusion,* que genera una amplia controversia en Francia.[19] La revista *Le Débat* le dedica todo un *dossier* en la primavera de 1996, seguido de una respuesta polémica en septiembre, firmada por los politólogos Denis Berger y Henri Maler, *Une certaine idée du communisme.*[20] En paralelo, se publica en 1995 la obra de Stephen Koch, *La fin de l'innocence. Les intellectuels d'Occident et la tentation stalinienne,* traducción del original americano.[21] Este último, siguiendo a Thierry Wolton, defiende la tesis de una temprana complicidad de la Alemania nazi y la Unión Soviética estalinista, fraguada desde el proceso de Leipzig a "los incendiarios del Reichstag" en 1933. El enfrentamiento entre el comunista búlgaro Georgi Dimitrov y sus jueces, afirma Stephen Koch, no era más que "un conflicto de fachada concertado por los servicios secretos de ambos países", los cuales "seis años antes del pacto […] ya actuaban secretamente de forma coordinada, en el marco de una cooperación plena".[22]

La tercera secuencia comienza como contrapunto a esta controversia y marca el punto de partida para la historiografía del antifascismo. Es el momento del coloquio "Les Fronts populaires à l'épreuve de la question nationale", organizado por Serge Wolikow y Annie Bleton-

17 Annie KRIEGEL, "Sur l'antifascisme", *Commentaire*, 50 (1990), pp. 299-302; Thierry WOLTON, *Le Grand recrutement*, París, Grasset, 1993.

18 Pierre VIDAL-NAQUET, *Le trait empoisonné. Réflexions sur l'affaire Jean Moulin*, París, La Découverte / Essais, 1993; Maurice AGULHON, "Faut-il réviser l'histoire de l'antifascisme?", *Le Monde diplomatique*, agosto de 1994.

19 François FURET, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e^ siècle,* París, Robert Laffont / Calmann-Lévy, 1995.

20 "*Dossier*: Communisme et fascisme au XXe siècle", *Le Débat*, 89 (marzo-abril de 1996), pp. 118-190; Denis BERGER y Henri MALER, *Une certaine idée du communisme. Répliques à François Furet*, París, Éditions du Félin, septiembre de 1996.

21 Stephen KOCH, *La fin de l'innocence. Les intellectuels d'Occident et la tentation stalinienne,* París, Grasset, 1995. La obra se publicó en los Estados Unidos con el título *Double Lives. Spies and Writers in the Soviet secret War of Ideas against the West,* Nueva York, MacMillan, 1994.

22 Ibídem, pp. 76-77.

Ruget en la Universidad de Borgoña en diciembre de 1996, y de los primeros trabajos sobre este tema del historiador Bruno Groppo.[23] Cada una de estas tres secuencias se imbrica con la siguiente en una serie de ecos sucesivos a lo largo de una década marcada por la desaparición de la URSS, el desmembramiento del bloque soviético, la apertura de los archivos del comunismo y la adopción de una postura a la defensiva por parte de la historiografía de izquierdas "clásica".

Definiciones y relatos del antifascismo

Fue Annie Kriegel quien llevó a cabo la primera tentativa real de discusión sobre el antifascismo con su intervención en un coloquio de la Fundación Feltrinelli en 1989, "Un mythe stalinien par excellence: l'antifascisme", recogida después en *Commentaire*.[24]

Atacando desde el principio y frontalmente la obra de Jacques Droz, "una ilustración erudita del mito estalinista", Kriegel explica que el prefijo "anti" permite "existir por tener un enemigo que se hace explícito", mientras que el concepto *fascismo* es susceptible de diversas interpretaciones. Es un "concepto intermitente": no adquiere todo su significado hasta 1933, se desvanece en 1939 con el pacto germano-soviético, renace en 1941 tras la invasión de la Unión Soviética. Es un "concepto de geometría variable": permite "extender hasta el infinito o reducir a voluntad el ámbito de definición del enemigo" incluyendo a la izquierda socialista o socialdemócrata, tildada de "social-fascista" por los comunistas según las necesidades del momento. Es un "concepto fundente": no diferencia el fascismo del nazismo, ni del "nacionalismo tradicionalista como el de Salazar o el de Franco", ni de la contrarrevolución. Annie Kriegel concluye que "la excepcional irradiación" del antifascismo, especialmente entre "universitarios del mundo anglosajón, pragmáticos pero sin experiencia", solo se explica por su elasticidad.[25]

23 Serge WOLIKOW y Annie BLETON-RUGET (dirs.), *Antifascisme et nation*, Dijon, Éditions universitaires de Dijon, 1998; Bruno GROPPO, "Antifascisme et identités politiques", *Territoires contemporains. Bulletin de l'institut d'histoire contemporaine de l'Université de Bourgogne*, 4 (1.er trimestre de 1997), pp. 72-85; "Fascismes, antifascismes et communismes" en Michel DREYFUS, Bruno GROPPO *et alii, Le siècle des communismes*, París, Éditions de l'Atelier, 2000, pp. 499-511.

24 Annie KRIEGEL, "Sur l'antifascisme", art. cit.

25 Ibídem.

Thierry Wolton, periodista y autor de varios libros sobre la disidencia y el espionaje soviéticos, publicó en febrero de 1993 *Le Grand Recrutement*. El objetivo del libro, como se sabe, es proponer la hipótesis de un vínculo entre Jean Moulin, figura central de la resistencia francesa, y los servicios secretos soviéticos. El antifascismo no es el tema central del libro pero, a través de Jean Moulin, se trata de cuestionar la "ceguera" de quienes, a causa de su antifascismo, fueron engañados antes de 1939 por una "grandiosa puesta en escena destinada a la opinión pública occidental para ocultar mejor la unión obscena y significativa del bolchevismo y el nazismo".[26] La cronología que usa el autor está ligada a la génesis misma del antifascismo de los intelectuales: el proceso de Leipzig contra los "incendiarios del Reichstag" organizado por los nazis y su contraproceso en Londres, a fines de 1933, en el que participaron las estrellas del antifascismo de los congresos del Komintern: el diputado radical francés Gaston Bergery y los laboristas británicos Dennis Pritt y Stafford Cripps.

Más que el artículo de Annie Kriegel, será esta última argumentación la que suscite la réplica de Pierre Vidal-Naquet y después la de Maurice Agulhon. Ambos historiadores, más allá de puntualizaciones sobre los hechos, se centran en mostrar la pluralidad de los antifascismos, retomando las sugerencias previas de Jean Touchard. Pierre Vidal-Naquet "para responder al monstruoso esquematismo de Thierry Wolton" propone una clasificación "en cuatro ramas" de los compromisos a favor de la República española entre 1936 y 1939.[27] Distingue un "compromiso republicano y antifascista", el de personas como Jean Moulin, Vincent Auriol o Pierre Mendès-France, pero también Pierre Cot y Jules Moch; un compromiso comunista "simbolizado por las Brigadas Internacionales"; un compromiso de las minorías revolucionarias anarquistas o afines al POUM; y, finalmente, un compromiso "acorde con el modelo tradicional del patriotismo", el de aquellos que no desean una tercera frontera que defender, como el célebre teniente coronel Henri Morel, agregado militar francés en Madrid y partidario de la intervención militar.[28] Estos compromisos diferentes pueden solaparse o cruzarse y la

26 Thierry WOLTON, *Le Grand recrutement*, *op. cit.*, p. 87.

27 Pierre VIDAL-NAQUET, *Le trait empoisonné, op. cit.*, pp. 68-73.

28 Véase Anne-Aurore INQUIMBERT, *Un officier français dans la Guerre d'Espagne. Carrière et écrits d'Henri Morel (1919-1944),* Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2009.

"lógica estalinista" puede superponerse a la "lógica antifascista" e incluso confundirse con ella en algunos casos, pero no por eso deben ser asimiladas. Algunos que se sintieron engañados se apartaron (como el comunista alemán Willy Münzenberg, excluido del KPD en 1937 y asesinado en 1940 en Francia en circunstancias todavía inciertas) o fueron víctimas de purgas en los países del bloque soviético tras la guerra.[29] Los argumentos de Maurice Agulhon usan el mismo registro, pero abren la perspectiva más vasta de la Segunda Guerra Mundial. Esta, una guerra entre naciones, fue también, sostiene, una "cruzada antifascista" o una "cruzada humanista" que unió al mundo libre, incluyendo en él a la URSS.[30] En efecto, para él la URSS de la Gran Alianza comparte (o así lo afirma públicamente) el mismo "núcleo ideológico de la gran coalición".[31] Esta proclamación democrática, aun ficticia (aunque en realidad Maurice Agulhon no trata este aspecto) justifica que "nuestros mayores no erraran al hacer del mal hitleriano su objetivo principal". El antifascismo, concluye el historiador de la simbología republicana en Francia, es un término sin duda perecedero, y un concepto dudoso pero cubre unos valores y un combate que era justo iniciar y sostener hasta "teniendo como aliado al mal menor en aquel momento".[32]

La segunda secuencia se abre a lo grande con la obra de François Furet, *Le Passé d'une illusion*. En esta ocasión, el antifascismo se encuentra en el eje de las intenciones del libro y es el tema de sus dos capítulos centrales, "Communisme et antifascisme" y "La culture antifasciste", que ocupan 114 páginas de las 572 del texto en francés, es decir, un 19,9% del libro.[33] El autor distingue dos antifascismos comunistas sucesivos, primero el del período "clase contra clase", y después el del Frente Popular, el único que le importa realmente. En esta nueva dispo-

29 Pierre VIDAL-NAQUET, *Le trait empoisonné…, op. cit.,* p. 105.

30 Maurice AGULHON, "Faut-il réviser l'histoire de l'antifascisme?", art. cit. Maurice Agulhon ya había dedicado unas páginas al antifascismo en su gran síntesis *La République de 1880 à nos jours*, París, Hachette (colección Histoire de France), 1990. En ellas definía el antifascismo como "un impulso defensivo que recuerda, casi como si las reprodujera, a las respuestas de la izquierda en 1924, o en 1899, o en 1889, o incluso anteriores".

31 Esta es también la posición de Eric HOBSBAWM en *The Age of Extremes. The Short twentieth Century,* Londres, Michael Joseph, 1994.

32 M. AGULHON, "Faut-il réviser l'histoire de l'antifascisme?", art. cit.

33 François FURET, *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle,* París, Robert Laffont / Calmann-Lévy, 1995.

sición, fascismo y antifascismo encarnan el secular enfrentamiento de la contrarrevolución y la revolución, esta última se manifiesta simultáneamente como revolución proletaria y como revolución democrática liberal nacional, aunque será la proletaria la que tome el testigo y reciba la herencia. François Furet también reconoce la existencia de una "cultura antifascista de masas", que es "independiente y sin embargo inseparable del comunismo".[34] Hay antifascistas socialistas o liberales, admite, pero no se interesa por ellos más que para reprocharles desde la lejanía que abandonasen el anticomunismo en su antifascismo, mientras los comunistas no cedieron en su monopolio del antifascismo. Un "mercado ventajoso", considera Furet, porque "a partir de entonces el antifascismo es incompatible con el anticomunismo y el odio a Hitler es visto como una máscara si va acompañado de hostilidad hacia Stalin".[35] Proporciona un ejemplo célebre de ello: el hecho de que Victor Basch, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre y del comité central de esta organización, "el mejor foro de la Francia antifascista", se negase a condenar los procesos de Moscú de 1936, contra las exigencias de ciertos miembros eminentes de la liga como Félicien Challaye, Alain, Georges Pioch y Magdeleine Paz.[36] En efecto, concluye Furet, la época está "poblada por hemipléjicos" que ceden ante Stalin para luchar mejor contra Hitler o viceversa.[37] Solo algunas figuras excepcionales escapan a esta patología y reciben sus elogios por haber demostrado que se podía "luchar contra Hitler sin hacerlo a la manera antifascista" antes definida: André Gide, Raymond Aron, Elie Halévy…

Las críticas a François Furet son abundantes y a menudo prestigiosas: los historiadores Eric Hobsbawm y Giuliano Procacci en el *dossier* publicado por *Le Débat* en 1996, Michel Vovelle en el periódico comunista *L'Humanité* en 1995.[38] Con frecuencia los críticos son o han sido miembros de los partidos comunistas francés, británico e italiano –Procacci fue senador por el PCI de 1979 a 1987– y atacan principalmente la definición de antifascismo que elabora François Furet: "una etiqueta

34 François FURET, *Le Passé d'une illusion…, op. cit.*, p. 320.

35 Ibídem, pp. 320-321.

36 Ibídem, p. 347.

37 Ibídem, p. 488.

38 Eric HOBSBAWM, "Histoire et illusion", *Le Débat*, 89, 2 (1996), pp. 128-138; Giuliano PROCACCI, "De plus loin et de plus près", ibídem, pp. 153-161; "Michel Vovelle répond à François Furet", *L'Humanité*, 7 de febrero de 1995.

para uso externo que no se corresponde con el contenido de la botella", dice Giuliano Procacci.[39] El antifascismo, añade, sobre todo en su segunda fase, hacia 1938 y 1939, refleja "una orientación ampliamente extendida en la opinión occidental". Así, califica de "verdadero manifiesto antifascista "el discurso del presidente Franklin D. Roosevelt llamado "de la cuarentena".[40] Como Maurice Agulhon dos años antes, Procacci ve en la Segunda Guerra Mundial "la convergencia entre el antifascismo democrático y el antifascismo filocomunista". Por lo tanto, la victoria de 1945 es "una victoria de toda la coalición antifascista", ante la que siente "una deuda de gratitud". En sentido contrario, Renzo de Felice, que participa en el *dossier* de *Le Débat,* reconoce a Furet el haber enunciado "cuasi evidencias".[41] Al ampliar el concepto de *fascismo* según las circunstancias del momento, vinculándolo siempre al capitalismo, el antifascismo comunista convirtió el fascismo en una categoría intemporal, metahistórica, cuya clave interpretativa es propiedad exclusiva del marxismo, sostiene de Felice. Este antifascismo sin "validez científica" no puede ser tenido como sinónimo de democracia y, del mismo modo que la propia resistencia italiana, por otra parte, "no puede servir de fundamento a una sociedad verdaderamente democrática y liberal".[42] Así, el debate sobre el sentido del antifascismo se desliza hacia una discusión sobre el sentido de la guerra misma y de la resistencia, y la controversia italiana sobre estas cuestiones se introduce en el debate francés, aunque no se asimila a él. La crítica a François Furet llevada a cabo por Denis Berger y Henri Maler, miembros o simpatizantes de la Liga Comunista Revolucionaria, es algo diferente. Confirman las afirmaciones de François Furet sobre el antifascismo estalinista como un "señuelo destinado a cubrir con un velo de pudor una política internacional inspirada por la razón de Estado".[43] Sin embargo, le reprochan que "mutile la ambivalencia" del antifascismo, al no interesarse más que por su dimensión maniobrera e ignorar su dimensión popular.[44] No obstante, sostienen, esta última tiene su propia dinámica, que asocia un "rechazo negativo del enemigo" con un "impulso renovador", aunque esto no

39 Giuliano PROCACCI, "De plus loin et de plus près", art. cit.

40 Ibídem.

41 Renzo DE FELICE, "La force de l'imprévu", ibídem, pp. 120-127.

42 Ibídem.

43 Denis BERGER y Henri MALER*, Une certaine idée…, op. cit.*, pp. 139-140.

44 Ibídem, p. 142.

se traduzca en objetivos claramente definidos.[45] La amplia actitud de repulsa que el antifascismo hace cristalizar es, por lo tanto, "portadora potencial de valores positivos".[46] Denis Berger y Henri Maler, más allá de la pluralidad de los antifascismos, ya recordada por Pierre Vidal-Naquet, y antes por Jean Touchard, destacan la dinámica popular y las aspiraciones que se acomodan en su seno.

Notas sobre un debate

En Francia, en la década de 1990, la controversia sobre el antifascismo se centró en su fuerza motriz, su *deus ex machina*, y solo trató de su sentido y sus fines últimos como contrarréplica, pero nunca se preocupó de definir realmente su objeto. Se entiende que para Annie Kriegel y François Furet el antifascismo se circunscribe en la estrategia del Estado Soviético y la Internacional Comunista (que tienden, por otra parte, a ser confundidos), y en el efecto "de ilusión" que tal estrategia produjo entre los intelectuales franceses, británicos o americanos. Esta aporía les conduce, naturalmente, a ignorar por completo los otros integrantes del antifascismo, socialistas, socialdemócratas, y también republicanos y liberales, aunque ocupen un lugar central en ciertos países como el Reino Unido, Portugal y también Francia. Les conduce, asimismo, a no interesarse por la protohistoria del antifascismo durante la década de 1920, cuando toman forma el registro de su discurso y sus programas de acción.[47]

Los detractores de estas tesis, al menos en las primeras réplicas que siguieron a su aparición en la escena pública, nunca propusieron una definición alternativa del fascismo, a no ser que se considere como tal su (fundamentada) insistencia en la pluralidad de los antifascismos. Es lo que sostenía Pierre Vidal-Naquet en 1993, según hemos visto, y también Bruno Groppo en 1997. Este último propone una clasificación algo distinta de la del historiador francés, en la que distingue un antifascismo político, diversificado según las formaciones que lo sostienen, y un

45 Denis BERGER y Henri MALER, *Une certaine idée…, op. cit.*, p. 147.

46 Ibídem, p. 148.

47 Nos permitiremos remitir a una obra propia, *L'antifascisme en France. De Mussolini à Le Pen*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2009, en particular el capítulo "Préhistoire de l'antifascisme (1922-1934)", pp. 21-42.

antifascismo popular o social, vivido por los militantes como una posición ética.[48] Añadamos que tampoco resulta totalmente convincente la visión extensa e irenista de críticos como Maurice Agulhon y Giuliano Procacci, que hacen del antifascismo una denominación un poco más radical de la dinámica democrática en la Segunda Guerra Mundial, con la que llegan a confundirlo. Convertir el discurso de la cuarentena del presidente Roosevelt en octubre de 1937 en un "manifiesto antifascista", como hace Giuliano Procacci,[49] lo priva de toda su especificidad, lo aplana o banaliza. El discurso del presidente de los Estados Unidos no gira en torno al fascismo sino en torno al "carácter sagrado de los tratados" y al "respeto a la moral internacional", fundamento de una política internacional de paz. Ni Procacci ni Agulhon se detienen en la estrategia de la URSS y del Komintern cuando la manipulación que llevaron a cabo es un aspecto central en la materia.

Queda por apuntar que fueron las aproximaciones "contra corriente" de una Annie Kriegel o de un François Furet las que provocaron la controversia y propiciaron, de rebote, el comienzo de una historiografía sobre el antifascismo de la que se ha beneficiado años después el autor de estas líneas. Esto debe recordarnos que, cuando el debate intelectual se desarrolla con un mínimo de reglas, siempre tiene virtudes heurísticas. Es lo que constatamos en el caso del antifascismo, aunque eso no impide que el término se utilice todavía hoy de forma ampliamente polémica.

48 Bruno GROPPO, "Antifascisme et identités politiques", art. cit.

49 Giuliano PROCACCCI, "De plus loin… ", art. cit.

La recepción de la obra de Zeev Sternhell sobre el "fascismo francés":

entre el debate historiográfico y el revisionismo político*

Olivier Forlin

En gran medida, el éxito del término *fascismo* obedece al uso político que se le ha dado y se le sigue dando, aunque con menor intensidad que en el pasado. En origen, fueron los antifascistas quienes, junto a sus intentos por captar la esencia del fenómeno fascista y delimitar sus contornos, utilizaron el vocablo para cohesionar a los suyos y deslegitimar al adversario. A lo largo de todo el siglo XX lo usaron principalmente los movimientos de izquierda, pero, y esto resulta más sorprendente, la derecha y la extrema derecha también lo han esgrimido en ocasiones como arma política. Un ejemplo ilustrativo es la polémica que rodeó el debate acerca de las tesis de Zeev Sternhell.

Zeev Sternhell, un historiador israelí comprometido con el sector más izquierdista del laborismo, cursó estudios de ciencias políticas en París. Buena parte de su investigación histórica trata del análisis del fascismo francés, al que dedica una trilogía: *Maurice Barrès et le nationalisme français,* su tesis doctoral, realizada bajo la dirección de Jean Touchard y publicada en 1972;[1] *La Droite révolutionnaire, 1885-1914. Les origines françaises du fascisme,* título aparecido en 1978;[2] y *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France,* publicado en 1983 y centrado en el período de entreguerras y el advenimiento del régimen de Vichy.[3] A estos tres volúmenes deben añadirse diversos artículos destinados a precisar ciertas cuestiones abordadas en los libros, en concreto uno

* "L'accueil des travaux de Zeev Sternhell sur le 'fascisme français': entre débat historiographique et révisionnisme politique". Traduccion de Virginia Tabuenca.

1 Z. STERNHELL, *Maurice Barrès et le nationalisme français* (1972), nueva edición aumentada, París, Fayard, 2000.

2 Z. STERNHELL, *La Droite révolutionnaire, 1885-1914. Les origines françaises du fascisme* (1978), nueva edición aumentada, París, Fayard, 2000.

3 Z. STERNHELL, *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France* (1983), nueva edición aumentada, Bruselas, Complexe, 2000.

sobre Emmanuel Mounier y la revista *Esprit,*[4] y otro sobre el régimen de Vichy.[5] Estas obras, especialmente *Ni droite ni gauche,* tuvieron particular resonancia entre los historiadores especializados en la historia política contemporánea francesa, porque el autor llevó a cabo una relectura radical de las interpretaciones historiográficas que, convertidas en verdaderos paradigmas, habían constituido hasta ese momento la autoridad en medios universitarios. Su investigación se inscribe, así, en una perspectiva revisionista de fundamento científico. No obstante, el debate sobre sus obras se desplazó a los medios de comunicación generalistas y en él participaron periodistas y responsables políticos, con lo que adquirió tintes claramente polémicos. ¿Por qué la discusión desbordó los círculos académicos cuando unos años antes, en los sesenta, otras investigaciones sobre la misma materia llevadas a cabo por historiadores extranjeros –Robert Soucy,[6] Eugen Weber,[7] Ernst Nolte–[8] no habían suscitado semejantes controversias? Los argumentos del historiador no bastan por sí solos para explicar el giro que dio el debate; diversos factores políticos y de memoria interfirieron para alimentar un uso político de la historia que puede denominarse revisionismo de fundamento político.

Una relectura historiográfica de la cuestión del fascismo francés

La reflexión de Zeev Sternhell se articula en torno a unos principios, entre los cuales figura la doble idea de que existe una esencia del fascismo y de que es necesario reconstruir sus orígenes para captarla. Su método

4 Z. STERNHELL, "Emmanuel Mounier et la contestation de la démocratie libérale dans la France des années trente", *Revue française de science politique*, vol. 34, 6 (diciembre 1984), pp. 1141-1180.

5 Z. STERNHELL, "Sur le fascisme et sa variante française", *Le Débat*, 32 (noviembre 1984), pp. 28-51.

6 También se acercó al pensamiento de Maurice Barrès, que consideraba antecesor del fascismo: R. SOUCY, *Fascism in France: The Case of Maurice Barrès*, Berkeley, University of California Press, 1972.

7 E. WEBER, *Varieties of Fascisms*, Nueva York, Van Nostrand, 1964.

8 E. NOLTE, *Le fascisme dans son époque,* vol. I: *L'Action française;* vol. II: *Le fascisme italien;* vol. III: *Le national-socialisme* (1963), traducción al francés publicada en París, Julliard, 1970.

consiste en favorecer una aproximación al fenómeno fascista desde la historia de las ideas y otorgar un lugar meramente secundario al contexto histórico. Para él, la esencia del fascismo se encuentra en la síntesis de las cuestiones expuestas en Francia a fines del siglo XIX por la extrema derecha nacionalista, racista, populista y antiparlamentaria, y las de la extrema izquierda surgida del sindicalismo revolucionario, de tono anticapitalista y antiparlamentario. Esta extrema izquierda revisó el marxismo desde una perspectiva nacional, con el propósito de integrar el proletariado en la nación,[9] lo que la condujo a tender puentes hacia la extrema derecha, mientras que esta última, buscando apoyos entre las masas urbanas, se mostró dispuesta a admitir ciertas reformas sociales. Esta síntesis se haría visible inicialmente en el pensamiento de Maurice Barrès;[10] después, en la transición entre los siglos XIX y XX, la retomarían algunos grupúsculos políticos e intelectuales (el partido socialista nacional de Pierre Biétry, el sindicalismo amarillo) y pensadores como Georges Sorel. Más adelante, en vísperas de la Gran Guerra, el Círculo Proudhon, fundado en 1911 e inspirado por las ideas de Sorel, reunió a intelectuales surgidos del sindicalismo revolucionario, como Édouard Berth, con otros procedentes de *Action française,* como Firmin Bacconnier y George Valois, y se convirtió en el laboratorio donde cristalizaría la ideología fascista.[11]

En su obra *Ni droite ni gauche,* Zeev Sternhell sostiene que, como la ideología fascista no tuvo que comprometerse con la realidad del poder y pudo conservar así su pureza original, se encontraba sólidamente instalada en Francia en los años treinta. Su vigor le había permitido arraigar, lo que preparó el terreno ideológico y facilitó el advenimiento

9 El período de fines del siglo XIX y comienzos del XX estuvo marcado por una crisis de carácter "revisionista" en los partidos y en los sindicatos marxistas. Militantes y teóricos, especialmente en los partidos socialdemócratas, cuestionaron la ortodoxia marxista en lo relacionado con las soluciones propuestas para la cuestión obrera. La escisión enfrentó a quienes sostenían una línea reformista y a los que se consideraban guardianes de las tesis preconizadas por Marx y Engels. Se dio en los principales partidos obreros: en el alemán SPD, con la controversia entre Eduard Bernstein y Karl Kautsky; en la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO), con las líneas divergentes de Jean Jaurès y Jules Guesde; en el Partido Socialista Italiano, dividido entre los reformistas de Filippo Turati y los maximalistas como Mussolini, etc.

10 Z. STERNHELL, *Maurice Barrès et le nationalisme français, op. cit*.

11 Z. STERNHELL, *La Droite révolutionnaire*, *1885-1914, op. cit*.

del régimen de Vichy, aceptado por una amplia mayoría de los franceses y encuadrado entre los regímenes fascistas. En este libro, con mayor firmeza que en los anteriores, el historiador afirma que dentro de esta simbiosis de ideas de extrema izquierda y de extrema derecha, es decisiva la contribución de la primera. Parte de su estudio se centra, efectivamente, en pequeños grupos político-intelectuales de izquierda, algunos de los cuales llevaron a cabo una revisión de los postulados de Marx[12] mediante la incorporación de ideas nacionalistas, lo que los condujo a dejar atrás el marxismo y avanzar hacia el fascismo en un proceso que, para él, evolucionó de manera casi inevitable. Entre las figuras cuyas ideas y trayectorias son analizadas, citaremos al belga Henri de Man, autor de *Au-delà du marxisme,* publicado en 1927, que ejerció gran influencia en Francia; o Marcel Déat, quien impulsó la corriente neosocialista dentro de la SFIO, de la cual quedó excluido en 1933 a causa de sus posiciones revisionistas, fue colaboracionista entre 1940 y 1944 y encabezó *Rassemblement national populaire,* una organización fascista.

Zeev Sternhell cuestionó la interpretación de ciertos historiadores franceses que hasta entonces habían constituido la autoridad en los círculos universitarios. Refutó, concretamente, las premisas para el estudio de la derecha francesa propuestas a principios de los años cincuenta por René Rémond, quien había subrayado el carácter marginal e importado del fenómeno fascista en la Francia de las décadas de 1930 y 1940: los escasos grupos que se declaraban fascistas imitaban el modelo italiano.[13] Sin embargo, Zeev Sternhell sostiene que el fascismo francés floreció entre el fin del siglo XIX y el año 1945, que su origen en Francia fue previo a su difusión en Italia,[14] y que la contribución de hombres y de ideas procedentes de la izquierda resultó decisiva para la síntesis de la que nacería la ideología fascista. En estas circunstancias, la reacción de los historiadores franceses fue vehemente. Jacques Julliard,[15] Shlomo

12 Es el momento de una segunda fase revisionista, después de la de fines del siglo XIX.

13 R. RÉMOND, *La droite en France,* París, Aubier-Montaigne, 1954. La obra, como sabemos, se convirtió en un clásico reeditado en varias ocasiones. El autor ya había desarrollado sus tesis en 1952 en el artículo "Y a-t-il un fascisme français?", *Terre humaine,* 7-8 (julio-agosto 1952), pp. 37-47.

14 Recuerda que el pensamiento de Georges Sorel se difundió por Italia. Mussolini fue uno de sus lectores.

15 J. JULLIARD, "Sur un fascisme imaginaire: à propos d'un livre de Zeev Sternhell", *Annales ESC,* 39, 4 (julio-agosto 1984), pp. 849-861.

Sand[16] y Michel Charzat,[17] como especialistas en el sindicalismo revolucionario, se opusieron a su interpretación del pensamiento de Sorel y de Édouard Berth. Serge Berstein[18] y René Rémond[19] recordaron la existencia de una poderosa derecha bonapartista durante los años 1930 y 1940 que habría impedido el auge del fascismo en Francia.[20] Michel Winock[21] y Bernard Comte,[22] especialistas en el movimiento personalista encarnado por la revista *Esprit* y por su director Emmanuel Mounier, recusaron su clasificación dentro de la categoría "cripto-fascista". Pierre Milza[23] y Michel Winock[24] en lugar de identificar las ideas de la extrema derecha nacida a fines del siglo XIX con antecedentes de la ideología fascista, prefirieron hablar de ideología "nacional-populista".

Las cuestiones de fondo suscitadas por las conclusiones de Sternhell explican este fuego, alimentado por varios historiadores franceses. Aparte de que su interpretación pusiera en tela de juicio los esquemas de análisis admitidos, sus trabajos plantearon dilemas de naturaleza historiográfica. Se le reprochó que hiciese una historia de las ideas olvidando el contexto histórico y social en el cual las ideas hunden sus raíces.

16 S. SAND, "L'idéologie fasciste en France", *Esprit,* 8-9 (agosto-septiembre 1983), pp. 149-160.

17 M. CHARZAT, "Sorel et le fascisme. Éléments d'explication d'une légende tenace", *Cahiers Georges Sorel,* 1 (1983), pp. 37-51.

18 S. BERSTEIN, "La France des années trente allergique au fascisme. À propos de Zeev Sternhell", *Vingtième siècle. Revue d'histoire,* 2 (abril 1984), pp. 83-94.

19 Para responder a Sternhell modificó algunos capítulos de *La Droite en France,* cuyo título pasó a ser *Les Droites en France,* en una versión puesta al día en 1982 y publicada por la editorial Aubier.

20 Durante la década de 1930, esta corriente estuvo representada por la liga de los Croix-de-Feu, dirigida desde 1931 por el coronel de La Rocque, que fue la más influyente. Una vez disuelta en junio de 1936 por el Gobierno de Léon Blum, igual que las demás ligas de extrema derecha, de La Rocque la sustituyó por el Partido Social Francés (PSF), convertido en partido de masas, que en vísperas de la guerra contaba con más de un millón de miembros. Véase Jean-Paul THOMAS, "Les effectifs du parti social français", *Vingtième siècle. Revue d'histoire,* 62 (abril-junio 1999), pp. 61-83.

21 M. WINOCK, "Fascisme à la française ou fascisme introuvable?", *Le Débat*, 25 (mayo 1983), pp. 35-44.

22 B. COMTE, "Emmanuel Mounier devant Vichy et la Révolution nationale", *Revue d'histoire de l'Église de France*, LXXI, 187 (julio-diciembre 1985).

23 P. MILZA, *Fascisme français. Passé et présent,* París, Flammarion, 1987.

24 M. WINOCK, "Fascisme à la française…", art. cit.

Subestimaba así, la trascendencia que tuvieron para el nacimiento del fascismo la Primera Guerra Mundial y el ascenso del comunismo al poder en 1917. Efectivamente, la guerra de 1914 a 1918 desestabilizó profundamente los regímenes políticos, las sociedades y la economía en Europa, lo que favoreció la formación de organizaciones fascistas en Italia y Alemania; además, el fascismo extrae de la Gran Guerra buena parte de su identidad, de la misma manera que el anticomunismo es uno de sus cimientos ideológicos. Los grupos que Sternhell considera creadores o propagadores de la ideología fascista se constituyen como círculos de reflexión en torno a revistas. Integrados por periodistas, intelectuales y militantes, sus efectivos son muy limitados, se trata de camarillas imprecisas cuya repercusión política y social tiende a sobrevalorar el autor. En esta línea se encuentra el movimiento de los "inconformistas" de los años treinta, distribuido en pequeños corros intelectuales como los personalistas de *Esprit* o de *L'Ordre Nouveau* y los nacionalistas espiritualistas de *Combat* (Thierry Maulnier, Jean de Fabrègues). Otro aspecto que suele apuntarse es la propensión de Zeev Sternhell al determinismo retrospectivo: toma como punto de partida la incorporación de ciertos políticos e intelectuales a las filas del fascismo o de la colaboración entre 1940 y 1944 y rastrea los antecedentes de esta deriva en las ideas y trayectorias de esos personajes durante las décadas de 1920 y 1930 (por ejemplo en el caso de Marcel Déat), dotando así a sus biografías de una racionalidad que no siempre tuvieron.[25]

Los fundamentos de la controversia: cuestiones políticas y de memoria

La intensidad de las reacciones de los historiadores franceses queda explicada por el contenido de las tesis de Sternhell, pero en las cuestiones políticas y de memoria que la controversia suscitó influyeron otros factores, puesto que la polémica llegó rápidamente a medios de comunicación generalistas (a revistas como *Commentaire, Le Débat, Esprit*; a

25 Para un análisis más profundo de los debates sobre las tesis de Sternhell, véase O. FORLIN, *Le fascisme. Historiographie et enjeux mémoriels,* París, La Découverte, 2013. Véase también Enzo TRAVERSO, "Fascismes. Sur George L. Mosse, Zeev Sternhell et Emilio Gentile", en Enzo TRAVERSO, *L'histoire comme champ de bataille. Interpréter les violences du XXe siècle*, París, La Découverte, 2011.

periódicos como *Le Monde* o *Libération*) y contó con la intervención de políticos y periodistas.

La publicación de *Ni droite ni gauche* en 1983 se inscribe en un contexto histórico con dos aspectos susceptibles de favorecer la repercusión de la obra en la opinión pública. En primer lugar, la izquierda, en el poder desde mayo de 1981, se enfrentó a dificultades económicas y sociales (el desempleo afectaba a dos millones de personas en 1982) y su giro hacia la austeridad, decidido en 1983, provocó malestar. La tensión política era notable y desde la derecha se reprochaba a la mayoría la adopción de decisiones y actitudes autoritarias, especialmente la caza de brujas en el sector audiovisual;[26] además, la oposición combatió enérgicamente la reforma escolar en nombre de la libertad de enseñanza. El segundo ingrediente en este contexto político fue el avance electoral del Frente Nacional en otoño de 1983, cuando la lista del partido encabezada por Jean-Marie Stirbois obtuvo un 16,7% del voto en las elecciones municipales de Dreux, y después un 10,9% en las elecciones europeas de la primavera de 1984. Jean-Marie Le Pen, a la cabeza de una formación política que a partir de ese momento adquirió cierta relevancia, reivindicó la herencia política e ideológica de Vichy. En diversas declaraciones calculadas, y muy publicitadas, habló de los episodios más oscuros de la Segunda Guerra Mundial y de la ocupación. También los politólogos y los historiadores se interrogaron sobre los antecedentes ideológicos del Frente Nacional.[27]

El avance electoral del Frente Nacional vino precedido de una renovación ideológica de la extrema derecha desde fines de la década de 1960 bajo el liderazgo de la "Nueva Derecha". Esta corriente, dirigida por Alain de Benoist, se había estructurado en torno a ciertas revistas, como *Élements* o *Nouvelle École,* y a la Agrupación de Investigaciones y Estudios sobre la Civilización Europea (GRECE, en sus siglas francesas). Sus posiciones iban desde el rechazo al igualitarismo hasta el cuestionamiento del orden liberal. Cerca de ellos se encontraba el Club

26 El día siguiente a la victoria electoral de la izquierda, se habían lanzado denuncias de una supuesta caza de brujas a propósito de la intención del Gobierno de renovar parte del personal del sector audiovisual.

27 Véase, por ejemplo, Nona MAYER y Pascal PERRINEAU (dirs.), *Le Front national à découvert,* París, Presses de la FNSP, 1989.

de l'Horloge,[28] un círculo de reflexión fundado en 1974 y presidido por Yvan Blot. La ofensiva comenzó a tener eco en los medios de comunicación a fines de los años setenta y parte de su ideario inspiró tanto al Frente Nacional como a ciertas publicaciones periódicas (como *Le Figaro Magazine,* de Louis Pauwels).

La aparición de *Ni gauche ni droite* llega en el momento justo para la extrema derecha, que instrumentalizará desde entonces las tesis de Sternhell y las pondrá al servicio de un revisionismo de fundamento político. Se apropia de la idea de que la matriz dominante del fascismo tiene su origen en la izquierda y fustiga la política de la mayoría por ser el producto de procedimientos autoritarios y de un totalitarismo rampante. Intenta hacer valer la idea de que socialismo equivale a fascismo. Así, en la tarde de las elecciones europeas de junio de 1984, el líder del Frente Nacional declara en la televisión pública que "el fascismo es una reencarnación de la izquierda" y que "existe más de una afinidad entre el señor Jospin y Mussolini".

En el plano ideológico, el Club de l'Horloge organizó un coloquio en noviembre de 1983 bajo el título "Socialismo y fascismo ¿una misma familia?", presidido por Yvan Blot. Los temas de las intervenciones fueron, además de las raíces izquierdistas del fascismo (estudiadas por François-Georges Dreyfus a través del caso de Henri de Man y Marcel Déat), el cuestionamiento de la participación de la izquierda en la resistencia (Jules Monnerot), el antisemitismo de algunos socialistas utópicos como Fourier y Proudhon (Michel Leroy), una reseña elogiosa de la obra de Zeev Sternhell (por Henry de Lesquen), etc. Esta ofensiva se inscribía en una estrategia encaminada a desviar hacia la izquierda las acusaciones de fascismo con la intención de limpiar la reputación de la extrema derecha y legitimarla. Sternhell intervino en un coloquio organizado en París en marzo de 1984, "La extrema derecha y sus connivencias",[29] y poco después concedió una entrevista al periódico *Le Monde*[30] en la que discrepaba de la utilización de su trabajo. Afirmó

28 Retoma ciertas ideas de la Nueva Derecha, pero no su antiliberalismo. En lo que a estrategia se refiere, preconiza una integración de la extrema derecha en la derecha republicana.

29 El coloquio fue organizado por el Instituto Socialista de Estudios e Investigaciones y por el Partido Socialista.

30 Z. STERNHELL, "Le fascisme envolé", *Le Monde*, 6 y 7 de mayo de 1984.

que el fascismo nace de la síntesis entre nacionalismo y socialismo, pero es una versión particular del socialismo, obra de ramas disidentes que revisan el marxismo y, al hacerlo, se salen del contexto socialista. Jules Monnerot e Yvan Blot, por su parte, también aparecieron en *Le Monde*[31] para reafirmar la tesis revisionista sobre la estrecha comunicación entre socialismo y fascismo.

Aparte de estos aspectos políticos, la existencia de cuestiones relacionadas con la memoria favoreció la repercusión de las polémicas en torno a los libros de Sternhell. En Occidente resurgió el recuerdo doloroso de la década de 1930 y de la guerra. La memoria del genocidio de los judíos se reavivó con el proceso contra Eichmann en Jerusalén de 1961 a 1963 y el juicio a los guardianes de Auschwitz en la República Federal de Alemania a mediados de los años sesenta; después, en Francia, se mantuvo vigente con la difusión de documentales como *Le Chagrin et la pitié,* de Marcel Ophüls, en 1971, y de productos de ficción como la serie de televisión americana *Holocaust,* en 1978. Pero la toma de conciencia colectiva acerca del genocidio quedó contaminada en Francia por la aparición de teorías negacionistas de gran eco mediático (especialmente las de Robert Faurisson y Louis Darquier de Pellepoix)[32] y por los atentados antisemitas de 1979 y 1980 en París. La recuperación de la memoria afectó también al régimen de Vichy, cuya responsabilidad en la persecución de los judíos y en la represión de la resistencia, dentro de su colaboración con la Alemania nazi, quedó demostrada por Robert Paxton en su obra *La France de Vichy,* publicada en 1973.[33] En consecuencia, durante las décadas de 1970 y 1980 se genera una memoria polémica del período entre 1940 y 1944, el "síndrome de Vichy" del que habla Henry Rousso.[34]

31 J. MONNEROT, "Le flottement de M. Sternhell", *Le Monde*, 26 de mayo de 1984; Y. BLOT, "Réponse à Zeev Sternhell", *Le Monde*, 28 de mayo de 1984.

32 En una entrevista concedida a *L'Express* y publicada el 28 de octubre y el 4 de noviembre de 1978, el antiguo director del Comisariado General de Asuntos Judíos del Gobierno de Vichy declaró: "Les voy a decir exactamente lo que sucedió en Auschwitz. Se gaseó, es cierto, pero solo se gaseó a los piojos". Acerca del negacionismo, véase Valérie IGOUNET, *Histoire du négationnisme en France,* París, Le Seuil, 2000.

33 R. PAXTON, *La France de Vichy* (1972), traducción al francés, París, Le Seuil, 1973.

34 H. ROUSSO, *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours* (1987), París, Le Seuil, 1990.

Los enfrentamientos de los años oscuros tienden a ser reactivados por las fuerzas políticas que en los debates parlamentarios intercambian acusaciones de colaboracionismo y de fascismo. Con ello se sugiere que todas las fuerzas políticas ocultan un pasado incómodo, pero es la izquierda la que paga el coste más alto en esta controversia porque, hasta entonces, la opinión más extendida era que toda la izquierda se había opuesto a un régimen de Vichy identificado únicamente con la derecha. Sin embargo, los historiadores revelan que hubo hombres procedentes de la izquierda que participaron en el régimen de Vichy o fueron colaboracionistas. Aparte del caso ya mencionado de Marcel Déat, los ejemplos más conocidos son Gaston Bergery, quien militó en el partido radical hasta que lo abandonó en 1933[35] y, durante la guerra, se convirtió en colaborador de Pétain, cuyos discursos redactaba. O Jacques Doriot, quien fue miembro del Partido Comunista de Francia y una de sus estrellas en alza durante los años veinte; sus ambiciones se interrumpieron a principios de la década de 1930, cuando Maurice Thorez fue elegido secretario general; en 1937 Doriot creó el Partido Popular francés, una organización fascista que reconstruiría durante la ocupación.[36] Varios intelectuales pacifistas integrales, comprometidos con la izquierda en el período de entreguerras, apoyaron el régimen de Vichy (Victor Margueritte, Léon Émery) o a los alemanes (Francis Delaisi) por aversión a todo tipo de contienda, prefiriendo "la servidumbre antes que la guerra".[37] Aparte de lo sucedido entre 1940 y 1944, parte de la identidad de la izquierda francesa se basaba en la idea de que, gracias al Frente Popular y a diferencia de las izquierdas alemana e italiana, había constituido un baluarte eficaz frente al fascismo, al que había impedido el acceso al poder antes de 1940. Tal idea estaba ahora en entredicho. Las dudas sobre el pasado de François Mitterrand, aunque la polémica sobre esta cuestión estallaría plenamente en la primera mitad de la década de 1990, contribuyeron evidentemente a proyectar una sombra

35 A continuación, formó un partido frentista asociado al mayoritario Frente Popular en las elecciones de 1936. Evolucionó hacia un pacifismo integral (aprobó los acuerdos de Múnich en 1938) y a fines de los años treinta incorporó ideas como orden y autoridad.

36 Philippe BURRIN, *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery*, París, Le Seuil, 1986.

37 Bernard BRUNETEAU, *"L'Europe nouvelle" de Hitler. Une illusion des intellectuels de la France de Vichy*, Mónaco, Éditions du Rocher, 2003. Véase también Patrice DE VILLEPIN, "Plutôt la servitude que la guerre! Le pacifisme intégral dans les années trente", *Relations Internationales*, 53 (primavera de 1988), pp. 53-67.

oscura sobre la memoria de la izquierda socialista,[38] sobre ella se cernía la sospecha de connivencia con Vichy, de entendimiento con el enemigo. Tales interrogantes facilitan la estrategia de la extrema derecha, que consiste en desviar hacia la izquierda las acusaciones de fascismo y alejarlas del régimen de Vichy, que sale rehabilitado, y del Frente Nacional, que queda legitimado.

La obra de Sternhell también lesiona la identidad nacional. Francia, la patria de los derechos del hombre, es ahora sospechosa de haber alumbrado el fascismo, un fascismo que se hizo fuerte y llegó al poder en verano de 1940 con el consentimiento de una amplia mayoría de los franceses. En definitiva, lo que se pone en duda es la actitud de ciertos historiadores franceses: ¿acaso pretendían preservar la imagen de su país, depositario de los principios de 1789, minimizando la importancia del fascismo? Esto explicaría la virulencia de su reacción ante las posiciones de Sternhell.

Conclusión: Francia e Italia, la validez de una comparación

Esta última insinuación no se basa en hechos probados y verificados, pero es innegable que el debate acerca del fascismo francés ha escapado de los círculos académicos, donde suelen quedar confinadas las controversias entre historiadores, para ocupar la política y los medios de comunicación. La resonancia obedece al encuentro de los argumentos de un historiador, por un lado, y cuestiones políticas y de memoria por el otro. El término *fascismo* fue utilizado con fines políticos por la extrema derecha para obtener legitimidad y lavar su imagen en un momento de intenso crecimiento electoral.

Estas circunstancias en Francia presentan similitudes suficientes con el caso italiano para permitir una comparación. A mediados de los

38 De la misma manera, desde principios de la década de 1970, el pasado del secretario general del Partido Comunista francés, Georges Marchais, empezó a generar una controversia pública que continuó en los años ochenta. Siendo obrero en una fábrica de aviones de la región de París, en diciembre de 1942 fue a Alemania a trabajar para el constructor de aviones Messerschmitt. Marchais siempre afirmó que fue obligado dentro del marco del Servicio de Trabajo Obligatorio instituido el 4 de septiembre de 1942, mientras que otros (entre ellos algunos antiguos mandos del Partido Comunista en Limoges) lo acusaron de haber acudido como voluntario.

años setenta, el historiador Renzo de Felice, con sus investigaciones y publicaciones (especialmente una biografía de Mussolini en varios volúmenes y sus libros de entrevistas), puso en tela de juicio la interpretación de la historia del fascismo italiano surgida del paradigma antifascista que había adquirido rango de autoridad desde 1945.[39] Entre los historiadores, suscitaron animados debates y polémicas sus tesis sobre el consenso que había logrado el régimen fascista en buena parte de las masas, que desmentían la idea de que solo había sido fascista un porcentaje ínfimo de los italianos; sobre la distinción entre régimen fascista y movimiento fascista y la dimensión revolucionaria de este último, que refutaban la tesis de un fascismo exclusivamente reaccionario y tradicionalista; sobre el giro totalitario de 1937 a 1940 o sobre el apoyo que parte de los italianos brindaron a la República Social Italiana entre 1943 y 1945. La controversia tuvo mayor eco en los medios de comunicación de masas (prensa y televisión) de lo que hemos visto en Francia. En este caso, la repercusión se vio subrayada por el regreso de un recuerdo conflictivo del período fascista y de la Segunda Guerra Mundial, particularmente entre 1943 y 1945, a causa de la guerra civil que enfrentó a fascistas con miembros de la resistencia y a causa de la responsabilidad del fascismo en la persecución de los judíos. Otro elemento del debate fue la crisis que socavó los cimientos del sistema político italiano a principios de los años noventa. Los principales partidos políticos quedaron dislocados por la corrupción o, en el caso del Partido Comunista, afectados por la caída del comunismo de Europa oriental. La República se vio igualmente sacudida puesto que, más allá de la crisis de los partidos, temblaron sus pilares ideológicos, anclados en los valores del antifascismo. Efectivamente, la decadencia del paradigma antifascista, iniciada en la década de 1970, se agravó y provocó una crisis de identidad colectiva italiana. Tal situación constituía un terreno favorable a la utilización política del pasado fascista. Y así, parte de la izquierda lanzó acusaciones de fascismo y de actitudes autoritarias contra Berlusconi y Forza Italia y contra la Alianza Nacional de Gianfranco Fini, heredera del Movimiento Social Italiano neofascista. La derecha, buscando una legitimidad política en vísperas de su acceso al poder en 1994 y después en 2001, elaboró un discurso encaminado a rehabilitar el fascismo histórico, la figura de Mussolini, a reevaluar sus logros económicos y

39 R. DE FELICE, *Mussolini,* 8 vols., Turín, Einaudi, 1965-1997. R. DE FELICE, *Intervista sul fascismo,* edición de Michael A. LEEDEN, Bari, Laterza, 1975.

sociales (insistiendo en la renovación económica que llevó a cabo) y, en su empeño, tergiversó el trabajo de los historiadores.

Existen semejanzas entre la situación francesa y la italiana en lo que concierne a los debates sobre el fascismo, pero hay divergencias que las separan. La polémica en Francia no fue tan virulenta como en el país trasalpino. Aparte del hecho de que el fascismo permaneciese en el poder durante más de veinte años en Italia, allí fue más profunda la crisis de identidad nacional que se manifestó a propósito de los debates historiográficos y que contribuyó a su repercusión. Porque, en Francia, se replanteó la identidad nacional, pero solo quedó levemente afectada por las controversias historiográficas sobre el fascismo, ya que no se fundamenta únicamente en el antifascismo y la resistencia, sino también en los principios de 1789, en la laicidad y en los valores afirmados por el caso Dreyfus. En Italia, por el contrario, la República y la identidad colectiva se conforman principalmente en torno a los principios del antifascismo y la resistencia.

Resistencia y revisionismo en Italia: las "revelaciones" de Giampaolo Pansa*

Xavier Tabet

Historiografía de la resistencia y crisis del antifascismo

1. Hasta la década de 1980, la memoria del antifascismo y de la resistencia fue el fundamento de la cultura política nacional de la Italia republicana "nacida del antifascismo y de la resistencia", de acuerdo con la expresión acuñada. Sin embargo, el "paradigma antifascista" no se formalizó en Italia hasta los años sesenta. El partido comunista italiano desempeñó una función preponderante en la resistencia, como sabemos, pero, tras el fin de la unidad de los partidos de la resistencia, que habían gobernado juntos el país hasta 1947, la antítesis fascismo / antifascismo perdió pronto su carácter central en Italia, igual que en el resto de Europa, para cedérselo a la antítesis comunismo / anticomunismo, y podemos apreciar que el antifascismo fue "contestado y minoritario hasta 1960".[1] En una época de "memoria indulgente" del fascismo,[2] la experiencia todavía muy cercana de la guerra civil se vivió a la defensiva por los antiguos combatientes contra el "nazifascismo", acusados en ocasiones de haber sido terroristas. Solo a partir de los años sesenta, con la fase conocida como de centro izquierda, el antifascismo se convirtió en el verdadero eje del sistema político italiano. Después de las revueltas populares de julio de 1960 contra el Movimiento Social Italiano, heredero directo del partido fascista, la creación de lo que se ha llamado "el arco constitucional" apartó tácitamente a la derecha neofascista, mediante una *conventio ad excludendum,* de toda participación en el poder, al menos en las instituciones nacionales. La siguiente década de 1970

* "Résistance et révisionnisme en Italie: les 'révélations' de Giampaolo Pansa". Traduccion de Virginia Tabuenca.

1 G. SANTOMASSIMO, *Antifascismo e dintorni*, Roma, Manifestolibri, 2004, p. 275.

2 A propósito de la "memoria indulgente" del fascismo en la posguerra italiana, véase C. BALDASSINI, *L'ombra di Mussolini. L'Italia moderata e la memoria del fascismo (1945-1960),* Soveria Mannelli, Rubbettino, 2008.

continuó marcada por la voluntad de mantener la colaboración entre las fuerzas antifascistas.

Las primeras grandes historias de la resistencia, escritas en la inmediata posguerra, fueron obra por lo general de quienes estuvieron junto a los protagonistas de la lucha de liberación nacional. Ofrecían una imagen heroica de la resistencia, presentada como un movimiento masivo de oposición al fascismo y como una "lotta di popolo", la reacción de un "popolo alla macchia" (un pueblo en el maquis, como se titula el relato que publicó en 1947 Luigi Longo, sucesor de Palmiro Togliatti a la cabeza del partido comunista italiano).[3] La narración predominante, la *master narrative,* tendía a quitar importancia a la cuestión del "consenso", esto es, la adhesión de los italianos al fascismo. Al principio de la posguerra, esto sirvió para exculpar a los italianos a ojos de la comunidad internacional, en un momento en que tenían que poner en marcha un proceso de regeneración interior que debía llevarlos a superar el pasado, su propio pasado fascista.[4] Se atribuía así a Mussolini y a los alemanes la responsabilidad por la "primera guerra", la de 1940 a 1943, y se enaltecía una "segunda guerra" –llevada a cabo entre septiembre de 1943 y abril de 1945 por la resistencia, el ejército italiano y, sobre todo, por los aliados– en la cual el pueblo había sabido dar pruebas auténticas de su rechazo al fascismo.[5] Solo los historiadores cercanos a los movimientos neofascistas consideraban, siguiendo el ejemplo de Giorgio Pisanò,[6] que este período había sido una "guerra civil" entre

3 L. LONGO, *Un popolo alla macchia. Il diario, le memorie del grande combattente partigiano*, Milán, Res Gestae, 2013 [1947]; véase, también, entre los "clásicos" de la primera historiografía de la resistencia, R. BATTAGLIA, *Storia della resistenza italiana*, Turín, Einaudi, 1953.

4 Como lo ha sintetizado el historiador Rosario Romeo: "La resistencia, obra de una minoría, ha sido utilizada por la mayoría de los italianos para sentirse exonerados de tener que arreglar cuentas con su propio pasado" (citado por G. OLIVA, *L'Italia del silenzio. 8 settembre 1943: storia del paese che non ha fatto i conti con il proprio passato*, Milán, Mondadori, 2013, p. 18).

5 Sobre esta materia, véase F. FOCARDI, *Il cattivo tedesco e il bravo italiano. Le rimozioni delle colpe della seconda guerra mondiale*, Roma-Bari, Laterza, 2013, sobre el mito del "buen italiano", véase A. DEL BOCA, *Italiani, brava gente?*, Vicenza, Neri Pozza, 2005.

6 G. PISANÒ, *Storia della guerra civile in Italia, 1943-1945*, 3 vols., Milán, FPE, 1965-1966. Precisemos, en todo caso, que la cuestión de la guerra civil no está ausente de los primeros trabajos de historiografía antifascista, en particular en los no comunistas. Así, Roberto Battaglia en su relato autobiográfico de 1945 evocaba

italianos movidos por concepciones irreconciliables de la patria y de la fidelidad a los compromisos adquiridos con los aliados alemanes.

El discurso oficial ofrecía así una visión edificante de la resistencia, expurgándola de contradicciones o conflictos y acentuando sus aspectos patrióticos, de manera que la "guerra de liberación" se presentaba como un "segundo Risorgimento".[7] El precio pagado por la memoria de la resistencia fue, ciertamente, un énfasis excesivo y una imagen que tendía a borrar las divisiones y la radicalidad de parte de sus actores en beneficio del recuerdo de un antifascismo con carácter de celebración. En cambio, a partir de la década de 1970, con la aparición de una nueva historiografía, se abordaron todos los aspectos de la resistencia, incluidos los más complejos y los más ambiguos.[8] El interés por la historia social conduce a estudiar la resistencia sin armas, la resistencia pasiva, y a no asimilar por completo la resistencia con los actos de los "partigiani", del "partigianatto". Por otra parte, el incremento del interés por las zonas de sombra lleva a cierta desmitificación de la resistencia, sin que esto signifique el cuestionamiento de sus valores, de su herencia y, sobre todo, de su legitimidad. Después de los trabajos de Guido Quazza, la obra de Claudio Pavone, *Una guerra civile. Saggio sulla moralità nella resistenza*, de 1991, fue la verdadera culminación de dos decenios prolíficos en investigaciones historiográficas sobre la resistencia.[9]

el "clima inhumano de la guerra civil", el de una "lucha que inevitablemente [...] bascula en un momento dado hacia una guerra civil" (R. BATTAGLIA, *Un uomo, un partigiano*, Bolonia, Il Mulino, 2004 [1945], p. 165). Los grandes literatos de la resistencia, de Calvino a Meneghello o Fenoglio, han dado asimismo una representación "antirretórica". Esto les supuso problemas, en ocasiones: a principios de los años cincuenta, la editorial Einaudi rechazó el libro *Ventitré giorni della città di Alba* a causa del título que le quería poner Fenoglio: *Racconto della guerra civile*.

7 La idea de "segundo Risorgimento" resaltaba la guerra patriótica contra "el extranjero", dejando en segundo plano el elemento de guerra civil. En relación con esto, véase L. PAGGI, *Il "popolo dei morti". La repubblica italiana nata dalla guerra (1940-1946)*, Bolonia, Il Mulino, 2009, p. 173; G. SANTOMASSIMO, *Antifascismo e dintorni, op. cit.*, p. 275.

8 Entre estos aspectos están las divisiones y conflictos internos en el Comité Nacional de Liberación; la naturaleza y el alcance del apoyo prestado por la población a la resistencia; y la naturaleza de la violencia practicada por los miembros de la resistencia y sus diferencias con la violencia fascista, que será uno de los temas centrales de la obra de Pavone.

9 G. QUAZZA, *Resistenza e storia d'Italia. Problemi e ipotesi di ricerca,* Milán, Feltrinelli, 1976; C. PAVONE, *Una guerra civile. Saggio sulla moralità nella Resistenza,* Turín, Bollati Boringhieri, 1991.

2. La década de 1990 conoció la aparición de lo que hemos llamado "crisis del antifascismo", manifiesta a partir de entonces. El fin del comunismo desencadenó cambios profundos en las memorias públicas nacionales de toda Europa. Desde ese momento, nuestra época es testigo de un "movimiento planetario de reactivación del pasado".[10] Tal movimiento conlleva fenómenos de recuperación y transformación de la memoria, con la aparición de un conjunto de memorias particulares que ya no se reconocen en las memorias oficiales de los estados nacionales. Por eso se redefinen las características de la memoria pública, en la que los antiguos paradigmas elaborados después de la guerra mundial son reemplazados por unos nuevos. En Italia, el proceso de mutación y de cuestionamiento de los paradigmas identitarios tradicionales se vio acentuado por el hecho de que, a principios de los años noventa, los partidos políticos herederos de la resistencia desaparecieron o se transformaron en profundidad.

Es lo que sucedió con la democracia cristiana, también con el partido socialista, y con el partido comunista, que en 1991 se transformó en Partido Democrático de la Izquierda. En Italia estas formaciones habían sido las responsables y garantes de la "memoria pactada". En cuanto a los nuevos partidos que surgieron entonces, lo cierto es que mantenían con la memoria una relación "contradictoria, volátil, a menudo inexistente".[11] Fue el caso del nuevo partido populista Forza Italia, durante los años noventa, ese "partido personalista de masas" (según expresión de Norberto Bobbio) fundado en 1993 por el empresario Silvio Berlusconi. Fue el caso asimismo de la Lega, el partido secesionista que ponía en tela de juicio la misma unidad italiana e intentaba inventar tradiciones propias, ajenas a la historia de la Italia contemporánea. A mediados de los años noventa, el Movimiento Social Italiano también cambió de piel y tomó el nombre de Alleanza Nazionale, lo que le permitiría participar después en los diversos gobiernos de Berlusconi. La abjuración del fascismo y la reivindicación de una identidad "posfascista", que obedecía a la supuesta desaparición del "demonio" de la confrontación

10 H. ROUSSO, "Vers une mondialisation de la culture", *XXe siècle*, 94, 4 (junio 2007), pp. 3-10.

11 G. DE LUNA, *La Repubblica del dolore. Le memorie di un'Italia divisa,* Milán, Feltrinelli, 2011, p. 14. Leonardo Paggi, por su parte, considera que las transformaciones de la vida política italiana han desembocado hoy en "una república sin panteón" (L. PAGGI, *Il "popolo dei morti"…, op. cit.,* p. 79).

ideológica, venía acompañada de una exigencia paralela de abjuración del comunismo, e incluso del antifascismo, más en general. Este último, sostenían, solo había sobrevivido durante cincuenta años tras la desaparición del fascismo por motivos de política internacional que habían quedado obsoletos tras la caída del muro y el fin del "totalitarismo rojo".

A lo largo de la década de 1990, se da una especie de fin de las ideologías, invocado de forma explícita por cierto número de intelectuales y políticos de izquierdas, en un momento en el que muchos se sentían tentados de pasar página en relación con su pasado. El "silencio de los comunistas",[12] la ruptura con sus propias raíces ideológicas y tradiciones históricas en una época que se consideraba la de lo "post" debía conducir al olvido progresivo, incluso al reniego, de un pasado convertido de repente en algo abrumador.[13] Dentro de este contexto debe entenderse la crisis del antifascismo en las décadas de 1990 y 2000 y la aparición de lo que se ha llamado el "anti-antifascismo". Parecía que la liquidación del comunismo debía conllevar la del antifascismo, que se estimaba demasiado vinculado con la tradición comunista.

En realidad, el trabajo de erosión de la mitología antifascista había empezado ya en los años ochenta, bajo la instigación del "joven" socialista Bettino Craxi. Este reivindicaba la necesidad de una "gran reforma" constitucional para fundar "una nueva república", con procesos más ágiles para la toma de decisiones. Para los modernizadores en la órbita de Craxi, las tradiciones y los mitos del antifascismo y la resistencia –que no pertenecían a su generación– eran un obstáculo para la renovación. Los intelectuales llamaban entonces, igual que el historiador del fascismo Renzo De Felice en una célebre entrevista de diciembre de 1987, a la superación del antifascismo, considerando que "si debemos pasar a una nueva república, es evidente que debemos liberarnos de

12 V. FOA, M. MAFAI y A. REICHLIN, *Il silenzio dei comunisti*, Turín, Einaudi, 2002.

13 Véase M. STORCHI, *Il sangue dei vincitori. Saggi sui crimini fascisti e i processi del dopoguerra (1945-46),* Roma, Aliberti Editore, 2008, p. 18. Como escribe Gustavo Corni, "El fin de la 'primera república' ha traído un debilitamiento de los valores del antifascismo, con un doble efecto: la aparición de un anticomunismo visceral y el autodenominado 'desbloqueo' de la extrema derecha"; el historiador añade con ironía que "los fascistas han desaparecido, y de forma especular han desaparecido, o han caído en un profundo olvido, los antifascistas" (G. CORNI, *Fascismo. Condanne e revisioni*, Roma, Salerno Editrice, 2011, p. 75).

los prejuicios sobre los que se funda la antigua".[14] Según una tesis que desarrollaría ampliamente François Furet en Francia,[15] el antifascismo había profundizado la crisis de la idea democrática bajo la apariencia de haberla resuelto.

En los años de Berlusconi, todas estas tesis iban a sucederse ampliadas, pero también deformadas por un sector de la clase política, intelectual y mediática. Estaban destinadas a cristalizar en torno a la exigencia de una transición hacia lo que hemos llamado una "segunda república", que Silvio Berlusconi pretendía instaurar sobre las cenizas de la antigua, estructurada alrededor de los partidos salidos de la resistencia, que ahora eran acusados de estar en el origen de buena parte de los males de la "partitocracia" italiana. En estos años se pondrá en tela de juicio, además, la propia Constitución italiana. El intento de reescribir en beneficio propio la Constitución –redactada tras la liberación con la colaboración del partido comunista, que hacía de este texto uno de los fundamentos de su identidad– se traducirá en un ataque contra la naturaleza, tachada de "soviética", de este texto, que desde un punto de vista formal es ciertamente uno de los más sociales de Europa. Este ataque irá en paralelo a la explotación de un anticomunismo visceral por parte de Berlusconi, basado en el miedo retrospectivo al espectro del comunismo. Todo esto se traducirá en un replanteamiento del "Estado social", el "welfare state" italiano. Presentado como la prolongación del antifascismo político, se considerará poco compatible con los imperativos contemporáneos del liberalismo cuando se hable de depurar la Constitución de lo que Berlusconi llama "el prejuicio antifascista".[16] Así, para algunos en Italia, "la lección española"[17] residirá en el hecho de que democracia y antifascismo no van necesariamente unidos. Para pasar la página del fascismo de manera definitiva era preciso terminar también con el antifascismo y las tradiciones de la resistencia. Estas profundas mutaciones políticas e ideológicas hacen de Italia un laboratorio

14 Reproducida en F. FOCARDI, *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito politico italiano dal 1945 a oggi,* Roma-Bari, Laterza, 2005, pp. 252-258.

15 F. FURET, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle,* París, Robert Laffont, 1995.

16 Sobre todos estos temas, véanse los análisis de S. LUZZATO, *La crisi dell'antifascismo,* Turín, Einaudi, 2004.

17 Véase V. PÉREZ DÍAZ, *La lezione spagnola. Società civile, politica e legalità,* Bolonia, Il Mulino, 2003.

para la transformación de los paradigmas identitarios europeos. Sobre la vertiente historiográfica, y sobre la de los usos políticos de la historia, esta transformación adoptó la forma de una verdadera guerra de memorias, hasta el punto que, como decía irónicamente Claudio Pavone en 2000, "parece que la guerra fría, finalizada a nivel planetario, se ha transferido al interior del gremio de los historiadores, en especial al de los historiadores italianos".[18] Y una de las variantes más sensibles de la *Historikerstreit* italiana atañe a la interpretación y memoria de la resistencia. La controversia ya no afecta a la expresión *guerra civil*, aceptada por la gran mayoría de los historiadores desde la aparición de la obra de Claudio Pavone, afecta directamente a la herencia política y los valores morales de la resistencia, y al sentido mismo que debe darse a la lucha que enfrentó –en el norte del país, entre septiembre de 1943 y abril de 1945, y en el centro durante un período más breve– a *partigiani* con *repubblichini*, esto es, a los miembros de la resistencia con los soldados y milicianos de la República de Salò. En las décadas de 1990 y 2000, se enfrentan también, y a menudo con virulencia, los que consideran que el antirrevisionismo se ha convertido en la ideología estéril de los custodios de una pretendida "vulgata de la resistencia", o lo que es lo mismo, la "vulgata antifascista", hoy obsoleta,[19] y los que consideran que asisten al nacimiento de un "anti-antifascismo". Este último produciría reescrituras inquietantes de la historia, mediante la afirmación de un revisionismo que consolida las eliminaciones al tiempo que se nutre de

18 C. PAVONE, "Negazionismi, rimozioni, revisioni: storia o politica?", en E. COLLOTTI (ed.), *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*, Roma-Bari, Laterza, 2000, p. 16.

19 La revista *Nuova Storia Contemporanea,* dirigida por el historiador Francesco Perfetti, se empecina en denunciar lo que él llama "la ideología antirrevisionista". El antirrevisionismo es "una categoría ideológica que expresa una vocación de tipo totalitario porque se presenta como guardiana de una verdad oficial y consolidada –una verdadera vulgata– que no está permitido discutir, ante la cual no se pueden formular preguntas" (F. PERFETTI, "L'ideologia antirevisionista ", *Nuova Storia Contemporanea*, 6 [noviembre-diciembre 2000], pp. 5-6). Desde el bando opuesto, la obra citada en la nota anterior reunió en 2000 a una "coalición" de historiadores que denunciaban las derivas y peligros del revisionismo: *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*, *op. cit*.; en 2009 encontramos a algunos de esos especialistas en una segunda obra colectiva que, en parte, surge de la reacción a la resonancia que tuvieron en Italia las tesis de Giampaolo Pansa: A. DEL BOCA (ed.), *La storia negata. Il revisionismo e il suo uso politico*, Vicenza, Neri Pozza, 2009.

lo eliminado.[20] Este revisionismo mutante, difícil de aprehender, difícil de distinguir en ocasiones de la necesaria labor de *aggiornamento* de los saberes y las interpretaciones, sería en todo caso "terriblemente eficaz en su trabajo de erosión del sentido común historiográfico".[21]

Como símbolos y manifestaciones, o como síntomas, de esta guerra italiana de memorias, se evocan en el presente volumen colectivo algunos debates historiográficos y públicos que se cuentan entre los más significativos de los últimos años. Antonio Bechelloni repasa aquí la polémica suscitada entre los historiadores italianos por las "confesiones" y justificaciones del historiador del fascismo Roberto Vivarelli en su relato biográfico publicado en 2000, *La fine di una stagione. Memoria 1943-1945,* sobre su pasado en la República Social Italiana.[22] A medio camino entre debates historiográficos y usos públicos de la historia, recordaremos ahora las tesis mantenidas por el periodista e historiador Giampaolo Pansa durante la década de 2000, a partir de la publicación, en 2003, de su controvertido trabajo *Il sangue dei vinti. Quello che accadde in Italia dopo il 25 aprile,*[23] *(La sangre de los vencidos. Lo que sucedió en Italia después del 25 de abril de 1945).*

"El caso Pansa"

3. Nacido en 1935, Giampaolo Pansa es un periodista importante; fue codirector del periódico de izquierdas *La Repubblica* y del semanal *L'Espresso,* donde trabajó como editorialista y como subdirector de 1977 a 1991. Relató con bastante detalle su vida pública en su autobiografía de 2009, que llevaba el explícito título de *Il revisionista*.[24] De forma paralela a su actividad como cronista de los acontecimientos políticos italianos, ha llevado una carrera de historiador, en la línea de toda una tradición italiana de periodistas historiadores. En efecto, publicó

20 C. PAVONE, "Negazionismi, rimozioni, revisioni: storia o politica?", art. cit., p. 26.

21 A. AGOSTI, "La nemesi del patto costituente. Il revisionismo e la deligittimazione del PCI", en *La storia negata, op. cit.*, p. 263.

22 R. VIVARELLI, *La fine di una stagione. Memoria 1943-1945*, Bolonia, Il Mulino, 2000.

23 G. PANSA, *Il sangue dei vinti. Quello che accadde in Italia dopo il 25 aprile,* Milán, Sperling & Kupfer, 2003.

24 G. PANSA, *Il revisionista,* Milán, Rizzoli, 2009.

su primer libro sobre historia de la resistencia en 1967, a partir de su trabajo de *laurea*[25] bajo la dirección de Guido Quazza.[26] En los años setenta y ochenta publicó un conjunto de ensayos sobre la vida política italiana, incluyendo los años del terrorismo, que no afectan en especial al tema tratado aquí. En la década de 1990 publica una serie de novelas históricas que cuentan, como él resume en su autobiografía, "historias que la retórica de la resistencia y el carácter faccioso de los comunistas prohibían contar: las venganzas sobre los fascistas vencidos [...] la violencia de los partisanos de Tito en Trieste, los *gulags* de Yugoslavia".[27] Su interés por los *repubblichini* se remonta lejos en el tiempo, porque ya en la época de sus primeros trabajos había publicado dos libros sobre el ejército de la República de Salò.[28] En 2002, Pansa escribirá también un libro que narra el destino de los jóvenes que decidieron adherirse a la República de Salò.[29] Estas novelas históricas y estos libros de historia dan testimonio del nuevo interés que suscitaba la historia de la República Social Italiana en la década de 1990.[30] Si no provocaron polémicas, decía Pansa, fue porque no tocaban el verdadero tabú de la "vulgata

25 Hasta 2002, las universidades italianas, tras un período de cuatro a seis años, daban la *laurea,* que otorgaba el título de *dottore*. En 2002 se estableció, además de la *laurea*, la *laurea magistrale*, que otorga el título de *dottore magistrale*. Hay un tercer título, el de *dottore di ricerca,* que es equivalente al doctorado español. [N. de la T.]

26 G. PANSA, *Guerra partigiana tra Genova e il Po. La Resistenza in provincia di Alessandria,* Bari, Laterza, 1967.

27 G. PANSA, *Il revisionista*, *op. cit*., p. 301. De entre esas novelas, citaremos en particular: *Ma l'amore no,* Milán, Sperling & Kupfer, 1994; *Siamo stati così felici*, Milán, Sperling & Kupfer, 1995.

28 G. PANSA, *L'esercito di Salò nei rapporti riservati della Guardia nazionale repubblicana, 1943-44*, Milán, Istituto nazionale per la storia del movimento di liberazione, 1969; ídem, *L'esercito di Salò,* Milán, Mondadori, 1970. Este segundo libro se publicará de nuevo bajo el título *Il gladio e l'alloro. L'esercito di Salò*, Milán, Mondadori, 1991.

29 G. PANSA, *I figli dell'Aquila*, Milán, Sperling & Kupfer, 2002.

30 Véase en particular la obra de L. GANAPINI, *La repubblica delle camicie nere*, Milán, Garzanti, 1999. Para la literatura, los relatos de Carlo Mazzantini han tenido una función importante, desde finales de los ochenta, en este nuevo interés. Véase, en particular, C. MAZZANTINI, *A cercar la bella morte*, Milán, Mondadori, 1995 [Venecia, Marsilio, 1986]; íd., *I balilla andarono a Salò*, Venecia, Marsilio, 1995. Sobre la historia de la literatura de los antiguos partidarios de la R. S. I., véase M. BRESCIANI y D. SCARPA, "Gli intelletuali nella guerra civile (1943-1945)", en S. LUZZATO y G. PEDULÀ (eds.), *Atlante della letteratura italiana*, vol. III, D. SCARPA (ed.), *Dal romanticismo a oggi*, Turín, Einaudi, 2012, pp. 703-717.

de la resistencia", que según Pansa es la *resa dei conti,* la rendición de cuentas, expresión utilizada en Italia para referirse a las ejecuciones, asesinatos y masacres perpetrados por los miembros de la resistencia y la población tras la liberación, momento en que los fascistas tuvieron que "rendir cuentas".

El libro de Pansa que se situó en el centro de una importante polémica fue el titulado *Il sangue dei vinti. Quello che accadde in Italia dopo il 25 aprile,* de 2003, dedicado a relatar la *resa dei conti*, región por región. Aun sin estar publicado por una editorial de primera línea, obtuvo un gran éxito, ya que, de acuerdo con su autor, se vendieron más de 400 000 ejemplares en unas semanas.[31] Tras este lanzamiento, Pansa escribió un verdadero "ciclo de los vencidos", publicado desde entonces por Rizzoli, una editorial dirigida al gran público.[32] Dicho ciclo en la década de 2000 vino seguido por su autobiografía, ya citada, *Il revisionista;* revisionismo, de acuerdo con el sentido provocador que le da el autor, es la palabra que "sirve para condenar la historia que no gusta al antifascismo agresivo, la historia que no coincide con la versión que le conviene".[33]

Seguramente, el éxito de *La sangre de los vencidos* se explica, en parte, por la forma y el registro escogidos. La obra se construye sobre la ficción de una conversación entre el propio autor y un personaje imaginario, una atractiva bibliotecaria con la que el narrador dialoga convirtiéndola en representante, bien informada, de su público. El li-

31 En 2008, el libro sería adaptado al cine en una película titulada, precisamente, *Il sangue dei vinti,* realizada por Michele Soavi con la estrella Michele Placido.

32 Pansa ha publicado también: *La grande bugia. Le sinistre italiane e il sangue dei vinti,* Milán, Sperling & Kupfer, 2006; *I gendarmi della memoria. Chi imprigiona la verità sulla guerra civile,* Milán, Sperling & Kupfer, 2007. El periodista / historiador construye sus libros posteriores a *Il sangue dei vinti* a partir de las críticas que se le han hecho, y a las que responde, o de las que se burla, alternando hábilmente la polémica con relatos de nuevos episodios o testimonios de la *resa dei conti* (y en *La grande bugia,* utiliza de nuevo una técnica narrativa basada en el diálogo con una lectora media, por el cual el autor se incorpora a sí mismo en la narración).

33 G. PANSA, *La grande bugia*, *op. cit*., p. 263. A partir de 2009, Rizzoli publica los libros de Pansa, como *I vinti non dimenticano. I crimini ignorati della nostra guerra civile*, Milán, Rizzoli, 2010. Después, el autor la emprendió, de forma aún más directa, con los políticos, los periodistas y los intelectuales de la "casta roja"; ídem, *Carta straccia. Il potere inutile dei giornalisti italiani*, Milán, Rizzoli, 2011; *Tipi sinistri. I gironi infernali della casta rossa*, Milán, Rizzoli, 2012.

bro no lleva notas a pie de página ni se basa en investigaciones nuevas en archivos, sino que está escrito a partir de una compilación de obras sobre la *resa dei conti*. Escrito con técnicas narrativas, cuenta gran número de historias, a menudo horribles, y deja un lugar importante a las emociones, en particular cuando el autor imagina los últimos momentos de los fascistas torturados, que evoca con detalle. Giampaolo Pansa quiere restituir la humanidad a esos hombres y mujeres por los que siente compasión, *pietas*. Al mismo tiempo, se guarda mucho –y ahí está uno de los motivos de las numerosas críticas que le hacen sus detractores– de recordar los actos pasados de los torturados o los motivos que han ocasionado su ejecución. La forma en que murieron y su condición de víctimas despolitizadas se imponen a los compromisos de sus vidas.

No es menos cierto que, al tomar la decisión de "contar" la historia, sin temor a utilizar formas propias de la ficción, es posible que Pansa haya encontrado un "nicho" que los historiadores profesionales habían dejado parcialmente vacío en Italia. No obstante, el éxito notable de este libro obedece innegablemente a razones más profundas. Pretende decir algo "nuevo", algo que había permanecido escondido, oculto hasta ahora tras la "gran mentira". Esta mentira sobre la sangre de los vencidos fue mantenida por la izquierda durante mucho tiempo, como explicita el subtítulo del libro de 2006: *La grande bugia. Le sinistre italiane e il sangue dei vinti (La gran mentira. Las izquierdas italianas y la sangre de los vencidos)*. En consecuencia, el periodista / historiador tiene el gran mérito, el coraje incluso, de denunciarlo finalmente y revelar una verdad desagradable para la izquierda. En este sentido, se puede afirmar que el revisionismo de Giampaolo Pansa es antes que nada, y por emplear un neologismo, un "revelacionismo". Estas revelaciones serían más fiables por ser obra de alguien que procede de la cultura de izquierdas, que se presenta como un "guerrillero de la cultura", un inconformista sometido al ostracismo por el *establishment* mediático y cultural así como por el mundo universitario. En efecto, los dos "pecados" de Pansa serían, si le damos crédito, "contar sin pelos en la lengua nuestra posguerra sangrienta" y "hacerlo sin pertenecer al gremio de los historiadores profesionales".[34]

4. ¿Cuál es, entonces, esa verdad finalmente revelada por el autor de *Il sangue dei vinti*? El retrato que pinta de la Italia de la inmediata

34 G. PANSA, *La grande bugia*, *op. cit.*, p. 274.

posguerra es el de un país de sangre y fuego, donde los ajustes de cuentas que se produjeron, especialmente en lo que se ha llamado el *triangolo rosso,* en Emilia Romagna, región de fuerte tradición comunista, dejaron un número de muertos muy superior a los diez mil que se suelen indicar para el período posterior a la liberación.[35] Pansa, por su parte, estima que ese número se sitúa entre veinte y treinta mil muertos, cerca de los treinta y cuatro mil muertos calculados en los años sesenta por el historiador y senador neofascista Giorgio Pisanò en su obra *Storia della guerra civile in Italia*.[36] Pero Pansa considera, sobre todo, que dichos asesinatos no fueron obra de grupos marginales, extraviados, sino que con mayor frecuencia fueron organizados por escuadrones de la muerte, grupos militares organizados en células estancas, y se inscribieron en el marco de una estrategia deliberada del partido comunista: "Casi siempre –escribe Pansa– se trata de delitos cometidos por formaciones de partisanos, sobre todo garibaldinos, es decir, comunistas. Y no son crímenes atribuibles a civiles exasperados por los rigores de la guerra. Y no son reacciones espontáneas sino asesinatos dirigidos".[37]

Este aspecto es fundamental para el autor. Cuando evoca en *Il revisionista,* sus primeros trabajos sobre la guerra civil, y sobre lo que él mismo denomina su "micro-revisionismo" de entonces, afirma sobre la actitud de los comunistas:

> En aquel momento yo aún no había llegado al paso decisivo, que solo he dado años después. Esto es, a darme cuenta del hecho de que una parte importante del movimiento de la resistencia quería transformar Italia en una república comunista y un nuevo satélite de la U. R. S. S. y que para ello estaba dispuesta a comenzar una segunda guerra civil como así sucedió.[38]

La "gran mentira" era, por lo tanto, la "vulgata resistenziale", que consistía en asegurar que los miembros de la resistencia siempre tuvieron las manos limpias, tanto durante la resistencia como después; se expresaba a través del "relato reticente, incompleto y, por lo tanto, mentiroso de nuestra guerra civil, que una parte de la izquierda ha

35 Esta es la cifra que da M. DONDI, *La lunga liberazione: giustizia e violenza nel dopoguerra italiano*, Roma, Editori Riuniti, 1999.

36 G. PISANÒ, *Storia della guerra civile in Italia*, *op. cit*.

37 G. PANSA, *I gendarmi della memoria*, *op. cit*., p. 124.

38 G. PANSA, *Il revisionista*, *op. cit*., p. 169.

construido, protegido e impuesto durante sesenta años".[39] La "grande bugia" había consistido en sostener durante demasiado tiempo que el partido comunista italiano no había tenido como único objetivo la derrota de los alemanes y los fascistas. El partido comunista perseguía en realidad una estrategia de conquista del poder, en el marco de una guerra civil –una "segunda guerra civil"– que habría traído a Italia después del 25 de abril de 1945, a continuación de la anterior, en virtud de una política marcada por la fidelidad absoluta a Moscú y a Stalin. Además, es preciso añadir que, según Pansa, todavía perdura una "guerra civil". Se trata de la "guerra civil mental" que aún hoy sacude a Italia, alimentada por una izquierda intolerante y sorda a toda revisión de las verdades oficiales, que continúa aquejada de un sectarismo y un autoritarismo heredados del fascismo, en una época en la que "para un sector de la izquierda italiana la guerra civil no ha terminado".[40] La guerra civil mental es mantenida por los "gendarmes de la memoria", los "guardianes del faro" del antifascismo y la resistencia, los "exorcistas" que persiguen al diablo revisionista, apegados a una memoria inmutable y afectados por ese mal oscuro que aún habita en la izquierda italiana, "el rechazo a hablar de los otros, de los fascistas vencidos, pero también de nosotros mismos, de la forma en que nos comportamos tras la victoria".[41]

Las tesis de fondo de la obra de Pansa son simples, simplistas, incluso, pero su éxito constituye algo importante sobre lo que conviene meditar. Es más revelador todavía que los hechos de los que habla Pansa estén lejos de ser desconocidos. En los años noventa, tras el lanzamiento del libro ya mencionado de Claudio Pavone, *Una guerra civile,* las grandes editoriales italianas publicaron varios estudios importantes acerca de los aspectos problemáticos de la resistencia y también de la

39 G. PANSA, *La grande bugia*, *op. cit.,* p. 341.

40 Ibídem, p. 211. Es este un tema muy importante para Pansa: la historia de la Italia contemporánea se presenta como una larga sucesión de odios fratricidas. Lo encontramos en algunos grandes editorialistas como Ernesto Galli Della Logia o Paolo Mieli, pero también en los escritos del periodista más importante de la televisión italiana, Bruno Vespa, autor también de libros sobre historia italiana del siglo XX, como su obra de 2005, titulada al estilo de Pansa, *Vincitori e vinti. Le stagioni dell'odio dalle leggi razziali a Prodi e Berlusconi*, Milán, Mondadori, 2005.

41 G. PANSA, *La grande bugia*, *op. cit.*, p. 268.

posguerra inmediata,[42] aunque estos trabajos no tuvieron, ni de lejos, la repercusión del libro de Pansa. En todo caso, hace mucho tiempo que los historiadores ofrecen una visión "desmitificada" de la resistencia. Igual que hace mucho tiempo que ha dejado de creerse en la "fábula" del "popolo alla macchia", del pueblo unido en el maquis contra el fascismo, o en la fábula según la cual en el seno de la resistencia se habría dado una unidad de intenciones entre los comunistas, los católicos y los miembros del Partito d'Azione. Ya no se cree en la imagen de un miembro de la resistencia siempre compasivo y se estudian los aspectos oscuros de la resistencia, incluidos los de después del 25 de abril.[43]

El autor de *La sangre de los vencidos* declara pertenecer a lo que él llama "completismo". Pretende escribir una historia "entera", que no se limite a los destinos de los vencedores, sino que también preste atención a las razones de los vencidos. Esta historia completa, y, por lo tanto, totalmente "verdadera", sería lo contrario de una historia "mutilada". Sin embargo, los hechos que narra se presentan de forma aislada, segmentada, y apenas se ubican en su contexto. El contexto es el de la guerra civil y las masacres perpetradas por los alemanes en su retirada de Italia. Desde un punto de vista todavía más general, el contexto es la difícil salida de veinte años de fascismo que Pansa recuerda muy someramente.

42 Véase, en particular, en la década de 1990 y a principios de la de 2000: N. S. ONOFRI, *Il triangolo rosso, 1943-1947. La verità sul dopoguerra in Emilia-Romagna attraverso i documenti d'archivio*, Roma, Sapere 2000, 1994; M. STORCHI, *Uscire dalla guerra. Ordine pubblico e dibattito politico a Modena, 1945-1946*, Milán, Franco Angeli, 1995; C. BERMANI, *Storia e mito della volante rossa*, Milán, NEI, 1995; G. RANZATO, *Il linciaggio di Carretta. Roma 1944: violenza politica e ordinaria violenza*, Milán, Il Saggiatore, 1997; H. WOLLER, *I conti con il fascismo: l'epurazione in Italia, 1943-1948*, Bolonia, Il Mulino, 1997; S. VILLANI, *L'eccidio di Schio. Luglio 1945: una strage inutile*, Milán, Mursia, 1999; M. DONDI, *La lunga liberazione*, *op. cit.*; G. OLIVA, *La resa dei conti*, Milán, Mondadori, 1999; S. MORGAN, *Rappresaglie dopo la Resistenza: l'eccidio di Schio tra guerra civile e guerra fredda*, Milán, Mondadori, 2002. Para una síntesis de los libros y artículos de Guido Crainz sobre este asunto durante los años noventa, véase G. CRAINZ, *L'ombra della guerra. Il 1945, l'Italia*, Roma, Donzelli, 2007.

43 Véase S. LUZZATO, *Sangue d'Italia. Interventi sulla storia del Novecento*, Roma, Manifestolibri, 2008, p. 116. De acuerdo con uno de sus detractores más tenaces, el historiador Angelo D'Orsi, Pansa no se contenta con *revisar* el discurso oficial, tiende a *enrevesar* dicho discurso, a ponerlo del revés, por lo que podemos hablar de una especie de "rovescismo" ("enrevesionismo") (véase A. D'ORSI, "Dal revisionismo al rovescismo. La resistenza (e la costituzione) sotto attacco", en *La storia negata*, *op. cit.*, pp. 329-373).

Él dice llevar a cabo una “revisión honesta de todo lo que se ha escrito y se escribe todavía sobre la naturaleza de la guerra civil”.[44] En realidad, ofrece una imagen negativa unilateral de la resistencia, en la que los antiguos héroes aparecen a menudo como asesinos –especialmente si son comunistas– dentro de una representación general criminalizada de la resistencia y de la inmediata posguerra.

Sin embargo, este período se caracterizó por lo que se ha denominado la “mancata Norimberga italiana”[45] (la falta, el fracaso de un Nuremberg italiano) y también por una cierta continuidad en el Estado entre fascismo y República.[46] Además, hay que recordar que Italia –mediante la “amnistía Togliatti” de 1946, promulgada por el ministro de justicia, comunista, del gobierno integrado por todos los partidos de la resistencia– fue uno de los primeros países europeos que, habiendo tenido un gobierno colaboracionista, concedieron el perdón a sus criminales políticos e interrumpieron el proceso judicial.[47] Por lo demás, la ausencia de una “verdadera justicia” explica en parte la justicia sumaria de la posguerra inmediata. La profunda exasperación ocasionada por la lentitud y la ineficacia de la justicia ordinaria, en el momento de depuración de los criminales fascistas, podía empujar a los miembros de la resistencia y a la población a impartirse justicia por sí solos.[48] La *resa*

44 G. PANSA, *La grande bugia*, *op. cit.*, p. 217.

45 M. BATTINI, *Peccati di memoria. La mancata Norimberga italiana*, Roma-Bari, Laterza, 2003. Se refiere así al hecho de que los militares italianos no fuesen juzgados por sus crímenes, especialmente los cometidos en los Balcanes, y que no se juzgase tampoco a los alemanes por los delitos cometidos en Italia.

46 Sobre esta cuestión, véase C. PAVONE, *Alle origini della Repubblica. Scritti su fascismo, antifascismo e continuità dello Stato,* Turín, Bollati Boringhieri, 1995.

47 *Cf.* A. MATTIOLI, *“Viva Mussolini!”. La guerra della memoria nell’Italia di Berlusconi, Bossi e Fini,* Milán, Garzanti, 2011, p. 113. Para un esbozo de historia comparada de la depuración en Francia e Italia, véase P. GIRARD, “Les violences d’après guerre en Italie et en France. 1944-1946”, *Communisme*, 78/79 (2004), pp. 153-175; V. GALIMI, “Collaborationnisme et épuration judiciaire en Italie et en France ”, en F. GUEDJI y V. GALIMI (eds.), *Le XXe Siècle des guerres*, París, Éditions de l’Atelier, 2004.

48 La historiadora Michela Ponzani recuerda que, durante el período de la posguerra temprana, se llevaron a cabo numerosos procesos contra miembros de la resistencia, mientras que a principios de los años cincuenta ya no seguían en prisión más que unos cientos de fascistas, M. PONZANI, *L’offensiva giudiziaria anti partigiana nell’Italia repubblicana (1945-60)*, Roma, Aracne, 2008; véase, también, una obra cuyo título se hace eco, desde la perspectiva opuesta, de la obra de Pansa, M. STORCHI, *Il sangue dei vincitori*, *op. cit*.

dei conti supuso, ciertamente, un "suplemento" de violencia y odio, una consecuencia de la violencia de la guerra civil. Este suplemento destapó una violencia arcaica presente en la sociedad italiana. Había sido liberada por la violencia de la guerra civil y afloró entonces. Pero esta violencia "excedente", aunque remitiese a conflictos sociales antiguos, fue antes que nada, como ha subrayado Claudio Pavone, la "recapitulación y el desenlace final de un capítulo que, en realidad, se había abierto en 1919-1921".[49]

5. Por regresar a Pansa, conviene precisar que, aunque él se presenta como nuevo, su discurso dista de serlo. En efecto, se ha cultivado desde la posguerra en el seno de la cultura neofascista, la de los antiguos partidarios y combatientes de la República Social Italiana. Las tesis centrales del autor de *La sangre de los vencidos* acerca de la actitud del partido comunista coinciden, exactamente, con las defendidas entre la década de 1960 y la de 1990 por el principal historiador de la R. S. I., Giorgio Pisanò. Antiguo teniente de las *Brigate Nere,* Pisanò formó parte de los miembros fundadores del Movimiento Social Italiano en 1946, y fue elegido senador en las filas del partido neofascista en 1972.

En sus obras, desde sus primeros libros sobre la guerra civil (*Sangue chiama sangue,* en 1962; *Storia della guerra civile in Italia, 1943-1945,* en 1965-1966, antes mencionado) hasta los últimos (entre ellos *Il triangolo della morte. La politica della strage in Emilia durante e dopo la guerra,* de 1992), se expresa la tesis según la cual el partido comunista había llevado a Italia a "sucumbir" a la guerra civil en 1943.[50] Sobre el partido comunista recae la responsabilidad de la falta de reconciliación entre fascistas y antifascistas. Tras el armisticio de septiembre de 1943, los comunistas provocaron la guerra civil por medio de sus acciones terroristas, llevadas a cabo dentro de una "politica della strage", una política de la masacre, que pretendía obligar a los fascistas a reaccionar de forma sangrienta, lo que, a su vez, empujaría al conjunto de los antifascistas a aceptar la lucha armada. Tenía por objeto exasperar a los

49 C. PAVONE, *Una guerra civile*, *op. cit.*, p. 256.

50 G. PISANÒ, *Sangue chiama sangue,* Milán, Pidola, 1962; *Storia della guerra civile in Italia, op. cit.; Il triangolo della morte. La politica della strage in Emilia durante e dopo la guerra,* con P. Pisanò, Milán, Mursia, 1992. Véase también el relato autobiográfico de G. PISANÒ, *Io fascista. 1945-1946. La testimonianza di un superstite,* Milán, Il Saggiatore, 1997.

que habían escogido el bando de la R. S. I. por fidelidad al régimen y amor a la patria, como hicieron muchos "ragazzi di Salò" que no habían conocido más que el régimen fascista. Esta política "de la masacre" buscaba precipitar a Italia en el abismo de la guerra civil. Y, de acuerdo con Pisanò –al que Pansa dedica en *La grande bugia* un capítulo, más bien elogioso, titulado "Il maledetto Pisanò"–,[51] después de la liberación, el partido comunista continuó la guerra fraticida en pos de su propia "guerra privada".

Todas estas tesis son hoy audibles en Italia, o más bien vuelven a serlo, cuando antes no habían encontrado eco fuera del predio reducido y confinado de la cultura neofascista. Los representantes de la extrema derecha italiana expresaban una cultura de vencidos, se consideraban exiliados dentro de su patria y se desenvolvían en una cultura de gueto "autoexcluido". Por otra parte, no habían logrado historizar el fascismo ni colocar en la escena nacional a un historiador salido de sus filas o próximo a ellas. Llegados al poder en los años noventa, gracias a su alianza con el partido de Berlusconi, sus representantes tendían a apoyarse en intelectuales procedentes de la izquierda antes que en los suyos propios, "utilizables dentro de los límites de su círculo, pero inservibles en un mercado político más amplio".[52] En la década de 2000, el retorno de estas tesis permitió reforzar un dispositivo encaminado expresamente, como señala el historiador Giovanni De Luna, a la "deslegitimación de los hombres, los partidos y los paradigmas identitarios de la primera república";[53] un dispositivo encaminado a expulsar el comunismo –y también el "gramsciazionismo", como lo llaman sus críticos– de la historia contemporánea de Italia.[54] Tal vez estas tesis respondieran a las "pulsiones profundas de un país impaciente por encontrar una 'normalidad' al margen de los caminos del compromiso civil y político".[55] Muchos que antes se habían sentido "inhibidos" por la acción de

51 G. PANSA, *La grande bugia*, *op. cit.*, pp. 416-435.

52 F. GERMINARIO, *Da Salò al governo. Immaginario e cultura politica della destra italiana,* Turín, Bollati Boringhieri, 2005, p. 84; íd., *L'altra memoria: l'estrema destra, Salò e la Resistenza,* Turín, Bollati Boringhieri, 1999.

53 G. DE LUNA, citado por A. AGOSTI, "La nemesi del patto costituente", art. cit., p. 281.

54 Véase D. COFRANCESCO, *Sul gramsciazionismo e dintorni*, Lungro di Cosenza, Marco, 2001.

55 G. DE LUNA, "Revisionismo e resistenza", en *La storia negata*, *op. cit.*, p. 457.

los partidos tradicionales, incluida la democracia cristiana, estuvieron encantados de descubrir, o de redescubrir, las virtudes de la zona gris frente a las de las minorías heroicas.[56]

Parece que hoy en Italia, a través del resurgir del pasado,[57] asistimos al regreso de ciertos discursos y lenguajes que fueron habituales hasta el final de los años cincuenta, antes de que se instalase el paradigma antifascista.[58] Hoy, las fronteras de lo decible han sido modificadas. La verdad "revelada" por Pansa era, hasta cierto punto, esperada, y su éxito es el de un autor que dice por fin a su público lo que este quería oír desde hacía tiempo. En Italia vuelve a oírse un discurso que permanecía embargado.[59] Conviene reflexionar sobre este desbloqueo para comprender lo que nos revela de la profunda transformación operada en los paradigmas identitarios de nuestras sociedades.

Los nuevos usos de la historia

6. "El caso Pansa", como lo han llamado en Italia, ilustra algunas de las características propias del fenómeno revisionista. En esta parte final de nuestro texto, solo las podremos mencionar de manera sintética aunque necesitarían un desarrollo mucho más amplio.

Conviene, para empezar, señalar que en lo tocante a Giampaolo Pansa el universo mediático ha funcionado como una gran caja de resonancia para una historia que se presenta como "primicia permanente",

56 Como afirma Sergio Luzzato, el discurso sostenido por Pansa y sus valedores era en cierto modo esperado por la parte más sensible de Italia, que es tan visceralmente anticomunista como "antifascista". A los italianos les alegró comprobar que "sus padres y sus abuelos, que no habían hecho nada durante la guerra civil, no valían menos que quienes se jactaban de haber liberado la península cuando habían derramado sangre inocente por todas partes" (S. LUZZATO, *Sangue d'Italia, op. cit.*, p. 106).

57 Véase M. ISNENGHI, "I passati risorgono. Memorie irriconciliate dell'unificazione nazionale", en *La storia negata*, *op. cit.*, pp. 39-68.

58 Como escribe Massimo Storchi, después de 1989, con la crisis de las construcciones ideológicas que tenían en la resistencia uno de sus ejes, "la polémica retomó los temas, pero sobre todo el lenguaje, que se habían empleado en los años cincuenta con una perspectiva contraria a la resistencia y, en consecuencia, naturalmente, anticomunista" (M. STORCHI, *Il sangue dei vincitori*, *op. cit.*, p. 17).

59 Sobre esta cuestión del "desbloqueo", véase S. PIVATO, *Vuoti di memoria. Usi e abusi della storia nella vita pubblica italiana,* Roma-Bari, Laterza, 2007.

y utiliza representaciones simplificadoras en blanco y negro.[60] En la era de la inmediatez telemática, marcada por un constante “presentismo” y por la incapacidad de nuestras sociedades, con expectativas borrosas, para proyectarse hacia delante, se produce una especie de aplastamiento en el presente.[61] Y esto viene acompañado de una reducción de la historia a la memoria de los sentimientos y la subjetividad, pero también de una especie de fragmentación del discurso histórico, perfectamente visible en lo sucedido con los escritos de Giampaolo Pansa. Olvidando el precepto de Salvemini según el cual el historiador no sabe ser “imparcial” sino más bien “honesto”, Pansa pretende contar solo “hechos desnudos y crudos”, sin “sermones políticos o ideológicos”.[62] Pero los hechos aislados, ajenos a un marco de referencia más completo, se convierten en “nuevos” e incluso “sensacionales”.

Estos fenómenos son particularmente manifiestos en Italia, donde, durante mucho tiempo, los historiadores a menudo estaban ligados a partidos políticos que administraban el uso público de la historia. Hoy, en cambio, como escribe G. De Luna:

> Con la crisis de los partidos de la primera república es como si un cortocircuito hubiese atravesado la relación entre el “concepto de partido” y la investigación histórica. Alejado ya de la exigencia de construir monumentos historiográficos a los partidos, el uso público de la historia ha sido sacudido por otras prioridades, otras exigencias, que han generado una especie de liberalización salvaje del “mercado de la memoria”.[63]

Tal desestructuración deja el campo libre a lecturas del pasado compuestas por “jirones de historia descontextualizados, utilizados en función del momento, tomados y abandonados cuando ya no sirven”.[64]

60 Sobre esta cuestión véase G. DE LUNA, “La storia sempre ‘nuova’ dei quotidiani e la costruzione del senso comune”, en *Fascismo e antifascismo*, *op. cit.*, pp. 445-462; ídem, “Resistenza e revisionismo”, en *La storia negata*, *op. cit.*, pp. 293-328.

61 Véase F. HARTOG, *Régimes d’historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003; H. ROSA, *Aliénation et accélération. Vers une théorie critique de la modernité tardive*, París, La Découverte, 2012.

62 G. PANSA, *Il revisionista*, *op. cit.*, p. 309.

63 Véase G. DE LUNA, “Resistenza e revisionismo”, art. cit., p. 446.

64 Ibídem, p. 452. En nuestra época de celebraciones y conmemoraciones perpetuas, asistimos a un desarraigo del pasado y a la vez a una hipertrofia de las referencias históricas en el discurso político. La creencia en esta demanda de memoria va acompañada, según G. de Luna, de la incapacidad actual de los Estados para transformar las condiciones reales de vida de las personas. Las políticas de la me-

Es cierto que los usos públicos de la historia son indisociables de la tarea del historiador, y evidentemente existe una implicación política inherente a esta tarea a la que el historiador no puede sustraerse. La historia, como sostiene Nicola Gallerano, es también "una regulación de la memoria y del olvido para modelar los rasgos de la identidad colectiva de una comunidad y distinguirla de las demás; para construir, por medio del pasado, un proyecto y una profecía del futuro".[65] En nuestros días, sin embargo, la aceleración de los usos de la historia, tanto públicos como políticos, debe ponerse en relación con el advenimiento de una "política espectáculo". En el "estado espectáculo",[66] el elemento espectacular contamina también a la historia: la historia-espectáculo, la historia-emoción, "la historia siempre nueva". En una era que es la de la transición de la cultura política a la política cultural, la relación con el pasado está vinculada, incluso subordinada, a las leyes mediáticas de la comunicación, ya que "el objetivo no es educar a un pueblo sino obtener una 'audiencia'".[67] El riesgo está en que no solo se busca en el pasado la legitimación de las decisiones del presente, sino que también, muy a menudo, se pretende borrar ese pasado con fines políticos inmediatos. En el caso de los escritos de Giampaolo Pansa, el riesgo es asistir a lo que Stefano Pivato identifica, de forma más general, como una "operación de allanamiento de la historia que transforma a los malvados de ayer en los amables de hoy de acuerdo con una concepción catártica e imaginaria del pasado".[68]

Más allá de las cuestiones vinculadas a los nuevos regímenes de historicidad de nuestras sociedades, también parece que el proyecto revisionista se caracteriza por la tentativa de llegar a una "memoria condivisa", una memoria compartida. La voluntad de conciliación y de pacificación de las memorias tiende, sin embargo, a traducirse aquí en una tentación de equiparación de esas memorias. La tentación es muy

moria, con sus proyectos de celebración y conmemoración, pretenden compensar la incapacidad de los Estados para oponerse a la tiranía de los mercados y controlar la economía real (G. DE LUNA, *La Repubblica del dolore*, *op. cit.*, p. 23).

65 N. GALLERANO, "Storia e uso pubblico della storia", en N. GALLERANO (ed.), *L'uso pubblico della storia,* Milán, Franco Angeli, 1995, p. 22.

66 Véase A. TONELLI, *Stato spettacolo. Pubblico e privato dagli anni '80 a oggi*, Milán, Mondadori, 2010.

67 N. GALLERANO, "Storia e uso pubblico della storia", art. cit., p. 32.

68 S. PIVATO, *Vuoti di memoria…, op. cit.*, p. 130.

obvia en los escritos de Giampaolo Pansa. Se manifiesta igualmente en los escritos de Roberto Vivarelli.[69] En efecto, Pansa y Vivarelli pretenden una especie de reincorporación de los partisanos de la República de Salò a la historia de Italia, y el reconocimiento de la dignidad de sus compromisos y sus luchas. Lo que ellos llaman "memoria crítica" es una memoria que permite escribir una historia "unitaria", una "historia de todos" y pintar un "único cuadro".[70] El riesgo del autodenominado "completismo" es, sin embargo, creer que las heridas de una guerra civil deben curarse hoy por medio de una memoria de compromiso. Al hacer esto, se ignora el hecho de que muchos otros países se basan en memorias divididas, desunidas, aunque conservan ciertas "jerarquías retrospectivas".[71] Ciertamente, los "pactos del olvido" son útiles a las naciones para superar su pasado, porque estas se forman a partir de la memoria, pero también a partir del olvido, en virtud del precepto de Renan, según el cual "es bueno saber olvidar". El peligro de una memoria compartida es que esta se convierta rápidamente en un olvido pactado. Así, en un país donde se borra la importancia de la tradición antifascista, y donde a lo largo de los últimos años se celebra un juicio a la resistencia, tal vez una de las "anomalías" italianas no esté en la ausencia de una memoria compartida, como afirman algunos, sino precisamente en la posibilidad de que se acepte dicha memoria compartida produciendo una "banalización retrospectiva de los valores, de los méritos y la ruindad, de las razones y los errores".[72]

7. El último fenómeno a propósito de Giampaolo Pansa que, en nuestra opinión, merece ser destacado es el que consiste en la reevaluación, incluso el elogio, de la "zona gris" en sus escritos (no así en los de Vivarelli, conviene precisar). Sucede, por ejemplo, cuando en su ya mencionada autobiografía, *Il revisionista,* Pansa hace un elogio especial de su padre, a quien no le gustaban los "negros", pero se sentía también lejos de los "rojos", comportándose así, dice el autor, como millones

69 En un capítulo (titulado de forma significativa "Lynchage", pp. 359-374) de su obra de 2007 *La grande bugia,* Pansa hace un elogio del controvertido relato autobiográfico de Roberto Vivarelli (*La fine di una stagione. Memoria 1943-1945*). Por su parte, en *Fascismo e storia d'Italia* (Bolonia, Il Mulino, 2008), Vivarelli alaba las obras de Pansa (pp. 261-265).

70 R. VIVARELLI, *Fascismo e storia d'Italia*, *op. cit*., p. 264.

71 S. LUZZATO, *La crisi dell'antifascismo*, *op. cit*., p. 30.

72 S. LUZZATO, *Sangue d'Italia*, *op. cit*., p. 76.

de italianos.[73] De este padre, que formó parte de la "gran zona gris" integrada por los "numerosos civiles que no se comprometieron con ninguno de los dos bandos y esperaron a que terminase la carnicería de la guerra civil", aprendió Pansa a respetar a su prójimo, declara.[74] Mediante esta alabanza de quienes estaban "en medio" se expresa una especie de sabiduría intemporal, que viene acompañada de la representación de una Italia esencialmente gris, en la que rojos y negros, dignos todos de piedad y memoria, se masacraron en nombre de ideologías mortuorias. Y con cierta "idea penitencial"[75] del siglo XX, concebido como el de una gran "catástrofe humanitaria", asistimos en definitiva a la liquidación de las ideas revolucionarias del siglo, pero sobre todo a una "apología melancólica del liberalismo como horizonte inmejorable de la historia".[76]

¿Podemos, entonces, sostener que el juicio de acuerdo con el cual "el revisionismo es resultado de un desplazamiento hacia la derecha"[77] es aplicable a la forma particular de revisionismo en los escritos de Giampaolo Pansa? La pregunta es difícil, igual que es difícil asegurar de forma perentoria que Berlusconi haya sido "el primer responsable del revisionismo en la segunda república".[78] El "berlusconismo" es un fenómeno demasiado complejo para reducirlo a la cuestión de la crisis del antifascismo y la consolidación del revisionismo. Por lo demás, quizá haya hoy dos formas de revisionismo, al menos, como sugiere Leonardo Paggi. Está, por una parte, el revisionismo de la nueva derecha que, tal y como lo resume el historiador, proclama lo siguiente:

> La violencia de los miembros de la resistencia obedece solo a la venganza; las brigadas negras están integradas por jóvenes con ideales elevados; la colaboración sirve de escudo frente a la venganza alemana; el desplazamiento de los intelectuales se hace bajo la égida de la reforma; el pueblo

73 Véase G. PANSA, *Il revisionista*, *op. cit.*, pp. 83 y ss.

74 Ibídem, p. 385.

75 G. SANTOMASSIMO, *Antifascismo e dintorni, op. cit.*, p. 7.

76 E. TRAVERSO, *Le passé mode d'emploi*. *Histoire, mémoire, politique*, París, La Fabrique, 2005, p. 113; ídem, *1914-1945*. *La guerre civile européenne*, París, Hachette, 2009, p. 14.

77 A. MATTIOLI, *"¡Viva Mussolini!"…, op. cit.*, p. 207.

78 Ibídem, p. 208.

> italiano, que ha dado pruebas de no querer combatir, se encierra tras el 8 de septiembre de 1943 en una posición de espera de los resultados de una guerra civil entre minorías enfrentadas.[79]

Pero también existe un revisionismo de izquierdas, el de la nueva izquierda. En virtud de este revisionismo:

> El siglo XX [...] se concibe como un siglo de los horrores, olvidable, que sin embargo ha tenido el mérito, al final, de abrir la vía a una democracia liberal hegemónica por fin [...] La nueva izquierda [...] paga pues por la adquisición de una fuerza de gobierno el precio de un vacío de identidad política y de cultura histórica que está destinado a tener efectos perdurables en el tiempo.[80]

Giampaolo Pansa, por su parte, niega toda connivencia con la derecha neofascista y con la derecha liberal y berlusconiana. Pero es verdad que sus obras han llevado agua al molino de una derecha deseosa de liberarse de la herencia social de la resistencia como de un bagaje abrumador, y, sin embargo, inútil, en una Italia en la cual, durante la década de 2000, siendo presidente del Gobierno, Berlusconi dejó de asistir durante cinco años seguidos a las conmemoraciones del 25 de abril de 1945, día de la liberación. De cierta manera, podemos afirmar que el "caso Pansa" muestra cómo el revisionismo italiano se sitúa en el cruce de intereses de una nueva derecha liberal, liberada del corsé democristiano, y de una vieja derecha neofascista, profundamente anticomunista, liberada del prolongado ostracismo sufrido desde la posguerra.

En todo caso, asistimos a un cambio importante en los paradigmas identitarios de nuestras sociedades, como decíamos al principio de este texto. Italia ha conocido en estas últimas décadas una profunda transformación antropológica, una verdadera "revolución cultural silenciosa"[81] que ha afectado a toda la sociedad, incluidos sus mitos fundacionales y su relación con el pasado. Como escribía Nicola Gallerano "los períodos en los que se hace más insistente el uso público del pasado corresponden a fases de profunda discontinuidad histórica, que modifican

79 L. PAGGI, *Il "popolo dei morti"..., op. cit.*, p. 78.

80 Ibídem, p. 79.

81 A. MATTIOLI, *"¡Viva Mussolini!"..., op. cit.*, p. 10.

la forma misma de situar el presente en su relación con el pasado''.[82] Incluso cuando nos desorientan, o nos inquietan, es interesante observar e intentar comprender esos cambios propios de la fase de profunda discontinuidad histórica que vivimos; esto es, intentar captar, en la medida de nuestras posibilidades, la forma en la que hoy se sitúa nuestro presente en relación con el pasado.

82 N. GALLERANO, ''Storia e uso pubblico della storia'', art. cit., p. 21.

Roberto Vivarelli y Claudio Pavone:

dos aproximaciones divergentes a los orígenes y la caída del fascismo*

Antonio Bechelloni

I

En el contexto italiano de los años noventa, evocado por Xavier Tabet en este volumen colectivo, la polémica en torno a la resistencia giró también alrededor de la publicación en 1995 del libro *Rosso e Nero,* una entrevista al gran historiador del fascismo Renzo de Felice.[1] Claudio Pavone calificó de guerra civil los últimos años de la guerra en Italia, un período que De Felice tendía más bien a contemplar a través del prisma de la "zona gris". Había tomado prestada la expresión de un texto de Primo Levi, el último que se publicó en vida de su autor, pero la había alejado del sentido eminentemente trágico y problemático que le había dado el escritor turinés.[2] Sacada del contexto apocalíptico del Holocausto, el gran historiador del fascismo la empleaba para trazar el retrato de una "población [italiana] que [de 1943 a 1945] hacía pocas diferencias entre rojos y negros". Esto minusvaloraba bastante la "vulgata" antifascista, como la llamaba él con cierto desdén.

Aparte del debate suscitado por el libro de Renzo de Felice a mediados de la década, los años noventa se abrieron con la aparición de un ensayo magistral acerca de la resistencia escrito por un historiador que era también un antiguo resistente movido, ciertamente, por una visión crítica y problemática, pero también muy empática de la resistencia. Se

* "Roberto Vivarelli et Claudio Pavone: deux approches divergentes des origines et de la chute du fascismo". Traduccion de Virginia Tabuenca.

1 Renzo DE FELICE, *Rosso e Nero,* edición de Pasquale CHESSA, Milán, Baldini & Castoldi, 1995.

2 Primo LEVI, "La zona grigia", en *I somersi e i salvati*. *Opere,* vol. I, Turín, Einaudi, 1993 (1986), pp. 674-703.

trata del libro de Claudio Pavone, mencionado por Xavier Tabet en este mismo volumen, *Una guerra civile,* aparecido en 1991 y traducido al francés en 2005.[3]

Desde el 25 de julio de 1943, día en que Mussolini fue destituido por los propios fascistas y por el rey, hasta el 25 de abril de 1945, fecha de la liberación de las grandes ciudades del norte del país por parte de los insurgentes, Italia conoció una de las fases más convulsas de su historia. ¿Fue una guerra de liberación o una guerra civil? Durante mucho tiempo, la primera expresión ha gozado del favor de casi todos los partidos que se declaran herederos de la resistencia.

Así, al adoptar como título de su libro la segunda expresión, empleada polémicamente por los nostálgicos del fascismo durante un tiempo, Claudio Pavone rompió un tabú. Con ello quiso recordar que los combates de aquellos años enfrentaron a los italianos, respaldados por los aliados, con el ocupante alemán, pero también enfrentaron a italianos con italianos.

En consecuencia, con la guerra de liberación patriótica encaminada a refundar una Italia libre y democrática se mezcló una "guerra civil", y al mismo tiempo una guerra de clase, llena de promesas de liberación social, contra la burguesía colaboradora.

Esta teoría de las "tres guerras", distintas desde un punto de vista analítico pero vividas conjuntamente, constituye la tesis central de este libro singular, que se centra en analizar las motivaciones contradictorias de unos y otros. En el subtítulo de la obra, *Essai historique sur l'éthique de la Résistance italienne,* hay que destacar la palabra *essai,* 'ensayo', porque se refiere a la naturaleza del cuestionamiento al que es sometido el corpus documental, de gran variedad y riqueza. Esta naturaleza también es evidente en las referencias que invoca Pavone. Citemos como ejemplo la forma de tratar la cuestión, controvertida como pocas, de la violencia. Aquí, como en otros pasajes del libro, no se trata de lanzarse a una aritmética macabra de cifras de muertos de un bando y del otro, como por desgracia es frecuente en Italia, especialmente tras

3 Claudio PAVONE, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991; Claudio PAVONE, *Une guerre civile: essai historique sur l'éthique de la résistance italienne*, París, Éd. du Seuil, 2005. A decir verdad, la traducción francesa traiciona de manera algo engañosa el sentido original del título, porque la ética en la resistencia no es lo mismo que la ética de la resistencia.

el éxito de los innumerables libros de Giampaolo Pansa de los que habla Xavier Tabet. Se trata de cuestiones más importantes desde otro punto de vista, cuestiones concernientes a la cultura, en el sentido antropológico de la palabra, al derecho, la moral, la lengua, etc. Aquí, pues, la mención de situaciones, personas, episodios, tal y como son presentados por la documentación, se pone al servicio de la exposición de una serie de dilemas.

Entre dichos dilemas, la cuestión de la violencia ocupa, ciertamente, un lugar central. Véase, por ejemplo, lo que escribe Pavone acerca de la comparación entre violencia fascista y violencia de la resistencia:

> El compromiso con un objetivo positivo nunca borró del todo el carácter defensivo de la violencia dentro de la resistencia. La decisión de matar era secundaria, era consecuencia de la decisión fundamental de oponerse a la violencia del otro. La violencia de la resistencia podía, por lo tanto, clasificarse, en sentido amplio, dentro de la categoría de la legítima defensa, lo que implicaba también la posibilidad de morir a manos de los otros.

Desde su publicación, el libro de Pavone y los interrogantes que planteaba entraron en resonancia con las reflexiones de otro historiador eminente, que tenía en su haber varias obras sobre la Italia contemporánea, especialmente sobre los orígenes del fascismo, Roberto Vivarelli. Este, aunque era casi diez años más joven que Claudio Pavone, reunía igual que su interlocutor la condición de historiador y la de actor del período, como veremos. Esto hace aún más interesante el debate, o más bien el intercambio de opiniones, entre estos dos hombres, que se prolongó durante casi veinte años.

II

Pero antes de volcarnos en los términos y las cuestiones esenciales de este intercambio, esbozaremos un perfil de Roberto Vivarelli. Antes de su desaparición, hace unos meses, Vivarelli, nacido en Siena en 1929, había consagrado casi por completo su larga vida de historiador al fascismo, y especialmente al problema de sus orígenes. Los cuatro años que median entre el 4 de noviembre de 1918, fecha del armisticio de Vittorio Veneto que marca la victoria italiana sobre Austria-Hungría, y el 28 de octubre de 1922, día de la marcha sobre Roma y de la investidura por el rey Víctor Manuel III de Benito Mussolini como jefe del Gobierno italiano, constituyen la materia de tres gruesos volúmenes de los cuales el primero (que llega hasta noviembre de 1919) se publicó en 1967 y el

tercero (que examina el desenlace de la crisis en los años 1921 y 1922) apareció en 2012, en vísperas del fallecimiento de su autor. Entre el primer y el segundo volumen (1991) transcurrieron casi veinticinco años y entre este y el último, más de veinte.

Por lo tanto, el intercambio de opiniones que retomaremos más adelante tuvo lugar entre el segundo y el último tomo de la obra fundamental de Vivarelli. Nos llama la atención, además, una curiosa simetría: dentro de la economía de sus respectivas producciones, hay una obra que destaca claramente entre todas las demás. Así, los tres volúmenes de Vivarelli sobre los orígenes del fascismo se contraponen a la gran obra de Pavone sobre los dos últimos años de vida del régimen creado por Mussolini.

Volveremos sobre aquello que los separa y los enfrenta. Detengámonos ahora en los rasgos específicos de la aproximación de Vivarelli al fascismo. Vivarelli sigue la estela de dos historiadores eminentes, pertenecientes ambos al antifascismo no comunista: Gaetano Salvemini[4] (1875-1957) y Federico Chabod[5] (1901-1960). El primero y el último de los tres volúmenes citados van dedicados a la memoria de cada uno de ellos.

De primeras, la aproximación de Vivarelli destaca por su originalidad y su carácter difícilmente clasificable. Todo el mundo coincide en reconocerle altura de miras, una prosa elegante y rigor en el análisis, fundado siempre sobre un aparato crítico que, si no es exhaustivo, es a

4 Exiliado antifascista que abandonó clandestinamente Italia en 1925 con la ayuda de Chabod, veinticinco años más joven que él. Durante todo su exilio desplegó una oposición implacable al régimen mediante abundantes escritos que eran a la vez de análisis político y de historia, publicados en francés (*La terreur fasciste*, París, Gallimard, 1930; *Mussolini Diplomate*, París, Grasset, 1932) y en inglés (*The Oath of the University Professors*, Londres, Henderson, 1932; *Under the Axe of Fascism*, Nueva York, Viking Press, 1936; *Carlo and Nello Rosselli: A Memoir*, Londres, For Intellectual Liberty, 1937). Tras su muerte, Vivarelli se convertiría en uno de los principales editores de la versión italiana de sus escritos.

5 Especialista de prestigio internacional en Maquiavelo, entre otros temas, también elaboró a partir de 1950 uno de los primeros trabajos de análisis histórico del régimen fascista desde sus orígenes hasta su caída, con ocasión de la publicación de una serie de conferencias pronunciadas en el Institut d'études politiques de la Universidad de Paris, por invitación de Lucien Febvre. *L'Italie contemporaine*, París, Domat-Montchrestien, 1950, la edición italiana es *L'Italia contemporanea (1918-1948)*, Turín, Einaudi, 1961, con prefacio de Leo Valiani.

menudo imponente. No obstante, en el prefacio a la segunda edición del primer volumen de su obra,[6] el autor observó que el libro había logrado gran estima, pero en el fondo había sido ignorado, afirmación que en algunos aspectos vale para el conjunto de su trabajo con excepción de una pequeña autobiografía, como veremos, y del último volumen de su obra fundamental. El espaciamiento en el tiempo de los tres volúmenes contribuyó, sin duda, a dificultar el diálogo con la comunidad de los historiadores, puesto que en cada ocasión, inevitablemente, se dirigió a una generación en buena parte diferente de la generación anterior. Vivarelli, por su parte, siguió con tenacidad no desprovista de cierta polémica obstinación el camino que se había trazado desde el primer momento: abordar el problema de los orígenes del fascismo con un relato histórico que supiese conjugar un cuerpo a cuerpo con el corto plazo de la historia política y social de los actores durante el período de 1918 a 1922 y una mirada capaz de remontarse al pasado en busca de las claves explicativas. Al hacer esto, Vivarelli enlazaba evidentemente con predecesores ilustres: Angelo Tasca[7] y su representación pionera del fascismo, aparecida en francés en 1938, y, para el análisis del corto plazo, Gaetano Salvemini, con sus conferencias americanas.[8] Pero entre los antifascistas,[9] Vivarelli declarará ser de los que discrepan de la tesis del filósofo liberal Benedetto Croce, según la cual el fascismo es –como una enfermedad ocasionada por las circunstancias excepcionales y puntuales de la Gran Guerra y sus secuelas– un paréntesis en la historia

6 Roberto VIVARELLI, *Storia delle origini del fascismo. L'Italia dalla grande guerra alla marcia su Roma,* vol. I, Bolonia, Il Mulino 1991 [1967].

7 Angelo TASCA, *Naissance du fascisme*, París, Gallimard, 1938 (con prólogo de Ignazio Silone); Angelo TASCA, *Nascita e avvento del fascismo*, Florencia, La Nuova Italia, 1950 (con prefacio del autor, es la primera edición italiana); véase, también, Angelo TASCA, *Nascita e avvento del fascismo,* Bari-Roma, Laterza, 1965 (con introducción de Renzo De Felice).

8 Gaetano SALVEMINI, *Le origini del fascismo in Italia ("Lezioni di Harvard")*, edición de Roberto VIVARELLI, Milán, Feltrinelli, 1966; véase también Gaetano SALVEMINI, *Under the axe of fascism*, cit., 1936; Gaetano SALVEMINI, *Scritti sul fascismo*, edición de Roberto VIVARELLI, Milán, Feltrinelli, 1961.

9 Especialmente Piero Gobetti, cuya definición de fascismo, que ha quedado grabada en las memorias, mantiene en mente Vivarelli hasta el último volumen (incluido) de su obra principal: el fascismo fue la autobiografía de la nación. Piero GOBETTI, "Elogio della ghigliottina", *La Rivoluzione liberale*, I, 34 (23 de noviembre de 1922), p. 130, actualmente en Piero GOBETTI, *Opere complete di Piero Gobetti*, vol. 1, *Scritti politici*, edición de Paolo SPRIANO, Turín, Einaudi, 1997, p. 433.

italiana, la cual, tras la caída del régimen denostado, retomó su curso tal y como lo habían marcado los hombres del Risorgimento. No fue el fascismo el que condenó a muerte al Estado liberal, sino que fue el fracaso del Estado liberal italiano el que engendró el fascismo. En torno a esta tesis aparentemente sencilla giran las 2000 páginas de la obra de Vivarelli. En particular, es el segundo volumen de su obra principal el que intenta identificar los pormenores de este fracaso.

Esto remite a que el Estado liberal, desde la unificación, se mostró incapaz de integrar en la nación a las masas populares, especialmente las campesinas, que todavía constituían la gran mayoría de la población activa del país después de la guerra. Por lo tanto, antes de los orígenes inmediatos, y en cierta medida coyunturales, del fascismo, que son el objeto específico del último volumen, hubo una "cuestión campesina" que, como verdadero libro dentro del libro, ocupa páginas y páginas del volumen publicado en 1991. En ellas, el autor dibuja una imagen sombría de las condiciones de vida miserables de los campesinos italianos y se detiene en las características propias de cada una de las regiones que analiza. Al mismo tiempo, somete a un juicio implacable la dureza y la codicia de los propietarios, grandes y menos grandes, así como la ausencia total de visión por parte de las clases políticas. Los cuarenta y cinco años transcurridos entre la entrada de las tropas italianas en Roma, capital del recién estrenado Reino de Italia, y el comienzo de la Gran Guerra se comparan con lo que sucede en Francia durante el mismo período. Y Vivarelli constata que en Italia, carente de agentes públicos y/o privados que realizasen la tarea, carente, en suma, de elites dignas de tal nombre, no había tenido lugar esa nacionalización de las masas campesinas que el historiador americano Eugen Weber había estudiado poco antes en el caso francés.[10]

El movimiento obrero, por su parte, en su versión anarquista primero y socialista después, conoció un vigoroso florecimiento, sobre

10 Eugen WEBER, *Peasants into Frenchmen. The modernization of rural France 1870-1914*, Londres, Chatto & Windus, 1979 (1.ª ed. de 1977); versión francesa: *La fin des terroirs: la modernisation de la France rurale: 1870-1914*, París, Fayard, 1983 [curiosa traducción, por otra parte, en la que la polémica creada por George L. Mosse acerca de la nacionalización de las masas se pierde por completo, como si el hecho de que las masas campesinas francesas pudiesen no haber sido totalmente francesas casi un siglo después de la gran Revolución resultase inaudible a un oído francés].

todo durante la primera década del siglo; podría haber desempeñado una función mediadora entre los campesinos y el Estado, como hizo parcialmente en Francia, posibilitando la integración gradual del campesinado en la nación. Por desgracia, en opinión del autor esto no es en absoluto lo que sucedió. Tras un enjuiciamiento tan implacable como el que había aplicado a las elites políticas y económicas del país, Vivarelli elabora un retrato no menos severo del socialismo italiano y su ideología. Según el juicio de Vivarelli, tanto los reformistas como los maximalistas son responsables de haber arrojado sistemáticamente leña al fuego con su milenarismo revolucionario y su rechazo intransigente de todo compromiso con el enemigo de clase. En esta realidad inmutable no hubo más que dos brillos de esperanza, a ojos de Vivarelli: la ampliación del sufragio masculino[11] y la entrada de Italia en guerra contra Austria-Hungría y Alemania del lado de la Entente.

A la guerra, capaz en sí misma de incorporar a los campesinos en la nación gracias a los sacrificios asumidos sin pestañear por los campesinos soldados y a las esperanzas de liberación alimentadas en las trincheras, se le atribuye una función salvadora. Tocamos aquí la piedra clave de la estructura que sostiene todo el análisis de Vivarelli. No sorprende que suscitara tanta perplejidad cuando sabemos hasta qué punto la oposición socialista, a diferencia de lo que se vio en Francia e Inglaterra, se había opuesto ferozmente a la guerra, pero también lo profundamente dividida que estuvo ante esta cuestión la clase política liberal en el poder. Desde el principio, no hubo ninguna unión sagrada en Italia. Una minoría, de composición ciertamente variada pero minoritaria, pese a todo, impuso la guerra por la vía de los hechos a un país recalcitrante. No es de extrañar, por lo tanto, que después del armisticio creciese la brecha entre quienes habían exigido y dirigido el esfuerzo de la guerra y las masas campesinas que volvieron de las trincheras maltrechas y diezmadas. Sin embargo, en 1991 Vivarelli reitera lo que ya había escrito en 1967 a propósito de la legitimidad y la naturaleza de la guerra, vista como un enfrentamiento entre el bando de la democracia y la libertad (la Entente) y el de la autoridad (los Imperios centrales), y su potencial función integradora.

11 Que se convierte en sufragio casi universal en 1913 para generalizarse en 1919, con la adopción de la proporcionalidad para las elecciones a la Cámara de Diputados.

Aporta como prueba el vigor de las revueltas campesinas que agitaron toda Italia en 1919 y 1920,[12] a las cuales dedica el autor un capítulo largo y apasionante que cierra su segundo volumen[13] y cuyo carácter original e innovador fue muy bien recibido por separarse de la mayoría de los trabajos publicados hasta entonces, que habían colocado en el centro de ese "biennio rosso" las huelgas de los obreros industriales y el movimiento de ocupación de las fábricas. Además, el componente rural del "biennio rosso" permite a Vivarelli proponer por primera vez la idea –corroborada por estudios recientes, realizados a partir de otras perspectivas– de que al menos el segundo año de aquel bienio fue negro en la misma medida que rojo. Efectivamente, cuando la corriente de huelgas y agitaciones varias en el mundo campesino alcanza su cima y se traduce, en términos electorales, en la conquista socialista de un buen número de Ayuntamientos, es cuando aparecen por primera vez las *squadre* de camisas negras como movimiento de reacción violenta a la hegemonía del movimiento campesino, de su sindicato y del partido socialista. En las páginas finales del volumen, Vivarelli reafirma la legitimidad de las revueltas campesinas a la vez que hace una crítica firme y cortante de la perspectiva subversiva y verbalmente revolucionaria utilizada para manejarlas por los dirigentes de las organizaciones políticas y sindicales, y condena la ineptitud de la clase dirigente liberal a la hora de concebir una salida legislativa a las conquistas que los campesinos habían arrancado sobre el terreno.

Según Vivarelli, este doble fracaso franquearía las puertas a la reacción fascista. La conclusión, que no lo era realmente, remitía a quienes quisiesen conocer el desenlace de la intriga al siguiente volumen, y no pudo sino suscitar asombro: "Todo sucede como en un relato de suspense, solo al final descubre el lector que el sospechoso número uno[14] no era más que un cómplice y sin embargo solo aplicamos las circunstancias atenuantes al verdadero culpable…".[15] Habría

12 Roberto VIVARELLI, *Storia delle origini del fascismo…, op. cit.*, vol. II, cap. IV. "Le agitazioni nelle campagne".

13 Véase especialmente, entre otros, Nicola TRANFAGLIA, Pier Paolo D'ATTORRE, Adrian LYTTELTON y Alberto DE BERNARDI, "*Storia delle origini del fascismo* di Roberto Vivarelli: una discussione", *Società e storia*, 55 (1992), pp. 146-183.

14 Léase aquí el partido socialista y las organizaciones sindicales.

15 Tommaso DETTI, "Socialisti, Stato liberale e origini del fascismo in una storia interventista", *Ventesimo secolo*, 1991, pp. 303-314.

que esperar veintiún años para conocer la continuación. Pero, aunque no se explicase sobre los orígenes del fascismo, Vivarelli se explicaría en varias ocasiones desde principios de los años noventa sobre su caída. Y esto lo haría a partir del intercambio de opiniones con Claudio Pavone que hemos mencionado antes y sobre el que nos detendremos a continuación.

III

Fue Roberto Vivarelli el primero en abrir el debate con una reseña, respetuosa y crítica a la vez, de la obra principal de Claudio Pavone.[16] Vivarelli reconoce a Pavone "el gran mérito de abordar seriamente el problema de las motivaciones que guiaron la decisión" de aquellos que siguieron a Mussolini hasta el final, no sin precisar pocas líneas más allá que, en su opinión, "el libro después no cumple su promesa". De hecho, lo que más problemas plantea para Vivarelli es el intento de identificar los elementos de continuidad y/o de ruptura en el comportamiento de los individuos y en sus motivos para combatir. Vivarelli reprocha a Pavone "la insistencia en poner en evidencia la ética de la resistencia como fundamento de la bondad de la causa" por la que combate, porque, prosigue, "no veo con qué derecho podríamos negar que, en cierta medida, incluso quienes peleaban en el bando fascista tenían una ética, a pesar de que peleasen por una causa injusta". Ante los pasajes que dedica Pavone a los pormenores del ejercicio de la violencia por unos y otros, la crítica de Vivarelli es perentoria: "no considero conforme a la verdad histórica ni a la verdad psicológica que la violencia de los resistentes fuese necesariamente diferente de la de los fascistas", y añade: "me parece peligroso el argumento propuesto por Pavone, de acuerdo con el cual deberíamos poder deducir que existe una concordancia entre el mérito de la causa y la calidad personal de sus militantes". Tras este cañonazo, revelador de una preocupación destinada a reaparecer, la reseña termina con consideraciones, marcadas en conjunto por el sello del sentido común, sobre lo que la resistencia había aportado al país y lo que era ilusorio pretender de ella. Cierra la reseña un homenaje fundado y, sin duda, sincero a la calidad de trabajo de Pavone.

16 Roberto VIVARELLI, "Una guerra civile", *La Rivista dei Libri*, II, 4 (abril 1992), pp. 25-28.

Casi diez años después, en 2000, esta reseña, que apareció inicialmente en una revista de 1992, fue publicada de nuevo por Vivarelli como apéndice a un texto insólito e inesperado. El registro empleado, desde el título mismo,[17] no es el de un historiador, el de una memoria erudita, sino el de una memoria viva. El autor no se asoma al período de 1943 a 1945 en cuanto historiador, desde lo alto de sus numerosos y ricos escritos sobre los orígenes del fascismo, sino como antiguo fascista enrolado voluntariamente en las fuerzas de la República Social Italiana. Comparado por algunos con una especie de "salida del armario" tardía,[18] el libro sorprende por su tono, que no oculta las heridas abiertas todavía. "Sono figlio di un morto amazzato", "soy hijo de un hombre que murió asesinado",[19] es el comienzo, por ejemplo, del segundo capítulo, dedicado a retratar a un padre, fascista convencido, *squadrista* desde 1921, participante en la *Marcia su Roma,* voluntario en Etiopía en 1935 y de nuevo en 1940, y finalmente muerto a manos de partisanos yugoslavos en 1942, aunque su hijo no conocería este último dato hasta mucho después, en 1969. Al final de este capítulo, donde recuerda la fe fascista, sin reservas ni matices, de su padre, vuelve a introducir el tema de la distinción entre la moralidad de los individuos y la bondad de la causa por la que se baten que habíamos encontrado ya en su reseña al libro de Pavone: "La honradez –escribe– depende de las intenciones y modalidades particulares del comportamiento de cada uno, tanto es así que se puede seguir siendo moralmente íntegro al margen del mérito del bando por el que se lucha".[20]

El libro fue mal acogido en conjunto por la comunidad de historiadores, al menos por la gran mayoría de los historiadores que se recono-

17 Roberto VIVARELLI, *La fine di una stagione. Memoria 1943-1945*, Bolonia, Il Mulino, 2000. Este libro pronto iba a estar en el centro de un importante debate público suscitado por una reseña muy positiva de Paolo Melli en el *Corriere della sera:* "Il fascista con i calzoni corti" (una alusión a la corta edad de Vivarelli en 1943). Numerosos historiadores, intelectuales y periodistas intervinieron en el debate (Nicola Tranfaglia, Aurelio Lepre, Giovanni Sabbatucci, Adriano Sofri, por citar algunos), pero con Claudio Pavone el debate adquirió su nivel más alto.

18 Precisemos, en cualquier caso, que no se trataba de su primera "salida del armario", puesto que en 1955, el joven intelectual había evocado esta experiencia en una carta dirigida a la revista *Il ponte:* Roberto VIVARELLI, "Lettera agli amici del Ponte", *Il Ponte*, XI, 4-5 (abril-mayo 1955), pp. 750-754, con respuesta de Enzo Enriques Agnoletti.

19 Roberto VIVARELLI, *La fine di una stagione…, op. cit.,* p. 13.

20 Ibídem, p. 15.

cían en el antifascismo. Esto obedeció al carácter ambivalente y contradictorio de su objetivo y al hecho de que algunos pensasen que quería aprovecharse del ambiente antifascista a principios del siglo en el que vivimos para reivindicar y hacer valer su pasado fascista.

Entre quienes firmaron las diversas reseñas no sorprende encontrar a Claudio Pavone. Pocos meses después de la aparición de las memorias de Vivarelli, publicó en el *Indice dei libri del mese* dos textos pertenecientes a dos épocas distintas, pero vinculados por una temática común. Se trataba de una carta inédita que Pavone había escrito en 1992 en respuesta a la reseña de Vivarelli de la que hemos hablado antes, y de la detallada reseña que escribió él, a su vez, acerca de las recientes memorias de Vivarelli.

La carta,[21] escrita en tono amistoso y con gran altura de miras, empieza por responder a la crítica principal que había vertido Vivarelli, al reprochar a Pavone que pretendiese establecer una especie de diferencia ontológica, de naturaleza esencialmente ética, entre el uso de la violencia por los fascistas y por los miembros de la resistencia. Escribe Pavone:

> De primeras te digo que ahí planteas un problema crucial[22] […] Lo que he intentado hacer es, por un lado, rechazar sin concesiones la idea de que la bondad de una causa, *por sí sola,* permita establecer una separación entre las distintas prácticas de la violencia. Con eso abriríamos de par en par la puerta a una concepción de la historia que hace abstracción de los individuos concretos y su subjetividad y conduce a la teoría de que el fin justifica los medios, incluidos los más extremos. Por otro lado, he rechazado de forma también absoluta la otra idea, según la cual solo cuenta la materialidad de matar o de que te maten, con lo que se trataría únicamente de llevar una macabra contabilidad. Entre el hecho en sí y los individuos implicados hay siempre una gama compleja de mediaciones ético-culturales que justamente he intentado identificar de cerca con mi ensayo […] De este conjunto de elementos debemos deducir una distinción entre fascistas y miembros de la resistencia […] He aquí la única forma de respetar a los caídos de los dos bandos –concluye–, devolviendo la identidad que tuvieron vivos a los muertos de ambas partes [*reintegrandoli nella fisionomia che ebbero da vivi, i morti di entrambe le parti*].

21 Claudio PAVONE, "Lettera del 1992 a Roberto Vivarelli", *Indice dei libri del mese*, enero 2001.

22 "il problema dei problemi".

Esta carta aparece encuadrada dentro de dos páginas dedicadas, a su vez, a una reseña de las memorias de Vivarelli de 2000. El mismo título adelanta el tono del artículo: "Memoria fascista di uno storico democratico"[23] ("Memorias fascistas de un historiador demócrata"). Evidentemente, las memorias de Vivarelli sorprendieron a Pavone, quien, como muchos otros, se preguntó de inmediato hasta qué punto el autor había asimilado su pasado de adolescente fascista. Vivarelli regresó unos años después sobre las reacciones hostiles suscitadas por sus memorias, y se detuvo particularmente en la recensión de Pavone. El tono de este último intercambio de pareceres entre los dos hombres ya no está impregnado del respeto y la amistad que se percibía entre líneas en la reseña inicial sobre la obra de Pavone. Vivarelli, en este artículo cuyo título ya es más ácido, "La Lezione di una diatriba",[24] acusa a Pavone de haber urdido una verdadera caza de brujas contra él. En realidad, el tono de Pavone es mucho más ponderado de lo que deja entender su interlocutor, pero es cierto que se muestra particularmente severo en lo relacionado con el criterio sobre el que se basa toda la defensa de Vivarelli: su buena fe. La afirmación de Vivarelli de acuerdo con la cual –cito– "puede haber entre quienes fueron fascistas personas dignas del mayor respeto, igual que puede haber personas que no merezcan ninguna estima entre quienes combatieron el fascismo", remite a las consideraciones de Pavone mencionadas antes sobre las relaciones problemáticas entre fascismo y fascistas, resistencia y resistentes.

Sin embargo, lo que está en el centro del desconcierto y la desconfianza que se desprenden de la reseña que escribe Pavone sobre las memorias en cuestión es el hecho de que su autor, unas líneas más allá, afirme de forma perentoria: "no solo es que no me arrepienta de nada, sino que estoy orgulloso a mi manera de mi opción de aquellos años, aun siendo consciente *hoy* de que la causa por la que luché era moral e históricamente injusta". "Esta aclaración –le replica Pavone– es poco convincente y no se sostiene".[25] Y el autor de *La guerra civile* se lanza

23 Claudio PAVONE, "Memoria fascista di uno storico democratico", *Indice dei libri del mese,* enero 2001.

24 Roberto VIVARELLI, *Fascismo e storia d'Italia,* Bolonia, Il Mulino, 2008, pp. 211-230.

25 Esto es aún más cierto a la luz de una observación que se le escapa a Vivarelli: "La honradez –escribe en las primeras páginas de *La fine di una stagione*– depende de las intenciones y la conducta de cada uno, de forma que se puede ser moralmente

inflexible a descifrar varios pasajes de las memorias en cuestión, de los que concluye que, en el momento de redactarlos, Vivarelli todavía compartía las apreciaciones y los juicios que pertenecieron al adolescente *repubblichino* (fascista) que fue. Y esas apreciaciones y lugares comunes se encuentran, como tópicos recurrentes, en las memorias de muchos otros voluntarios de la República Social Italiana: el desprecio por el pueblo italiano en su conjunto, entendido como un pueblo de traidores que cambió de chaqueta ante el peligro; la visión de los alemanes como aliados y de los anglo-americanos como invasores; considerar cobardes los atentados individuales de los partisanos, etc.

La sentencia final es ciertamente muy severa sin llegar a la condena irremisible, como le reprochaba el antiguo voluntario de la República Social Italiana. En las últimas páginas de sus memorias, Vivarelli recuerda los días posteriores al arresto y muerte de Mussolini en estos términos:

> Las semanas y los meses que siguieron estuvieron marcados, casi cada día, por noticias relativas a amigos, miembros de la familia, personas cercanas golpeadas, encarceladas, muertas. Incluso para aquellos que, a fin de cuentas, habían evitado lo peor, como nosotros, aquello era el comienzo de una vida por así decir clandestina. Debíamos ocultar nuestra identidad, e incluso después, una vez las aguas se calmaron y la vida regresó progresivamente a la normalidad, nos vimos obligados a esconder nuestro pasado y a negar una parte importante de nuestra historia y nuestra vida. Y esta especie de exilio duró mucho tiempo, en cierto sentido ha durado hasta hoy y lo abandono al escribir estas páginas.

Y Pavone comenta:

> Vivarelli hace suyo el lugar común de que son los vencedores los que escriben la historia, vencedores que su libro, por otra parte, trata de impostores […] Declara que prefiere haber estado del lado de los vencidos porque así ha podido escapar a la soberbia de los vencedores. Aunque hoy,

irreprochable cualquiera que sea el bando en el que se milita. No tener en cuenta esta sencilla verdad lleva a la gente a emitir buenos o malos juicios morales no en función del comportamiento de unos u otros o de su buena o mala fe, sino teniendo en mente solo el bando en el que luchó cada cual, lo que a fin de cuentas viene a decir que lo que de verdad importa es haber elegido el bando que iba a ganar". Esta última precisión, que curiosamente ha pasado desapercibida a muchos de los críticos de Vivarelli, también a Pavone, es particularmente grave, porque implica que la causa de la Alemania nazi al final no era intrínsecamente mala por todos los horrores de los que fue responsable sino, simplemente, ¡porque perdió la guerra!

> en el ambiente de revancha de la vieja Italia ganando terreno, parece que no sabe resistirse a la soberbia de los vencidos [...] Pero aquí me detengo. Memoria e historia mantienen entre sí relaciones complejas, secretas y a menudo contradictorias. Tal vez la confusión de Vivarelli entre el recuerdo de su propio pasado y el juicio histórico pueda atribuirse a una elaboración inacabada del luto por su experiencia desastrosa de adolescente.

En las palabras de Pavone se percibe una evidente severidad de juicio y una serie de dudas sobre las convicciones reales del autor, pero también puede entreverse que dejaba en suspenso el veredicto en lo tocante al verdadero alcance que estas memorias podían tener en el pasado fascista de un eminente historiador de los orígenes del fascismo. Esta controversia historiográfica de principios del nuevo siglo, no desbordó más que de forma excepcional el ambiente de los historiadores profesionales. El tono del debate sería muy distinto cuando algunos de los temas que hemos encontrado en este intercambio abandonasen el ámbito de los debates entre universitarios y las revistas especializadas, poco después de la publicación de las memorias de Vivarelli, para internarse en el bullicio mediático, poco amigo de entretenerse en matices. El caso del reincidente múltiple Giampaolo Pansa, del que se trata en el ensayo de Xavier Tabet, lo ilustra perfectamente.

IV

Antes de terminar con las conclusiones que se pueden extraer de esta discusión entre el historiador de los orígenes del fascismo y el historiador de la resistencia, queríamos volver sobre la última entrega de la gran obra acerca de los orígenes del fascismo de Vivarelli quien, como habíamos visto, dejaba al lector inseguro y dubitativo en lo referente al desenlace de la historia contada hasta ese momento. En 2012, al final de su vida, Vivarelli puso término a la misión que le había ocupado durante más de cincuenta años. Su último volumen acaba con la marcha sobre Roma y la investidura de Mussolini por el rey. La escritura del autor conserva la calidad del resto de su trabajo. Los personajes principales de la intriga, que se enfrentan en lo que el autor no muestra reticencias en llamar una guerra civil, son los mismos que en el volumen que lo había precedido veinte años antes, y la documentación sobre la cual se apoyan sus argumentos es innegablemente nutrida y variada. La literatura se-

cundaria, sin embargo, solo se menciona si corrobora las tesis del autor y nunca cuando podría contradecirlas o relativizarlas.[26]

El enfrentamiento violento entre las *squadre* fascistas y el conjunto de organizaciones e instituciones del movimiento obrero se encuentra en el centro del relato hasta el punto de dar título al capítulo que abre el volumen, "La reazione fascista".

Pero no hay que confundirse, el término *reacción* está escogido sabiamente por su ambivalencia. Y es que los protagonistas de una reacción no pueden ser sino "reaccionarios" por definición, pero ¿qué sucede cuando los excesos inaceptables de un movimiento, por legítimo que haya podido ser en su inspiración original, suscita una reacción? ¿Acaso no es, a su vez, legítima? ¿Qué sustenta dicha legitimidad? Nos topamos aquí de nuevo con la cuestión nacional tal y como se había declinado en el momento de la intervención de Italia en la Gran Guerra. La victoria italiana de 1918 había galvanizado los espíritus, siguiendo el razonamiento de Vivarelli, y por eso mismo había abierto finalmente las puertas a la nacionalización de las masas, principalmente campesinas, para la que el Estado liberal había mostrado su incapacidad. Las grandes revueltas campesinas de 1919 y 1920, perfectamente justas en sus pretensiones económicas y sociales,[27] fueron desviadas de sus objetivos legítimos por los malos pastores: los socialistas primero y a continuación, después de enero de 1921, los socialistas y los comunistas. Fueron ellos los que no dudaron en incitar a menudo a la violencia y la intimidación

26 Como en los volúmenes precedentes –especialmente en lo tocante al conjunto de la bibliografía tanto italiana como internacional relacionada con los orígenes de la Gran Guerra– pero aquí se hace de forma más obviamente sistemática. Entre las obras que desacreditan en buena parte las afirmaciones del autor en materia del recurso a la violencia por unos y otros, y del alcance de la represión de los movimientos sociales por el poder público, véase, como ejemplo particularmente emblemático, Fabio FABBRI, *Le origini della guerra civile. L'Italia dalla Grande Guerra al fascismo (1918-1921)*, Turín, UTET 2009; y el minucioso artículo de Claudio NATOLI, "Guerra civile o controrivoluzione preventiva? Riflessioni sul 'biennio rosso' e sull'avvento al potere del fascismo", *Studi storici*, 1 (enero-marzo 2012), pp. 205-236, muy útil igualmente por las referencias a trabajos muy numerosos que ilustran la continuidad de la represión en tiempos de guerra contra el enemigo interior y la represión de posguerra contra el movimiento de los trabajadores, tanto rurales como urbanos.

27 Y en ciertos aspectos, una realización de las esperanzas que muchos campesinos soldados habían alimentado en las trincheras en relación con los frutos futuros de la victoria y las promesas que les habían hecho muchos oficiales.

en la solución de contenciosos con los adversarios de clase, y sobre todo fueron ellos los que dieron una inflexión subversiva y antinacional al conjunto del movimiento.

De ahí la constatación de que Italia entera, durante los últimos meses del bienio rojo y negro y a lo largo de todo el año 1921, se trasformó en un terreno de enfrentamiento entre la bandera roja y la bandera tricolor. Por eso, la inmensa mayoría de la opinión pública en las ciudades y en el campo –excepto las capas encuadradas dentro de las organizaciones obreras– brindaron una acogida inicialmente favorable a la reacción musculosa de las *squadre*. Sin embargo, este tipo de reconstrucción de la secuencia de acontecimientos que desembocaron en la conquista del poder por Mussolini[28] no podía pasar sin sorprender y sin provocar vivas reacciones de signos contrarios. La mayor parte de los historiadores que se consideraban antifascistas vieron en esto una especie de palinodia[29] en relación con las obras anteriores del mismo autor; no sorprende, en cambio, que ciertos autores que se habían posicionado a menudo a favor de tesis revisionistas lo saludasen con entusiasmo.[30]

¿Acaso esta legitimación *in extremis* del fascismo *squadrista* anterior a la marcha sobre Roma es, para Vivarelli, el desenlace previsible y

28 Mussolini, por el que Vivarelli, al contrario que Renzo De Felice, no muestra ninguna simpatía y quien fue a sus ojos doblemente responsable del fracaso del Estado liberal en Italia: "es una de las ironías de la historia que a la cabeza de la reacción contra el *massimalismo* encontremos de nuevo a Mussolini, que había sido su verdadero padre. El que había exasperado la pasión de clase más que ningún otro iba ahora camino de convertirse en el 'condottiero' de la pasión nacional". Roberto VIVARELLI, *Storia delle origini del fascismo*, *op. cit.,* vol. III, p. 24.

29 Marco BRESCIANI, "L'autunno dell'Italia liberale: una discussione su guerra civile, origini del fascismo e storiografia 'nazionale'", *Storica*, 54 (2012), pp. 77-110, aun reconociendo el interés del volumen para las múltiples cuestiones que trata, y elogiando la tenacidad con la que el autor ha llevado a término su proyecto original a lo largo de los años, no puede sino constatar hasta qué punto se aprecia por momentos un verdadero giro en los juicios anteriores; véase también Marco FINCARDI, "Lo squadrismo secondo Vivarelli, a quasi mezzo secolo dal suo primo volumen", *Italia contemporanea*, 276 (diciembre 2014); Gerardo PADULO, "Una valutazione che non persuade", *L'Indice dei libri del mese*, abril 2013.

30 En el *Corriere della sera* de 10 de octubre de 2012, por ejemplo, Ernesto Galli Della Loggia no duda en definir el último volumen de la obra de Vivarelli como un monumento "de la historiografía de inspiración liberal-demócrata", ya que "marca la victoria definitiva del supuesto revisionismo en una de las cuestiones cruciales de la historia italiana del siglo XX" (citado por Marco Fincardi en el artículo mencionado en la nota precedente).

obligado de una larga historia personal atormentada, en la que la práctica historiográfica y la acción política –la propia y la de otros miembros de su familia–[31] interactuaron constantemente?

Resulta tentador, sin duda, ver en la "salida del armario" que contiene su escrito autobiográfico *La fine di una stagione* una especie de etapa intermedia entre el segundo volumen de su historia de los orígenes del fascismo y el último, en el que se sentiría finalmente autorizado a cruzar el Rubicón que le permitía poner fin al suspense en el que permanecían los lectores del segundo volumen. Así, el desenlace de esta interminable historia de cuatro años sería que, a pesar de todos los horrores que vendrían después, *los squadristi* de 1920 y 1921, entre los que se contaba su padre, no solo eran personas valientes, sino que también, en el fondo, intervenían legítimamente, aunque con innegable brutalidad, para salvar a Italia del colapso que habrían ocasionado seguramente los socialistas y los comunistas.

Pero es esta una tentación en la que pensamos que no debemos caer: quizá influyera la coyuntura, deducible de la simpatía por *La fine di una stagione* que mostraron revisionistas confesos como Giampaolo Pansa, Paolo Mieli o Ernesto Galli della Loggia. Sin embargo, el origen más profundo y lejano de las conclusiones a las que llega Vivarelli debe buscarse, a nuestro parecer, en la ceguera con la que, desde el principio de su gran obra, Vivarelli defendió el papel de la Gran Guerra en la nacionalización de las masas populares italianas. ¿Es una casualidad que prácticamente todos los antifascistas eminentes (los Gobetti, Rosselli, Lussu, etc.), entre ellos el propio Gaetano Salvemini,[32] mentor de Vivarelli, no tardasen en lamentar *a posteriori* su pertenencia al grupo, siempre minoritario y privado de una verdadera voz en el colectivo, de los partidarios de la entrada de Italia en guerra en 1915 desde posiciones pretendidamente democráticas y patrióticas?

31 No solo su padre, como hemos podido constatar más arriba, sino también su hermano mayor Piero (1927-2010), antiguo brigadista negro, convertido en comunista después (1949-1990), a quien Fidel Castro en persona envió el carnet del partido comunista cubano, hombre de cine y letrista de canciones de éxito (entre las que está la celebérrima *24 000 baci,* interpretada por Adriano Celentano), cuyo libro autobiográfico *Più buio che a mezzanotte non viene*, Edizioni dell'Oleandro, 1999, publicado poco antes de su fallecimiento en una editorial confidencial, lamentamos no haber visto.

32 Gaetano SALVEMINI, *Memorie e soliloqui*. *Diario 1922-1923*, Bolonia, Il Mulino, 2001, *passim*.

¿Cómo convivir con la pérdida?

Historiografía, conciencia histórica y política en Portugal dentro del contexto peninsular*

Sérgio Campos Matos

Comenzaremos por trazar una breve perspectiva comparada del ámbito historiográfico en Portugal y España durante los siglos XIX y XX. ¿Qué transformaciones se operaron en la conciencia histórica en Portugal desde el triunfo de la revolución liberal del siglo XIX, en 1834, hasta la instauración de la dictadura del Estado Nuevo, en 1933? Hemos escogido dos momentos en los que la conciencia histórica experimentó cambios significativos. En el primer período, durante las décadas de 1840 y 1850, las elites de las naciones peninsulares surgidas de sangrientas guerras civiles entre liberales y absolutistas se embarcaron en procesos de construcción del Estado-nación que implicaban proyectos de modernización. Era un momento de ruptura con el pasado del Antiguo Régimen y con la tradición histórica. Herculano, el historiador liberal portugués más importante, defendió la necesidad de una historia crítica, basada en documentos y alejada de las tradiciones míticas dominantes bajo el Antiguo Régimen. Aun siendo los historiadores autodidactas, sin una formación específica, su trabajo comenzó a legitimarse mediante exigencias heurísticas y hermenéuticas que diferenciaban claramente el relato histórico de la literatura y la retórica. Así se entiende el rechazo de los antiguos mitos fundacionales. El segundo período abarca desde 1910 a 1930: es la época de la Primera República en Portugal (1910-1926), seguida de una reacción conservadora, la Dictadura Militar (1926-1933) y después el Estado Nuevo. Durante estos años, los Integralistas Lusitanos, un grupo de tradicionalistas monárquicos, opuestos a la Primera República, esbozaron un diagnóstico: la historiografía de inspiración liberal, marcada por el negativismo, había conducido a la crisis y la decadencia y había desnacionalizado a los portugueses. Definieron un

* "Comment cohabiter avec la perte? Historiographie, conscience historique et politique au Portugal dans le contexte péninsulaire". Traducido por Virginia Tabuenca.

programa completo de revisión de la historia nacional que identificaba verdad histórica con apología de la nación. Referentes historiográficos de esta corriente son, entre otros, Fustel de Coulanges, Charles Maurras y el historiador español Antonio Ballesteros. Pero ¿puede concebirse un discurso tradicionalista canónico?

De un período al otro, de la revolución liberal al Portugal de la dictadura de Salazar, ¿qué consecuencias tuvo esta discontinuidad en la conciencia histórica? Se trata de teorías diferentes de la decadencia y la pérdida: en el primer caso, el del relato liberal, se responsabilizaba al Estado absoluto, al catolicismo de la Contrarreforma (especialmente la Inquisición) y a la expansión de ultramar; en la narrativa tradicionalista, al liberalismo, la francmasonería y la democracia. A una conciencia histórica vertebrada por la idea de progreso, que anticipaba un futuro mejor, le sucede una cosificación del pasado dentro de una utopía retrospectiva. Y se lamenta una pérdida, más allá de la degradación ocasionada por la revolución liberal, se lamenta la pérdida del pasado.

Podría reformular mi pregunta en otros términos: ¿qué transformaciones tuvieron lugar en la conciencia histórica en Portugal desde la revolución liberal del siglo XIX a la instauración del Estado Nuevo, desde los años 1840 y 1850 a las décadas de 1910 y 1930? Las relaciones con la historiografía española y otras historiografías europeas estarán presentes en esta aproximación.

En el centro se encuentra la consolidación de las grandes tendencias de la modernidad: la construcción del Estado liberal (bajo influencia francesa), la secularización, el afianzamiento de las ciencias humanas, la profesionalización de la historia con su introducción en el Curso Superior de Letras en 1859 y, después, la creación de revistas especializadas. Desde este momento al siguiente, del Portugal de la revolución liberal al de la dictadura de Salazar ¿se da una discontinuidad historiográfica? ¿Podemos hablar de un programa sistemático de revisión histórica en el caso de ese grupo de tradicionalistas portugueses conocidos como Integralistas Lusitanos?[1] De todas formas, como sugería Michel de Certeau,

1 La noción de *revisionismo* ha sido importada del vocabulario político y debemos expresar ciertas prevenciones frente a ella. Ante su utilización abusiva, sería necesario precisar su significado como subraya Enzo Traverso, teniendo en cuenta los contextos específicos de su uso. De hecho, existe en esta palabra un juicio de valor que constituye un anatema. Cuando se habla de revisionismo se presupone a me-

la escritura de la historia (que es un trabajo de revisión en su sentido más amplio) hace que el presente y el pasado se encuentren constantemente. Entre otros motivos porque

> nombrar a los que faltan en la casa e introducirlos en el lenguaje de la galería escrita es como liberar el apartamento para los vivos, mediante un acto de comunicación que combina la ausencia de los vivos en ese lenguaje con la ausencia de los muertos en la casa. Así, una sociedad se proporciona a sí misma un presente gracias a la escritura histórica.[2]

En este sentido, el trabajo de escritura de la historia tiene algo en común con la práctica de la inhumación, hace posible el regreso al presente. Tiene relación con el duelo, puede acelerarlo o ralentizarlo. Y podemos pensar que hay fases de negación y fases de aceptación, momentos de desestabilización y momentos de estabilización.[3] ¿Podríamos afirmar que la consolidación de la generación de los integralistas, que coincide con la crisis de la Primera República portuguesa (1914-1926), fue un momento de desestabilización y preparación de una ruptura con la tradición historiográfica anterior? Lo veremos.

Hay que precisar un otro concepto. Adoptaré el concepto de Raymond Aron de *conciencia histórica* en su sentido más amplio: es "una idea" que tiene un grupo "de lo que para él significan humanidad, civilización, nación, pasado, futuro, los cambios a los que se someten las obras y las ciudades a lo largo del tiempo".[4] Prefiero "conciencia histórica" a "régimen de historicidad" (una relación específica con su pasado, presente y futuro; una modalidad de la conciencia propia de una comunidad).[5] ¿Por qué? Porque "régimen" es un concepto utilizado

nudo una "historia oficial". Como apunta Traverso, hablar de revisionismo remite a una "historia teologizada", por eso la considera "muy problemática y frecuentemente nefasta". Enzo TRAVERSO, *Le passé, modes d'emploi. Histoire, mémoire, politique,* París, Éd. La Fabrique, 2005, pp. 109 y 119. Otra perspectiva en Marnie HUGHES-WARRINGTON, *Revisionist histories,* Nueva York, Abingdon, 2013.

2 Michel DE CERTEAU, *L'écriture de l'histoire,* París, Gallimard, 1975, p. 141.

3 Marnie HUGHES-WARRINGTON, *Revisionist histories, op. cit.,* pp. 15 y 90.

4 Raymond ARON, *Dimensions de la conscience historique,* París, Plon, 1985 (1.ª ed., 1961). O, según Georg Gadamer, "conciencia de la historicidad de todo el presente y de la relatividad de toda opinión". Todo presente tiene un pasado, todos los puntos de vista son relativos. Nótese que hay aquí un sentido autorreflexivo de la modernidad.

5 François HARTOG, *Regimes d'historicité. Présentisme et experiences du temps*, París, Seuil, 2003.

hace mucho tiempo para designar una instancia política y jurídica institucionalizada. Sin embargo, sabemos que las relaciones con el tiempo son muy volátiles y que, en un momento dado, coexisten varias actitudes en la relación con el tiempo. En todo caso, una cuestión es común a los dos conceptos: ¿cómo se relacionan las sociedades con su pasado, su presente y su futuro? Para mí, esta pregunta tiene interés cuando se aplica al ámbito historiográfico y a los conceptos de *nación* y de *nacionalismo*, ha habido historicismos nacionalistas (historicismo en el sentido que le da Karl Popper, visiones del pasado que entrañan previsiones de futuro).

Culturas históricas en Portugal y en España: para una comparación

Hace tiempo que los historiadores han subrayado el paralelismo entre las experiencias históricas portuguesa y española: se da una coincidencia temporal casi exacta de la instauración de los primeros experimentos políticos liberales (1820-1823), más adelante, de las dictaduras del siglo XX (1926 y 1923; 1933 y 1936-1939) y de las transiciones a regímenes democráticos (1974 y 1976). Pero también podemos identificar un paralelismo entre la historiografía española y la portuguesa[6] (volveré sobre este punto).

1. Hay que recordar la unidad geográfica de la península ibérica, pero también la diversidad regional que ha dejado marcas resistentes en las memorias históricas peninsulares. Se diría que ha habido tendencias centrífugas (el republicanismo federalista, por ejemplo) y una tendencia centrípeta, centralista, que ha hecho énfasis en la *Hispania* como unidad singular, dotada de un carácter específico. Algunos historiadores inscribían el destino histórico español de ser una única nación en esta particular circunstancia geográfica. Portugal y España son países periféricos, potencias coloniales que perdieron su poder en el plano internacional después de siglo XVII y, de manera más evidente, en el siglo XIX, tras la ocupación francesa.

6 Sérgio CAMPOS MATOS y David MOTA, "Portuguese and Spanish historiographies – proximity and distance", en Stefan BERGER y Chris LORENZ (eds.), *The Contested Nation. Ethnicity, Class, Religion and Gender in National Histories*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2008, pp. 339-366.

2. Hubo una conciencia hispánica iberista que acentuó la supuesta unidad geográfica, étnica, religiosa y lingüística de las naciones (o de la nación) de Iberia. Citemos algunos ejemplos del siglo XIX. Para Juan Cortada (*Historia de España,* 1841), la separación de Portugal fue una anomalía. Sinibaldo de Mas remontaba la unidad política ibérica a los tiempos de la dominación musulmana. Y Modesto Lafuente vinculó la situación geográfica con la misión histórica en el mundo.[7] Desde 1879, el concepto de *civilización ibérica*, del portugués Oliveira Martins, expresó una conciencia hispánica –un carácter peninsular caracterizado por la exaltación religiosa y el heroísmo– que supone una dualidad política peninsular y caracteres nacionales diferentes, pero también una conciencia transnacional.[8]

3. Las condiciones de la escritura de la historia conocieron profundas transformaciones en el paso de la sociedad del Antiguo Régimen a la modernidad. La revolución liberal introdujo una conciencia de ruptura en el tiempo, de discontinuidad –Karl Jaspers habló de un tipo de conciencia histórica nuevo en su momento: la época actual por oposición a los demás tiempos, anteriores a la Revolución francesa.[9] Así, un historiador liberal portugués, Alexandre Herculano, vio en la revolución liberal una ruptura con la historia anterior. Pero los períodos de renovación desde el punto de vista cultural, artístico e historiográfico no llegaron necesariamente en los momentos de ruptura política, recordemos la tradición de estudios históricos vinculados a la Academia de Ciencias de Lisboa, que cultivó la investigación y métodos heurísticos y hermenéuticos modernos. La historiografía del siglo XIX experimentó cierta influencia de este legado.

Pero en esta época, ha observado Pierre Nora, los historiadores se convirtieron en ideólogos de la conciencia nacional,[10] lo que formaba

7 Sinibaldo DE MAS, *A Ibéria, memória em que se provam as vantagens políticas, económicas e sociais da união das duas monarquias peninsulares em uma só nação,* 2.ª ed., Lisboa, 1853; Mariano ESTEBAN DE VEGA, "Castilla en la primera historiografia nacional española, 1833-1900", *Alcores*, 12 (2011), p. 26.

8 Joaquim Pedro OLIVEIRA MARTINS, *Historia de la civilización ibérica* (introducción de Sérgio C. MATOS), Pamplona, Urgoiti Editores, 2009.

9 Karl JASPERS, *La situation spirituelle de notre époque* (trad. al francés de Jean Ladrière y W.Biemel), Lovaina / París, E. Nauwelaerts - Desclée de Brouwer, 1952, pp. 7-39.

10 Pierre NORA, *Présent, nation, mémoire*, París, Gallimard, 2011, p. 377.

parte de cierta idea de la misión social del intelectual y del artista perteneciente a la República de las letras en la época del Romanticismo. Herculano, como Lafuente, quiso salir de la dimensión factual de los acontecimientos para comprender sus relaciones, la formación de la nación, las tendencias de su evolución.

En los primeros años del siglo XIX circulaban historias de Portugal y de España escritas por franceses e ingleses (de Alphonse Rabbe o Charles Romey, por ejemplo). Hasta la década de 1840 no se publicaron historias generales de un solo autor de nacionalidad portuguesa o española. En estas narraciones históricas, el concepto de *nación* se convierte en elemento central como referente identitario y sujeto colectivo (Mariano Esteban, 2002, mimeo. 11), y no solo en la Península.

En Portugal y en España, tras las primeras guerras civiles, se pretende edificar un modelo de estado centralizado y unitario, de inspiración francesa. En Portugal, algunos historiadores son partidarios del municipalismo y la descentralización (Herculano, Pinheiro Chagas) y resaltan el valor de las municipalidades medievales como instrumento predecesor de la democracia moderna. No es este el caso de Modesto Lafuente, partidario de un Estado centralizado.

Por otro lado, la tendencia a la secularización de los historiadores, de las narrativas y los programas escolares se profundiza a partir de 1870. La historia se hace autónoma de las autoridades religiosas y políticas, la mayoría de los historiadores son laicos, mientras que los eclesiásticos han limitado su actividad a la historia de la Iglesia y a otras áreas como la historia local.[11] La historiografía es un oficio no especializado, cultivado por polígrafos, sobre todo hombres de clase media, empleados (65%), enseñantes (40%), y periodistas (62%). Muchos de ellos también son autores de textos literarios (novelas históricas, dramas, poemas etc.).[12] En España también fueron periodistas y políticos, hubo pocos clérigos. Creció la demanda de lectores de clase media.

11 Paloma CIRUJANO *et alii*, *Historiografia y nacionalismo español, 1834-1868*, Madrid, CSIC, 1985, p. 47. Ignacio PEIRÓ MARTÍN, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración,* 2.ª ed., Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 2006.

12 Sérgio CAMPOS MATOS, *Historiografia e memória nacional no Portugal oitocentista (1846-1898)*, Lisboa, Edições Colibri, 1998, pp. 123-129.

Se agrandó la distancia frente a la teología, la filosofía y la literatura con Alexandre Herculano y después, en otros términos, con la historiografía positivista (Teófilo Braga). Incluso un crítico del positivismo como es Oliveira Martins, acusado de fantasioso y de ceder a la imaginación, se alejó en términos críticos de la novela histórica, aunque aceptaba que la historia es a la vez ciencia y arte.

En lo concerniente a la profesionalización de los historiadores, debemos decir que había un retraso relativo por comparación con lo que sucedía en Alemania y Francia. En España se introdujeron cátedras de Historia en la enseñanza superior en 1849 –en la Universidad de Madrid–, y en Portugal en 1859 –en el Curso Superior de Letras– (en Italia, en el Reino de Cerdeña y Piamonte, en 1862; en Francia, en 1808, durante los años de Napoleón). Aunque el lugar de la historia en la Universidad siguió siendo reducido en los dos países, solo había tres cátedras de historia durante la segunda mitad del siglo XIX y los seminarios se introdujeron tardíamente, ya en el XX[13] (recordemos que la Universidad de Könisberg había sido la primera en incorporar seminarios, en 1833). En Portugal, las primeras revistas especializadas en historia fueron *O Arqueólogo Português* (1895) y *Arquivo Histórico Português* (1903-1917), mientras que en España, la *Revista Crítica de Historia y Literatura,* dirigida por Rafael Altamira, apareció en 1895. Sin embargo, en Italia, *L'Archivio Storico Italiano,* la primera revista que publicó en Florencia fuentes de carácter nacional, había aparecido en 1841 y en Francia, la *Revue des questions historiques,* en 1866. Por otro lado, la primera asociación verdaderamente autónoma de historiadores en Portugal fue tardía: la Sociedad Portuguesa de Estudios Históricos (1911), de iniciativa privada aunque mantenida por el Estado. Sin embargo, la Academia Real da História (1720) es previa a su equivalente española (1738, reinado de Felipe V). Entró en decadencia mediado el siglo XVIII, pero la relevó en su empeño la Academia Real das Ciências (1779). En Italia, la Societá Ligure di Storia Patria se fundó en Génova en 1858.[14]

13 Pedro RUIZ TORRES, "La Historia en la Universidad de Valencia (1845-1939)", *Discursos sobre la Historia*, Valencia, Universitat de Valencia, 2000, pp. 23 y 41; João COUVANEIRO y Hugo DORES, "Os estudos históricos", en Sérgio CAMPOS MATOS y Jorge RAMOS DO Ó (coords.), *A Universidade de Lisboa nos séculos XIX e XX*, Lisboa, Tinta da China, 2013, pp. 913-940.

14 En Francia, Guizot creó la Société de l'histoire de France en 1833 y la EPHE (École Pratique des Hautes Études) fue fundada a fines del III Imperio, en 1868. Véase

Por lo tanto, podemos hablar de un proceso de profesionalización lento y tardío en los países ibéricos.

6. Hubo una coincidencia temporal aproximada en la difusión de las tendencias historiográficas europeas en Portugal y en España a lo largo del siglo XIX, aunque también hubo divergencias; por ejemplo, el krausismo ejerció mayor influencia en las elites españolas y el positivismo –especialmente la versión de Littré– fue importado en Portugal un poco antes (en 1865, mientras que a España llegó en 1875). La historiografía liberal no logró consolidarse ni crear su público hasta bastante después de la instauración del régimen liberal en Portugal y en España (1834). La *História de Portugal* de Herculano (1846-1853) y la *Historia de España* de Modesto Lafuente (1850-1867) se publicaron más adelante, lo que demuestra que hubo un período de investigación, de maduración y de escritura. Pero la prensa periódica y la novela histórica ya habían creado un público, porque se dio un desfase temporal entre los acontecimientos políticos, la transformación social y el registro de la memoria histórica. Sin embargo, hay una diferencia significativa entre los dos países: en Portugal, hasta principios de siglo XX no se afianzó una historiografía influyente de inspiración tradicionalista, como reacción a la República implantada en 1910 y anticipación del giro político de 1926, el golpe militar que instauró la dictadura militar y cortó en seco la tradición liberal; mientras que en España hubo varios historiadores antiliberales a lo largo del siglo XIX. Otro ejemplo de asincronía entre las historiografías peninsulares y otras historiografías es la difusión en España y Portugal de la historiografía vinculada a los *Annales,* que no llegó hasta después de la II Guerra Mundial, y las interpretaciones marxistas de la historia, en los años cincuenta y sesenta.

Debemos resaltar la coincidencia de un mito fundacional, el de Túbal, nieto de Noé (aunque esta leyenda entró en rápida declinación durante el siglo XIX), las tradiciones providencialistas de Ourique y Santiago y varias personalidades históricas comunes: Viriato, Felipe II y sus descendientes. Además de la persistente identificación de los portugueses con los lusitanos (celtas) y de los españoles con los godos.

Igual que hizo Herculano en Portugal, el historiador nacional más influyente de España, Modesto Lafuente, ignoró las leyendas antiguas,

Ilaria PORCIANI y Lutz RAPHAEL (eds.), *Atlas of European Historiography. The making of a profession. 1800-2005,* Londres, Palgrave Macmillan / European Science Foundation, 2010.

algunas de ellas vigentes todavía en el siglo XIX.[15] A ambos lados de la frontera se había idealizado un carácter nacional que coincidía en parte: heroísmo, amor por la independencia, amor por la *libertas*, resistencia frente a la ocupación extranjera, bravura y sentido del honor, pero también escasa afición al trabajo, todo ello dentro de una visión esencialista.[16] Los historiadores han resaltado el carácter historicista del liberalismo tanto en Portugal como en España, el llamado constitucionalismo histórico –la importancia de las cortes, los Ayuntamientos, los fueros municipales, el derecho antiguo de la nación–, una supuesta constitución histórica o leyes fundamentales en Portugal, es decir, la relevancia de una tradición de memoria histórica para la legitimación de los regímenes liberales. La Reconquista se concebía como un gran movimiento de construcción nacional, asociado en ocasiones al mito de la cruzada.

Las culturas históricas peninsulares se han obsesionado especialmente con una materia: la decadencia (más precoz en Portugal). Las historiografías peninsulares desarrollaron dos interpretaciones bien diferentes, incluso opuestas, de esta cuestión.

La teoría de los tres siglos de decadencia de los pueblos peninsulares

El poeta portugués Antero de Quintal expuso esta teoría en un texto muy influyente: *Causas da decadência dos povos peninsulares* (1871). No era en realidad una teoría novedosa, porque los primeros liberales ya habían defendido esta idea. Aunque Antero identificó tres causas: el despotismo, el fanatismo religioso (Inquisición, expulsión de los judíos) y expansión en ultramar.[17] Por su parte, la teoría de Menéndez Pelayo

15 José ÁLVAREZ JUNCO y Gregorio DE LA FUENTE MONGE, "La evolución del relato histórico", en Josep FONTANA y Ramón VILLARES (eds.), *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad,* Madrid, Crítica / Marcial Pons (Historia de España, 12), 2013, p. 266.

16 Roberto LÓPEZ-VELA, "De Numancia a Zaragoza", en Ricardo GARCÍA CÁRCEL (ed.), *La construcción de las historias de España,* Madrid, Fundación Carolina, 2004, p. 213.

17 Lafuente mantiene una postura muy crítica en relación con la Inquisición y la expulsión de los judíos, pero aclara la responsabilidad de los reyes en las políticas adoptadas sobre esta cuestión. Véase Mariano ESTEBAN DE VEGA, "Castilla y España en la Historia General de Modesto Lafuente", en Antonio MORALES y Mariano ESTEBAN (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español,* Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 118-121.

era bien distinta:[18] la grandeza de España se basaba en la defensa de la fe católica como esencia de la nación y de la monarquía tradicional del Antiguo Régimen (de los Reyes Católicos y de los Austrias). La decadencia fue consecuencia de las derrotas militares, pero, sobre todo, de la acción de quienes habían quebrado la unidad cristiana: anglicanos, protestantes y la Francia de los Borbones.[19] Para muchos autores tradicionalistas[20] el declive de España había comenzado en el siglo XVIII, con la difusión de las ideas de la Ilustración y el despotismo ilustrado.

También lo veían así los tradicionalistas portugueses. Entre ellos, hubo quienes negaron la decadencia misma, aunque lo que pretendían con más ahínco era refutar que el siglo XVII hubiese sido una época de declive, como bien había observado la historiografía liberal y, en los años veinte, el ensayista António Sérgio.[21] Para los tradicionalistas, el siglo XVII fue la era de la influencia del neotomismo y la segunda escolástica, y de las restricciones impuestas a los excesos del poder despótico de la monarquía ibérica. Fue "el siglo de la cultura portuguesa" por excelencia.[22] Esto implicaba una revisión histórica de la función del Tribunal de la Inquisición –visto ahora como un factor muy positivo de unidad y purificación nacional frente a las herejías–, de la Compañía de Jesús, de la Iglesia de la Contrarreforma y de los actos de los reyes que habían expulsado a los judíos e introducido la Inquisición (Juan III en Portugal).

18 Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, "Brindis del retiro", en Enrique SÁNCHEZ REYES (ed.), *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, III, Santander, Aldus, 1941 (1881), pp. 385-386.

19 José ANDRÉS-GALLEGO, "El problema (y la posibilidad) de entender la Historia de España", *Historia de la historiografia española*, Madrid, Ed. Encuentro, 1999, p. 303.

20 Pedro SAINZ RODRÍGUEZ, *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*, Madrid, Atlántida, 1925, o Ricardo DEL ARCO GARAY, *La idea de Imperio en la política y la literatura española*, 1942 *apud* José ÁLVAREZ JUNCO y Gregorio DE LA FUENTE MONGE, "La evolución del relato histórico", art. cit., p. 369; Carolyn BOYD, "Los textos escolares", en Josep FONTANA y Ramón VILLARES (eds.), *Las historias de España..., op. cit.*, p. 525.

21 António SÉRGIO, "O Reino cadaversoso ou o problema da cultura em Portuga", *Ensaios II*, Lisboa, Sá da Costa, 1977 (texto de 1926), pp. 27-57. Para la tesis tradicionalista, véase Manuel MÚRIAS, *O Seiscentismo em Portugal*, Lisboa, [s. n.], 1923, p. 21. Esto daría lugar a una polémica entre el integralista Manuel Múrias y el racionalista António Sérgio.

22 António SARDINHA, "O século XVII", *Lusitânia*, 2, I (1924), pp. 57-78.

La decadencia es una teoría de desviación histórica asociada a un sentimiento de pérdida, de retraso con respecto a las otras naciones de la Europa occidental (Francia e Inglaterra), vinculada a un "complejo de singularidad", según Andrés-Gallego, o un "complejo de insularidad", según Jover Zamora,[23] el sentimiento de singularidad, de vivir al margen, y nacida de las derrotas de 1648-1654. Por el contrario, los grandes descubrimientos se han considerado como la grandiosa epopeya de la conquista de América, inspirada por la Providencia (Lafuente). De hecho, Lafuente asociaba pueblo, catolicismo y monarquía. Sin embargo, reconocía los excesos cometidos por los españoles en el plano moral y también cierta incapacidad de aprovechar las riquezas americanas. Asimismo, se menciona la falta de habilidad de España para integrar a los portugueses en la nación, en la monarquía (tesis sostenida por casi todos los historiadores españoles del siglo XIX).[24] Hay que recordar que también se ha responsabilizado de la decadencia a los demás: franceses e ingleses. Hubo, asimismo, portugueses críticos con la alianza luso-británica.

A menudo la decadencia se prolonga hasta los tiempos más recientes, unida a un sentimiento de crisis. Sin embargo, la relación con la historia contemporánea no ha sido lineal, y durante el Estado Nuevo de Salazar se cultivó con muy poca asiduidad en la Universidad. Asociada a la política y al periodismo, la historia contemporánea se consideraba una disciplina impura. El interés por lo contemporáneo lo cultivaron sobre todo en España historiadores vinculados a la dictadura.[25]

Como vemos, ha habido diversos relatos históricos nacionales y difícilmente podemos hablar de un relato canónico, una *master-narrative*. Además, debemos señalar la complejidad del caso español: historiadores catalanes como Víctor Balaguer y Antonio Bofarull veían un factor de decadencia en la unión de todos los españoles bajo un mismo Estado, desde los Reyes Católicos hasta los Borbones.

¿Podemos hablar de una especificidad de historiografías peninsulares? Así lo creo. Por un lado, los potentes historicismos nacionalistas en

23 José María JOVER ZAMORA, *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, p. 309.

24 Roberto LÓPEZ-VELA, "De Numancia a Zaragoza", art. cit., p. 257.

25 Ignacio PEIRÓ MARTÍN, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, p. 195.

las culturas históricas peninsulares, asociados a la fuerte presencia de nacionalismos retrospectivos[26] y retóricos, sobre todo en los años cuarenta y hasta los años sesenta del siglo XX. Por otro lado, el sentimiento de pérdida: pérdida de Brasil o de las colonias españolas y pérdida de poder en la escena internacional. ¿Cómo podía elaborarse una narración para luchar contra la leyenda negra? Un ejemplo fue la *História da Civilização Ibérica* (1879), de Oliveira Martins. En lugar de fanatismo y superstición él habló de la "exaltación religiosa y heroísmo" del genio peninsular.

Dos momentos en la revisión de la historia de Portugal

En un primer momento, en las décadas de 1840 y 1850, las naciones peninsulares surgidas de sangrientas guerras civiles entre los liberales y los absolutistas se involucraron en procesos de construcción del Estado-nación que conllevaban proyectos modernizadores. Fue un tiempo de ruptura con el pasado del Antiguo Régimen y con la tradición histórica. En todo caso, la expresión *revisión* del pasado o de la historia no se utilizaba. Heredero de la tradición de saber de la Academia Real das Ciências de Lisboa, Herculano, el historiador liberal portugués más importante, defendía la necesidad de una historia crítica, basada en documentos y alejada de las tradiciones míticas que habían dominado en el Antiguo Régimen. Pero Herculano había comenzado su actividad como novelista, poeta y periodista; se convirtió en historiador más adelante, tras leer a Thierry y Guizot, pero también la historiografía alemana. Herculano criticó la historia fabulosa que seguía difundiendo mitos como Ourique, Túbal, o los lusitanos. Sentó los cimientos de la autonomía de la historia frente a los poderes instituidos. Su intención nacionalizadora se basaba en la emergencia de un poder nuevo, una racionalidad secularizada fundada en los conceptos de *patria*, *nación* y *progreso*. Sin embargo, sobrevivieron algunas tradiciones míticas inventadas en el siglo XVII, como las supuestas Cortes de Lamego, reunidas por el primer rey portugués, Alfonso Henriques, en 1143 con representantes de los tres estados; o la hipotética Escuela de Sagres, donde se decía que se preparaban los marinos portugueses para las travesías de ultramar. No obstante, su in-

26 José María JOVER ZAMORA, "Caracteres del nacionalismo español 1854-1874", *Zona Abierta*, 31 (1984), pp. 1-22.

terpretación de Portugal ha continuado: una legitimidad racional debía reemplazar a la legitimidad tradicional, dinástica.

Herculano interrumpió su *História de Portugal* en el final del siglo XIII para consagrarse a la *História da origem e estabelecimento da Inquisição em Portugal,* una obra de intenciones pragmáticas y políticas en la que quería identificar las causas y consecuencias de los actos de la Inquisición, o Tribunal del Santo Oficio, en la sociedad portuguesa del siglo XVI. En Portugal no ha habido ninguna obra alternativa a esta, ninguna apología de la Inquisición procedente del campo católico y conservador. El Portugal del siglo XIX no conoció un historiador tradicionalista y católico de la talla de un Menéndez Pelayo en España.

En la época de Herculano y después de él, los historiadores continuaban siendo autodidactas, sin formación específica, aunque su trabajo se legitimaba gracias a las exigencias heurísticas y hermenéuticas que diferenciaban claramente el relato histórico de la literatura o la retórica. Así se entiende el rechazo de los mitos fundacionales. Pero, aunque se puede definir una teoría liberal de la historia portuguesa, difícilmente podemos concebir un relato liberal canónico.[27]

El momento del tradicionalismo

La Primera República portuguesa, establecida en octubre de 1910, suscitó la oposición de diversos sectores sociales y políticos: círculos obreros influidos por el anarcosindicalismo, monárquicos excluidos del poder o jóvenes intelectuales formados en la Universidad de Coimbra. Entre estos últimos se contaba António Sardinha, que había simpatizado con el republicanismo y se convertiría rápidamente en uno de los críticos más implacables del nuevo régimen. Un acontecimiento crucial fue la publicación de la revista integralista *Naçao Portuguesa* (1914-1938). Sardinha, cabeza del llamado Integralismo Lusitano, tuvo un lugar decisivo en la elaboración de una narrativa conservadora. Los integralistas eran monárquicos, tradicionalistas y defensores de un Estado descentralizado. Como Jacques Maritain, se consideraban "antimodernos" y

27 Se han dado divergencias significativas entre historiadores sobre cuestiones tan importantes como los mitos fundacionales, la función de las Cortes medievales o la acción política del marqués de Pombal.

"ultramodernos".[28] Sardinha era contundentemente crítico con la monarquía y con el individualismo, que consideraba disolvente. Responsabilizaba al sistema liberal y, más en concreto, al relato histórico liberal vigente, de la crisis, la decadencia y el estado de desnacionalización de la sociedad portuguesa[29] (nótese que expuso sus ideas en el período de la Primera República, legataria del paradigma liberal que promulgó la separación de la Iglesia y el Estado). Consideraba a sus contemporáneos como una generación "redentora" y él se erigió en líder del grupo.[30]

Partía de la idea de que se había producido una ruptura con la tradición nacional portuguesa a causa del marqués de Pombal y, especialmente, de la revolución liberal de 1820 (esta idea influyó mucho en la formación de las naciones modernas durante el siglo XIX;[31] la encontramos en la obra de Herculano, por ejemplo, en lo relacionado con el período que comienza con el establecimiento del régimen liberal en 1834, después de la guerra civil). No resulta sorprendente que dedicase un esmero particular a la rehabilitación de los reyes de la dinastía Braganza, como Juan IV, Juan V y Juan VI, los dos últimos particularmente denostados por la historiografía liberal. De ahí su insistencia en la necesidad de construir una nueva historia de Portugal y un programa doctrinal sistemático de revisión de la historia nacional:

> Se impone un necesario *trabajo de revisión,* una especie de *breviario de correcciones o de erratas, en el que se instruirá el juicio contra las diversas leyendas negras* que deprimen el rostro augusto de nuestro pasado. Con el objeto de mostrar Portugal principalmente como una personalidad moral que se extiende, única y continua, en el espacio y el tiempo, esta historia que debe hacerse sin caer en excesivos detalles tampoco debe olvidar *la correspondiente revisión de los juicios y las ideas preconcebidas*…[32]

Al invocar esta intención de revisar y "depurar" un relato que se consideraba corrompido por los prejuicios del liberalismo, Sardinha se

28 António SARDINHA, *Ao ritmo da ampulheta. Crítica e doutrina*, Lisboa, Lvmen, 1925, p. XII.

29 António SARDINHA, "*A prol do comum*…", *Doutrina e história*, Lisboa, Livraria Ferin, 1934, p. 142.

30 António SARDINHA, "Testemunho de uma geração", ibídem, pp. 3-20.

31 Guilhermo SERMEÑO PADILLA, *La cultura moderna de la historia*. *Una aproximación teórica e historiográfica,* México, El Colegio de México, 2010, p. 60.

32 António SARDINHA, "Questões de história", *Nação Portuguesa*, II serie, 5 (1922), p. 234. Sardinha abreviaba algunas frases y palabras.

remitía a menudo a la autoridad de Fustel de Coulanges (muy mencionado a su vez por Charles Maurras y por Acción Francesa). Fustel también había sido crítico con los historiadores liberales Thierry y Guizot. Sardinha lo citaba profusamente para descalificar la historiografía sesgada del siglo XIX:

> Desde hace cincuenta años, nuestros historiadores han sido hombres de partido. Por sinceros que fuesen, por imparciales que creyeran ser, obedecían a una de las opiniones políticas que nos dividen [...] Nuestra historia se parecía a las asambleas legislativas, podíamos distinguir en ella a la derecha, la izquierda, el centro. Era un escenario donde se batían las distintas opiniones. Escribir historia [...] era una forma de trabajar para un partido y de combatir a un adversario. La historia se convirtió así, entre nosotros, en una especie de guerra civil permanente. Nos ha enseñado, sobre todo, a odiarnos los unos a los otros. Cualquier cosa que hiciera, siempre atacaba a Francia por algún flanco.[33]

Sardinha –y otros autores tradicionalistas como Alfredo Pimenta– reclamaba la necesidad de la imparcialidad de la historia y de la mirada sobre el pasado en su diferencia específica como un medio para legitimar su intención de revisar la historia. Además, preconizaba una historia sintética, despojada de erudición excesiva –en su opinión, este no era el caso de la *História de Portugal* de Fortunato de Almeida (1922), un católico conservador que también había escrito una *História da Igreja em Portugal*–. También Charles Maurras se preocuparía de la utilidad, del carácter pragmático de la historia dentro de una voluntad de difundirla y vulgarizarla. Con estos fines, un ejemplo que imitar para Sardinha era la "espléndida" *Historia de España* de Antonio Ballesteros, una obra vasta publicada a partir de 1919, marcada por una lectura conservadora y esencialista de la historia española, una orientación castellanista, alejada abiertamente del "liberalismo progresista".[34]

Hay que subrayar que el diagnóstico que tachaba a la sociedad portuguesa de "desnacionalizada" no era específico del tradicionalismo

33 Fustel DE COULANGES, "De la manière d'écrire l'histoire en France et en Allemagne depuis cinquante ans", en François HARTOG, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas de Fustel de Coulanges*, París, PUF, 1988, pp. 384-385. Citado por António Sardinha en "Questões de história", art. cit., p. 233.

34 Gonzalo PASAMAR, "Las Historias de España a lo largo del siglo XX", en Ricardo GARCÍA CÁRCEL (ed.), *La construcción de las historias de España, op. cit.,* pp. 317-319. La *Historia de España* de Ballesteros tuvo una recepción muy favorable en la *Revista de História,* dirigida por Fidelino de Figueiredo; véase 15 (1916), pp. 311-312.

monárquico. De hecho, en el campo republicano encontramos a varios intelectuales de la época que veían este asunto como un problema que debía erradicarse. Era el caso de Rafael Altamira en España y de los colaboradores de la asociación cultural Renascença Portuguesa en Portugal: Teixeira de Pascoaes, Jaime Cortesão y Augusto Casimiro. Pero este diagnóstico justificaba diferentes programas doctrinales encaminados a la recuperación nacional. Obviamente, Sardinha y sus amigos se habían distanciado de la interpretación liberal y la historia nacional secular.

A principios de 1923, Sardinha se preciaba de que él mismo y los demás integralistas habían "restituido a Portugal en la totalidad de su *conciencia histórica,* en el sentimiento dormido de su realidad eterna como patria" (por otra parte, es de destacar el uso del concepto de *conciencia histórica*, que no era muy habitual en la cultura portuguesa de la época).[35] Sabemos que, poco antes de morir, Sardinha tenía intención de escribir una historia alternativa de Portugal. Escribió un plan para esta obra que, tras su muerte, publicó la *Nação Portuguesa*.[36] La *História de Portugal* (1940) de su amigo y admirador João Ameal tal vez sea la más próxima a su proyecto que jamás se haya llevado a cabo. Sardinha murió a principios de 1925, un año antes de la instauración de la dictadura. La obra de João Ameal no se publicó hasta 1940, con ocasión de un doble centenario: el de la fundación independiente de la nación (1140) y el de la restauración de la independencia (1640).

Hay que señalar que la intención de releer el pasado no era exclusiva de los integralistas. También los católicos conservadores declararon su voluntad revisionista. Entre ellos, conviene destacar a Manuel Gonçalves Cerejeira, profesor de la Universidad de Coimbra y futuro Patriarca (1929-1971), quien en 1924 defendía este "examen crítico del pasado", en busca de "un futuro mejor, mediante la reacción contra los principios anarquistas de la revolución".[37] En lo tocante a la explicación de la independencia de Portugal, si atendemos al programa de sus cursos de historia en la Universidad de Coimbra, Cerejeira prestaba una atención

35 António SARDINHA, *Ao ritmo da ampulheta*, *op. cit.,* p. XIII.

36 António SARDINHA, "Questões de história", art. cit., p. 233.

37 Manuel GONÇALVES CEREJEIRA, *A Igreja e o pensamento contemporâneo,* I, 3.ª ed., Coimbra, Coimbra Ed., 1930 (1924), *apud* Luís BIGOTTE CHORÃO, *A crise da República e a Ditadura Militar*, Lisboa, Sextante Ed., 2009, pp. 54-55.

particular al examen de la tesis "estrangeirista" de António Sérgio y a la teoría del azar de Oliveira Martins (y especialmente al concepto de *nación* de este último), para oponer a estas interpretaciones su idea, según la cual la nación sería el producto de la acción de los reyes, en lo que coincidía con Fortunato de Almeida.[38] Ya en 1932, tres años después de la muerte de Fortunato de Almeida, un integralista como Caetano Beirão reconoció el valor de la historia de Portugal escrita por este autor católico que había "cubierto un vacío vergonzoso". Se refería, claro está, a la ausencia de un relato tradicionalista, alternativo a la historiografía liberal. Consideraba su obra "un trabajo concienzudo, reposado, objetivo, documentado […]", opuesto a los prejuicios y deformaciones liberales. Pero retomaba una crítica que António Sardinha había formulado contra la obra de Fortunato, era "demasiado superficial, en ocasiones" y sobre todo no estaba de acuerdo con la interpretación que este había ofrecido del reinado de don Miguel, porque Caetano Beirão era defensor de este monarca frente a don Pedro.[39] Como vemos, en el campo tradicionalista no había unanimidad en lo que se refería al pasado reciente: la legitimidad de don Miguel (monarca absolutista en 1828) o de don Pedro (monarca liberal) continuaba dividiendo a los monárquicos.

Recordemos que la dictadura militar (con Salazar como ministro de Finanzas desde 1928) había adoptado un concepto normativo de la historia de la nación, aplicado en la enseñanza secundaria, un control de la memoria histórica que debía cultivarse entre quienes poblaban los liceos. Se imponía un concepto apologético de la historia, bajo la influencia de una idea épica y triunfalista. Se hacía imperativa la alabanza de todos los hechos que expresaran el "esfuerzo de la nación y la autoridad de los valores de la familia, la fe, la firmeza del Gobierno, el respeto a la jerarquía y la cultura literaria y científica". Por el contrario, todo lo que significase "disolución nacional" y "debilitamiento de la confianza en el futuro" debía ser censurado.[40] La confianza en el futuro se identificaba con la fe en el progreso, pero un progreso dirigido por el

38 Fortunato DE ALMEIDA, *História de Portugal*, t. I, Coimbra, ed. del autor, 1927, pp. XVI-XVII.

39 Caetano BEIRÃO, "O problema da sucessão do rei D. João VI na História de Portugal do Sr. Fortunato de Almeida", *Nação Portuguesa*, VII, II (1932), pp. 81 y ss.

40 Decreto n.º 21 103, *Diário do Governo*, 89 (15 de abril de 1932), p. 625.

Estado autoritario. En España, la ley de 20 de septiembre de 1938 prescribió un programa muy parecido a este: "la definitiva extirpación del pesimismo antihispánico y extranjerizante, hijo de la apostasía y de la odiosa y mendaz leyenda negra".[41]

Este programa de control del pasado, opuesto a la historiografía liberal y a Oliveira Martins, especialmente, recibió el apoyo de los redactores de la revista *Nação Portuguesa*. Un tradicionalista católico, ideólogo del Estado Nuevo, Quirino de Jesus, subrayó el lugar de la historia en la construcción del consenso nacional en el ámbito del "nacionalismo portugués" de la dictadura, como un sistema que garantizaría "el avance de la civilización romana-cristiana": "apropiarse de todo lo que es utilizable armónicamente dentro de la historia, dentro del campo de la política y dentro de la razón progresiva para una coordinación de fuerzas que represente a la Nación unida en la acción impuesta por su destino".[42] Este programa sería realizado por los historiadores que defendieron la dictadura del Estado Nuevo: Alfredo Pimenta, Caetano Beirão y João Ameal.

En España, el jesuita García Villada había prescrito en 1912: "nada de negaciones de nuestro pasado, que en el fondo son un crimen contra la Madre Patria". En Portugal, era conocido y citado por Alfredo Pimenta.[43] En 1920, el profesor e historiador católico, el jesuita Herrera Oria, preocupado por el problema de la formación religiosa de los jóvenes consideraba que "no todo lo que es verdad debe saberse", porque hay hechos que podrían amenazar las verdades "sustanciales de la religión".[44]

En 1935, Alfredo Pimenta adoptaría una postura ideológica coincidente con esta: "en la historia de Portugal es cierto todo lo que glorifique a la nación portuguesa; es falso todo lo que la deprima, la disminuya, la

41 Ley de la Jefatura del Estado español de 20 septiembre de 1938, *Boletín Oficial del Estado*, 85 (23 de septiembre de 1938), p. 1385.

42 Quirino DE JESUS, *Nacionalismo português*, Oporto, Emp. Ind. Gráfica do Porto, 1932, p. 62.

43 Zacarías GARCÍA VILLADA, *Cómo se aprende a trabajar científicamente,* Barcelona, Tip. Catolica, 1912, § 4; Alfredo PIMENTA, *Subsídios para a História de Portugal (textos & juízos críticos),* Lisboa, Ed. Europa, 1937, p. 297.

44 Citado por Carolyn BOYD, "Los textos escolares", en Josep FONTANA y Ramón VILLARES (eds.), *Las historias de España*, *op. cit.,* p. 492.

debilite, la desacredite". En otras palabras, solo era legítima la verdad nacionalista. ¿Cómo se justificaba una actitud tan manifiestamente parcial? Acudiendo a la prioridad que se daba a un concepto apologético de la nación. También era esta la posición de Charles Maurras, quien había denunciado "la obra perniciosa de la escuela liberal" y había caracterizado la ciencia como nacionalista y el nacionalismo como científico.[45]

Pimenta se declaraba partidario del conocimiento histórico como proceso objetivo (por oposición al proceso subjetivo, que asociaba a la historia como novela). Pero, contrariamente a Maurras, no admitía que la historia fuese una ciencia, puesto que estaba convencido de que "aparte de la revelación, la verdad no existe". En consecuencia, la verdad era solo relativa. Él seguía "la verdad que sirve a mi patria y no aquella que puede dañarla o menoscabarla".[46] De este supuesto relativismo histórico deducía la necesidad de una historia apologética.

Así se comprende que reconozca el valor instrumental de tradiciones providencialistas y patrióticas como el milagro de Ourique o las Cortes de Lamego. Pero Pimenta iba más allá: decía que solo le seducía la historia medieval hasta el final del siglo XIV (la primera dinastía portuguesa), porque después la historia se convertía cada vez más en periodismo, una opinión muy extendida en Portugal en la época de la dictadura de Salazar.

Alfredo Pimenta discrepaba de la postura de Herculano, quien había omitido el milagro de Ourique, lo que había provocado críticas por parte de los tradicionalistas católicos y una prolongada controversia. Pimenta llega a afirmar:

> Hoy ninguna persona de buen juicio pone en duda la existencia de milagros. El milagro –una intervención excepcional de Dios en las cosas de la naturaleza para producir ciertos efectos que no se dan en cualquiera de las obras de la naturaleza– es un fenómeno examinado científicamente. ¿Fue posible el milagro de Ourique, es decir, la aparición de Cristo ante Alfonso Henriques? Por supuesto. ¿Existen pruebas históricas del hecho? No, hasta el día de hoy. Pero de la ausencia de pruebas históricas del hecho no podemos deducir que este sea una ilusión. [...] Donde Herculano

45 François HARTOG, *Le XIXe siècle et l'histoire..., op. cit.*, pp. 170-171.

46 Alfredo PIMENTA, *Novos estudos filosóficos e críticos*, Coimbra, Imprensa da Universidade, 1930, p. 106.

> se equivocó fue en calificarlo de fábula, de tradición absurda. ¿Por qué, si no se ha demostrado históricamente que se trate de una fábula? […] lo cierto es que Herculano no demuestra que el milagro de Ourique no existiese dándole calificativos, los calificativos que le dedica durante la célebre polémica. La única posición legítima para un hombre de ciencia es la confesión de su ignorancia.[47]

Al volver a admitir la posibilidad del milagro de Ourique se retrocedía a un momento y a una relación con las tradiciones míticas que no solo eran previos a la historia de Portugal de Herculano, sino también a la Academia de Ciencias de Lisboa, donde un historiador como João Pedro Ribeiro había dudado de su veracidad a principios del siglo XIX. La revisión tradicionalista de la historia conducía a una posición providencialista matizada por la abstención en el reconocimiento de lo que es cierto o no en la historia. En España, algún autor católico de libros escolares como Merry y Colón (profesor en la Universidad de Sevilla, autor de un *Compendio de la Historia de España*) incluía en su narrativa histórica a héroes míticos: el Cid, Túbal, Santiago y la aparición de la Virgen del Pilar.[48]

En esta época, contra la desnacionalización liberal y martinsiana, contra la deformación, el "veneno", el "crimen", contra los historiadores "desnacionalizados" y "corrompidos", un profesor nacionalista portugués propuso la rehabilitación nacional,[49] retomar el hilo de la historia, retomar la tradición. Otra expresión de esta tendencia era la de João Ameal, uno de los historiadores oficiales más representativos del Estado Nuevo. Seguía un criterio de periodización lineal centrado en las dinastías y reinados y pensaba que "historizar es juzgar […] en nombre de las verdades universales y eternas de las cuales los portugueses han sabido ser apóstoles insuperables".[50] Se manifestaba contra la falsificación y corrupción del pasado. Ameal aludía, claro está, al relato liberal y, sobre todo, a la lectura que hizo Oliveira Martins de la historia de Portugal:

47 Alfredo PIMENTA, *Estudos filosóficos e críticos,* Coimbra, Imprensa da Universidade, 1930, pp. 194-195.

48 Carolyn BOYD, "Los textos escolares", art. cit., pp. 492-493.

49 Américo PIRES DE LIMA, *Assim era ensinada a História…,* separata de *Ocidente,* vol. X, Lisboa, Ed. Império, 1940.

50 João AMEAL, *História de Portugal*, 2.ª ed., Oporto, Liv. Tavares Martins, 1962 (1.ª ed., 1940), p. X.

> Con una especie de sadismo negativista y demoledor [...] se ha deshecho la historia de Portugal. Las razones profundas de nuestro viaje como pueblo creyente y guerrero han sido repudiadas o puestas en duda. La obra de apostolado ha sido transformada en obra de avidez y de pillaje. Las figuras de los reyes se han rebajado con rencor malvado. La vida de una nación que debería haberse explicado a la luz del Evangelio, de los itinerarios y las crónicas, se ha escrito a la luz de la Declaración de los derechos del hombre o a la de la teoría del materialismo histórico.[51]

Para Ameal, igual que para Rodrigues Cavalheiro o Alfredo Pimenta, Oliveira Martins había supuesto la expresión suprema de la negación y la distorsión de la nación y su historia. Alternativamente, João Ameal elaboró una versión épica del pasado nacional en torno a las gestas de los principales héroes y reyes, identificados siempre con el pueblo que no es sino un telón de fondo. En cierta medida, recupera la plausibilidad de las tradiciones míticas previas a la revolución: la identificación entre portugueses y lusitanos o la tradición de Ourique. La aceptación de la ascendencia lusitana se comprende como idea fuerza adoptada desde el siglo XV, y al mismo tiempo es "un síntoma, una especie de plebiscito nacional". De la misma manera, en lo que se refiere a la tradición providencialista de Ourique, sin negar la autenticidad de la aparición, Ameal deja abierta su posibilidad. Por otra parte, lo hemos visto antes, Alfredo Pimenta menciona la imposibilidad de encontrar elementos de prueba para refutar la veracidad del milagro de Ourique.[52] Hay que señalar que el factor religioso está presente a menudo en la explicación de los momentos importantes de la historia de Portugal, como los descubrimientos y la expansión en ultramar.[53] Otro aspecto importante que hay que destacar en esta estrategia narrativa es que los musulmanes de Tánger en 1438 (fecha del intento de conquista de la ciudad) son calificados de salvajes.[54]

Sin embargo, esta estrategia narrativa nacionalista y exclusivista no suscitó unanimidad entre los pedagogos vinculados al Estado Nuevo. Un ejemplo de disidencia fue, en 1945, A. Martins Afonso, autor de manuales escolares adoptados por el régimen, que se apartó de una historia

51 Ibídem, pp. XI-XII.

52 Alfredo PIMENTA, *Elementos de História de Portugal*, 2.ª ed., Lisboa, Empresa Nac. de Publicidade, 1935, pp. 14 y 60-61.

53 Ibídem, p. 122.

54 João AMEAL, *História de Portugal, op. cit.*, p. 208.

sistemáticamente apologética. En su opinión, se podía aprender de las glorias nacionales y también de las debilidades y los vicios.

El patriotismo no debería ser incompatible con la verdad histórica. Esta posición crítica expresada a uno de los autores más populares de literatura escolar –Antonio Mattoso– suscitó una seria polémica y terminó con la prohibición del manual del crítico.[55] Esto demuestra que, en el ámbito ideológico del propio régimen, había diferencias en torno a la estrategia de conciencia histórica que debía adoptarse ante la juventud.

Una conciencia histórica tradicionalista

1. Es una conciencia histórica volcada sobre un pasado glorioso. Como sugirió Paulo Archer de Carvalho, el Integralismo Lusitano mostró una "utopía regresiva".[56] Evidentemente, no era el pasado inmediato, los años de la república, ni los ochenta años de monarquía constitucional, liberal, lo que debía examinarse. Tampoco el pasado del despotismo ilustrado del pombalismo. La verdadera tradición nacional se encontraba en la monarquía medieval, y en esto coincidían con los liberales, quienes habían escogido esta misma época de los orígenes como una edad de oro. A su manera, los tradicionalistas vivieron una conciencia de crisis que se correspondía con la Primera República. Fue un tiempo de desestabilización y preparación de ruptura con el sistema liberal. Participaron en un intento de derrocamiento del régimen republicano en 1919. Algunos, como Sardinha, se exiliaron en España. La experiencia del exilio tiene cierta relación con la teoría de Sardinha sobre el hispanismo y el "peninsularismo", un horizonte de espera que hundía sus raíces en la nostalgia del poder de los Imperios español y portugués del siglo XVI. Pero en este ideal panhispanista también había una dimensión prospectiva y universalista cristiana. Como explicaba Sardinha en 1923, citando a Bourget, un novelista tradicionalista, católico y antidreyfusiano: "El tradicionalismo no es oscurantismo. Es más bien continui-

55 Véase mi estudio *História, mitologia, imaginário nacional. A História no curso dos liceus (1895-1939)*, Lisboa, Livros Horizonte, 1990, pp. 128-131.

56 Paulo ARCHER DE CARVALHO, *Nação e nacionalismo. Mitemas do Integralismo Lusitano*, Coimbra, Universidade de Coimbra, 1993.

dad dentro del desarrollo".[57] Aunque, en realidad, ellos protagonizaron una experiencia histórica de ruptura con su pasado, el sistema liberal, y quisieron dicha ruptura.

Por otro lado, es muy significativa la crítica que formulaba Sardinha contra cierta erudición histórica (véase el caso de Fortunato de Almeida, citado más adelante, o el de Leite de Vasconcelos, etnólogo y lingüista que llevó a cabo investigaciones minuciosas en torno a las culturas tradicionales). En lo que atañe a la relación de los historiadores con el tiempo, podemos distinguir distintas actitudes, de la simple contemplación a una actitud más "activa".[58] Así, Leite está más cerca de la erudición –según Sardinha no tenía "la menor percepción arquitectónica del conjunto"–, mientras que Herculano y, especialmente, los historiadores vinculados al Integralismo Lusitano eran más activos desde el punto de vista del compromiso con la política. Sardinha acusaba también a otros historiadores, Paulo Merêa y Damião Peres, de "falta de firmeza".[59] Estos últimos, igual que Leite de Vasconcelos, se mantenían al margen de una historia parcial y comprometida. Eran herederos de una tradición científica que encomiaba la imparcialidad y la objetividad como sus ideales. Una perspectiva que no excluía, claro está, el amor por la patria, cultivado por todos.

2. ¿Qué consecuencias tuvo la discontinuidad historiográfica en la conciencia histórica representada por la generación de los integralistas? ¿Apareció otra noción del tiempo? Sin duda alguna. En 1921, Raúl Proença interpretó bien la visión retrospectiva de los integralistas: "los hombres de hoy [...] quieren permanecer eternamente mirando hacia atrás, hacia atrás se dirigen sus remos medio rotos en sus manos medio muertas".[60] Como si para compensar una discontinuidad temporal causada por las revoluciones modernas, los integralistas hubieran buscado en el pasado otra edad de oro. Evidentemente, se trataba de un recurso al pasado como inspiración y legitimación política. "Los pueblos viven

57 António SARDINHA, *Ao Princípio era o Verbo. Ensaios e Estudos,* Lisboa, Livraria Portugália, 1924, p. XV.

58 Berber BEVERNAGE y Chris LORENZ, "Breaking up Time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future", *Storia della Storiografia*, 63, 1 (2013), p. 43.

59 António SARDINHA, "Questões de história", art. cit., p. 233.

60 Raúl PROENÇA, "Ao futuro", *Páginas de Política*, Lisboa, Seara Nova, 1972 (texto fechado en 1921), p. 25.

del pasado. Negar el Pasado es un suicidio", escribía Alfredo Pimenta en 1935, adjudicando una mayúscula al pasado.[61] Los tradicionalistas convirtieron el pasado en objeto de por sí, se adhirieron a la idea de Maurras de una ciencia nacionalista. Y lloraron una pérdida, más allá de la degradación ocasionada por la revolución liberal, lloraron la pérdida del pasado, la pérdida de la sociedad tradicional.

Igual que Charles Maurras, no pensaban en el futuro como en una progresión lineal y constante. Al contrario, en los años sesenta, João Ameal seguía enumerando los males que amenazaban las sociedades, y no habían cambiado: el liberalismo, la plutocracia y el comunismo. Divisaba graves amenazas en el horizonte: la extensión de la influencia comunista en el mundo, la descolonización, el paneslavismo, la tecnología y el racismo "negro, indio o amarillo".[62] Solo la fidelidad a un pasado revisado y vertebrado por el tópico de la cruzada (entre otros) podía asegurar la tranquilidad futura.

3. ¿Puede hablarse de dos programas de revisionismo histórico en estos dos momentos –el de Alexandre Herculano y el del Integralismo Lusitano– separados por casi un siglo? En el primer período, el verbo *revisar* no se utilizó nunca por los historiadores encargados de la construcción de un nuevo relato liberal, lo que tal vez se explique si tenemos en cuenta el declive de las tradiciones míticas y el carácter no sistemático de la historiografía liberal. De hecho, si podemos admitir la existencia de principios unitarios en la historiografía portuguesa (se observan en el empleo de conceptos como *nación*, *raza*, *decadencia* o *progreso*), difícilmente podemos hablar de una *master-narrative*, una única estrategia narrativa liberal. Un ejemplo: Herculano rechaza las tradiciones míticas de los lusitanos, de Ourique y de las Cortes de Lamego, pero otros historiadores herederos del legado liberal aceptan estas tradiciones y su valor instrumental.

En lo que se refiere al segundo momento, ya en el siglo XX, en el que se retoma la narración tradicional, se buscaba principalmente quebrar la hegemonía de la interpretación liberal y laica, dominante desde la revolución liberal.

61 Alfredo PIMENTA, *Novos estudos..., op. cit.*, p. 120. Un ensayista racionalista muy influyente en esta época, António Sérgio, defendió una postura diametralmente opuesta a esta, volcada en el presente y el futuro.

62 João AMEAL, *História de Portugal, op. cit.*, p. 736.

La historiografía tradicionalista se define por oposición a la historiografía liberal y republicana y, sobre todo, por oposición a lo que consideraba la expresión más influyente del pesimismo acerca del pasado, las narrativas de Oliveira Martins (quien, al ser un crítico del relato liberal, coincidía en esto, de hecho, sobre todo en lo relativo a la teoría de la decadencia). Así, no sorprende la utilización frecuente por los tradicionalistas de verbos como *revisar* y *rehabilitar* para combatir errores, falsificaciones, negaciones y destrucción. Sin embargo, ¿podemos identificar un relato tradicionalista canónico? ¿Podemos hablar de una "historia oficial" del Estado Nuevo? En mi opinión la respuesta es afirmativa, aunque no debe olvidarse que dentro de este relato hay variaciones significativas. Dos ejemplos: la discrepancia sobre la verdad en historia que convenía a la nación y sobre la elección del rey legítimo en 1826, tras la muerte de Juan VI. ¿Pedro o Miguel?

En España, el integrismo católico ganó influencia a lo largo del siglo XIX como reacción a la cultura liberal e hizo apología de la Inquisición en el campo de la historia, pero en Portugal el relato liberal del pasado gozó, sin duda, de una hegemonía más evidente hasta la década de 1920. El relato católico fue residual en la historiografía. Las obras de historia que cubren el conjunto del pasado nacional desde una perspectiva tradicionalista y católica son muy escasas. ¿Cómo se explica este hecho? habrá que sopesar cuatro factores: 1. La secularización de la historia, los docentes, los programas y los manuales escolares; 2. El prestigio de tres historiadores que se comprometieron con la *Res publica* y fueron también políticos: Herculano, Oliveira Martins y Teófilo Braga (este último fue el primer jefe de Gobierno de la República en 1910); 3. La ausencia de un relato alternativo católico atrayente al que recurrir; 4. El hecho de que el tradicionalismo no se justificase tanto mediante el uso de la historia (la memoria tradicional era inherente a su doctrina) como invocando argumentos éticos, lo que también sucedió en España.[63]

Durante la dictadura de Franco, España vivió un verdadero "holocausto cultural".[64] En el caso de Salazar, la censura y la hegemonía de la narración tradicionalista católica –dominante en el discurso oficial y en los distintos grados de la enseñanza– no impidieron que se expre-

63 Ricardo GARCÍA CARCEL, *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, 3.ª ed., Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2013, p. 392.

64 Ignacio PEIRÓ MARTÍN, *Historiadores en España…*, *op. cit.*, p. 195.

sase, aunque de manera marginal, la corriente liberal y republicana. Hubo represión, censura y partido único, evidentemente, pero no hubo una guerra civil. Y aunque es cierto que varios historiadores profesores universitarios fueron perseguidos, expulsados de la Universidad (sobre todo en 1935 y 1947) y obligados a exiliarse, es también un hecho que otros se quedaron en la Universidad portuguesa, aunque se tuvieron que autoimponer un pacto de silencio acerca de la *Res publica*. Pese a todo, en algunos de ellos encontramos un pensamiento crítico y la adopción de posturas en historia económica y social próximas a la historiografía francesa vinculada con los *Annales*.

De regreso a la cuestión inicial sobre las consecuencias de la discontinuidad en la conciencia histórica de 1840 a 1940, podría afirmar que: 1. Son dos interpretaciones opuestas de la modernidad, sobre todo de la era de las revoluciones y del siglo XVII; 2. Son dos formas distintas de convivir con la pérdida –es decir, la decadencia–, una mira hacia el futuro, la otra, hacia el pasado. Si la revisión liberal de la historia mítica del Antiguo Régimen se produjo después de la revolución liberal, la revisión tradicionalista de la historia precedió a las dictaduras y fue institucionalizada por el Estado Nuevo en Portugal y por el régimen de Franco en España. Pero esta revisión es inconcebible sin la tradición liberal, mientras que, por su parte, la interpretación liberal de la trayectoria histórica portuguesa se construyó en gran medida por oposición a la historia mítica que prevaleció durante el Antiguo Régimen. Se hace, pues, evidente que sin tradición no existiría modernidad (por otra parte, retomando una idea de Eisenstadt, sería más pertinente hablar de modernidades múltiples, habida cuenta de las diferentes experiencias históricas concretas).[65] Y los diversos avales de la modernidad no impiden que exista un modelo cristiano subyacente en todas estas narraciones, sean tradicionalistas o liberales: paraíso-caída-redención.[66]

65 Guilhermo ZERMEÑO PADILLA, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2010; y Shmuel Noah EISENSTADT, *Múltiplas modernidades*, Lisboa, Livros Horizonte, 2007.

66 Lo ha observado también en la historiografía española José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, p. 214.

El “neorrevisionismo” argentino y la “batalla por la memoria” chilena:

dos ejemplos del uso político de la historia en América Latina

Enrique Fernández Domingo

Tanto en Chile como en Argentina, durante el final del siglo XX y las primeras décadas del siglo actual, ha tenido lugar un doble proceso, aparentemente contradictorio, de generalización apasionada del interés por el pasado nacional, tanto lejano como próximo, y, al mismo tiempo, de pérdida de confianza y puesta en cuestión del trabajo del historiador profesional. Este doble proceso está caracterizado por una multiplicación de referencias al pasado (conmemoraciones, procesos de patrimonialización) y la divulgación de la idea según la cual el relato nacional que se cuenta es falso, partidista y elitista.

Es dentro de este contexto que nuestro trabajo presenta, sin ninguna pretensión comparativa, dos casos que han movilizado las opiniones públicas argentina y chilena sobre la escritura de sus respectivos relatos nacionales. Estos dos ejemplos latinoamericanos de controversias públicas apoyan la convicción que, desde la *Historikerstreit* y la publicación del texto de Jürgen Habermas,[1] la cuestión de los usos políticos del pasado, así como las “deformaciones” de la historia y sus razones propiamente políticas, se ha convertido en un tema recurrente de reflexión y de denuncia entre los historiadores del espacio atlántico. El análisis de los dos casos que presentamos en este artículo intenta mostrar la importancia de la contribución de la historiografía a la construcción social de la memoria, y la relación dialéctica que existe entre historiografía, nación y culturas políticas.

1 Jürgen HABERMAS, *The Theory of Communicative Action*, Boston, Beacon Press, 2 vols., 1985-1987.

Los casos chileno y argentino nos desvelan, a través de la estructuración de los modos de conocimiento, de representación y de construcción del relato nacional, la estrecha relación que existe entre lo que está en juego en la utilización política de la historia y la formación de la identidad nacional. La atención de los investigadores y de los medios de comunicación a las manipulaciones, propaganda e interpretaciones simplificadoras de la historia y su utilización en la literatura "neorrevisionista" argentina y en la "batalla por la memoria" chilena, ha puesto sobre el tapete de las dos opiniones públicas cuestiones que hasta este momento formaban parte de los exclusivos debates académicos.

A partir del texto de François Hartog,[2] planteamos, en cuanto al caso chileno, una reflexión sobre los debates políticos abiertos con respecto a la historia reciente del país y su significado en el trabajo de los historiadores, así como en sus consecuencias político-culturales. Con respecto al caso argentino, queremos presentar un uso preciso métodológico y formal de la historia que propone una sitematización y una clasificación de la historia nacional que, voluntariamento o no, coinciden con las imágenes de las estructuras políticas y sociales dominantes o refuerzan su legitimidad en el estudio de los fenómenos históricos de larga duración.

La creación del Instituto "Dorrego" y la cuestión del "neorrevisionismo" argentino

Parafraseando al historiador argentino José Carlos Chiaramonte, todos los historiadores son cotidianamente revisionistas, ya que una de las tareas principales del historiador, entendido este como productor de conocimientos de una disciplina que se estructura alrededor de objetivos científicos, es la revisión continua "a la luz de los progresos de sus investigaciones, los criterios de sus colegas y los suyos propios" con el objetivo de "dejar de lado las manipulaciones políticas o ideológicas –incluidas las que puedan portar los mismos historiadores– por más bien intencionadas que ellas puedan ser, para intentar lograr un mejor conocimiento del pasado".[3]

2 François HARTOG y Jacques REVEL (sous la direction de), *Les usages politiques du passé*, París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2011.

3 José Carlos CHIARAMONTE, "Historia y revisionismo", *Página/12,* 4 de diciembre de 2011, http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/182655-56863-2011-12-04.html (consultado el 12 de enero de 2014).

El revisionismo histórico argentino, acontecimiento complejo ligado a periodos de crisis, se estructuró a partir de una relectura diferente de la historia nacional argentina (volver sobre un hecho consensual).[4] Esta corriente historiográfica forma parte de una tradición crítica y contestataria, reacia a subordinar las conclusiones de sus trabajos a las necesidades de los Gobiernos argentinos.[5] Los revisionistas históricos proponen tanto una modificación de la visión liberal de la historia argentina como una cierta innovación en el tratamiento de temas como los de los caudillos o el Gobierno de Rosas. En la actualidad, estos temas son estudiados por parte de historiadores alejados de las propuestas revisionistas y que trabajan en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y en los círculos académicos argentinos.

4 Gérard NOIRIEL y Nicolas OFFENSTADT, "Histoire et politique autour d'un débat et de certains usages", *Nouvelles FondationS*, 2, 2 (2006), pp. 65-75.

5 Norberto D'ATRI, "El revisionismo histórico. Su historiografía", en Arturo JAURETCHE, *Política nacional y revisionismo histórico,* Buenos Aires, Ed. Corregidor, 2006 (1959); Clifton KROEBER, *Rosas y la revisión de la historia argentina*, Buenos Aires, Fondo Editor Argentino, 1965; Tulio HALPERIN DONGHI, *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1970; Alejandro CATTARUZZA, "El revisionismo: itinerario de cuatro décadas", en Alejandro CATTARUZZA y Alejandro EUJANIÁN, *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003; Diana QUATTROCHI-WOISSON, *Un nationalisme de déracinés: l'Argentine, un pays malade de sa mémoire*, París, CNRS, 1992; Maristella SVAMPA, *El dilema argentino: civilización y barbarie, de Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994; Diana QUATTROCCHI-WOISSON, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995; Gonzalo ARRIAGA, *Le révisionnisme historique*, Montréal, Action nationale, 1997; Michael GOEBEL, "La prensa peronista como medio de difusión del revisionismo histórico, 1955-1958", *Prohistoria*, 8 (2004), pp. 251-262; María Elena GARCÍA MORAL, "El revisionismo en los 80 y 90: ¿el anquilosamiento o la convalecencia de una historia militante?", I Jornadas Internacionales de Historiografía "La Historiografía en el último cuarto del siglo XX", Córdoba, 29-30 de septiembre de 2005; Eduardo Luis DUHALDE, *Contra Mitre*, Buenos Aires, Ed. Punto crítico, 2005; Omar ACHA, *Historia crítica de la historiografía argentina. 1, Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009; José RILLA, "Revisionismos e izquierdas en Uruguay y Argentina", *Revista Uruguaya de Ciencia Política* [Montevideo], 19, 1 (enero 2010); Michael GOEBEL, *Argentina's Partisan Past. Nationalism and the Politics of History*, Liverpool, University of Liverpool Press, 2011; Fernando OLTRA SANTA CRUZ, "Logros y fracasos del revisionismo histórico en la Argentina", *Mar oceana: Revista del humanismo español e iberoamericano*, 28 (2011), pp. 175-190; José Carlos CHIARAMONTE, *Usos políticos de la historia*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2013.

El término *revisionismo* puede ser también definido como una utilización política de la historia por no profesionales de la historia para denunciar un relato histórico que consideran manipulado, politizado y monopolizador del pasado. En este caso, la comunicación de la historia se realiza de una manera nueva e innovadora proponiendo afirmaciones netas y una revisión radical de un contexto histórico coronado por un éxito mediático acompañado de importantes intereses políticos.

Concomitante a la formación de una intelectualidad afin al kirchnerismo que se materializa en el espacio de opinión *Carta Abierta*,[6] y apoyándose tanto en la recuperación del término *revisionismo histórico* como en una operación reivindicativa de pertenencia a la tradición revisionista argentina, durante los años 2000 se activa un proceso de constitución de un supuesto revisionismo kirchnerista. Uno de los principales resultados de este proceso es una paulatina dominación del mercado editorial y audiovisual de temas históricos y biográficos.[7]

6 Espacio de opinión prokirchnerista de intelectuales y artistas surgido en marzo de 2008. http://www.cartaabierta.org.ar/

7 Entre los autores más mediáticos podemos citar los casos de Felipe Pigna, Pacho O'Donnell, Norberto Galasso y Jorge Lanata: Felipe PIGNA, José Ignacio GARCÍA HAMILTON y Pacho O'DONNELL, *Historia confidencial, búsquedas y desencuentros argentinos*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2003; Felipe PIGNA, *Los mitos de la historia argentina 1-5*, Buenos Aires, Planeta, 2004-2013; Felipe PIGNA, *1810. La otra historia de nuestra Revolución fundadora,* Buenos Aires, Planeta, 2010; Felipe PIGNA, *Historia de la Argentina, 1810-2000*, Buenos Aires, Az Editores, 2007; Felipe PIGNA, *Evita, jirones de su vida*, Buenos Aires, Planeta, 2012; Felipe PIGNA, *Libertadores de América*, Buenos Aires, Planeta 2011; Felipe PIGNA, *Mujeres tenían que ser*, Buenos Aires, Planeta, 2012; Pacho O'DONNELL, *El Grito Sagrado*, Buenos Aires; E. Sudamericana, 1997; Pacho O'DONNELL, *El Águila Guerrera. La historia argentina que nunca nos contaron*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1998; Pacho O'DONNELL, *Juan Manuel de Rosas, el maldito de nuestra historia oficial*, Buenos Aires, Planeta, 2001; Pacho O'DONNELL, *Los héroes malditos. La historia argentina que nunca nos contaron*, Buenos Aires, Debolsillo, 2006; Pacho O'DONNELL, *La gran epopeya. El combate de la Vuelta de Obligado*, Buenos Aires, Editorial Norma, 2010; Pacho O'DONNELL, *Artigas, la versión popular de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Editorial Aguilar, 2012; Norberto GALASSO, *La Revolución de Mayo: el pueblo quiere saber de qué se trató*, Buenos Aires, Ediciones Colihue SRL, 1994; Norberto GALASSO, *Verdades y Mitos del Bicentenario*, Buenos Aires, Colihue, 2010; Norberto GALASSO, *De Perón a Kirchner: Apuntes sobre la historia del Peronismo*, Buenos Aires, Editorial Punto de Encuentro, 2011; Jorge LANATA, *Argentinos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008 (2003). Entre los ejemplos audivisuales encontramos los programas televisivos *El gen argentino* (2007), *Algo habrán hecho (por la historia argentina)* dirigido por Felipe Pigna y Mario Pergolini (2005-2008), *Historia clínica*, producido por Sebastián Ortega y Pablo Culell (2012-2013) o la película *Juan y Eva* de Paula de Duque (2011).

El comienzo de este proceso podemos datarlo en el momento de la crisis profunda que sufre Argentina durante el cambio de siglo. Este hecho se acompaña de la aparición de una interrogación sobre el pasado nacional y del análisis y crítica del presente a partir de una triple dimensión social, política e identitaria. Este discurso se constituye y se difunde gracias a una amplia producción de libros "vendibles", series televisivas y documentales de factura "revisionista" que forman parte de la oferta mercantil de la industria cultural capitalista.[8] Dentro de este proceso, la celebración del Bicentenario es un momento culminante en el cual se aglutinan las proposiciones de un relato nacional influenciado de una forma importante por el "neorrevisionismo":[9]

> [...] el revisionismo es un fenómeno de resistencia cultural que se originó en razón de la existencia de una superestructura represiva, mediante la cual, se intentó privar a los argentinos de aspectos esenciales y profundamente significativos de nuestra historia. [...] La resistencia no es solo contra el contenido del relato, sino también contra las interpretaciones "iluministas" y "dogmáticas" de nuestra historia. Los americanos ya hace tiempo nos dimos cuenta que la historia es demasiado importante para dejarla exclusivamente en manos de los historiadores profesionales. [...] El revisionismo es una modalidad de resistencia cultural que aspira a un relato histórico integral e integrado, y que entiende a la historia como un componente de alta significación identitaria.[10]

Esta oferta editorial y audiovisual propone un revisionismo muy genérico, difuso y oportunistamente compatible con las imágenes históricas vendibles en librerías y en las emisiones televisivas. Estos productos culturales presentan un relato histórico simple y uniforme, imbuido

8 Theodor ADORNO y Max HOCKHEIMER, *Dialectic of Enlightenment*, Stanford, Stanford University Press, 2002; Heinz STEINERT, *Culture Industry*, Cambridge, Polity Press, 2003.

9 Andreas L. DOESWIJK, "Revisionismo e historiografía en el Bicentenario de la Revolución de mayo", *Anuario del Centro de Estudios Históricos* "Prof. Carlos S. A. Segreti", 10 (2010), pp. 15-34; Beatriz SARLO, *La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2011; Natalia MOLINARO, "Los pueblos originarios en el Bicentenario argentino (2010): ¿Hacia un reconocimiento nacional?", *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, 24 (2012), http://alhim.revues.org/4342 (consultado el 18 febrero 2014).

10 "El revisionismo histórico y la actualidad", entrevista a Francisco Pestanha, http://www.pensamientonacional.com.ar/contenedor.php?idpg=/pestanha/00147_el_revisionismo_historico_y_la_actualidad.html (consultado el 5 de diciembre de 2013).

de una crítica popular y antioligárquica superficial que se articula a través de la utilización de lugares comunes "vendibles" y emocionalmente efectivos.[11] Estos autores abusan de los términos *mito* o la *otra historia*, en el sentido de falsedad o engaño, y "para hacer más comprensible el pasado, lo identifican con el presente".[12] Esta producción es definida desde los círculos académicos como un "neorrevisionismo de mercado", es decir, una versión simplificadora y conformista de un discurso científicamente anacrónico[13] materializada en unos "textos atractivos, de lectura agradable, destinados en parte a los escolares y en parte a un público lector amplio" sin un uso correcto de las fuentes, sin aportar información nueva y proponiendo conclusiones forzadas adecuadas "a la interpretación, muy personal, que el autor desea desarrollar".[14]

Frente a la crítica académica, los autores "neorrevisionistas" esgrimen que su forma de hacer historia interesa a la gente, ya que es "imaginativa y contundente" y, en su opinión, los historiadores "científicos" no responden a esa demanda, ya que están "demasiado ocupados en hacer de su disciplina una 'ciencia dura', basada en un lenguaje críptico formado por intrincadas contraseñas solo descifrables por los 'iniciados'". Según estos autores, el resultado final ha sido la constitución de una élite intelectual "distanciada de la gente"[15] que está fuertemente influida por Tulio Halperín Donghi y Luis Alberto Romero.

El "neorrevisionismo" se define como una proposición historiográfica y cultural alternativa que retoma los tópicos de la colonia, la revolución y la guerra, las injerencias imperiales, los procesos de "moder-

11 Omar ACHA, "Las narrativas contemporáneas de la historia nacional y sus vicisitudes", *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, 1 (septiembre-octubre de 2005), http://nuevotopo.wordpress.com/nuevo-topo-n%C2%BA1/ (consultado el 15 de diciembre de 2013).

12 "El historiador y la tradición", entrevista a Tulio Halperin Donghi, *Clarín*, 24 de mayo de 2010. http://edant.revistaenie.clarin.com/notas/2010/04/28/_-02188378.htm (consultado el 15 de diciembre de 2013).

13 Luis Alberto ROMERO, "El neo revisionismo de mercado", *Revista Ñ*, 66 (diciembre de 2004).

14 Luis Alberto ROMERO, "Una visión muy personal", *La Nación*, 20 de abril de 2004. http://www.lanacion.com.ar/611444-una-vision-muy-personal (consultado el 12 de diciembre de 2013).

15 "Textos que desmienten la historia oficial", *Tiempo Argentino*, 24 de junio de 2012, http://tiempo.infonews.com/2012/06/24/suplemento-cultura-79190-textos-que-desmienten-la-historia-oficial.php

nización" del siglo XIX , de construcción nacional estatal o del estado de bienestar de la segunda posguerra. Para este revisionismo existe una versión oficial del pasado que ha sido elaborada por "los poderosos, los vencedores, los mismos que oprimieron y oprimen al pueblo argentino". Se presenta como "el megáfono de los sin voz en la Historia"[16] y tiene la misión de revelar la historia verdadera, ocultada por la versión oficial. Su objetivo es denunciar los modos de la opresión y subrayar las diferentes maneras en que, desde siempre, se ha desarrollado una resistencia popular. Esta resistencia es presentada como una especie de nacionalismo que frecuentemente se convierte en un arma política, ya que "la historia es política, y la política es historia, aunque algunos quieran disimularlo".[17] Su objetivo es sacar de la "marginalidad" una historiografía nacional, popular, iberoamericana y democrática al mismo tiempo que se desenmascaran las orientaciones de la historiografía liberal y oficial.[18]

A partir de esta situación, desde el Gobierno argentino se decide impulsar y apoyar un "neorrevisionismo" que recuperaría temas y figuras del revisionismo histórico nacionalista y federalista. En este sentido, el Gobierno adopta una modalidad histórica que fue afín al peronismo entre 1955 y 1990 con el objetivo de legitimarse como política "nacional y popular". Estas distintas interpretaciones se sintetizan en un discurso kirchnerista que liga la acción gubernamental a las diversas contribuciones que realizaron y realizan los actores fundamentales de

16 Pablo Adrián VÁZQUEZ, "Avanzar con la Historia, la Memoria y la Verdad", *Tiempo Argentino*, 30 de noviembre de 2011, http://tiempo.infonews.com/notas/avanzar-con-historia-memoria-y-verdad (consultado el 12 de diciembre de 2013).

17 Pacho O'DONNELL, "¿En qué anda hoy el revisionismo?", 2 de junio de 2012, http://www.perfil.com/ediciones/2012/6/edicion_682/contenidos/noticia_0022.html (consultado el 12 de diciembre de 2013).

18 Pacho O'DONNELL, "Contra la versión oligárquica y antipopular", *Clarín*, 5 de diciembre de 2011, http://www.clarin.com/opinion/version-oligarquica-antipopular_0_603539722.html; Pablo Adrián VÁZQUEZ, "Avanzar con la Historia, la Memoria y la Verdad", *Tiempo Argentino*, 30 de noviembre de 2011, http://tiempo.infonews.com/notas/avanzar-con-historia-memoria-y-verdad; Pacho O´DONNELL, "Propósito de la corriente revisionista", *La Nación*, 31 de enero de 2012, http://www.lanacion.com.ar/1440111-proposito-de-la-corriente-revisionista; Hugo CHUMBITA, "La necesidad del revisionismo", *Página/12*, 5 de diciembre de 2011 http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/182671-56867-2011-12-05.html (consultados el 12 de diciembre de 2013).

la historiografía nacional y popular.[19] Así pues, el kirchnerismo intenta llevar a cabo una utilización política de la historia capaz de promover la legitimación del poder político gracias a una interpretación del pasado. Esta operación se apoya sobre un "neorrevisionismo de mercado" institucionalizado y la articulación de influyentes redes culturales y de difusión.[20] Estas redes deben liderar y asegurar la ocupación del espacio historiográfico argentino reclamando una democratización de la producción de discurso –ponendo en cuestión la propia definición del oficio de historiador– frente a la pretensión de exclusividad historiográfica de los profesionales de la historia de base universitaria:

> (cada miembro del Instituto) nos abocaremos a continuar en gran medida lo que hacíamos e hicimos hasta ahora. Casi todos los integrantes son buenas plumas. La existencia del organismo nos dará mayor posibilidad de organización y de fomento a la investigación historiográfica; nos permitirá la construcción de acuerdos con otras instituciones, ligarnos más a las provincias, salir del núcleo ciego que es Buenos Aires. Poder escapar de ese funcionamiento marginal que hasta ahora teníamos.[21]

Uno de los momentos culminantes de este intento de articular una política de la historia tiene lugar el 21 de noviembre de 2011 con la publicación en el *Boletín Oficial de la República Argentina* del decreto 1880/2011 que otorga existencia jurídica al Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego.[22] Este

19 "La historia tiene mil usos pero manipularla y convertirla en una caricatura a la medida de necesidades políticas es el peor de todos los usos. Un grupo de intelectuales oficialistas acaba de concluir un congreso para acomodar la historia al relato K. No es que lo hayan dicho de ese modo, pero hay cosas que no hacen falta decirlas. Caen de maduras, como comparar el abrazo de San Martín con Bolívar al de Kirchner con Chávez", Ricardo Roa, *Clarín*, 14 de noviembre de 2013, http://www.clarin.com/opinion/dejar-leer-Shakespeare_0_1029497041.html (consultado el 15 de enero de 2014).

20 Podemos citar el "Proyecto Umbral" o las páginas digitales www.pensamiento-nacional.com.ar, www.elortiba.org, www.peronvencealtiempo.com.ar, www.nomeolvideorg.com.ar; www.lagacetafederal.com.ar, http://jovenesrevisionistas.org, que difunden los escritos y defienden el "neorevisionismo".

21 Pacho O'DONNELL, "Historia nacional y popular", *Página 12*, 29 de noviembre de 2011, http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-182286-2011-11-29.html (consultados el 12 de diciembre de 2013).

22 La presidenta de la Nación, Cristina Kirchner, anuncia la creación del Instituto "Dorrego" en el Día de la Soberanía Nacional, en el que se conmemora el 166 aniversario de la batalla de la Vuelta de Obligado.

instituto, reconocido legalmente desde el poder a "petición de un grupo de historiadores", tiene como finalidad principal el estudio, la investigación y la difusión de la "vida y la obra de personalidades y circunstancias destacadas" de la historia argentina que, según la opinión de los miembros del recién creado instituto, "no han recibido el reconocimiento adecuado en un ámbito institucional de carácter académico, acorde con las rigurosas exigencias del saber científico". La nueva institución tiene como uno de sus objetivos principales la reivindicación "de todas y todos aquellos que […] defendieron el ideario nacional y popular ante el embate liberal y extranjerizante de quienes han sido, desde el principio de nuestra historia, sus adversarios, y que, en pro de sus intereses han pretendido oscurecerlos y relegarlos de la memoria colectiva del pueblo argentino":[23]

> (El Instituto Dorrego) es una apuesta al debate para reconstruir una visión actual del trayecto de la república, a partir de un pensamiento situado –el 'pensar desde aquí' de Arturo Jauretche–, con un enfoque nacional, popular, federal y americanista de los dilemas que atraviesan nuestra historia y que aún están pendientes de resolución. No para imponer una contrahistoria ni otra versión oficial del pasado, sino para que el conocimiento histórico cumpla la misión de abrir los ojos de la nueva generación a los retos del futuro.[24]

Esta decisión pretende intitucionalizar lo que desde el poder y el propio instituto consideran una nueva corriente historiográfica antiliberal, contraria a una "historia oficial" definida como antipatriótica. El decreto 1880/2011 afirma que la finalidad primordial del instituto es "el estudio, la ponderación y la enseñanza de la vida y obra de las personalidades de nuestra historia y de la Historia Iberoamericana, que obligan a revisar el lugar y el sentido que les fuera adjudicado por la historia oficial, escrita por los vencedores de las guerras civiles del siglo XIX". Este proceso de institucionalización se basa en la creación de unas redes a partir de la promoción de la actividad de "historiadores, ensayistas y pensadores abocados a la investigación y divulgación de la historia revisionista" y gracias a un "sistema de becas, subsidios y premios que

23 Decreto 1880/2011, http://www.boletinoficial.gov.ar/DisplayPdf.aspx?s=01&f=2011-1121 (consultado el 1 de febrero de 2014).

24 Hugo CHUMBITA, "La necesidad del revisionismo", *Página 12*, 5 de diciembre de 2011, http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/182671-56867-2011-12-05.html (consultado el 31 de enero de 2014).

favorezcan el desarrollo y profundización de sus tareas". A ello se añade la aparición de publicaciones, la organización de manifestaciones culturales y "académicas" apoyadas por las autoridades competentes así como la colaboración en la organización de conmemoraciones encomendadas por la Secretaría de Cultura dependiente de la Presidencia de la Nación.

Los miembros del Instituto[25] y los escritores afines a las propuestas revisionistas forman un grupo de publicistas e intelectuales cercano al poder que tiene una importante presencia en los medios de comunicación y de difusión lo que les otorga un amplio acceso a una gran parte de la población argentina. Estos autores se posicionan en una abierta competencia con los lugares de producción historiográfica académicos detentores, hasta este momento, de la "verdad histórica". Desde el Instituto y sus redes se pone en cuestión el paradigma de verdad científica constituida por las instituciones universitarias, la comunidad de historiadores profesionales argentinos y sus bases epistemológicas. Esta puesta en cuestión se amplifica gracias a la multiplicación de canales paralelos de difusión (televisión, Internet, coloquios, celebraciones...) que agrietan la autoridad de la palabra del historiador profesional, resquebrajando al mismo tiempo la unidad del control y calificación de la calidad de la producción histórica:

> Siempre ha regido la idea de que la historia es una enseñanza para el presente y para el futuro. La idea de la historia como maestra de la vida ha estado siempre presente. Por otro lado, desde la misma esfera del poder se ha puesto a la historia en el tapete, al crearse el instituto de revisionismo. Falta algo que es muy difícil de lograr, que es una mayor presencia de historiadores profesionales en el terreno de la divulgación histórica, porque de lo contrario la divulgación se deja en manos de propulsores de nuevos mitos.[26]

Aunque la certeza de que la historia nacional es un patrimonio de todos los argentinos y la crítica a la monopolización del pasado es compartida tanto por los "neorrevisionistas" como por los historiadores

25 http://institutonacionalmanueldorrego.com (consultado el 31 de enero de 2014).

26 "Todo historiador es revisionista", *Clarín*, http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/Entrevista-Jose-Carlos-Chiaramonte-Todo-historiador-es-revisionista_0_938306177.html (consultado el 5 de diciembre de 2013).

profesionales,[27] la creación del Instituto "Dorrego" provocó una fuerte controversia pública entre los "neorrevisionistas" y la comunidad de historidadores argentinos.[28] Las críticas académicas se legitimaban alegando la autonomía científica de su campo de estudios y su autoridad científico-profesional basada en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y en las universidades nacionales.

Desde el mundo de la historia profesional se criticó mayoritariamente el anacronismo historiográfico[29] y la explícita politización de la historia que representa el Instituto "Dorrego" y, en ningún caso, se apoyó explícitamente la creación de este ni se reafirmó la necesidad u oportunidad de un revisionismo histórico.[30] La medida de Cristina Kirchner

27 "[…] la Historia es un patrimonio colectivo, que no tiene dueño y está bueno que la gente lo conozca", Felipe PIGNA, "La Historia es un patrimonio colectivo que hay que conocer", *El Sol*, 16 de octubre de 2013, http://elsolonline.com/noticias/ver/1310/185727/felipe-pigna-la-historia-es-un-patrimonio-colectivo-que-hay-que-conocer-. "Lo ha hecho con todo derecho: los historiadores profesionales no pretenden ese monopolio, pues el pasado es de todos", Luis Alberto ROMERO, "Una visión muy personal", *La Nación*, 20 de junio de 2004, http://www.lanacion.com.ar/611444-una-vision-muy-personal (consultados el 10 de diciembre de 2013).

28 Beatriz SARLO, "Puede ser arcaico o puede ser peligroso", *La Nación*, 28 de noviembre de 2011, http://www.lanacion.com.ar/1427025-puede-ser-arcaico-o-puede-ser-peligroso; Luis Alberto ROMERO, "El Estado impone su propia épica", 30 de noviembre de 2011, *La Nación,* http://www.lanacion.com.ar/1428824-el-estado-impone-su-propia-epica; Beatriz BRAGONI, "Paradojas de la política oficial sobre el pasado nacional", *Los Andes*, 2 de diciembre de 2011, http://www.losandes.com.ar/notas/2011/12/2/paradojas-politica-oficial-sobre-pasado-nacional-610187.asp; Eliseo VERÓN, "Un inquietante disparate", *Perfil*, 2 de diciembre de 2011, http://www.perfil.com/ediciones/2011/12/edicion_631/contenidos/noticia_0019.html; Amelia GALLETTI , *El Diario,* 10 de diciembre de 2011, http://www.eldiario.com.ar/diario/editorial/29212-revisar-la-historia.htm; Hilda SÁBATO, "Contra toda historia oficial", *Tiempo Argentino*, 18 de diciembre de 2011, http://tiempo.infonews.com/notas/contra-toda-historia-oficial (consultados el 1 de febrero de 2014).

29 Maristella SVAMPA, Vera CARNOVALE, Martín BERGEL y Horacio TARCUS, "Las fronteras", *Mirada al Sur*, año 4, edición n.° 186, 11 de diciembre de 2011, http://sur.infonews.com/notas/las-fronteras (consultados el 1 de febrero de 2014).

30 Luis Alberto ROMERO, "Lo que hay que revisar en serio es el revisionismo", *Clarín*, 15 de febrero de 2011, http://www.clarin.com/opinion/revisar-serio-revisionismo_0_646735399.html; Mirta LOBATO, "Se niegan años de investigación", *Revista Ñ*, 27 de diciembre de 2011, http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/historia/Instituto-Revisionismo-anios-investigacion_0_616738494.html (consultados el 1 de febrero de 2014).

es criticada con dureza a causa de la exclusión de los historiadores profesionales en favor de divulgadores de la historia,[31] de la idea de incorporar estos nuevos relatos históricos en los programas de las escuelas secundarias y la vocación de unificar el discurso histórico: "Es una cosa inadmisible en un mundo de libertad de opinión la consagración estatal de una línea de interpretación de la historia".[32] Este último argumento fue matizado por otros miembros de la comunidad académica que consideraban que el Gobierno kirchnerista no habría mostrado ninguna vocación por unificar la investigación histórica a través de un programa explícito, y pensaban que la aparición de un instituto más no suponía un peligro real que anunciara el final de la historiografía profesional.[33]

Defendiendo la preeminencia universitaria en la producción historiográfica, se argumenta que la creación del Instituto "Dorrego" refleja el desconocimiento de la investigación académica acumulada desde los años ochenta.[34] A su vez, la Asociación Argentina de Investigadores en Historia, integrada por universitarios, declaró su convencimiento de que "es a través del sistema universitario y científico nacional que se seguirá fomentando la generación de conocimientos históricos amplios,

31 "El Estado asume como doctrina oficial la versión revisionista del pasado. Descalifica a los historiadores formados en sus universidades y encomienda el esclarecimiento de la 'verdad histórica' a un grupo de personas carentes de calificaciones", "Polémico instituto de revisión de la historia", *La Nación*, 28 de noviembre de 2011, http://www.lanacion.com.ar/1427023-impulsa-el-gobierno-una-revision-de-la-historia (consultado el 10 de enero de 2014).

32 "Todo historiador es revisionista", entrevista a Jose Carlos Chiaramonte, *Clarín*, http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/Entrevista-Jose-Carlos-Chiaramonte-Todo-historiador-es-revisionista_0_938306177.html (consultado el 5 de diciembre de 2013).

33 Daniel CAMPI, *La Columna*, Santiago del Estero, n.º 945, 15 de diciembre de 2011; Juan Manuel PALACIO, "La historiografía no está en jaque", *La Nación*, 17 de diciembre de 2011; Centros de Investigación CEHIR y GEHiSO, "La historia en el centro de la tormenta", *El artefacto*, 5 de diciembre de 2011, http://www.elartefacto.com.ar/?pg=en_el_aula&id=78&unidad (consultados el 15 de febrero de 2014).

34 Los argumentos están resumidos en una declaración firmada por Mirta Lobato, Hilda Sábato y Juan Suriano, con el apoyo de numerosas firmas de la historiografía universitaria que circuló por *mail* y fue reproducida parcialmente en los diarios argentinos. Mirta LOBATO, Hilda SÁBATO y Juan SURIANO, "Una forma perimida de hacer historia y una visión maniquea", *El Artefacto*, 5 de diciembre de 2011, http://www.elartefacto.com.ar/?pg=en_el_aula&id=77&unidad=LATINOAMERICA (consultado el 10 de diembre de 2013).

diversos y de altos estándares de rigurosidad académica en sus contenidos y enfoques, así como relevantes en términos de su contribución a los debates públicos":[35]

> El decreto pone al desnudo un absoluto desconocimiento y una desvalorización prejuiciosa de la amplia producción historiográfica que se realiza en el marco de las instituciones científicas del país -universidades y organismos dependientes de Conicet, entre otras- donde trabajan cientos de investigadores en historia, siguiendo las pautas que impone esa disciplina científica, pero a la vez respondiendo a perspectivas teóricas y metodológicas diversas [...] El enfoque maniqueo que el instituto adopta no admite la duda y la interrogación, que constituyen las bases para construir, sí, saber científico [...] a través de esta medida, el Gobierno revela su voluntad de imponer una forma de hacer historia que responda a una sola perspectiva; se desconoce así no solamente cómo funciona esta disciplina científica, sino también un principio crucial para una sociedad democrática: la vigencia de una pluralidad de interpretaciones sobre su pasado [...] se avanza hacia la imposición del pensamiento único, una verdadera historia oficial.[36]

Desde la intelectualidad argentina de izquierda se califica el revisionismo, en todas sus variantes, como una historiografía reaccionaria y explicativamente deficiente, a pesar de que se reconoce el aporte de algún tema de debate. Sin embargo, la iniciativa kirchnerista de impulsar el revisionismo en el Instituto "Dorrego" muestra la imposición del poder político sobre las capacidades de crítica y elaboración intelectual. Por otra parte, la reacción de la historiografía universitaria dominante también es reprendida como variante despolitizante y conservadora apelando a un cuestionamiento de la "autonomía" del "campo historiográfico".[37]

35 6 de diciembre de 2011, http://www.asaih.org/?p=338 (consultado el 10 de enero de 2014).

36 Texto de la declaración de Mirta LOBATO, Hilda SÁBATO y Juan SURIANO, "Polémico instituto de revisión de la historia", *La Nación*, 28 de noviembre de 2011, http://www.lanacion.com.ar/1427023-impulsa-el-gobierno-una-revision-de-la-historia (consultado el 10 de enero de 2014).

37 *Dossier* "La historia en debate. A propósito de la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico", *Boletín de la Asamblea de Intelectuales, Docentes y Artistas en Apoyo del Frente de Izquierda y de los Trabajadores*, 1 (enero de 2012). Incluye textos de Eduardo Grüner, José César Villarruel, María Cecilia Feijoo, Hernán Camarero, Lucas Poy, Natalia Boca, Federico Sena, Federico Novofoti y Mariano Schlez. http://www.ips.org.ar/wp-content/uploads/2012/01/La-historia-en-debate.- (consultado el 10 de enero de 2014).

El debate trascendió rápidamente el limitado y pequeño arco de opinión inicial instalándose en los medios de comunicación marcado por el "presentismo" impuesto por la actualidad demandada por los *mass media* y el estilo directo, incisivo y asertivo de las polémicas periodísticas. Desde las filas del revisionismo se criticó el sectarismo de lo que se considera una reacción desmedida de unos de los más importantes responsables de la "derrota cultural" argentina frente al neoliberalismo. La respuesta "neorrevisionista"[38] se articuló a partir de la idea del temor que muestran los claustros universitarios a perder el monopolio de la historia desde donde ejercen una hegemonía cultural, un autoritarismo intelectual y un abuso de paradigmas académicos presentándose, a su vez, como el único "saber científico".[39]

Creemos que los hechos históricos deben ser científicamente analizados, pero lejos de la asepsia de quirófano que parecen proponer estos historiadores supuestamente ingenuos y neutrales. La Historia es ciencia, pero también debe exigirse dar la disputa política; es método pero además es discurso. Debe enfrentar las interpretaciones que llevan a legitimar la opresión y el ocultamiento. Son convocados constantemente por agencias estatales.[40]

Los miembros de los claustros universitarios son tildados de "tecnócratas administradores de un pasado que espera ser descubierto" que se esconden tras el mito del "saber científico" con el objetivo de manipular el pasado y apoderarse de su investigación. A partir de una concepción elitista de la historia, según las críticas "neorrevisionistas",

38 Víctor RAMOS, "¡Peligro! Hombres revisando la historia", *Tiempo Argentino*, 29 de noviembre de 2011, http://tiempo.infonews.com/notas/peligro-hombres-revisando-historia; Ricardo FORSTER, "Los 'indignados' y el combate por la historia", *Página/12*, 9 de diciembre de 2011, http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-182974-2011-12-09.html; Araceli BELLOTTA,"¿Qué te pasó, Luis Alberto Romero?", *Tiempo Argentino*, 11 de diciembre de 2011, http://www.tiempo.infonews.com/notas/¿que-te-paso-luis-alberto-romero (consultados el 11 de febrero de 2014).

39 Hernán BRIENZA, "Contra los patovicas culturales", *Tiempo Argentino*, 29 de noviembre de 2011, http://tiempo.infonews.com/notas/contra-los-patovicas-culturales (consultado el 12 de enero de 2014).

40 Agrupación "José Carlos Mariátegui". Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), "La reacción de los profesionales del odio", *Tiempo Argentino*, 3 de enero de 2012, http://tiempo.infonews.com/notas/reaccion-de-los-profesionales-del-odio (consultado el 1 de febrero de 2014).

los académicos aplican “el método escindidos de la turbia pasión de la subjetividad ideológica y la política” como “coartada para encubrir posicionamientos políticos definidos y para reproducir el propio dominio estamental en la historiografía”. El resultado final es una producción historiográfica alejada del “campo popular” que maneja corporativa y sesgadamente en términos ideológicos la producción y divulgación del saber histórico.[41]

La “batalla por la memoria” y la disputa entre distintas miradas historiográficas en Chile

El 16 de octubre de 1998, Augusto Pinochet fue detenido en Londres por agentes de Scotland Yard acusado de genocidio, terrorismo y tortura. En diciembre del mismo año, el dictador chileno escribió una carta titulada *Carta a los chilenos*[42] en la cual se presentaba como un “inocente” protagonista de la historia de Chile más reciente. La difusión de este escrito reavivó el debate sobre la lectura e interpretación del golpe de Estado de 1973, sus orígenes y sus consecuencias. En respuesta a las interpretaciones de Augusto Pinochet y a las “manipulaciones de la historia nacional realizadas contemporáneamente por sus partidarios políticos e intelectuales”,[43] varios historiadores chilenos firmaron en el diario *La Segunda*, a principios de 1999, el *Manifiesto de historiadores*,[44] escrito que pronto fue reproducido en otros medios chilenos:

41 Alberto LETTIERI, “Objetores del Dorrego”, *Tiempo Argentino*, 5 de diciembre de 2011, http://tiempo.infonews.com/notas/objetores-del-dorrego (consultado el 10 de enero de 2014).

42 *Carta a los Chilenos*, Augusto Pinochet, http://es.wikisource.org/wiki/Carta_a_los_Chilenos,_de_Augusto_Pinochet

43 Sergio GREZ TOSO, “Historiografía y memoria en Chile. Algunas consideraciones a partir del Manifiesto de historiadores”, *HAOL*, n° 16, primavera, 2008, p. 179-183.

44 *Manifiesto de historiadores*, http://www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cemememo0003.pdf (consultado el 1 de diciembre de 2013). El *Manifiesto de historiadores*, escrito el 25 de enero de 1999, fue difundido en universidades argentinas, brasileñas, mexicanas, estadounidenses, danesas, inglesas y francesas. En Chile el texto circuló en universidades, lugares de trabajo y en algunas asambleas como la realizada en Santiago a fines de marzo del mismo año por los ex prisioneros políticos y en la que organizó, para presentar el *Manifiesto* y dialogar con algunos de sus autores, a mediados de abril, la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC).

> (Denunciar el) recrudecimiento notorio de la tendencia de algunos sectores de la sociedad nacional a manipular y acomodar la verdad pública sobre el último medio siglo de la historia de Chile, a objeto de justificar determinados hechos, magnificar ciertos resultados y acallar otros; casi siempre, con el afán de legitimar algo que es difícilmente legitimable y tornar verdadero u objetivo lo que no lo es, o es solo la autoimagen de unos grupos.[45]

Numerosos historiadores chilenos y extranjeros, así como también académicos de otras disciplinas, se adhirieron a dicho manifiesto expresando la funcionalidad que la historia tiene para la construcción de una memoria y de una identidad básicas para la configuración de una ciudadanía capaz de construir su propia historia. La publicación y difusión del *Manifiesto* produjo múltiples reseñas, réplicas y contrarréplicas que conformaron un corpus del que se desprenden opiniones y sensibilidades articuladoras de un debate político e intelectual acerca del olvido, la manipulación y las diferentes interpretaciones de la historia reciente de Chile.[46]

La opinión de los historiadores chilenos firmantes del *Manifiesto* se centra básicamente en la crítica de la interpretación cortoplacista de Augusto Pinochet acerca del golpe de Estado de 1973, su falta de rigor en las referencias a la Unidad Popular, las supuestas "verdades" que justificaban y validaban la actuación de los sectores golpistas, así como la falta de distanciamiento entre los hechos, el testimonio[47] y el juicio

45 *Manifiesto de historiadores,* http://www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cememem00003.pdf (consultado el 1 de diciembre de 2013).

46 El *Manifiesto*, las firmas, las contrarréplicas y otros comentarios y profundizaciones sobre el mismo fueron editados posteriormente en libro en septiembre de 1999. Sergio GREZ TOSO y Gabriel SALAZAR VERGARA (comps.), *Manifiesto de Historiadores*, Santiago, Lom Ediciones, 1999.

47 "[…] si bien no es posible una reconstrucción muy minuciosa, precisa y, en sustancia, verdadera, de la historia basada únicamente en la memoria de los sujetos, no es menos cierto que la memoria constituye una cantera valiosísima de donde podemos extraer material para el trabajo historiográfico, sobre todo para aproximarnos a las percepciones que tienen las personas y grupos sobre ciertos hechos y el significado que ellos mismos les atribuyen. Es muy difícil, por ejemplo, reconstruir fielmente el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Chile basándonos exclusivamente en lo que los individuos recuerdan de ese acontecimiento. De seguro, muchos sucesos que no fueron registrados en documentos escritos o audiovisuales podrán aflorar en los relatos que recojamos, pero una serie de hechos importantes quedarán en la sombra si no echamos mano a otro tipo de fuentes que deben ser contrastadas con las memorias de las personas que entrevistemos", Sergio GREZ,

realizado sobre este periodo de la historia contemporánea chilena: "Los procesos sociales son construcciones de análisis que deben considerarse sin la emocionalidad que la inmediatez representa, y no deben ser objeto de la instrumentalización de ciertos sectores para justificar –y no argumentar– ciertos eventos".[48] Desde el *Manifiesto* se considera que el análisis de este período histórico merece un verdadero trabajo historiográfico.

La otra parte de la respuesta se centra en la discusión con el historiador Gonzalo Vial,[49] autor de una serie de fascículos sobre la historia contemporánea de Chile publicados por el diario *La Segunda*. En esta publicación se intenta justificar el golpe de Estado de 1973, atribuyendo lo que Vial define como "responsabilidad provocativa" a los sectores que integraron la Unión Popular.[50] Las tesis de Gonzalo Vial reelaboran la idea de una contaminación exterior del sistema sociopolítico y económico chileno, y muestran la intervención violenta de la derecha como la lógica reacción a políticas y actores sociales desestabilizadores. La acción militar queda justificada en esta visión, como también en la de Pinochet, en la medida en que las Fuerzas Armadas son concebidas como la verdadera "reserva de moralidad y legalidad" en los dramáticos instantes que precedieron al golpe militar. Para los firmantes del *Manifiesto* "el estudio de Vial se aplica a un periodo parcial" y tiene como

"Historiografía, memoria y política. Observaciones para un debate", http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RCH/article/viewArticle/10514/10568 (consultado el 1 de diciembre de 2013).

48 *Manifiesto de historiadores,* http://www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cememem0003.pdf (consultado el 1 de diciembre de 2013).

49 Gonzalo Vial colaboró en la redacción del *Libro Blanco del Cambio de Gobierno en Chile* que denunciaba la supuesta existencia del denominado *Plan Zeta*: un montaje militar que se refería a un proyecto de sectores de la izquierda política para realizar un autogolpe, exterminar a los líderes opositores y a los altos mandos de las Fuerzas Armadas previamente al golpe de Estado de 1973. Integró la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1990-1991), que elaboró el llamado *Informe Rettig*. También participó en la Mesa de Diálogo (1999-2000). Sobre la gestación y redacción del *Libro Blanco* véase: Jorge MAGASICH AIROLA, *Los que dijeron "NO". Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*, Santiago, Lom Ediciones, 2008, vol. 1, pp. 19-37.

50 "La Unidad Popular como 'caos' ha sido una de las claves ideológicas que han buscado ahondar el trauma de sus memorias y al que los discursos políticos autoritarios acuden reiteradamente", María Angélica ILLANES, *La batalla de la memoria. Ensayo histórico de nuestro siglo. Chile, 1900-2000*, Santiago, Ariel Planeta, 2002, p. 180.

consecuencia la configuración de "una verdad también parcial, que se liga, según todo lo indica, a un interés faccional":

> […] por omisión –dado que sus fascículos abarcan solo el periodo 1964-1973– el historiador Vial excluye todo juicio histórico sobre el 'terrorismo de Estado' que la Junta Militar desplegó durante y después que logró controlar militarmente la situación (o sea, una semana después del 11 de septiembre) […] El estudio se aplica a un periodo parcial, para configurar una verdad también parcial, que se liga, según todo lo indica, a un interés faccional.[51]

Gonzalo Vial respondió a su vez desde las columnas del periódico *La Segunda* el 12 de febrero de 1999. El historiador chileno descalificó a los firmantes del *Manifiesto* por su afiliación izquierdista y sostuvo, dada su participación en la Comisión Rettig,[52] que esta "corriente ideológica" no había realizado ningún trabajo historiográfico de valor sobre la protesta social y la represión del periodo en cuestión. La réplica de los aludidos, publicada el 7 y 9 de abril del mismo año en los diarios *La Nación* y *El Siglo*, se estructuró a través de un detallado recuento de las corrientes historiográficas chilenas de izquierda, de las torturas y censuras que los historiadores de esta corriente sufrieron durante la dictadura, y de su trabajo para recuperar la memoria histórica de los sectores populares y subordinados:

> Los debates públicos, la política y la justicia oficial podrán relativizarlo todo –hasta pretender transformar en héroes a los que han cometido crímenes contra la humanidad–, pero no engañarán a la memoria social y popular. Hay allí una verdad que, al emanar de la experiencia y la propia realidad, no necesita recurrir a juegos retóricos ni artificios de publicidad. Lo que sí necesita es que la investigación académica -si se propone ser directa, empírica y socialmente interactiva- confluya con ella y potencie el contenido cognitivo y la conducta histórica de la mayoría popular de Chile. Pues solo esta mayoría podrá impedir a futuro que la manipulación de la 'memoria pública' continúe alienando y escamoteando el ejercicio

51 *Manifiesto de historiadores,* http://www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cemememo0003.pdf (consultado el 1 de diciembre de 2013).

52 La Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación tuvo como objetivo el esclarecimiento de "la verdad sobre las graves violaciones a los derechos humanos cometidas en el país entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990". La Comisión fue presidida por el jurista y político Raúl Rettig. El 8 de febrero de 1991, la Comisión entregó al presidente Patricio Aylwin el informe final de sus conclusiones.

> social de la soberanía. Que es lo único que confiere verdadera legitimidad histórica.[53]

Con la detención y el juicio a Augusto Pinochet, el pasado se vuelve a colocar en el terreno de la disputa frontal. Al mismo tiempo, la memoria de la dictadura como salvación se debilitó produciéndose "lo que Winn denomina la ruptura del 'pacto de silencio', que había caracterizado la forma transicional y el pacto de la élite por la búsqueda de la verdad y la reconciliación y no por la verdad y la justicia".[54] El debate que resurge alrededor de la carta de Pinochet y de la interpretación historiográfica de Gonzalo Vial muestra que en Chile la transición democrática se realizó bajo la coexistencia de dos memorias enfrentadas, una que identificaba a la dictadura como "salvación" y otra que la recuerda como la violación más grande de los derechos humanos que ha tenido lugar en la historia chilena:

> No bastó la intervención militar para reprimir, acallar y silenciar a un sector de la ciudadanía, sino que fue necesario –también– el golpe intelectual-escrito, ese que tendría por objeto "extirpar el cáncer marxista" de la mente de los chilenos, imponiendo una nueva historia y memoria oficial. En ese triste contexto situamos al recientemente fallecido abogado e historiador Gonzalo Vial Correa, quien desde su tribuna contribuyó a legitimar el golpe de Estado, tal como él mismo lo reconoció en marzo de 2002 "no me arrepiento de haber escrito el Libro Blanco". […] Gonzalo Vial Correa nos permite analizar y debatir la vinculación existente entre discurso historiográfico y lucha política por el pasado, el poder que da el control de este y, por lo tanto, repensar (críticamente) nuestra transición democrática. Representante de una vieja historiografía marcada por lo fáctico, narración, erudición, la "chismografía", una historia acrítica con los grupos dominantes y poderes fácticos.[55]

53 "Réplica a las 'Reflexiones sobre un manifiesto'". Este texto fue censurado por el vespertino *La Segunda*, quien no respetó el derecho de réplica. Fue publicado por *La Nación* en su edición del 7 de abril de 1999 y en la edición del 9 de abril de 1999 del semanario *El Siglo*. Se encuentra reproducido en Sergio GREZ y Gabriel SALAZAR, *Manifiesto…*, *op. cit.*, pp. 29-37.

54 Cristina MOYANO, "Las batallas por la memoria", *El Mostrador*, 13 de junio de 2012, http://www.elmostrador.cl/opinion/2012/06/13/las-batallas-por-la memoria/ (consultado el 27 de febrero de 2014).

55 Danny Gonzalo MONSÁLVEZ ARANEDA, "Gonzalo Vial Correa: Dictadura e Historiografía", *El Clarín*, 6 de noviembre de 2009, http://elclarin.cl/index.php?option=com_content&task=view&id=18940 (consultado el 10 de enero de 2014).

Paralelamente, en materia historiográfica, se publicaba en 1999 el primer volumen de la *Historia Contemporánea de Chile* de Gabriel Salazar y Julio Pinto. Alrededor de este trabajo tuvo lugar una discusión epistemológica sobre la historia de Chile que permitía analizar y debatir "la vinculación existente entre discurso historiográfico y lucha política por el pasado, el poder que da el control de este y, por lo tanto, repensar (críticamente) la transición democrática que se venía dando desde 1990".[56]

Este contexto de confrontación se prolongó con la publicación el 16 de diciembre de 2004, y posterior difusión, de un segundo manifiesto titulado *Contra los que torturan en nombre de la Patria*[57] que aborda los temas de la detención de Pinochet y los límites del *Informe Valech*.[58] Sin embargo, este manifiesto no tuvo la misma repercusión que el primero. En abril de 2007 comenzó a circular por Internet un tercer manifiesto que lleva por título *La dictadura militar y el juicio de la historia*[59] y se presenta como un análisis sobre el golpe militar de 1973 y el régimen de Pinochet. El manifiesto fue firmado, entre otros, por académicos de la Universidad de Chile como Gabriel Salazar, Sergio Grez y Pablo Artaza integrantes del Comité de Iniciativa, comisión que tiene por objetivo principal plantear visiones críticas sobre los hechos estructurales de la historia reciente chilena:

> (Crítica contra la) visión apologética de la dictadura, que pasaba por alto o minimizaba, entre otros problemas, los sistemáticos atropellos a los derechos humanos y la instauración de un sistema neoliberal terriblemente injusto y opresivo, este grupo de historiadores decidimos salir al paso de

56 Danny Gonzalo MONSÁLVEZ ARANEDA, "La dictadura militar de Augusto Pinochet como historia del presente: historiografía, dictadura, transición, demanda social y crisis de representatividad", *HAO*, 30 (invierno, 2013), pp. 175-191.

57 Manifiesto *Contra los que torturan en nombre de la Patria* http://www.archivochile.com/Historia_de_Chile/trab_gen/HCHtrabgen0001.pdf (consultado el 27 de febrero de 2014).

58 La Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, presidida por monseñor Sergio Valech, fue creada con el objetivo de esclarecer la identidad de las personas que sufrieron privación de libertad y torturas por razones políticas, por actos de agentes del Estado o de personas a su servicio, en el periodo comprendido entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1990. El objeto era suplir las carencias de la Comisión Rettig.

59 Manifiesto *La dictadura militar y el juicio de la historia,* http://www.rebelion.org/docs/49237.pdf (consultado el 4 de enero de 2014).

> estas versiones y responder desde nuestros saberes y desde nuestra disciplina, a una serie de falsedades, deformaciones y mitificaciones contenidos en distintos documentos y discursos.[60]

Los firmantes de los manifiestos apelan directamente al paradigma de la defensa de los derechos humanos que opera en la práctica como paradigma político[61] en el cual la memoria posee un eco cultural que implica que "para los países del Cono Sur, toda la legitimidad de un régimen militar o de las luchas contra estos regímenes, están íntimamente asociadas al problema de la memoria".[62] En el caso chileno, a pesar de la existencia de un supuesto consenso sobre la valoración de la cultura de los derechos humanos, la gran dificultad para que la memoria pueda dejar paso a la historia es el problema del proceso de transición democrática, ya que esta fue negociada con el Ejército y dejó abierto un importante problema de justicia: "Lo que resulta evidente, es que su dictadura dividió una vez más a la sociedad chilena en *ganadores* (beneficiados por ella) y *perdedores* (las víctimas y los perjudicados por el mercado). También es evidente que el Juicio Histórico posterior a eso no puede sino estar dividido":[63]

> El historiador no es solamente un personaje que estudia un pasado muerto, que no tiene nada que ver con el presente y con el devenir cotidiano de los ciudadanos, sino que es una persona que debe estar –a nuestro juicio– comprometida con los problemas de su tiempo presente [...] surgen de las inquietudes ciudadanas y también de las preocupaciones historiográficas de seis o siete historiadores, relacionadas con los avatares de la historia de Chile de las últimas décadas, lo que podríamos llamar en nuestro lenguaje profesional, la historia de nuestro tiempo presente. Los tres manifiestos, aun cuando rebasan ese tema, tiene que ver con la experiencia de la dictadura militar.[64]

60 Manifiesto *La dictadura militar y el juicio de la historia,* http://www.rebelion.org/docs/49237.pdf (consultado el 4 de enero de 2014).

61 Claus OFFE, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales,* Madrid, Sistema, 1996.

62 Steve STERN, *Recordando el Chile de Pinochet: en vísperas de Londres 1998*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2012, p. 213.

63 Manifiesto *La dictadura militar y el juicio de la historia,* http://www.rebelion.org/docs/49237.pdf (consultado el 4 de enero de 2014).

64 Sergio GREZ, "Historiadores presentan manifiesto sobre el juicio a la dictadura militar", 16 de abril de 2007, http://www.uchile.cl/noticias/40867/historiadores-presentan-manifiesto-sobre-juicio-a-la-dictadura-militar (consultado el 10 de ene-

Una nueva controversia pública tuvo lugar alrededor del Museo de la Memoria y Derechos Humanos. Este museo fue inaugurado por Michelle Bachelet el 11 de enero de 2010 en el marco de las obras gubernamentales que celebraron el Bicentenario de Chile. Con respecto a la inauguración del museo, el periódico *El Mercurio* señaló en su editorial que el "tema de los derechos humanos no reconoce fronteras y que la educación en sus principios contribuirá a evitar cualquier exceso posible en el futuro". Sin embargo, bajo esta premisa, el diario indicaba que la Unidad Popular permitió la violación de los derechos humanos y por ende hizo necesaria la intervención de las Fuerzas Armadas. El diario santiaguino consideraba que el Gobierno de Salvador Allende fue tan responsable como los agentes de la dictadura y en consecuencia la nueva institución museística estaría faltando a la universalidad del espíritu de los derechos humanos.

En 2012 la exposición permanente del Museo de la Memoria y Derechos Humanos fue criticada desde sectores conservadores, ya que esta mostraba, en su opinión, una visión parcial de los hechos. El historiador Sergio Villalobos denunció la supuesta "falsificación" del museo por no retratar la historia política del Gobierno de la Unidad Popular. En su opinión el museo debería cambiar su nombre por el de "Museo de Fracaso, el de la Unidad Popular y el de ahora".[65] A partir de estas declaraciones difundidas en la prensa chilena, se activó una serie de réplicas y contrarréplicas públicas de historiadores, funcionarios del Gobierno de Sebastián Piñera y otros exactores políticos vinculados a la dictadura, en contra y a favor de las declaraciones de Villalobos.[66] En su escrito, Magdalena Krebs, directora de la Dirección de Archivos de Museos en Chile (DIBAM), opina que el museo representa solo una parte de la realidad, es decir, la de las víctimas de la dictadura y, por lo tanto,

ro de 2014). Véase, también, Sergio GREZ TOSO, "Historiografía y memoria en Chile. Algunas consideraciones a partir del Manifiesto de historiadores", *HAO*, 16 (primavera, 2008), pp. 179-183.

65 Sergio VILLALOBOS, "Museo de la Memoria", 6 de junio de 2012, http://www.reporterodelahistoria.com/2012/06/sergio-villalobos-desde-el-punto-de.html; *Informe Anual sobre Derechos Humanos en Chile 2012*, Centro de Derechos Humanos. Universidad Diego Portales, p. 39, http://www.derechoshumanos.udp.cl/informe-anual-2012/ (consultados el 4 de enero de 2014).

66 Algunas opiniones las podemos leer en http://www.reporterodelahistoria.com/2012/06/sergio-villalobos-desde-el-punto-de.html (consultado el 25 de febrero de 2014).

no puede aparecer como un museo que muestre la historia nacional y menos contar con fondos públicos:

> Sería valioso que sus visitantes comprendiesen, por ejemplo, que entre muchos de los factores que contribuyeron a la destrucción de la democracia, tuvo un rol significativo la violencia imperante. A la luz de la contingencia que vivimos hoy, sería una gran contribución que el museo explicara los hechos anteriores al golpe, pues pondría una nota de atención sobre los límites, la necesidad de cuidar las formas y los procedimientos democráticos.[67]

Frente a estos argumentos, el Directorio del Museo respondió que la "tarea del Museo [...] no es historiográfica ni jurídica. Su propósito no es entregar información acerca de las causas que condujeron a esas violaciones o contextualizarlas, ni, tampoco, formular imputaciones individuales de responsabilidad, sino promover la idea que, con prescindencia de las circunstancias, ese tipo de hechos no deben ocurrir nunca más en nuestro país".[68] Javiera Parada, hija del militante comunista José Manuel Parada asesinado durante la dictadura pinochetista, replicó a su vez que las violaciones de los derechos humanos no son contextualizables, pues serviría para justificar su existencia y que existe "un principio básico consensuado a nivel internacional: las violaciones de los Derechos Humanos, ya que el valor universal de estos radica justamente en que no son contextualizables":[69]

> Su argumento no solo explicita un grave relativismo moral, sino que es profundamente peligroso. Con él podrían justificarse las mayores atrocidades, ya que los antecedentes a la violación de los derechos humanos permitirían explicarlos y eventualmente justificarlos. No hay nada que justifique la violencia ejercida por el Estado de Chile en contra de ciudadanos inermes. Nada. Menos aún viniendo de agentes del Estado cuya responsabilidad es la mantención del orden público y no su alteración.[70]

67 Magdalena KREBS, "Carta", *El Mercurio*, 23 de junio de 2012.

68 "La respuesta del Directorio del Museo de la Memoria a Magdalena Krebs", *El Dínamo*, 28 de junio de 2012, http://www.eldinamo.cl/2012/06/28/622996/ (consultado el 26 de febrero de 2014).

69 Javiera PARADA, "Polémica por el Museo de la Memoria: carta de Javiera Parada a la Directora de la Dibam", *The Clinic online*, 26 de junio de 2012, http://www.theclinic.cl/2012/06/26/polemica-museo-de-la-memoria-carta-de-javiera-parada-a-la-directora-de-la-dibam/ (consultado el 23 de enero de 2014).

70 Ibídem.

Dentro de este contexto, la Corporación 11 de Septiembre[71] celebró un acto institucional de homenaje al dictador Pinochet el 10 de junio de 2012 en el Teatro Caupolicán de Santiago, acto que tuvo una importante repercusión pública. En el homenaje se estrenó en Chile el documental *Pinochet* de Ignacio Zegers y el presidente de dicha fundación anunció la creación de un "Museo de la Verdad" en oposición al Museo de la Memoria y Derechos Humanos.[72] La polémica, el cruce de acusaciones y los programas museísticos propuestos nos muestran, en relación con la confrontación de dos memorias irreconciliables, que el pasado reciente de Chile no está cerrado y su disputa es objeto de definiciones políticas tanto relacionadas con el pasado como, sobre todo, con el presente y el futuro de la sociedad chilena.

Todas las controversias expuestas en los párrafos anteriores han implicado un trabajo de elaboración del pasado, de elaboración del duelo, de exigencia de justicia, que son problemas fundamentales que ocupan el primer plano y que dificultan la realización de un trabajo de historización del pasado más reciente de Chile. Un pasado que no ha conocido una ruptura, aunque sea simbólica, que marque la separación entre él mismo y el presente, ya que el pasado vivido por los contemporáneos, cargado de una memoria presente, no se reconoce como pasado acabado y no puede ser percibido como historia.

Conclusión

En los dos casos analizados, tanto los historiadores argentinos como los chilenos se han visto confrontados a otras formas de conocimiento del pasado que han activado un proceso de puesta en cuestión de la autoridad de la profesión de historiador y del medio académico. El resultado

71 Fundada en 1995. Su principal objetivo es la difusión "a las nuevas generaciones la obra y el legado del Gobierno del Presidente Pinochet". Para lo anterior, cuenta entre otros, con el Museo del Presidente Pinochet, una extensa bibliografía sobre su gobierno, material audiovisual y textos de conferencias destinadas a difundir su obra, especialmente entre los estudiantes de educación básica, media y universitaria, http://www.fundacionpresidentepinochet.cl/

72 Juan GONZÁLEZ, "Callamos durante 20 años mientras tergiversaban la verdad de Chile", *La Nación*, 10 de junio de 2012, http://www.lanacion.cl/juan-gonzalez-callamos-durante-20-anos-mientras-tergiversaban-la-verdad-de-chile/noticias/2012-06-10/120610.html (consultado el 20 de febrero de 2014).

ha sido tanto un conjunto de tomas de posición y de opiniones que han mostrado los problemas ideológicos y políticos que existen alrededor del papel de la(s) memoria(s) y el concepto historiográfico de *revisionismo*, como la constatación de las transformaciones contemporáneas de los procesos de comunicación, de difusión, de transmisión, de recepción y del espacio público en sus múltiples dimensiones.

Los dos casos nos muestran los límites a los que han debido hacer frente los historiadores argentinos y chilenos en su intento de estructurar una respuesta válida y significativa frente al uso político de la historia. Estos límites no son marcados por las dificultades de los investigadores en la utilización de los medios de comunicación de masas, sino por el desfase existente con respecto a los métodos, las interpretaciones y su difusión. Es así que en los dos casos estudiados, podemos revelar la impresión de malestar y de cierta impotencia frente a unas interpretaciones simplificadoras e impropias de la profesión. Este hecho puede ser puesto en relación con las dudas epistemológicas que afectan al conjunto de las ciencias sociales desde hace varias décadas, debido al fracaso de las explicaciones que se inspiraban por los grandes sistemas ideológicos. Tanto en el caso argentino como en el chileno, remarcamos una crisis de confianza, de instrumentos y de métodos que han debilitado la historia profesional frente a las incursiones revisionistas y de la(s) memoria(s).

La innegable dimensión política de la historia hace de ella un terreno de luchas por la hegemonía y el poder presentando la historia como un campo de batalla en el que se dramatiza el conflicto de memorias.[73] La historia, a la par de constituirse en saber científico, es también un espacio de interpretaciones donde se produce el choque entre distintas visiones, intereses e ideologías. Aunque la memoria colectiva de una sociedad o grupo humano no debe confundirse con la historiografía, podemos hablar de una batalla por la memoria a propósito del enfrentamiento entre distintas interpretaciones historiográficas. Esta confrontación abre un vasto campo en disputa entre distintas miradas y maneras de concebir la sociedad respecto de la(s) memoria(s) colectivas hegemónicas que se constituirán como conciencia histórica o sentido común

73 Enzo TRAVERSO, *Le passé, mode d'emploi. Histoire, mémoire, politique*, París, La Fabrique, 2005.

historiográfico del conjunto de la sociedad. Paralelamente, la batalla por la memoria es también una batalla política que tiene lugar a través de mediaciones culturales donde se produce un cruce entre memoria e historia, entre procesos de tipo intelectual-político y acercamientos historiográficos al pasado: mostrando las contradicciones de la sociedad y las tensiones entre memorias existentes en la misma.

III El revisionismo histórico en la historiografía española

El giro ideológico en la historia contemporánea española:

"Tanto o más culpables fueron las izquierdas"[1]

Ricardo Robledo
Universidad de Salamanca y Universitat Pompeu Fabra

Los argumentos estructuralistas que ponen el acento […] en la desigual distribución de la riqueza […] sirven de coartada para justificar la radicalidad del proyecto político de la izquierda republicana y de los socialistas, su intransigencia e, incluso, la violencia ejercida desde las organizaciones políticas y sindicales que representaban a los "desheredados".

Manuel Álvarez Tardío, 2011.

Formalmente, la Constitución garantizaba la competencia democrática, pero las lógicas de exclusión imperantes condicionaban seriamente su desarrollo normalizado. Desde esta perspectiva se aprecia el hilo conductor que llevó a los socialistas desde el 14 de abril de 1931 al 4 de octubre de 1934.

Fernando Del Rey Reguillo, 2011.

Resulta patética la suerte que corre la República […]: aislada de cualquier experiencia democratizadora anterior o posterior, como si hubiera caído del cielo sin deuda con el pasado y sin ningún legado positivo que dejar para el futuro, pero causante de todos los males del siglo […].

Eduardo González Calleja, 2013.

1 *Cf*. R. ROBLEDO, "Historia *científica* vs. historia de combate en la antesala de la Guerra Civil", *Studia Historica. Historia Contemporánea,* 32 (2014), pp. 75-94 ; "De leyenda rosa e historia *científica*: notas sobre el último revisionismo de la Segunda República", *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine,* 1 (2015). Homenaje a Jacques Maurice en curso de publicación, *on line*. A estos ensayos, especialmente el segundo, me remito para la denominación e integrantes del grupo neorrevisionista. Un breve apunte en "Entorn del revisionisme sobre la Segona República", *L'Avenç*, 399 (març 2014), pp. 5-6. He mantenido un pequeño debate con F. del Rey Reguillo a través de la reseña, réplica y contrarréplica de su libro *Paisanos en lucha* aparecidas en *Historia Agraria*, 53 (2011), pp. 215-221, y 54 (2011), pp. 239-246. Agradezco las observaciones de Josep Fontana y Ángel Viñas, y a Carlos Forcadell e Ignacio Peiró su invitación a participar en la Universidad de Verano de Jaca en 2012. Un texto parecido se presentó en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Santiago y en el Instituto Gerónimo Uztáriz de Pamplona. Este trabajo forma parte del proyecto de investigación del Ministerio de Economía y Competitividad, HAR 2013-40760-R.

En menos de una década se ha debilitado seriamente el consenso que existía en la historiografía académica de la Segunda República española. Obviamente no había unanimidades, pero el oficio de historiador se atenía a las normas que configuran la profesión: exploración y crítica de fuentes, hipótesis de partida, contrastación, etc. Estaban claras las fronteras entre el revisionismo filofranquista, liderado por P. Moa y adláteres, y lo que se investigaba o se explicaba en la mayoría de departamentos universitarios. Los viejos planteamientos de historiadores como Carlos Seco estaban bastante sepultados en el desván del pasado franquista.[2] En pocos años, sin embargo, se ha quitado el polvo a estos recuerdos que se han reciclado de diversa forma. Incluso Malefakis, en una confusa reseña reconoce, con algún reparo, las bondades de Moa.[3] Payne las había ensalzado por todo lo alto hacía tiempo, y no en vano se emociona al visitar con Moa la basílica del Valle de los Caídos. Un libro de 2000, como el de *Socialismo y República,* se redescubre ahora como obra maestra y se utiliza intensivamente, mientras se silencian obras anteriores. Autor hubo que reeditó su obra y, para adecuarla a los nuevos tiempos, modificó el título y añadió un prólogo *ad hoc*.[4] Pese a los esfuerzos de los nuevos revisionistas en que no se les confunda con los antiguos, varios de ellos participan en publicaciones como *Ilustración liberal*, donde escriben habitualmente P. Moa o Jiménez Losantos, su director. Todo ello me hace pensar que se ha producido un *giro ideológico* que ha atenuado el fuerte contraste respecto a aquella literatura más o menos maldita para la academia. Lo que viene a sostenerse ahora no es que las izquierdas fueran las únicas culpables en los años treinta sino que fueron tanto o más culpables que las derechas,[5] con lo cual se

2 Sobre Seco, sus alabanzas a Moa y otros aspectos, A. REIG, *Anti Moa*, prólogo de P. Preston, Barcelona, Ediciones B, 2006, pp. 199-200, 354-355.

3 E. MALEFAKIS, "Alguna bibliografía reciente sobre la Guerra Civil española", *Revista de Occidente*, 382 (2013), p. 105.

4 J. M. MACARRO, *Socialismo, República y revolución en Andalucía (1931-1936),* Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000. Ha pasado a mejor vida su estudio sobre la huelga campesina de 1934 (1991). El libro de Avilés Farré de 1985, *La izquierda burguesa en la II República*, se transformó en 2006 en *La izquierda burguesa y la tragedia de la II República*, editado por la Comunidad de Madrid con un jugoso prólogo antirrepublicano de Luis Peral, entonces consejero de Educación del PP, donde interpretaba las tesis del libro a su manera. Debo esta observación a Francisco Sánchez Pérez.

5 Un breve e interesante apunte entre primeros y segundos revisionistas en E. GONZÁLEZ CALLEJA, "La historiografía sobre la violencia política en la Segunda Re-

compensaría, según Townson, el sesgo de "exonerar a las fuerzas de la izquierda mientras se flagelaba a las de la derecha".[6] La historia de la Segunda República no es la historia de sus gentes, sino que se ha convertido en una mercancía en el debate político.

En las páginas siguientes se examina críticamente la metodología y varios supuestos de esta literatura emergente que acepta de entrada la legitimidad de la democracia republicana, aunque el énfasis concedido a los defectos del sistema político y, sobre todo, a la creencia de que en abril del 31 se instaló la *revolución* excluyente y en febrero del 36 el *caos* del Frente Popular (que allanó el camino al golpe militar), acaban por desvirtuar la experiencia republicana de forma muy negativa. Los que critican al bienio radical-cedista por su retroceso en la política social agraria o en la del orden público son acusados de parcialidad socialista.[7] Como si la tesis de la instalación de la *revolución* en 1931 o en 1936 no coincidiera con retóricas interesadas de signo opuesto. En el "Decálogo del historiador revisionista", que he publicado en *Studia Historica*, he resumido los principales argumentos de esta corriente en la que destacan como editores Fernando Del Rey y Manuel Álvarez Tardío. La lista de publicaciones es nutrida, tan solo contando los libros más significativos del periodo 1931-1936 desde el año 2005.[8]

pública española: una reconsideración", *Hispania Nova,* 11 (2013), en especial el apartado "De negacionismos, revisionismos y algunos debates candentes más allá de la República".

6 Presentación de la edición inglesa de *El laberinto republicano*, citado en nota 8.

7 Los historiadores que se aferran a la tesis de que hubo un frenazo sustancial a las reformas en el segundo bienio "no hacen más que reproducir la retórica que interesadamente esgrimieron los dirigentes socialistas", F. DEL REY, "Socialismo y democracia en la España de entreguerras (Notas para una historia comparada)", en A. BOSCH, T. CARNERO y S. VALERO (eds.), *Entre la reforma y la revolución. La construcción de la democracia desde la izquierda*, Granada, Comares, 2013, pp. 29-48, cita p. 37.

8 M. ÁLVAREZ TARDÍO, *El camino a la democracia en España. 1931 y 1978,* prólogo de Rafael Arias-Salgado, Madrid, Gota a Gota, 2005; S. G. PAYNE, *El colapso de la República: los orígenes de la Guerra Civil (1933-36),* Madrid, La Esfera de los Libros, 2005; F. DEL REY, "Reflexiones sobre la violencia política en la II República española", en D. PALACIOS y M. GUTIÉRREZ (eds.), *Conflicto político, democracia y dictadura. Portugal y España en la década de 1930,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 17-97; F. DEL REY REGUILLO, *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008; M. ÁLVAREZ TARDÍO y R. VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República*, Madrid, Encuentro, 2010; F. DEL REY (dir.), *Palabras como puños: la intransigencia política en la Segunda*

Este pasado inventado de república excluyente, que muere principalmente no por un golpe de Estado de las derechas, sino por los errores o la mala fe de los dirigentes republicano-socialistas, ha tenido éxito diverso. De la intransigencia de buena parte de los conservadores (declarada incluso antes de la proclamación de la República) o de la hostilidad a las reformas apenas si se habla. No estamos presentando un fenómeno totalmente nuevo y tampoco es exclusivamente español, pues algo parecido ocurre en América Latina –Chile es buen ejemplo– y en otros países europeos. Nos toca vivir un tiempo gris en el que las aspiraciones de cambio social se consideran ingenierías peligrosas y se escucha con agrado el mensaje conservador que va de B. Constant a F. Furet o a R. Pipes, uno de los inspiradores de la Guerra Fría en la etapa de Reagan (el *Equipo B* de la CIA).[9] En tal contexto, en el que términos como el de *fascismo* resultan molestos, esta nueva, con reparos, revisión de la Segunda República tiene asegurada la acogida en diversos sectores, no necesariamente afines ideológicamente. Sobresale el de una derecha, enemiga de la "memoria histórica", dispuesta a revisar el ciclo histórico que va de 1931 a 1977 para liberarse "del peso de la historia".[10]

República española, Madrid, Tecnos, 2011; M. ÁLVAREZ TARDÍO y F. DEL REY (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos*, Barcelona, RBA, 2012; (*The Spanish Second Republic Revisited: From Democratic Hopes to Civil War (1931-1936)*, Brighton, Sussex Academic Press, 2011); F. DEL REY REGUILLO (dir.), *Violencias de entreguerras: miradas comparadas. Dossier* en *Ayer*, 88, 4 (2012), pp. 13-145; G. RANZATO, *El gran miedo de 1936. Cómo España se precipitó en la Guerra Civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014. No todos los autores que participan en las obras colectivas sintonizan con el núcleo neorrevisionista. La antítesis de estos planteamientos se encuentra en Á. VIÑAS (ed.), *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*, Barcelona, Pasado y Presente, 2012; F. SÁNCHEZ PÉREZ (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Crítica, 2013, y en E. GONZÁLEZ CALLEJA (coord.), *La primavera de 1936 en España. Dossier*, *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 48 (2013).

9 J. FONTANA, *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945,* Barcelona, Pasado & Presente, 2011, pp. 572, 613. Según Fontana, Pipes desconcertado por la desaparición del enemigo a combatir se ha dedicado a reemplazarlo por el del Estado de bienestar, manifestando su miedo ante el hecho de que "aunque la santidad de la propiedad ya no está amenazada por la hostilidad directa de comunistas y socialistas, puede ser minada por el Estado de bienestar", A. RYAN, "Please fence me in" (reseñando el libro de Pipes *Property and freedom*, Nueva York, Knopf, 1999), en *New York Review of Books*, 23 setembre 1999, p. 68.

10 F. ESPINOSA, *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 205-253, especialmente, p. 240. Dado el amplio desconocimiento de la importante obra del historiador Raimundo Cuesta (Fedicaria) entre los

Conviene advertir, sin embargo, que hasta ahora no han escaseado las críticas al grupo neorrevisionista.[11] Del mismo modo, si nos centramos en las revistas académicas anglosajonas (pese a que se afirme que se está en sintonía con "los mejores círculos internacionales"),[12] lo que domina es una versión muy poco benevolente,[13] lo contrario de lo que ocurre con los reseñantes españoles.[14]

El lector dispone, pues, de suficientes puntos de vista para formarse un juicio sobre los puntos débiles y fuertes de esta corriente en la que también hay disensos. Es bastante difícil establecer un debate abierto

contemporaneístas sugiero: "La normalización historiográfica y la pérdida de la inocencia. Reflexiones acerca de algunas tesis del historiador Santos Juliá", marzo 2015 (*online*).

11 Diversos comentarios críticos han aparecido en la reseña citada de Robledo en *Historia Agraria* y en Á. L. LÓPEZ VILLAVERDE, "De puños, violencias y holocaustos. Una crítica de las novedades historiográficas sobre la España republicana y la Guerra civil", *Vínculos de Historia*, 1 (2012), pp. 273-285, donde se da cuenta también de la polémica entre P. González Cuevas e I. Saz a propósito de la obra de Preston publicada en *Historia del Presente* (17-18, 2012). Esta publicación acogió también el debate entre F. Del Rey y F. Sánchez Pérez; este último reivindica el derecho a criticar "pero a ser posible, sin *palabras como puños*" y propone el calificativo de "neoconservadores" para los que aquí llamo neorrevisionistas (21, 2012, pp. 145-168). En la misma revista acaba de aparecer el debate entre G. Ranzato y J. L. Ledesma (22, 2013). Á. VIÑAS, "The endurance of Francoist myths in democratic Spain", *International Journal of Iberian Studies,* 25, 3 (2012), pp. 201-214, especialmente p. 205. Véanse también E. GONZÁLEZ CALLEJA, "La historiografía sobre la violencia…" y F. ESPINOSA, "La guerra en torno a la historia que ha de quedar", *Hispania Nova*, 11 (2013), y F. SÁNCHEZ PÉREZ (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Crítica, 2013, especialmente la introducción del coordinador y el capítulo de J. L. Ledesma. De este autor merece también leerse: "De prólogo a espacio de debate: la etapa del Frente Popular y la historiografía", en M. BALLARÍN y J. L. LEDESMA (coords.), *La República del Frente Popular: reformas, conflictos y conspiraciones,* Zaragoza, Fundación Rey del Corral de Investigaciones Marxistas, 2010, pp. 165-203.

12 F. DEL REY, "Presentación", en *dossier* de *Ayer*, 88, 4 (2012), p. 23.

13 G. ESENWEIN en *American Historical Review*, 116, 4, October 2011; S. PIERCE, *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*, 35 (2011); Ch. EALHAM, *Journal of Contemporary History,* 2013; A. QUIROGA en *European History Quarterly* (2013); R. STRADLING en *English Historical Review*, 530 (2013); M. SEIDMAN en *Contemporary European History,* 20.1 (2011). También carece de elogio ritual la reseña que hice de *Paisanos en lucha* en *Historia Agraria,* 53 (2011); en su réplica F. Del Rey se queja del tono "hiriente y displicente", interpretando la crítica, a mi juicio, como ataque personal.

14 Doy cuenta de esto en "De leyenda rosa…", art. cit.

como reclaman los historiadores neorrevisionistas.[15] El distinto enfoque y las adherencias políticas (por más que se apele a la ciencia y a la objetividad) contribuyen a ello. Mucho menos ayuda el ignorar la obra del otro. Este es un escollo que se evita en estas páginas, pues están basadas en la lectura de la mayor parte de la obra posrevisionista. No se oculta la orientación crítica, lo cual no quiere decir que no haya que tener en cuenta varias aportaciones de los nuevos revisionistas. Por otra parte, aunque no se comparta el enfoque, hay que agradecer una consecuencia involuntaria cual es la ocasión de poner a prueba los argumentos propios.[16] A continuación, se analizan cinco planteamientos de la historia neorrevisionista que juzgo más que discutibles.

1. Una historia *científica*

No es extraño que el historiador apele a la ciencia para combatir el mito o la propaganda. La búsqueda de la verdad, de la objetividad o el deseo de ser científicos son aspiraciones seculares que han abierto surcos diversos en el pensamiento filosófico. Lo que habrá que valorar es lo que hay detrás de los términos de *ciencia* y *objetividad*. En historia, la figura de Ranke, o la vulgarización de su obra, es lo que mejor define la "objetividad histórica" que para Novick no es sino "una colección irregular de supuestos, actitudes, aspiraciones y antipatías".[17] La influencia en España de la tradición rankeana no ha sido irrelevante. "Volver a Ranke" era "la mejor metodología de la historia de que pueda disponer

15 M. ÁLVAREZ TARDÍO, "¿Para cuándo un debate histórico sin prejuicios? A propósito de la reseña de Samuel Pierce sobre *El precio de la exclusión*. *La política durante la Segunda República*", *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*, 36 (2011); G. RANZATO, "¿Es posible un auténtico debate historiográfico sobre la historia de la Segunda República y de la guerra civil?", *Historia del Presente,* 22 (2013), p. 164.

16 Incluso Mazauric reconoce que la vehemencia de Furet contribuyó al progreso de sus mismas ideas y ayudó a profundizar en la reflexión entre la instancia política y la configuración de los conflictos sociales, C. MAZAURIC, *Jacobinisme et Révolution: autour du bicentenaire de quatre-vingt neuf*, París, Éditions Sociales, 1984, p. 66.

17 P. NOVICK, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997 [1.ª ed. en inglés 1988], tomo 1, pp. 11-12 y *passim*. "Decir de un trabajo de historia que es o no objetivo es hacer una observación *vacía*...", p. 17.

el historiador".[18] Después de 1989 creció la tendencia a buscar cobijo científico para resguardarse de las ideologías. Pero en vez de recuperar una extensa tradición afín al probabilismo del siglo XVII, recuperada por Keynes, a quien se rescató fue a Newton, cuando hasta en las ciencias duras como en la física se había aceptado ya el principio de la indeterminación por las interferencias del sujeto en el proceso de observación. Los conservadores se abrazaron al dogmatismo de Popper "por la forma de argumentar el ideario político-social", pero prescindieron de su epistemología en la que se hallan indicaciones valiosas sobre la inevitable incertidumbre de nuestros conocimientos. Igualmente se ignoró todo un campo de estudios sobre el caos y la complejidad o el hecho de que los científicos naturales hubieran apostado por la historicidad.[19]

No parece que los nuevos revisionistas compartan esta complejidad. Al contrario de L. Febvre o H. Arendt, que no creían que el historiador debiera escribir *sine ira et studio,* abundan las referencias a que ellos estudian con "distanciamiento y frialdad académicos, guiados por el mero afán del conocimiento científico", y buscan "objetivos estrictamente académicos que persiguen el conocimiento en sí mismo", "sin servidumbres ideológicas" y polémicas presentistas de la "historia de combate", que está "al servicio de objetivos inconfesables o abiertamente espurios", mientras que ellos se mueven "por afanes puramente científicos", con distanciamiento, "al margen de juicios morales y apegándose a los hechos y a la cronología".[20] Al fin y al cabo, las fuentes

18 J. P. FUSI, "Por una nueva historia: volver a Ranke", *Perspectiva Contemporánea. España Siglo XX*, 1, 1 (octubre 1988), p. 154. Veinticinco años después Fusi reivindica de nuevo a Ranke como modelo al hablar de objetividad en *ABC,* 7 de octubre de 2012, p. 68.

19 Probabilismo y Keynes en F. GÓMEZ CAMACHO, "El pensamiento económico de la Escolástica española a la Ilustración escocesa", en F. GÓMEZ CAMACHO y R. ROBLEDO (eds.), *El pensamiento económico en la Escuela de Salamanca: una visión multidisciplinar*, Salamanca, Fundación Duques de Soria y Universidad de Salamanca, 1998, pp. 205-239, p. 228; W. HEISENBERG, *La imagen de la naturaleza en la física actual,* Barcelona, Seix Barral, 1969. Lo de Popper en F. FERNÁNDEZ BUEY, *La ilusión del método. Ideas para un racionalismo bien temperado*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 48. Fontana criticó hace tiempo la "fosilización científica" (J. FONTANA, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social,* Barcelona, Crítica, 1982, p. 261), lo que sirve a F. Del Rey para arremeter contra él en defensa de Santos Juliá, "Controversias", *Historia Social*, 72 (2012), p. 165.

20 F. DEL REY, "Controversias", p. 160; *El laberinto…, op. cit.*, p. 307; *Paisanos en lucha…, op. cit*. Aunque se ha matizado luego por Álvarez Tardío y Del Rey que

están ahí y "el material acabará hablándole y proporcionándole las respuestas".[21]

Existe otro ejemplo, que me veo obligado a citar de nuevo porque refleja a la perfección el contagio del cientifismo. Para demostrar que el caso de la Falange sevillana, más bien propia de desarrapados que de señoritos, es generalizable a toda España, se argumenta de la siguiente forma: "de la misma manera que es innecesario viajar por todo el planeta para demostrar que la Ley de la Gravitación Universal se cumple en cualquier parte", "las nuevas líneas del caso sevillano se cumplen en toda España, salvo con alguna cautela en Navarra". Pero, desgraciadamente, Newton no se cumple en varios lugares.[22] Creo que estos testimonios, sobre todo el último, manifiestan la pervivencia de la visión mecanicista que, influenciada por Newton, contagió los primeros presupuestos del sistema político en el siglo XVII y, luego, al *sistema económico* como un microcosmos dentro del cosmos político.[23]

En efecto, la seducción de la física clásica ha sido un contagio universal. Si en la economía se suele ensalzar la economía positiva (los hechos) frente a la prescriptiva (los valores), en la historia ocurre algo parecido. Ideología y ciencia se contraponen reservando aquella para la historia *militante*. Así se afirma que existe "una ofensiva, en apariencia científica aunque con no pocas implicaciones ideológicas implícitas, para vincular la llamada "memoria de la democracia" con la España in-

la "pretensión objetivista resulta imposible" (*El laberinto republicano…, op. cit.*, p. 26), creo que el ideal del cientifismo sigue bastante en pie cuando se mantiene que ellos no están atados por "servidumbres ideológicas". La reseña de Ealham se hace eco crítico de la "objetividad".

21 M. ÁLVAREZ TARDÍO y R. VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión…, op. cit.*, citando a B. Tuchman.

22 J. A. PAREJO FERNÁNDEZ, "La mutación falangista (1934-1936)", en *El laberinto republicano…, op. cit.*, p. 244. En efecto, Newton no parece cumplirse en Salamanca como demuestran las investigaciones de Ángel Iglesias: los afiliados a Falange fueron hijos de familias poderosas, profesiones liberales, directores de banco, familiares de militares y eclesiásticos, etc. Después, en toda la zona, llegaron los oportunistas y miedosos, más numerosos obviamente que los primeros. Tampoco se cumple en Galicia como han demostrado Núñez Xeixas, Souto y otros, según se resume en A. CABANA, *La derrota de lo épico*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2013, pp. 255-260.

23 J. M. NAREDO, *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas de pensamiento económico,* Madrid, Siglo XXI, 1987, p. 68.

mediatamente anterior a 1936".[24] No se explica por qué no es científico acudir al precedente republicano y, sin embargo, carece de implicaciones ideológicas el creer que el franquismo ayudó a la democracia como ha defendido Álvarez Tardío.[25]

Como los "memorialistas de turno" y los hagiógrafos de la República son los que están contagiados por la ideología,[26] estamos asistiendo en España, salvando muchas distancias, al debate que tuvo lugar en Estados Unidos a partir de 1930 entre las llamadas ciencia libre y ciencia autoritaria: la ciencia de Occidente era autónoma, empírica y objetiva; mientras que la de los totalitarios estaba subordinado al Estado, era "ideológica y tendenciosa".[27]

2. Una historia rigurosa

Hacer "historia académica con objetivos puramente intelectuales" para no doblegarse "ante los que esgrimen la historia como arma de combate"[28] no está reñida con una mayor rigurosidad que se ve comprometida si el historiador se cierra a las investigaciones de otros autores, utiliza la doble vara de medir o las fuentes inadecuadas y abusa de extrapolaciones. Cada uno de estos aspectos es comentado a continuación.

Escasa o nula atención a otras investigaciones. Por sistema, los nuevos revisionistas, además de discrepar de los historiadores estructuralistas, neorrepublicanos o como quiera llamárseles, los ignoran. Hay autores 'infumables' y, supuestamente, tan sectarios que da la impresión de que hay que ocultar su nombre cuando no queda más remedio

24 M. ÁLVAREZ TARDÍO y F. DEL REY REGUILLO (eds.), *El laberinto republicano…*, *op. cit.*, p. 11.

25 "Aunque el franquismo no puso conscientemente las bases de la democracia, su evolución interna, sus políticas e incluso su legislación, amén del desarrollo económico del país, propiciaron cambios que resultarían decisivos durante la transición", M. ÁLVAREZ TARDÍO, "España hoy, una democracia consolidada", *Revista Hispano Cubana,* 11 (2001), p. 53.

26 Lo acaba de decir Ranzato sin tapujos: la "buena" interpretación se hace desde el "juicio sereno" mientras que la historia militante estaría ofuscada por los prejuicios de la "verdad" (*Historia del Presente*, 23 [2013]).

27 P. NOVICK, *Ese noble sueño…*, *op. cit.*, tomo II, p. 357.

28 F. DEL REY, "Reflexiones sobre la violencia…", art. cit.

que citarlos.[29] La ignorancia voluntaria tiene sus costes y beneficios. De momento se ahorra la lectura de muchos miles de páginas si se parte de la presunción de que "el otro" no me va aportar nada. El punto clave de la tesis neorrevisionista es octubre del 34: no empezó la Guerra Civil, pero condensó lo que significaba la intransigencia socialista. Ahora bien, ¿solo vale la idea del ardor guerrero de los socialistas para llevar a cabo la revolución después de lo escrito sobre las provocaciones de Salazar Alonso?[30] Respecto al otro momento caliente, la primavera de 1936, ocurre algo parecido. Si lo que se pretende es, como se proclama, "conocer lo que pasó" sin prejuicios, no parece que sea muy científico hacer generalmente caso omiso de investigaciones que han demostrado algo muy distinto a una revolución en ciernes, incluso en la región que concentró el mayor número de acciones que pusieron en cuestión una concepción rígida del derecho de propiedad privada de la tierra.[31] La verdad es que de la otra revolución que se estaba preparando desde hacía meses o incluso años, con costes incalculables,[32] más de un neorrevisionista mira hacia otro lado o, simplemente, asocia el golpe militar con el desgobierno del Frente Popular. ¿Alguien se imagina escribir *científicamente* sobre la CEDA prescindiendo de sus orígenes, el surgimiento del Bloque Agrario, o de la violencia política sin tener en cuenta cómo

29 *Violencia roja y azul* editado por F. Espinosa, como si fuera algo vergonzante, pasa a ser de AA. VV., F. DEL REY, "Presentación" en *Ayer,* 88, 4 (2012), nota 12.

30 P. PRESTON, *El holocausto español,* Barcelona, Debate, 2011, pp. 120-131. Sobre la gestión represora de Salazar Alonso, E. GONZÁLEZ CALLEJA, *En nombre de la autoridad. La defensa del orden público durante la Segunda República española*, Granada, Comares, 2014, pp. 227-241.

31 F. ESPINOSA, *La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la guerra civil (marzo-julio de 1936*), Barcelona, Crítica, 2007; S. RIESCO, *La lucha por la tierra. Reformismo agrario y cuestión yuntera en la provincia de Cáceres, 1907-1940*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006. Diversas precisiones a tener en cuenta sobre la violencia del periodo del Frente Popular en R. CRUZ, *En el nombre del pueblo. República, revolución y guerra en 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006; F. SÁNCHEZ PÉREZ (coord.), *Los mitos del 18 de julio…, op. cit.*, y en E. GONZÁLEZ CALLEJA (coord.), *La primavera de 1936 en España…, op. cit*.

32 "Una revuelta popular es la pesadilla constante de los líderes de la derecha española, conscientes de la injusticia de su gobierno, pero sería difícil alegar que el 'clima de anarquía' que el caudillo católico veía por todas partes en la primavera de 1936 fuese peor que la guerra civil y los cuarenta años de franquismo", H. R. SOUTHWORTH, *El lavado de cerebro de Francisco Franco*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 179; Á. VIÑAS, *La conspiración del General Franco,* Barcelona, Crítica, 2012, pp. 119-140.

se gestó la represión en la retaguardia en lugares como Zamora, Salamanca, Granada o La Rioja?

Dos libros colectivos y un *dossier* en una revista académica, además de decenas de trabajos, han publicado los nuevos revisionistas en los últimos años sin hacer mención alguna a varias investigaciones sobre Castilla-León, Extremadura, Andalucía, etc. Dar cuenta de estas ausencias es imposible. Indicaré solo cómo se resiente la objetividad académica al prescindir de esas publicaciones, pues hechos y problemas quedan desfigurados.

Pondré solo un ejemplo respecto a los hechos, el de los sucesos de Hornachos con motivo de las elecciones municipales de abril de 1933. Según Villa García los socialistas "tirotearon a la Guardia Civil", mataron a una mujer e hirieron a dos agentes de la Guardia Civil que se vio obligada a disparar causando tres víctimas y varios heridos.[33] Algo distinta es la versión de una manifestación numerosa, presidida por el alcalde de Zafra, protestando por la compra de votos que hacía la "Coalición Antimarxista". La llegada de la Guardia Civil para imponer el orden en el colegio electoral fue saludada con insultos y piedras, una de las cuales hirió a un guardia; inmediatamente la Guardia Civil hizo la descarga matando a cuatro hombres. Repetidas las elecciones, ganaron las derechas.[34]

33 R. VILLA GARCÍA, "'Burgos podridos' y democratización. Las elecciones municipales de 1933", *Hispania,* 240 (2012), p. 164.

34 F. ESPINOSA, *La primavera…*, *op. cit.*, p. 57. El asesinato de la mujer se produjo en la desbandada para huir de la masacre, según *El Sol*, 26 de abril de 1933, que cuenta lo de los votos. R. Villa cita el legajo de Gobernación (serie A, leg. 31, exp. 1) afirmando que su versión fue la del Gobierno –"con tres ministros socialistas"–, pero eso no se deduce de la fuente consultada, salvo que se fíe solo del telegrama del mando de la Guardia Civil al ministro (el día 24) y no de la versión de la federación socialista acusando a Salazar Alonso de las provocaciones y de la actuación desmedida de la Guardia Civil. Las órdenes del gobernador general Peña Novo para que la Guardia Civil no se extralimitara nunca llegaron a Hornachos, *El Socialista,* 25 de abril de 1933. Según la interpelación de Vidarte, inicialmente se nombró un juez especial "pero a los pocos días empezó a instruir el sumario un capitán de la Guardia Civil", *DSSC*, 18 de mayo de 1933, p. 12191. Un resumen de los hechos en J. M.ª LAMA, *La amargura de la memoria: República y guerra en Zafra (1931-1936)*, Badajoz, Diputación de Badajoz, 2005, pp. 146-149. Es habitual que cuando la Guardia Civil disparaba ante una manifestación, por más festiva que fuera, el gobernador dijera al ministro que del grupo de obreros salió un disparo. *Vid*. el crimen de Palacios Rubios, en R. ROBLEDO, *Esta salvaje pesadilla*. *Salamanca en la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2007.

En cuanto a los problemas veamos cómo se ha abordado recientemente el de la violencia anticlerical en los meses anteriores a la guerra; según sus autores tuvo una magnitud mayor de lo que se creía y contó, como poco, con la ambigüedad de las autoridades locales.[35] Un defecto que percibe este crítico es el de presentar esas acciones partiendo de un universo vacío como si la acción anticlerical no tuviera connotaciones de clase o, si molesta el término, sociales. Las investigaciones locales dan una versión mucho más matizada o desmienten la de esos autores. La mayoría de los sucesos atribuidos a socialistas en realidad fueron de los anarquistas, algo que no servía a la prensa derechista ni a Calvo Sotelo, que no tenía oposición anarquista en el Congreso a la que combatir. Pero, sobre todo, no se tiene en cuenta que en más de un suceso la acción anticlerical no era un ataque premeditado, sino la respuesta a la provocación.[36]

La doble vara de medir. El tema de la CEDA es clave para la tesis revisionista, pues la forma legal con la que actuó siempre, según su versión, se contrapone al comportamiento "revolucionario" de los socialistas, especialmente por su implicación en octubre de 1934. La CEDA fue semileal, pero quien "rompió la baraja" fue la izquierda socialista y republicana.[37] Los revisionistas no ignoran la radicalidad de la que hacía gala la CEDA, pero son mucho más complacientes cuando afirman que "el recurso a la mentira [y] el radicalismo del lenguaje", son aspectos "que no están reñidos con las democracias competitivas, donde también abunda la demagogia".[38] Entonces, ¿por qué no aceptar también que Largo Caballero más de una vez fue también un demagogo?

35 M. ÁLVAREZ TARDÍO y R. VILLA GARCÍA, "El impacto de la violencia anticlerical en la primavera de 1936 y la respuesta de las autoridades", *Hispania Sacra*, LXV, 132 (julio-diciembre 2013), pp. 683-764.

36 Desde el lanzamiento de octavillas en el Centro Obrero con amenazas para sus miembros (Cantillana) hasta el fraile disfrazado de electricista para boicotear un mitin (Zafra) o el intento del hermano del cura de prender fuego a la iglesia (El Saucejo). Por último, gracias al alcalde socialista de Zafra se pudo evitar que la violencia fuera a más, algo que reconocieron las monjas más que el señor obispo, J. M.ª LAMA, *La amargura de la memoria…*, *op. cit.*, pp. 193-203; F. ROMERO, *La Cultura y la Revolución: República y Guerra Civil en Prado del Rey*, Sevilla, Aconcagua, 2011. Agradezco a Jose M.ª García Márquez sus comentarios.

37 M. ÁLVAREZ TARDÍO, biografía de Gil Robles, en *Diccionario biográfico español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009, tomo XXII, pp. 831-832.

38 M. ÁLVAREZ TARDÍO, "La CEDA y la democracia republicana", *Palabras como puños…*, *op. cit.*, p. 357. El contexto de la cita es una réplica a J. R. Montero para

Se afirma que "la CEDA nunca vulneró de forma expresa la legalidad", mientras que los socialistas, ni siquiera la corriente más moderada y democrática, jamás "se desprendieron del todo de su horizonte revolucionario y de su deseo de trascender la democracia para llegar a constituir una sociedad socialista ajena a todo pluralismo político".[39] Al margen de la tentación pretoriana de la CEDA en octubre de 1934, diciembre de 1935 o febrero de 1936,[40] está claro que no se considera ilegal el incumplimiento de la legislación sociolaboral de la República ni que los amigos íntimos de Gil Robles visitaran por ello la cárcel de Salamanca en 1932. También se afirma que fueron muchísimo más perseguidas las derechas en el primer bienio que los socialistas en el segundo pues estos magnificaron los agravios; luego, durante el gobierno del Frente Popular, los militantes de la CEDA fueron "sujetos pacientes de las violencias de sus adversarios".[41]

Para *centrar* políticamente al partido de Gil Robles, hay que salvar el escollo de la CEDA y el fascismo. Es cierto, dice Álvarez Tardío, que había algunos motivos para que las izquierdas se preocuparan por el peligro del fascismo en España. Resulta forzado, por decirlo suavemente, el modo en que ese peligro se diluye: "Pero la percepción que tuvieran de lo que estaba ocurriendo no quiere decir que eso estuviera ocurriendo de verdad".[42] Detrás del retruécano casi filosófico se esconde de nuevo un doble rasero, pues el mismo argumento podría valer para aquellos de derechas que creían que los socialistas querían hacer la revolución: su percepción no tenía por qué ser verídica. Además, a continuación, se critica a los historiadores por hacer caso a aquellas suposiciones, pues

demostrar que el problema no era la radicalidad del lenguaje durante la campaña revisionista, sino que tal campaña ponía en evidencia la legitimidad de las reglas de juego de la democracia republicana.

39 F. DEL REY REGUILLO, "Reflexiones sobre la violencia política...", art. cit., en D. PALACIOS y M. GUTIÉRREZ, *Conflicto político..., op. cit.*, p. 57. Planteamiento similar, con redacción confusa, en *El precio de la exclusión*: el "acoso no fue producto de una acción ilegal por parte de los conservadores", mientras que el acoso de la izquierda "se convertiría en el motor de la sublevación de julio de 1936".

40 E. GONZÁLEZ CALLEJA, "La radicalización de las derechas", en *Los mitos del 18 de julio*, *op. cit.*, p. 227.

41 F. DEL REY, *Paisanos en lucha..., op. cit.*, p. 399; "Socialismo y democracia...", art. cit., p. 45. La investigación más consistente sobre la defensa del orden público demuestra lo contrario, E. GONZÁLEZ CALLEJA, *En nombre de la autoridad..., op. cit.*, especialmente capítulo 6.

42 M. ÁLVAREZ TARDÍO y F. DEL REY (eds.), *El laberinto republicano..., op. cit.*, p. 139.

"no parece muy científico mirar a la CEDA con los ojos de quienes eran sus adversarios en 1934, es decir, con el prisma del antifascismo". No podemos detenernos en este asunto,[43] pero supongo que es algo más que una anécdota que fuera Goebbels el encargado de avisar a Gil Robles, que asistía en 1933 al Congreso Nacionalsocialista de Nuremberg, de la caída de Azaña y de prepararle el retorno a España.[44]

Se podrían mostrar más ejemplos, pero me parece que son suficientes indicios de que las aspiraciones científicas esconden a menudo prejuicios ideológicos como el de la conciencia de cierta superioridad moral de la derecha conservadora durante la República. Ya se sabe, la CEDA pudo ser tibia con la República, pero la baraja la rompieron las izquierdas…

Sobre la utilización de algunas fuentes. Una gran parte de la argumentación revisionista descansa en el discurso, aunque no exista un análisis lingüístico, conceptual, contextual o la simple cautela del cambio de la semántica política a lo largo de la historia. A veces bastan uno o dos *titulares* de *El Socialista* con proclamas de un mitin de Largo Caballero para certificar el estatus revolucionario de los socialistas.[45] O fragmentos de las memorias de Azaña, obviando que hay otros en sentido contrario. Abunda el recurso de las fuentes secundarias, aunque también es cierto que se utilizan fondos documentales como los de Gobernación del AHN, si bien, como veremos con resultados más que discutibles.

En cuanto a las fuentes, si son hemerográficas, siempre es conveniente utilizarlas con mucha cautela y no de forma sesgada. No es el *ABC* la mejor fuente para estudiar el anticlericalismo republicano (como

43 Véanse, entre otras, las observaciones de I. SAZ, "Va de revisionismo", *Historia del Presente*, 17 (2011). E. GONZÁLEZ CALLEJA, "La radicalización de las derechas", cap. cit. p. 226. Sobre la relevancia excepcional del antifascismo en los años treinta (más allá del simplismo de Furet) y la impotencia del liberalismo y el conservadurismo para frenar el fascismo, E. TRAVERSO, "Antifascism Between Collective Memory and Historical Revisions" (texto inédito que agradezco al autor).

44 "La caída del Gobierno Azaña, que motivó la disolución de las Cortes poco tiempo después, me fue comunicada telefónicamente por Goebbels, media hora después de conocerse en Madrid…", J. M.ª GIL ROBLES, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 93.

45 Un ejemplo en M. ÁLVAREZ TARDÍO, "Los fantasmas de la izquierda", *La Ilustración liberal*, 3 (julio-septiembre 1999). Crítica del libro de S. CARRILLO, *La Segunda República. Recuerdos y reflexiones. El testimonio de un protagonista de primera mano* (1999).

se ha hecho para documentar acciones en algunos pueblos), igual que no lo sería *La Razón* de 2014 para analizar con algo de objetividad la huelga del 22M. Si se utiliza *El Sol* como periódico liberal para apoyar la violencia del Frente Popular,[46] lo correcto sería dar cuenta de editoriales y otras informaciones que van en sentido contrario. *El Sol* critica al Gobierno, pero prevalece el apoyo al Frente Popular y a la necesidad de desarrollar su programa. La reforma agraria sobre todo. Incluso las criticadas ocupaciones de fincas sirvieron para verlas como la realización de un proceso iniciado en 1766, en un reportaje que firmó Vergara Doncel el 15 de abril de 1936. Claro que había desórdenes públicos, pero para *El Sol* eran la expresión del incumplimiento de las reformas, como se expuso en la crítica a Ventosa Calvell:

> hay que facilitar la acción de este Gobierno en el desarrollo del programa del Frente Popular que es la política económica indispensable de la hora presente. [...] Sin esto no habrá orden público. Y sin orden público toda la teoría económica se vendrá al suelo.[47]

Finalmente, cabe indicar el peligro de las extrapolaciones al que me he referido en otra ocasión. Parece más que una exageración el que las elecciones de mayo de 1936 en Granada (menos del 2% de los distritos electorales) sirvan para argumentar el "brusco retroceso en el proceso de modernización política comenzado en el último cuarto del siglo XIX" en toda España.[48] En resumen, sin pretender descalificar cada una de las

46 Varias citas de *El Sol* sustentan el relato, en mi opinión, bastante catastrofista del periodo del Frente Popular, F. DEL REY, *Paisanos en lucha..., op. cit.*, pp. 250-260. Como ya expuse en mi reseña, aunque uno discrepe de sus hipótesis, el libro de *Paisanos* destaca por su documentación y las entrevistas orales. Añado ahora una precisión: tengo la impresión, salvo error, de que M.ª Espino Prieto Enríquez de Salamanca, M.ª Salcedo Martín-Albo y tantos otros entrevistados no son la voz de los "desheredados". Ganarían más credibilidad, o se comprenderían mejor, si conociéramos a qué partido pertenecen (o qué solían votar) los entrevistados –como hizo R. Fraser en sus "militancias"-, la profesión o sus propiedades.

47 "Orden público y política económica", *El Sol*, 24 de mayo de 1936. En el mismo sentido, véase también la editorial "En defensa de la economía nacional", 26 de mayo de 1936. Apoyo al Frente Popular y a la necesidad de desarrollar la reforma agraria en el editorial del 19 mayo de 1936. "Las izquierdas republicanas están haciendo honor a sus promesas, cumpliéndolas con noble lealtad y sin vacilaciones", *El Sol*, 20 de mayo de 1936.

48 M. ÁLVAREZ TARDÍO y R. VILLA GARCÍA, *El precio..., op. cit.*, p. 283. "Las elecciones del 3 de mayo de 1936, [...] supusieron una clara ruptura de modernización democrática en Granada y, por extensión, en España". ¿Por qué un solo caso es extensible a toda España?

aportaciones, lo que domina es una visión científica estrecha con una metodología que adolece a menudo de escasa rigurosidad.

3. La historia judicializada: más culpables fueron las izquierdas

El combate contra la supuesta mitificación de la Segunda República se hace desde diversos flancos; desde el más duro y extra académico se llega hasta poner a la derecha como salvadora del régimen.[49] Otras perspectivas menos agresivas optan por ignorar o minusvalorar el empeño de los conservadores en socavar las bases de la República por activa o por pasiva y los consiguientes efectos corrosivos,[50] mientras se cargan las tintas sobre la violencia del régimen republicano en general (practicando la *equiviolencia*) o se culpabiliza principalmente a las izquierdas de su desencadenamiento. El ejercicio desmitificador se completa con la revalorización de las fuerzas de orden público, en especial de la Guardia Civil. Son estos aspectos en los que me centraré a continuación.

En el año 2005 Payne, sin referencias contrastables, computó un mínimo de 2255 casos de "asesinatos políticos" entre 1931 y 1936 que Del Rey elevó a 2500-3500 víctimas, cifra esta última sujeta a comprobaciones.[51] En realidad, el problema no es tanto estadístico como epistemológico. Si se concentra el principal punto de mira en la ruptura del orden (sin valorar ahora qué significaba el "orden" antes de 1931), quedan desfigurados otros logros del régimen como la política social y educativa. Pero ¿se puede homogeneizar la violencia con unos guarismos? ¿Cómo se distingue la violencia del hambriento –término nada retórico en la España de los años treinta– de la de quien tiene todo el poder, incluido el del orden público?[52]

49 "Si en octubre no cayó la República, fue debido a la actitud moderada y legalista de la derecha", Pío MOA, "Socialistas, comunistas y anarquistas ante la República", *Aportes*, 78 (2012), I, pp. 22-34 (monográfico *La Izquierda contra la República: la revolución de Octubre de 1934*).

50 Es lo que han señalado las reseñas de *El precio de la exclusión* efectuadas por Seidman, Pierce y Eisenwein.

51 S. G. PAYNE, *El colapso…*, *op. cit.*, p. 536.

52 Estas y otras apreciaciones en R. ROBLEDO, "Sobre la *equiviolencia*", *Historia Agraria,* 54 (2011), pp. 244-246.

Con el foco en el desorden republicano (sin reparar si son consecuencia de objetivos como el de corregir la desigualdad de la renta), el siguiente paso consiste en *judicializar la historia*. Se trata de imputar a las izquierdas la mayor responsabilidad de la violencia según varios estudios electorales.[53] El análisis de unos 200 actos violentos de la campaña de 1933 lleva a la conclusión de que tres cuartas partes fueron obra de las izquierdas obreras frente apenas el 3% de la CEDA. A la hora de preguntarse quiénes fueron los autores de las agresiones sufridas por los socialistas, no aparecen las fuerzas conservadoras sino los anarquistas y lerrouxistas. Y cuando se establece la cartografía de esta violencia electoral no hace más que reafirmarse la tesis de la asimetría de la violencia izquierdista: en las provincias dominadas por los partidos del centro derecha hubo mucha menos tensión que en doce provincias –Alicante, Badajoz, Barcelona, Córdoba, Granada, Madrid, Málaga, Murcia, Sevilla, Toledo, Valencia y Vizcaya– que concentraron el 70% de los incidentes violentos. Ya se sabe, las derechas son más celosas del orden público y de la legalidad, parece que se nos está aleccionando; pero también es un indicador del desarrollo industrial y/o del movimiento sindical que por sí mismo no parecen condenables, igual que de entrada tampoco es más encomiable el comportamiento de las provincias más "pacíficas", que, por cierto, coinciden básicamente con las que apoyaron el golpe del 18 de julio.[54] Argumentos, pues, como poco, dudosos, que en parte están condicionados por la representatividad de la muestra. Hay que tener en cuenta que se trata de los fondos de Gobernación del AHN, muestra parcial, pues durante la República los conflictos sociales violentos en los que intervenía la fuerza armada se sujetaban a la jurisdicción militar.

Cuando se analizan las elecciones de 1936, cambia algo el panorama de la violencia por la implicación de las derechas, pero no la intencionalidad. No se puede negar que hubo más víctimas en la izquierda, pero en un alto porcentaje de casos fue su responsabilidad por haber iniciado

53 Me baso en R. VILLA GARCÍA, "Violencia en democracia: Las elecciones republicanas en perspectiva comparada", *Historia y Política*, 29 (2013), pp. 247-267 y "Political Violence in the Spanish Elections of November 1933", *Journal of Contemporary History,* 48(3) (2013), pp. 446-462; M. ÁLVAREZ TARDÍO, "The Impact of Political Violence during the Spanish General Election of 1936", *Journal of Contemporary History,* 48(3) (2013), pp. 463-485; M. ÁLVAREZ TARDÍO y R. VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión…*, *op. cit*.

54 Véanse los mapas en R. VILLA GARCÍA, "Political Violence in the Spanish Elections…", art. cit.

primero la violencia; además, causaron el doble número de muertes que la derecha, algo que los estudios de R. Cruz y E. González Calleja desmienten. Según la argumentación neorrevisionista, las fuerzas de orden público se comportaron casi de forma inmaculada: en nueve de los diez casos de muertes por la policía y la Guardia Civil hubo antes una agresión de la víctima o sus amigos. En cuanto a la violencia política, la "evidencia" indica que fueron los izquierdistas (socialistas y comunistas en dos de cada tres casos cuya autoría es conocida) los más activos en usar la violencia para impedir la actuación de sus oponentes, mientras que la mayor parte de los miembros de la CEDA siguieron el consejo de su líder de no hacer de la violencia el *leit motiv* de su estrategia.[55]

Esto por lo que se refiere a la primera vuelta de las elecciones porque cuando llega la segunda vuelta, a través del peculiar análisis que se efectúa del caso granadino, lo que se trata de demostrar es el fraude electoral ("cuando las urnas no cuentan") que dio el triunfo a las izquierdas con el fin "de destruir las organizaciones de la oposición [e] impedir un cambio de gobierno". Causa cierto estupor después de lo investigado por Mario López y Gil Bracero que se pase prácticamente por alto el panorama de agresiones que provocó la movilización popular en pro de la repetición de las elecciones y, antes, los pucherazos de 1933. El historiador se ha olvidado de los antecedentes. Es más, estos autores neorrevisionistas llegan a insinuar que las izquierdas tuvieron más garantías de la cuenta, pues podría habérseles prohibido el derecho al voto por su comportamiento en octubre del 34 (sic).[56] De generalizarse esta apreciación al resto de núcleos que secundaron la revolución de octubre, seguro que cambiaría la historiografía española del triunfo del Frente Popular.

La tesis de la mayor intransigencia y culpabilidad de la izquierda es una constante del grupo, se centre en las elecciones o no. Es posible que haya que replantearse miradas excesivamente benévolas de la República, pero la tesis, como acabamos de ver, se sostiene en un concepto estrecho de legalidad y de la responsabilidad jurídica: lo decisivo es

55 M. ÁLVAREZ TARDÍO, "The impact of violence…", art. cit., p. 484.

56 "Pudieron participar en un proceso electoral democrático después de haber tomado parte activa, o respaldado de alguna forma, el levantamiento revolucionario de octubre de 1934", *El precio de la exclusión…, op. cit.*, p. 282.

quién lanzó la primera piedra dicen Álvarez Tardío y Villa García; en el suceso sangriento de Castellar de Santiago (que acabó con la muerte de tres militantes socialistas y uno de los agresores), la colisión la iniciaron los socialistas;[57] la Falange respondió primero a las agresiones izquierdistas; en Hornachos la Guardia Civil causó varios muertos pero antes, supuestamente, dispararon los socialistas; en Arnedo aún no sabemos "quién inició el incidente", etc.[58] Con esta perspectiva el revisionista se aproxima a la función de un juez de instrucción (bastante parcial), mientras prescinde de las herramientas del oficio de historiador. No interesa tanto comprender el porqué de las acciones de los grupos humanos, sino el dictar sentencia a su modo. Si se me permite la ironía, la historia de la Segunda República o más bien de la legalidad republicana se ha convertido en un torneo de tres partidos en el que las derechas ganan por 2-1. El único momento en el que la mayoría de los neorrevisionistas alteran el método es a la hora de enjuiciar el 18 de julio: entonces no se acude a "quién disparó la primera piedra", sino a los precedentes violentos que justifican el golpe.

Desde este enfoque reduccionista de la legalidad no es posible plantearse la tensión entre derecho y política, es decir, el problema de cuándo se quiebra la legalidad y empieza la legitimidad. El horizonte histórico se hace plano y el que la hace la paga. Entiendo, por el contrario, que el acto de violencia es una secuencia de acontecimientos en los que puede intervenir, además de una desigualdad abismal de condiciones, la provocación o el incumplimiento de la legislación laboral (como ocurrió en Castilblanco o en Castellar de Santiago). Ninguno de estos antecedentes suele tenerse en cuenta. El revisionista se fija en el extremo final de esa cadena, bien sea la presencia de una escopeta de caza o el insulto a la Guardia Civil –suficiente para tipificarlo como delito y aplicar la justicia militar– para dictar la sentencia condenatoria. Se pasa por alto, por ejemplo, que la invasión de fincas, los robos de leña, etc., fueron a menudo la respuesta a la usurpación (ilegal) de los comunales donde se había asentado la propiedad privada y exclusiva. De la extensa investigación en historia agraria que ha documentado estos hechos hace tiempo, nada se dice. Solo parece funcionar el lema de *Dura lex sed lex*.

57 F. DEL REY, *Palabras…*, *op. cit.*, pp. 197-199.

58 F. DEL REY, "Reflexiones sobre la violencia", art. cit., p. 39, nota 25.

En consecuencia, la consideración que se merecen las fuerzas de orden público, en especial de la Guardia Civil, es extraordinariamente benevolente. La Guardia Civil no era hostil a los obreros o a la izquierda ni era instrumento de los propietarios conservadores, dicen los neorrevisionistas. La tesis podría tomarse en consideración si a la llegada de la República el citado cuerpo se hubiera empapado de los nuevos valores republicanos dejando atrás casi un siglo en el que el "todo por la patria" se interpretaba como la patria de los grandes propietarios o de las compañías mineras.[59] Pero la figura del Guardia Civil siguió siendo en la República "el terror de toda la España pobre".[60] Y después de los sucesos de Castilblanco y Arnedo, hasta en un periódico donde escribía Ortega creía que se estaba viviendo en un "Estado peligroso" por convertir a la Guardia Civil en un "cuerpo de barrenderos del orden público" dispuesto a enfrentarse a la más mínima aglomeración de huelguistas.[61] No podemos detenernos en este tema,[62] pero sí añadir que los neorrevisionistas, junto a la restrictiva concepción de la legalidad y la violencia antes expuesta, hacen caso omiso de la ley de fugas, como ocurrió en los sucesos del Parque de María Luisa nada más estrenarse la República, o del arma de las provocaciones (en lo que Salazar Alonso fue un maestro). Finalmente, el argumento de que la Guardia Civil únicamente cumplía órdenes de los gobernadores civiles "para reprimir con la ley en la

59 Esa fue su principal función desde sus orígenes. La libertad de trabajo, que la República limitó, no podía lograrse sin la coerción de la Guardia Civil. Respecto a las minas, valga el ejemplo de la compañía que, antes de que el ministro de la Gobernación lo aprobara, construyó por su cuenta el cuartel "desde donde se puede acudir con más prontitud a reprimir cualquier alteración del orden público", A. COHEN, *El Marquesado del Zenete. Tierra de minas*, prólogo de P. Vilar, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1987, pp. 277-278, 467. Un ejemplo de desprecio a las nuevas autoridades y de respeto a los monárquicos, F. J. GARCÍA CARRERO, "Manuel Gómez Cantos, un mando de la Guardia Civil entre el deshonor y la represión", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 11 (2012), pp. 255-276.

60 Un cuadro convincente no exento de dramatismo, el de I. EHRENBURG, *España, república de trabajadores*, Madrid, Cenit, 1932, pp. 133-137. El capítulo, hasta febrero de 2015 no se ha reeditado (Crítica), concluye de forma premonitoria: "De cuando en cuando los 40 000 hombres del tricornio disparan. Están preparándose para el magnífico espectáculo de un buen fusilamiento general".

61 *La Luz,* 7 de enero de 1932.

62 E. GONZÁLEZ CALLEJA, *En nombre de la autoridad*, entre otros capítulos el 3, y *passim*, pues se ofrecen cifras más consistentes sobre la violencia que las expuestas por los neorrevisionistas.

mano lo que eran auténticos desmanes [porque] defender la propiedad privada era su obligación",[63] se parece más a la justificación oficial después de algún acto violento que a un análisis de historia social sobre la acción colectiva.

4. La insoportable gravedad de la historia estructural: la reforma agraria[64]

Son frecuentes las críticas que reciben las explicaciones basadas en los factores estructurales donde, según los nuevos revisionistas, se camuflan nada menos que las responsabilidades concretas de los protagonistas que se distinguieron por sus reivindicaciones sociales. La denominación de "historia estructural" resulta bastante imprecisa. Quiero creer que el juicio negativo, que yo compartiría, se basa en la interpretación simplista de que la economía determina mecánicamente la conciencia, correlación que no sé si alguien defiende hoy.[65] Pero hay algo más cuando se pide poner en primer plano los factores políticos y relegar o excluir los factores "estructurales" especialmente cuando las críticas se acompañan de la etiqueta de "marxismo clásico" o similar, por ejemplo, "historia estructural *y de clase*".[66] Hoy está ocurriendo lo mismo a propósito del libro de Th. Piketty (*El Capital en el siglo XXI*) cuando los conservadores norteamericanos, uno tras otro, lo tildan de marxista por la importancia que concede al análisis de la desigualdad de la riqueza.[67]

63 F. DEL REY, "Reflexiones sobre la violencia", art. cit., p. 40. El argumento sirve de autoridad a M. ÁLVAREZ TARDÍO, "The Impact of Political Violence", art. cit., p. 484.

64 Este apartado se desarrolla sistemáticamente en la ponencia presentada al Congreso Internacional "Tiempo para la reflexión: la historiografía sobre la Segunda República española (1931-1936)". Universidad Carlos III, febrero de 2015 (en curso de publicación).

65 Tiene razón F. DEL REY, los factores estructurales son importantes pero por sí solos explican muy poco, *Ayer*, 88, 4 (2012), p. 18.

66 F. DEL REY, "Réplica a la reseña de R. Robledo", *Historia Agraria*, 54 (2011). Creo oportuno indicar que *en ese aspecto* viejos y la casi totalidad de los nuevos revisionistas coinciden aquí totalmente: la crítica al predominio de la "cuestión social", "los intereses de clase", etc., en P. MOA, "Guerra civil, franquismo, democracia", en A. BULLÓN DE MENDOZA y L. E. TOGORES (coords.), *La República y la Guerra Civil setenta años después,* Madrid, Actas, tomo I, p. 117.

67 *The Wall Street Journal* da un paso más y opina que la propuesta de fiscalidad progresiva traería los males del estalinismo. P. KRUGMAN, "El pánico a Piketty", *El País*, Negocios, 4 de mayo de 2014, p. 21.

La reforma agraria que avalaron los mejores economistas e ingenieros se planteó para paliar las consecuencias del paro forzoso, principal factor de desestabilización sociopolítica. El peligro que temían los gobernantes en el verano en 1931 es que *ardiera* Andalucía.[68] Y cuando llegue el Frente Popular, no fueron las huelgas políticas prerrevolucionarias, como dice Payne, las que movilizaron a los pueblos andaluces sino el paro obrero.[69] Carece de todo fundamento, aunque se repita una y otra vez como verdad establecida, que los republicanos y socialistas plantearon la reforma agraria por cuestiones ideológicas más que económicas, como afirma Macarro.[70] Teniendo en cuenta la grave situación de desempleo y la intervención de economistas de la talla de Flores de Lemus para remediarlo en el anteproyecto de reforma agraria, esa afirmación roza el despropósito. A la misma altura hay que situar las consideraciones de Álvarez Tardío sobre unos republicanos y socialistas ansiosos de llevar a cabo la "ruptura revolucionaria" con una Constitución que sirviera a los "objetivos revolucionarios", etc.[71] Para ello se remite a determinadas expresiones de M. Domingo. La verdad es que causa asombro pensar que Domingo, el ministro que estrenó la cartera de Agricultura de España, estuviera dispuesto a hacer la revolución en el campo español: después de la Ley de Reforma Agraria de 1932 y las ocupaciones de fincas del Frente Popular el gran propietario español tenía en julio de 1936 las mismas hectáreas que en abril de 1931.

La descalificación de la reforma agraria como un disparate, término utilizado varias veces por Macarro, parece apoyarse en un hecho cierto –el fuerte incremento de la producción física por unidad de superficie

68 "El paro forzoso en Andalucía es gravísimo. Están en Madrid todos los alcaldes de la provincia de Jaén, a pedir dinero, y no se atreven a regresar a sus pueblos. Parece que hay necesidad de gastar dos millones diarios, durante tres meses, para que la gente no se muera de hambre y no se insurreccione", M. AZAÑA, *Memorias políticas y de guerra*, Barcelona, Crítica, 1981, tomo I, p. 48. Anotación de 21 de julio de 1931.

69 D. CARO, "Anarquismo y ugetismo en el campo andaluz en la Segunda República", *Claridade*, abril 2013, p. 33.

70 J. M. MACARRO, *Socialismo, República…, op. cit*. La insensatez de la reforma y otras descalificaciones por el estilo se multiplican en su estudio que resume la tesis fundamental, "La reforma agraria en la II República", *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, 133 (2011).

71 M. ÁLVAREZ TARDÍO, *El camino a la democracia…, op. cit*., pp. 307-316, 410 y *passim*.

en el campo español y particularmente en el andaluz que haría superflua la reforma–, pero ignora otros dos elementales: que eso no ocurre por activo agrario y, sobre todo, que los beneficios de ese crecimiento económico no se distribuyen, como ocurre hoy, de forma equitativa. Es decir, la reforma seguía siendo una opción válida. Además, la argumentación se basa en ridiculizar la ignorancia de los reformistas agrarios a niveles grotescos, como suponer que Pascual Carrión desconocía que en la Europa atlántica lloviera más que en España. Don Pascual Carrión, sentencia Macarro, "no entendió el marco histórico en el que nació".[72] Se acepta que hubo progreso agrario en España, pero se llama casi tontos a los ingenieros agrónomos, que algo debieron de influir en aquel progreso, y que, como Carrión, Alcaraz, Álvarez Humasqué, Vergara Doncel, etc., participaron en la reforma agraria. ¿Cómo se puede ser tan osado para suponer que esos ingenieros agrónomos, igual que los que efectuaban los planes de aplicación para el asentamiento de las comunidades de campesinos, desconocían la calidad del suelo, no sabían calcular la carga ganadera o la necesidad de respetar el arbolado de la dehesa? Fue la capacidad de intensificar la producción bruta, mediante el empleo del factor de producción más barato que era el trabajo, la que animó de forma coherente en términos económicos y sociales el proyecto reformista.

Macarro descarta que hubiera reacción de los patronos con una caricatura contra la política reformista –"los propietarios españoles, con tal de acabar con la República, decidieron dejar de cultivar sus tierras al precio de arruinarse a sí mismos. Caso sin parangón histórico en la conciencia de clase"–, pero tal reacción fue lo habitual como demuestran todas las monografías que conozco de las provincias latifundistas, imposibles de citar ahora. Por otra parte, es obvio que el gran propietario puede dejar de cultivar parte de sus posesiones sin arruinarse. Lo que no "salía a cuenta" en los cortijos, como explicó hace ya casi medio siglo Martínez Alier, sí era rentable en las pequeñas parcelas de los ruedos

72 J. M. MACARRO, *Socialismo, República…*, *op. cit.*, p. 215, nota 79, y, especialmente, pp. 195-237, donde se concentran juicios muy discutibles sobre la cultura y la reforma agrarias. Para una actualización del pensamiento de Carrión (que fue denunciado por la Falange valenciana por "comunista", encarcelado e inhabilitado) y su utilidad hoy, J. PAN MONTOJO, "Pascual Carrión: política agraria e ingeniería", *Historia Agraria*, 42 (2007), pp. 581-596.

por la cantidad o calidad del trabajo familiar incorporado.[73] Precisamente por eso se proyectó la reforma.

La tendencia iconoclasta de la República le lleva a Macarro a plantear el fracaso de los asentamientos más o menos porque los jornaleros eran unos vagos: "¿Desde cuándo los desposeídos, en una situación revolucionaria o de reforma radical, se han sumado a ella para trabajar más o arriesgarse a cobrar menos?".[74] Sin embargo, que hubiera casos de campesinos renuentes a formar parte de las comunidades eso no permite suponer que hubiera siempre un empleo alternativo por el que cobraran más. Las estadísticas de paro lo desmienten y los campesinos que protagonizaron las invasiones de fincas en la primavera de 1936, acogiéndose al decreto de 20 de marzo y formando comunidades, lo que querían (¿hay que explicitarlo?) era trabajar todo lo posible para efectuar cuanto antes las labores de barbecho que las frecuentes lluvias habían impedido.

¿En dónde se basa este panorama de ingenieros ignorantes, patronos respetuosos y jornaleros perezosos? Digámoslo sin rodeos: en una utilización defectuosa de las fuentes por su intención selectiva y sesgada que va en contra, a menudo, del planteamiento del autor que se cita. Todo esto ayuda muy poco a la loable pretensión de ser rigurosos.

5. La Segunda República: una anomalía histórica

El afán desmitificador de la Segunda República se facilita con el recurso a la caricatura. Pintar la Segunda República sin tacha democrática, atacada "por los oligarcas de siempre, privilegiados, egoístas y miopes",[75] favorece el terreno a las tesis "científicas" que sacan a la luz las miserias

73 J. MARTÍNEZ ALIER, *La estabilidad del latifundismo,* París, Ruedo Ibérico, 1968.

74 J. M. MACARRO, "La reforma agraria en la II República", art. cit.

75 M. ÁLVAREZ TARDÍO y R. VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión, op. cit.*, p. 47. No se puede despachar aquí la verosimilitud de la imagen contraria: España como un país moderno en manos de las clases medias. No era esa la percepción de testigos relevantes: "las riendas del auténtico poder estaban en manos de los grandes terratenientes, de la Iglesia católica y del Ejército. Gobernaba una clase media pero dependía de una oligarquía...". H. BUCKLEY, *Vida y muerte de la República española,* prólogo de P. Preston, Madrid, Espasa Calpe, 2009, p. 71. Esta misma percepción trasmite el informe del embajador Grahame que ha comentado ampliamente Viñas en *La conspiración..., op. cit.,* pp. 229-254.

del idealizado régimen. Tales miserias se contrastan luego con los logros de tres regímenes, al modo de los tipos ideales weberianos, que son las dos restauraciones borbónicas en España y la Tercera República francesa.[76] Sería una desmesura dar cuenta de la bibliografía de cada uno de aquellos regímenes.

La nostalgia por el régimen liberal de la Restauración como un régimen tolerante –'major civic achievement' (Payne)– constituye una pieza más en esa arquitectura de la normalización de la historia de España. Hace años que persiste la mitificación del régimen canovista sin percibir las arrugas de algunas instituciones. Como es habitual en los revisionistas, la visión crítica de los regeneracionistas, sin distinción alguna, no tiene cabida. Joaquín Costa, Valentín Almirall o Julio Senador no existen. El observatorio es el de la espuma política, el de una determinada historia política, en donde no tienen cabida la represión, el peso del clericalismo contra cualquier aspiración laicista o la propia incapacidad de la Restauración, especialmente a partir de 1914, para dar cauce a las fuertes tensiones sociales. Pese a la interpretación menos caciquil de la Restauración y las buenas intenciones de la reforma de 1907, los requisitos establecidos para presentar candidatura junto con el artículo 29, lo que aseguraron en general fue el control político de las élites oligárquicas para frenar la movilización urbana y rural.[77]

76 Las alabanzas a la Restauración de Cánovas son generales, por ejemplo, S. G. PAYNE, *El colapso de la República…*, *op. cit.*; F. DEL REY, "Antiliberalismo y democracia en la España de entreguerras", en M. A. GARCÍA SEBASTIANI y F. DEL REY (coords.), *Los desafíos de la libertad: transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008; R. VILLA GARCÍA, véase nota 78. No idealiza la Restauración Ranzato quien opina que la democracia se quedó en la superficie, G. RANZATO, *The Spanish Civil War*, Moreton-in-Marsh, Arris, 2005. *Vid*. la reseña de Ch. EALHAM, "'Myths' and the Spanish Civil War: Some Old, Some Exploded, Some Clearly Borrowed and Some Almost 'Blue", *Journal of Contemporary History*, 42 (2) (april 2007), pp. 365-376. Sobre la Tercera República, M. ÁLVAREZ TARDÍO, "Política y secularización en la Europa contemporánea", *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 16 (1998), pp. 143-166; M. ÁLVAREZ TARDÍO y R. VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión…*, *op. cit*. La comparación sistemática en M. ÁLVAREZ TARDÍO, *El camino a la democracia…*, *op. cit*. Sobre la "normalidad" española y las comparaciones, véase I. SAZ, *Fascismo y franquismo,* Valencia, Universitat de València, 2004, p. 23.

77 En las elecciones de 1922, un 36% de los diputados que resultaron electos lo fueron por aplicación del artículo 29. De ahí que una de las primeras medidas del Gobierno provisional de la República –el decreto de 8 de mayo de 1931– estableciera las circunscripciones plurinominales, C. GARCÍA ENCABO y C. FRÍAS CORREDOR, "Sufragio universal masculino y politización campesina en la España de la Restauración (1875-1923)", *Historia Agraria*, 38 (2006), pp. 27-46.

La visión complaciente nos habla de una España en la que las elecciones eran cada vez más competidas y la incidencia del fraude electoral menos apreciable.[78] Pero si hubiera reinado la competencia no se entiende cómo se sabía antes de la celebración de las elecciones quién iba a ganarlas; más bien habría que hablar de un régimen de duopolio que se rompió por primera vez en 1933 cuando la malhadada República *revolucionaria* convocó elecciones.

Frente a las restricciones y censuras del régimen republicano, se alaba la libertad de prensa durante la Restauración,[79] sin tener en cuenta la política de palo y zanahoria de Cánovas –represión y subvenciones secretas– hasta que llegó la Ley de Policía e Imprenta de 1883. Pero entonces no desaparecieron los instrumentos de censura encubierta que trataban de silenciar a los periodistas en tiempos de convulsiones políticas.[80]

En cuanto al contraste con la Restauración de 1975, cristalizada en la Constitución de 1978, hay suficiente literatura que ha mostrado los reparos que merece la llamada "cultura de la transición". Por referirme a una de las últimas publicaciones, el constitucionalista Clavero ha demostrado cómo la Ley de Amnistía consagró "la prevaricación judicial institucionalizada respecto a los crímenes franquistas".[81] Con la misma lógica que se critica a republicanos y socialistas por entretenerse en exigir cuentas a la Dictadura de Primo de Rivera y no llegar a acuerdos,[82]

78 R. VILLA GARCÍA, "Las claves del triunfo conservador", *Cuadernos de Pensamiento Político. FAES*, enero-marzo 2013, p. 198. En el mismo sentido su comunicación: "El análisis historiográfico de las elecciones de los años treinta. El polémico caso de la provincia de Granada", A. BULLÓN DE MENDOZA y L. E. TOGORES (coords.), *La República y la Guerra Civil…*, *op. cit.*, pp. 93-94: pese a que los elegidos en Granada por el artículo 29 representarán cerca de la mitad, existía "fuerte competitividad"…

79 F. REY REGUILLO, "Antiliberalismo y democracia…", art. cit.

80 M. LÓPEZ DE RAMÓN, *La construcción histórica de la libertad de prensa Ley de Policía e Imprenta de 1883*, Madrid, Universidad Carlos III, 2014. Para la suspensión abusiva de los derechos constitucionales, E. GONZÁLEZ CALLEJA, *En nombre de la autoridad…*, *op. cit.*, pp. 16-17.

81 B. CLAVERO, *España, 1978. La amnesia constituyente*, Madrid, Marcial Pons, 2014.

82 "La República, repitámoslo otra vez, no nació de un consenso nacional más o menos amplio que permitiera, mediante un proceso de transición, inaugurar un marco constitucional compartido por casi todos los españoles y en el que distintos grupos, de derecha e izquierda, pudieran hacer política. La democracia republicana nació de una ruptura revolucionaria y a ese origen tuvo que plegarse", M. ÁLVAREZ TARDÍO, *El camino a la democracia…*, *op. cit.*, pp. 312, 324.

el revisionista exalta el espíritu de consenso, pasando por alto que tuvo que asentarse en el olvido y en la ley de punto final, junto con el coste nada despreciable de acciones violentas.[83]

"Ni un Álvaro de Álbornoz, ni un Marcelino Domingo, ni un Manuel Azaña… fueron el Gambetta que necesitaba la transición republicana a la democracia durante el año 31".[84] Con estos lamentos se marca la distancia de la Segunda República frente a la Tercera República francesa, tercer espejo en el que se reflejan los errores de 1931. En vez del comportamiento exclusivista de los líderes de la conjunción republicano-socialista, Gambetta no creyó que la República debía partir de un punto cero, ya que "republicanizar el régimen no era purgarlo de monárquicos e imponer una dictadura republicana sino en conseguir mediante el voto el control de las instituciones".[85] No parece, sin embargo, que esta actitud de consenso fuera la mantenida por los republicanos cuando Thiers se convirtió en presidente de la República en 1871, pero, sobre todo, el argumento del oportunismo político de Gambetta se vuelve en contra de los revisionistas si aceptamos que la lucha anticlerical era para los republicanos la condición del "progreso", algo así como si fuera el *motor* de la historia.[86] Es cierto que, pese a estas proclamas, la ley de separación Iglesia-Estado no llegó hasta 1905 y, como afirma Nicolet,[87] la política anticlerical de Jules Ferry

83 M. SÁNCHEZ SOLER, *La transición sangrienta. Una historia violenta del proceso democrático en España (1975-1983),* Barcelona, Península, 2010; S. BABY, *Le mythe de la transition pacifique. Violence et politique en Espagne (1975-1982),* Madrid, Casa de Velázquez, 2012. El mito de la reconciliación no ha podido ocultar el "síndrome de las dos Españas", concluye esta autora, p. 440. Versión diferente es la de Álvarez Junco: "No sabéis lo afortunados que hemos sido. La Transición fue un bálsamo de paz, de concordia y acuerdo", "La Transición, en su sitio", *El País,* 21 de noviembre de 2014, p. 43.

84 M. ÁLVAREZ TARDÍO y R. VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión…, op. cit.*, pp. 41-43. Argumento algo parecido: "La incoherencia caracterizó, por el contrario, la acción de López, Salmerón, Álvarez y Azaña, ejemplos opuestos al de los franceses Gambetta, Thiers y Clemenceau", L. ARRANZ, "Nuestro pasado liberal", *Revista de Libros*, 117 (01/09/2006).

85 M. ÁLVAREZ TARDÍO y R. VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión…, op. cit*.

86 Cl. NICOLET, *L'idée républicaine en France (1789-1924). Essai d'histoire critique*, París, Gallimard, 1982, pp. 272-273, donde se hace una dura crítica al conocido libro de R. Rémond (*L'Anticléricalisme en France*, 1976) por no recordar la "chape de plomb " que fue el clericalismo francés durante 1850-1906. Véase también J. M. MAYEUR, *Les débuts de la IIIe République, 1871-1898*, París, Éd. du Seuil, 1973.

87 Cl. NICOLET, *L'idée républicaine…, op. cit.,* p. 242.

no tenía por qué ser antirreligiosa, pero el lamento adecuado no es que Azaña no fuera Gambetta, sino que no lo fuera Cánovas para hacer posible las leyes de J. Ferry de secularización de la enseñanza, de laicización del espacio público (supresión de cruces y crucifijos en las paredes de hospitales, escuelas y tribunales), principio de separación en los ámbitos funerario y hospitalario, etc., que se intensificaron con motivo del *affaire* Dreyfus.[88]

En su lugar, como es sabido, tuvimos a Orovio, que abolió en 1875 la libertad de cátedra y expulsó de la Universidad a Giner de los Ríos, entre otros, y a los señores obispos pudiendo inspeccionar si las enseñanzas en las escuelas primarias y secundarias se adecuaban o no a la religión católica. Cuando Unamuno llegó a Salamanca en 1891 aún coleaba la excomunión que el obispo Cámara había lanzado a los que habían rendido honras fúnebres al krausista M. Arés. Todo esto nos remite a un problema distinto al de la diferencia entre los verdaderos liberales franceses frente a los intransigentes republicanos españoles. El problema no reside en el distinto personalismo de los líderes, sino en dos realidades diferentes. Podemos hacer a España todo lo normal y moderna que se quiera,[89] pero estaba bastante lejos de contar con la descristianización del mundo rural francés antes de la Revolución; la estructura social y económica también era distinta, propia de un país que había tenido al menos dos revoluciones, las de 1789 y 1830, que habían dejado su huella.

Es casi una falacia añorar a un Gambetta –que el régimen de Vichy caricaturizó como un agitador y "charlatán de la droga republicana"–[90] cuando fue el artífice de lo que intentaron con más o menos acierto los republicanos españoles: que la masa del pueblo francés, gracias a

88 El grueso de la retirada de crucifijos se efectuó entre 1879 y 1906. J. LALOUETTE, "El anticlericalismo en Francia, 1877-1914", *Ayer,* 27 (1997), pp. 20-25. Cl. NICOLET, *L'idée républicaine…, op. cit*. Pensando en lo que hicieron los republicanos de 1931-1932, afirma Álvarez Tardío que la moderación caracterizó las reformas impulsadas durante la década de los ochenta en Francia, "Política y secularización", art. cit., p. 155.

89 Para estas consideraciones, *vid*. el epílogo de R. ROBLEDO, *La Universidad española, de Ramón Salas a la Guerra Civil. Ilustración, liberalismo y financiación (1770-1936)*, León, Junta de Castilla y León, 2014.

90 P. ANTOMATTEI, *Gambetta, héraut de la République,* préface de J. P. Chevènement, París, Éditions Mchalon, 1999, p. 536.

la enseñanza laica, fuera refractaria a la influencia clerical como decía con orgullo el prologuista del libro del ministro P. Bert en 1899.[91] Dada la importancia que tuvo la entrada en España de las congregaciones religiosas expulsadas de Francia, podría decirse que el éxito laicista del país vecino condicionó negativamente la evolución en España medio siglo después.

En resumen, el método comparativo utilizado hace que los casos de las restauraciones borbónicas de 1875-1975 y el de la Tercera República francesa se conviertan en espejos deformantes de la experiencia republicana de 1931. No niego la utilidad de las comparaciones siempre que no haya anacronismos y trasposiciones forzadas[92] que en poco ayudan a hacer creíble el deseo de ser objetivos de los historiadores *científicos*.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas se ha ido examinando la consistencia de buena parte de la literatura revisionista. No me he detenido en analizar sus aciertos. Señalo algunos: tener presente el marco del constitucionalismo europeo de entreguerras, aunque sea la década de 1930 más que la anterior la que explique la Guerra Civil;[93] mayor atención a la dinámica de los partidos y a no fiarse solo del cambio político para deducir mecánicamente políticas sociales. Seguramente la historia de la Segunda República es algo más que la de los bandazos izquierda-derecha-izquierda y necesitemos contemplar la mayor complejidad que encierra el bienio radical-cedista. Pero esto tiene una derivada: que las disposiciones reformistas salieran en la *Gaceta* en el primer bienio, no quiere decir que automáticamente se cumplieran y llegara la *revolución*; en el mismo sentido también hay que apuntar que no hicieron falta las elecciones

91 P. BERT, *Le cléricalisme, questions d'éducation nationale*, préface de M. Aulard, París, Armand Colin, 1900.

92 Kocka distingue entre la perspectiva heurística, la descriptiva, la analítica y la paradigmática, J. KOCKA, *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 46-48.

93 La Guerra Civil no puede considerarse como un conflicto ligado a las convulsiones de los años veinte, sino a las condiciones de los años treinta, es decir, como una adelantada en la pugna contra la posibilidad de una Europa dominada por Hitler, en cuya tarea poco ayudaron las democracias liberales. Á. VIÑAS, *La conspiración…*, *op. cit.*, p. 366.

de noviembre de 1933 para que se impusiera el giro conservador que se había iniciado como poco en junio.[94] Aunque se discrepe a veces de sus interpretaciones, hay estudios electorales útiles. Finalmente, sigue siendo oportuno que nos preguntemos por los orígenes, no solo estructurales, de la violencia para entender las actitudes de los españoles en el verano de 1936.

Mi tono polémico no puede ocultar el acierto, sobre todo de F. del Rey, al reivindicar la perspectiva política y cultural. Dicho esto, creo haber demostrado la debilidad de las tesis revisionistas desde el punto de vista epistemológico y metodológico. El concepto de *ciencia* en el que se refugian está obsoleto desde hace tiempo, pero, sobre todo, es difícil compaginar el espíritu científico con la ignorancia voluntaria de los argumentos del contrario. Es la defensa solipsista del grupo[95] que a menudo se arropa en listas de historiadores que se presentan como sus valedores. El caudal de las fuentes utilizado no siempre se administra bien. Predomina el argumento a través de la palabra, pero sin análisis alguno del discurso, prescindiendo incluso de cualquier recuento de términos. Se utilizan muy selectivamente las citas y, a veces, de forma incorrecta. En fin, el método comparativo, interesante para ilustrar coincidencia o diferencias, flaquea por sus anacronismos.

El edificio neorrevisionista, pese a su juventud, tiene serias quiebras porque sus soportes centrales están afectados de graves problemas de extrapolación. La interpretación catastrofista del periodo de Frente Popular cuenta con serios correctivos.[96] Aunque pongamos cautelas, La

94 En ese mes se celebró el Congreso del partido radical-socialista en el que Feced, que tenía a su cargo los asuntos del IRA, se enfrentó a M. Domingo. Azaña se quejó amargamente del retraso en las leyes de arrendamientos y rescate de bienes comunales, R. ROBLEDO, *Los ministros de Agricultura de la Segunda República (1931-1939),* Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2006, p. 35. En este libro se presenta el esbozo biográfico de Albornoz, Domingo, Ruiz-Funes…, a quienes buena parte de los revisionistas atribuyen calenturas revolucionarias.

95 Unas ochenta veces aparecen citados Rey Reguillo, Townson y Álvarez Tardío, Villa García en el último libro de *El laberinto* mientras J. Casanova, F. Espinosa y Á. Viñas reciben cinco citas en conjunto, las mismas que C. Seco Serrano. La literatura secundaria para sostener la tesis contraria a la de J. Tusell y R. Cruz sobre la violencia en las elecciones de febrero del 36 (M. ÁLVAREZ TARDÍO, "The Impact of Political Violence…") se sustenta en Payne y Del Rey, tres citas cada uno, y con una cita cada uno de Álvarez Tardío, Villa García, Parejo, Macarro, Ranzato, Blaney, Robinson, Pabón, Seonae, Irwing, Blázquez y Aróstegui.

96 Me refiero a los J. L. Ledesma, F. Sánchez o Á. Viñas, bibliografía citada anteriormente.

Solana no es muestra representativa de toda España. Tampoco el poderío de los socialistas en la política municipal se puede exagerar. Es cierto que carecemos aún de buenos datos sobre las elecciones municipales de 1931, pero los disponibles por ahora solo avalan una representación por debajo del 20%; en Andalucía fueron sobrepasados por los republicanos.[97] Además, el PSOE no contó con *ningún gobernador en todo el periodo republicano,* es decir, no pudo participar en 1934 y 1936 en la designación directa del alcalde, competencia del gobernador, y, por tanto, sin la "llave del poder",[98] no tuvo que ser fácil la implementación de las políticas sociales a nivel municipal. En todo caso, la aplicación de las políticas de orden público, en concreto la actuación de la Guardia

97 Una y otra vez se han repetido las cifras de 347 alcaldes, 4 244 concejales, 889 tenientes de alcalde que hicieron de los socialistas "la primera fuerza política en la que se asentaba la Republica", S. JULIÁ, *Los socialistas en la política española*, Madrid, Taurus, 1997, p. 165. Sin embargo, esa representación municipal no fue tan importante como para tejer una densa trama caciquil. El número de alcaldes no llega al 5% del total y, si aceptamos esos 4 244 concejales, solo representarían el 5,3% del total (80 472) en las elecciones del 12 de abril (A. CARRERAS y X. TAFUNELL [coords.], *Estadísticas históricas de España*, Bilbao, Fundación BBVA, 2005, III, pp. 1 098, 1 110). Cuando el 23 de abril de 1933 hubo elecciones para sustituir a los concejales elegidos en 1931 por el artículo 29, los socialistas consiguieron 1 826 concejales, el 11,4% del total (16 031). Magra representación para imponer redes caciquiles que desplazaran a las de la Restauración. Si bajamos la escala y nos fijamos en Andalucía, que es la región que sirve para extender a toda España la idea del caciquismo socialista, las cifras disponibles, por sí solas, lo hacen poco creíble. Solo dispongo de datos de cinco capitales (Almería, Cádiz, Córdoba, Huelva y Málaga). El 12 de abril, los socialistas fueron la fuerza minoritaria de la izquierda, moviéndose entre el 12 y el 24% de los concejales totales. Y hablo de capitales. En cuanto a la segunda vuelta, que Macarro bautiza como "las elecciones revolucionarias de mayo" (*Socialismo, República…, op. cit.*, p. 43) resulta que los republicanos obtuvieron 2 829 concejales frente a los 1 713 socialistas, es decir, consiguieron un 65% más que estos (no un 40% más como dice equivocadamente Macarro, a partir de los datos de D. CARO, "Implantación territorial y modernización organizativa del PSOE en la Andalucía de la Segunda República (1931)", en S. FORNER, *Democracia, elecciones y modernización en Europa: siglos XIX y XX*, Madrid, Cátedra; Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1997). Sin duda, la izquierda barrió en esta segunda vuelta, pero no hubo predominio socialista como para que hubiera un "monopolio" que impusiera la política social en toda España. Otro datos en R. VILLA GARCÍA, "'Burgos podridos'", art. cit. J. PRADA RODRÍGUEZ, "Clientelismo y poder local en la Segunda República", *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea,* 11 (2013).

98 D. CUCALÓN, "Y en el recuerdo la cárcel: los gobernadores civiles radicales socialistas del primer bienio de la Segunda República": C. FRÍAS, J.L. LEDESMA, J. RODRIGO (eds), *Reevaluaciones. Historias locales y miradas globales*, Zaragoza, IFC, 2011, pp. 325-353. PRADA RODRÍGUEZ, "Clientelismo…".

Civil, no dependió de los concejales socialistas. En este sentido estaban bastante indefensos para llevar a cabo la revolución. Extrapolación peligrosa me parece que el énfasis en el fraude electoral de las izquierdas (pasando por alto el de las derechas) se apoye en una provincia, es decir, en menos del 2% de los distritos electorales.

Defectos serios tienen los dos conceptos que son piedras angulares del razonamiento revisionista: *exclusión* y *legalidad*. Al primero me he referido en el artículo publicado en *Studia Historica*,[99] mientras que el concepto de *legalidad* se presenta como una camisa de fuerza que se convierte en traje holgado cuando se trata del incumplimiento sistemático de la legislación republicana que practicaron las fuerzas conservadoras. Tampoco se analiza bien la nebulosa de *revolución* (salvo que se la identifique con el laicismo) con la que se distingue la práctica de republicanos y socialistas y donde se fundamenta la idea de exclusión. La atribución viene de antiguo y así las fuerzas más conservadoras de 1931, las que consideraban un error no haberse resistido al nuevo régimen,[100] hicieron del término *revolución* el núcleo de la ilegitimidad del nuevo régimen. Pero ¿qué es revolución? Cumplir los objetivos revolucionarios.[101] También se la define (a diferencia de cómo se desenvolvió la Transición), como "ruptura drástica y vengativa" o como "una democracia revolucionaria", etc. Como se ve, el sesgo o el grado de imprecisión son notables lo que favorece la confusión con las ideas de quienes

99 Cabría tener en cuenta que del informe del conservador embajador británico Grahame no se deduce nada parecido a las políticas de "exclusión". Considera verdaderos enemigos de la República a los anarcosindicalistas y critica la intransigencia de las clases conservadoras que veían al nuevo régimen como un "tigre de papel" que podía destruirse fácilmente con un golpe militar Á. VIÑAS, *La conspiración…*, *op. cit.*, pp. 225-228.

100 En el 'editorial' de *ABC* de 14 de noviembre de 1931 se lee: "En 1923, el crimen de la Monarquía hubiera sido rechazar el golpe de Estado. El (*sic*) 1931, es no haberlo resistido", *Artículos de José Cuartero. Homenaje de "ABC" a su insigne redactor*, prólogo de Torcuato Luca de Tena, Madrid, Imprenta "Prensa Española", 1947, p. 242.

101 Para esta tautología M. ÁLVAREZ TARDÍO, *El camino a la democracia…*, *op. cit.*, p. 310. *Vid*. especialmente el capítulo 3, "La democracia al servicio de la revolución", pp. 307-340. No se definen nunca con precisión cuáles son tales objetivos, entre los que debe estar el anticlericalismo, pero es difícilmente asumible, por poner un ejemplo, que se vista al católico Claudio Sánchez Albornoz, encargado de defender el proyecto constitucional en nombre de Acción Republicana, con el traje revolucionario.

utilizaron en 1931 el apelativo de revolución como arma ofensiva contra la República.

Sin duda, el desprestigio monárquico fue tal que si los conservadores querían ganar elecciones no podían protegerse a la sombra del emblema tan desprestigiado como el de la monarquía, en cuyo desprestigio tanto colaboró Unamuno.[102] Cortar de raíz con el pasado monárquico fue la norma.[103] Ahora bien, una cosa es esto y otra es afirmar que el Comité revolucionario republicano de 1930 diseñó poco menos que el sendero del totalitarismo. Cuesta creer que sea Hanna Arendt la persona más indicada para comprender las intenciones de M. Domingo, Albornoz o Azaña… y para emparentar la experiencia republicana con la tradición revolucionaria francesa y los bolcheviques, salvo que hagamos una interpretación antiprogresista como la que llevó a la edición de Arendt en pleno franquismo.[104] Furet es el otro faro que nos ilumina a todos con

102 Sobre esto, J. ARÓSTEGUI, "Una izquierda en busca de la revolución", en F. SÁNCHEZ, *Los mitos…*, *op. cit.,* p. 190 y *passim*. Por ejemplo, en la carta de 16 de noviembre de 1924, Alfonso XIII aparece retratado como "un pobre pelele" y en la de 5 de diciembre como "monstruo de doblez y perversidad" y "miserable", M. de UNAMUNO*, Cartas del destierro (1924-1930)*, ed. de Colette y J-C. Rabaté, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2012, pp. 89, 93.

103 "Revolución era la palabra que en 1930 expresaba la percepción que de sí mismas tenían la clase media profesional y la clase obrera en su relación con la monarquía", S. JULIÁ, "Orígenes sociales de la democracia en España", *Ayer*, 15 (1994), p. 176. Álvarez Tardío acude a este artículo para buscar autoridad a su tesis de la "ruptura revolucionaria"*, El camino a la democracia…*, *op. cit.,* pp. 312-313, nota 405, pero, aparte de citarlo defectuosamente –Juliá habla de "consenso social" no de "consenso nacional"– está claro que ahí no se defiende el diseño revolucionario de los dirigentes republicanos en 1930.

104 Álvarez Tardío recurre a Arendt varias veces para enjuiciar negativamente a los republicanos y socialistas de 1931 que no aceptaron el individuo y su libertad y abandonaron la prudencia y la moderación del discurso racional debido a "la extraña mezcla de revolución y necesidad histórica", por lo cual frente a lo ocurrido en 1978 "en 1931 trataron de 'rectificar la historia', convencidos de la adecuación de su verdad a la realidad hasta un punto puramente religioso-dogmático", *El camino a la democracia…*, *op. cit.,* pp. 309-313. En 1967 se publicó *Sobre la Revolución* en Revista de Occidente muy probablemente porque los censores franquistas hicieron una lectura antiprogresista (más que anticomunista) de Arendt que criticaba la Revolución francesa, germen de todos los males, mientras se ensalzaba la Revolución americana por su respeto a la propiedad, M. CRUZ, "Leer la historia, como filósofo", en P. ARAVENA, *Conversaciones sobre filosofía de la historia y teoría historiográfica*, Santiago de Chile, Departamento de Teoría de las Artes, Universidad de Chile, 2010, p. 53.

los nuevos rayos de la ciencia. Mientras tanto, se hace caso omiso de la conspiración sistemática desde abril de 1931 contra la República, del golpe de Sanjurjo y de la responsabilidad del golpe militar que derivó en guerra civil,[105] que, como dijo el clérigo Gallegos, ni a Goebbels se le ocurrió desencadenar en Alemania[106].

Es obvio que mi coincidencia con las líneas generales del reformismo republicano no supone avalar cada una de las decisiones para su aplicación ni pasar por alto los desaciertos de las organizaciones sindicales o de varios supuestos de la Ley de Reforma Agraria. Aunque se me acuse de repetir la retórica interesada de los socialistas, sí me identifico con las quejas por el retroceso social (si bien no tuvo por qué producirse en *todos* los aspectos) que supuso la llegada del centroderecha en 1933 y con el discurso de Ruiz-Funes o Azaña en las Cortes de abril de 1936 al defender la reforma agraria del Frente Popular. Por su parte, la nueva historia revisionista se hace eco a menudo de los argumentos de las clases conservadoras, por ejemplo, la inviabilidad por razones económicas del reformismo social en el campo, como hizo Gil Robles, o el grave peligro para la propiedad, incluida la pequeña, que supuso el proyecto de rescate de comunales como alegaron D. Madariaga o Calvo Sotelo. Esta constatación va acompañada de otra. Parte del grupo neorrevisionista, del que excluyo a Del Rey, muestra su sintonía con P. Moa o R. de la Cierva, que siguen siendo referencias válidas, o incluso con José M.ª Marco o L. E. Togores,[107] autores considerados fuera de la academia

105 Aunque se afirma a veces que la Guerra Civil es obra de un golpe de Estado, se afirma también que la guerra llega por el golpe y por la ilegalidad republicana, al mismo nivel: "Al poco tiempo, en julio, un pronunciamiento militar fallido y el repentino desmoronamiento de la legalidad republicana desembocaron en una guerra civil", M. ÁLVAREZ TARDÍO, biografía de J. Besteiro, *Diccionario biográfico español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009, tomo VIII, p. 292. El voluntarismo revolucionario de Largo Caballero "contribuyó eficazmente a que las clases medias y profesionales considerasen, llegado el caso, un eventual golpe de Estado como un acto de legítima defensa". P. GONZÁLEZ CUEVAS, "Empresario de la ira y pésimo revolucionario. En torno a una biografía de Francisco Largo Caballero", reseña del libro de J. Aróstegui, en *La Razón Histórica,* 21 (2013), pp. 114-126.

106 J. M.ª GALLEGOS ROCAFULL, *La pequeña grey. Testimonio religioso sobre la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2007.

107 Cada uno responde de lo que escribe, es cierto, pero si uno participa en un encuentro cuyos ponentes son César Vidal, Ricardo de la Cierva, Ángel Martín Rubio o Pío Moa, entre otros, está exhibiendo algún tipo de afinidades electivas. En las

hasta ahora. Estos son los hechos. Que cada palo aguante su vela. Esta disparidad de criterios hace imposible por ahora cualquier debate. Por mi parte, lo he facilitado al no practicar el cómodo error de la ignorancia voluntaria, pero eso no ha ayudado mucho.[108]

Desde la fenomenología, los filósofos acostumbran a "poner el mundo entre paréntesis", mientras que los economistas utilizan un recurso algo parecido cuando apelan al *caeteris paribus,* un método que permite suponer que hay variables de una situación que no cuentan, salvo la que se aísla para profundizar en su análisis. Una vez efectuado este, se comprueba si funciona o no el modelo. En gran medida los revisionistas se acogen a estas perspectivas filosóficas o económicas *poniendo entre paréntesis* las negativas condiciones materiales, la hostilidad de las derechas al régimen republicano, las conspiraciones domésticas e internacionales para su eliminación, el incumplimiento sistemático de la legalidad republicana, los esfuerzos por atenuar las graves desigualdades, etc. Todo esto es historia tradicional y estructural que queda fuera. No se aprovecha nada de la riquísima historia social inglesa o española que tanto nos ha enseñado a analizar la interacción de los hombres con su entorno sociocultural. Sin negar investigaciones en otros campos como el del orden público, lo que predomina es el análisis de la dinámica política a través del discurso. Cuando volvemos a la realidad de la Segunda República, los resultados del análisis revisionista "entre paréntesis" no nos ayudan a entender, por ejemplo, por qué se produce la huelga campesina del verano de 1934. ¿Solo porque R. Zabalza era un exaltado de la Federación de los Trabajadores de la Tierra? Me recuerdan las explicaciones con que se enfocan desde determinadas instancias políticas y mediáticas las movilizaciones sociales en la actualidad.

El pasado siempre está redescubriéndose y reinterpretándose. A veces de forma fraudulenta: el Tea Party, al rechazar la reforma sanitaria

cerca de 1700 páginas de las actas del congreso coordinado por Bullón de Mendoza y Togores (*La República y la Guerra Civil setenta años después)* lo que abunda es el relato de la violencia iniciada por los rojos, las mentiras de la matanza de Badajoz, la venganza de la "memoria histórica" o la "funesta desamortización", etc.

108 Según *email* recibido en junio de 2014, uno de los aquí criticados me ha incluido en la "calaña ideológica" de los Tuñón de Lara, Fontana y Espinosa que quieren olvidar la Revolución rusa, "Gulag incluido", por el artículo publicado poco después en *Studia Historica*.

de Obama, es como si estuviera tirando por la borda el té de la Compañía Británica de las Indias Orientales.[109] Este intento de apropiarse del pasado de la Revolución americana para atacar las "intromisiones" del Estado en la "libertad" nos recuerda que no hay ninguna mirada inocente (o *científica*) en la reconstrucción del pasado. Como recuerda Davidson citando a Orwell: "Quien controla el pasado controla el futuro; quien controla el presente, controla el pasado". El estudio (o la polémica) sobre la Segunda República tampoco está libre de adherencias políticas. Querámoslo o no, estamos empeñados en la batalla de *la historia que ha de quedar*. Si hiciéramos caso del nuevo enfoque revisionista, Pascual Carrión, clave junto a Flores de Lemus en el anteproyecto de la Comisión Técnica de Reforma Agraria y destacado cooperativista, pasaría a la historia, según Macarro y sus admiradores, como un ignorante iluminado y Ruiz-Funes como un totalitario. Esta última atribución, de la mano de Ranzato, es sangrante si se tiene en cuenta su obra de penalista sobre el genocidio y los juicios de Nuremberg, pero hasta ahí llega la desfiguración de la historia con esta invención del pasado. Son solo dos ejemplos de cómo en esta hora de narrativas y discursos, la abierta promoción del grupo de los "revisionistas blandos" ha supuesto la oportunidad de trivializar cuando no de negar la realidad del pasado.[110]

109 N. DAVIDSON, *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013, p. 20.

110 "Después de todo, la ampliación impulsada desde los medios y el mercado editorial de un público ansioso por creer estas 'verdades', contrapuestas a los 'engaños habituales' escritos por los 'otros' historiadores profesionales, les ha proporcionado la oportunidad de trivializar cuando no de negar la realidad del pasado de la guerra civil y el franquismo mediante la reutilización de una retórica antimarxista que justifica la valoración igualitaria de los acontecimientos y las manifiestas teorías del caos, el desorden, la violencia, el grado de lealtad y la conspiración republicana". I. PEIRÓ, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, PUF, 2013, p. 272.

La trampa de la equidistancia

Sobre la historiografía neoconservadora en España

Alejandro Quiroga

En el mes de agosto de 2013 salieron a la luz pública una serie de fotografías de jóvenes dirigentes del Partido Popular en la Comunidad Valenciana posando con banderas nazis y franquistas y haciendo el saludo fascista. A pesar del escándalo, el PP se limitó a abrir un expediente informativo y las Nuevas Generaciones del partido conservador hablaron de "sucesos individuales y aislados" insuficientes para desprestigiar a su organización.[1] En un intento por justificar la tolerancia con aquellos que exhibían símbolos fascistas, el portavoz adjunto del PP en el Congreso de los Diputados, Rafael Hernando, declaró en el programa televisivo *Las mañanas de Cuatro* que, si bien condenaba las actitudes de sus correligionarios, le gustaría ver una censura parecida ante aquellos que mostraban en manifestaciones banderas españolas republicanas.[2] Para Hernando la bandera republicana era tan anticonstitucional e ilegal como la franquista. Sorprendido ante tal equiparación, el presentador del programa, Jesús Cintora, preguntó al portavoz del PP si la II República no había sido un régimen democrático cuyo gobierno legítimo había sido derrocado por un golpe militar. Hernando contestó que lo único que sabía es que la II República había causado "un millón de muertos" y que muchos podrían considerar los símbolos franquistas como legítimos porque "habían estado cuarenta años". Frente al pasado sangriento de la II República, el político conservador abogaba por la defensa de la bandera monárquica que "todos los españoles" se habían dado a través de la Constitución de 1978.

1 "El PP deja sin sanción a cuatro miembros que se fotografiaron exhibiendo símbolos fascistas", *El Periódico*, 20 de agosto de 2013.

2 Las declaraciones de Hernando en *Las mañanas de Cuatro* pueden verse en http://www.youtube.com/watch?v=xGGM1KGe2Ds&noredirect=1

Los comentarios de Hernando encajaban bastante bien en el discurso público de los conservadores españoles, que en los últimos años han transmitido una visión profundamente negativa de la II República. Lo significativo de las declaraciones de Hernando era su intento por ubicar la actual monarquía constitucional como un régimen desvinculado tanto de la II República como del franquismo. Además, el político conservador tomaba una especie de postura equidistante entre el régimen democrático de los años treinta y la dictadura franquista al equiparar las banderas republicanas y franquistas y presentarlas, falsamente por cierto, como anticonstitucionales.[3] En último término, Hernando consideraba a la República culpable de la Guerra Civil y de todos los muertos que causó esta. Los comentarios del portavoz popular en este aspecto seguían la misma línea argumental de los propios franquistas, quienes siempre culparon a los republicanos de la contienda. De hecho, la cifra de un millón de muertos con la que Hernando cargaba a la II República está muy lejos de ser exacta, como sabemos desde hace décadas, pero recuerda mucho al título de la novela del escritor franquista José María Gironella y a los números que aportaba la dictadura sobre los fallecidos en la Guerra Civil.

Las declaraciones de Hernando son un ejemplo de la plasmación en el ámbito del discurso político del Partido Popular de unas corrientes historiográficas que, desde principios del siglo XXI, han ido cuestionando el carácter democrático de la II República. Entre estas corrientes cabe distinguir dos grupos de historiadores. Por un lado, encontraríamos a los neofranquistas. Estos autores suelen ser periodistas y trabajan fuera del ámbito universitario. Las figuras más destacadas de este grupo son Pío Moa, César Vidal y José María Marco, quienes abiertamente reproducen los argumentos de la dictadura, culpan a la II República de la Guerra Civil y presentan al régimen militar surgido del golpe de Estado de julio del 36 como una respuesta necesaria ante un pretendido peligro revolucionario. Como es bien sabido, estos autores empezaron a tener cierta notoriedad a finales de los años noventa, pero fue durante la se-

3 En 2003, el Tribunal Superior de Justicia de Madrid declaró que la exhibición de la bandera republicana estaba amparada por los artículos de la Constitución que protegen la libertad ideológica y de expresión. "El PP se equivoca: exhibir banderas republicanas está amparado por la Constitución", *Eldiario*.es, 28 de agosto de 2013, http://www.eldiario.es/politica/Banderasrepublicanas-Hernando_0_169383485.html.

gunda legislatura de José María Aznar (2000-2004) cuando alcanzaron su culmen de popularidad, impulsados por medios públicos y privados. Durante los primeros años del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero las interpretaciones históricas de los neofranquistas fueron utilizadas a menudo por comentaristas conservadores para vincular al PSOE con el ejecutivo socialista de los años treinta del siglo XX y construir una narrativa presentista en la que la izquierda equivalía históricamente a desorden, inmoralidad y crisis. En los últimos años, las obras de los neofranquistas parecen haber reducido considerablemente su presencia en los medios de comunicación.

La pobre contribución historiográfica y la rica elaboración propagandística de los neofranquistas han sido sólidamente analizadas en varias obras por historiadores profesionales.[4] Baste señalar aquí que los neofranquistas tienden a tomar la parte por el todo, a magnificar datos irrelevantes para que encajen con sus teorías y a eludir el trabajo de archivo. Se trata simplemente de usar las fuentes para que cuadren con sus postulados políticos previos. Como ha señalado Enrique Moradiellos, el trabajo de estos autores ni siquiera se puede calificar de revisionista, en tanto en cuanto no revisan nada, simplemente repiten la ortodoxia oficial historiográfica del franquismo.[5] Más que de revisionismo cabría hablar de negacionismo neofranquista, por cuanto exime de responsabilidad a los golpistas de julio del 36 en el desencadenamiento de la guerra y rechaza la esencia dictatorial y represiva del franquismo.[6]

Por otro lado, en los últimos años ha surgido otra corriente historiográfica conservadora que, si bien no cuestiona que los militares rebeldes fueron en primer término responsables de la Guerra Civil, ni

4 Enrique MORADIELLOS, "Las razones de una crítica histórica: Pío Moa y la intervención extranjera en la Guerra Civil española", *El Catoblepas*, 15 (mayo 2003), p. 11; Javier TUSELL, "El revisionismo histórico español", *El País*, 8 de julio de 2004; Francisco ESPINOSA, *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha española*, Badajoz, Del Oeste Ediciones, 2005; Alberto REIG TAPIA, *Anti-Moa*, Barcelona, Ediciones B, 2006; ídem, *Revisionismo y política. Pío Moa revisitado*, Madrid, Foca, 2008.

5 Enrique MORADIELLOS, "Revisión histórica crítica y pseudorevisionismo político presentista: el caso de la Guerra Civil Española", Seminario de Historia, Fundación José Ortega y Gasset, Documento de trabajo 2009/4, (2009). Recuperado de internet http://pendientedemigracion.ucm.es/info/historia/ortega/5-09.pdf .

6 Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, "Historiografía sobre la violencia política en la Segunda República española: una reconsideración", *Hispania Nova*, 11 (2013).

rechaza la esencia represiva de la ulterior dictadura, sí pone en entredicho las credenciales democráticas del régimen republicano, y tiende a desvincular al franquismo de las dictaduras fascistas europeas. A diferencia de los neofranquistas, esta corriente historiográfica, que aquí vamos a denominar neoconservadora, ha surgido en el ámbito universitario y realiza investigaciones académicas alejadas del tono panfletario de Pío Moa y compañía.[7] Este neoconservadurismo universitario está abanderado por Fernando del Rey, Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa desde la historia política clásica, pero también se ha dado, desde perspectivas de historia social, en los trabajos de Michael Seidman y Julius Ruiz y, desde la historia de las ideas, en los escritos de Pedro Carlos González Cuevas. Es al análisis de los trabajos publicados en los últimos años por este heterogéneo grupo de historiadores a lo que dedicamos las siguientes páginas.

La trampa de la equidistancia

Desde la historia política más tradicional, Fernando del Rey, Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa han presentado a la II República como un régimen excluyente, con profundas carencias democráticas y marcado por la violencia de los izquierdistas. La idea que subyace detrás de esta interpretación es que los republicanos de izquierda y, sobre todo, los socialistas, no eran verdaderamente demócratas, sino revolucionarios dispuestos a usar la violencia para imponer un régimen político que, además, consideraban suyo. Así, para Álvarez Tardío y Roberto Villa, el "PSOE y los partidos de izquierda republicana partían de que el nuevo régimen constituía una especie de patrimonio político propio, un sistema cuyas reglas del juego respondían a las exigencias de *su revolución republicana* e impedían la normal alternancia en el gobierno de las derechas".[8] Fernando del Rey, por su parte, encuentra de un modo un tanto teleológico un "hilo conductor que llevó a los socialistas des-

7 El término *neoconservador* ha sido utilizado por Francisco SÁNCHEZ PÉREZ, "Sobre la intolerancia… hacia las críticas", *Historia del Presente*, 21 (2013), pp. 161-168.

8 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Roberto VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión. La política durante al Segunda República*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2010, p. 282. Cursiva en el original.

de el 14 de abril de 1931 al 4 de octubre de 1934" en el hecho de que estos consideraran la victoria de la CEDA en 1933 como un triunfo de la reacción y una seria amenaza para la República.[9] Al final, la esencia revolucionaria de los socialistas y su incapacidad para admitir las reglas más elementales de la democracia acabaron con la República, ya que, según Roberto Villa, "el acoso" al que los socialistas y la izquierda republicana sometieron a los partidos de centro y de derechas tras la victoria del Frente Popular "se convertiría en el motor de la sublevación de julio del 36".[10]

Esta lectura de las izquierdas republicanas y de los socialistas como revolucionarios y antidemocráticos tiene un carácter profundamente esencialista, que tiende a ignorar tanto la pluralidad y la fragmentación de estos grupos como sus diferentes posturas y acciones en distintos momentos históricos durante la II República. No es que Del Rey, Álvarez Tardío y Villa desconozcan la variedad de las izquierdas, pero sí parece claro que tienden a menospreciar la importancia de los proyectos más moderados, en particular entre los socialistas, para que el cuadro que se muestra del PSOE encaje bien en sus tesis sobre la esencia revolucionaria y antidemocrática del socialismo español.[11]

Esta visión revolucionaria del PSOE se ve reforzada en los trabajos de estos autores con la acusación de que la izquierda inició la mayoría de los choques violentos durante la II República. Así, por ejemplo, Fernando del Rey habla de tres ciclos violentos durante la República.

9 Fernando DEL REY, "La República de los socialistas", en Fernando DEL REY (dir.), *Palabras como puños: la intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, pp. 119-220. El entrecomillado en p. 220.

10 Roberto VILLA GARCÍA, "Los límites de la democratización: elecciones en la Segunda República española", en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY, *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos*, Barcelona, RBA, 2012, p. 216.

11 En una reseña del libro coordinado por Fernando del Rey, *Palabras como puños*, Ángel Luis López Villaverde realizaba esta misma crítica en los siguientes términos: "Acusar a los socialistas, en general, de tener un concepto patrimonial de la República, pese a reconocer que el compromiso con el régimen era diferente entre los sectores besteirista, prietista y caballerista, genera una cierta contradicción; y para que su puzle encaje sin estridencias, Fernando del Rey desdeña las iniciativas reformistas y modernizadoras del socialismo español". Ángel Luis LÓPEZ VILLAVERDE, "De puños, violencias y holocaustos. Una crítica de las novedades historiográficas sobre la España republicana y la Guerra Civil", *Vínculos de Historia*, 1 (2012), p. 280.

El primero iría de mayo de 1931 a diciembre de 1933 y estaría liderado por los anarcosindicalistas; el segundo se daría durante 1934 y culminaría con "la insurrección de octubre, cuyo liderazgo y trama previa recayó expresamente sobre los socialistas"; y el tercer ciclo sería el de los meses previos a julio del 36, donde "la mayor parte de las acciones volvieron a corresponder a las izquierdas revolucionarias, ocupando las primeras posiciones los socialistas de la corriente caballerista".[12] Esta hipótesis que culpa a la izquierda de ser la mayor instigadora de la violencia política es perfectamente válida, pero el problema de Del Rey es que no aporta datos para sostenerla.[13] Es más, los neoconservadores otorgan explicaciones eminentemente políticas a la violencia durante la República, dejando de lado factores sociales y económicos, renunciando a una interpretación multicausal del fenómeno, obviando violencias cotidianas vinculadas a la pobreza y la exclusión social y acercándose a una lectura de corte funcionalista que sirve para atribuir culpas.[14] En último término, parece que esta interpretación de la violencia política se usa para deslegitimar al régimen republicano como antidemocrático, a pesar de que según los propios cálculos de los neoconservadores la democracia española no fue especialmente violenta comparada con otras en Europa.[15]

12 Fernando DEL REY, "Reflexiones sobre la violencia política en la II República Española", en Mercedes GUTIÉRREZ SÁNCHEZ y Diego PALACIOS CEREZALES (eds.), *Conflicto político, democracia y dictadura. Portugal y España en la década de 1930*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 65-66. Una visón parecida es defendida por Fernando DEL REY en "Acotaciones a una crítica", *Historia Agraria*, 54 (2011), p. 242.

13 De hecho, los estudios más recientes nos indican lo contrario, que la mayoría de las víctimas de la violencia política fueron izquierdistas, que murieron a manos de la fuerzas del orden. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *En nombre de la autoridad. La defensa del orden público durante la Segunda República española (1931-1936),* Granada, Comares, 2014, pp. 321-326. La crítica a la falta de pruebas en el trabajo citado de Fernando del Rey para sostener la tesis de que la izquierda fue la instigadora principal de la violencia la encontramos en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, "Historiografía sobre la violencia política", art. cit., p. 15, nota 33.

14 Ricardo ROBLEDO, "Sobre la equiviolencia. Puntualizaciones a una crítica", *Historia Agraria*, 54 (2011), p. 245; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, "Historiografía sobre la violencia política", art. cit., pp. 29-30.

15 Como reconoce el propio Roberto VILLA GARCÍA, "Violencia en democracia: Las elecciones republicanas en perspectiva comparada", *Historia y Política*, 29 (2013), pp. 262-264.

El trato que han recibido las derechas, en particular la CEDA, en los estudios de los neoconservadores es un tanto distinto al que se otorga a las izquierdas. Si de la izquierda se tiende a infravalorar su diversidad y se enfatiza su supuesta esencia revolucionaria, de la CEDA se remarca su pluralidad y su compromiso con las reglas de juego republicano. Así, Manuel Álvarez Tardío ha presentado a la CEDA como "una amalgama de socialcristianos moderados", respetuosa con la República y víctima de las políticas de exclusión socialista, siguiendo la misma línea argumental que en los años setenta y ochenta establecieran Richard Robinson, Carlos Seco Serrano y Javier Tusell.[16] El análisis que lleva a cabo Manuel Álvarez Tardío para demostrar el compromiso democrático de los católicos accidentalistas se basa fundamentalmente en las declaraciones realizadas por los líderes cedistas en mítines y en el Parlamento, un método válido, pero que queda un tanto desdibujado si los comentarios de los jefes de la CEDA no se contextualizan históricamente y se toman como verdades absolutas cuando refrendan las tesis de uno.

Ahora bien, la interpretación de Álvarez Tardío de la CEDA como un partido cristiano-demócrata *avant la lettre*, requiere una lectura un tanto peculiar de las fuentes cuando estas no le encajan con sus tesis de partida. Por ejemplo, las declaraciones de Gil Robles explicitando su oposición al parlamentarismo liberal y pidiendo construir un Estado nuevo, en la campaña electoral de las generales del 33, son minimizadas por Álvarez Tardío como una "salida de tono" puntual.[17] Es más, para el profesor de la Universidad Juan Carlos I, el hecho de que los planes de la CEDA para crea un Estado autoritario corporativo nunca llegaran a estar muy desarrollados muestra la falta de interés del partido por llevarlos a cabo.[18] De un modo complementario, Álvarez Tardío remarca las diferencias entre los cedistas y los monárquicos autoritarios y resta importancia a las candidaturas conjuntas presentadas por ambos grupos en las elecciones de noviembre de 1933. Por otro lado, se niega que hubiera un proceso de 'fascistización' de las Juventudes de Acción Popular, "al menos antes de la primavera de 1936", mientras que los apoyos económicos y organizativos de los dirigentes cedistas a la sublevación

16 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, "La CEDA: ¿amenaza u oportunidad?", en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando del REY, *El laberinto republicano…, op. cit.*, p. 131.

17 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, "La CEDA…", art. cit., p. 123.

18 Ibídem, p. 125.

militar de julio de ese año se enmarcan dentro de un contexto de "radicalización de los supuestos de la vida política" e intransigencia del Gobierno del Frente Popular.[19] El mensaje siempre es parecido: la izquierda no era verdaderamente democrática, sino revolucionaria, y las políticas de exclusión puestas en práctica por republicanos progresistas y socialistas impidieron integrarse en el sistema político a unos conservadores católicos que sí creían en el sistema parlamentario.

Esta lectura de la II República no es especialmente novedosa. En realidad, se parece mucho a la interpretación que Stanley Payne lleva haciendo cuarenta años desde posiciones funcionalistas y que otros autores, como Juan José Linz y Ricardo de la Cierva, sostuvieron en los años setenta del siglo pasado.[20] En este sentido, creo que el término *neoconservador* describe bien el posicionamiento historiográfico de Fernando del Rey, Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa. Pese a su falta de originalidad, los neoconservadores han presentado sus trabajos no solo como un soplo de aire fresco en la historiografía española, sino como profundamente objetivos y científicos. El truco aquí consiste en ubicarse en un pretendido punto equidistante entre historiadores "neofranquistas" y "frentepopulistas".[21] A la historiografía neofranquista se la presenta como "deudora de la propaganda aireada por la dictadura durante décadas para justificar el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 y el orden político que emergió de la Guerra Civil".[22] De los "frentepopulistas" se nos dice que tienen una "visión idealizada de la Segunda República a la que, desde un enfoque lleno de trampas y manipulaciones de las fuentes, se identifica sin más con el republicanismo de izquierdas y las fuerzas obreristas".[23] Ambas corrientes son calificadas de "historia militante", vinculadas al fenómeno de la "memoria histórica",

19 Lo de las Juventudes de Acción Popular en ibídem, p. 131. El apoyo de Gil Robles y otros líderes a la conspiración militar en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, "La CEDA y la democracia republicana", en Fernando DEL REY (dir.), *Palabras como puños…, op. cit.*, pp. 417-418. El entrecomillado en p. 417.

20 Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, "Historiografía sobre la violencia política", art. cit., p. 32.

21 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY, "Introducción", en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano…, op. cit.*, p. 24.

22 Ibídem.

23 Ibídem.

acusadas de subordinar su lectura del pasado a sus intereses políticos y de cuestionar la estructura constitucional de la España de hoy.[24] Lamentablemente, Del Rey y Álvarez Tardío no dan ningún nombre para informarnos de quiénes componen esas corrientes "neofranquistas" y "frentepopulistas" en su "Introducción" a la obra colectiva *El laberinto republicano*. Esos sí, frente a la lectura maniquea y condicionada por los acontecimientos de la actualidad por parte de estos historiadores, los neoconservadores presentan su trabajo sin mayor empacho como un "tercer camino", honesto y riguroso, desvinculado de disputas políticas presentes y pasadas y "desvinculados de mitos, condenas e instrumentalizaciones interesadas".[25]

Esta división bipolar de la historiografía sobre la II República es un tanto problemática. En primer lugar, no deja de ser un tanto absurdo equiparar historiadores profesionales con propagandistas y polemistas. Dicho con las palabras de Ángel Luis López Villaverde, "poner a la misma altura los currícula de Pío Moa y Josep Fontana, demasiadas veces repetido, representa un insulto a la inteligencia".[26] Por otro lado, esta división simplista y bipolar de las corrientes historiográficas relega a un plano secundario a la mayoría de los trabajos académicos sobre la II República publicados en el siglo XXI. El propio Fernando del Rey ha reconocido que existe una gran pluralidad de posiciones sobre la República y que no ha habido en los últimos años un discurso hegemónico en la historiografía española al respecto.[27] Sin embargo, insiste en presentar a los neofranquistas y los "memoralistas" como si fueran las corrientes que marcan la historiografía académica en España.[28] En realidad, lo que se busca con esta polarización historiográfica es poder situarse en un punto equidistante y pretendidamente neutro.

24 Ibídem, pp. 24-25.

25 Ibídem, p. 26. Una postura parecida, en la que se diferencia entre las "trifulcas sectarias relacionadas con la memoria histórica" y "una aproximación fría, distanciada y académica", en Fernando DEL REY, "Introducción", en Fernando DEL REY (dir.), *Palabras como puños…*, *op. cit.*, p. 35.

26 Ángel Luis LÓPEZ VILLAVERDE, "De puños, violencias y holocaustos", art. cit., p. 282.

27 Fernando DEL REY, "Revisionismos y anatemas. A vueltas con la II República", *Historia Social*, 72 (2012), p. 158.

28 Ibídem, pp. 159-163.

La opción por esta 'tercera vía' supuestamente apolítica, equidistante y objetiva no deja de ser curiosa, ya que los neoconservadores suelen presentarse en sus escritos como defensores de valores liberales y se han mostrado, en ocasiones, preocupados por hacer una lectura política del pasado para justificar el presente *statu quo* político en España.[29] Por decirlo de un modo claro: los neoconservadores contraponen una visión negativa de la II República con una positiva de la transición a la democracia en la segunda mitad de los años setenta, con la intención de negar que la II República sea un precedente válido de la actual monarquía constitucional. Así, los años treinta serían los del sectarismo, la intolerancia y la fragmentación, frente a los setenta del aperturismo franquista y el consenso entre demócratas y reformistas del régimen. Álvarez Tardío, que es un colaborador habitual en las revista y los congresos de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), el *think tank* del Partido Popular, lo tiene claro: frente a los "vicios de la democracia republicana" y la tendencia de la izquierda de excluir al adversario político, la democracia monárquica ha sido más duradera porque se fundó en una "voluntad de integración basada en buena medida en una reflexión autocrítica, tal vez demasiado intuitiva pero eficaz, sobre la debilidad de la democracia republicana".[30] Al final lo que se impuso en la España de la transición fue una "solidaridad entre moderados" utilizando la expresión de François Furet para la III República francesa.[31]

29 La defensa de los valores liberales en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY, "Introducción", en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano…, op. cit.*, p. 27. La justificación del *statu quo* político surgido de la transición se hace de un modo explícito en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, *El camino a la democracia en España. 1931 y 1978,* prólogo de Rafael Arias-Salgado, Madrid, Gota a Gota, 2005.

30 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, "Exclusión o integración: una alternativa trágica en la historia española del siglo XX", *Cuadernos de pensamiento político*, FAES, julio-septiembre 2010, p. 92. Para los vínculos entre Manuel Álvarez Tardío y la FAES pueden verse Ricardo ROBLEDO, "Entorn del revisionisme sobre la Segona República", *L'Alvenç*, 399 (2014), p. 6 y Chris EALHAM, "Emperor's New Clothes: Objectivity and Revisionism in Spanish HIstory", *Journal of Contemporary History*, 48, 1 (2012), p. 194.

31 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Roberto VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión…, op. cit.*, p. 43. La admiración por François Furet también es clara en Fernando del Rey, quien considera al historiador francés un "gigante" y "de obligada lectura y reflexión para todo historiador comprometido con los valores democráticos". Véase Fernando DEL REY, "Revisionismo y anatemas. A vueltas con la II República", art. cit., p. 167 y Ricardo ROBLEDO, "Entorn del revisionisme", art. cit., p. 7.

Dejando de lado el sinsentido de hablar de "reflexiones autocríticas intuitivas", la comparación entre la III República francesa y la II República española podría ser interesante, pero, desgraciadamente, Álvarez Tardío no la lleva a cabo en sus trabajos de un modo competente. En *El precio de la exclusión* Álvarez Tardío y Roberto Villa idealizan la Francia de la década de 1870 y lamentan que en la España de los años treinta del siglo XX ni se diera esa deseable "solidaridad entre moderados", ni hubiera una figura parecida a la de Léon Gambetta, capaz de integrar a los católicos en el régimen republicano.[32] No obstante, esta comparación se realiza sin tener en cuenta las muy diversas circunstancias sociales, económicas y políticas en las que emergieron la III República francesa y la II República española y, además, ignora completamente el muy distinto contexto internacional, algo fundamental cuando comparamos regímenes creados en dos países y con medio siglo de diferencia. El resultado es una comparación superficial y un tanto anacrónica, donde la inteligencia y flexibilidad de los líderes franceses contrasta con la incapacidad e intransigencia de los republicanos españoles.

A su visión negativa de la II República, Álvarez Tardío y Fernando del Rey contraponen un retrato mucho más dulce del régimen de la Restauración. A su entender, la monarquía constitucional ideada por Antonio Cánovas del Castillo fue un régimen liberal que "garantizó durante muchas décadas la convivencia, el pluralismo político, la libertad de prensa y los derechos individuales fundamentales".[33] Se trata de una visión que, si bien no niega el componente caciquil y oligárquico de la Restauración, sí minimiza sus efectos e ignora la profunda patrimonialización que del sistema político hicieron conservadores y liberales.[34] Asimismo, Del Rey y Álvarez Tardío resaltan el hecho de que los políticos españoles de la Restauración se acostumbraron a "convivir dentro de un marco legal renunciando al recurso a la violencia para obtener el poder", en clara contraposición al comportamiento revolucionario que atribuyen a los republicanos de izquierdas en los primeros años

32 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Roberto VILLA GARCÍA, *El precio de la exclusión…*, *op. cit.*, pp. 40-46.

33 Fernando DEL REY, "Antiliberalismo y democracia en la España de entreguerras", en Marcela A. GARCÍA SEBASTIANI y Fernando DEL REY (coords.), *Los desafíos de la libertad: transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

34 Ricardo ROBLEDO, *Studia*, 8.

treinta.[35] De este modo, no solo se presenta un sistema profundamente elitista y escasamente pluralista, como fue el de la Restauración, como un régimen menos violento y más democrático que el de la II República, sino que se proyecta la monarquía borbónica canovista como el antecedente histórico del modelo democrático creado con la Constitución de 1978.[36]

Por otra parte, Fernando del Rey y Manuel Álvarez Tardío se han desligado "abiertamente de las interpretaciones estructurales (económicas, sociológicas y culturales)", consideran que ni "el marxismo, ni la sociología histórica, ni la antropología cultural o el giro lingüístico" sirven para explicar la España de la década de los treinta y descalifican a un buen número de historiadores como "militantes" influidos por su ideología izquierdista.[37] Sin embargo, Del Rey y Álvarez Tardío han mostrado una hipersensibilidad a las críticas académicas de sus trabajos. El cuestionamiento por parte de historiadores profesionales de su metodología, de su autoproclamada objetividad científica, del trato de las fuentes, de su presentismo en la interpretación histórica y de las limitaciones de un análisis centrado en el discurso político ha sido desdeñado como un cúmulo de interpretaciones "arbitrarias y torticeras", fruto de "lecturas equivocadas e ideológicas" por parte de unos autores "engullidos por el paradigma de la historia militante".[38] Es más, Del Rey y Álvarez Tardío se han presentado como "chivos expiatorios" de unos "activistas de la memoria" incapaces de "aceptar los avances proporcionados por investigaciones solventes".[39] Y una vez asumido el papel de víctima de la intransigencia de la historia militante, han pedido "un

35 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY, "Introducción", en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano…, op. cit.*, pp. 15, 18-19. La cita en p. 15.

36 Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, "Historiografía sobre la videncia política", art. cit., p. 31.

37 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY, "Introducción", en Manuel ÁLVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano…, op. cit.*, pp. 21-22, 24-26.

38 Fernando DEL REY, "Mistificaciones y tabúes, o el difícil arte de la renovación histórica", *Historia del Presente*, 21 (2013), pp. 146, 157.

39 Entre los que destacan Fernando DEL REY, "Acotaciones a una crítica", art. cit., pp. 239-243; Fernando DEL REY, "Revisionismos y anatemas. A vueltas con la II república", art. cit., pp. 155-172. Los entrecomillados en Fernando DEL REY, "Mistificaciones y tabúes…", art. cit., p. 157.

debate histórico sin prejuicios", genuinamente "científico" y alejado de "sesgos partisanos".[40]

No cabe duda de que la defensa que Fernando del Rey y Álvarez Tardío han realizado de sus trabajos ha contribuido a agitar el debate historiográfico sobre la II República en España – algo que, por otro lado, es de agradecer. Ahora bien, más allá de la justificación de sus postulados en artículos académicos, Del Rey y Álvarez Tardío han utilizado otro tipo de tácticas menos elegantes para combatir las visiones discordantes con sus tesis. Estos dos historiadores han mandado una serie de cartas a revistas académicas españolas y extranjeras en las que muestran su indignación por la publicación de reseñas y artículos críticos con sus libros.[41] Por ejemplo, en noviembre de 2013 Del Rey y Álvarez Tardío escribieron al editor del *European History Quarterly* quejándose de una reseña de la versión en inglés de su libro *El laberinto republicano* realizada por quien suscribe estas líneas.[42] Estos historiadores encontraron particularmente ofensivo y difamatorio que escribiera en mi reseña que las conclusiones defendidas por algunos de los autores que participaban en el libro (en especial el atribuirle la responsabilidad de la violencia fundamentalmente a la izquierda, el acusar al Gobierno del Frente Popular de antidemocrático y el definir a la II República como revolucionaria) no estaban precisamente a años luz de la historiografía neofranquista que del Rey y Álvarez tanto criticaban en la introducción a

40 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, "¿Para cuándo un debate histórico sin prejuicios? A propósito de la reseña de Samuel Pierce sobre *El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República*", *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*, 36, 1 (2011), pp. 153, 157. Article 8. DEL REY, "Mistificaciones y tabúes".

41 Entre las que se encuentran las cartas mandadas al *Journal of Contemporary History* en protesta por el artículo de Chris EALHAM, "Emperor's New Clothes: Objectivity and Revisionism in Spanish History", *Journal of Contemporary History*, 48, 1 (2012), pp. 191-202; la carta mandada al *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies* tras la publicación de una reseña de Pierce, Samuel "Review of: Manuel Álvarez Tardío and Roberto Villa García, *El precio de la exclusión: la política durante la Segunda República*," *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*, 35, 1 (2011), pp. 177-178; y las quejas a *Mélanges de la Casa de Velázquez* tras la publicación de un artículo de Francisco SÁNCHEZ PÉREZ, "Las protestas del trabajo en la primavera de 1936", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 4, 1 (2011), pp. 77-101.

42 Alejandro QUIROGA, "Review Manuel Álvarez Tardío and Fernando del Rey (eds.), *The Spanish Second Republic Revisited. From Democratic Dreams to Civil War (1931-1936)*", *European History Quarterly*, 43, 3 (2013), pp. 519-520.

su volumen. En la carta, Del Rey y Álvarez Tardío le pedían al editor del *European History Quarterly* que o bien forzara una rectificación por mi parte o que la revista me desautorizara públicamente. Nada de esto, obviamente, ocurrió. La petición venía, además, acompañada de una explicación al editor en la que Del Rey y Álvarez Tardío se presentaban como liberales, democráticos y pluralistas, a la vez que me acusaban de sostener ideologías no democráticas, de pertenecer a un grupo de historiadores militantes que usaban la historia como arma política desde posiciones contrarias al pluralismo democrático y de ser un sectario que había escrito la reseña con el fin de dañar su reputación.

Este tipo de comportamiento refleja bastante bien la consideración que Del Rey y Álvarez Tardío tienen de sí mismos, de sus críticos y de las revistas académicas. La cosa no hubiera tenido mayor importancia si la carta dirigida al *European History Quarterly* no hubiera incluido una amenaza poco velada. En la misiva, Álvarez y Del Rey escribieron que como ciudadano español tenía que ser consciente de que mi reseña podía costarme una demanda en los tribunales. Este tipo de amenazas no pueden tener otro fin que el de amedrentar a los que piensan de un modo distinto y cohibir el debate académico. Además, este ejercicio de intimidación parece algo impropio, aunque no del todo sorprendente, de quienes van repartiendo carnets de demócrata y hacen bandera del pluralismo y la libertad.

El neoconservadurismo en la historia de las ideas y la historia social

Desde la historia de las ideas Pedro Carlos González Cuevas ha presentado una visión muy crítica de las izquierdas durante la II República. Al igual que Álvarez Tardío, este profesor de la UNED también ha considerado que la Constitución del 31 era "excluyente", que muchos en las izquierdas no eran verdaderamente demócratas y que el Gobierno del Frente Popular se deslizó por una senda revolucionaria.[43] Quizás de un modo más sorprendente, González Cuevas califica al intelectual socialista Luis Araquistáin de "teórico del exterminio" izquierdista y

43 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "El holocausto de Paul Preston", *Historia del Presente*, 17 (2011), pp. 152-153.

considera que si hubo un holocausto en España, ese fue el llevado a cabo durante la Revolución de Octubre de 1934 con el asesinato de religiosos y la destrucción de iglesias.[44] González Cuevas, sin embargo, se ha distanciado de la interpretación de Álvarez Tardío con respecto a la CEDA. Para el primero, la coalición de partidos que encabezaba Gil Robles nunca fue ni democrática ni liberal, aunque tampoco fascista, sino socialcatólica.[45]

Por otro lado, González Cuevas ha mantenido una serie de polémicas con Pío Moa en las páginas de *El Catoblepas*. En ellas, el profesor de la UNED ha criticado duramente las tesis de Pío Moa y ha denunciado la tendencia del polemista gallego a imponer en sus obras "la diatriba sobre el razonamiento; la ocurrencia sobre la teoría; la superficialidad sobre la profundidad; y el oportunismo y la improvisación sobre el sistematismo."[46] Desde una perspectiva distinta, González Cuevas también ha sido muy crítico con historiadores como Paul Preston, Julián Casanova, Francisco Espinosa, Alberto Reig e Ismael Saz. Según González Cuevas estos autores son "paleomarxistas" y parten de un "determinismo clasista" que tiende "a simplificar la complejidad del mundo político e ideológico no izquierdista equiparándolo con el fascismo".[47] Desde su "óptica reduccionista", los historiadores marxistas "sustituyen el razonamiento histórico-político por el 'moralismo sublime', es decir, juicios de valor al servicio de una ideología".[48] Pero, para González Cuevas, hay algo más detrás de los planteamientos de estos historiadores izquierdistas:

44 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "Politique d'abord. Respuesta al señor Ismael Saz Campos", *Historia del Presente*, 18, 2 (2011), pp. 88, 90.

45 Ibídem, p. 89.

46 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "Imperativo de selección. Réplica a Pío Moa", *El Catoblepas*, 63 (2007), p. 11; ídem, "Recuperar y rectificar". Respuesta a Pío Moa", *El Catoblepas*, 83 (10 de enero de 2009), p. 10. La cita en "Imperativo de selección", p. 11.

47 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "Historia de las derechas en la historiografía de izquierdas", *Memoria y Civilización*, 13 (2010), p. 90. Prácticamente el mismo artículo está publicado en *El Catoblepas*, 105 (2010), p. 10, con el título de "Revisionismo histórico y paleomarxismo". Varias páginas de este artículo también se incluyen en "De la irrelevancia del fascismo en España", en Manuel ÁVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano…, op. cit.*, pp. 419-443.

48 Ibídem, p. 90.

> En realidad, este tipo de análisis marxista tiende a reproducir las polémicas político-ideológicas del período de entreguerras. Su resurrección con motivo de las discusiones suscitadas por el tema de la denominada "memoria histórica" no solo ha contribuido, tal y como se ha desarrollado, a revivir los peores vicios de la historiografía española, es decir, el dogmatismo, el partidismo y el apasionamiento, sino que viene acompañado, a nivel ético-político por un contenido claramente vindicativo.[49]

Lo interesante de González Cuevas es que ha propuesto de un modo expreso el uso de historiadores revisionistas clásicos de los años setenta y ochenta, es decir, Renzo de Felice, Ernst Nolte y François Furet, junto con los funcionalistas conservadores norteamericanos, esto es Stanley Payne, y Juan José Linz, para estudiar las derechas españolas y sus relaciones con los fascismos europeos.[50] La apuesta por un revisionismo clásico, no deja de ser peculiar porque se basa en la premisa de que la historiografía española no ha superado su época marxista y que para hacerlo tiene que pasar por un revisionismo que se formuló hace más de treinta años en otros países europeos. El planteamiento, cuando menos, es un tanto anacrónico, ya que propone una receta de hace más de tres décadas para una historiografía española del siglo XXI, a la que considera profundamente atrasada. Por otro lado, no deja de ser curioso que González Cuevas ignore en sus escritos y en sus propuestas toda una serie de estudios sobre el fascismo y las derechas en Europa muchos más recientes y con un impacto muy notable en la historiografía anglosajona. Así, en el siglo XXI se ha consolidado una corriente de interpretación del fascismo y las derechas europeas, abiertamente antimarxista y que hacía hincapié en la importancia de la ideología y la cultura fascista, que no está muy alejada de algunos de los postulados de González Cuevas.[51]

49 Ibídem, pp. 91-92.

50 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "¿Revisionismo en España?", *El Catoblepas*, 82 (2008), p. 14.

51 Esta corriente antimarxista y culturalista surgió en la década de los noventa y ha tenido una influencia considerable en el siglo XXI. Entre sus representantes más significativos están Roger GRIFFIN, *The nature of Fascism*, Nueva York, Routledge, 1993; ídem, *Modernism and Fascism. The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*, Basingstoke, Palgrave, 2007; Robert EATWELL, *Fascism: A History*, Londres, Penguin Books, 1997; ídem, "Universal Fascism? Approaches and Definitions", en Stein Ugelvik LARSEN (ed.), *Fascism outside Europe: The European Impulse against Domestic Conditions in the Diffusion of Global Fascism*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 15-45. También desde una perpectiva conservadora pero más cercana a la historia social véase R. J. B. BOSWORTH, *Mussolini's Italy. Life Under the Dictatorship, 1915-1945*, Londres, Penguin, 2006.

No obstante, el profesor de la UNED pasa por alto en sus trabajos las obras de autores como Roger Griffin, Robert Eatwell y R. J. B. Bosworth, aunque esto puede venir dado por el hecho de que González Cuevas nunca cita obras en inglés. En cualquier caso, lo que González Cuevas pretende cuestionar con su apuesta por el revisionismo clásico es la cultura anti-franquista de gran parte de la historiografía española, a la vez que aboga por "una perspectiva liberal y […] la defensa de un régimen constitucional-pluralista".[52] De nuevo, frente a los neofranquistas, de un lado, y el "frentepopulismo historiográfico" de otro, el punto medio, la objetividad equidistante, se ubica en el liberalismo.[53]

Como en el caso de Del Rey y Álvarez Tardío, Pedro Carlos González Cuevas admira a Françoise Furet y Renzo de Felice, dos historiadores que de la militancia comunista pasaron al antimarxismo conservador. Ambos, Furet y De Felice, se definieron, en sus últimos años, como liberales y dedicaron muchos esfuerzos a la crítica de aquellos historiadores cercanos al antifascismo.[54] También, como en el caso de Fernando del Rey y Manuel Álvarez, lo que se encuentra detrás de la crítica de González Cuevas a la historiografía "frentepopulista" es un ataque a la izquierda vinculado al denominado fenómeno de la recuperación de la memoria histórica. Para González Cuevas, la incapacidad de los Gobiernos de José María Aznar a la hora de crear un discurso coherente sobre el franquismo dejó un vacío que "fue aprovechado por la izquierda cultural para demonizar aún más al régimen nacido de la guerra civil y plantear reivindicativamente el tema de la memoria histórica de los vencidos".[55] A su entender, en esta reivindicación, la izquierda española no había resucitado "la memoria histórica de la guerra civil y del franquismo, sino "su" memoria histórica que trata, por todos los medios, de imponer al resto de la sociedad. Novelas, películas, ensayos históricos,

52 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "Revisionismo histórico y paleomarxismo", art. cit., p. 10.

53 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "¿Revisionismo en España?", art. cit., p. 14.

54 Ibídem.

55 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "La decadencia cultural de la derecha española. Revisionismo y memoria histórica", *El Catoblepas*, 61 (2007), p. 15. Una crítica de Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS a la incapacidad del Partido Popular de "promover un proyecto cultural digno de ese nombre" la encontramos en las primeras páginas de su libro *Conservadurismo heterodoxo. Tres vías ante las derechas españolas: Maurice Barrès, José Ortega y Gasset y Gonzalo Fernández de la Mora*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp. 19-20.

reportajes televisivos, desenterramiento de cadáveres en fosas comunes, &c., &c.; todo ello se ha erigido en voz y símbolo del bando republicano en la guerra civil".[56]

Desde el ámbito de la historia social, la Guerra Civil y el primer franquismo también se han convertido en tema de intensa discusión académica en los últimos años, en particular en lo referente a la cuestión de la violencia. En cierto modo, los debates de la historiografía española sobre la naturaleza del régimen franquista de los años setenta y ochenta han resurgido ahora en torno al carácter genocida o no de la dictadura.[57] Con independencia de las diversas posturas que se puedan tener sobre el carácter "exterminista" (este es el término que se usa) o no del franquismo, lo que sí conviene destacar aquí es que, al calor de este debate, algunos autores han tendido a equiparar la violencia republicana a la franquista durante la Guerra Civil, en tanto en cuanto ambas se presentan como intrínsecas al esfuerzo bélico.[58] Así, por ejemplo, el historiador británico Julius Ruiz subraya un número de elementos comunes en ambos bandos, como la existencia de checas y ejecuciones extrajudiciales, el gansterismo y el hecho de que se actuara en el nombre del pueblo dentro de un contexto de gran miedo.[59] Es más, para este profesor de la University of Edinburgh la justicia de Franco "no debería diferenciarse de su homóloga republicana sobre la base de la existencia o no de programas de destrucción" por parte de los sublevados, algo que, desde mi punto de vista, nos aleja un tanto de la posibilidad de comprender las motivaciones y las lógicas de la violencia.[60]

De la misma manera que los trabajos de Julius Ruiz tienden a subrayar las similitudes entre la violencia de los sublevados y la republicana durante la Guerra Civil, sus investigaciones insisten en desvincular el sistema represivo franquista del nazi y del fascista italiano. Según el historiador británico, el sistema judicial militar franquista no que-

56 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "La decadencia cultural", art. cit., p. 15.

57 Gutmaro GÓMEZ BRAVO, "Una visión exterminista del pasado español", *Historia del Presente*, 17 (2011), pp. 155-159.

58 Julius RUIZ, *El terror rojo. Madrid 1936*, Madrid, Espasa, 2012, pp. 21-24.

59 Ibídem, pp. 379-380.

60 Julius RUIZ, "Las metanarraciones del exterminio", *Revista de Libros* (2011), http://www.revistadelibros.com/articulos/victimas-de-la-guerra-civil-libro-coordinado-por-santos-julia

ría exterminar a la población y se fue agotando a partir de 1940 por su incapacidad para procesar las miles de causas abiertas durante 1939.[61] Esta incapacidad le sirve a Ruiz para enfatizar las diferencias entre el franquismo y las dictaduras fascistas, presentando al primero como más moderado y menos punitivo. Las tesis de Ruiz han sido criticadas desde varios frentes. Si bien parece claro que el franquismo no persiguió el aniquilamiento físico de sus oponentes a partir de 1940, como muestra el trasvase de prisioneros de campos de concentración a cárceles, no es menos cierto que la burocratización del sistema judicial militar no es prueba de que no existiera un plan de exterminio del adversario político, como nos recuerda Ángela Cenarro.[62] Por otro lado, la represión franquista no se limitó a las sentencias de los tribunales militares, que es lo estudiado por Ruiz, sino que, como señalan Gutmaro Gómez y Jorge Marco, alcanzó amplísimos sectores de la sociedad civil. Conviene no olvidar que aproximadamente un millón de españoles fueron enviados a cárceles, campos de concentración y batallones de trabajo al final de la guerra.[63] Más allá de las sentencias de muerte dictadas por los tribunales militares, se trató de un sistema punitivo que acabó con la vida de 150 000 personas entre 1939 y 1944, por hacinamiento, hambre, frío y enfermedades.[64]

En cierto modo, la interpretación de la dictadura franquista de Julius Ruiz encaja con la de Pedro Carlos González Cuevas, quien tiende a hacer hincapié en las diferencias entre el régimen español y los fascistas alemán e italiano.[65] En ambos casos se trata de una historiografía que tiene en su punto de mira las investigaciones antifranquistas y, en particular, los trabajos del hispanista británico Paul Preston.[66] Para Julius Ruiz,

61 Julius RUIZ, *La justicia de Franco. La represión en Madrid tras la Guerra Civil*, Barcelona, RBA, 2012, p. 325.

62 Ángela CENARRO, "Miradas y debates sobre la violencia franquista", *Ayer*, 91 (2013), p. 249.

63 Gutmaro GÓMEZ y Jorge MARCO, *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista (1936-1950)*, Barcelona, Península, 2011, p. 230.

64 Chris EALHAM, "Emperor's new clothes", art. cit., p. 374.

65 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, De la irrelevancia del fascismo en España", en Manuel ÁVAREZ TARDÍO y Fernando DEL REY (eds.), *El laberinto republicano…, op. cit.*, pp. 442-443.

66 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "El holocausto de Paul Preston", art. cit., pp. 149-154. Una versión más amplia en ídem, "Paul Preston. El ocaso de un hispanista", *El Catoblepas*, 112 (2011), p. 13.

El holocausto español de Preston ofrecía una explicación "tendenciosa" de las represiones franquista y republicana y suponía "un buen ejemplo de lo que Fernando del Rey ha calificado como 'historia militante'".[67] A fin de cuentas, *El holocausto español* no hacía más que repetir las "trasnochadas versiones republicanas sobre el terror" y solo podía agradar a aquellos que ya estaban "convencidos de que la Guerra Civil española fue un enfrentamiento maniqueo entre las fuerzas del bien republicanas y las franquistas del mal".[68] Si Preston, como había declarado en una entrevista, pretendía que su libro promoviera una reconciliación entre españoles, Ruiz no veía nada claro cómo se iba a lograr este objetivo a base de repetir la mitología sobre la represión franquista elaborada por los republicanos durante la Guerra Civil.[69] Pero había más. Para Ruiz aquellos historiadores que habían alabado *El holocausto español* en sus reseñas, como Helen Graham y Ángel Viñas, no solo impedían una necesaria historización de la Guerra Civil ochenta años después, sino que contribuían a sacrificar la verdad histórica, dados los fallos que minaban los argumentos y viciaban las conclusiones del libro de Preston.[70] Una vez más, los historiadores neoconservadores oponían la verdad histórica a la historia militante y defendían la historización del pasado frente a las interpretaciones politizadas de este.

Los estudios de historia social sobre la Guerra Civil y el franquismo también se han visto revisados desde perspectivas neoliberales que tienden a remarcar el egoísmo de los individuos y su carencia de ideología.

67 Julius RUIZ, "Vino viejo en odres nuevos", *Revista de Libros*, 180 (2011) http://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=5068&t=articulos

68 Ibídem, http://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=5068&t=articulos

69 Ibídem, http://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=5068&t=articulos

70 Julius RUIZ, "Historia Militante y Guerra Civil. *El holocausto español* de Paul Preston", *Revista de Libros* (noviembre 2014), http://www.revistadelibros.com/discusion/historia-militante-y-guerra-civil-el-holocausto-espanolde-paul-preston#note10. Las críticas de Ruiz a Viñas cabe entenderlas como una respuesta del historiador británico al madrileño. En un capítulo del libro *En el combate por la historia. La República, la Guerra Civil, el franquismo* escrito con Alberto Reig Tapia, Viñas había calificado a Julius Ruiz de "antihistoriador" y lo incluía en el grupo de los historiadores neofranquistas. Ángel VIÑAS y Alberto REIG TAPIA, "Residuos y derivaciones franquistas. Unos ejemplos", en Ángle VIÑAS (ed.), *En el combate por la historia. La República, la Guerra Civil, el franquismo*, Barcelona, Pasado Presente, 2012, pp. 921-942.

Quizás el caso más extremo de esta reinterpretación haya sido la llevada a cabo por el historiador norteamericano Michael Seidman. En su libro *A ras de suelo*, Seidman parte de la idea de que el hombre es egoísta por naturaleza y, además, de que no le gusta estar sometido a ningún tipo de autoridad estatal.[71] En este trabajo, el profesor Seidman narra cómo la población que vivió en el bando republicano apoyó a su gobierno mientras la economía política de este fue capaz de suministrarle bienes materiales y lo abandonó una vez empezaron los problemas de abastecimiento. Seidman presenta un retrato de la población republicana como poco ideologizada, egoísta, cínica y ladrona. "El hurto y la ratería –la caza furtiva del proletariado que, como el campesinado, creía tener un derecho natural a apoderarse de lo que le rodeaba– caracterizaron la última etapa del conflicto", escribe en *A ras de suelo*.[72]

En lo que se asemeja a una oda al neoliberalismo, Seidman acusa al dirigismo económico del Gobierno republicano de fomentar el acaparamiento de alimentos y surgimiento del mercado negro, lo que unido a la falta de interés de los trabajadores por trabajar habría llevado al hundimiento de la República durante la Guerra Civil: "quizás la República española habría hecho mejor en permitir el libre comercio y en gravar a continuación fuertemente a sus beneficiarios".[73] Pero Seidman va un paso más allá en su celebración del liberalismo económico y cree ver en las necesidades materiales y el hambre de los republicanos el origen de las actitudes consumistas en la España del siglo XXI: "Los impulsos acaparadores, consumistas y empresariales que muchos individuos manifestaron durante el conflicto forman la base de la actual sociedad de consumo".[74]

Las interpretaciones de Seidman, fácilmente enmarcables en el discurso neoliberal del fin de las ideologías, han alcanzado nuevas cotas de peculiaridad en su último libro *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*. En esta obra Seidman sostiene, sin un ápice de ironía, que las violaciones del control de precios,

71 Unas reflexiones muy interesantes sobre el individualismo de Michael Seidman y cómo lo proyecta sobre sus objetos de estudio en Jesús IZQUIERDO MARTÍN y Pablo SÁNCHEZ LEÓN, "Lejana proximidad. Antropologías de la guerra civil española", *Historia del Presente*, 7 (2006), pp. 101-126.

72 Michael SEIDMAN, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003, p. 28.

73 Ibídem, pp. 354-55. La cita en p. 355.

74 Ibídem, p. 29.

el acaparamiento, los robos y saqueos de alimentos, la deserción, la mendicidad y la prostitución en el bando rebelde durante la guerra eran una forma de protestar contra el dirigismo económico del Estado franquista. Es más, fue precisamente esa 'desobediencia' de la población a finales de los años treinta la que veinte años más tarde pudo llevar al Gobierno franquista a darse cuenta de que el totalitarismo económico no funcionaba, por lo que empezó a liberalizar la economía. En palabras de Seidman: "Esta desobediencia social y económica puede haber empujado finalmente al Estado franquista a transformar la economía política totalitaria que había orquestado bajo la guerra e introducir otra, más orientada al mercado y al consumidor".[75] Y de la liberalización de la economía a finales de los cincuenta a la entrada de España en la Comunidad Económica Europea no hay más que un paso para Seidman: "De este modo el régimen de Franco comenzó a participar en su etapa de madurez en la revolución industrial y de consumo de Europa occidental. España se modernizó según pautas capitalistas y acabó por unirse a la Comunidad Europea".[76]

Es verdad que las teorías de Seidman son un tanto estrafalarias y tremendamente 'presentistas', pero no dejan de ser un buen ejemplo de cómo la historiografía neoconservadora ha intentado presentar una cara más amable del franquismo. En este caso en particular, el franquismo se 'normaliza' por la vía de poner el foco en las políticas liberales que se vinculan directamente con la 'madurez' económica de España y que acaban con la normalidad política que supone pertenecer a la Comunidad Económica Europea. En este análisis España llega a ser un país normal de la Europa occidental por las políticas económicas aperturistas del franquismo. Desaparecen aquí, la lucha antifranquista, las movilizaciones sociales, las ideologías y hasta lo político.

Conclusiones

Desde finales de la década pasada se ha ido consolidando una historiografía neoconservadora sobre la Segunda República, la Guerra Civil y el franquismo. Se trata de autores, por lo demás, bastante distintos entre

75 Michael SEIDMAN, *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2012, p. 27.

76 Ibídem, p. 325.

sí, que se han autoproclamado objetivos y científicos en su búsqueda de la verdad histórica, que han criticado con inusual dureza las investigaciones de historiadores vinculados a la izquierda y que han atacado el fenómeno de la recuperación de la memoria histórica como partisano, excluyente y un problema para la reconciliación entre españoles. El surgimiento de esta historiografía tenemos que entenderlo dentro del marco europeo de lo que se ha venido a llamar "las guerras de la memoria", esto es, las disputas académicas y políticas que, especialmente desde comienzos del siglo XXI, han llevado a una revisión desde varios ámbitos de las visiones sobre el pasado y las políticas públicas en el Viejo Continente.[77] En el caso de los neoconservadores españoles, su rechazo al movimiento social y político por la recuperación de la memoria histórica sirve no solo para acusar a aquellos historiadores que lo han defendido públicamente de partisanos, sino para dotar a sus propios trabajos de un halo de objetividad científica. La táctica, como hemos visto, consiste en situarse en un punto medio, creado artificialmente, entre neofranquistas y frentepopulistas, invocar a menudo la defensa de principios liberales y pluralistas y, ante las críticas, presentarse como víctimas de la intransigencia izquierdista.

En año 2006, el historiador Pablo Sánchez León observó que bajo la coartada de la objetividad se había impuesto en la historiografía española una narrativa sobre la II república dedicada a justificar el régimen constitucional establecido en 1978. Esta historiografía tendía a considerar a la monarquía juancarlista como la hermana de la II República, lo cual no dejaba de ser un ejercicio de anacronismo y presentismo.[78] Los trabajos de los historiadores neoconservadores que han surgido en los últimos años también han dado muestras de anacronismo y presentismo, a la vez que se presentan como paradigmas de objetividad. Sin embargo, este 'revisionismo' universitario plantea justo lo contrario: presenta a la II República como el ejemplo de intolerancia, radicalismo y exclusión, frente a una monarquía constitucional tolerante, moderada e integradora. De un modo complementario, en varios de estos trabajos se hacen

77 Dan STONE, "Memory Wars in the 'New Europe'", en Dan STONE, *The Oxford Handbook of Post-war European History*, Oxford, OUP, 2012, pp. 714-731.

78 Pablo SÁNCHEZ LEÓN, "La objetividad como ortodoxia: los historiadores y el conocimiento de la guerra civil española", en Julio ARÓSTEGUI y François GODICHEAU (eds.), *Guerra civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 124.

más digeribles algunos aspectos del franquismo, como su política económica de corte liberal de las últimas décadas, a la vez que se minimizan los vínculos del primer franquismo con las dictaduras nazi y fascista. Y, por último, se presenta una transición a la democracia sin violencias, sin protestas, sin problemas, una transición modélica hecha desde arriba y guiada por grandes líderes que pactan entre ellos.[79] El mensaje político es muy claro: la movilización social es problemática, los ciudadanos no deben inmiscuirse porque lleva a tensiones antidemocráticas, la política la deben hacer los líderes a base de pactos.

Es sabido que la objetividad es un desiderátum que sirve de guía a los historiadores, pero no puede ser un instrumento discursivo legitimador como pretenden los neoconservadores. Como ha señalado José Luis Ledesma, "cada generación reescribe la historia, la representación del pretérito está condicionada por los condicionantes sociales del historiador y la 'verdad' resulta una entelequia inalcanzable"[80]. No deja de ser curioso que la historiografía neoconservadora se haya consolidado al mismo tiempo que la crisis económica del 2008 se convertía en España en una crisis social y política de dimensiones inimaginables. A la par que esta historiografía celebraba el modelo económico neoliberal y una democracia de élites surgidos de la transición, el país alcanzaba un 26% de paro, 3 millones de personas viviendo en pobreza extrema y la segunda mayor diferencia en la Unión Europea entre ricos y pobres. Asimismo, la crisis llevaba a un desmantelamiento parcial del estado de bienestar y los innumerables casos de corrupción ponían en entredicho no solo a la élite política española, sino al sistema surgido de la transición. La magnitud de la crisis ha sido tal que el relato hegemónico de la transición a la democracia, como el momento histórico de concordia entre españoles que abrió puerta a la modernidad política y a la riqueza económica del país, se ha visto seriamente cuestionado. Queda por ver si los discursos que defienden una democracia controlada por élites neoliberales van a seguir teniendo eco social, en el contexto histórico de una crisis que ha propiciado el cuestionamiento de muchos aspectos del régimen surgido de la Constitución de 1978.

79 Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, "Historiografía sobre la violencia política en la Segunda República española: una reconsideración", *Hispania Nova*, 11 (2013), http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d004.pdf (consultado el 22-10-2013).

80 José Luis LEDESMA, "El *Diccionario biográfico español*, el pasado y los historiadores", *Ayer*, 88 (2012), p. 263.

Revisionismo de Estado y primera hora cero en España, 1936-1943

Miquel À. Marín Gelabert

La calle de San Bernardo, en Madrid, es una de las calles universitarias por excelencia. Marcada por el trasiego de estudiantes y por sus librerías, en el número 37, muy cerca de los edificios principales de la Complutense, abría la Librería Universidad, probablemente una de las más surtidas y mejor relacionadas del momento. En el legajo número 10 de la pieza segunda de la Causa General de Madrid, referente al "Alzamiento Nacional, Antecedentes, Ejército Rojo y Liberación", entre otros documentos de diversa procedencia, se conserva un informe de la Librería Universidad, sobre las obras relativas al Movimiento Nacional-Sindicalista publicados para mayor gloria del Alzamiento.[1] Desconocemos el autor o la fecha de su redacción, pero sabemos que contiene obras que vieron la luz entre 1936 y 1941. Se trata de un amplio listado de más de veinte páginas, que incluye de forma desordenada y algo deslavazada un total de 784 títulos. En términos generales, estamos ante un compendio de publicística política y periodística, nueva literatura histórica, biografías, autobiografías, antibiografías, testimonios, estudios jurídicos, y caracterizaciones más o menos ontogenéticas del *ethos* y el *pathos* español reciente.

Con las imprescindibles prevenciones que nos recomienda una primera aproximación a este documento, resulta más que evidente, sin embargo, que estamos ante un memento de la ortodoxia interpretativa (tan errática como queramos, pero ortodoxia al fin y al cabo) del presente y del pasado, de la noción de (nuevo) Estado y de sus órganos, de la memoria social preconizada desde el poder y de la representación del nuevo imaginario colectivo, con sus héroes y villanos sus "enfrentamientos

1 Archivo Histórico Nacional. Fiscalía del Tribunal Supremo. Causa General. B. Pieza segunda de Madrid. Del Alzamiento Nacional, Antecedentes, Ejército Rojo y Liberación. Relación de la Librería Universidad sobre los libros relativos al Movimiento Nacional-Sindicalista. 20 folios. FC-Causa General, 1563, Expediente 18.

abiertos" y sus "casos cerrados". No obstante, desde la perspectiva investigadora de la historia de la historiografía, este documento nos permite abrir una pequeña ventana a un momento clave en el devenir de la profesión en España.

Decididamente, no solo nos muestra el papel que el historiador profesional español representó (o dejó de representar) en los primeros momentos de la reconfiguración ideológica del nuevo Estado. Recordemos que en 1936 los historiadores españoles están llegando a los últimos estadios en el proceso de formación de una comunidad profesional consolidada en términos internos y también externos. Nos referimos con ello, no solo a la célebre conferencia *España*, dictada en la Universidad de Valencia por Pere Bosch Gimpera en el invierno de 1937, a los no menos célebres manifiestos intelectuales en favor de la República o del Alzamiento,[2] en 1937 y 1938, o a las aportaciones de ambos bandos ante foros internacionales, como la *Histoire de la Revolution Nationale Espagnole* publicada en París en abril de 1939, en cuatro volúmenes, en la que participaron Pedro Sainz Rodríguez, Melchor Fernández Almagro y Antonio Ballesteros Beretta, los discursos de Gregorio Marañón, González Palencia o Unamuno. Ello quedó reflejado en los resortes intelectuales de la solidaridad internacional que permitieron abrir vías de exilio a algunos de los más destacados historiadores del momento (Altamira, Bosch, Castro, Sánchez Albornoz).[3] Una guerra de palabras se libraba igualmente en trincheras abiertas fuera del territorio.

Nos permite también establecer una topografía social del campo histórico en el momento inicial de una hora cero (el final de la Guerra Civil). Gracias a él inferimos el papel representado por los historiadores más jóvenes en este frente ideológico. Y un mínimo seguimiento prosopográfico nos permitiría conocer qué futuro les deparó su servicio a la patria. Nos faculta, por lo demás, a visualizar los nuevos contenidos del

2 *Cf. Manifiesto de los intelectuales católicos en favor de la causa nacional*, abril de 1937; o el *Manifiesto de los intelectuales españoles por la victoria total del pueblo*, Barcelona, Casa de Cultura, febrero de 1938.

3 *Cf.* Gregorio MARAÑÓN, "Surveying the Spanish War. Liberalism and Comunism", *Revue de Paris*, 15 de diciembre de 1937; Cándido Ángel GONZÁLEZ PALENCIA, *The Flame of Hispanicism,* Nueva York, Peninsular News Service, 1938; o Pío BAROJA, Gregorio MARAÑÓN, Miguel DE UNAMUNO, Alejandro LERROUX y Niceto ALCALÁ ZAMORA, *Spanish Liberals Speak on the Counter-Revolution in Spain*, San Francisco, Spanish Relief Committee, 1937, por poner algunos ejemplos.

pasado reciente, marcados por la ruptura fundamental de los espacios de la experiencia y los horizontes de las expectativas de varias generaciones. Y, entre muchas otras circunstancias, nos ayuda a observar, por último, la nueva incorporación de una generación de soldados de la cultura encargados de revisar los contenidos de la cultura nacional oficial, erradicar cualquier elemento cercano al intelectualismo, al laicismo, al liberalismo y al izquierdismo, y subordinar su actividad a nuevos objetivos abiertos al futuro. Soldados de todas las edades, de primera hora y conversos, convencidos fascistas, fascistizados y transeúntes.[4]

Se trata, pues, de un documento de segundo nivel, válido para múltiples acercamientos. Por sí mismo es un buen punto de partida investigador, porque nos acota un ámbito de análisis para la construcción del Nuevo Estado: el de la edición, el de los grupos de interés y el de las ideas. No lo desarrollaremos en su totalidad y simplemente nos apoyaremos en él para remarcar algunos rasgos del momento. Lo que nos interesa ahora es, pues, destacar una parte del contenido de este documento y poner de relieve algunas de las características de la reactivación inicial de la historiografía española a medida que la guerra iba llegando a su fin, y en los siguientes años.

Revisionismo de Estado

De entre estas características, dos son de consideración prioritaria. La primera es el papel del revisionismo histórico en la ruptura de la incipiente comunidad profesional prebélica y, con ello, también los rasgos mismos de la ruptura. La segunda, no obstante, es la influencia del cambio de guardia en el reforzamiento de los nuevos contenidos ideológicos impuestos sobre la práctica profesional de la historia. Esto es, la consolidación del revisionismo fascistizante y antiliberal como historia oficial.

4 *Cf.* Ignacio PEIRÓ, *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013 y "La edad de oro liberal: memoria e historia de la cultura nacional española, 1875-1936", en Carlos FORCADELL y Manuel SUÁREZ CORTINA (coords.), *La Restauración y la República. III. Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid, Marcial Pons; Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 141-168, artículo en el que el autor analiza hasta los años setenta.

Por tanto, partimos de la idea de que el revisionismo representó un papel esencial en el proceso de reconfiguración de la historiografía profesional y en la reconstrucción de la comunidad de historiadores tras la Guerra Civil. La imposición de una reorientación ideológica del pasado nacional marcó inicialmente la pauta interpretativa de la ciencia histórica en España en todas sus facetas, desde la prehistoria al mundo contemporáneo, y desde la subversión de los elementos constitutivos de la profesionalización del historiador (es decir, método y cultura nacional), hasta la modificación del *cursus honorum* y de las fuentes de prestigio de los nuevos jerarcas de la profesión (los nuevos catedráticos).[5] A modo de ejemplo, baste pensar en categorías políticas como reconquista, hispanidad, raza, caudillismo, jerarquía, centralismo, unidad o imperio, que se incorporaron como vectores interpretativos del discurso histórico en todas sus épocas. Pensamos también en la importancia de toda una serie de recursos simbólicos que, tras 1939, adquirieron una relevancia absoluta como fuente de prestigio e influencia. Por una parte, los discursos inaugurales de las ocupadas universidades (Barcelona, Valladolid, Salamanca, Murcia, Sevilla, Madrid...). Por otra, los cursos con contenidos históricos organizados por el Instituto de Estudios Políticos o por las diversas academias y servicios históricos militares. Del mismo modo, los contenidos políticos de las actividades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, desde los discursos plenarios anuales a las presentaciones programáticas de los números fundacionales de las principales revistas.[6] Y por último, las prácticas conmemorativas, desde

5 Ignacio PEIRÓ, "Historiadores en el purgatorio", *Cercles,* 16 (2013), pp. 53-81 y "Los pequeños dictadores: los catedráticos de Historia de las Facultades de Filosofía y Letras", *Historia Social* [en prensa]; Gonzalo PASAMAR, "La historiografía franquista y los tópicos del nacionalismo historiográfico español", *Studivm*, 5 (1993), pp. 7-31; y Miquel À. MARÍN, "Subtilitas Applicandi. El mito en la historiografía española del franquismo", *Alcores,* 1 (2006), pp. 119-144.

6 Algunos ejemplos de lo primero, en Isaías SÁNCHEZ TEJERINA, *El Alzamiento Nacional comenzó siendo un caso de legítima defensa* (Universidad de Salamanca, curso 1940-1941); Gonzalo CALAMITA, *La Universidad de Zaragoza en la guerra de liberación nacional* (Universidad de Zaragoza, curso 1939-1940), Julián M.ª RUBIO, *Los ideales hispanos en la tregua de 1609, en el momento actual* (Universidad de Valladolid, curso 1937-1938); Manuel FERRANDIS TORRES, *La coyuntura de España* (Universidad de Valladolid, curso 1940-1941); Santiago MONTERO DÍAZ, *La Universidad y los orígenes del nacional-sindicalismo* (Universidad de Murcia, curso 1939-1940); Manuel GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España* (Universidad Central, 1942-1943) o Luciano DE LA CALZADA, *El retorno hacia los esquemas ordenadores de la Historia* (Universidad de Murcia, curso 1943-

el bimilenario de Augusto al sesquicentenario de la Guerra de la Independencia, pasando por el milenario de Castilla y el quinto centenario de los Reyes Católicos.[7]

Evidentemente, lo hizo de la mano de la conquista militar, de la represión, de la expulsión, del miedo, del exilio, del duelo y del sentimiento de pérdida de todos aquellos historiadores que en algún momento de su vida hubieron de elegir entre seguir siendo o no ciudadanos españoles o seguir siendo (o no) historiadores en el modo en que lo habían sido hasta entonces. El espíritu del 18 de julio ocupó la Universidad. El alzamiento devino cruzada y, con ello, la misión de la Universidad quedó subordinada absolutamente a la construcción del nuevo Estado, primero fascista, y luego nacionalcatólico.

Y si el revisionismo dibujó la línea roja a partir de la cual operaba la exclusión como marcó también la pauta, el camino, para quienes optaron por mantenerse en el interior y adaptarse con el objetivo inicial de sobrevivir y seguir ejerciendo su profesión. En realidad, era la única actitud que dejaba abierta la puerta de la cooptación a alguna de las numerosas cátedras universitarias, de escuela de comercio o de instituto que surgieron al final de la guerra cuando las muertes, los exilios, las sanciones depuradoras, o simplemente la reconfiguración de la alta cultura, permitieron el aumento del número de historiadores a partir de 1939. Una forma de colaboracionismo primitivo e inmediato.[8]

1944). En cuanto a los actos del Instituto de Estudios Políticos, *cf*. Nicolás SESMA, "Importando el nuevo orden. El Instituto de Estudios Políticos y la recepción de la cultura fascista y nacionalsocialista en España, 1939-1943", en Ferrán GALLEGO (ed.), *Rebeldes y reaccionarios: intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 243-280; y "Sociología del Instituto de Estudios Políticos. Un 'grupo de élite' intelectual al servicio del partido único y del Estado franquista", en M. A. RUIZ CARNICER (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 2013, pp. 253-288. Finalmente, entre las actividades relacionadas con la historia auspiciadas por instituciones militares, cabe destacar en 1941 los tres volúmenes de la *Acción de España en África*, auspiciada por el Servicio Histórico Militar, o las incesantes actividades de la Academia Militar de Zaragoza que finalmente cristalizaron en la cátedra General Palafox en la Universidad de Zaragoza.

7 *Cf*. Gustavo ALARES LÓPEZ, *Las políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura*. Tesis doctoral, Instituto Europeo de Florencia, 2014.

8 *Cf*. Ignacio PEIRÓ y Gonzalo PASAMAR, *Diccionario Akal de historiadores españoles*, Madrid, Akal, 2002. También, Gonzalo PASAMAR, "La formación de la his-

En definitiva, estaríamos ante un revisionismo de Estado que se sustentó esencialmente sobre cuatro pilares. En primer lugar, la erradicación de las prácticas profesionales anteriores, substituidas por sucedáneos cuyos medios y objetivos apenas guardaban parecido.[9] Así, el entramado de escuelas e institutos de la JAE dio paso a una estructura más compleja y atomizada en el nuevo Consejo Superior de Investigaciones Científicas que, a su vez, desarrolló una red de publicaciones periódicas especializadas en prehistoria, historia general, del arte, del derecho, religiosa, árabe o hebraica, a la que se sumó todo un entramado de revistas locales de cultura. Paradójicamente, un sistema cultural regido por el presente y su necesidad de legitimación desterró la historia contemporánea de las instituciones. Siendo así que, como han mostrado Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, el contemporaneísmo de los primeros años cuarenta cayó bajo el control de la publicística, la propaganda y el Instituto de Estudios Políticos, en cuya revista aparecen las principales aportaciones del momento, que fijaron la ortodoxia y coordinaron la práctica historiográfica con las categorías políticas emergentes en la institución.[10]

toriografía profesional en los inicios del franquismo", *Perspectiva Contemporánea*, 1 (1988), pp. 135-149, e *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991; Miquel À. MARÍN, *Los historiadores españoles en el franquismo,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza / Institución "Fernando el Católico", 2005; y Yolanda BLASCO y María Fernanda MANCEBO, *Oposiciones y concursos a cátedras de Historia en la Universidad de Franco (1939-1959),* Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2010.

9 *Cf*. Ignacio PEIRÓ, "La cultura", en Jordi CANAL (coord.), *España. La apertura al mundo. 1880-1930 (Tomo III de América Latina en la Historia Contemporánea)*, Madrid, Fundación Mapfre, pp. 281-349; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Álvaro RIBAGORDA (eds.), *La Universidad Central durante la Segunda República: las Ciencias Humanas y Sociales y la vida universitaria*, Madrid, Universidad Carlos III, 2013; Luis E. OTERO CARVAJAL (ed.), *La destrucción de la ciencia en España. Depuración univesitaria en el franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2006; y Jaume CLARET, *El atroz desmoche. La destrucción de la universidad española por el franquismo, 1936-1945,* Barcelona, Crítica, 2006.

10 *Cf*. "La historiografía contemporaneísta en la posguerra española: entre el desinterés académico y la instrumentalización política", en Gonzalo PASAMAR e Ignacio PEIRÓ, *Historiografía y práctica social en España,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1986, pp. 63-92.

En paralelo, operó también una institucionalización de la censura y de la propaganda (interior y exterior), por un lado;[11] y del control personalista de la alta cultura y de la cultura local, por otro, lo cual generó circuitos y redes de relación e influencia que dibujaron los contenidos de la censura no administrativa del campo histórico.[12]

En tercer lugar, se produjo la promoción de nuevas editoriales y revistas culturales que coparon oficialmente el público potencial. Y por último, se propició la eliminación (destrucción) del "historiador-enemigo" del imaginario profesional: no existían sus libros, se penalizaba a sus discípulos, se arrasaba sus seminarios, se olvidaban sus debates e incluso, en muchos casos, se soslayaban campos enteros de la investigación que caracterizaron sus logros anteriores.

Asimismo, no debemos olvidar que fue en los primeros años del franquismo cuando se llevó a cabo la parte principal de la depuración de funcionarios y catedráticos. En este sentido, al igual que el fascismo alemán se sirvió de las debilidades del paradigma historicista imperante y del mandarinato académico para sus fines, y el fascismo italiano reclutó a una parte no escasa de la profesión para sus camisas negras, en el caso español, el gremio contribuyó enormemente a su autodepuración y a establecer y consolidar nuevas pautas de control.[13] Fueron años en los que una parte considerable de los intelectuales y académicos que habían vivido la guerra en Madrid o Barcelona ocupando puestos no directivos (la mayoría) tuvieron que implementar estrategias de acer-

11 Un ejemplo del papel de los historiadores en la diplomacia cultural, en Antonio CAÑELLAS MAS, "Vicente Rodríguez Casado. Las implicaciones políticas del americanismo científico de postguerra", en Antonio C. MORENO (ed.), *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra, 1936-1945,* Gijón, Trea, 2013, pp. 271-302.

12 Recordemos que, a partir de 1944, la censura de los libros técnicos y científicos pasó a ser competencia del CSIC. *Cf.* Eduardo RUIZ BAUTISTA (coord.), *Tiempo de censura. La represión editorial durante el franquismo,* Gijón, Trea, 2008, y del mismo autor, *Los señores del libro. Propagandistas, censores y bibliotecarios en el primer franquismo,* Gijón, Trea, 2005.

13 *Cf*. Margherita ANGELINI, "Clio among the Camicie Nere. Italian Historians and their Allegiances to Fascism (1930s-1940s)", en Giulia ALBANESE y Roberta PERGHEN (eds.), *In the Society of Fascists. Acclamation, Acquiesncence and Agency in Mussolini's Italy*, Londres, Palgrave MacMillan, 2012; Winfried SCHULZE y Otto GERHARD OEXLE (eds.), *Deutsche Historiker im Nationalsozialismus,* Fráncfort del Meno, Fischer, 1999; Gonzalo PASAMAR, "La formación de la historiografía profesional en los inicios del franquismo", art. cit.

camiento a los entes que gestionaban las nuevos resortes de inclusión / exclusión. En este sentido, a partir de calculados movimientos basados en recursos familiares, relaciones políticas y sociales (o incluso en antiguos apoyos académicos), historiadores cuya trayectoria anterior a 1936 se había visto marcada por prácticas políticas liberales o que se habían mantenido leales al Estado previo al golpe de julio, tuvieron que considerar la posibilidad de negar su propio pasado y encarar el futuro con nuevos ropajes ideológicos en sus obras, en sus oposiciones a cátedra y más tarde en sus aulas.[14]

14 En este sentido, los estudios publicados en la última década a propósito de los fenómenos de fascistización en España han comenzado a ser aplicados directa o indirectamente a la comprensión de las trayectorias individuales de algunos historiadores. *Cf.* Joan M.ª THOMÀS, *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista,* Barcelona, Plaza y Janés, 2001; o Javier RODRIGO, "Violencia y fascistización en la España sublevada", en Francisco MORENTE (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras,* Madrid Catarata, 2011, pp. 79-95. Una aproximación comprensiva en perspectiva internacional, en Ismael SAZ, "¿Dónde está el otro? O sobre qué eran los que no eran fascistas", en Joan A. MELLÓN (coord.), *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos,* Madrid, Tecnos, 2012, pp. 155-190. En este sentido, si bien la historia de la historiografía ha ofrecido numerosos ejemplos de fenómenos de metamorfosis historiográfica, como lo muestran los estudios de Ignacio Peiró acerca de José María Jover ("La normalización historiográfica de la historia contemporánea en España: el tránsito de José María Jover", en Teresa ORTEGA (ed.), *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*, Granada, Universidad de Granada, 2007, pp. 321-390, o "Historia y dictadura: la metamorfosis de José María Jover", en *Historiadores en España..., op. cit.*, pp. 119 y ss.) o Miquel À. MARÍN acerca de Jaume Vicens Vives (*A través de la muralla. Jaume Vicens Vives y la modernización del discurso histórico,* Barcelona, Vicens Vives, 2010), son los historiadores de la arqueología y la prehistoria quienes están realizando una labor más exhaustiva. Algunos casos de estudio en Francesc GRACIA ALONSO, *Arqueologia y política. La gestió de Martín Almagro Basch al capdavant del Museu Arqueològic Provincial de Barcelona, 1939-1962,* Barcelona, Universitat de Barcelona, 2009 o "Arqueología de la memoria. Batallones disciplinarios de soldados-trabajadores y tropas del ejército en las excavaciones de Ampurias", en Carme MOLINERO, Margarita SALA y Jaume SOBREQUÉS (eds.), *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la Guerra Civil y el franquismo,* Barcelona, Crítica, 2003, pp. 37-60; Alfredo MEDEROS, "Julio Martínez Santa Olalla y el nacionalsocialismo: un oscuro y controvertido aspecto del primer excavador científico de Carteia", *Almoraima*, 39 (2009), pp. 499-504; "El proyecto de Antonio Tovar de una exposición de Canarias en 1941 y la consolidación de las Comisarías Insulares de Excavaciones como respuesta al intento de Hitler de anexionarse una isla canaria", *Lvcentvm*, 31 (2012), pp. 207-226, y "Martín Almagro Basch, formación y consolidación como catedrático de Prehistoria (1911-1943)", en *Boletín del Seminario de Estudios de Arqueología,* 77-78 (2011-2012), pp. 335-416; y Luis VELASCO MARTÍNEZ, "Fascistización y desfascistización en Carlos Alonso del Real" [en prensa].

Podríamos en este punto mencionar una docena de casos ejemplares. Recientemente Enrique Pérez Boyero ha estudiado el caso de José María Lacarra, que trabajó en Madrid en la conservación del patrimonio artístico y obtuvo una de las primeras cátedras universitarias del nuevo régimen.[15] Igualmente significativos por otras razones, resultan los de Antonio Palomeque, Cayetano Alcázar, Jesús Pabón, Santiago Montero Díaz, Antonio de la Torre, etc. Para ilustrar la complejidad del contexto, baste recordar un caso insignificante, entre muchos otros. En la primavera de 1941, un joven historiador de 30 años llamado Jaume Vicens Vives, tramitaba los escritos de su defensa (a la postre frustrada) en el proceso de depuración como catedrático de instituto con el auxilio de miembros de la dirección de Falange en Barcelona, del obispado de la misma diócesis, del Ateneo y de la Delegación catalana del Servicio de Propaganda. Al mismo tiempo (literalmente, en los mismos días), anunciaba una conferencia sobre el *Lebensraum*, publicaba en prensa, con o sin pseudónimo, artículos que analizaban el devenir geopolítico de la guerra mundial, era interrogado por la policía y por la fiscalía especial de la causa general, daba a la imprenta una monografía de corte nacionalcatólico sobre la política del rey Fernando en Cataluña, solicitaba sin éxito su inclusión en los trámites previos a un concurso de oposición a cátedra universitaria y suplicaba ante el Ministerio de Educación Nacional que le fuera reconocido el título de doctor en Historia (que por ley le había sido arrebatado, y que no recuperaría hasta 1947, recibiendo el título impreso, ya catedrático de Universidad, en febrero de 1948). Sin buscar determinismos ni justificaciones, este tipo de lógicas situacionales, en un país que era una inmensa prisión, en el que todavía funcionaban las delaciones vecinales, permite comprender algunos de los elementos que propiciaron el éxito ideológico y profesional de una redirección general antiliberal y anti-lustrada de la historiografía. En 1942 Vicens acabaría dando a la imprenta el primero de sus manuales universitarios *Historia General Moderna*, aplaudido sonoramente por la historiografía oficial.[16]

15 *Cf*. Miquel À. MARÍN, "La formación de un medievalista: José María Lacarra, 1907-1940", *Jerónimo Zurita,* 82 (2007), pp. 39-98; y Enrique PÉREZ BOYERO, "José María Lacarra, un archivero en la guerra civil española, 1936-1939", *Huarte de San Juan*, 17 (2010), pp. 257-294.

16 *Cf*. *Historia General Moderna*, Barcelona, Montaner y Simón, 1942. La primera de las recensiones, en *Hispania*, 10 (1943), pp. 159-161, a cargo de Cayetano Alcázar; la segunda, en *Saitabi,* 2 (1944), pp. 86-89, a cargo de Julio Salom.

Más tarde, este acelerado movimiento revisionista sería subsumido por la matriz historiográfica oficial y con ello, en el corto plazo de una década, quedó en cierto modo neutralizado. Su fosilización como epítome del aislamiento, de la caricatura, de la lógica apodíctica y de la hipérbole ideológica, preparó el camino a la aparición de nuevas formas de historia que no fueron sino tímidas e intuitivas imitaciones de rasgos más visibles que caracterizaban comunidades profesionales exteriores.[17] Aunque este sería un nuevo contexto, el de los primeros cincuenta. Por lo demás, estas comunidades atravesaban un proceso de imparable crecimiento tras la Segunda Guerra Mundial y comenzaban a gestionar redes de relación disciplinar (y también política) cada vez más tupidas en el entorno continental de acuerdo con circunstancias contextuales y lógicas situacionales a las que los historiadores españoles eran ajenos. La tímida inserción de algunos historiadores españoles en estas redes, así como el inicio del fin del aislamiento formal socavó a partir de los primeros cincuenta los cimientos de un proyecto cultural estatal de la dictadura que se remonta a los años azules.[18] No obstante, una parte no desdeñable de la profesión siguió anclada en esos años.[19]

Revisionismo: concepto y categoría historiográfica

Sin embargo, todo esto está muy lejos (me refiero a muy lejos en el tiempo) del proceso que nos ocupa. Para abordar la consolidación de lo que hemos llamado el *revisionismo de Estado* desde la historia de la historiografía debemos delimitar los márgenes de dos articulaciones teóricas que, por resultar cada vez más comunes, rondan en ocasiones la indefinición. Por una parte, *revisionismo* como categoría operativa. Por otra, la definición historiográfica de la *hora cero*.

17 Un ejemplo, en Vicente PALACIO ATARD, "Historia sin polémica", *Ateneo*, 7 (abril de 1952), p. 1.

18 *Cf*. Miquel À. MARÍN, "El aleteo del lepidóptero. La reincorporación de la historiografía española al entorno de la profesión en los años cincuenta", *Gerónimo de Uztáriz*, 19 (2003), pp. 119-160.

19 Baste citar, a modo de ejemplo, la conferencia dictada por fray Justo Pérez de Urbel en Zaragoza y publicada con el título "La guerra como cruzada religiosa", en *La guerra de liberación nacional*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1961, pp. 45-76.

Todos reconocemos que *revisionismo* es un concepto muy complejo, que las ciencias sociales han desarrollado a partir del que se origina en el debate político desde los inicios del siglo XX. De un lado, se trata de movimientos políticos internacionales (auspiciados por grupos, partidos o Estados) que pretenden reconsiderar (revisar) para su modificación, las bases fundamentales de un *statu quo*. Esto es, modificar lo establecido en el pasado en tratados de paz o alianzas que ordenan la política internacional. Este sería el caso del revisionismo alemán tras la Primera Guerra Mundial.[20] De otro lado, se trata de movimientos ideológicos que redefinen las bases de un partido y, en consecuencia, de su acción. El caso más claro es la continua redefinición del marxismo y el comunismo en el siglo XX, que ha tenido su traslado a los estudios de historia de la historiografía de dichos períodos en la Unión Soviética y los países de su órbita antes y después de 1989.[21]

Finalmente, el tercer aspecto sería el que afecta a las ciencias sociales, en cada uno de los campos consolidados del saber.[22] En este sentido,

20 *Cf*. el clásico de Helga GREBING, *Der Revisionismus. Von Bernstein bis zum 'Präger Frühling'*, Múnich, Beck, 1977, un texto producido en el fragor del debate en torno a las nuevas tesis historiográficas revisionistas en Alemania y que destila la complejidad de su misma definición. Más adelante, Kurt PÄTZOLD, "Von Verlorenem, Gewonnenem und Erstrebtem oder: Wohin der 'neue Revisionismus' steuert", *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 12 (1986), pp. 1452-1463. También Brigitte BAILER-GALANDA, "Revisionism in Germany and Austria: The Evolution of a Doctrine", en Hermann KÜRTEN, Herbert BERGMANN y Rainer ERB (eds.), *Antisemitism and Xenophobia in Germany after Unification*, Nueva York / Londres, Oxford University Press, 1997, pp. 174-189; y, por último, Eva HAHN y Henning HAHN, "The Holocaustizing of the Transfer-Discourse. Historical Revisionism or Old Wine in New Bottles?", en Michal KOPEČEK (ed.), *Past in the Making. Historical Revisionism in Central Europe after 1989*, Budapest, CEU Press, 2007, pp. 39-58. Sobre todos, véase, Wolfgang J. MOMMSEN, "Between Revisionism and Neo-Historicism. Recent Trends in West-German Historiography", *Storia della Storiografia*, 11 (1987), pp. 104-121.

21 *Cf*. Roger D. MARWICK, *Rewriting History in Soviet Russia. The Politics of Revisionist Historiography, 1956-1974*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2001; o los estudios comprendidos en Michal KOPEČEK (ed.), *Past in the Making…, op. cit.*, y en Günter MORSCH y Bertrand PERZ (eds.), *Neue Studien zu nationalsozialistischen Massentötungen durch Giftgas. Historische Bedeutung, technische Entwicklung, revisionistische Leugnung*, Berlín, Metropol Verlag, 2011. Un magnífico artículo, por cuanto aúna el análisis del proceso con el testimonio de quien participó conscientemente en él, en Sheila FITZPATRICK, "Revisionism in Soviet History", *History and Theory*, 46, 1 (2007), pp. 77-91.

22 Un ejemplo clásico en filosofía, sería el representado por el "revisionismo trascendental" de la primera década del siglo XX, entendido como superación cien-

en historiografía, se aceptaría dos grandes acepciones del término. Una, designaría la tendencia a modificar las interpretaciones históricas consolidadas a partir de investigaciones que reconsideran aspectos parciales. Esta sería la acepción más común aplicada a los estudios especializados que tratan tal o cual aspecto de un objeto consolidado de la investigación. Una segunda, en cambio, identifica la que pretende modificar la interpretación histórica consolidada a partir de resortes ajenos a la investigación, siendo el negacionismo el más conocido de todos ellos. Por añadidura, el revisionismo como fenómeno político y también científico-social ha acompañado a los diversos procesos de profesionalización y normalización de las comunidades de historiadores en el Reino Unido, Alemania o Italia, por ejemplo, desde principios del siglo XX y ha generado una gran cantidad de literatura especializada.[23]

Teniendo, pues, un origen eminentemente político e interpretativo, impregnó, sin embargo, los debates teóricos y metodológicos en toda Europa a partir de la Primera Guerra Mundial, cuando los profesores de historia de la Universidad de Oxford se preguntaban *Why we are at War?* o intelectuales como Walter Benjamin se cuestionaban la posibilidad

tifista del idealismo kantiano. *Cf*. Una buena introducción al debate en Matthias NEUBER, *Die Grenzen des Revisionismus. Schlick, Cassirer und das Raumproblem*, Viena, Springer, 2012. En el caso de la filosofía y la historia de la ciencia, *cf*. el estudio de las relaciones ontológicas entre las visiones científicas de Carnap y Kuhn a propósito de la categoría *estructura* como una forma de revisionismo, en José Carlos PINTO, "Carnap, Kuhn, and Revisionism. On the Publication of Structure in Encyclopedia", *Journal for General Philosophy of Science*, 38, 1 (2007), pp. 147-157.

23 A propósito del revisionismo en el Reino Unido, *cf*. Glenn BURGESS, "On Revisionism. An analysis of Early Stuart Revisonism in the 1970s and the 1980s", *Historical Journal,* 33 (1990), pp. 609-628; Steven ELLIS, "Revisionismus", en Joachim ELBACH y Günther LOTTES (eds.), *Kompass de Geschichtswissenschaft,* Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 2006, pp. 342-355; y Ronald HUTTON, "Revisionism in Britain", en M. BENTLEY (ed.), *Companion to Historiography,* Londres, Routledge, pp. 377-392. En cuanto al caso alemán, *cf*. Ronald G. ASCH, "Triunph des Revisonismus oder Rückkehr zum Paradigma der Bürgerlichen Revolution?", *Historische Zeitschrift*, 22 (1995), pp. 523-540, y Karl Heinz ROTH, "Revisionist Tendencies in Historical Research into German Fascism", *International Review of Social History,* 39, 3 (1994), pp. 429-455. Para el contexto italiano, *cf*. Pier Paolo POGGIO, "Por un análisis crítico-histórico del revisionismo" y "La recepción de Nolte en Italia", en *Nazismo y revisionismo histórico,* Madrid, Akal, 2006, pp. 199-249; y Emilio GENTILE, *Renzo de Felice. Lo storico e il personaggio*, Bari, Laterza, 2003.

misma de narrar para recordar tras la experiencia bélica.[24] A partir de ese momento, ha acompañado a cualquier aproximación historiográfica de los grandes cambios de régimen político del siglo XX desde el comunismo al poscomunismo, y desde la emergencia del Tercer Reich a la división de Alemania en dos y su posterior unificación, ha teñido las memorias traumáticas en Occidente.

Por lo demás, capitalismo, comunismo, fascismo y holocausto han protagonizado los debates revisionistas de las últimas décadas y, en España, aunque principalmente focalizado en el entorno interpretativo de la II República y de la Guerra Civil, este término camaleónico (en palabras de Enzo Traverso[25]) no ha perdido vigencia. Gracias a la pluma de historiadores profesionales, periodistas, publicistas políticos, productoras y cadenas de televisión marcadamente posicionadas, comentaristas televisivos, editoriales comerciales de prestigio, escritores que explotan el pasado como fuente de inspiración o vínculo con un público más amplio, e incluso la misma Real Academia de la Historia, se mantienen vivas interpretaciones, articulaciones o simplemente enunciados propios del primer revisionismo franquista.

Baste recordar la intensa polémica generada en torno a la primera edición del *Diccionario biográfico español*, de la Real Academia de la Historia, esencialmente en lo que respecta a las voces relacionadas con los jerarcas del franquismo y al tratamiento conceptual de la República de 1931 y la posterior dictadura. Dicha publicación propició incluso la redacción de un extenso comunicado de la Asociación de Historia Contemporánea, en el verano de 2011, en el que, entre otras cosas, se subrayaba la falta de representatividad científica de la Real Academia y se afirmaba que:

> La Real Academia de la Historia, desde principios del siglo XX, se ha ido convirtiendo en una lejana alegoría escasamente representativa de la profesión de historiador, conservando y reproduciendo vetustas liturgias, comprensibles cuando son inocuas, pero menos tolerables cuando acaban

24 *Cf*. Members of the Oxford Faculty of Modern History, *Why we are at war. Great Britain's case,* Oxford, Clarendon Press, 2014, 264 pp. Sobre el concepto de *comunicabilidad (Mittelbarkeit)* en Walter BENJAMIN, *El narrador,* Santiago de Chile, Metales preciosos, 2008.

25 *Cf*. Enzo TRAVERSO, "Revisión y revisionismo", *Pasajes*, 14 (2004), pp. 69-74. Una buena guía de revisionismos en Domenico LOSURDO, *Il revisionismo storico. Problemi e miti,* Bari, Laterza, 1996.

repercutiendo negativamente en la lenta y dificultosa reconstrucción de un consenso historiográfico y público. Por otra parte, sería injusto olvidar que entre los académicos hay algunos destacados historiadores, varones y mujeres; también es muy probable que la mayor parte de las biografías sean solventes, reflejo de los avances de la disciplina y producto de investigaciones recientes.

Las numerosas y diversas reacciones al Diccionario de la Academia son explicables por estas razones, que tienen mucho que ver con las categorías historiográficas que parecen presentes en la concepción del mismo, en una dimensión pendiente de evaluar hasta conocer mejor el conjunto de sus contenidos. Un historiador ya fallecido, Federico Suárez Verdeguer, cabeza de la historiografía más conservadora durante el franquismo, mantenía la firme convicción de que "un católico practicante dispone, para comprender la profunda evolución que constituye el Císter, de unos medios que le están vedados a un ateo o a un agnóstico", como dejó escrito en 1976 (*Once ensayos sobre la historia*, p. 27). Este presupuesto conduce lógicamente a que la biografía de Francisco Franco la escriba un franquista, o la de José María Escrivá un miembro de su Opus Dei, en ambos casos el académico Luis Suárez, quien, siendo juez y parte, se piensa que estará en mejores condiciones que otros para comprender la significación histórica de sus biografiados.

El reconocimiento del trabajo riguroso que ha fluido hacia los listados del Diccionario de la RAH exige proponer su revisión, al menos de la parte relativa a los siglos XX y XXI que conocemos hasta ahora, porque no refleja el estado actual de nuestra disciplina. Nuestra Asociación, como otras similares, carece de financiación oficial, pero practica ese hábito, generalizado entre disciplinas científicas, de encargar a evaluadores externos el control de calidad y la revisión de los textos.[26]

De hecho, la reacción de una parte considerable del contemporaneísmo profesional cristalizó en montañas de artículos en la prensa y en la publicación de una obra colectiva, *contradiccionario,* que aglutinó a un gran número de reconocidos especialistas y que fue publicitado en la prensa progresista como una pugna contra el revisionismo.[27]

26 AHC, *Sobre el* Diccionario biográfico español *de la RAH*, Madrid, 30 de junio de 2011, pp. 2-3. Más adelante, José Luis LEDESMA, "El *Diccionario biográfico español*, el pasado y los historiadores", *Ayer*, 88 (2012), pp. 247-265.

27 *Cf*. Ángel VIÑAS (ed.), *En el combate por la historia,* Barcelona, Pasado y Presente, 2012. La recepción en prensa de esta obra en Jesús M. MARCOS, "Una lección de historia para derribar los mitos del franquismo", *Público*, 24 de febrero de 2012; Tereixa CONSTENLA, "Historiadores contra revisionistas", *El País,* 7 de abril de 2012; Ernest ALÓS, "34 historiadores contra la caverna", *El Periódico,* 10 de abril de 2012.

Tampoco hace falta recordar –aunque lo hacemos– que se trata de articulaciones e interpretaciones superadas a partir de los años setenta por el desarrollo de la investigación contemporaneísta profesional y por la inestimable contribución del hispanismo.[28] No, en cualquier caso, por la superposición de otros revisionismos históricos, que también existieron, indudablemente, en los años de la Transición.[29] Siempre al calor del debate inmediato y protegidos en el uso político del discurso histórico, el revisionismo ha visto crecer sus ventas editoriales, su prestigio social y su tolerancia profesional. Y eso ha ocurrido, al menos en parte, gracias a que ha conseguido camuflar, incluso entre los profesionales, su característica más importante. Esto es: que el debate entre historiadores y revisionistas no es un debate entre diversas interpretaciones del pasado, entre afirmaciones y negaciones, entre la caracterización positiva

28 De la inmensa bibliografía analítica a propósito de la Guerra Civil y del franquismo producida desde finales de los años cincuenta, mencionaremos simplemente de forma simbólica Julio ARÓSTEGUI, "Vademecum para una rememoración", *Arbor,* 491 (noviembre de 1986), pp. 9-24, artículo que sentaba las bases críticas de una nueva generación de historiadores recién llegado a la cátedra universitaria de Historia Contemporánea a propósito del cincuentenario de la Guerra Civil. Una presentación que iba acompañada de un interesante "Comentario bibliográfico" firmado por Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y el mismo ARÓSTEGUI (pp. 231-244). Diez años más tarde veía la luz "Veinte años de historiografía de la guerra civil española, 1975-1995. Estudio historiográfico", un extenso estado de la cuestión a cargo de Juan A. Blanco Rodríguez que abría el primer volumen de los dos que el CSIC dedicaría a la contienda en las *Bibliografías de Historia de España* (vols. 7/1 y 7/2, 1996, el trabajo de Blanco en pp. 1-78). El mismo autor se encargaría, una década más tarde, de una nueva revisión en "El registro historiográfico de la guerra civil, 1934-2004", en Julio ARÓSTEGUI y François GODICHEAU (eds.), *Guerra civil*. *Mito y memoria,* Madrid, Marcial Pons / Casa de Velázquez, 2006, pp. 373-406.

29 Esta es la tesis esgrimida por el nuevo revisionismo histórico español en el contexto de debate a propósito de la llamada Ley de Memoria Histórica. Algunas buenas síntesis de un proceso amplísimo que abarca desde 1995 hasta la actualidad, en José ÁLVAREZ JUNCO, "La Ley de Víctimas de la guerra civil y el franquismo", *Historia Contemporánea*, 38 (2010), pp. 145-161; Julio ARÓSTEGUI, "La Ley de Memoria Histórica: reparación e insatisfacción", *Patrimonio Cultural de España,* 1 (2009), pp. 41-60; Xosé-Manoel NÚÑEZ SEIXAS, "Ein endloser Erinnerungskrieg? Bürgerkrieg, Diktatur und Erinnerungsdiskurs in der jüngsten spanischen Geschichtswissenschaft", *Neue Politische Literatur*, 55 (2010), pp. 23-50, o Juan S. PÉREZ GARZÓN y Eduardo MANZANO, *Memoria Histórica*. Madrid, CSIC, 2010. Por lo demás, en el debate han participado de forma destacada autores como Santos Juliá, Pedro Ruiz Torres, Francisco Espinosa, Ismael Saz, Paloma Aguilar, Jordi Gracia o Walter Bernecker, entre tantos otros, cuya lectura enriquecerá la comprensión del progresivo entrelazamiento entre discurso de la memoria y revisionismo.

o negativa de personajes y procesos, o entre quienes sitúan las responsabilidades de sucesos traumáticos y sus orígenes de un lado o de otro. Incluso podríamos afirmar que no es principalmente un debate entre profesionales e intrusos.

El que enfrenta a historiadores y revisionistas es un conflicto de orden jerárquico superior, un conflicto fundamentalmente epistemológico. Y precisamente porque se trata de un conflicto epistemológico, no debemos obviar dos circunstancias recurrentes. En primer lugar, nos encontramos en demasiadas ocasiones con historiadores indiscutiblemente profesionales que dimiten, de forma temporal, de su profesión para enfrascarse en burdas e insostenibles defensas de personas e ideas políticas desvirtuando el pasado a favor del presente. El revisionismo que representa un peligro para el oficio y para la profesión de historiador es el que toma y desvirtúa sus contenidos para legitimar regímenes, justificar sus atrocidades u homologar sus prácticas y desarrollos. De ahí que resulte todavía sorprendente que en algunas polémicas públicas siga utilizándose como argumento normalizador del revisionismo que "la historia es una ciencia (si lo es) que se fundamenta en la continua revisión de sus contenidos".[30]

Indiscutiblemente, como no puede ser de otra manera, la Historia es una disciplina que se basa en una dinámica incesante de expansión del conocimiento. Esta expansión descansa, a su vez, en la confrontación de los resultados de los programas de investigación a partir de la discusión de fuentes (mejor, claro está, si son fuentes antes desconocidas) y los métodos que justifican el conocimiento histórico que se extrae de su procesamiento. Tal es, poco más menos, a lo que aspiran todas las ciencias sociales e incluso todas las ciencias entendidas en modo extenso. Cualquiera que tomemos en consideración, de entre las tendencias actuales en teoría de la historia,[31] incorporará siempre una reevaluación de la tradición disciplinar (entendida como *Überlieferung,* en términos gadamerianos). La ciencia histórica, como la Física o la Biología, persigue la ampliación de sus márgenes a partir de la continua visita a los

30 Lo han hecho autores de indiscutible liderazgo en este tema como Enzo TRAVERSO, "Revisión y revisionismo", art. cit.

31 En el campo de la historia de la historiografía, por ejemplo, nos referiríamos al abanico que abarca desde la teoría de las *matrices disciplinares* de Jörn Rüsen, al más reciente entramado de *relaciones con el pasado* desarrollada como agenda investigadora por Herman Paul.

mismos temas desde la luz que aportan nuevas fuentes y métodos, esto es, una continua reevaluación de lo consolidado como conocimiento. Y este cuestionamiento perpetuo (revisión) procede de acuerdo con tres mecanismos de origen muy diverso.[32]

En primer lugar, hallamos revisiones dirigidas desde la obtención de nuevas pruebas científicas. Es un tipo de revisión que apenas necesita explicación. La historiografía en Europa y en España avanzó de forma definitiva cuando en la primera mitad del XIX se organizaron los archivos centrales y provinciales, y la prueba documental substituyó progresivamente a la retórica.[33] Lo que llamamos pruebas científicas permiten producir revisiones de primer grado (las derivadas de la verificabilidad o falsabilidad de argumentos de acuerdo con su correspondencia en las fuentes) y también de segundo grado (las derivadas de la relación entre ellas).

En segundo lugar, existen revisiones marcadas por la atribución de sentido.[34] De acuerdo con la estructura de las diversas matrices disciplinares, el historiador atribuye un sentido al conjunto de pruebas científicas. La selección y la estructuración misma de las pruebas configura lo que todos conocemos como procesos históricos en la medida en que, desde el debate profesional, las investigaciones de diversas procedencias convergen y consensuan los márgenes de un campo. Definido el campo, operan sobre él las fuerzas centrípetas y centrífugas del poder y de la expansión del conocimiento. El devenir histórico, además, reclamará del historiador nuevas cuestiones, y nuevas atribuciones de sentido mediante la construcción de nuevos procesos históricos y su comprensión.

32 En términos generales, tomamos el análisis de Aviezer TUCKER, "Historical revisionism and revision", en Michal KOPEČEK (ed.), *Past in the Making…, op. cit.*, pp. 1-16.

33 *Cf*. Ignacio PEIRÓ y Gonzalo PASAMAR, *La Escuela Superior de Diplomática. Los archiveros en la historiografía española contemporánea,* Madrid, ANABAD, 1996. Para la contextualización internacional del proceso, Ilaria PORCIANI y Jo TOLLEBEEK (eds.), *Setting the Standards. Institutions, Networks and Communities of National Historiography,* Houndmils, ESF-Palgrave MacMillan, 2012.

34 Una visión general al debate teórico en torno a este problema, en Jörn RÜSEN (ed.), *Meaning and Representation in History,* Nueva York, Berghahn, 2006.

A medida que se cuestionaron los antecedentes de las nuevas formas del presente, el historiador fue impelido, por ejemplo, a preguntarse sobre las formas de Estado, las relaciones internacionales, las dinámicas demográficas, los mecanismos de la industrialización, las relaciones familiares, el fenómeno de la globalización o el papel del género en el pasado. Es de este tipo de revisiones de las que, en ocasiones, surgen nuevas subdisciplinas y nuevos amplios consensos profesionales. Y este es un tipo de reevaluación (revisión) fundamental para el historiador profesional. No debe aplicarse negatividad alguna al uso del término. Europa ha revisado gracias a su historiografía profesional y a los debates generados en su seno una buena parte de sus pasados. Baste recordar la *Fischerstreit* y la posterior *Historikerstreit* alemana sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial y del nazismo, como dos fructíferos ejemplos. También la nueva historia de la Revolución francesa de los años cincuenta y sesenta, revisada décadas más tarde en el contexto del bicentenario. O las consecuencias historiográficas de las investigaciones de Renzo de Felice sobre el período fascista en Italia. En España, el ejemplo más claro sería la nueva historia de la Guerra Civil de los años ochenta y noventa.

Resultaría sumamente enriquecedor seguir las vías que han marcado Hans-J. Rheinberger o Mark Bevir[35] y proceder a relacionar los movimientos epistemológicos o filosófico-científicos con los tiempos de las mutaciones disciplinares. El revisionismo historiográfico obedece a relaciones funcionales respecto al despliegue en el territorio y en el tiempo de determinadas culturas políticas e ideologías. En el caso español, parece indudable que el auge del revisionismo –el burdo, pero también el no tan burdo del ámbito académico– tuvo mucho que ver con la consolidación en el poder del conservadurismo en los últimos años noventa, con el agotamiento biológico de las generaciones que protagonizaron el hecho traumático y con una voluntad patente de reivindicar facetas del franquismo desde el trampolín de la memoria de la transición a la democracia. Pero, como también resulta evidente, esta circunstancia no hubiera sido posible si primero no se hubiera producido una crisis general de la matriz disciplinar formada tras la disolución de la dictadura y, al menos, hasta la consolidación del asociacionismo profesional. Esta

35 *Cf*. Hans-Jörg RHEINBERGER, *Historische Epistemologie,* Hamburgo, Junius, 2007; Mark BEVIR y Herman PAUL, "Naturalized Epistemology and/as Historicism. A brief introduction", *Journal of the Philosophy of History*, 6 (2012), pp. 299-303.

crisis general tuvo que ver con el declive de paradigmas materialistas y el auge de la historia nacional y del posmodernismo, en la recepción más superficial del giro culturalista. Y también tuvo que ver con que el proyecto comunitario inicial formado en torno a las principales asociaciones con contenidos contemporaneístas chocó, en esos momentos, con el auge de una historiografía neoconservadora que fue tomando los espacios de hegemonía y que, poco después, pretendió el asalto a la ortodoxia. Esto es, asumió un proyecto revisionista de reinterpretación del pasado inmediato: Segunda República, Guerra Civil, franquismo, transición.[36]

Íntimamente relacionado con lo que acabamos de mencionar, nos encontramos, en último lugar, con un tercer tipo de reevaluaciones que provienen de la revalorización de acontecimientos o procesos. Este conjunto de revisiones resultan de cambios en los sistemas de valores políticos, morales o éticos y no de la obtención de nuevas evidencias sobre el pasado o de nuevas atribuciones de sentido, aunque en determinadas circunstancias, pueda generar una perversión de las reglas profesionales y genere su desencadenamiento.

A partir de este esquema, resulta relativamente sencillo inferir que, en términos generales, lo que distingue a lo que podríamos denominar reevaluación o revisión historiográfica de lo que conocemos como revisionismo no es tanto los efectos o las formas de la revisión, sino su misma naturaleza. Son dos actividades intelectuales distintas que operan sobre los mismos objetos y de modo imbricado, aunque no de forma análoga.[37]

Historiadores y revisionistas difícilmente comparten archivos, porque raramente comparten la misma concepción de la fuente histórica. Y

36 *Cf*. dos ejemplos en, Stanley G. PAYNE, "1934: comienza la guerra civil", *Cuadernos de Pensamiento Político*, 5 (enero-marzo de 2005), pp. 187-192; y Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, "Cultura política, exclusión y violencia en el republicacnismo radical-socialista en España, 1923-1933", *Revista de Estudios Políticos*, 148 (2010), pp. 11-43.

37 En lo sucesivo, aludimos genéricamente a historiadores para designar la actividad profesional y a revisionistas para designar quienes la pervierten. Como se verá más adelante, no es la intención distinguir de forma maniquea entre buenos y malos historiadores o entre profesionales e intrusos, sino de distinguir de forma radical entre quienes aceptan la operatividad metodológica de la profesión y quienes no la tienen en cuenta, utilizándola como medio para un fin superior.

eso ocurre porque mientras el objetivo esencial de la ciencia histórica es producir conocimiento básico, el revisionismo pretende redirigir la interpretación histórica. Una construye investigaciones, el otro pretende elaborar un discurso a partir de la defensa de una interpretación. Por expresarlo de un modo gráfico: mientras el historiador hurgará en los infinitos legajos de la Causa General como una fuente que informa sobre el devenir del tesoro artístico, la disolución y reconstrucción de los vínculos sociales o las formas de poder en la retaguardia, el revisionista citará cualquiera de las quinientas páginas de la obra impresa prologada por Eduardo Aunós, como evidencias que prueban (y justifican) la necesidad del uso de la represión interior más allá del final de la guerra. Para el historiador, la Causa General es una fuente inagotable de análisis, para el revisionista es un recurso de redención y expiación.

Además, cuando ambos comparten su atención sobre determinadas fuentes o aproximaciones, historiadores y revisionistas difícilmente comparten atribuciones de sentido. Entre unos y otros, la función del comparativismo, por ejemplo, será divergente. Ambos pueden observar estructuras de poder, seleccionar discursos y confrontar desarrollos, pero mientras para el revisionismo la búsqueda de las similitudes entre totalitarismos o la observación del victimario bélico partirán de un interés general de información con el objetivo de alimentar metanarrativas ideológicamente preexistentes, entre los historiadores el comparativismo (aparte de la necesaria obediencia de unas reglas marcadas por el debate teórico y la evaluación entre iguales) tendrá como objetivo primordial el acceso a nuevos elementos de análisis de rango superior, esto es, la aplicación de categorías científico-sociales a la comprensión de las respuestas de comunidades homologables o conectadas.

En último término, la gran diferencia entre el historiador y el revisionista es que mientras el primero busca la interpretación a partir de la verdad histórica, el segundo reduce la dialéctica verificación-falsación a una relación de valores (políticos o morales) proyectados sobre un determinado tipo de narrativa histórica precondicionada por los nichos de conciencia histórica a los que pretende alimentar. O lo que es lo mismo, en la medida en que la operación histórica se neutraliza como discurso meramente interpretativo del pasado, un pasado del que el autor escoge de acuerdo con su criterio personal y sin voluntad de exhaustividad, testimonios y pruebas parciales y los dispone luego (cuando lo hace) en un entorno categorial, este discurso es susceptible de ser reducido a un

sistema exclusivo de valores políticos, morales y sociales a partir de los intereses y las afiliaciones de sus autores.[38]

A partir este punto, la propia lógica del sistema de valores identifica incontrovertibles verdades parciales que pasan a constituir puntos de partida de narrativas propias de comunidades singulares (las comunidades marcadas por los intereses y las afiliaciones antes mencionadas) sustentadas por públicos, medios de comunicación y recursos académicos. Por poner otro ejemplo gráfico que quizás nos sonará: convertir la *disidencia ideológica* en el término *traición* aplicada a la actuación de grupos políticos durante el período republicano, gracias a un abuso metafórico (es decir, discursivo) del concepto, ha permitido recientemente convertir una perversión del lenguaje en categoría historiográfica, muy fácilmente proyectable hacia arriba, desde un punto de vista metodológico, para articular explicaciones del fracaso (de la inviabilidad) del proyecto republicano. A su vez, esta inviabilidad abre las puertas a aventuras mayores, como la idea de la disolución interna, la interpretación general de la (violenta) naturaleza del régimen republicano, la potencialidad golpista de la izquierda radical, o en último término (se afirme o no), la inevitabilidad de la Guerra Civil a partir de un determinado punto de no retorno (octubre de 1934, febrero de 1936) como una forma de legitimar, a causa de sus condiciones contextuales, el golpe de Estado de julio.

Recapitulemos. Se convierte la inicial perversión de la metáfora *traición a la República* en término, el término en categoría, la categoría en hipótesis explicativa, la hipótesis en modelo y, finalmente, el modelo en teoría que alimenta reflexiones ulteriores sobre procesos conectados (pensemos en el estallido de la Guerra Civil y en su responsabilidad). ¿Y se hace esto a partir del descubrimiento de un nuevo fondo documental que nos revele zonas desconocidas de la historia de los años treinta? Parece que no. ¿Se hace a través de nuevas perspectivas metodológicas que nos desvelen nuevos acercamientos a la historia ya conocida y con ello se propicie una reasignación de sentido? Parece que tampoco. Lo que parece evidente es que se lleva a cabo mediante la proyección de

38 Esto es lo que llevó a Helga GREBING a afirmar resignadamente, en 1977, "Marxismus ist Revisionismus ist Marxismus ist Revisionismus", *Der Revisionismus..., op. cit.,* p. 13.

diferentes sistemas de valores éticos, morales o políticos, que convierten "disidencia" en "traición",[39] y mediante la progresiva sobrevaloración (la exageración) de relevancias y repercusiones. O lo que es lo mismo, subrayan relaciones causa-efecto que soslayan la complejidad y la multiplicidad de variables y elementos históricos.[40]

Aunque proviene de años anteriores, fue en 2011 y 2012, cuando realmente estalló el debate, y a ello me he referido en estos párrafos. Efectivamente, se trata de la repercusión de la obra colectiva compilada por Fernando del Rey Reguillo, *Palabras como puños*. Este volumen suscitó rápidamente un amplio eco crítico que se unió a las reacciones a propósito del libro de Paul Preston, *El holocausto español*.[41] En el debate generado, más bien caótico y teñido de personalismos, participaron autores como Ismael Saz, Ricardo Robledo, Francisco Espinosa, Pedro C. González Cuevas, Gutmaro Gómez, Chris Ealham o Álvaro Quiroga.[42] Y, por su parte, el hispanismo ha participado de pleno en este cambio de orientación neoconservadora. Autores como Michael Seidman, Stanley Payne o Julius Ruiz han contribuido con sus investigaciones y sus proyectos editoriales al afianzamiento de algunas tesis revisionistas.[43]

39 Una mutación categorial concordante con la expuesta por Jorge VIGÓN, *Lealtad, discrepancia y traición,* Madrid, Ateneo de Madrid, 1956.

40 Con aportaciones tan conocidas como las de Francisco COBO y Teresa ORTEGA, "Muerte purificadora y regeneración patria: la visión sublimada de la guerra civil y la legitimación de la violencia desde la España nacionalista, 1936-1939", *Ayeres en discusión. Temas clave de la historia contemporánea hoy. IX Coloquio de la Asociación de Historia Contemporánea,* Murcia, 2008, pp. 1913-1931, o de Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, "La historia de las derechas a la luz del revisionismo histórico", *Memoria y civilización*, 13 (2010), pp. 77-98.

41 *Cf*. Fernando DEL REY REGUILLO (ed.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la segunda república,* Madrid, Tecnos, 2011; y Paul PRESTON, *El holocausto español,* Barcelona, Debate, 2011.

42 *Cf*. Una primera aproximación al ambiente anterior, en Francisco SEVILLANO CALERO, "El revisionismo historiográfico. Sobre el pasado reciente en España", *Pasado y memoria,* 6 (2007), pp. 183-190 y, respecto del contexto de 2012, Ángel L. LÓPEZ VILLAVERDE, "Balance. De puños, violencias y holocaustos. Una crítica de las novedades historiográficas sobre la España republicana y la guerra civil", *Vínculos de Historia,* 1 (2012), pp. 273-285. También, Fernando DEL REY REGUILLO, "Revisionismos y anatemas. A vueltas con la II República", *Historia social,* 72 (2012), pp. 155-172.

43 Una visión general que incorpora el hispanismo como un elemento más, en Chris EALHAM, "La historiografía reciente sobre la guerra civil: el rigor histórico contra el rigor mortis", *Pasado y memoria,* 7 (2008), pp. 287-306 y en "The Emperor's

Lo cierto, sin embargo, es que con el transcurso del tiempo parece haberse atemperado el ambiente. En este sentido, la revista *Ayer*, órgano de difusión de la Asociación de Historia Contemporánea, publicó en el mismo año 2012 un *dossier* sobre las "Violencias de entreguerras" coordinado por Fernando del Rey Reguillo en el que se defienden, en lo esencial, las mismas tesis sostenidas en *Palabras como puños*.[44]

Ahora bien, la polarización y la proliferación de debates meramente interpretativos, así como el uso cada vez menor de nuevas fuentes que sustenten las interpretaciones, frente a una organización del discurso histórico-político profesional apoyada cada vez más sobre la dialéctica entre categorías historiográficas (que ya en 1999 provocaron el célebre seminario "Theorien über Theorien über Theorien"), acerca peligrosamente la historiografía profesional al revisionismo e incluso en ocasiones la confunde, porque de hecho acepta una parte de sus reglas.[45] No existe, claro está, confusión posible con el revisionismo burdo y casi obsceno del negacionismo *a la española* (Franco no fue un dictador, el Alzamiento no fue un golpe de Estado, el régimen no fue represivo, la *culpa* de la Guerra Civil fue de la excluyente República), de la equiparación de victimarios o de la inevitabilidad de la guerra.[46] La confusión comienza cuando los historiadores empezamos a tomar prestados con-

New Clothes: 'Objectivity' and Revisionism in Spanish History", *Journal of Contemporary History* 48, 1 (2013), pp. 191-202.

44 *Cf*. el *dossier Violencias de entreguerras, miradas comparadas,* coordinado por Fernando DEL REY REGUILLO, *Ayer*, 88 (2012), pp. 27-148. En este contexto, los días 5 y 6 de julio de 2012, tuvo lugar el curso *Batallas por la Historia: los caminos de los revisionismos*, Jaca, dirigido por Carlos FORCADELL e Ignacio PEIRÓ, patrocinado por la Universidad de Verano de Zaragoza y la Institución "Fernando el Católico" de la Diputación Provincial de Zaragoza.

45 Entre otras, la fundamental sería confundir el debate interpretativo con el debate teórico y la articulación conceptual (o categorial) con una forma de metodología. *Cf*. Horst-W. BLANKE, "Zur Geschichte und Theorie des Theorie-Gebrauchs und der Theorie-Reflexion in der Geschichtswissenschaft", en Anke JOBMANN y Bernd SPINDLER (eds.), *Theorien über Theorien über Theorien,* Bielefeld, Institut für Wissenschafts- und Technikforschung (IWT Paper), 1999, pp. 7-23, y Paul A. ROTH, "The Desappearance of the Empirical: Some Reflections on Contemporary Culture Theory and Historiography", *Journal of the Philosophy of History,* 1 (2007), pp. 271-292.

46 Y ello se hace como si, en cuanto discusiones propias de historiadores en la práctica de su actividad científica, se pudiera también aplicar tal esquema (equiviolencia, inevitabilidad) a las guerras civiles del siglo XIX o incluso a la guerra del Peloponeso.

ceptos de otras disciplinas o debates de otras comunidades cambiando sus atribuciones de sentido. Y se afianza cuando, por ejemplo, las principales revistas de nuestra especialidad presentan como investigaciones lo que en realidad son simples reflexiones que no ofrecen ni una sola novedad, excepto la defensa de un detalle interpretativo.

De acuerdo con estas prácticas, no solo se hace difícil distinguir entre un buen narrador *outsider* que publica *lo ya sabido* (en términos de comunidad profesional), bien envuelto en papel de regalo de grandes almacenes y bien presentado por una editorial de prestigio, y un investigador universitario, sino que también los historiadores académicos tienden demasiado a menudo a buscar formas de expresión simplificadoras que les acerquen a un público más amplio y a posicionarse en los debates públicos no siempre del lado de la rigurosidad meticulosa y matizada sino del lado de los intereses inmediatos y de las filiaciones, atacando o defendiendo a unos o a otros por sostener tesis *de izquierdas* o *de derechas*, como si una u otra cosa representara un determinante (o acaso inhabilitara) para el ejercicio de la profesión. Porque en ocasiones también puede suceder que alguno *de los nuestros,* seamos quienes seamos, se aparte peligrosamente de las reglas más básicas de la razón histórica.[47]

Aunque la deriva epistemológica de la ciencia histórica de la segunda mitad del siglo XX ha tenido que lidiar con el escepticismo posmodernista y este ha sido un acicate, desde dentro y desde fuera de la profesión, para la relajación teórica y metodológica y, con ello, para la proliferación de revisionismos, el origen del problema se mantiene desde la primera mitad del siglo pasado. No se trata ya de identificar quién

47 No olvidemos que una buena parte de los debates que han tenido lugar acerca de la llamada "responsabilidad del historiador", han tenido su origen en procesos de revisión política del pasado auspiciados por Estados o partidos. En este sentido, baste recordar el movimiento internacional en torno a la responsabilidad del historiador que tuvo lugar a principios de siglo XXI. *Cf*. Ignacio PEIRÓ (ed.), *Las responsabilidades del historiador. Dossier* del número 1 de la revista *Alcores* en el que participaron entre otros, Jörn Rüsen, Raffaele Romanelli, Peter Mandler o Jean François Chanet. También, Joep LEERSEN y Ann RIGNEY (eds.), *Historians and social values,* Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2000. En la actualidad se está desarrollando un debate circunscrito a la teoría y la filosofía de la historia en torno a las virtudes del academicismo y del buen historiador, a partir de investigaciones que abarcan los siglos XIX y XX en Centroeuropa (Anton Froeyman, Isaac Nevo, Herman Paul, Antoon De Baets, Alasdair McIntyre).

es o quién no es revisionista. Eso podría llegar a ser un debate prescindible. La cuestión medular, desde mi punto de vista, es la identificación y el análisis de las actitudes y de los rasgos revisionistas en el seno de la profesión cuando el historiador participa del espacio público en todas sus formas (desde el entretenimiento a la acción política, desde el comisariado de exposiciones a la asesoría en films) y se enfrenta a formas no profesionales de acceso al pasado, como el periodismo o el arte.

Primera *hora cero* de la historiografía española

En términos operativos rastreamos el revisionismo franquista a partir de los textos pretendidamente históricos o que se apoyan en la historia con el objetivo de consolidar interpretaciones justificativas del Nuevo Estado y de las políticas que iba implementando, desde su propia construcción orgánica hasta las prácticas represivas. Evidentemente, vamos a encontrar varios niveles de revisionismo que, por una mera cuestión de espacio, no desarrollaremos. Pero lo que nos interesa es subrayar los medios y la función de quienes adentrándose en nuevos campos de su propia disciplina o quienes insertándose en disciplinas ajenas actuaron de avanzadilla justificativa en la cimentación de un nuevo estado de cosas. Entre los nuevos soldados de la cultura: Laín, Aparicio, Ridruejo, Artigas, Pemán, Arrarás, Royo Villanova, Marichalar, Foxà, Ridruejo, De Salas, Torrente, Masoliver, Vegas Latapie, Alcázar de Velasco, Tusquets, Giménez Caballero, Tovar, Eduardo Aunós, Aznar Zubigaray, Martínez Bande… Y entre ellos, juristas como Beneyto Pérez, Elías de Tejada, Legaz… O historiadores como Antonio y Manuel Ballesteros, Martín Almagro, Julio Martínez Santa Olalla, Carlos Alonso del Real, Sánchez Cantón, Cayetano Alcázar, Santiago Montero, Jesús Pabón, Antonio Rumeu, Hans Juretschke, Juan Contreras y López de Ayala, Antonio de la Torre, Alberto del Castillo, Luis Pericot, Julián María Rubio, Cayetano Mergelina, Luciano de la Calzada o Pablo Álvarez Rubiano… todos ellos participaron de un modo desigual pero reconocido e incontrovertible en los primeros momentos del nuevo régimen, colaboraron en su consolidación y fueron premiados por ello.

Ello conecta con una segunda categoría fundamental, *hora cero*, la cual presenta una articulación mucho menos conflictiva. Asimilado por la historia cultural en los años ochenta fue un concepto incorporado a principios de los noventa a la historia de la historiografía alemana para

designar momentos históricos de no retorno, rupturas fundamentales propiciadas por fenómenos de amplio calado político, social e intelectual. En este sentido, una hora cero designa siempre un momento traumático de quiebra, de cambio radical en una comunidad, un momento a partir del cual desaparece el pasado inmediato y se reconstruye la identidad, se reubican los elementos constitutivos de la comunidad y se inicia un nuevo proceso de refundación. Cuando este proceso haya finalizado, se abrirá un período de normalización, es decir, de nueva dotación de normas escritas y no escritas que regularán la comunidad y sus desarrollos en el futuro inmediato. En el caso español, la hora cero opera a medida que el ejército formado en el entorno golpista de julio de 1936 va obteniendo victorias que incrementan su dominio territorial. Y actúa por completo a partir de las victorias sobre Madrid y Barcelona.[48] En ese momento, el nuevo Estado se refunda definitivamente desde una perspectiva jurídica, administrativa y simbólica. Y despliega un nuevo ejército cultural que se encargará de dotar de sentido a las nuevas instituciones y a las nuevas prácticas.

El nuevo Estado hizo tabla rasa de las instituciones científicas anteriores, especialmente la JAE. Y a partir de 1939 desarrolló una institucionalización de nueva planta que redibujó los márgenes disciplinares y monopolizó las publicaciones especializadas. En la Universidad, la depuración, las jubilaciones y el exilio esquilmaron el gremio, de manera que la topografía social de la comunidad observó cambios drásticos y, con ello, también los resortes del poder académico y las vías de adquisición de méritos y prestigio.

La relación entre las instituciones políticas y el gremio de los historiadores, habiendo sido estrecha en el pasado, se estrecharía cada vez más. Pronto hubo historiadores en los resortes administrativos de los Gobiernos Civiles, en la administración de los recursos hidrográficos, en

48 Hasta entonces, la historiografía mantuvo una actividad dual que fue reduciéndose, como es lógico, en el bando republicano a medida que la guerra se decantaba hacia el bando franquista. *Cf*. Prudencio GARCÍA ISASTI, "El Centro de Estudios Históricos durante la guerra civil española, 1936-1939", *Hispania*, LVI, 194 (1996), pp. 1071-1096; y Jaume CLARET, "La intel·lectualitat assetjada. La universitat republicana española davant la guerra civil", en Manuel AZNAR, Josep Lluis BARONA y Francisco Javier NAVARRO (eds.), *València, capital cultural de la República (1936-1937),* Valencia, Publicacions de la Universitat de València / Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008, pp. 103-115.

las Diputaciones, en los Ayuntamientos, en las Cortes y en los diferentes niveles de diversos Ministerios. Los historiadores trabajaron la censura y la propaganda, las diversas direcciones generales del Ministerio de Educación Nacional y se proyectaron sobre los rectorados y los decanatos. El historiador español en los primeros años del franquismo colaboró de un modo preferente en la construcción del Estado y, principalmente, de la Nación. Historia y propaganda se confunden durante los primeros años de franquismo. Se purgó a fondo el gremio, se persiguió cualquier atisbo de ideología liberal, se exigió de los nuevos grandes demostraciones retóricas de adhesión y se privilegió la extracción falangista y ultracatólica por encima de cualquier otra para el acceso a la cátedra universitaria. Al contrario de lo que en ocasiones se ha escrito, el historiador español hizo cualquier cosa excepto encerrarse en su torre de marfil, refugiarse en la neutralidad del método aprendido y esperar a que el temporal amainara.

En definitiva, el revisionismo tuvo un único objetivo: dar sentido y justificación a las políticas que el nuevo Estado fue implementando sobre la base incuestionable del espíritu del 18 de julio. Y tuvo un único referente profesional que debía ser aniquilado: la línea de desarrollo historiográfico de corte liberal que había sustentado la profesionalización de un gremio y que en las últimas dos décadas había dado pasos agigantados en el camino del análisis social y económico del pasado.

Los nuevos revisionistas van a ser autores que, apoyando históricamente la concepción del partido, la idea de revolución, de hispanidad, de imperio, de monarquía o de Estado orgánico y corporativo, van a marcar mediante gruesos trazos la ortodoxia inmediata de una disciplina desde el exterior de la propia disciplina o desde sus márgenes. Esa es una de las características iniciales de la primera hora cero de la historiografía española. Y quienes lo hicieron desde dentro, lo hicieron acudiendo a parcelas históricas que apenas habían cultivado en el pasado con textos a medio camino entre su prestigio de historiador y la publicística política.

En esta dirección, los ejemplos se multiplican. Juan Beneyto Pérez, medievalista especializado en derecho del trabajo y usos comunales, publicará varias obras sobre la construcción del nuevo Estado. Antonio Ballesteros, medievalista y americanista, lo hará sobre la crisis política del siglo XX. Cayetano Alcázar Molina, modernista, publicará un ensayo sobre la misión política de la España contemporánea. Santiago Montero

Díaz, historiador de la antigüedad y del Medievo hispanos, ensalzará la figura del Duce y del fascismo italiano. Ciriaco Pérez Bustamante, coordinará por mandato gubernamental, la monumental *Historia de la Cruzada española* de Joaquín Arrarás. O el más joven, Jaume Vicens Vives, medievalista especializado en el siglo XV, quien visitará la geopolítica del imperio y las épocas moderna y contemporánea.

Un asunto diferente es si este cambio de rumbo interpretativo se realizó con medios ajenos a la comunidad profesional. Porque, si bien inicialmente no necesitó más que del capital humano –los soldados de la cultura–, una vez ocupada la Universidad y fascistizado el Consejo y sus institutos, las recensiones en publicaciones especializadas, las investigaciones programadas o auspiciadas y el uso público del pasado fagocitó las viejas prácticas y las tiñó de revisionismo. Tal como había ocurrido en los años veinte y treinta cuando el nuevo medievalismo y la moderna ciencia histórica (por utilizar una expresión de la época) liquidaron los últimos vestigios de la historiografía preprofesional, nuevos congresos, nuevas revistas y nuevos proyectos editoriales, de la mano de los nuevos catedráticos, tomaron el relevo. Pero esta vez se debería asumir una gran pérdida. Por poner algunos ejemplos gráficos, Bernheim fue substituido por el P. Zacarías García Villada, Claudio Sánchez Albornoz por Antonio de la Torre en la Universidad y García Gallo en el CSIC, y Pere Bosch Gimpera sería reemplazado por Martín Almagro. Rafael Altamira sería insubstituible. Se había perdido algo más que la élite rectora de la profesión.[49]

Revisionismo e historiografía franquista

Desde casi el mismo momento del frustrado golpe de Estado del 18 de julio, los sublevados tuvieron claro que la propaganda sería un arma eficaz para la guerra, y entre julio y agosto de 1936 constituyeron los órganos de control de la información y de la publicación. De hecho,

49 Desde nuestro punto de vista, para comprender los orígenes y los mecanismos iniciales de la práctica del revisionismo debemos atender, aunque sea de forma superficial a tres elementos fundamentales: la progresiva construcción de los servicios de propaganda desde el inicio mismo de la guerra, los diversos niveles culturales en los que se desenvolvió el revisionismo, y los contenidos fundamentales de las modificaciones interpretativas operadas en la ciencia histórica.

algunos autores han identificado una suerte de inicial bicefalia al erigirse en esos meses dos oficinas paralelas. Una, la Oficina de Prensa y Propaganda, órgano, según disposición del *Boletín Oficial de Junta de Defensa Nacional* de 25 de agosto de 1936, "encargado exclusivamente de todos los servicios relacionados con la información y la propaganda por medio de la imprenta, el fotograbado y la radiotelefonía", a cuyo frente se situó a los periodistas Juan Pujol y Joaquín Arrarás. Y otra, dependiente directamente del Cuartel General de Franco, a cargo del general Millán Astray.

A medida que la sublevación se consolidó y con ella la configuración administrativa de algo semejante a un Estado, estas dos oficinas dieron paso, en enero de 1937, a la Delegación del Estado para la Prensa y Propaganda, bajo la dirección del catedrático de Economía y Hacienda de la Universidad de Valladolid Vicente Gay Forner. Él sería el encargado de su primera estructuración, llegando a contar con 83 colaboradores entre los que podríamos destacar a Ernesto Giménez Caballero, Eugenio Vegas Latapie, Juan Aparicio, Víctor de la Serna o Ramón Rato. En unos meses, las necesidades derivadas del curso de la guerra volvieron a recomendar que el mando de la Delegación pasara de nuevo a manos militares. Gay fue enviado a servir en el extranjero (todavía en cometidos propagandísticos) y el comandante Manuel Arias Paz pasó a dirigir la oficina desde el mes de abril. Actuó como secretario Eugenio Vegas Latapie y parece que fue él quien, de hecho, pasó a reorganizar la oficina rodeándose de un grupo de jóvenes activos entre los que formaban Pedro Laín, Dionisio Ridruejo, Martín Almagro o J. J. López Ibor. Sus primeras actuaciones se dirigieron hacia dos objetivos esenciales: centralizar la censura de libros, folletos y demás impresos que excediesen en su confección más de veinte páginas, y extender su acción hacia las provincias bajo su control. Además, junto a las oficinas y delegaciones oficiales, aunque no forzosamente actuando al dictado, no hemos de olvidar la importancia de los servicios de Prensa y Propaganda de otros organismos que resultaron tan activos como los oficiales y mucho más efectivos en el transcurso de la guerra. Un claro ejemplo sería el servicio de propaganda de Falange que, integrando más adelante todas sus tendencias, representó la punta de lanza para la confección de un proyecto cultural explícito en los primeros años de franquismo a partir del control de revistas culturales, editoriales, medios de comunicación e instituciones culturales.

Este servicio tuvo una íntima relación con el servicio estatal a través de colaboraciones personales y, posteriormente, oficiales. De hecho, la reorganización del servicio recayó desde 1939 en manos de Dionisio Ridruejo, primero, y de Antonio Tovar, después, ya desde el Ministerio de Gobernación. Y de ahí que en los primeros años de configuración de la nueva era, nuevo Estado y Movimiento, dibujen una imbricación íntima entre Falange y las nuevas instituciones, en particular, en el ámbito del control sobre la prensa, la cultura y la propaganda.[50]

Para ilustrar esta situación baste recordar que hasta marzo de 1946 no se regularizaron las actividades de la llamada Aula de Cultura, que a partir de ese momento recobraría su denominación original, el Ateneo de Madrid. Con anterioridad, aunque financiadas sus actividades por el Ministerio de Educación Nacional, el Aula era gestionada de hecho por la Delegación Provincial de Educación de FET y de las JONS, una situación que persistió aun cuando la reorganización del Ministerio en 1942 había hecho recaer tales cometidos en la Dirección General de Propaganda.

La actual historiografía conservadora discute el carácter fascistizante de las primeras actuaciones en materia de censura y propaganda. Parece, sin embargo, que tanto la consolidación de vínculos culturales y propagandísticos con Italia y Alemania, como la promoción de publicaciones en el interior en estos primeros años muestran una clara

50 Francisco SEVILLANO CALERO, "Propaganda y dirigismo cultural en los inicios del Nuevo Estado", *Pasado y memoria*, 1 (2002), pp. 81-110; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, "La propaganda exterior de FET y de las JONS (1936-1945)", en Antonio C. MORENO (coord.), *El ocaso de la verdad*. *Propaganda y prensa exterior en la España franquista*, Gijón, Trea, 2011, pp. 157-190; Antonio César MORENO, "Delegaciones y oficinas de prensa españolas en el extranjero durante el primer franquismo: el caso francés (1936-1942)", *Studia Histórica*, 25 (2007), pp. 265-301 y "El Ministerio de Asuntos Exteriores y la Vicesecretaría de Educación Popular: una convivencia conflictiva. La etapa de Ramón Serrano Suñer", *Historia del Presente*, 9 (2007), pp. 107-124. También Eduardo Ruiz Bautista, además de los textos ya citados más arriba, *cf*. *Política cultural y propaganda en el primer franquismo, 1939-1945,* Madrid, Universidad de Alcalá, 2003; "La Vicesecretaría de Educación Popular, 1941-1945. La propaganda, de Madrid al suelo", *Historia del Presente,* 4 (2004), pp. 211-233, y "La Editora Nacional, 1941-1945: primeros pasos y traspiés", *Historia y Política,* 13 (2005), pp. 99-120. Y, por último, Eugenio VEGAS LATAPIE, *Los caminos del desengaño*. *Memorias políticas*, *II.1936-1938,* Madrid, Ediciones Giner, 1987, y *La frustración de la victoria*. *Memorias políticas, III*. *1938-1942,* Madrid, Actas, 1995.

tendencia hacia la defensa de los fundamentos fascistas del Estado y de la sociedad.[51]

En este sentido, deberíamos mencionar la promoción de articulaciones históricas y jurídicas que defendieron la construcción de un nuevo Estado que se reflejará en el espejo del italiano. Baste recordar aquí el conjunto de obras publicadas en estos años por Juan Beneyto Pérez. Joven historiador del derecho, licenciado por la Universidad de Valencia, con apenas 22 años leyó su tesis doctoral sobre el trabajo en la historia del derecho español en la Universidad italiana de Bolonia. Posteriormente, había desarrollado su actividad en el entorno del Centro de Estudios Históricos, del *Anuario de Historia del Derecho Español,* bajo la influencia de Claudio Sánchez Albornoz y de Ferran Valls Taberner, y además de participar en la célebre Semana de Historia del Derecho en 1932, había ocupado la plaza de auxiliar a la cátedra de Historia del Derecho que José María Ots Capdequí ostentaba en la Universidad de Valencia y que a partir de su exilio ocupó interinamente Santa Cruz Teijeiro.[52] Durante la II República, Beneyto había ampliado estudios en Freiburg (con Finke) y en Berlín (con Stutz). Desde los tiempos de su estancia alemana, se mostró como un ferviente partidario del fascismo. Ya antes de la guerra había publicado una obra titulada *Nacionalsocialismo* (Barcelona, Labor, 1934) en la que ensalzaba la idoneidad del nuevo sistema. A partir de 1937, se integraría en el bando sublevado en tareas de información y propaganda. Así, desde Irún trabajaría en la nueva agencia de noticias Dux, dependiente de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de FET y de las JONS bajo la dirección de Ridruejo y Laín, agencia que llegaría a dirigir antes de pasar a Burgos. Beneyto sería uno de los más prolíficos ideólogos del momento. En 1939 publicará junto a José María Costa Serrano *El Partido, estructura e historia,* un furibundo ataque a la tradición liberal de la práctica política de los partidos y una defensa del partido único que comienza con una declaración inconfundible:

51 En el caso alemán, *cf*. Xavier DEULONDER, *Els nazis a Catalunya*, Barcelona, La Tempestad, 2007; y María Beatriz DELGADO BUENO, "Las celebraciones nacionalsocialistas en Salamanca durante la guerra civil", *Investigaciones históricas,* 34 (2014), pp. 211-240.

52 *Cf*. Manuel MARTÍNEZ NEIRA, "Los catedráticos de postguerra. Las oposiciones a cátedras de historia del derecho español en el primer franquismo", *Cuadernos del Instituto Antonio Nebrija*, 6 (2003), pp. 135-219.

> Los partidos políticos no existen cuando imperan los grandes principios unificadores de la conciencia colectiva y mantienen vigor las sociedades naturales. Tampoco hay partidos políticos cuando el Jefe de un Estado es su conductor auténtico. Los partidos surgen una vez que se pierde la creencia en las verdades políticas; como las herejías [*sic*] nacen apenas se duda de la verdad religiosa. Y, desde luego, cuando faltan los grandes conductores que dotan al pueblo de consignas y llevan a su lado una minoría dirigente que viene a ser el antecedente del nuevo tipo de partido, del Partido Nacional. La creación de los partidos liberales es obra del racionalismo y de su secuela el individualismo, que, movidos por la idea morbosa de fraccionar, dejan como únicos ejes de la vida social y política las organizaciones egoístas de los individuos y de las clases.
>
> Para formar juicio exacto de los partidos liberales –obligado estudio anterior al del nuevo partido–, no basta examinar su esencia objetiva, sino su suceder histórico a través de aquellos tres momentos que le dan vida y prestan consistencia: la reforma protestante, la revolución inglesa y la revolución francesa.[53]

Ese mismo año traducía al castellano la obra de Arrigo Solmi, *Origen y formas del nuevo Estado*, quien a su vez, prologaría el libro que él mismo publicó semanas más tarde bajo el título *El nuevo Estado español: el régimen nacional sindicalista ante la tradición y los demás sistemas totalitarios* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1939). Ya instalado el régimen franquista, el futuro inmediato depararía al joven Beneyto (había nacido en 1907) una cátedra universitaria de Historia del Derecho en la Universidad de Salamanca en 1940 (que Manuel Torres López había dejado vacante tras la guerra[54]) cátedra que el autor acompañaría con un nuevo *Manual de Historia del Derecho Español* (Zaragoza, 1940), al tiempo que se imprimía *Genio y figura del Movimiento* (1940, Madrid, Afrodisio Aguado), y *last but not least*, recibiría el encargo de organizar y desarrollar el servicio de censura en el Ministerio de Educación Nacional, gracias a lo cual dio a la imprenta en 1944 un *Planteamiento del régimen jurídico de prensa y propaganda*. En 1957 sería nombrado director general de Prensa.[55]

53 *Cf*. Juan BENEYTO y J. M. COSTA, *El Partido, estructura e historia,* Zaragoza, Imprenta del Heraldo de Aragón, 1939, cita de las pp. 17-18.

54 *Cf*. Manuel MARTÍNEZ NEIRA, "Los catedráticos de postguerra…", art. cit., pp. 146 y ss.

55 Cuatro décadas más tarde, convertido ya en historiador liberal en los últimos coletazos de la transición democrática, Beneyto devino también historiador del fe-

Pero volvamos al papel de la institucionalización de la primera propaganda y su relación con los rasgos fascistas del primer revisionismo. En marzo de 1937, veía la luz en Burgos un número antológico de *Acción Española* (número 89) en el que se apoyaba la solución fascista para el nuevo Estado basada en lo esencial en elementos ideológicos surgidos del análisis de la historia moderna y contemporánea de España y Europa. En este sentido, los textos bien conocidos de Zacarías García Villada "El destino de España", Jorge Vigón, "Dimensión nacional del 2 de mayo", Eugenio Vegas Latapie, "Un centenario, 1833-1933", o, finalmente, "España como pensamiento" de José Pemartín, nos muestran cómo el camino que debía seguir la construcción política de la nueva España iba ligado a una nueva ortodoxia histórica interpretativa. Tal como afirmaba Pemartín:

> El fascismo, el absolutismo hegeliano, no solo puede y debe darse en España, sino que es España la única nación europea donde cabe en un sentido absoluto; porque nuestro fascismo, nuestro absolutismo hegeliano-jurídico se ha de sustentar necesariamente, como Forma, en una sustanciabilidad histórica católico-tradicional, es decir, fundamentada en la verdad trascendente.
>
> [...]
>
> Esta es, a nuestro modo de entender, la única fórmula. El nuevo Estado deberá fundarse en todos los principios del Tradicionalismo para ser genuinamente nacional español, pero estos principios precisan de una adaptación concreta de tiempo y lugar: esa adaptación es lo que industrialmente se llama técnica. El fascismo ha de ser, pues, en España, la

nómeno censario y, en el marco de los diálogos de Ámsterdam, llegó a afirmar en 1987: "A la vista de los condicionamientos políticos y, a la postre, ideológicos bajo los cuales vuelve a resurgir la vida cultural española, provisionalmente a partir de julio de 1936 y definitivamente después de 1939, resulta lógico abordar el tema de la censura –instrumento político e ideológico por excelencia– y literatura desde la óptica amplia de la represión de las manifestaciones culturales, virtualmente contrarias o de hecho indiferenciadas incluso con respecto al propósito cultural de los insurrectos. El estudio detallado de la censura literaria durante los años de vigencia del franquismo revela que, salvo en determinados momentos de vacío cultural –el sobrevenido a raíz del arrasamiento total en los años de la inmediata posguerra–, los dispositivos censorios no se propusieron tanto remodelar o crear una nueva cultura como represaliar rebrotes indeseables e impedir, cautelarmente, la difusión de productos literarios cuya ambigüedad fuera excesiva", en "La censura literaria en los primeros años del franquismo", en. Manuel L. ABELLÁN (ed.), *Censura y literaturas peninsulares. Diálogos hispánicos de Ámsterdam,* 5 (1987), pp. 27-40, cita de la p. 11.

técnica del tradicionalismo; la traducción del tradicionalismo a términos del presente.[56]

A las categorías rectoras del discurso histórico oficial mencionadas más arriba, pronto se unieron tradicionalismo, catolicismo, servicio, sacrificio, liderazgo, ortodoxia, misión, patria, continuidad, revolución… Todas juntas van a ser las categorías que marcarán el discurso historiográfico revisionista de los siguientes años. Un discurso bien anclado sobre un andamiaje que sostenía una secuencia histórica que, partiendo de la Reconquista, conectaba con la gloria imperial, la crisis de los *auténticos* valores originados en la época del Renacimiento y cuestionados a partir del siglo XVIII, la disolución representada por el XIX y la debacle republicana. Todo ello, hasta la revalorización histórica de la nación y su *destino en lo universal* propiciada por el Alzamiento nacional.

En unos años en los que la investigación sobre fuentes originales desapareció de hecho, como lo demuestra la práctica ausencia de tesis doctorales y el colapso de los archivos, la excepcionalidad bélica promovió una historia de uso inmediato. Así, Falange, el catolicismo militante y los nuevos catedráticos (de universidad e institutos) ansiosos por destacar en su labor o por redimirse, producirán discursos altisonantes, ensayos legitimadores y manuales o síntesis de fácil comprensión.

Una relación exhaustiva se hace imposible por la naturaleza misma de este texto, sin embargo, a modo de ejemplo, destacaremos algunos casos paradigmáticos. Entre las filas de Falange, gracias al entramado cultural formado en su servicio de propaganda y auxiliado por una flota de editoriales encabezada por Editora Nacional, autores como Joaquín Arrarás, Manuel Aznar, J. M. Fontana, Ernesto Giménez Caballero o Emiliano Aguado, entre tantos otros, inundarían las librerías de biografías de Franco, José Antonio, Calvo Sotelo, Ramiro Ledesma, y tantos otros, y obras monumentales cuya misión esencial no era sino aplastar con su contundencia la memoria colectiva del pasado inmediato.

Historias oficiales (como la *Historia de la Guerra de Liberación* publicada por el Servicio Histórico Militar, 1945) y diccionarios históri-

56 José PEMARTÍN, "España como pensamiento", *Acción Española,* 89 (marzo de 1937), pp. 365-407, cita de las pp. 401-402 y Álvaro CASTRO, "Contribución para una sociología del pensamiento reaccionario español previo a la Guerra Civil. Socio-génesis del filósofo nacional-católico José Pemartín (1888-1954)", *Sociología Histórica*, 2 (2013), pp. 181-210.

cos de la guerra de liberación (como el de José Gutiérrez Ravé, Aspas, 1940). Aunque no hace falta decir que si tuviéramos que seleccionar tres ejemplos característicos de este tipo de obras, elegiríamos los 12 volúmenes de la *Historia de la Cruzada española* del biógrafo oficial de Francisco Franco,[57] Joaquín Arrarás; la *Historia Militar de la guerra de España* (1940) de Manuel Aznar,[58] y el *Itinerario histórico de la historia contemporánea de España* de Eduardo Aunós, también de 1940, traducción para la editorial Bosch de *L'Espagne contemporaine*. *Histoire d'une gran crise politique et sociale,* publicada en París (Sorlot) en 1939. Todo ello, con su punto culminante en la publicación en 1944 de *La dominación Roja en España*. *Causa General*.

Pronto, a este ejército, se irían añadiendo aquellos a quienes Jaume Vicens Vives denominó, tres lustros más adelante, *francotiradores de la cultura*. Me refiero a los García Escudero, García Venero o Comín Colomer, que mantuvieron vivo el argumentario guerracivilista incluso en el momento en que los historiadores profesionales comenzaron a proponer nuevos acercamientos.

El mundo eclesiástico, en todas sus formas, contribuyó también enormemente a esta labor. Así, destacan los casos de los jesuitas Feliciano Cereceda o Enrique Herrera Oria. Cereceda, especialista en historia de la Iglesia medieval y moderna, conocido principalmente por sus manuales de bachillerato y asiduo colaborador de *Hispania* y de *Estudios Eclesiásticos* en la primera década dictatorial, es autor de la *Historia del imperio español y de la hispanidad* (Madrid, Razón y Fe, 1940), un ensayo eminentemente ideológico, que en 1945 había llegado a la tercera edición. En el caso de Enrique Herrera, hermano de Ángel, fundador de ACNdeP, es algo diferente, puesto que su influencia se volcó hacia el revisionismo pedagógico en la posguerra. Sin embargo, no dudó en visitar repetidamente el pasado. Así, en los primeros años del nuevo régimen publicó *Nociones de Historia de España* (Madrid, Veritas, 1940), *Historia de la educación española desde el Renacimiento* (Madrid, Veritas, 1941) y la reedición de *Historia de la reconquista de España*. *Epopeya de siete siglos* (Madrid, Escelicer, 1943).[59] Junto a ellos, el sacerdote y

57 Biografía con once ediciones desde 1937 hasta 1940.

58 Autor en 1942 de una *Guerra y victoria de España*, Madrid, Magisterio Español.

59 Un análisis de su pensamiento histórico, en Martín RÍOS SALOMA, "Los acontecimientos del siglo VII a la luz de la historiografía tradicional: reflexiones en torno

doctor en Historia Juan del Álamo, publicaría en 1942 un combativo ensayo titulado *Gibraltar ante la historia* (Madrid, García Enciso) con el que obtuvo un cierto prestigio y, gracias al cual, desde su cátedra de Francés del madrileño Instituto San Isidro, se presentaría repetidamente a oposiciones (patrióticas) a cátedras universitarias de Historia en los primeros años cuarenta.[60]

Por lo demás, los catedráticos de instituto nos permiten observar algunos casos de conversión radical y de los diversos grados de adaptación. Autores como María Comas, Ángeles Masiá, José María Igual, Ramón Ezquerra, Cristóbal Pellejero, Pedro Aguado Bleye, Santiago Sobrequés, Álvaro Santamaría o Jaime Vicens Vives. Si el de este último es bien conocido, no lo es tanto quizás el del catedrático del Instituto Balmes de Barcelona, el sevillano José Luis Asián Peña. Depurado favorablemente, fue en cambio apartado hasta 1946 por el Tribunal de Represión de la Masonería y del Comunismo. Sus manuales, especialmente *Nociones de historia universal* (1942), *Manual de historia de España* (1942) *y Nociones de historia de la cultura* (1943), para la Editorial Bosch de Barcelona, se mantuvieron en el mercado incluso más allá de la vigencia de los planes de estudios a los que obedecían. En este sentido, si para el catedrático de Universidad, las coyunturas aperturistas y la ampliación de los márgenes de su campo investigador le permitieron consolidar mínimos espacios de libertad a partir de los años cincuenta, para el catedrático de instituto eso no fue posible. [61]

No obstante, los espacios de libertad no existían lo más mínimo hacia 1939. Eso queda patente, al menos gracias a tres aproximaciones posibles. La primera de ellas es el conjunto de síntesis históricas producidas

a una obra de Enrique Herrera Oria", *Memoria y Civilización,* 8 (2005), pp. 173-184.

60 "Más que de investigación y nuevas aportaciones, constituye un discreto resumen de las obras más importantes que se han ocupado del asunto. Todo ello desenvuelto con un profundo sentido de justicia y reivindicación histórica. Un prólogo de Antonio Tovar, sugestivo y lleno de interrogaciones, avalora esta publicación, que acredita el celo erudito y la devoción patriótica de su autor…". Cayetano ALCÁZAR, *Hispania*, 8 (1942), p. 242.

61 *Cf*. Luis MARTÍNEZ-RISCO, *O ensino da historia no bacharelato franquista (periodo 1936-1951),* A Coruña, Do Castro, 1994; Raimundo CUESTA, *Sociogénesis de una disciplina esoclar: la Historia,* Barcelona, Pomares-Corredor, 1997; y Carolyn BOYD, *Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975,* Barcelona, Pomares-Corredor, 2000.

en los primeros momentos del régimen. Entre las primeras, la de Ciriaco Pérez Bustamante, *Síntesis de historia de España* (Madrid, Ediciones Españolas, 1939).[62] Junto a él, el más célebre autor de síntesis sería Antonio Ballesteros Beretta, quien en los últimos años de vida reeditó, en solitario o con el auxilio de su hijo Manuel, falangista, americanista y joven catedrático de Universidad desde 1940, sus tres principales síntesis. Por una parte, su acreditada *Síntesis de historia de España* (Madrid, 1941).[63] Por otra, apenas dos años más tarde, en 1943, con la ayuda de Manuel, daría a la imprenta una nueva versión de *Historia de España y su influencia en la historia universal*, culminada póstumamente.[64] Y, finalmente, dos obras menores, *Curso de historia universal*[65] e *Historia del mundo antiguo*, un manual universitario también a cuatro manos con su hijo Manuel.[66] Así las cosas, Antonio Ballesteros se convertiría, tras la guerra, en el referente de la sección de Historia de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid, y cuyos discípulos acapararían mayoritariamente las cátedras de Historia Medieval y Moderna en los siguientes años.[67]

En segundo lugar, si tomamos la sociabilidad cultural como objeto de atención, rápidamente destacarán las actividades históricas (cursos, conferencias, congresos o publicaciones periódicas) de los centros militares, en los que no dejan de participar los más destacados catedráticos, particularmente, los de la Universidad de Madrid.[68] Un modelo de

62 Dos ediciones en 1939, una tercera en 1940, una cuarta edición, ya para la editorial Atlas, de su propia editorial, con la que llegaría a la sexta edición en 1945. Desde entonces y 1959 únicamente se reeditaría en dos ocasiones más.

63 Síntesis conservadora de los años veinte ampliamente corregida y adaptada a partir de su tercera edición en 1942.

64 Primera edición, Barcelona, Salvat, a partir de 1918 en 9 tomos y 10 volúmenes. Segunda edición también para Salvat en 9 tomos y 12 volúmenes, entre 1943-1964. Mientras tanto, Ballesteros había fallecido en 1948.

65 Madrid, Ediciones de Historia, 1941. Publicada en la misma colección en la que su esposa, Mercedes GAIBROIS, había publicado un año antes *Breve historia de España*.

66 Madrid, 1946, reimpresión de una obra anterior, adaptada para uso universitario.

67 Miquel À. MARÍN, *La historiografía española de los años cincuenta*. *La institucionalización de las escuelas disciplinares, 1948-1965*. Tesis Doctoral. Universidad de Zaragoza, 2008.

68 A modo de ejemplo, solo en 1940, Antonio BALLESTEROS disertaría sobre *Felipe II: un modelo de gobernantes*, finalmente publicada en la revista *Ejército* (noviembre de 1940, 14 pp.) y Cayetano ALCÁZAR hizo lo propio sobre *El imperio español: su evolución y decadencia,* intervención que acabaría publicando en la *Revista General*

sociabilidad de alta cultura que se proyectó en el final de la década a las actividades de Falange y al que se incorporó decididamente la alta cultura eclesiástica en todas sus formas, incluido el Opus Dei cuando su influencia comenzó a ser importante.

Del mismo modo, en tercer lugar, si observamos un objeto específico, por ejemplo, la idea y el proceso histórico imperial, veremos cómo, únicamente en los tres primeros años del régimen, algunos de los principales catedráticos se volcarán en su cultivo como una forma de sustentar la forma de Estado y de proyectar los elementos centrales de la carga identitaria del nuevo nacionalismo, al pasado.[69] Así, en 1939 Juan Contreras y López de Ayala, uno de los principales artífices de la depuración de los historiadores universitarios y director general de Bellas Artes desde 1939, además de catedrático de la Universidad de Madrid, publicaría *Los orígenes del imperio. La España de Fernando e Isabel* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1939). Un año más tarde, Cayetano Alcázar dictaría la conferencia mencionada más arriba y Ciriaco Pérez Bustamante, pronto nuevo catedrático de la Universidad de Madrid, publicará en la editorial Redención, *La fundación de un imperio* (1940), en la que desarrollará la historia de la conquista y la hispanización de América. Poco después, Jaume Vicens Vives aplicará el método de la geopolítica haushofferiana para el análisis de *España*. *Geopolítica del Estado y del Imperio* (Barcelona, Yunque, 1940). Y apenas comenzado 1941, aparecía el a la postre célebre *El imperio de España*, de Antonio Tovar (Madrid, Afrodisio Aguado). Un breve ciclo, por lo demás, que cerraría Carmelo Viñas Mey al publicar en la *Revista de la Universidad de Madrid*, dirigida por Pérez Bustamante, un artículo en el número de 1940 sobre "Imperio y Estado en la España de oro" en el que se fijaba la doctrina política y teológica del Imperio y del Estado teológico.[70]

de la Marina (12, 1940, pp. 311 y ss.). El mismo autor completaría en 1955 el tercer volumen de la *Historia de España* que Pedro Aguado Bleye había dejado incompleta tras su muerte en 1953, con más de cuatrocientas páginas, de las que las últimas cien correspondían al franquismo, período que se interpretaba siguiendo el argumentario político del 18 de julio. *Cf*. Pedro AGUADO BLEYE y Cayetano ALCÁZAR MOLINA, *Manual de Historia de España*, vol. III, Madrid, Espasa Calpe, 1956.

69 *Cf*. Ismael SAZ, *España contra España*. *Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, y "Las Españas del franquismo: ascenso y declive del discurso de nación", en Carlos FORCADELL, Ismael SAZ y Pilar SALOMÓN (eds.), *Discursos de España en el siglo XX,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València / Institución "Fernando el Católico", 2009, pp. 147-164.

70 Tomo I, fascículo 1, pp. 104 y ss.

Se trataba, sin embargo, de una concepción imperial trasladada al momento actual, como ya lo hiciera, unos años antes, el falangista Julián María Rubio Esteban, catedrático de Historia de España desde 1922, y vicerrector de la Universidad de Valladolid, en *Las grandes ideas de la España imperial en el siglo XVI* (Universidad de Valladolid) al escribir, en 1937:

> Cuando vemos que la historia, la verdadera y auténtica, se está construyendo con sillares tan firmes, recios y gloriosos como en los momentos presentes sucede en España, no sé hasta qué extremo sería útil y discreto distraer la atención del grandioso espectáculo que España ofrece al mundo, para tratar de hechos pretéritos, ocurridos siglos ha.
>
> Pero cuando el espíritu se ensancha, ennoblece y eleva ante la contemplación de acontecimientos extraordinarios, parece que no ha de ser inoportuno del todo recordar viejas historias de otro tiempo, no con un pueril deseo de comparar estas con aquellos sino por lo que puedan tener las segundas de educadoras y aleccionadoras para un porvenir inmediato.
>
> Voy a tratar en unas pocas páginas de las rutas ideales que sirvieron de base para formar la nacionalidad española y por las que caminó España, conducida sabiamente por sus reyes, en busca de la grandeza y de la gloria, alcanzándolas tan plenamente como en ninguna otra etapa de su historia ha logrado.
>
> Si acierto a tanto, vamos a ver cómo de nuestra península ibérica, escindida en varios estados, y de una Castilla en trance de ruina espiritual y material, se forja una España poderosa y fuerte que se transforma rápidamente en una España europea y en un imperio español que son admiración del mundo.
>
> Y como la situación de España al finalizar 1474 ofrece puntos de semejanza con la triste España anterior a la fecha gloriosa del 18 de julio de 1936, se pueden fácilmente hallar enseñanzas y deducir ejemplos que imitar, para lograr ahora, como entonces, una España grande e imperial.[71]

Apenas unos meses más tarde, daría a la imprenta *Los ideales hispanos en la tregua de 1609 y en el momento actual*, lección inaugural del curso en la Universidad de Valladolid, 1937-1938, siendo ya rector.[72] El

71 *Cf*. *Las grandes ideas de la España imperial en el siglo XVI*. *Conferencia pronunciada en el Curso de Cultura Española de la Universidad de Valladolid*, Valladolid, Talleres Tipográficos Cuesta, 93 pp.

72 Más adelante, publicará *La España imperial: Alejandro de Farnesio, príncipe de Parma,* Zaragoza, Luz, 1939; *Los ideales y los hombres de la España imperial*, Madrid, Cultura Española, 1942; y *Exploración y conquista del Río de la Plata,* Barcelona,

ascenso de Rubio Esteban, solo truncado por su fallecimiento, se inició en septiembre de 1936 cuando reunida la Junta de Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid por primera vez desde julio, fue nombrado decano en una fructífera sesión en la que se acordó desde (punto 1.º) la "Adhesión a la Junta de Defensa Nacional y entusiasmo por el movimiento salvador de España", hasta un plan de trabajo que implicaba la nueva adjudicación de materias al profesorado.[73]

No es, el de Rubio, un caso aislado de profesor poco destacado, impulsado por la coyuntura bélica a la primera fila de la profesión. Los casos de Antonio de la Torre, del marqués de Lozoya, y más tarde fray Justo Pérez de Urbel, entre tantos otros, podrían engordar innecesariamente estas páginas. Lo cierto es que con el fin de la guerra, apareció una pléyade de diversas aportaciones historiográficas de la pluma de los más reputados, más prometedores o más oportunistas autores que, con un ojo en la historia y otro en el proyecto del nuevo Estado, alimentaron el ideario y el imaginario consolidando los márgenes de la ortodoxia que venía siendo marcada desde los órganos del Estado.

Conclusiones

Por lo demás, resulta evidente, el revisionismo operó a distintos niveles y con los más diversos medios. Hemos visto algunos ejemplos de propaganda interior y exterior, de culturas de consigna y de alta manera (por utilizar) una expresión explícita en los objetivos de la revista *Escorial*. Para ser justos, deberíamos abordar el desarrollo de las revistas culturales y políticas de los primeros años del franquismo. *Jerarquía*, *Des-*

Salvat, 1942. Baste recordar que por esas mismas fechas, Pere Bosch Gimpera dictaba su célebre conferencia en la Universidad de Valencia titulada *España*. Bosch Gimpera y Rubio Esteban habían colaborado poco antes, en la *Historia Universal. Novísimo estudio de la Humanidad* dirigida por Bosch para la Editorial Gallach y en la *Historia de España* cuya inminente reedición se estaba preparando.

73 De este modo, la Historia General de España, la Historia Moderna y la Historia de América recalaban en Julián M.ª Rubio; la Historia Moderna, la Historia Contemporánea y la Historia General de la Cultura, en Manuel Ferrandis; la Historia del Arte, Arqueología, Epigrafía, Numismática, Bibliología, Paleografía y Diplomática, en el profesor Rivera; y la Historia Antigua y Media, en Luciano de la Calzada. *Cf*. Filemón ARRIBAS, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Valladolid,* Valladolid, Universidad de Valladolid, 1971, pp. 91 y ss.

tino, *Escorial* (1940), la *Revista de Estudios Políticos* (1941), *El Español* (1942), *Juventud* (1942), *Cisneros* (1943), *Haz, o incluso Arbor* (1944).[74] Serán publicaciones llamadas a representar un papel fundamental en la nueva cultura literaria y política. Y por fuerza, deberíamos desarrollar un entramado de empresas editoriales, desde la Editora Nacional a Yunque, pasando por otras como Razón y Fe, Redención o Magisterio Español, y por el papel subalterno de otras editoriales comerciales como Espasa-Calpe, en Madrid, o Bosch y Gallach, en Barcelona, que se erigieron como las principales vías de difusión de la nueva cultura burguesa legitimadora del nuevo estado de cosas.

Sin embargo, donde el revisionismo actuó de una forma más avasalladora en estos primeros años fue en las instituciones científicas llamadas a sustentar la ciencia histórica:

• el nuevo Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que con su estructura y su dinámica organizativa dibujó a partir de 1939-1940 los nuevos márgenes profesionales. Márgenes en los que no cupieron las formas profesionales que habían ido desarrollándose en los años anteriores (historia económica o de los movimientos sociales, por ejemplo;[75]

• la Universidad, objeto de un *atroz desmoche* de acuerdo con la (mala) conciencia de Pedro Laín, desmoche sobre el cual el conjunto de intelectuales falangistas formaron a las nuevas generaciones de científicos y hombres de letras;

• el Instituto de Estudios Políticos, que monopolizó, bajo la atenta mirada de los ideólogos del Estado, una nueva interpretación del mundo moderno y contemporáneo, para cuya sección de Historia se nombró a Melchor Fernández Almagro;

• y la Real Academia de la Historia, que no dudó en expulsar de su seno a quienes se exiliaron. Baste recordar que Claudio Sánchez Albornoz fue "dado de baja" en reunión extraordinaria de la Academia que

74 Una aproximación, en Onésimo DÍAZ, "Las revistas culturales en la España de la postguerra, 1939-1951", *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija,* 10 (2007), pp. 201-224.

75 *Cf*. M.ª Inmaculada PERDOMO, "La destrucción del legado de la JAE: la política científica del régimen franquista", en Amparo GÓMEZ RODRÍGUEZ (ed.), *Ciencia y fascismos: la ciencia española de posguerra,* Barcelona, Laertes, 2009, pp. 137-164.

tuvo lugar en San Sebastián en enero de 1938, acuerdo ratificado por orden ministerial del 10 de mayo de 1941. O en la que, ya en 1942, Rafael Altamira sería, por ausente, degradado a categoría de correspondiente hasta que decidiera volver.

Un revisionismo, en definitiva, que operó de dos formas diferentes. Por una parte, impuso una modificación de la interpretación. Pero, por otra, impuso el olvido, la negación y el oprobio sistemático de una parte importante de quienes habían contribuido a la profesionalización del gremio: Sánchez Albornoz, Bosch Gimpera, Ots Capdequí, Millares, Altamira, Castro y tantos otros cuyos libros desaparecieron de las bibliografías referenciales, sus nombres, de las notas a pie de página e incluso se propició la reconfiguración académica e intelectual de sus ámbitos más inmediatos de influencia.

Si la arqueología, la historia antigua, medieval o moderna fueron el recipiente de la nueva categorización, la historia contemporánea representa el laboratorio final. En el caso de la historia contemporánea, no sería hasta bien entrados los años cincuenta cuando los historiadores españoles iniciaran su estudio a partir de estándares profesionales. Y su construcción fue lenta y tortuosa hasta finales de los años sesenta. Recordemos simplemente al falangista Vicente Palacio Atard quien en su discurso de inauguración del curso 1969-1970 en la Universidad Complutense, bajo el título, *Consideraciones sobre la investigación actual de nuestra historia contemporánea*, realizaba un repaso a los primeros coletazos de una disciplina llamada a reconstruir, desde la nueva investigación, la interpretación completa de la España contemporánea sobre la convicción de que la tarea del contemporaneísta consiste en que "proporcionando alguna luz en la confusión de los dramas y de las pasiones perseveremos en nuestro objetivo que no es ciertamente el de condenar o absolver sino explicar y, por lo tanto, apaciguar y reconciliar a los hombres".[76]

76 Un objetivo tan lejano a la *Historia Contemporánea de España* que, en 1963, el censor y catedrático de Historia Moderna de la Universidad Central desde 1942, Antonio Rumeu de Armas, había concebido para la formación de estudiantes preuniversitarios. En ella, el miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas reproducía una a una las tesis revisionistas contenidas en las obras de Arrarás o Aunós, repetidas años antes por Ciriaco Pérez Bustamante y por Cayetano Alcázar, proyectadas hacia el futuro en los años sesenta por Ricardo de la Cierva. *Cf. Consideraciones sobre la investigación actual de nuestra historia contemporánea. Discurso*

Porque todavía en los años sesenta, cuando el Estado pretendió comenzar a estudiar su pasado reciente a partir de la nueva moderna ciencia histórica, el Estado seguía concibiendo la existencia de historiadores enemigos en el interior y en el exterior. Si no, no se entiende que la oficina encargada de los nuevos estudios sobre la Guerra Civil se pusiera bajo la responsabilidad de Ricardo de la Cierva.

Tres décadas antes, en diciembre de 1938, en declaraciones a Associated Press, el general Francisco Franco afirmaba "... también en el extranjero podrán redimirse las penas. No es nuestro propósito cerrar el camino a los que noblemente busquen en el extranjero un lenitivo a sus errores. Tendrán nuestra benevolencia e incluso nuestro auxilio si en sus actividades no van, directa o indirectamente, contra la patria. Pueden redimir una vida de errores con otra de nobles rectificaciones...". El General concebía el exilio de los derrotados como "la única alternativa que existía a su confinamiento en la cárcel o a su eliminación física", una disyuntiva que debían asumir las "dos clases de españoles destinados hoy a la forzosa emigración": por un lado, los vencidos que "no fueron sino instrumento engañado y envilecido de la maldad ajena; el de los que añorarán constantemente a España y serán susceptibles de amarla intensamente y de servirla". Por otro, el constituido por los jefes que "de manera clara, indudable, son responsables de la catástrofe revolucionaria de España; junto a ellos colocamos a los autores de delitos de sangre, de robos, de saqueos, asaltos, violaciones, etc.".[77]

Cinco años más tarde, en 1943, en el prólogo de *La dominación roja en España. Causa General*, Eduardo Aunós, ministro de Justicia, añadía a estos dos colectivos un tercero, básico para acometer definitivamente el proyecto de revisión del pasado inmediato, cuando afirmó:

> Quienes verdaderamente se estimen ciudadanos de España y cuantos en el mundo nos quieren no podrán menos que sentirse abochornados ante esta evocación de la barbarie que hubimos de padecer [...]

correspondiente a la solemne apertura del curso académico 1969-1970, Madrid, Universidad Complutense, 1969, 51 pp., cita de la p. 51.

77 *Cf*. Fernando LARRAZ, *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp. 19-21. *Cf*. también José M. LÓPEZ SÁNCHEZ, *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939,* Madrid, CSIC / Catarata, 2013.

> Creemos que los más avergonzados habrían de ser quienes por complacencia, por frivolidad o por pereza consintieron la instalación del oprobio en los centros vitales de nuestra existencia como nación. Los que han sentido la responsabilidad de su acción pasiva o de su blandura solo pueden borrar esta grave falta convirtiéndose en los mejores defensores de la estabilidad nacional, que el caudillo logró arrancar del caos para consagrarla como uno de los más firmes puntales del Mundo de mañana. [...]
>
> Ellos han de ser barrera inexpugnable que nos ponga a cubierto de cualquier acusación de crueldad, que no existió jamás en el campo nacional ni incluso en medio del terible fragor de la contienda. [...]
>
> Reflexionen ante estas páginas quienes se entregan a la vida fácil y al parloteo anecdótico y banal y también aquellos que tienen encomendada una función de responsabilidad, cualquiera que sea su rango en el vasto organismo rector del país...[78]

Unas palabras, estas últimas, que sin duda invitan, si bien por otros motivos, a seguir profundizando en la investigación a propósito del papel del revisionismo en la formación de la comunidad profesional de historiadores en la inmediata posguerra.

78 *Cf*. Eduardo AUNÓS, "Prólogo. Diciembre de 1943", en *La dominación roja en España. Causa General,* Madrid, Ministerio de Justicia, 1944, p. 8.

Índice de autores

Brigitte Bailer-Galanda (Viena, 1952) es la actual directora científica del Dokummentationsarchivs des Österreichischen Widerstandes y profesora del Institut für Politikwissenschaft de la Universidad de Viena. Formada en la Universidad de Viena, donde se licenció en Sociología, se doctoró en Historia, y se habilitó finalmente en 2003. Es especialista en Historia Contemporánea reciente, particularmente en aspectos de la historia austríaca y centroeuropea relacionados con el fascismo y el antifascismo, la extrema derecha, los revisionismos (negacionismo) y los conflictos excluyentes. Entre sus obras más recientes, cabe destacar *Die Vollstreckung verlief ohne Besonderheiten: Hinrichtungen in Wien, 1938 bis 1945* (como editora, Viena, Stiftung Dokumentationsarchiv des Österrichischen Widerstandes, 2014); y *Vermögensentzug-Rückstellung-Entschädigung: Österreich 1938/1945-2005*, junto con Eva Blimlinger (Inssbruck, Studienverlag, 2005). Entre sus contribuciones a obras colectivas, son de particular interés "Holocaust-Leugnung in Österreich. Zur Geschichte des Rechtsextremismus in Österreich", in: Günter Morsch, Bertrand Perz (Hg.), *Neue Studien zu nationalsozialistischen Massentötungen durch Giftgas. Historische Bedeutung, technische Entwicklung, revisionistische Leugnung*, Berlín, 2011.

Christine Bard es catedrática de Historia Contemporánea en la Universidad de Angers y miembro del Centre de Recherches Historiques de l'Ouest (CERHIO). Dirige la estructura federativa de investigación (SFR) *Confluences* en la Universidad de Angers y actualmente coordina un programa interdisciplinario de investigación sobre género y discriminaciones sexistas y homófobas (GEDI). Sus publicaciones se centran en la historia política, social y cultural de las mujeres y del género (entre ellas: *Ce que soulève la jupe; Une histoire politique du pantalon; Le féminisme au-delà des idées reçues*). Preside la asociación Archives du féminisme y dirige la colección del mismo nombre en Presses Universitaires de Rennes.

Antonio Bechelloni ha sido profesor titular en la Universidad de Lille 3. Ha publicado diversos artículos y un libro sobre la Francia contemporánea. Se interesa por la inmigración y el exilio político de italianos en Francia, donde dirigió el Centre d'Études et Documentation sur l'Émigration Italienne (CEDEI) y la revista publicada por este centro, *La Trace*. Ha editado un libro colectivo sobre *Carlo e Nello Rosselli e l'antifascismo europeo* (2001), y coeditado *Les Italiens en France depuis 1945*, y *Les Petites Ita-*

lies dans le monde (2001 y 2007). También ha publicado *Vittorio Foa. Une traversée du siècle* (2011), y codirigido *La vie intellectuelle entre fascisme et République. 1940-1948*, París, 2012. En prensa o en preparación tiene varias contribuciones a diversas obras colectivas, un artículo sobre la resistencia de los italianos en Francia y un libro sobre el antifascismo y la resistencia italiana.

Enrique Fernández Domingo (Castelló, 1969) es catedrático en la Universidad París 8. Director de los números de *Les Cahiers de l'ALHIM* sobre la construcción del Estado-nación, el bicentenario de la independencia en Hispanoamérica e historia urbana. Es autor de diferentes trabajos sobre la historia económica, política y cultural de los países del Cono Sur americano: *Le négoce français au Chili (1880-1929)* (2005), *El nacimiento de la cultura política de la nación en el Río de la Plata* (2011), *Littérature, nation et identité en Europe et en Amérique (XIXe/XXe siècles)* (2013). Profesor invitado en las Universidades Andrés Bello y de Santiago de Chile (2014), es miembro de los programas de investigación "Representaciones de la historia en la España contemporánea: políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012)", "La transformación del espacio urbano latinoamericano (1870-1930)" del CONICYT (Chile) y del *Laboratoire d'études romanes* (Francia).

Carlos Forcadell Álvarez es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Comenzó sus investigaciones sobre la historia social de las organizaciones políticas y sindicales del movimiento obrero en la España contemporánea, atendiendo posteriormente a temas y métodos de historia cultural de la sociedad y de la política y de historia de la historiografía. Editó, junto con Juan José Carreras, el libro sobre *Usos públicos de la Historia* (2003), que reflejó tempranamente la adaptación de esta perspectiva en la historiografía española. Ha codirigido el volumen III de la "Historia de las culturas políticas en España y América Latina" sobre *La Restauración y la República, 1874-1936*, Madrid, Marcial Pons y Zaragoza, PUZ, 2015. Ha sido presidente de la Asociación de Historia Contemporánea (2006-2014) y director de la revista *Ayer* (2006-2010).

Olivier Forlin es profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad Pierre Mendès France-Grenoble, y miembro del Centre de Recherche en Histoire de l'Italie et des Pays alpins (CRHIPA). Sus temas de investigación giran en torno a la historia de los intelectuales en Francia en los siglos XX y XXI; la historia de las relaciones culturales franco-italianas en el siglo XX y el XXI; y la historiografía y memoria del fascismo en Francia e Italia. Entre sus publicaciones destacan: O. Forlin (dir.), *L'Idée nationale en Italie. Du processus d'unification aux déchirements de la guerre civile*, París, L'Har-

mattan, 2010; *Le Fascisme. Historiographie et enjeux mémoriels*, París, La Découverte, 2013.

Michal Kopeček (1974), historiador checo formado en la Karls-Universität de Praga y en el Edinton College (MA, EE. UU.), es profesor de Historia de la Europa Central en el Instituto de Historia Checa de la Karls-Universität y profesor visitante del Central European Institute de Budapest. Es, además, *Associate Fellow* posdoctoral en el proyecto internacional "Physical Violence and State Legitimacy in Late State Socialism", del Zentrum für Zeithistorische Forschung, en Potsdam. Sus principales publicaciones han versado sobre los fenómenos de construcción de la memoria histórica en el cambio de régimen poscomunista, así como las políticas del pasado y los fenómenos revisionistas. En este sentido, destacan algunas aportaciones como "Von der Geschichtspolitik zur Erinnerung als politischer Sprache: Der tschechische Umgang mit der kommunistischen Vergangenheit nach 1989", en Etienne François; Kornelia Kończal; Robert Traba y Stefan Troebst (Hg.), *Geschichtspolitik in Europa seit 1989. Deutschland, Frankreich und Polen im internationalen Vergleich*, Göttingen, Wallstein 2013, pp. 356-395; o Michal Kopeček (ed.), *Past in the Making. Historical Revisionism in Central Europe after 1989*, Budapest/New York, CEU Press 2008.

Miquel À. Marín Gelabert (Palma de Mallorca, 1972), doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza (2008), con una tesis doctoral sobre *La historiografía española de los años cincuenta, 1948-1965*. Es miembro del Seminario Permanente de Historiografía "Juan José Carreras" y codirector desde 2007 de los Cursos Internacionales de Historia de la Historiografía (Universidad de Zaragoza-Institución "Fernando el Católico"). Miembro del Consejo de la revista *Storiografia* y evaluador para más de una docena de revistas y editoriales; es autor de más de cincuenta artículos en revistas especializadas o capítulos en libros colectivos, acerca de la historiografía española y europea contemporánea. Ha publicado siete ediciones críticas a sendas obras de Jaume Vicens Vives, además de *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975: la historia local al servicio de la patria* (Universidad de Zaragoza-IFC, 2005) o *Jaume Vicens Vives y la modernización del discurso historiográfico* (Barcelona, Vicens Vives, 2010). En la actualidad está investigando la historiografía española en la transición democrática.

Massimo Mastrogregori dirige la rivista internazionale *Storiografia e la International bibliography of historical sciences*. Ha publicado numerosos libros y ensayos sobre la historia cultural y política del siglo XX. Entre ellos: *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch* (1998), *Introduzione a Marc Bloch* (2001), *I due prigionieri. Gramsci, Moro e la storia del Novecento italiano*

(2008), *Nuovi studi sul sequestro Moro (2010), Breve storia dell'ideologia occidentale* (2011), *La lettera blu* (2012).

Ignacio Peiró Martín es profesor titular y catedrático acreditado de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Especializado en historia de la historiografía española durante los siglos XIX y XX, ha estudiado temas relacionados con la institucionalización de la disciplina y la profesión de historiador. Es miembro del Consejo de Redacción de la revista *Ayer* y de otras publicaciones y colecciones académicas. Entre sus principales publicaciones destacan *Los guardianes de la Historia* (2006), el *Diccionario de historiadores contemporáneos* (2002, *apud* G. Pasamar), o *Historiadores en España. Historia de la historia y memoria de la profesión* (2013).

Alejandro Quiroga Fernández de Soto es profesor de Historia de España en la Newcastle University del Reino Unido e investigador Ramón y Cajal en la Universidad de Alcalá. Sus trabajos se centran en el estudio de los nacionalismos y las identidades nacionales en la España de los siglos XX y XXI. Es autor de *Los orígenes del nacionalcatolicism*o (Comares, 2006), *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)* (Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008) y, con Sebastian Balfour, *España reinventada. Nación e identidad desde la Transición* (Península, 2007). También ha coordinado con Miguel Ángel del Arco, *Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria. Las derechas españolas en la Europa de entreguerras* (Comares, 2010), y con Alfonso Botti y Felicano Montero, *Católicos y patriotas. Iglesia y nación en la Europa de entreguerras* (Sílex, 2013). Su último libro, *Goles y banderas. Fútbol e identidades nacionales en España*, ha sido publicado por Marcial Pons.

Ricardo Robledo Hernández ha sido profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la Universidad de Salamanca e investigador de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona desde 2012. Especialista en historia agraria (fue presidente de la SEHA, 2001-2009); entre sus libros destacan *La renta de la tierra en Castilla la Vieja y León, 1836-1913* (1984), *Economistas y reformadores españoles: la cuestión agraria (1760-1935)* (1993) y numerosos artículos sobre la crisis de la sociedad rural (emigración a Ultramar) o la reforma agraria republicana. Estudioso del primer liberalismo y de las tensiones sociales del periodo de entreguerras. Respecto al primero ha coeditado *Orígenes del liberalismo* (2003) y acaba de publicar *La Universidad española, de Ramón Salas a la Guerra Civil. Ilustración, liberalismo y financiación (1770-1936)* (2014). VII Premio Ensayo Olavide, *El Espíritu de la Ilustración* (2012). En cuanto a los años treinta, sobresale la edición de *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la Guerra Civil española*, con prólogo de J. Fontana (2007).

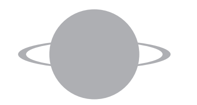
Pedro Ruiz Torres es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia, de la que fue rector durante ocho años. Ha sido presidente de la Asociación de Historia Contemporánea y director de la revista *Ayer*. Desde 2002 dirige la revista *Pasajes de pensamiento contemporáneo*. Ha publicado numerosos trabajos sobre la crisis del Antiguo Régimen y la revolución liberal, entre ellos el libro *Reformismo e Ilustración* (2008). Coordinó *Europa en su historia* (1993), el volumen 12 de la revista *Ayer* dedicado a "La historiografía" (1993) y ha editado, con un estudio preliminar, *Discursos sobre la Historia. Lecciones de apertura del curso en la Universidad de Valencia, 1870-1937* (2000). Desde hace años su investigación se centra en las ideas y las prácticas de los reformadores sociales, en el primer tercio del siglo XX, y en las relaciones entre historia, memoria y usos públicos del pasado.

Xavier Tabet es profesor titular en el Departamento de Estudios Italianos de la Universidad París 8. Sus trabajos se centran en el pensamiento político y la literatura italiana desde la Revolución francesa hasta el fascismo. Entre sus últimas obras aparecidas destacan: *Fascisme et critique littéraire. Les hommes, les idées, les institutions*, bajo la dirección de C. del Vento y X. Tabet, Caen, PUC, 2010; *La vie intellectuelle dans la transition du Fascisme à la République. Italie 1940-48*, bajo la dirección de C. del Vento y X. Tabet; *Laboratoire italien*, 12, 2012; *Nation, identité et littérature en Europe et Amérique latine (XIXème-XXème siècle)*, E. Fernández Domingo y X. Tabet (eds.), París, L'Harmattan, 2013; *Venise, XXe siècle*, M. Fincardi y X. Tabet (eds.), *Laboratoire italien*, 15, 2014; Cesare Beccaria, *Des délits et des peines*, traducido y anotado por A. Fontana y X. Tabet, introducción de X. Tabet, París, Gallimard (Bibliothèque de Philosophie), 2015.

Aviezer Tucker (Tel Aviv, 1965), es actualmente profesor asociado en el Davis Center de la Universidad de Harvard. Formado en la Universidad de Tel Aviv, y más tarde en Maryland (Estados Unidos), donde obtuvo el grado de doctor, su actividad investigadora y docente le ha llevado a las Universidades de Praga, Olomouc y Columbia, así como a una docena de prestigiosos centros investigadores de varios continentes. Entre 2011 y 2014 ocupó el cargo de Assistant Director en el Energy Institute, de la Universidad de Texas (en Austin), encargándose de la docencia de Estudios europeos y Estudios eslavos en la misma Universidad. Asiduo analista internacional en medios de comunicación anglosajones, entre los historiadores es particularmente conocido por sus trabajos relativos a la teoría y filosofía de la historiografía. En particular, por su trabajo como editor en *Journal of the Philosophy of History* y por aportaciones como O*ur Knowledge of the Past: A Philosophy of Historiography* (Nueva York, Cambridge University Press, 2004), o la edición de *A Companion to the Philosophy of History and Historiography* (Malden [MA], Wiley-Blackwell, 2009).

Gilles Vergnon es profesor titular habilitado de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias Políticas de Lyon. Sus obras tratan de la historia de la izquierda en Francia y en Europa, de la Segunda Guerra Mundial y las políticas de su memoria. Ha publicado, entre otros trabajos, *L'Antifascisme en France. De Mussolini à Le Pen* (Presses Universitaires de Rennes, 2009), *Résistance dans le Vercors. Histoire et lieux de mémoire* (Glénat, 2012), *Le Modèle suédois? Les gauches françaises et l'impossible social-démocratie* (Presses Universitaires de Rennes, 2015).

Mercedces Yusta Rodrigo es catedrática de Historia Contemporánea de España en la Universidad Paris 8, miembro del Institut Universitaire de France y responsable del seminario ERESCEC (Sociétés et Cultures de l'Espagne Contemporaine). Especialista de la resistencia antifranquista y las organizaciones femeninas antifascistas, ha publicado varias monografías así como numerosos artículos en revistas especializadas, y coordinado varias obras colectivas. Entre sus últimas publicaciones se cuentan el libro *Madres coraje contra Franco. La Unión de Mujeres Españolas en Francia, del antifascismo a la guerra fría*, Madrid, Cátedra, 2009; *Résistantes, militantes, citoyennes. L'engagement politique des femmes au XXe et XXIe siècles*, sous la direction de Karine Bergès, Diana Burgos-Vigna, Mercedes Yusta et Nathalie Ludec, Presses Universitaires de Rennes, 2015; Mercedes Yusta e Ignacio Peiro (eds.), *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas. Resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*, Zaragoza, IFC, 2015, y Hugo García, Mercedes Yusta, Xavier Tabet, Cristina Climaco (eds.), *Rethinking Antifascism, 1922-1945. New topics, new debates*, New York, Berghahn Books, 2015.







La Historia, hoy, debe construirse y relatarse a escala comparativa y global. La Institución Fernando el Católico pretende con esta nueva colección presentar una selección de temas y problemas comunes tanto a la experiencia histórica de la mayor parte de las sociedades, próximas o lejanas, como a la historiografía que se escribe en el presente, así como proporcionar los instrumentos teóricos y conceptuales más generales y de uso más eficaz para la comprensión del pasado.

Colección Historia Global

Dirigida por Carlos Forcadell

1. **Heinz-Gerhard Haupt y Dieter Langewiesche** (eds.)
Nación y religión en Europa

2. **Manuel Pérez Ledesma y María Sierra** (eds.)
Culturas políticas: teoría e historia

3. **Danièle Bussy Genevois** (ed.)
La laicización a debate

4. **Lutz Raphael**
La ciencia histórica en la era de los extremos

5. **Mónica Bolufer, Carolina Blutrach y Juan Gomis** (eds.)
Educar los sentimientos y las costumbres

6. **Carlos Forcadell, Antonio Peiró y Mercedes Yusta** (eds.)
El pasado en construcción

El «revisionismo histórico», entendido como el cuestionamiento de los consensos disciplinares básicos construidos por la historiografía europea a partir de 1945, es un fenómeno global que hace posible una problematización transnacional más comprensiva de las diferentes experiencias y perspectivas nacionales. Este es un libro dedicado a estudiar en perspectiva comparada la historia reciente de los *revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, en el que quince autores de distintos países presentan una selección de las discusiones sostenidas desde mediados del pasado siglo.

El objetivo de esta publicación consiste en convertir «los revisionismos» en un objeto historiográfico que, al igual que se ha venido haciendo con los usos públicos y políticos de la historia, con las políticas de la historia o con el resurgir de la memoria, contribuya a facilitar nuestros marcos de comprensión del mundo para definir los saberes y métodos profesionalmente exigibles, así para la investigación y la escritura del pasado, como para la función y el sentido del conocimiento del pasado en el espacio público.

El resultado ha sido un volumen ciertamente misceláneo, pero que pretende reflejar las características compartidas de temas y problemas centrales de las historiografías europeas también presentes, más recientemente, entre los historiadores españoles. Creemos, en último término, que el conjunto de materiales aquí reunidos pueden servir para la «autocomprensión» del historiador y la autocrítica sobre su responsabilidad profesional.





